

Cuadernos de Investigación Histórica 37



FUNDACIÓN UNIVERSITARIA ESPAÑOLA
SEMINARIO «CISNEROS»
MADRID, 2020

DIRECTOR

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ GARCÍA

SECRETARIA

CRISTINA DEL PRADO HIGUERA

CONSEJO EDITORIAL

GUSTAVO VILLAPALOS SALAS
HIPÓLITO SÁNCHEZ ÁLVAREZ DE TOLEDO
JAIME OLMEDO RAMOS
LUCAS MONTOJO SÁNCHEZ
ALEJANDRO SÁNCHEZ RAYMUNDO



MARIA EVGENIA GYZMAN
COMITISSA TERRA
GALLORVM
IMPERATRIX
MDCCCXII

Cuadernos de Investigación Histórica

37
2020

PUBLICACIÓN DEL SEMINARIO «CISNEROS»
DE LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA ESPAÑOLA

La emperatriz Eugenia de Montijo: 100 años de la muerte de una española universal

SUMARIO

	<i><u>Página</u></i>
NORMAS DE PRESENTACIÓN DE ORIGINALES	5
PRESENTACIÓN DEL VOLUMEN MONOGRÁFICO SOBRE DOÑA EUGENIA DE MONTIJO: 100 AÑOS DE LA MUERTE DE UNA ESPAÑOLA UNIVERSAL, por <i>José Luis Sánchez García</i>	13
ARTÍCULOS	
EUGENIA DE MONTIJO: APROXIMACIÓN HERMENÉUTICA A LA EMPERATRIZ EN LOS DISCURSOS DEL DUQUE DE ALBA EN OXFORD Y BARCELONA (1940-1947), por <i>José Luis Sánchez García y Juan María Díez Sanz</i>	21
LA EMPERATRIZ EUGENIA ANTE LA GUERRA DE CRIMEA: LA POSIBLE INTERVENCIÓN ESPAÑOLA, por <i>Antonio Manuel Moral Roncal</i>	67
EUGENIA DE MONTIJO VISTA POR LA REALEZA DE SU TIEMPO. DE ARRIVISTA A EMPERATRIZ VENERADA, por <i>Ricardo Mateos Sáinz de Medrano</i>	87
EUGENIA DE MONTIJO: MUJER Y REGENTE. SU PAPEL POLÍTICO VISTO POR LA PRENSA ESPAÑOLA, por <i>Cristina Barreiro</i>	115

EUGENIA DE MONTIJO Y LA CAÍDA DEL II IMPERIO FRANCÉS. LAS TRES MUERTES DE UNA EMPERATRIZ, por <i>Francisco Javier González Martín</i>	137
LA EMPERATRIZ EUGENIA, LA INTERVENCIÓN FRANCESA EN MÉXICO Y OTROS CASOS DE POLÍTICA EXTERIOR, por <i>José Luis Sampedro Escolar</i>	177
LOS SALONES DE LA CONDESA DE MONTIJO: <i>EL PRADO CON TECHO</i> , por <i>Cristina del Prado Higuera</i>	227
EL ESTILO NAPOLEÓN III: EL ESTILO DE LA OPULENCIA, por <i>Miguel Muñoz-Yusta del Álamo</i>	257
<i>L'HÔTEL LAURISTON</i> : UNA RESIDENCIA EN PARÍS PARA LA DUQUESA DE ALBA, por <i>Alejandro Espejo Fernández</i>	293
EUGÉNIE ET LA JOAILLERIE AVANT ET APRÈS L'EMPIRE : UNE HISTOIRE DE SENTIMENTS, por <i>Karine Huguenaud</i>	311
L'ÉCRIN DE L'IMPÉRATRICE EUGÉNIE, por <i>Christophe Vachaudez</i> .	323

COLABORADORES DE ESTE NÚMERO (Orden alfabético)

BARREIRO, Cristina
 DÍEZ SANZ, Juan María
 ESPEJO FERNÁNDEZ, Alejandro
 GONZÁLEZ MARTÍN, Francisco Javier
 HUGUENAUD, Karine
 MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, Ricardo
 MORAL RONCAL, Antonio Manuel
 MUÑOZ-YUSTA DEL ÁLAMO, Miguel
 PRADO HIGUERA, Cristina del
 SAMPEDRO ESCOLAR, José Luis
 SÁNCHEZ GARCÍA, José Luis
 VACHAUDEZ, Christophe

SECRETARÍA:

Alcalá, 93 — 28009 MADRID —
 Tel. 91 431 11 22 — Fax 91 576 73 52
 e-mail: admin@fuesp.com
<http://www.fuesp.com>

ISSN: 0210-6272

Depósito Legal: M-19.760-1977



NORMAS DE PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

Las presentes normas de presentación de originales de la Revista Cuadernos de Investigación Histórica pretenden que todos los materiales de texto e ilustraciones que componen una obra puedan ajustarse a unos criterios uniformes que garanticen la máxima calidad en su tratamiento y que dichos materiales serán interpretados y reproducidos fidedignamente.

1. PRESENTACIÓN DE ORIGINALES ELECTRÓNICOS DE TEXTO Y DE SU COPIA IMPRESA

El autor proporcionará el original de su obra y una copia impresa de la misma (que deberá corresponderse con la versión del documento en Word) aplicando las siguientes **pautas de presentación**:

- 1) Hojas estándar DIN-A4 con interlineado de 1,5 líneas, con un solo tamaño de letra para todo el texto (12 puntos) y en una fuente tipográfica corriente (Times, Garamond...). En el caso de las notas y citas exentas, irán en un cuerpo menor.
- 3) El texto completo se presentará en un único archivo, con las páginas numeradas de forma correlativa (en Word, menú Insertar > Números de página). En los preliminares, se incluirá una breve relación de los datos y las especificaciones necesarias para identificar la obra: nombre y apellidos, datos curriculares y de contacto; universidad, institución u organismo al que pertenece; título y subtítulo de la obra; fecha de creación (versión) del documento y fecha de entrega del original.
- 4) Las imágenes que ilustren la obra se insertarán dentro del texto, con su correspondiente pie descriptivo, y se proporcionarán además los archivos de las mismas en fichero aparte y en alta resolución.

Las obras en colaboración exigirán de su editor o coordinador una indispensable labor de **unificación** de los aspectos formales y de presentación comunes a las distintas contribuciones: estructura, bibliografía y cita de fuentes, notas, cuadros, tablas, imágenes...

2. PRESENTACIÓN Y TRATAMIENTO DE LOS COMPONENTES GRÁFICOS (FIGURAS)

Las figuras (gráficos, cuadros, fotografías...) que ilustren la obra deberán incluirse en una carpeta independiente a la del texto general, clasificadas en los diferen-



tes capítulos de que conste el libro y numeradas correlativamente (p. ej., «Figura 1.1»).

Todas ellas irán acompañadas de un texto descriptivo o pie de figura (Figura 1.3. *Cajas de disposición dividida*; Cuadro 2.2. *Estrategia para un desarrollo sostenible*), con referencia, en su caso, a la fuente de la que proceda la imagen (entidad que posee los derechos de propiedad) o los datos consignados (fuente bibliográfica).

Las imágenes deberán guardarse preferentemente en formato **TIFF**, con una resolución mínima de **300 puntos por pulgada** para conseguir una impresión óptima. No se aceptarán imágenes obtenidas en Internet por su baja resolución ni aquellas que no dispongan de autoría.

La imagen de cubierta propuesta por el autor se ajustará siempre a las características de la colección asignada.

Todo el material gráfico sujeto a derechos de autor o reproducción deberá ir acompañado de las autorizaciones correspondientes y cita de las fuentes.

3. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AUTORÍA Y RESPONSABILIDAD

- Cuando existen varios autores se separarán por punto y coma y un espacio, y si son más de tres se hará constar el primero seguido de la abreviatura *et al.*
- En el caso de obras anónimas, el primer elemento de referencia será el título.
- Después de los apellidos y el nombre de los editores, directores, compiladores o coordinadores, hay que añadir la abreviatura correspondiente a la mención de responsabilidad, entre paréntesis: (comp.), (coord.), (ed.), (dir.), etc.
- Si el autor es una entidad, se indicará el nombre de la misma tal y como aparece en la fuente.
- Cuando se repita un autor en una lista de referencias bibliográficas, la segunda y sucesivas menciones a su nombre se suplirá mediante raya o guión largo:
 - *Título del libro*. Mención de responsabilidad secundaria (traductor; prologuista; ilustrador; coordinador; etc.), n.º de edición, lugar de edición, editorial, año de edición, páginas citadas (Serie/Colección).

TÍTULO

- Se escribe en cursiva, tal y como aparece en la fuente.

DATOS DE PUBLICACIÓN

- El lugar geográfico donde se ha publicado el documento se cita preferentemente en la lengua de este. Cuando exista riesgo de confusión, puede añadirse entre paréntesis el nombre del estado, provincia o país a que pertenece el lugar de edición:

American Reference Books Annual, ed. de B. S. Wynar, Littleton (Colorado, Estados Unidos), Librairies Unlimited, 1970-.

- En el nombre de editor, se omiten los términos genéricos como editorial, ediciones, etc., excepto que formen parte del nombre (casos de nombre + adjetivo: Editora Nacional).
- Aunque la edición que se haya manejado sea la original, puede citarse, si se conoce, tras el año de dicha edición original y entre paréntesis, una edición española de la obra:

GASKELL, Philip. *A New Introduction to Bibliography*, Oxford, Oxford University Press, 1972 (trad. esp., *Nueva introducción a la bibliografía material*, pról. y rev. de J. Martínez de Sousa, Gijón, Trea, 1999).

- Cualquier añadido en la edición de la referencia que no figure como dato en el original o fuente que se describe debe encerrarse entre corchetes, como por ejemplo alguna información que se apunte sobre el pie editorial de la obra:

ANTONIO, Nicolás. *Bibliotheca Hispana Nova*, t. XXIII, Madrid, [Joaquín Ibarra], 1788.

Las referencias a archivos, bibliotecas, revistas o colecciones se citarán desarrolladas en su primera mención seguidas de su sigla entre paréntesis. En las siguientes menciones, se expresarán únicamente mediante sus siglas:

ALONSO, Dámaso. «Cancioncillas de amigo mozárabes», *Revista de Filología Española (RFE)*, 35 (1952), pp. 368-371.

Biblioteca Nacional de España (BNE). *Colección de Libros Raros y Curiosos*, ms. 2.657.

SISTEMAS DE CITA**1) Libros y unidades bibliográficas mayores**

APELLIDO(S), Nombre. *Título del libro en cursiva*, mención de responsabilidad secundaria (traductor; prologuista; ilustrador; coordinador; etc.), tomo o volumen citado, n.º de la edición consultada (si hay más de una) y tipo de edición (entre paréntesis), lugar de edición, editorial, año de edición, páginas citadas (Serie/ Colección).

Ejemplos:

BOBBIO, Norberto. *Autobiografía*, ed. de A. Papuzzi, pról. de G. Peces-Barba, trad. de E. Benítez, Madrid, Taurus, 1988, pp. 287-289 (col. Biblioteca Universal, n.º XXV).

BOSQUE, Ignacio (ed.). *Tiempo y aspecto en español*, Madrid, Cátedra, 1990, p. 57 (col. Lingüística, n.º 68).

RODRÍGUEZ MARTÍN, María José *et al.* *Insurgencia y Republicanismo*, León, Universidad Complutense, 1998.

VV. AA. *Enciclopedia Labor*, t. 14, Barcelona, Labor, 1983, pp. 185-187.

Actas del I Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España: noviembre de 1994 - febrero de 1995, ed. de M.ª T. Echenique, M. Aleza y M. J. Martínez, Valencia, Universitat, Departamento de Filología Española, 1995.

Como se ha indicado, en el supuesto de que se repita el nombre del autor, en la segunda y sucesivas menciones (ordenadas cronológicamente hasta la más reciente) se utilizará el guión largo o raya para sustituir su nombre completo. Las obras de un autor publicadas en un mismo año se diferenciarán alfabéticamente junto a este (a, b...) por orden de aparición:

BRADING, David A. *Church and state in Bourbon Mexico*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994a.

— *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994b.

2) Partes de monografías y colaboraciones en obras colectivas

APELLIDO(S), Nombre. «Título de la parte», en Mención de responsabilidad de la obra completa, *Título de la obra*, lugar de edición, editorial, año, situación de la parte en la obra.

AMELANG, James S. «Clases populares y escritura en la Europa Moderna», en A. Castillo (coord.), *La conquista del alfabeto*, Gijón, Trea, 2002, pp. 53-67.

MARTÍNEZ DE SOUSA, José. «El futuro del libro», en *Pequeña historia del libro*, Barcelona, Labor, 1987, p. 135.

Y, en caso de que se quiera mencionar un volumen concreto en una obra por volúmenes:

CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo. *América hispánica*, en M. Tuñón de Lara (dir.), *Historia de España*, vol. 6, Barcelona, Labor, 1976, p. 198.

Este esquema de cita es aplicable, asimismo, a las ponencias de congresos:

CEREZO GALÁN, Pedro. «La antropología del espíritu en Juan de la Cruz», en *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista, (Ávila 23-28 de septiembre de 1991)*, vol. III, [s. l.], [s. n.], 1991, pp. 128-154.

3) Trabajos en publicaciones en serie

Artículos en revistas: APELLIDO(S), Nombre. «Título del artículo», *Título de la publicación seriada* (lugar donde se edita, si procede), volumen/número de la revista (fecha), páginas.

ROSENBLAT, Ángel. «El futuro de la lengua», *Revista de Occidente* (Madrid), 56-57 (1967), pp. 155-192.

Artículos en periódicos: APELLIDO(S), Nombre. «Título del artículo», *Nombre del diario* (lugar donde se edita), fecha de publicación [día, mes y año], páginas.

LÓPEZ MONTOTO, Gregorio. «Se deben evitar las fricciones», *El País* (Barcelona), 21 de noviembre de 1982, p. 13.

En el caso de publicaciones seriadas completas (anuarios, anales, series monográficas, etc.) de periodicidad igual o superior a un año, el sistema sería:

AUTOR COLECTIVO O INSTITUCIONAL (si lo hay). *Título de la publicación*, pie editorial (si la serie continúa publicándose, se indicará el año de inicio de la publicación seguido de guión):

Guía de editores de España, Madrid, Federación de Gremios de Editores de España, 1990-.

Anuario del ferrocarril, 1996, Madrid, Akal, 1985-.

Las publicaciones oficiales periódicas y no periódicas se guiarán por el siguiente esquema:

Nombre usual del país o institución, Organismo editor. *Nombre de la publicación*, tomo/volumen/número, fecha, páginas.

Estados Unidos Mexicanos, Secretaría de Gobernación. *Diario oficial*, XVI/1, 5 de enero de 1924, pp. 6, 10.

4) Literatura gris

Se entiende por tal aquellos documentos de carácter provisional, con una circulación restringida y de difícil acceso: informes, memorias, tesis doctorales, etc. Se facilitarán todos los datos que contribuyan a localizarlos, siguiendo los modelos señalados para la bibliografía ordinaria.

Tesis doctorales: APELLIDO(S), Nombre. «Título de la tesis», director de la misma, institución académica en la que se presenta, lugar, año.

LASCURAIN SÁNCHEZ, María Luisa. «Análisis de la actividad científica y del consumo de información de los psicólogos españoles del ámbito universitario durante el período 1986-1995», tesis doctoral dirigida por el dr. E. Sanz Casado, Universidad Carlos III de Madrid, Departamento de Biblioteconomía y Documentación, 2001.

Informes publicados: APELLIDO(S), Nombre. *Título del informe*, lugar de publicación, editorial, año. Serie, nº de la serie (disponibilidad).

1999 Informe del Mercado de Trabajo, [Guadalajara], Dirección Provincial del Instituto Nacional de Empleo de Guadalajara, 2000.

5) Documentos y recursos electrónicos

En general, siguen las mismas pautas y esquema de cita que los documentos impresos. Conviene, eso sí, identificarlos adecuadamente con todos los datos de que se disponga, por lo que es imprescindible indicar la disponibilidad y el acceso (página web), así como la fecha de consulta.

Ejemplos:

CUETO, Marcos. *El valor de la salud*, Washington, OPS, 2004.
Disponible en: <http://oliva.cie.es> [Consulta: 17/08/2001].

CUERDA, José Luis. «Para abrir los ojos», *El País Digital*, 371 (9 de mayo de 1997). Disponible en: <http://www.elpais.es/p/1997> [Consulta: 9/07/1998].

Directorio de servicios de préstamo interbibliotecario de Rebién, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 1994-. Disponible en: <http://www.upf.es/bib/pinter/uned.htm> [Consulta: 3/12/1998].

4. CITAS BIBLIOGRÁFICAS

En el texto general, la remisión al documento del que se extrae una cita o algún dato se podrá realizar mediante alguno de los siguientes sistemas:

- Sistema cita-nota, con llamada voladita en el texto y nota correspondiente a pie de página con los datos de autor, obra y página de donde se toma la cita.


5. CITAS TEXTUALES

Cuando no superen las dos o tres líneas se podrán insertar dentro del párrafo entre comillas latinas (« »). Si son más extensas, se recomienda colocarlas en párrafo aparte, sangradas por la izquierda y con una línea de blanco antes y después. La supresión de partes del texto citado se indicará con puntos encorchetados: [...].

6. ORGANIZACIÓN DEL TEXTO. JERARQUÍA DE TÍTULOS

Independientemente de las características tipográficas de la colección donde se incluya la obra, se recomienda utilizar el sistema de numeración decimal para establecer la jerarquía de títulos. Así, las partes o secciones se numerarán mediante números romanos, los capítulos en arábigos y las sucesivas subdivisiones del 1 en adelante: Parte I, Capítulo 1, Epígrafe 1.1, Apartado 1.1.1.





PRESENTACIÓN DEL VOLUMEN MONOGRÁFICO SOBRE DOÑA EUGENIA DE MONTIJO: 100 AÑOS DE LA MUERTE DE UNA ESPAÑOLA UNIVERSAL

DR. D. JOSÉ LUIS SÁNCHEZ GARCÍA

Director del Seminario de Historia Cisneros

Nos honramos en presentar este nuevo número de *Cuadernos de Investigación Histórica*, que nunca es un ejemplar más, porque cada persona comporta una originalidad única que viene dada por su propia personalidad y por la circunstancia histórica que le tocó vivir, elementos que se conjugan –tal como postuló Ortega– para conformar una biografía irrepetible que tratamos de referenciar en todas sus dimensiones y proyecciones en distintos planos. Cuanto más en el caso de una figura polifacética como la que nos ocupa, que ejerció altas responsabilidades de gobierno como regente de una de las mayores naciones europeas de su tiempo, desde las que influyó decisivamente en la configuración de Europa en ese cambio de escenario que discurre entre la Restauración, tras el Congreso de Viena (1815), y la Primera Guerra Mundial (1914-1918), complejo tránsito que conduce del siglo XIX al XX, y lo hizo, además, influyendo en múltiples vertientes que recorren desde lo político a lo cultural y desde lo religioso a lo social, pasando por lo estético y lo artístico, donde también dejó una singular impronta, todavía hoy muy relevante.

Hemos querido dedicar este volumen a la memoria de Doña Eugenia de Portocarrero Palafox y Kirkpatrick (1826 – 1920), conocida popularmente como Eugenia de Montijo, con motivo del centenario de la muerte de esta ilustre mujer española que llegó a ser Emperatriz de Francia, tras su matrimonio con Napoleón III (1808 - 1873). Emperatriz consorte, por tanto, pero también tres veces regente directa de los destinos de la nación gala y de todas sus posesiones de ultramar,

en momentos críticos para la patria de sus coetáneos Victor Hugo ó Stendhal, y decisivos para la configuración de Europa, durante la época del II Imperio francés (1852 - 1870).

Fue Doña Cristina del Prado Higuera quien nos realizó la muy oportuna y afortunada sugerencia de proponernos al Consejo del Seminario de Historia Cisneros la valoración de la figura de Doña Eugenia de Montijo como motivo de consideración y estudio riguroso la vida de esta mujer española de proyección universal con motivo del 100 aniversario de su fallecimiento. Creemos que esta gran mujer, que fue referencia absoluta para su tiempo y que ha calado tan hondo en el imaginario popular, si no ha recibido mayor atención por parte de la historiografía contemporánea, acaso no sea tanto por su condición femenina en la distante Europa del siglo XIX como algunos argüirían, cuanto por su irrenunciable adscripción a la cosmovisión cristiana, que algunas corrientes posteriores consideraron superada y trasnochada, y motivo suficiente para su postergación. Ya en vida, desde su mismo noviazgo con Napoleón III, algunos la denostaron por sus raíces españolas, unos orígenes a los que ella no solo no renunció, sino que siempre rememoró con orgullo y nostalgia allá donde se encontrase, y cuyos detractores siempre le recordaron, especialmente en los peores momentos o tras decisiones comprometidas que resultaron fallidas.

Nos complace presentar este volumen monográfico dedicado a rememorar la figura de una española que todavía es recreada y recordada en el imaginario popular, en numerosos poemas y canciones que todavía se cantan, con una relevancia que también perdura y se afianza en el ámbito estético y artístico, pues su influjo transita desde los grandes retratos y las exclusivas obras de arte de la corte francesa en que vivió, hasta las últimas publicaciones de estilo y tendencias de moda y actualidad que la recuerdan, como es propio de una mujer que fue icónica para su tiempo, pero cuya figura se sustancia y se proyecta en otros muchos planos de gran relieve, no siempre debidamente considerados y atendidos por la historiografía y en los que nosotros nos queríamos adentrar de la mano imparcial y rigurosa de acreditados expertos.

En ese cometido de conformar una semblanza lo más amplia y precisa posible de la Emperatriz Eugenia, hemos decidido contar con una cuidada selección de autores y especialistas que han analizado minuciosamente su persona, desde diversos ámbitos y perspectivas que se complementan y se enriquecen entre sí, permitiéndonos obtener una imagen más completa y acrisolada de la personalidad de esta polifacética mujer de dimensión universal, que fue icono absoluto de su tiempo.

En nuestra modesta contribución a este volumen, realizada junto a mi colaborador, el filósofo y acreditado investigador cultural, D. Juan María Díez Sanz,

hemos trazado los perfiles de una semblanza de Doña Eugenia, a partir de lo que hemos titulado “Una aproximación hermenéutica a los discursos de Oxford y Barcelona de 1940-47”, del que fuera Duque de Alba y Director de la Real Academia de la Historia, su sobrino-nieto D. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, sobre la que consideraba su abuela, la Emperatriz Eugenia de Montijo, a la que trató desde su infancia, en las diversas etapas y momentos de su vida, en una relación entrañable que culminó cuando la acogió en su propia casa, ya en España, al final de sus días.

Queremos agradecer a todos los expertos nacionales y extranjeros que se dan cita en este magnífico volumen para conformar una interesante y actualizada semblanza interdisciplinar sobre la Emperatriz Eugenia:

D. Antonio Moral Roncal, Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Alcalá de Henares, en cuyo artículo “La emperatriz Eugenia ante la guerra de Crimea: la posible intervención española” nos relata un interesante episodio que tuvo lugar durante la Guerra de Crimea (1853-1856), cuando la Emperatriz Eugenia intentó que su cuñado, el Duque de Alba, realizara una delicada y secreta misión no oficial que consistía en conocer la posible reacción del gobierno de Madrid si Francia le presentaba una oferta para organizar un cuerpo de voluntarios españoles con destino a participar en el conflicto.

D. Ricardo Mateos Sáinz de Medrano, historiador y especialista en la historia de las familias reales de Europa, renombrado experto en la época, contribuye al volumen con un artículo sobre su proyección pública, bajo el título “Eugenia de Montijo vista por la realeza de su tiempo. De arribista a Emperatriz venerada”.

Doña. Cristina Barreiro, desde la Universidad CEU San Pablo, nos ofrece una interesante contribución titulada “Eugenia de Montijo: mujer y Regente. Su papel político visto por la prensa española”, donde nos expone el interés y el seguimiento de su figura en la prensa de la época ya desde su mismo matrimonio por el que se convirtió en Emperatriz.

D. Javier González Martín, Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Alcalá de Henares, nos aporta su análisis del declinar de su persona y del régimen en su contribución “Eugenia de Montijo y la caída del II Imperio francés. Las tres muertes de una emperatriz”.

D. José Luis Sampedro Escolar, Numerario de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, reputado experto en la historia de las relaciones de las dinastías europeas y en particular de la Casa de Alba, nos ofrece una interesante reconsideración de la dimensión política de nuestra protagonista en la historiografía, bajo el título “La emperatriz Eugenia, la intervención francesa en México y otros casos de política exterior”.

D. Miguel Muñoz-Yusta del Álamo, Director de la Fundación Fernando de Castro, experto en mobiliario, artes decorativas y diseño de interiores, nos des-

grana los detalles estéticos del denominado “El estilo Napoleón III: el estilo de la opulencia”, con que titula su contribución.

Doña. Cristina del Prado Higuera, especialista en espacios de sociabilidad de la nobleza madrileña y profesora de Historia Contemporánea de la Universidad Rey Juan Carlos, nos aporta una contribución en ese particular ámbito social decimonónico objeto de su estudio y conocimiento, bajo el título “Los salones de la condesa de Montijo: el Prado con techo.”

D. Alejandro Espejo Fernández, Doctorando en Historia Contemporánea de la Universidad de Alcalá, nos ofrece una contribución titulada “*L’hôtel Lauriston: una residencia en París para la duquesa de Alba.*”

Doña Karine Huguenaud, experta en joyería del Primer y Segundo Imperio francés y conservadora de las colecciones de la joyería Chaumet, nos ofrece una original perspectiva de su influjo en este ámbito bajo el título “*Eugénie et la joaillerie avant et après l’Empire : une histoire de sentiments*”.

D. Christophe Vachaud, historiador experto en joyería de alto valor histórico y piezas exclusivas, nos aporta una singular perspectiva desde su *expertise* en un artículo titulado “*L’Écrin de l’Impératrice Eugénie*”.

Como es manifiesto, la nómina de los autores que se dan cita en este número y las materias y ámbitos que confluyen en el mismo, es muy relevante y enriquecedora para cumplir con los fines que nos proponíamos.

Queremos agradecer, además, a D. Enrique Kirkpatrick Mendaro y a su familia por atendernos personalmente con toda cortesía y amabilidad, y brindarnos acceso al archivo familiar, donde hemos podido consultar numerosa documentación inédita o muy relevante para esta investigación.

También quisiéramos agradecer especialmente a Doña Cristina del Prado Higuera por su colaboración en la organización del congreso, máxime en las circunstancias actuales, y en las tareas de recopilación de originales y preparación de los materiales para la edición de este relevante volumen monográfico, así como por la feliz sugerencia de la figura de Doña Eugenia como motivo del estudio y del congreso.

También deseo expresar mi gratitud a mi colaborador en la investigación, D. Juan María Díez Sanz, por su rastreo de fuentes nacionales y extranjeras en las tareas de determinación y consulta de fuentes bibliográficas que supone la prolija labor de documentación de esta investigación, además de su valiosa contribución en la elaboración de nuestra aproximación hermenéutica a la figura de Doña Eugenia en los Discursos del Duque de Alba y Director de la Real Academia de la Historia pronunciados en Oxford y en Barcelona entre los años 1940-47.

Quisiéramos expresar nuestro reconocimiento y agradecimiento a diversas instituciones, empezando por la Real Academia de la Historia, por su labor de es-

tudio, difusión y transferencia de conocimiento a la sociedad, conformada desde la referencia de la verdad histórica y desde una consideración científica rigurosa, que es no solo relevante para los estudiosos, sino imprescindible para toda la sociedad en su conjunto. Hemos tenido en fechas recientes la oportunidad de expresar públicamente este reconocimiento, junto con nuestro agradecimiento, a la Real Academia de la Historia en la persona de su Directora, Doña Carmen Iglesias, en la propia sede de la Fundación Universitaria en Madrid, tal como referimos en nuestra aportación a este volumen. También queremos hacer extensivos estos reconocimientos a la Biblioteca Nacional de España y a la Biblioteca Miguel de Cervantes que custodian y ponen a disposición de los investigadores tantos documentos relevantes para poder estudiar y comprender la historia de nuestra nación y de sus personajes en sus fuentes y documentos.

Gracias a todos, por hacer posible este volumen, gracias a nuestros amigos, colaboradores, seguidores y lectores, en medio de las difíciles circunstancias que atravesamos en estos momentos. Esperamos que la lectura de este monográfico nos sirva a todos como motivo de ampliación de nuestros conocimientos históricos, pero también de reflexión personal para obtener provechosas enseñanzas para nuestras propias vidas.





ARTÍCULOS





...





EUGENIA DE MONTIJO:
APROXIMACIÓN HERMENÉUTICA A LA
EMPERATRIZ EN LOS DISCURSOS DEL DUQUE DE
ALBA EN OXFORD Y BARCELONA (1940-1947)

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ GARCÍA

*Director del Seminario de Historia Cisneros.
Fundación Universitaria Española*

JUAN MARÍA DÍEZ SANZ

*Profesor de Filosofía.
Universidad Católica de Valencia*

Agradecimientos:

Queremos agradecer a D. Enrique Kirkpatrick Mendaro y a su familia la deferencia de brindarnos acceso directo a su archivo familiar donde hemos podido consultar numerosa documentación para esta investigación.



Contenido

1. APROXIMACIÓN A LA FIGURA DE EUGENIA DE MONTIJO (1826- 1920) EN LOS DISCURSOS DEL DUQUE DE ALBA DE LOS AÑOS 40 -47. – 1.1. Los discursos de Oxford y Barcelona. – 1.2. Etapas de la vida de Eugenia. – 2. VIDA DE DOÑA EUGENIA ANTES DE CONOCER AL EMPERADOR. – 2.1. De su carácter a su linaje – 2.2. De su posición internacional – 2.3. De la circunstancia española a su marcha a Francia. – 3. VIDA DE DOÑA EUGENIA DE MONTIJO COMO EMPERATRIZ. – 3.1. Del encuentro al matrimonio imperial. – 3.2. Del nacimiento de su hijo a las dificultades matrimoniales. – 3.3. De las regencias de Francia al apoyo a Austria. – 3.4. Del declive personal a su presencia en grandes eventos históricos. – 4. TRAS LA MUERTE DEL EMPERADOR. – 4.1. De la muerte del Emperador a la del Príncipe. – 4.2. Del Exilio en Inglaterra a la I Guerra Mundial. – 4.3. Del sentido de su vida, desde la fe católica, al código de honor de la Emperatriz. – 5. CONCLUSIONES. – 6. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y CITADA.

1. APROXIMACIÓN A LA FIGURA DE EUGENIA DE MONTIJO (1826-1920) EN LOS DISCURSOS DEL DUQUE DE ALBA DE LOS AÑOS 40 -47.

Recordaba la prensa en fechas recientes que se cumplen 100 años del fallecimiento de una de las mujeres españolas más universales de la historia contemporánea con una relevante proyección en distintos planos (histórico, político, cultural, diplomático, social, etc.), que implica a diversas naciones europeas a las que queda ligada su figura, y que, paradójicamente, no han favorecido un conocimiento equilibrado y ponderado sobre su persona. Para tratar de ampliar el conocimiento de la vida de esta ilustre mujer y hacer justicia a su figura, nos hemos propuesto profundizar en su vida.¹

Su nombre completo fue María Eugenia Ignacia Agustina de Palafox Portocarrero y Kirkpatrick, y su título originario, Condesa de Teba², aunque fue conocida

¹ AMIGUET, T., “Eugenia de Montijo, La granadina que enamoró a un emperador”, *La Vanguardia*, Barcelona, 10/07/2020. Disponible en

<https://www.lavanguardia.com/hemeroteca/20200710/482208290991/eugenia-de-montijo-emperatriz-francia-barraquer.html>

² Título nobiliario español creado y otorgado por Carlos I en favor de D. Diego Ramírez de Guzmán II, el 22 de octubre de 1522, hijo de D. Juan Ramírez de Guzmán, conquistador de la Villa de Teba en Málaga. Eugenia de Montijo fue la XX Condesa de Teba y su sobrina, María Eugenia Sol María Fitz-James Stuart y Falcó, fue la XXI con Grandeza de España, por cesión de su hermano Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, XVII Duque de Alba de Tormes y Director de la Real Academia de la Historia al que vamos a seguir en la semblanza trazada sobre su tía-abuela la Emperatriz Eugenia en el presente trabajo.

popularmente en España como Eugenia de Montijo y en la historiografía europea como la Emperatriz Eugenia, por su preeminente posición como Emperatriz consorte de Francia tras su matrimonio con Napoleón III (1808 - 1873) que incluye tres periodos de regencia directa de los destinos de Francia y todas sus posesiones, asumidos por Eugenia de Montijo en distintos momentos críticos para la nación gala durante la época del II Imperio Francés (1852 - 1870).

1.1. Los discursos de Oxford y Barcelona.

Como es bien sabido, se ha escrito mucho sobre Doña Eugenia. La mayor parte, literatura sobre su persona o anécdotas en las que se recrea su vida, que se recuerda incluso en coplas y canciones populares que muchos se saben y todavía cantan. Algunos de sus ecos e influjos estéticos todavía perduran, renovados, en las revistas de moda más actuales, que no dudan en calificarla como «la *influencer* española más internacional del siglo XIX».³

Con la presente investigación, nosotros queremos contribuir al conocimiento del personaje histórico que está detrás de esa figura icónica en la estética y en la moda, del personaje refinado que es objeto de la recreación literaria y de la figura entrañable que pervive en el imaginario popular. Por ello, nos hemos centrado en una de las aproximaciones más fidedignas y cercanas a su figura que existen en castellano, como son los discursos del Duque de Alba y Director de la Academia de Historia, D. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, y hemos buscado en la extensa bibliografía extranjera el complemento más selecto y riguroso para la constatación de los hechos y circunstancias que el académico español refiere en sus discursos sobre Doña Eugenia realizados en los años 40.

En el presente trabajo vamos a seguir y analizar el discurso de D. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, Duque de Alba, quien, siendo Director de la Real Academia de la Historia, miembro de la Real Academia Española y de la de Bellas Artes de San Fernando, pronunció sobre la figura de su familiar -la Emperatriz Eugenia de Montijo- ante la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona en el curso 1946 - 47 en un documento de valor histórico que figura en el catálogo de la Biblioteca Nacional de España.⁴

³ LUIS, N., “Eugenia de Montijo, cien años de la *influencer* española más internacional del s. XIX”, Revista *VOGUE*, 11 de julio de 2020. Disponible en

<https://www.vogue.es/moda/articulos/eugenia-montijo-emperatriz-francia-legado-moda-worth-alta-costura-louis-vuitton>

⁴ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947. Disponible en Biblioteca Nacional de España (BNE):

<http://catalogo.bne.es/uhtbin/cgisirsi/0/x/0/05?searchdata1=bimo0000873997{001}#ejemplares>

El discurso pronunciado en la Universidad de Barcelona en el curso 1946-7 por el Duque de Alba es una actualización de uno anterior, pronunciado en *The Ark*, en Oxford, en Inglaterra, en 1941⁵. Sobre su relación con Inglaterra cabe destacar que el Duque se había educado allí y que había recibido un doctorado *honoris causa* por la Universidad de Oxford, tal como refiere en el propio discurso⁶. También alude a la circunstancia de que, al inicio de Guerra Civil Española, se encontraba precisamente en Inglaterra, visitando Campion Hall⁷, lo cual le evitó algún importante contratiempo personal.

Son pocas las diferencias entre ambos discursos, recogidos en sendos documentos, si bien en el de Oxford de 1941 abundan las alusiones al contexto de la Guerra Civil Española (1936-39) que acababa de finalizar y cuyas heridas permanecían abiertas porque las secuelas del conflicto eran aún muy recientes.

La conferencia original en Oxford quedó recogida en el Boletín de la Real Academia de la Historia y está disponible en abierto en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes⁸. Una vez más, queremos agradecer a estas instituciones la valiosa labor que realizan para conservar y dar a conocer documentación relevante sobre la historia de España, prestando un servicio a la sociedad que consideramos de primer orden cultural, tal como hemos expuesto y argumentado en otros documentos e intervenciones públicas.⁹

Nos hemos centrado más en el discurso de Barcelona por ser posterior y estar depurado de tantas alusiones a la circunstancia española de posguerra y al enfrentamiento fratricida de la Guerra Civil, que poco o nada aportan a la finalidad de nuestra aproximación hermenéutica a los mismos, que es profundizar en el conocimiento de Doña Eugenia.

La figura de la Emperatriz Eugenia tiene entidad por sí misma para ser ob-

⁵ Idem, *La Emperatriz Eugenia / el Duque de Alba: Conferencia pronunciada en «The Ark», Oxford, 15 de julio de 1941*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2012. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-emperatriz-eugenia/>

⁶ Ibidem, p. 197.

⁷ Ibidem.

⁸ Ibidem.

⁹ Agradecimiento que hemos realizado públicamente y en persona a la Directora de la Real Academia de la Historia, Dña. Carmen Iglesias Cano, en sus intervenciones en la sede de la Fundación Universitaria Española en Madrid, como pudo constatar en el Congreso de la Conmemoración del 500 aniversario de la Primera Circunnavegación de la Tierra, celebrado los días 23 y 24 de octubre de 2019, tal como realizó el director del Seminario de Historia Cisneros de la FUE, D. José Luis Sánchez en la presentación de su conferencia, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=t-NRr-UC2nLU&t=3304sy> y el filósofo D. Juan Díez Sanz, por su parte, en su intervención sobre los presupuestos gnoseológicos y los referentes éticos y morales que hicieron posible la circunnavegación de la Tierra, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=bV35cQoSldM&t=1987s> (m.18). Ambas intervenciones recogidas en el Canal de YouTube de la Fundación Universitaria Española. «Congreso la mayor hazaña náutica de la historia: La primera circunnavegación» y en el volumen monográfico sobre el evento publicado por la *Revista Cuadernos de Investigación Histórica*, n. 36.

jeto de un análisis pormenorizado desde diversos ángulos tal como nos hemos propuesto en este estudio monográfico. Es realmente una mujer española que desarrolla su vida en diversas naciones europeas, con relaciones con todos los arquitectos de la Europa de su momento en que toda la diplomacia europea pasaba por Francia.

La forma de ser y de actuar de Doña Eugenia, unida a su belleza e inteligencia, en una posición social tan destacada y con una proyección internacional tan relevante en su momento, atrajo ya desde su tiempo la atención sobre su figura y la configuró como un icono para su tiempo. Sobre la extensa bibliografía que existe sobre su persona, su sobrino-nieto, el Duque de Alba, expone lo siguiente:

“Se han escrito muchos libros sobre la Emperatriz, y no dejarán de escribirse muchos más en lo sucesivo; su recia personalidad y la romántica historia de su vida interesarán siempre a los lectores. Para no mencionar sino algunos biógrafos, citaré a Sencourt, Loliée, Lucien Daudet, Aubry, Filon. y, por último, aunque no por ello menos interesante, a Dame Ethel Smythe, recientemente fallecida, que consiguió en sus escritos hacer una excelente semblanza de la Emperatriz. Por su vecindad con ella en Farnborough, llegó a ser una de sus mejores amigas: era una personalidad relevante, música distinguidísima y llegó a componer óperas de verdadera importancia que la valieron el título de «Dame»'. Fue además escritora notable: sus *Memorias y Recuerdos* han tenido gran éxito, contribuyendo mucho a dar a conocer la personalidad de la Emperatriz en Inglaterra. Era deportista entusiasta, y tomó con gran calor el voto de la mujer, sufriendo por ello choques con la policía y encarcelamientos. La Emperatriz veía todo esto con simpatía y la divertían mucho las extravagancias de esta dama eminente.”¹⁰

De los muchos biógrafos que se han aproximado a la vida de la Emperatriz Eugenia, el Duque cita como los más relevantes los nombres de Sencourt, Loliée, Lucien Daudet, Aubry, Filon y Dame Ethel Smythe. Quizá es oportuno recordar en este punto que estos son los autores que se mencionan en los discursos del Duque de Alba a principios de los años 40, pero el interés por la figura de la Emperatriz no solo no ha cesado en este tiempo, puesto que su figura ha seguido cautivando y atrayendo a numerosos escritores que se han aproximado a su biografía y a su circunstancia histórica posteriormente, muchos de ellos periodistas con libros muy recientes y de notable éxito editorial en nuestros días.

Puede sorprender que todos los autores que cita el Duque sean extranjeros, pero gran parte de la bibliografía, especialmente la más contrastada, especiali-

¹⁰ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, pp. 13-14.

zada y rigurosa, ha sido escrita por extranjeros, si bien en español hay cada vez un mejor y más detallado conocimiento de su persona, su contexto histórico, su importancia y su significación.

El Duque refiere y evalúa la amplia bibliografía existente sobre la Emperatriz hasta aquellos momentos –años 40- y destaca la que considera la mejor obra sobre su tía-abuela:

“Sigo creyendo que el mejor de todos aquellos libros es el que escribió mi amigo el profesor Sencourt, y prefiero la edición francesa porque está expurgada de los errores que se deslizaron en la inglesa primitiva y se corrigieron después.”¹¹

Parece que la semblanza trazada por el historiador inglés Robert Sencourt, publicada bajo el título *The life of the Empress Eugénie*¹², es la que más le convence al sobrino-nieto de la Emperatriz, aunque matiza que en su edición francesa.¹³ También realizó Sencourt, en relación con Doña Eugenia, una edición de las cartas personales a su hermana Francisca de Alba, publicadas bajo el título *Les fiançailles de l'Impératrice: lettres a la duchesse d'Albe*.¹⁴

El acreditado biógrafo Sencourt, amigo íntimo del gran poeta y dramaturgo T.S. Eliot, Premio Nobel de Literatura, sobre el que también escribe una biografía¹⁵, elabora asimismo otra sobre el marido de Doña Eugenia, el Emperador Napoleón III, bajo el título *Napoleon III: The modern Emperor*¹⁶. También publicó Sencourt, junto a Victor Wellesley, otra interesante obra titulada *Conversations with Napoleon III*¹⁷, con abundante documentación inédita referente al Emperador y al contexto histórico del II Imperio francés.

¹¹ Ibidem, p. 14

¹² SENCOURT, R., *The life of the Empress Eugénie*. (With a Foreword by His Grace The Duke of Berwick and Alba), Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1931.

¹³ Idem, *La vie de l'Impératrice Eugénie*, Paris, Gallimard, 1933.

¹⁴ MONTIJO E. DE, *Les fiançailles de l'Impératrice: lettres a la duchesse d'Albe* (SENCOURT, ed.) *Revue des Deux Mondes* (1829-1971), Huitième Oériode, vol. 10, n.º. 2 (15 juillet 1932), pp. 295-301. Son cartas provenientes del archivo familiar del Duque de Alba, recopiladas y editadas por Sencourt, quien durante su investigación en Madrid, encontró cartas inéditas de la emperatriz Eugenia a su hermana la Duquesa de Alba. Son cartas personales, escritas apresuradamente y sin ninguna preocupación por el estilo tal como refiere el historiador en la introducción a las mismas: “Au cours de recherches qu'il effectuait à Madrid, dans les archives de M. le duc d'Albe, un historien anglais, le très distingué M. Robert Sencourt, a retrouvé des lettres inédites de l'impératrice Eugénie à sa soeur la duchesse d'Albe. Ces lettres familières, écrites en [hâte et sans aucun souci de style, à une soeur chérie, sont un document psychologique d'un vif intérêt, outre qu'elles révèlent des détails inconnus sur les fiançailles impériales. Nous exprimons notre gratitude à M. le duc d'Albe, qui a bien voulu donner à la Revue l'autorisation de reproduire ces lettres, ainsi que celle adressée par Napoléon III ala cofrîtresse de Montijo pour lui demander la main de sa fille.” MONTIJO E. DE, *Les fiançailles de l'Impératrice: lettres a la duchesse d'Albe* (SENCOURT, eds.) *Revue des Deux Mondes* (1829-1971), Huitième Oériode, vol. 10, n.º. 2 (15 juillet 1932), p. 295.

¹⁵ Idem, *T. S. Eliot, A Memoir*. Londres, Garnstone Limited, 1971.

¹⁶ Idem, *Napoleon III: The modern Emperor*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1933.

¹⁷ WELLESLEY, V. & SENCOURT, R., *Conversations with Napoleon III* (a collection of documents, mostly unpublished and almost entirely diplomatic selected and arranged with introductions

También refiere el Duque de Alba su aportación personal al conocimiento público de su tía-abuela y el sentido de la misma:

“He tenido la fortuna de contribuir a esta bibliografía de la Emperatriz con dos libros: el que inserta la copiosa correspondencia mantenida por Merimée con la Condesa de Montijo, que comenzó en 1839 y terminó con la muerte de él en 1870 (luego os diré el motivo de la publicación de estas cartas), y el aparecido con el título *Lettres familières de l'Impératrice Eugénie*, donde se contiene la correspondencia entre la Emperatriz y su madre, su hermana y su padre, y la que mantuvo con mi madre y conmigo, que abarca el período comprendido entre 1836 y su muerte, en 1920. La Emperatriz se distingue realmente en el género epistolar, y estas cartas tienen especial interés para los historiadores, porque están escritas con característica sinceridad. Este último libro, publicado en francés hace años, ha sido traducido al español e impreso en octubre de 1944 por la Editorial Gili, de Barcelona.”¹⁸

El Duque deja constancia de la relevancia de las cartas personales para aproximarse al conocimiento en detalle a la vida y las relaciones de la Emperatriz Eugenia, en razón de la sinceridad con que uno se suele expresar generalmente en el género epistolar, que en el caso de su tía-abuela él estima especialmente destacada y verídica¹⁹.

Los discursos de D. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, Duque de Alba, que realizó como Director de la Real Academia de la Historia en la Universidad de Barcelona en el curso 1946 – 47 y el pronunciado en *The Arc*, en Oxford, en 1941, revisten un gran interés por la cercanía y el conocimiento derivado de un trato familiar que él mantuvo con la Emperatriz. Además, es una relación continua en el tiempo en que transcurrió la vida de nuestra protagonista, pero que adquiere una especial relevancia cuando se tiene en cuenta que durante los últimos años de su existencia el Duque la acogió en su propia residencia.

En nuestra aproximación a la figura de Doña Eugenia nos vamos a centrar más en el discurso de Barcelona porque es posterior y viene a ser como una actualización cinco años posterior al ofrecido en Oxford. Vamos a seguir este discurso como hilo conductor de nuestra aproximación a la figura de la Emperatriz Eugenia.

Ambos discursos del Duque comienzan de una forma muy parecida, agradeciendo la invitación a hablar sobre su familiar, la Emperatriz Eugenia, tema que le es grato por el agradecimiento y el profundo cariño que la profesaba.

by Victor Wellesley and Robert Sencourt), Londres, E. Benn, 1934.

¹⁸ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, pp. 14-15.

¹⁹ Cfr. IMPÉRATRICE EUGÉNIE (DUKE OF ALBA & GABRIEL HANOTAUX, eds), *Lettres familières de l'impératrice Eugénie*, París, Plon, 1871 -1872.

El Duque comienza su intervención en Barcelona refiriendo el gusto que le supone el encargo del Rector de la Universidad de Barcelona y revelando algunos detalles personales sobre su relación con la Emperatriz:

“Comienzo por daros las gracias por vuestra invitación y a la vez por haber elegido a la Emperatriz Eugenia como tema de mi conversación. Este me es agradableísimo porque la conocí muy bien y la quise mucho. Ocupaba posición relevante en mi familia; fue como una madre para mi padre, que había perdido la suya siendo niño, y para mí más que una abuela cariñosa. Sabéis también, sin duda, que terminó, en mi casa de Madrid, su larga vida.”²⁰

Como vemos, además de los consabidos vínculos familiares, había también motivos de profundo agradecimiento personal, por su actuación en momentos difíciles para la familia, en el trasfondo del afecto que la profesaba. D. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, Duque de Alba expresa su cariño hacia Eugenia porque había sido como una madre para su padre, cuando perdió a la suya de niño, por lo que él la trató como si fuera su abuela, aunque realmente era tía-abuela suya. Tuvo una estrecha relación con Eugenia por las razones que detalla a continuación:

“Era hermana de mi abuela, la Duquesa de Alba, y cuando ésta murió, en 1860, mi padre y sus dos hermanas quedaron al cuidado de la Emperatriz, que fue para ellos la más amante de las madres. Heredé esta tradición y la consideré siempre como suplementaria abuela paterna.”²¹

El Duque la consideró y la trató siempre como si fuera su propia abuela, aunque realmente era tía-abuela por vía paterna. Confiesa que la profesó un gran afecto durante toda su vida, por lo que, al final de la misma, incluso la acogió en su casa.

Parece razonable suponer que, en esos años finales, en ese declinar de la vida que es la vejez y donde se suele hacer balance de todo lo vivido, Doña Eugenia y él mantendrían largas e interesantes conversaciones. Aunque no se mencionan de forma expresa en los discursos, ni se detalla el contenido de las mismas, se puede suponer que sí tuvieron lugar a partir de las afirmaciones que sí realiza el Duque sobre su tía-abuela y el afecto que le profesaba. Hay que tener en cuenta que Doña Eugenia tuvo una existencia muy longeva y alcanzó la notable edad de 94 años en una época en que la esperanza de vida para una mujer era poco más de la mitad²². Si bien es cierto que las circunstancias de su vida no fueron ni mucho

²⁰ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p. 7.

²¹ *Ibidem*, p. 8

²² Como es sabido, el aumento de la esperanza de vida se incrementó a partir de la Revolución Industrial y ascendió notablemente en los inicios del siglo XX. El alcantarillado, la higiene y los avances en la medicina, particularmente el descubrimiento de los antibióticos, son citados entre los

menos las habituales en una mujer de su tiempo, ni en su educación, ni en sus entornos sociales, ni en sus responsabilidades.

1.3. Etapas de la vida de Eugenia.

Desde ese conocimiento personal derivado de un trato familiar que tuvo el Duque con la que consideraba su abuela, unido al interés por un por un conocimiento histórico de su figura, D. Jacobo establece las siguientes etapas para organizar una aproximación cronológica ordenada a la dilatada y compleja trayectoria vital de nuestra protagonista:

“La vida de Eugenia de Guzmán puede dividirse en tres períodos: el de su infancia, el de su vida de casada con el Emperador de los franceses y el de su viudez, transcurrida en el apartamiento. Procuraré daros mis impresiones personales, ilustradas con alguna que otra anécdota, más bien que referencias históricas fáciles de encontrar en cualquiera de los libros citados.”²³

Por lo tanto, debemos considerar tres etapas en la vida de Doña Eugenia: una primera, antes de conocer al Emperador; otra segunda, su vida junto a él y una tercera, tras su fallecimiento. Como hemos recordado, Doña Eugenia vivió hasta los 94 años, una edad inusual en su tiempo, por lo cual la tercera etapa abarca una parte muy extensa de su existencia.

Vamos a seguir el relato del Duque, fundamentalmente en el Discurso de Barcelona, contrastándolo en sus diferencias con el de Oxford y enriqueciendo su relato precisamente con referencias a los autores a los que él menciona en aquellos campos en que consideramos más relevante el sentido de su aportación para trazar una semblanza de Doña Eugenia desde esta aproximación hermenéutica a los discursos del Duque.

2. VIDA DE DOÑA EUGENIA ANTES DE CONOCER AL EMPERADOR.

2.1. De su carácter a su linaje

El Director de la Real Academia, recuerda sus impresiones del primer encuentro con su tía-abuela en Bruselas:

factores que más incidencia tuvieron en el aumento de la esperanza de vida. Doña Eugenia fallece en 1920 que es la época en que empieza el gran desarrollo de los antibióticos, especialmente tras la I Guerra Mundial.

²³ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p. 15

“La primera vez que la vi, tenía yo seis o siete años. Había ido ella a Bruselas, adonde me condujeron a mí con mis hermanos para saludarla, y desde que, a los catorce años, fui al Colegio de Beaumont, junto a su casa de Farnborough, donde ella residía y donde había construido el panteón del Emperador y del Príncipe, hasta el día de su muerte, no hubo año en que no pasara a su lado un par de meses, bien en Inglaterra, bien en Cap Martin, su casa de recreo del Mediodía de Francia. Vino además varias veces a España, donde murió a los noventa y cuatro años en circunstancias que os relataré después.”²⁴

Tras aquel primer encuentro en Bruselas, el Duque se vio con la que consideraba su abuela, en Farnborough, en el condado de Hampshire, en Inglaterra, con cierta asiduidad, porque él estudiaba en un colegio ubicado en las cercanías. También se vieron en Francia, especialmente en épocas de vacaciones, y finalmente, también en España, donde el propio sobrino-nieto la acogió en su casa hasta el fin de sus días, porque Doña Eugenia vivió, cabe recordar, hasta la inusual edad en su tiempo de 94 años.

Sobre el carácter de Doña Eugenia, su sobrino-nieto recuerda los principales rasgos de su forma de ser. En este sentido destaca que:

“Como todos los seres humanos, tenía cualidades y defectos; pero, en mi opinión, las primeras sobrepujaban considerablemente a los segundos, y en todo caso puedo afirmar que poseía en alto grado dos grandes virtudes: el valor personal y un agudísimo sentido del honor. Ambas cualidades son típicamente españolas y procuró siempre conservarlas.”²⁵

De su carácter subraya que sobresalían dos cualidades: el valor personal y el sentido del honor, que el Duque atribuye inequívocamente a su origen español. Puede resultar llamativa en la actualidad la adscripción que hace el Duque de tales virtudes al origen español de Doña Eugenia. ¿Es una mera cuestión de patriotismo en el contexto de posguerra?

En el señalamiento de estas dos virtudes como típicamente españolas, creemos que tenemos que tener presente que estamos ante un personaje histórico del contexto de la Guerra de Independencia donde personajes anónimos del pueblo español mostraron la bravura de su carácter y el arrojo de enfrentarse a la que era, en aquellos momentos, la primera potencia del mundo liderada por Napoleón Bonaparte.

En un contexto de enfrentamiento bélico absolutamente desigual, personajes anónimos del pueblo español se convirtieron en grandes héroes nacionales por circunstancias sobrevenidas que dieron ocasión para mostrar su arrojo ante un

²⁴ Ibidem, p. 9

²⁵ Ibidem.

invasor extranjero. Parece lógico que, derivado de aquel contexto histórico tan dramático, en que hubo ocasión para mostrar tales cualidades —que es preciso recordar que no se dieron en otros lugares de Europa ante circunstancias análogas²⁶—, se asocie la virtud del valor con el carácter español más allá de lo que un sentimiento patriótico pueda comportar.

Sobre los orígenes familiares de la que sería Emperatriz de Francia, el Duque de Alba recordaba que Doña Eugenia:

“Nació en Granada el 11 de mayo de 1826, entre tormentas y terremotos. Su padre era aristócrata de sangre azul, el Conde de Montijo y de Miranda, que fue también Duque de Peñaranda y tuvo otros títulos.”²⁷

Lo de los terremotos que acontecieron en fechas próximas a su nacimiento, eventos que contribuyeron a realzar la leyenda sobre su persona en el imaginario popular, es una cuestión que todavía hoy se discute. Aunque no es descartable que así fuera, porque, Granada está ubicada en una zona de actividad sísmica bastante propensa a sufrir seísmos de relativa intensidad cada cierto tiempo.

Sobre el padre de Doña Eugenia, su sobrino-nieto expone lo siguiente:

“Como Conde de Montijo sucedió a su hermano, famoso personaje de aquel tiempo, apodado «el tío Pedro», que había intervenido en las agitaciones políticas de su época. Por raro caso entre los nobles españoles de aquel tiempo, el Conde de Montijo era un afrancesado que había servido la causa de Napoleón como oficial de artillería, y antes se había roto una pierna en el Puerto de Santa María frente a los ingleses, y sufrido la pérdida del ojo derecho por el reventón de un fusil en el probadero de la Maestranza de Sevilla. En 1814, capitaneando a los estudiantes de la Politécnica, fue uno de los últimos defensores de las alturas de Montmartre, contra los ataques de los ejércitos aliados, muy poco antes del derrumbamiento de la causa napoleónica. No sospechaba entonces que la hija a quien tanto quería (como advertimos por las cartas que ella le escribió siendo niña), había de casarse con

²⁶ Acaso sea oportuno referir sobre esta peculiaridad de la bravura exhibida por personajes anónimos del pueblo español ante la invasión francesa napoleónica durante la Guerra de Independencia que en la mayoría de las lenguas quedó recogida y manifiesta en una palabra de origen español derivada de la forma de enfrentamiento a que dio lugar la desigualdad entre las partes contendientes. Nos referimos, evidentemente, a la palabra *guerrilla*. Palabra de origen español, acuñada en esta época y que existe en todos los idiomas, aunque pronunciada de forma diversa. En la tercera acepción contemplada en el Diccionario de la Real Academia el término queda recogido en esta acepción en un sentido como “partida de paisanos, por lo común no muy numerosa, que al mando de un jefe particular y con poca o ninguna dependencia de los del Ejército, acosa y molesta al enemigo” se recoge esta forma de enfrentamiento en condiciones desiguales que presupone indefectiblemente el valor personal.” RAE, Diccionario Lengua Española (DEL). Disponible en <https://dle.rae.es/guerrilla>

²⁷ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p. 10

el heredero de aquel gran Napoleón, por el que sintió durante toda su existencia admiración tan profunda.”²⁸

Sobre la condición de «afrancesado» del Conde de Montijo, en el discurso de Oxford emplea además el término de *francófilo*²⁹, aparentemente contradictoria con su condición aristocrática, especialmente cuando consideramos que la Revolución Francesa había significado un movimiento contrario a los derechos de los estamentos privilegiados, entre los que desde luego se incluían en lugar preferente los de la aristocracia, conviene precisar que no fue una circunstancia tan infrecuente entre la nobleza española como pudiera pensarse. Tal como oportunamente explicaba Julián Marías sobre aquella época:

“Una porción considerable de las minorías ilustradas cree que la potencia de Napoleón es incontenible y hay que obrar en consecuencia; es decir, aceptarla y colaborar para seguir adelante. Muchos de estos hombres eran nobles y bien intencionados; habían puesto sus admiraciones y su esperanza en Francia, y pesar de todo le concedían crédito; veían por otra parte, la vileza en que había caído el «antiguo régimen», que les parecía inferior. Con ciertas reservas y repugnancias, creen que no hay más salida que aceptar los hechos consumados, tratar de que la ocupación sea benigna, emprender una nueva trayectoria inspirada por la Francia napoleónica, en la cual creen ver el espíritu de la Revolución. Estos fueron los «afrancesados», con diversos matices, que van de lo estimable a lo oportunista.”³⁰

Más allá del hecho de la invasión de España, con la flagrante violación de la soberanía nacional que condujo al levantamiento popular, del carácter revolucionario y disruptivo que comportaban las ideas francesas en aquel tiempo o de la admiración por la figura de Napoleón Bonaparte, la adscripción a la causa francesa en la época realmente tuvo también otras connotaciones culturales y políticas ilustradas, que son subrayadas por Marías.

El afrancesamiento significó en España también la irrupción de un espíritu liberal y reformista frente al tradicional inmovilismo, el atraso social o la desconfianza arraigada frente a todo lo extranjero. Por lo tanto, no es tan de extraño –como apunta Marías– que al menos una parte de la aristocracia nacional simpatizase con ese espíritu reformista que comportaba la causa francesa y que evidentemente no pudo calar de forma mayoritaria en el conjunto de la población española, sino solo en una minoría ilustrada muy limitada.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Idem*, *La Emperatriz Eugenia / el Duque de Alba: Conferencia pronunciada en «The Ark», Oxford, 15 de julio de 1941*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2012, p. 199. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-emperatriz-eugenia/>

³⁰ MARÍAS AGUILERA, J., *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid, 2014, pp. 318 – 319.

Por otra parte, la injerencia transnacional y la violencia de la irrupción francesa en la soberanía nacional es lógico que generase un sentimiento inicial de resistencia que se tornó en abierta oposición y rechazo entre la mayoría de la población española, no solo al ejército invasor, sino al conjunto de influencias que pudieran asociarse a la causa francesa, con independencia de que fueran buenas o malas, lo cual no podía ser objeto de un análisis muy sosegado, por otra parte, en tan dramáticas circunstancias.

Aunque la división del pueblo español ante el influjo francés, condujo –según Marías– a una tendencia a la radicalización de las posiciones y a la generación de una simiente de enfrentamiento nacional y discordia entre los españoles, que lejos de atenuarse, se asentaría e incluso se acrecentaría con el tiempo. En el transcurso de la historia posterior, recurrentemente, ese espíritu de discordia se encendería en distintas ocasiones, generando enfrentamientos viscerales entre los españoles que mostraron su cara más visible en las diversas guerras nacionales que se sucedieron durante los siglos XIX y XX. Cabe recordar que, en uno de esos episodios de enfrentamiento nacional, durante las guerras carlistas, la propia Eugenia fue llevada a Francia.

En sus discursos el Duque destaca que Doña Eugenia provenía de un linaje emparentado con héroes de la defensa de la nación en distintos momentos de la historia de España.

En el discurso de Oxford, el Duque se remonta a los antecedentes familiares de Doña Eugenia hasta el tiempo de la Reconquista con una circunstancia histórica muy ilustrativa:

“Pertenece a la familia de los Guzmanes, descendiendo, por tanto, de aquel famoso Alonso Pérez de Guzmán, apellidado «El Bueno», considerado en España como modelo de caballeros leales. Gobernaba el Castillo de Tarifa, sitiado por los moros en el siglo XIII. Los sitiadores tenían cautivo a su hijo, y llevándole al pie de las murallas, amenazaron con la muerte del niño si Guzmán no se rendía. Su contestación fué sacar el puñal de su vaina y lanzarlo a los enemigos, gritando: «— Podéis matar a mi hijo, pero no conseguiréis que traicione mi causa.» Como sabéis, este noble además ha sido renovado hace bien poco por el Coronel Moscardó, defensor del Alcázar de Toledo.”³¹

En la alusión al antepasado de Doña Eugenia, el Duque realza la determinación en el cumplimiento de sus obligaciones y la lealtad incondicional a la causa cristiana, cualquiera que sea el precio a pagar en el ámbito personal o familiar. Relaciona esa determinación con la actitud exhibida por el Coronel Moscardó en

³¹ Idem, *La Emperatriz Eugenia / el Duque de Alba: Conferencia pronunciada en «The Ark», Oxford, 15 de julio de 1941*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2012, p. 199. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-emperatriz-eugenia/>

la defensa del Alcázar de Toledo. Esta segunda alusión debe comprenderse en el contexto de la posguerra del año 1941 en que se realiza este discurso, que ya no aparece en el de Barcelona.

En el discurso de Barcelona, es más escueto al referir los antecedentes familiares de Eugenia, centrándose más en los más próximos:

“Aunque la Emperatriz se apellidaba Palafox por su padre, nombre notorio en la heroica defensa de Zaragoza durante la guerra de la Independencia, hubo de cambiar, como era entonces costumbre, este apellido al heredar de su padre algunos Mayorazgos que la correspondían, y como algunos de éstos requerían el nombre de Guzmán, se llamó Eugenia de Guzmán. Descendía, en efecto, por los Mayorazgos de Teba y Ardales, del famoso Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, héroe del conocido episodio del sitio de Tarifa.”³²

La asociación del nombre de Eugenia de Montijo, por razones de linaje, con grandes héroes nacionales de la Guerra de Independencia parece una clara alusión compensatoria por parte del Duque a la antes referida adscripción de su padre al bando francés durante el conflicto bélico con la nación gala, especialmente en el contexto de la postguerra, en los años 40, en que son pronunciados los discursos. Ahora bien, si por motivos de linaje se legitiman o no las adscripciones a un bando en un conflicto bélico, cuánto más las actuaciones personales, es algo que dejamos a la conciencia de cada cual juzgar.

Sea como fuere, el Duque justifica la modificación de algunos de estos apellidos de renombre de Doña Eugenia por razones de herencia, lo cual, era, ciertamente, una costumbre usual en la época, especialmente entre las personas con un linaje aristocrático como era el caso de su tía-abuela.

En lo familiar, la infancia de Doña Eugenia y de su hermana Paca estuvo marcada por la temprana muerte de su padre y el esfuerzo de su madre por darlas una educación acorde a su status. Sobre la madre de Eugenia, el Duque expone que:

“El Conde de Montijo falleció cuando sus dos hijas eran muy jóvenes, quedando ellas encomendadas a la madre, que vivió muchos años, porque murió de ochenta y cinco, en 1879. Esta señora fue persona realmente extraordinaria; tenía origen escocés, el de la familia Kirkpatrick de Closeburn, muy perseguida por su devoción a la causa de los Estuardos. Su padre había emigrado a Málaga, donde alcanzó gran prosperidad y llegó a ser Cónsul americano. Era hermosísima, como se advierte en sus retratos, pero todavía superaban a su hermosura las cualidades de su entendimiento y de su carácter.”³³

³² ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, pp. 10 – 11.

³³ *Ibidem*, p.11

En nuestra investigación hemos contactado con algunos miembros de la familia Kirkpatrick, afincados en Madrid y que amablemente nos han ofrecido acceso al archivo familiar para la consulta y verificación de documentos que han permitido cotejar algunos detalles y circunstancias referidas en el presente trabajo, así como retratos y fotografías familiares y libros sobre la Condesa de Tebas.

El atractivo de Doña Eugenia no estribaba solo, ni principalmente, en su belleza física, que también la tenía y mucha –como se evidencia en los numerosos retratos que la inmortalizaron-, sino en el encanto de su personalidad, de su fino entendimiento y su carácter, que irradiaba en los distintos círculos sociales en que se movía, según testimonio del Duque.

2.2. De su posición internacional

Doña Eugenia se desenvolvía con solvencia en los distintos ambientes y circunstancias, siempre en una posición de referencia. En sus discursos, el Duque de Alba refiere la destacada posición que ocupaba Eugenia en los distintos lugares –Madrid, París, Londres- en que se encontrase:

“La Condesa de Montijo ocupaba una situación excepcional en el gran mundo de su tiempo, no sólo en Madrid, sino en París, en Londres y dondequiera que viviese. En Madrid era figura relevante de la buena sociedad. Su palacio de la plaza del Ángel, que después fue Casino Militar, y su casa de recreo de Carabanchel, en los alrededores de la capital, eran centro de reunión de las personalidades contemporáneas más destacadas: políticos, generales, escritores, pintores, poetas, todos eran allí bien recibidos.”³⁴

En el entorno social que traza su sobrino-nieto en torno a ella, siempre la sitúa rodeada de personalidades relevantes de su tiempo: políticos, generales, escritores, pintores, poetas, por lo que es evidente que tenía una gran facilidad para desenvolverse con solvencia y facilidad en las relaciones sociales.

En el sentido cultural, cabe destacar que Eugenia va a mantener una relación personal y epistolar con importantes escritores y personajes de la cultura europea de su tiempo. Así la refiere el Duque en sus discursos:

“Me limitaré a citar a Próspero Mérimée, el delicioso escritor, sincero amigo suyo, quien, bajo la máscara de un escepticismo casi cínico, ocultaba un noble y ardiente corazón. Esta amistad ha quedado consagrada en muchas cartas suyas a la Condesa, que yo he tenido la satisfacción de publicar. Ella fue quien le contó la leyenda de Carmen, argumento de la novela de Mérimée, origen del libreto escrito

³⁴ Ibidem, p.12

por Meilhac y Halevy para la famosa ópera del músico Bizet. Stendhal. Serrano, Narváez, Washington Irving, así españoles como extranjeros, rendían homenaje a la excepcional inteligencia de esta señora notabilísima.”³⁵

La nómina de autores, escritores y compositores citada por su sobrino-nieto en el círculo de relaciones personales de Doña Eugenia es realmente relevante y significativa, especialmente para una mujer de su status social. Lo cual, evidencia que por sí mismo, que algo más tendría que belleza y posición para granjearse el aprecio de un círculo de intelectuales y escritores tan selectos.

También refiere el Duque alguna anécdota personal para ilustrar el carácter y el ingenio de Doña Eugenia ante algunas inconveniencias de los selectos círculos sociales en que se movía. Expone el Duque:

“Permitidme que os ofrezca un rasgo de su ingenio: poco después de casar su hija con el Emperador de los franceses, acontecimiento que era a la sazón tema de actualidad, se le acercó una princesa de la Casa de Borbón y la espetó esta inconveniencia:

«He oído decir que una hija de usted se ha casado hace poco’», a lo que contestó con aguda rapidez: «Sí, señora, está viviendo en las habitaciones que ocupó últimamente la madre de V. A.»³⁶

La agudeza y el ingenio de la respuesta de Doña Eugenia no es menos de destacar que la rapidez y concisión con que -sin faltarle al respeto- le hace reflexionar a esta princesa sobre su propia condición debida a la posición adquirida por su madre.

2.3. De la circunstancia española a su marcha a Francia.

En un contexto de dificultades y enfrentamientos en España, Doña Eugenia será llevada a Francia, donde recibirá su educación:

“Sus primeros años coincidieron con una constante agitación y una guerra civil en España. (...) Por este tiempo fue llevada Eugenia a París para educarse en el Colegio del Sagrado Corazón. El viaje era largo y además hubo de hacerse con gran rodeo, porque el camino normal a través de la frontera vasca estaba ocupado por los carlistas. Todas estas aventuras impresionaron mucho su juvenil imaginación. Llegó a París con su hermana y con su madre, y allí fue donde, merced a la afición de ésta por cultivar la amistad de hombres excepcionales, trató a Merirnee y a Beyle, más conocido por su seudónimo de «Stendhal». Este jugó con ella y la

³⁵ Ibidem.

³⁶ Ibidem, pp.12-13.

contó historias que fascinaron su imaginación, referentes, sobre todo, a las guerras napoleónicas, en las que había tornad o parte.”³⁷

El siglo XIX, como es bien sabido, conoció una secuencia de enfrentamientos civiles en España, las denominadas las *Guerras carlistas*, que se iniciaron por cuestiones sucesorias de acceso al trono español, pero derivaron en una confrontación de otra naturaleza, más bien ideológica e identitaria, en que la que también se incluía la cuestión sucesoria. El carlismo fue un movimiento tradicionalista español, que bajo el lema «Dios, Patria y Rey» defendió las tradiciones, las instituciones y la fe católica frente a las ideas liberales, la secularización y las reformas legales y sociales.

Tales circunstancias bélicas motivaron la salida de España de Doña Eugenia. Si bien, tras el fallecimiento de su padre, habría de volver nuevamente a España, a Madrid, donde viviría algunos romances en su juventud. Así lo relata el Duque:

“Pocos años después, al fallecer su padre, ella y su hermana volvieron a España, donde la vida les fue muy agradable. La residencia de Carabanchel era el centro de toda la juventud del día y la reunión de las muchachas y muchachos de su tiempo. Dado el temperamento de Eugenia, se enamoró pronto, y el hombre que la inspiró su primera pasión fue el Duque de Alba, mi abuelo. Debo advertir que las dos hermanas eran guapísimas; mi abuela era morena, mientras que la Emperatriz era rubia, más bien roja. Accidentalmente la oí decir que durante su niñez se avergonzaba de tener el pelo tan rojo; lo consideraba entonces como una gran desgracia, y la sorprendió mucho, cuando llegó al trono, que esa cualidad constituyese la última palabra de la moda en Francia.”³⁸

El Duque enfatiza el carácter enamoradizo de Doña Eugenia y el detalle del cabello pelirrojo de Condesa de Teba, que para ella debió suponer un cierto complejo de su estética personal, pero dada la relevancia social y el carácter icónico de su figura, instauraría una novedosa moda entre las mujeres francesas cuando ella llegó al trono de Francia. En lo estético, como hemos dicho, fue siempre una mujer icónica y creadora de estilo. Ella misma se sorprendía –y según testimonio de su sobrino-nieto- se reía de esa capacidad de influenciar el gusto estético de su tiempo.

Ambas hermanas, Doña Eugenia y Doña Francisca, tuvieron mucho éxito en su juventud debido a su belleza. En sus discursos, el Duque refiere el interés que ambas hermanas despertaron entre los jóvenes de su época, al que no fue ajeno su propio abuelo:

³⁷ Ibidem, p.16

³⁸ Ibidem, pp.16-17.

“Los afectos de muchos jóvenes de la época titubearon ante la opción entre las dos encantadoras hermanas. Mi abuelo, que probablemente galanteó a las dos, acabó decidiéndose por mi abuela y ello fue un tremendo golpe para Eugenia, que no contaba sino diecisiete años. Le escribió una carta, publicada luego por mí, en que dice que considera terminada su vida y que, o se retiraría a un convento o se suicidaría; y fue esto lo que trató de hacer, ingiriendo una infusión de cabezas de fósforo. Esta carta ha sido objeto de diversos comentarios, y hay quien la cree dirigida al Marqués de Alcañices; pero me parece plenamente probado que está destinada a mi abuelo, porque los amoríos con Alcañices comenzaron bastante tiempo después.”³⁹

El gran amor de juventud de Doña Eugenia fue el abuelo del Duque de Alba. Tal como refiere su sobrino-nieto, su abuelo trató a las dos hermanas, si bien éste se decidió a declararse, formalizar la relación, y finalmente, a contraer matrimonio, con su hermana Francisca, conocida como Paca de Alba, con la consiguiente decepción de Doña Eugenia.

El Duque refiere la decepción que le supuso a Doña Eugenia el que su abuelo se decidiese por su hermana y no por ella, y cómo trató de superar la profunda decepción amorosa:

“A pesar de este choque nunca se enturbió el cariño de Eugenia hacia su hermana, ni siquiera el afecto al marido de ésta. Buscó consuelo para este desengaño dedicándose con gran entusiasmo al deporte. Había sido siempre excelente amazona y emprendió ahora grandes excursiones a caballo. Hay un cuadro suyo de este período de su vida que ha sido reproducido y que yo conservo. El pintor Odier, no gran artista, la representa montando una jaca española con romántico fondo de paisaje lleno de rocas. También fue aficionada al arte de la pintura; hizo algunas acuarelas, que, asimismo, he reproducido yo, y una de las cuales figuró en la última Exposición celebrada en Madrid.”⁴⁰

Si en la contrariedad y, especialmente, en el desamor se comprueba la pasta de que la que están hechas las personas, Doña Eugenia superó esa profunda decepción de la mejor manera posible: volcándose en sus hobbies del deporte y del arte. Porque, tal como refiere el Duque, Doña Eugenia tenía sensibilidad estética e interés por el arte, inclusive pintó algunas acuarelas que se atrevió a exponer públicamente.

Por otro lado, no dejó de tener muchos admiradores que la cortejaron en esa etapa, uno de los principales el Marqués de Alcañices, sobre el que expone el Duque:

³⁹ Ibidem, pp. 17-18.

⁴⁰ Ibidem, p. 18

“No se decidió Eugenia a casarse con ninguno de los muchos jóvenes aceptables que con insistencia la cortejaban; pasó el tiempo en continuos viajes entre Francia, Inglaterra y España, y donde quiera tuvo admiradores. Uno de ellos fue el Marqués de Alcañices, a quien me he referido anteriormente. Él la tenía gran afecto, pero no se decidió nunca a declararse, intimidado, quizá, por el dominante impulso de su temperamento.”⁴¹

Quizá de todos los pretendientes españoles el más notable fue el Marqués de Alcañices, si bien tampoco se decidió a declararse y a iniciar una relación formal con Doña Eugenia, por lo que todo se quedó en una bonita relación personal.

3. VIDA DE DOÑA EUGENIA DE MONTIJO COMO EMPERATRIZ.

3.1. Del encuentro al matrimonio imperial.

En Francia en esos momentos se vivían momentos de gran incertidumbre que permitían vislumbrar importantes cambios políticos en el horizonte. El Duque describe el contexto político de inestabilidad que se vivía en la nación gala y las connotaciones requeridas por un nuevo régimen:

“Sobrevinieron entonces en Francia radicales cambios políticos. Napoleón Bonaparte, después de una larga cautividad y de tres intentos fracasados para adueñarse del poder, fue elegido Príncipe Presidente, y en 2 de diciembre de 1851 dio el golpe de Estado que le permitió proclamarse Emperador con el lema: «El Imperio es la paz». En la sociedad de París de aquellos días trató, como era lógico, a la Condesa de Montijo y a sus hijas, y quedó fascinado ante la extraordinaria belleza y sutil inteligencia de Eugenia. Siendo ella niña había ya visto a Napoleón cuando le llevaban preso a la Conserjería. Él era muy accesible a los encantos femeninos, y no dejó de impresionarle la gracia y el aire señorial de Eugenia de Guzmán, que llevaba entonces el título de Condesa de Teba.”⁴²

La necesidad de un nuevo régimen político propiciado por el contexto de inestabilidad que vivía la nación gala llevó a buscar en el pasado próximo el referente político necesario. Se asoció así la reinstauración del Imperio con un periodo de paz y estabilidad que eran deseadas por la mayoría y serían circunstancias propiciatorias del advenimiento de ese nuevo régimen encabezado por un heredero directo de aquel legado. Se añadía además la circunstancia de un gran parecido físico de Carlos Luis Napoleón Bonaparte con la figura de

⁴¹ Ibidem.

⁴² Ibidem, p.19

su tío, hermano de su padre, el conocido general y estadista francés Napoleón Bonaparte I.

En ese contexto político, se produjo el encuentro en la alta sociedad parisina entre la Condesa de Teba y el candidato a regir los destinos de la nación gala. Al parecer quedó cautivado por la aristócrata española desde aquel encuentro en que se conocieron.

El Duque refiere el carácter enamorado de Carlos Luis Napoleón, futuro Napoleón III, y el atractivo de la Condesa de Teba, pero se dan otras circunstancias y cualidades que conviene precisar. Sobre el atractivo de Doña Eugenia y sus cualidades para enamorar al futuro Emperador, expone Sencourt lo siguiente:

“She was a moral woman, yet like Hortense she knew how to play upon the hearts of men. (...) And it was not alone the incomparable slope of the daughter’s shoulders, or the ripening of her breast, which won the Emperor. Beneath the red gold of her hair (and the rose she often placed in her curls made them particularly coquettish), the dress of Doña Eugenia was faultless in its taste, and her features showed the fineness of her race.

In all her beauty, and sunlight to it
is a pit, den, darkness.
Foam failing is not fresh to it, rainbow
by it is not beaming.
In all her body, I say, no place was
like her eyes.

Those deep blue eyes sparkled, as she spoke, like the Mediterranean in a breeze, but in spite of her radiant health and of the gracious curves of her figure, their expression was often sad.”⁴³

Doña Eugenia combinaba unos ojos de un azul profundo e insondable, que recordaban a la brisa del Mediterráneo mientras hablaba, con un aspecto general muy saludable y una mirada triste.

Su sobrino-nieto, el Duque de Alba, recuerda sobre el encuentro de Doña Eugenia con el Emperador un episodio muy reproducido de su vida:

“Circula una anécdota, que no creo exacta, pero que entraña una realidad. Se celebraba una revista en la plaza del Carroussel; la Condesa de Montijo y su hija habían sido invitadas a presenciarla desde una ventana del palacio de las Tullerías. Terminada la revista, el Emperador, montado aún a caballo, se colocó debajo de la ventana y preguntó a Eugenia: «¿Cómo se puede llegar hasta ahí?». La leyenda supone que ella contestó: «Pasando por la capilla». En

⁴³ SENCOURT, R., *Napoleon III: The modern Emperor*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1933, p. 141. pp. 139 – 140.

todo caso es positivo que el Emperador comprendió muy pronto que no podía satisfacer su pasión sino mediante el matrimonio. Tenía el Emperador cuarenta y siete años y, como era lógico, deseaba fundar una dinastía. Había buscado la posible alianza con alguna de las Princesas europeas, y aun cuando muchas familias reales seguían considerándole como un advenedizo, el nimbo de gloria que rodeaba su apellido y aun su persona, como Emperador de los franceses, hacía de él un gran partido.”⁴⁴

Fuera exacta o no la anécdota tan conocida y reproducida –sobre la que el Duque no se pronuncia- y fuera exacta o no la respuesta de su protagonista –sobre cuya literalidad tampoco se pronuncia -; lo que sí trasluce la declaración del Duque es el sentido de lo que Doña Eugenia realmente requirió al Emperador, que es contraer matrimonio formalmente ante Dios, elevando su enlace matrimonial a la dignidad sacramental que la congruencia con su fe cristiana le exigía.

Sencourt traza una semblanza donde detalla muchas de las cualidades que Doña Eugenia reunía para ser la esposa y Emperatriz consorte de Napoleón III:

“Fate was singularly indulgent to his passion when she placed in his way so superb a creature as the Empress Eugénie. Born of a family so noble as the kinsmen of kings, thrice a *grande d’Espagne* of the the first class, Doña Eugenia enjoyed in her own right as a younger daughter the titles of Countess de Teba an Marchioness de Moya. But her education had been peculiarly modern. Brought in loyalty to the Bonapartes, she had been from childhood a believer in social reform, even to an extreme degree. She had been taken as a child to Paris, and received he education in one of the smartest of Paris convents, while her private tutors, Mermée and Stendhal, had been two of the greatest masters of French who ever wrote romances. She spoke and wrote French, if not faultlessly, very finely, with a striking power of charming and picturesque imagery. She had been at school in England, and she had grown up intimate with an ancient court, and cognizant even at an early age of the political intrigues of which it was the centre. She had been presented at Buckingham Palace. She was a gymnast, with a supple body trained to endurance. And she had all the social arts of a woman of the world.”⁴⁵

No fue un enlace exento de muchas dificultades antes del casamiento, por las numerosas pretendientes del Emperador y los compromisos de ella. El Duque de Alba refiere así las diversas dificultades existentes para hacer posible el enlace con Napoleón III:

⁴⁴ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, pp. 19-20.

⁴⁵ SENCOURT, R., *Napoleon III: The modern Emperor*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1933, pp. 138-139.

“Su prima Matilde aspiraba muy señaladamente a este matrimonio, pero estaba casada con el Príncipe Demidolf y el Papa negaba la disolución de este vínculo. También aparecía en candidatura la Princesa Adelaida Hohenlohe, emparentada con la Reina Victoria, que no se hubiera opuesto al matrimonio; pero el Emperador se había enamorado de Eugenia y estaba dispuesto a casarse con ella. No le ocultó la Condesa de Teba tener puestos sus afectos en persona determinada, por lo cual no le daría respuesta terminante hasta estar segura de no poder casarse con el Marqués de Alcañices. Envió a éste entonces un telegrama comunicándole que el Emperador se le había declarado. La contestación fue: «Recibe mi más cordial felicitación»; señal evidente de que estaba resuelto a no casarse con ella. El telegrama de Eugenia fue interceptado por la policía y mostrado al Emperador, porque eran muchos los adversarios de este matrimonio con una extranjera que ni aun tenía sangre real; pero el Emperador contestó que estaba perfectamente enterado del asunto; y, puestas de acuerdo ambas partes, se celebró la boda.”⁴⁶

La condición de extranjera y la españolidad de Doña Eugenia surgía como una inconveniencia más en su vida al ir a formalizar su compromiso matrimonial. Es una circunstancia a la que debería acostumbrarse Condesa de Teba, puesto que se repetiría muchas veces en su vida, especialmente en los momentos de dificultad o tras decisiones que pudieran considerarse erróneas.

Sencourt detalla las circunstancias en las que se produjo el compromiso matrimonial entre Doña Eugenia y Napoleón III y algunas de las inconveniencias que la prometida tuvo que padecer en alguna recepción oficial, por su ser la persona elegida por el Emperador para compartir su vida, de nuevo aduciendo su nacionalidad española y su condición de extranjera como motivo para cuestionar su idoneidad y descalificarla. Así lo expone Sencourt:

“(...) on 14th January, at a reception at the Tulleries, a certain Madame Fortoul pushed past the Spanish Countess with insulting words about the prominence given to a questionable foreigner. The Emperor saw that his love was furious. Tomorrow, he said, no one shall dare to insult you. After all he had placed in a vulnerable position: only in one way could he repair the harm he had done to the woman he had done to the woman he had come to worship. Next morning the Countess of Montijo had in her hands a written proposal of marriage. And so passionate was the Emperor’s suit that in a fortnight from that date, Doña Eugenia de Guzman had been married to him in Notre-Dame, and reigned in France as sovereign.”⁴⁷

El rechazo de algunas pretendientes hacia su prometida y los comentarios inapropiados sobre ella y a ella misma, casi estimularon la determinación del Empera-

⁴⁶ Ibidem, pp.20-21.

⁴⁷ Ibidem.

dor a contraer matrimonio con Doña Eugenia a la mayor brevedad posible, para despejar las habladurías y, consumando su unión, ahorrarle a su prometida nuevas inconveniencias durante el periodo previo al enlace matrimonial.

Una vez realizada la boda, Doña Eugenia aprovechó el generoso regalo del pueblo de París para hacer gala de sus virtudes cristianas y practicar la caridad con los más pobres. Sobre el enlace matrimonial, tal como refiere el Duque:

“El matrimonio fue una fastuosa ceremonia, y la Emperatriz se hizo popularísima en Francia, negándose a recibir los 600.000 francos ofrecidos por la villa de París para que se comprase una alhaja, por preferir que ese dinero se entregase a los pobres.”⁴⁸

Se sabe que una gran parte de la población de París contribuyó a la cuestación popular para el regalo de la Emperatriz. Doña Eugenia tuvo la deferencia de agradecer el obsequio y donar ese dinero para obras de caridad que redundasen en beneficio de su propio pueblo. Fue un gesto que le valió una inmensa popularidad que supo apreciar el buen gesto de su nueva soberana. Pero, este acto no fue un gesto de cara a la galería, para ganarse el favor popular. Tal como señalaba Sencourt, su fe católica la impulsó siempre, incluso en el ámbito privado, hacia la caridad hacia los más pobres y desfavorecidos⁴⁹, si bien sus gestos públicos como Emperatriz tuvieron gran visibilidad y repercusión social.

El nuevo status como Emperatriz supuso, además, nuevas responsabilidades y una ampliación del círculo de relaciones sociales en la vida de Eugenia, que esta supo desempeñar con gran naturalidad:

“Dos años después la pareja imperial fue a Inglaterra a visitar a la Reina Victoria. Las relaciones entre ésta y la Emperatriz se convirtieron entonces en amistad tan duradera y cordial que sólo terminó con la muerte de la Reina de Inglaterra.”⁵⁰

Su educación en Inglaterra, el hecho de haber sido ya presentada en Buckingham Palace anteriormente, unido a su cordialidad y encanto personales, contribuyeron al establecimiento de una fructífera relación con Inglaterra y una verdadera amistad con la Reina Victoria de Inglaterra.

⁴⁸ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p.21

⁴⁹ SENCOURT, R., *Napoleon III: The modern Emperor*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1933, p. 141.

⁵⁰ *Ibidem*, p.22

3.2. Del nacimiento de su hijo a las dificultades matrimoniales.

La mayor alegría de la vida de Eugenia fue, sin duda, el nacimiento de su hijo, un deseado Príncipe heredero. Aunque no estuvo exento de graves complicaciones para la madre, tal como expone el Duque:

“El alumbramiento del Príncipe Imperial estuvo a punto de costar la vida a la Emperatriz. Al darle a luz quedó ya incapacitada para tener más hijos; este nacimiento fue, según creo, el momento más feliz del matrimonio imperial y del régimen.”⁵¹

El nacimiento del heredero tuvo como secuela para la madre la imposibilidad de concebir más hijos, aunque su alegría, como madre y como Emperatriz, fue máxima. Aunque la felicidad de dar a luz a un heredero a Napoleón III, no evitó que Eugenia tuviera que afrontar otras dificultades en su relación matrimonial con el Emperador, tal como refiere el Duque:

“Aquella felicidad íntima hubiera perdurado a no ser por las constantes infidelidades de Napoleón, pues Eugenia sentía sincero afecto por su marido y admiraba sus grandes cualidades. Pero por muy tormentosas que fueran las relaciones de los cónyuges, la fidelidad de ella fue absoluta y no falló en ningún momento.”⁵²

Doña Eugenia, sin embargo, pese a las infidelidades de su marido, se atuvo siempre al compromiso sacramental contraído con él y le fue fiel, según el testimonio de su sobrino-nieto. Es otro ejemplo de cómo el sentido del deber, de su posición y de su fe cristiana imperaron por encima de otros sentimientos y sirvieron de motivación de muchas de sus actuaciones, no solo en el ámbito público, sino también en la esfera privada.

Sobre la relación de la Emperatriz con su hijo, hay una obra titulada *The Empress Eugénie and her son*, de Edward Legge, donde expresamente se relata cómo fue la relación entre ambos:

“You ask me to give you my sincere impression respecting the relations which existed between the Prince and the Empress, between the son and the mother. *In all truth, on both sides they were characterised by the deepest affection; a deferential tenderness on the part of the Prince, a passionate tenderness on the part of his mother.* I lived with them for many years, and I never saw anything but the affectionate respect, manifested with the tact of a perfect gentleman, which was the Prince’s distinctive characteristic. I never saw anything but the ardent and

⁵¹ Ibidem.

⁵² Ibidem.

passionate affection shown by the Empress which adorned this triple character: that affection of the mother for her son, that unique love for her son of the woman who had lost everything else, the affection of the Sovereign for the last hope of her Dynasty.”⁵³

Ambos lados se caracterizaron por el más profundo afecto: una ternura deferente, refinada, por parte del joven Príncipe, y una ternura apasionada, por parte de su madre. Ello, según el testimonio de alguien que convivió muchos años con ambos, como es el caso de Edward Legge configura un testimonio verídico en el que cabe destacar la sinceridad entre realista y melancólica que se adivina en la afirmación de “ese amor único por su hijo de una mujer que había perdido todo lo demás.”⁵⁴ Tras esa enigmática afirmación de Legge probablemente se manifiesta veladamente que el gran amor de Eugenia en algunos momentos de dificultad en su matrimonio fue el amor de su propio hijo.

Y añade el propio Legge sobre la vida del heredero del trono imperial de Francia y la relación con su madre:

“The Prince Imperial enjoyed in everything the fullest liberty; he never misused it, and nothing tarnished the admirable dignity of his life. None of the divergences or discussions which might arise between two equally ardent natures ever appeared to me to be serious: they never exceeded the limits of the disquieting and jealous tenderness of a mother who has nothing in the world but her son, and which sometimes led her involuntarily to forget that she had before her not a child, but a man—a mother who would remove from his path all dangers and all intrigues. On the other side was the impatient feeling of the young man who, conscious of his strength, regarded as useless the solicitude and the precautions accumulated by the mother’s alarmed affection.”⁵⁵

Es muy bonita la sutileza del testimonio que refiere Legge sobre la relación entre la Emperatriz y el Príncipe: Nunca sobrepasaron los límites de la ternura inquietante y celosa de una madre que no tiene en el mundo más que su hijo, y que a veces la lleva involuntariamente a olvidarse de que no tenía ante sí a un niño, sino a un hombre, una madre que apartaría de su camino todos los peligros y todas las intrigas.⁵⁶

También es muy sustancioso el testimonio de Legge sobre el momento de la despedida entre madre e hijo, antes de la partida del Príncipe:

⁵³ LEGGE, E., *The Empress Eugénie and her son*, New York, Dodd, Mead and company, 1916, pp. 52-53.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 53 (en libre traducción que hacemos de la expresión original del autor referida en la cita anterior).

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ *Ibidem*.

“A profound Catholic, a worthy godson of the immortal and saintly Pius IX, his last visit on English soil was to that little church at Chislehurst in which his father reposed, and to which I alone accompanied him when, on the 26th of February, 1879, an hour before his departure for the Cape, he repaired thither at dawn to receive his God. His filial affection led him also, while he yet stood upon English soil, to bestow his last look and his last embrace upon his mother, whose tears and grievous swoons seemed to prophesy the coming catastrophe.”⁵⁷

Profundo católico, digno ahijado del inmortal y santo Pío IX, su última visita en suelo inglés fue a esa pequeña iglesia de Chislehurst en la que reposaba su padre, y a la que solo yo lo acompañé cuando, el 26 de febrero de 1879, una hora antes de partir hacia el Cabo, se dirigió allí al amanecer para recibir a su Dios⁵⁸. Es el testimonio impresionante con que describe Legge la marcha del Príncipe de su tierra.

Sobre la despedida con su madre –añade Legge- en el afecto desmedido con que se despidieron madre e hijo, antes de la partida del Príncipe, se presagiaba la tragedia que estaba por venir.

Sobre el carácter y la forma de ser del joven Príncipe, refiere Legge lo siguiente:

“As to his life, it was as limpid and pure as water from the crystal rock, and it was with the fullest truth and justice that Cardinal Manning, when preaching his funeral sermon at Chislehurst on the day following the obsequies, was able to hold him up as an example to all Christians, as a model of virtue to all young people, and of heroism to all soldiers. In his last prayer he offered himself as a sacrifice to God for the welfare of all. He concluded one of the few political addresses which he made with the words: «May God watch over France and restore her prosperity and her greatness!»”⁵⁹

El cardenal Manning, al predicar su sermón fúnebre en Chislehurst al día siguiente de las exequias, supo ponerlo como ejemplo de virtud a todos los jóvenes. En su última oración –destacó- se ofreció a sí mismo como sacrificio a Dios por el bienestar de todos. Y concluyó su vida gritando «¡Dios vele por Francia y restaure su prosperidad y su grandeza!»

Sabido es, que el Emperador tuvo varias amantes y diversas relaciones. No todas las mujeres que se acercaban al Emperador eran por meras razones de atracción personal o seducción, sino, como suele suceder en estos casos, por otros velados intereses. Como verídicamente expone el Duque:

⁵⁷ Ibidem, p. 54

⁵⁸ Ibidem.

⁵⁹ Ibidem.

“Entre las numerosas aventuras eróticas de Napoleón la vida no le resultaba fácil. Una de las más famosas tuvo como protagonista a madame de Castiglione, belleza italiana que dicen haber sido subvencionada por Cavour quizá con fines políticos. (...) Los ideales de la «Italia Una» perturbaban la política europea. En 1858 cierto conspirador italiano, Orsini, atentó contra la vida de Napoleón III lanzando una bomba, ante la Opera, destinada a matarle.”⁶⁰

Algunas de tales aventuras fueron con amantes no ajenas a otros intereses al servicio de causas políticas, en particular relacionadas con la causa italiana que se estaba dirimiendo en esos momentos y en la que Francia jugaba un papel decisivo.

3.3. De las regencias de Francia al apoyo a Austria.

Precisamente, en aquel tiempo se produjo el movimiento de liberación italiano que conduciría a la guerra por la unidad italiana y que supuso ocasión para que Doña Eugenia tuviera que asumir la regencia de Francia:

“En 1859 sobrevino la guerra de la liberación de Italia. Durante la ausencia de Napoleón actuó la Emperatriz como Regente y supo mantenerse a la altura de sus deberes. Aquella guerra fue tal vez un error por contribuir a la unidad italiana y a la abolición de los Estados Pontificios. La Soberana, que era profundamente religiosa, defendió continuamente al Papa. Y Roma no pudo ser la capital de la Italia Unida mientras una guarnición francesa defendió la ciudad papal contra los ataques de Víctor Manuel y de Garibaldi. Hasta 1870, en que fueron retiradas las tropas francesas, no pudo Víctor Manuel atravesar la Porta Pía, comenzando entonces el largo cautiverio de los Papas, que no ha terminado sino muy recientemente, merced al Convenio a que llegaron Su Santidad y Mussolini.”⁶¹

En congruencia con su fe cristiana, Doña Eugenia apoyó y defendió al Santo Padre en Roma, donde una guarnición francesa le protegía. En esas actuaciones, que le otorgaron a Francia nuevas posesiones, se consolidó la fase de máximo esplendor del II Imperio francés, que supuso una etapa de enorme prestigio para Doña Eugenia:

“Aunque aquella campaña tuvo el doble efecto de hacer surgir un estado rival en el Sur de Europa y reducir y debilitar a Austria, fue un gran éxito militar que valió a Francia parte de Saboya, incluida Niza. El prestigio del segundo Imperio

⁶⁰ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p.23

⁶¹ *Ibidem*, pp.23-24.

alcanzó su mayor altura. París llegó a ser el centro de la vida europea y más que nunca el de la elegancia, sobre la cual ejercía la Emperatriz influjo soberano, lo que no la impedía compartir los deberes del gobierno, porque, desde su Regencia, ya siempre asistió a los Consejos de Ministros.”⁶²

En el momento de máximo prestigio del II Imperio francés, París era el centro de la vida y de la diplomacia europea. Tras sus etapas como regente, Doña Eugenia se incorporó a los Consejos de Ministros. En ese contexto, la Emperatriz Eugenia proyectaba sus formas de hacer y de llevar los asuntos, pero también su imagen, su estilo y su estética a toda Europa.

En aquella etapa feliz de su vida, durante una visita a Argel, acontece un acontecimiento fatal para Doña Eugenia:

“En 1860, acompañada del Emperador, hizo un viaje triunfal a Argel; pero tuvo que interrumpirle por el mal estado de salud de mi abuela, su hermana. Regresó rápidamente a París, sin tiempo ya para despedirse de ella, pues había muerto pocos días antes. Su pena fue intensísima, ya que, como he dicho, el cariño a su hermana cuenta entre los más arraigados afectos de su vida.”⁶³

Cuando volvió a París, su hermana Paca, la abuela del Duque, ya había fallecido. Fue una de las grandes pérdidas de su vida, el no poder despedirse de su hermana como hubiera deseado.

A pesar de las críticas a su nacionalidad española que siempre le reprocharon sus detractores, por su educación francesa y sus largas estancias en la nación gala, Doña Eugenia, tal como refiere el Duque:

“Nunca se juzgó extranjera en Francia, donde se había educado y vivido después muchos años; pero desde su matrimonio se consagró por entero a servir los intereses de su nueva patria, aunque sin olvidar la de origen, razón por la cual, para poder contemplar, al menos de lejos, las montañas españolas, se hizo construir un palacete en Biarritz, convirtiendo esta playa de pescadores en una de las más bellas y elegantes del mundo.”⁶⁴

Doña Eugenia se dedicó por entero a servir a los intereses de la nación gala, aunque sus detractores siempre recordaran sus orígenes españoles, especialmente en los momentos de zozobra y dificultad. Como refiere su sobrino-nieto siempre conservó su añoranza de España por lo que decidió construirse la residencia de Biarritz.

Entre los ilustres visitantes del palacete de Biarritz figuró alguno que luego sería un enemigo declarado de la nación gala:

⁶² Ibidem, p.24

⁶³ Ibidem, pp. 24-25.

⁶⁴ Ibidem, p. 25

“Entre los visitantes de Biarritz figuró el Conde de Bismark, que ya entonces se preparaba para humillar a Francia. En 1866 declaró Prusia la guerra a Austria. Fue una guerra corta, porque la batalla de Sadowa permitió aniquilar las fuerzas austríacas en muy pocas horas. La Emperatriz se declaró partidaria de que se ayudase a Austria que, como país católico, gozaba de sus simpatías, pero la salud del Emperador era cada vez más precaria, Francia se abstuvo de intervenir hasta cuatro años después, en que fué ella misma atacada, y entonces Austria permaneció también neutral. Quizá acertaba la Emperatriz en su juicio sobre la situación.”⁶⁵

Sencourt atribuye todo el protagonismo de la situación bélica propiciada por Prusia a las argucias de Bismark: “It was Bismark rather than Pussia which was the lion. He declared war with Austria on 19th June.”⁶⁶

También refleja Sencourt cómo Eugenia trató de contrarrestar el drama que se adivinaba, no ya solo para Austria, sino para los destinos de la nación gala, tanto en Europa como en América:

“We have seen why there had not long been an Alliance between Paris and Vienna. It was because the gullible Rechberg, with his blind trust in Bismark, had turned with scorn from the shrewd proposal of Napoleon and Eugénie. In those fateful days of this short war, the Empress fought desperately to carry her project through. (Y añade en nota: The fearful drama of the scenes in the councils and Eugénie’s proposal that she should force the Emperor to abdicate and assume the regency, the author has told already in the *Empress Eugénie*.) But it was now too late. Behind her was a failure in Mexico, and the Emperor could not rely on carrying France with him. He had gone wrong in all his calculations.”⁶⁷

Prusia derrotó a Austria en siete semanas –los alemanes conocen esta batalla por ese nombre- a la que nosotros denominamos la batalla de Sadowa (1866), con la consabida neutralidad francesa, por lo que luego Francia no pudo solicitar la ayuda austriaca cuando se hubo de enfrentar, solo unos años después y en solitario, ya no solo a Prusia, sino a la confederación germano-prusiana en alianza fraguada por el Conde de Bismark al servicio del káiser Guillermo I de Prusia.

Nunca se entendió bien por qué Francia y Austria no alcanzaron un acuerdo a tiempo para enfrentarse a la Prusia de Bismark conjuntamente. Tiempo después de la derrota francesa ante la confederación germano-prusiana de 1870-71, la emperatriz Eugenia visitó al emperador de Austria, en 1906, para explicarle los motivos y que en la prensa italiana y francesa se publicaran una serie de artículos,

⁶⁵ Ibidem, p.25

⁶⁶ SENCOURT, R., *Napoleon III: The modern Emperor*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1933, p. 141.

⁶⁷ Ibidem.

cartas y entrevistas, que explicasen por qué Francia entró sola en la guerra con Prusia. El fracaso de la triple alianza entre Francia, Austria e Italia y la actuación de la Emperatriz es expuesta por Legge de esta forma:

“One result of the Empress Eugenie’s visit to the Emperor of Austria in 1906 was to produce in the Italian and French Press a number of articles, letters, and interviews, seeking to explain why France entered single-handed into the war with Prussia. Count Constantin Nigra, better known as the Chevalier Nigra, a former Ambassador of Italy at Vienna, who died in 1907, was credited with the authorship of an article in the *Tribuna* narrating the history of the *pourparlers* between Austria, Italy, and France, prior to 1870, having for their object a triple alliance against Prussia; and asserting that the reason of the Empress’s journey to Ischl was to be found in her desire to restore to the Emperor of Austria an autograph letter sent by His Majesty to Napoleon III, making it clear to the latter that such an alliance was possible only on condition that the Emperor of the French agreed to an Italian occupation of Rome.”⁶⁸

La realización de la alianza entre Francia, Austria e Italia para enfrentarse a los prusianos pasaba por la aceptación por parte de Napoleón III de la ocupación italiana de Roma. El Emperador no aceptó nunca estos términos y finalmente Francia marchó en solitario hacia una guerra hábilmente propiciada por el Conde de Bismark.

En la definitiva batalla contra la coalición germano-prusiana, que tuvo lugar en Sedán, entre el 1 y el 3 de septiembre de 1870, fue capturado el propio Napoleón III y colapsó el II Imperio francés.

Cuando Doña Eugenia, ya en Inglaterra, tuvo noticias de la captura del Emperador por parte de los prusianos, al día siguiente de la batalla de Sedán, su reacción fue en primera instancia de sorpresa e incredulidad. Según recoge Legge:

“When, the day after the battle of Sedan, the Prince de la Tour d’Auvergne officially informed the Empress Eugenie that the Emperor was a prisoner, she exclaimed: «You lie, sir! He is dead!»”⁶⁹

Doña Eugenia consideró la comunicación una mentira piadosa a la esposa, que encubría la noticia del probable fallecimiento del Emperador durante la batalla. Sin embargo, posteriormente, recibió un comunicado del propio Emperador, tal como reproduce Legge:

⁶⁸ LEGGE, E., *The Empress Eugénie, 1870-1910: Her Majesty’s life since “the terrible year.” Together with the statement of her case, the Emperor’s own story of Sedan, an account of his exile and last days, and reminiscences of the Prince imperial, from authentic sources* (With Illustrations and facsimile letters), New York, C. Scribner’s sons, 1910, p. 151.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 1.

“Later, M. de Vougy handed her a telegram, and she read: «The army is defeated. I am a prisoner. —Napoleon.»”⁷⁰

No había duda de la derrota francesa y de la captura del Emperador, pero al menos tenía constancia de que su esposo estaba vivo. A pesar de la adversidad en el discurrir bélico y de la captura del Emperador, Francia no capitulaba y la guerra continuaba. Tal como expone Legge:

“The war was raging, the siege of Paris had begun, Napoleon III. was still the King of Prussia’s prisoner at Wilhelmshohe, when, in the autumn of 1870, the Empress Eugenie and the Prince Imperial took up their abode at Camden Place, Chislehurst.”⁷¹

La Emperatriz y su hijo se instalaron en Camden Place, en Chislehurst, en las cercanías de Londres, al sudeste de la capital británica, a la espera de más noticias sobre el paradero del Emperador. Finalmente, días después, Napoleón III sería liberado por los prusianos.

Aunque Francia continuó luchando durante un tiempo ante la coalición germano-prusiana, bajo la dirección coyuntural de un Gobierno de Defensa Nacional de corte republicano, la inevitable derrota final sobrevino a inicios del año 1871. Para Francia supuso el fin del II Imperio, un cambio de régimen político y la reinstauración de la República, con la marcha al exilio definitivo para la familia imperial francesa.

La victoria germana sobre Francia supuso, además, para Prusia, la consolidación de su hegemonía centro-europea y la extensión de su influjo sobre los Estados y Reinos alemanes, que habían participado en la coalición triunfadora liderada por Prusia sobre el II Imperio francés, y que determinaría la unificación de Alemania bajo la iniciativa prusiana. Sedán se convirtió en todo un símbolo del orgullo patrio germano, referente triunfal de la adscripción y confluencia de los diversos estados y reinos germanos en la Alemania unificada.

3.4. Del declive personal a su presencia en grandes eventos históricos.

Mientras se deterioraba la posición francesa y mermaba su influjo en Europa frente a nuevas potencias emergentes en Centroeuropa como Prusia, en América los intereses franceses también se encontraban en una situación cada vez más comprometida. Así lo refiere el Duque:

⁷⁰ Ibidem.

⁷¹ Ibidem.

“Mientras se desenvolvían los asuntos de Europa en contra de Francia, la aventura mejicana ocasionó al segundo Imperio gran pérdida de prestigio, que alcanzó a la Emperatriz Eugenia, patrocinadora de esta empresa. Todavía acrecentó la dureza de tales golpes la suerte fatal de la Emperatriz Carlota, conocida ya por el nombre de la «Emperatriz loca», a causa del fusilamiento del Emperador Maximiliano.”⁷²

Eugenia había apoyado a Austria, tanto en Europa, como en América, donde se había intentado la implantación de la dinastía austriaca en Méjico, con la finalidad de consolidar una monarquía católica europea en América Central, que ejerciera de contrapeso al influjo creciente de los Estados Unidos de América, de religión protestante. Con Maximiliano I de Méjico, segundo de los tres hermanos del emperador Francisco José de Austria y Emperador de la nación americana entre 10 de abril de 1864-15 de mayo de 1867, se hizo realidad este proyecto de injerto de una monarquía europea en América en pleno siglo XIX. Tanto se implicó la Emperatriz Eugenia en el apoyo a Austria y en la consolidación de la de la monarquía austriaca en Méjico, que el fracaso final de esta empresa también repercutiría sobre su persona y su prestigio.

A finales del siglo XIX se produjeron, no obstante, otros dos importantes eventos -liderados por Europa y con amplia repercusión mundial- en los que Doña Eugenia estuvo presente como mandataria europea. Tal como refiere el Duque en su discurso de Barcelona:

“Dos acontecimientos de gran esplendor se celebraron por entonces: la Exposición de París de 1867 y la apertura del Canal de Suez, por la Emperatriz, en 1869, después de una visita al Sultán de Turquía en Constantinopla, que pueden señalarse como la meta de aquel reinado. Sobre todo, la ceremonia de la apertura del Canal, fue algo fantástico, que afectaría grandemente a la viva e impresionable imaginación de Eugenia de Guzmán, al verse en aquel momento solemne representando a la gran nación que abrió a los navegantes y al comercio una vía marítima tan indispensable. Por cierto, que no faltó en la inauguración la nota pintoresca y andalucista que confirma el genio abierto de la Emperatriz. Concurría a la fiesta oficial, en representación de España, la fragata «Berenguela» y sus oficiales jóvenes acordaron obsequiar una noche a su compatriota granadina con una rondalla al estilo de su tierra. Recorrieron, en un bote, el fondeadero del «Aigle», donde se alojaba la Emperatriz, cantando coplas andaluzas acompañados de guitarras y, para corresponder al obsequio, ella se asomó a la borda y cantó la copla:

«La pena y la que no es pena,
no son penas para mí.»

⁷² ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p.26

Puede suponerse el efecto que en los estirados marinos franceses causaría tal rasgo de popularidad y casticismo de su soberana.”⁷³

El Canal de Suez era una arteria de comunicación del Mediterráneo con el Océano Índico por vía marítima, que aún hoy es el medio por donde transita todo el tráfico euro-asiático de mercancías, por lo que este canal permitía una intensificación del tráfico comercial con Oriente y un acortamiento muy importante de la distancia que separaba a Europa de Asia Oriental.

Sobre la importancia decisiva para Europa de la realización de la infraestructura del Canal de Suez exponía Julián Marías, en un curso titulado *Génesis y realidad de Europa*, lo siguiente:

“Hubo un momento de plenitud, el 17 de noviembre de 1869, fecha de la inauguración del Canal de Suez. Triunfo de la técnica física, de las técnicas económicas y sociales. Es la época de la Inglaterra victoriana. Asistió a la ceremonia de inauguración el emperador Francisco José de Austria. Así como la esposa de Napoleón III: Eugenia de Montijo. Con las escuadras de los principales países presentes en el acto. Es un momento de plenitud. Los pueblos de Europa se reúnen en una fiesta.”⁷⁴

Julián Marías refiere la relevancia de este evento histórico, que para Europa significó la confluencia de las diversas naciones en la realización de esta decisiva infraestructura, y subraya expresamente la presencia de Eugenia de Montijo, como mandataria europea, junto al Emperador de Austria, en la inauguración de la importante infraestructura de interconexión marítima con Asia.

En su vida personal y familiar, su hijo, el Príncipe heredero era un joven encantador y profundamente religioso. Sobre esta religiosidad del Príncipe, el Duque refiere lo siguiente:

“El Príncipe iba creciendo y mostraba poseer una personalidad encantadora. Era, en cierto modo, un místico, y escribió una muy bella oración que se ha conservado.”⁷⁵

El joven Príncipe unía su profundo sentimiento religioso con la sensibilidad literaria para expresarla por escrito, lo cual subraya la importancia que él mismo confería a su fe religiosa.

⁷³ Ibidem, p.27

⁷⁴ MARIAS AGUILERA J., *Génesis y realidad de Europa*, Curso en el Colegio Libre de Eméritos, Madrid, 1991. Disponible en

^h<https://larealidadensuconexion.blogspot.com/2017/06/genesis-y-realidad-de-europa.html>

⁷⁵ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p.34.

Sobre su formación militar, propia de su condición, y las desventuras que ella le traería, añade el Duque algunos datos biográficos relevantes:

“ Siguiendo la tradición napoleónica, entró de artillero en Woolwich. Viajó mucho con su madre y pasó temporadas en Suiza, pero su residencia permanente siguió siendo Inglaterra. Sobrevino después la expedición a Zululandia. El Príncipe resolvió ir. La Emperatriz le negó el permiso, pero después de largos forcejeos consiguió alcanzarle. Desde el principio le persiguió la mala suerte. Tuvo que marchar precipitadamente sin tiempo para reunir un equipo adecuado, y hubo de comprar lo que encontró hecho, entre otras cosas, una silla de montar sin tiempo para encargarla a propósito. Una vez en Zululandia, le contrariaron las preferencias de que se le hacía objeto; por ejemplo, la de formar una guardia de *swazis* para su personal protección, lo cual le molestaba mucho si bien no podía impedirlo.”⁷⁶

En su formación entraba su adiestramiento en el arte militar, que realizó en Suiza, aunque siguió conservando su residencia en Inglaterra. En servicio a esta nación marchó como expedicionario a África, a la región de los zulúes. Como personalidad destacada en la expedición, el Príncipe iba acompañado de una pequeña escolta como medida de protección ante posibles incidentes, compañía que el joven consideraba inapropiada e innecesaria, como bien refiere el Duque en su discurso.

4. TRAS LA MUERTE DEL EMPERADOR.

El declinar de la influencia de Doña Eugenia, ya en su exilio en Inglaterra, aún conocería nuevas desgracias que estaban por venir. Serían episodios más tristes, si cabe, porque le afectarían en el ámbito familiar más próximo. El primero de esos eventos fue la muerte de su esposo, el Emperador.

4.1. De la muerte del Emperador a la del Príncipe.

Napoleón III falleció el 9 de enero de 1873, en Londres, en el exilio, justo dos años después de la derrota frente a la confederación germano-prusiana que puso fin al II Imperio francés. Fue el último monarca que tuvo Francia, porque, como hemos expuesto, a su fallecimiento siguió la creación de un Gobierno de Defensa Nacional para terminar la guerra contra los germanos y luego sobrevino la reinstauración de la República.

Sobre las circunstancias que rodearon y causaron el fallecimiento del Emperador, ya en el exilio, hubo cierta especulación porque en fechas previas había

⁷⁶ Ibidem, p.34.

sido sometido a una operación quirúrgica, que hoy se considera que no fue determinante de su muerte a la edad de 64 años, que podemos juzgar temprana desde parámetros actuales, y que no lo es tanto si consideramos las verdaderas razones de su fallecimiento y los antecedentes familiares que le precedían, tal como han puesto de relieve algunos estudiosos extranjeros sobre las circunstancias que rodearon y desencadenaron su fallecimiento.

Edward Legge, en un capítulo titulado «sobre las verdaderas causas del fallecimiento del Emperador», refiere así la muerte de Napoleón III:

“On January, 9, 1873, Napoleon III died at Chislehurst, to the dismay and bewilderment of the little Court at Camden Place and of his numerous friends in France and England. It was shortly before Christmas that the imperial household had begun to vaguely realize that the Emperor was seriously ill. He himself had no idea of his approaching end.”⁷⁷

Legge, que ha estudiado a fondo el fallecimiento y dedica todo un capítulo entero a esta cuestión, refiere que Napoleón falleció tempranamente y que no fue debido a la operación a la que había sido sometido en fechas previas a su fallecimiento. Así refiere Legge, las verdaderas causas del fallecimiento del Emperador:

“Had Napoleon III, who died on January 9, survived until April 20, he would have entered upon his sixty - fifth year. Napoleon I died at the early age of fifty - two, his father at thirty-nine, and his grandfather at the same age; and, according to M. Frederic Masson, of the Académie Française, all three died of a cancerous affection of the stomach.”⁷⁸

El emperador Napoleón III falleció por un cáncer estomacal de una forma prematura análoga a otros miembros de su misma familia: Napoleón I –expone Legge- falleció a la temprana edad de 52 años. Su padre a los 39 años y su abuelo a la misma edad. Luego había antecedentes familiares muy claros y contrastados, según apunta Legge en su estudio. Hoy, más de cien años después de la obra en que esta circunstancia queda referida, sabemos que la predisposición genética y los antecedentes familiares constituyen dos de los factores de riesgo preponderantes para el diagnóstico de la enfermedad.

Tan solo seis años después del fallecimiento del Emperador, la tragedia se cerniría de nuevo sobre la familia con la muerte del Príncipe en acto de servicio

⁷⁷ LEGGE, E., *The Empress Eugénie, 1870-1910: Her Majesty's life since "the terrible year." Together with the statement of her case, the Emperor's own story of Sedan, an account of his exile and last days, and reminiscences of the Prince imperial, from authentic sources* (With Illustrations and facsimile letters), New York, C. Scribner's sons, 1910, p. 74.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 89.

durante una expedición en África, en una emboscada zulú. Así refiere el Duque las circunstancias que rodearon la muerte del Príncipe:

“El día fatal 1º de junio de 1879, esta guardia no estaba con él a causa de un error en la transmisión de las órdenes, y tuvo que salir, con muy reducida tropa, bajo el mando del Capitán Carey, a explorar sitio adecuado para el próximo campamento. A su llegada al África del Sur había comprado el Príncipe un caballo de tan buena estampa como mala boca. Gracias a ser consumado jinete logró dominar al animal. En la tarde de aquel día, después de haber tomado algunos croquis topográficos, se sentaron todos a descansar. De pronto les sorprendieron, en gran número, los zulús, que se habían acercado ocultos por las altas hierbas, acometiéndoles con gritos salvajes entre los disparos de unos cuantos viejos fusiles. Murieron dos soldados. Carey se lanzó sobre su caballo y salió al galope. El Príncipe, siguiendo su costumbre, se agarró a las pistoleras de la montura para saltar sobre el animal, pero éste se encabritó y trató de seguir al galope al del Capitán Carey y a los demás. Las pistoleras se rompieron y se quedaron en las manos del Príncipe, que se vió solo frente al enemigo. Le hizo cara con valor sacando su espada y muriendo como un héroe. He examinado varias veces su uniforme: tiene en el pecho dieciséis cuchilladas de azagaya; ni una sola en la espalda. Su cuerpo quedó allí hasta que poco después fué entregado por el Rey de los Zulús, Cetiwayo.”⁷⁹

El joven Príncipe, ávido de aventuras en tierras exóticas, encontró la muerte en una de sus primeras peripecias al servicio de la Corona inglesa en tierras africanas, aunque afrontó la muerte con valentía y coraje, como bien atestiguaron las secuelas del enfrentamiento en que encontró la muerte, según el testimonio del Duque.

El drama personal y el dolor que supuso para Doña Eugenia, que tan solo seis años de fallecer su esposo, tuvo que afrontar la muerte de su único hijo, durante su exilio en Inglaterra, solo es comparable al drama que vivirían muchas familias europeas poco tiempo después en un conflicto armado de proporciones inimaginables.

4.2. Del Exilio en Inglaterra a la I Guerra Mundial.

Sobre los primeros meses de su exilio en Inglaterra, escribe Legge en su obra sobre Doña Eugenia, titulada *The Empress Eugénie, 1870-1910: Her Majesty's life since "the terrible year"*, lo siguiente:

⁷⁹ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p. 34 -35.

“From the earliest days of her arrival in England, the Empress devoted herself to the greatest task of her life — the effort to arrange terms of peace. It was still September, the month of Sedan. The Germans were marching on Paris, which they girdled on the 19th, eleven days after the Empress had found a refuge at Hastings; Metz and Strasburg were besieged; Gambetta was organizing the army of national defence; many months of warfare were before the combatants.”⁸⁰

Mientras los alemanes marchaban hacia París, la Emperatriz trataba de entablar negociaciones de paz al tiempo que buscaba refugio, lo cual hizo en Hastings, Metz y Estrasburgo.

En la localidad de Farnborough, en el condado de Hampshire, al Sur de Inglaterra, Doña Eugenia adquirió una propiedad donde construiría una cripta funeraria - para su marido y su hijo-, como bien refiere su sobrino-nieto:

“Compró en Inglaterra la finca de Farnborough donde construyó la cripta en que yacen el Emperador y el Príncipe y donde la enterramos a ella en 1920, depositándola en el muro para cumplir sus deseos de no ser puesta en la tierra, y con la sencilla inscripción «Eugenie» en la lápida. Junto a la finca edificó también un Monasterio de monjes franceses, en un principio de la Orden Premostratense, y hoy de Benedictinos, que todavía siguen allí.”⁸¹

Finalmente, en su residencia de Farnborough, en la misma cripta que Doña Eugenia levantó para acoger los restos del Emperador y del Príncipe, descansan también sus propios restos, como refiere su sobrino-nieto, quien la visitó allí en varias ocasiones, puesto que el Duque estudió cerca de allí, como ya se ha expuesto anteriormente.

Poco tiempo después el dolor de Doña Eugenia por su marido y su hijo se harían extensivas a otras muchas familias europeas que se vieron inmersas en un enfrentamiento internacional, en un nuevo tipo de conflicto masivo y mecanizado que costó la vida a millones de jóvenes, hijos y esposos de muchas mujeres de casi todas las naciones europeas.

El Duque refiere las impresiones y actuaciones de Doña Eugenia durante la I Guerra Mundial, la cual vivió y siguió con gran preocupación e interés desde Inglaterra:

⁸⁰ LEGGE, E., *The Empress Eugénie, 1870-1910: Her Majesty's life since "the terrible year." Together with the statement of her case, the Emperor's own story of Sedan, an account of his exile and last days, and reminiscences of the Prince imperial, from authentic sources* (With Illustrations and facsimile letters), New York, C. Scribner's sons, 1910, p. 21.

⁸¹ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p. 38.

“En 1914 la gran guerra causó a la Emperatriz terrible ansiedad. Tenía que permanecer en Inglaterra y no podía pasar el invierno, como de costumbre, en el Mediodía de Francia: pero su maravillosa constitución la permitió resistir la humedad y sus frecuentes constipados. Durante las primeras semanas de la guerra, que la causaron gran impresión, exclamaba, presa de gran inquietud: «*C'est la meme chose qu'en 1870*»⁸². Después sobrevino el milagro del Marne. Seguía con atención la guerra día por día. Visité yo el frente francés e inglés varias veces, y a mi regreso, en Inglaterra, tuve que darla cuenta detallada de cuanto había visto. Organizó en Farnborough un hospital para oficiales heridos y se consagró ella a cuidarlos.”⁸³

Aunque la Emperatriz llegó a pensar que se repetiría la victoria de los alemanes en la Guerra franco-prusiana de 1870, el milagro del Marne le hizo revivir la esperanza en una resolución favorable del conflicto en favor de Francia e Inglaterra. Cabe recordar que en la Gran Guerra europea se emplearon muchas novedosas armas: químicas, en forma de gases, explosivas, mecanizadas, etc. en un nuevo tipo de conflicto industrializado y a gran escala, donde los soldados fallecieron de una forma masiva y estuvieron sometidos a situaciones de estrés bélico en frentes estáticos durante meses en la denominada *guerra de trincheras*, causando un estrés psicológico ininterrumpido que dejaba profundas secuelas mentales. Desde su residencia en Farnborough, Doña Eugenia organizó un hospital e hizo todo lo posible por paliar las secuelas tan tremendas que este nuevo tipo de conflicto armado ocasionaba.

4.3. Del sentido de su vida, desde la fe católica, al código de honor de la Emperatriz.

Doña Eugenia fue una mujer católica cuya religiosidad estuvo presente en muchos de los rasgos de su personalidad y de sus actuaciones, tanto de las exitosas como de otras que no salieron como ella deseaba.

Sobre la fe religiosa de la Emperatriz, Sencourt expone lo siguiente:

⁸² «*C'est la meme chose qu'en 1870*» («Es lo mismo que en 1870»): alude a la derrota sufrida por Francia ante la confederación de Prusia y los Estados Alemanes del Norte en la Guerra Franco-Prusiana de 1870-71. Tras la marcha de Napoleón III para liderar al ejército francés y enfrentarse a los alemanes, la Emperatriz Eugenia de Montijo quedó, de nuevo, como regente de Francia. No obstante, en la batalla de Sedán (1 y 2 de septiembre de 1870) Napoleón III fue capturado, aunque Francia no capituló y la guerra continuó bajo un gobierno republicano. La derrota final francesa, lograda tras el asedio alemán de París, trajo como consecuencia la caída definitiva del II Imperio francés, el advenimiento de la III República y el surgimiento del Imperio Alemán bajo la influencia prusiana. El monarca Guillermo I de Prusia fue entronizado como Emperador de la Alemania unificada en el Palacio de Versalles en París el 28 de enero de 1871.

⁸³ *Ibidem*, p.43

“Yet, firm as her religion was, she was neither a mystic, a devotee, nor a theologian. Her faith was that of an intellectual. She had been educated not only by free-thinkers in France: even in Spain, her family traditions had been those of the most liberal Catholics in the country. Her feeling for her Church and its head was a reasoned allegiance; loyalty, with honour, was root of all her chivalrous virtues.”⁸⁴

Eugenia no fue una mística, una devota o una teóloga⁸⁵, según refiere Sencourt. Su fe religiosa fue más bien la de una intelectual debido a la educación liberal europea que había recibido en Francia, que también estaba presente en su propia tradición familiar ya en España. Eugenia tenía una creencia religiosa razonada, con un sentido de la lealtad y el honor que estaban en la base de su caballeresco sentido de la virtud.

Sencourt añade algunas claves sobre la forma en que influyó el catolicismo tanto en la forma de relacionarse con el pueblo como en su acción de estado y su proyección en la diplomacia y las relaciones exteriores. Afirma Sencourt:

“Her Catholicism taught her charity: and her heart was full of sympathy for those in need. But she preferred the traditions, and therefore the power, of Catholic countries to the dominance of Protestant or material civilization; her sympathy was always with Catholic influences and consecrated monarchies. Loyalty to Spain, and keenness on reform found in her broad life ample room for each other.”⁸⁶

Su catolicismo en relación con el pueblo lo entendió básicamente como caridad y proximidad hacia los más pobres y desfavorecidos de la sociedad; mientras que, en su acción de gobierno, su catolicismo se tradujo en tratar de apoyar, favorecer y coaligarse con las naciones católicas y las monarquías consagradas.

Siempre al servicio de su país, con gran añoranza de España y con un afán reformista de la sociedad, que no eran incompatibles en su personalidad, puesto que estuvo muy influenciada por el propio reformismo ilustrado de su familia, especialmente de su padre, y por la propia educación liberal francesa e inglesa en que se había formado.

Sobre su sentido de la caridad, Legge refiere lo siguiente:

“She has always the same compassion for the unfortunate and grief-stricken. She who when on the throne was the personification of charity, the good angel of the humble, shows in exile that her benevolence was not a service practised for

⁸⁴ SENCOURT, R., *Napoleon III: The modern Emperor*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1933, p. 141.

⁸⁵ *Ibidem*.

⁸⁶ SENCOURT, R., *Napoleon III: The modern Emperor*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1933, p. 141.

reasons of policy, but very real and abiding. Ever since, forty-five years ago, she found an asylum in England, all who have knocked at her door and appealed for help have been succoured.”⁸⁷

Doña Eugenia siempre sintió la misma compasión por los desafortunados y los afligidos. Cuando estaba en el trono era la personificación de la caridad, «el ángel bueno de los humildes» en expresión de Legge. Cuando se exilió en Inglaterra mostró que su benevolencia no era un servicio practicado por razones de coyuntura política o de imagen pública, sino la expresión de un principio de actuación más sólido y congruente. Desde que encontró asilo en Inglaterra, todos los que llamaron a su puerta y solicitaron su ayuda, fueron socorridos.

Sobre esta forma de entender el sentido de su vida y su responsabilidad, su sobrino-nieto el Duque de Alba y Director de la Academia de la Historia concluye afirmando:

“Como epílogo quiero recordaros los conocidos versos:

«Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.»

Durante toda su vida se mantuvo la Emperatriz rigurosamente fiel a este código del honor. No encontraría yo modo más feliz de terminar esta conferencia, ni frase capaz de superar a estas palabras a ella referentes, y pronunciadas, no por uno de sus admiradores, sino por aquel que la traicionó. Aludiendo al Consejo de Ministros celebrado durante los días críticos de 1870, bajo la presidencia de la Emperatriz, confesó Trochu, años después: «*Elle nous dominait tous par sa beauté et par sa vertu*».⁸⁸

Tras su caída fueron muchos los que la envidiaban y quisieron hacer leña del árbol caído, por lo que no dudaron en difamarla y calumniarla, muchos de ellos aludiendo despectivamente a sus orígenes españoles a los que nunca renunció.

Años después de su caída, no solo sus detractores, los que no eran afines a su figura, sino declarados opositores a ella, como el ex-primer ministro Trochu,

⁸⁷ LEGGE, E., *The Empress Eugénie and her son*, New York, Dodd, Mead and company, 1916, p. 55.

⁸⁸ ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Diana Artes Gráficas, Madrid, 1947, p. 51. «*Elle nous dominait tous par sa beauté et par sa vertu*» («Ella nos dominó a todos por su belleza y su virtud») palabras pronunciadas por el ex-primer ministro francés Louis Jules Trochu, Jefe del Gobierno de Defensa Nacional durante la Guerra Franco-Prusiana (1870-71) tras el apresamiento de Napoleón III.

reconocían la categoría personal y la virtud que acompañó la actuación de la Emperatriz española que rigió los destinos de Francia.

Cabe recordar que, en todo caso, todas las posiciones y comentarios respecto a su figura siempre fueron contempladas con serena aceptación por su protagonista, quien se negó a tratar de justificarse ante su pueblo y ante los ojos del mundo, no por soberbia, sino por haber actuado conforme a razones y criterios que en su momento consideró apropiados, condujeran luego al éxito o no.

La renuncia a publicar sus memorias todavía hizo correr más ríos de tinta sobre su persona, con intereses e intenciones no solo diversos, sino abiertamente contrapuestos. El interés por su figura se trasladó incluso al imaginario colectivo dando lugar a canciones, relatos y poemas que la inmortalizaron en la memoria popular, seguramente las contempla con gusto y sentido del humor allá donde se encuentre.

5. CONCLUSIONES.

María Eugenia Ignacia Agustina de Palafox Portocarrero y Kirkpatrick (1826-1920), Condesa de Teba, fue una eminente mujer española, andaluza, nacida en Granada y de origen aristocrático, que alcanzó una preeminente posición como Emperatriz consorte de Francia tras su matrimonio con Napoleón III de Francia (1808 - 1873).

Hemos tratado en esta investigación de realizar una semblanza de Doña Eugenia a partir de una aproximación hermenéutica a los discursos de su sobrino-nieto, D. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, Duque de Alba y Director de la Real Academia de la Historia, y hemos buscado en la extensa bibliografía extranjera el complemento más selecto y riguroso para la constatación de los hechos y de las circunstancias que el Duque refiere en sus discursos de los años 40 sobre su tía-abuela.

Nos hemos centrado en el Discurso en la Universidad de Barcelona del curso 1946-47, que hemos empleado como hilo conductor de nuestra exposición por ser cronológicamente posterior y, en cierto modo, una actualización del precedente de Oxford. Hemos considerado conjuntamente ambos documentos en nuestra consideración, aunque con una menor incidencia del de Oxford, por la abundancia de referencias en éste al contexto de postguerra en España y a la Guerra Civil Española, que poco o nada aportan a la finalidad de nuestra investigación, que es el conocimiento sosegado, científico y riguroso de la persona de Doña Eugenia de Montijo en las múltiples facetas y dimensiones de su persona.

Somos conscientes de que la presente investigación es una aproximación limitada y circunscrita a una hermenéutica de los discursos del D. Jacobo Fitz-James

Stuart y Falcó, que necesita de ulteriores trabajos que vengan a completar el perfil de la figura de la Emperatriz, pero nos parece que la relevancia del personaje lo merece y se descubre en toda su dimensión cuando se aborda rigurosamente desde distintas obras que deben tener siempre como referente necesario los discursos y aportaciones del Duque de Alba.

Como Emperatriz de Francia, Doña Eugenia detentó la regencia directa de los destinos la nación gala y de todas sus posesiones de ultramar durante tres periodos en la época del II Imperio Francés (1852 - 1870). Cabe reseñar que tal responsabilidad la ejerció en momentos críticos para la nación gala, en ausencia del Emperador, pero adoptando decisiones exitosas que le reportaron gran prestigio. En virtud de tales aciertos en su acción de gobierno, fue incorporada a las reuniones de los Consejos de Ministros de Francia siendo promotora de diversas iniciativas relevantes, algunas acertadas y otras no tanto, pero de las que siempre asumió la responsabilidad y dio cuenta pública de las razones que las motivaron.

En su acción de gobierno y su iniciativa legislativa, Doña Eugenia se distinguió por un notable sentido de estado imbuido por su adscripción cristiana que entendió como servicio leal a los destinos de Francia y la promoción de acciones sociales caritativas, orientadas hacia los más pobres y desfavorecidos de la sociedad de su tiempo, acciones que le reportaron una gran notoriedad popular y un gran prestigio personal desde el mismo momento de su matrimonio cuando decidió donar el obsequio de la ciudadanía de París, por cuestación popular, a obras benéficas en favor del pueblo.

En política exterior, mostró un apoyo decidido a las monarquías católicas, hasta donde fuera aconsejable en cada momento, teniendo siempre presente los intereses de Francia y la conveniencia y la oportunidad del momento. Sus fracasos en algunas decisiones, como el apoyo a Austria en su tentativa de implantación de la casa de Habsburgo en Méjico, le supusieron también un desprestigio y algunos cuestionamientos hacia su persona.

Como es sabido, Francia siempre ha ocupado una posición destacada en la historia de la diplomacia europea. En el complejo escenario del siglo XIX, en que se estaban configurando varias naciones de Europa, Doña Eugenia, desde París, en el epicentro de la diplomacia europea, jugó un papel notable como creadora de puentes entre las distintas naciones, prestando un valioso servicio que considera siempre los intereses franceses, pero que buscó, por encima de todo, la concordia de los pueblos y naciones de Europa. Su formación transnacional en España, Francia e Inglaterra, sin duda, posibilitó esa labor, no menos que su amplio y selecto círculo de amistades y su red de relaciones personales, que incluyeron a la Reina de Inglaterra, pero también a otras relevantes personalidades de su tiempo y cancilleres de naciones como Austria o Prusia. Su interés en los asuntos de esta-

do, tanto a escala nacional como internacional, y su capacidad para las relaciones personales la confirieron un papel más relevante de lo que se suele considerar para una mujer que no fue solo Emperatriz consorte de Francia, sino tres veces regente de los destinos del II Imperio francés.

No menos relevante fue la labor cultural de Doña Eugenia, quien, desde una notable educación liberal europea, mantuvo una relación personal y epistolar con muchos escritores, pintores, políticos, generales, poetas e intelectuales de la época, rodeándose de un círculo a modo de corte cultural e intelectual, que también debería ser estudiado con mayor detalle.

También participó Doña Eugenia en importantes eventos históricos con un trasfondo científico-técnico, como la Exposición Universal de París de 1867 o la Cumbre de apertura del Canal de Suez en 1969, que no fue un mero evento de inauguración de una colosal infraestructura de ingeniería técnica, sino un proyecto de confluencia de las distintas naciones europeas, que conectará a Europa con Asia y el resto del mundo por vía marítima, y en el que ella participa como mandataria europea destacada junto al Emperador de Austria.

Francia siempre ha sido una nación vanguardista en la creación de estética y referencial en la creación de nuevas tendencias de estilo. En lo estético, Doña Eugenia fue un icono cultural y estético, referencia absoluta para la Europa de su tiempo. Desde su posición, ejerció un notable influjo como creadora de un estilo novedoso en las artes decorativas de la moda y en la forma de seducir y de relacionarse con las personas, con un contenido único y original, que impactó en la sociedad de su tiempo y en las sociedades de las distintas naciones de Europa.

Su negativa a escribir sus propias memorias, que hubieran sido un gran éxito editorial y despejado muchas incógnitas en el conocimiento de su persona y las motivaciones de su actuación, dejó muchas lagunas que solo paulatinamente se podrán ir desvelando. Desde luego, esa omisión consciente y deliberada de unas memorias donde narrase su vida en primera persona no impidió la aparición de una ingente bibliografía sobre su persona que se vio reflejada además en grandes retratos y obras de arte y en el imaginario popular en forma de numerosos poemas, canciones y relatos con que se rememora su persona en la cultura popular.

Habría que estudiar más profundamente, entre otros aspectos, su configuración cristiana, su proyecto de unidad de los pueblos y naciones de Europa, para determinar si toda esta dimensión de su persona no se ha obviado quizá por ser una católica convencida en los albores del siglo XX, cuando algunas corrientes ideológicas quisieron mostrar la cosmovisión cristiana como un signo de incultura, una rémora del pasado, sin tener presente todos los hechos que aquí se relatan y el papel que Doña Eugenia desempeñó en Francia, en Europa y en el mundo

desde una cosmovisión fundamentada en el Dios del Logos que hace desaparecer mitos y supersticiones.

La importancia histórica de la Doña Eugenia de Montijo, una mujer española Emperatriz de Francia, en su doble faceta de consorte y de regente, a la que sus detractores reprocharon siempre su condición de extranjera y su españolidad, especialmente en los momentos críticos o en las decisiones cuestionables, debería ser objeto de mayor atención y conocimiento en su propia nación, a la que siempre tuvo como referencia de sus afectos y de sus orígenes.

Su acción política y legislativa en favor de su pueblo y de la concordia entre las naciones de su tiempo, que persiguió de forma incansable, constituye un episodio muy relevante en ese camino hacia la concordia, la solidaridad y la caridad emprendida por las naciones europeas, un hito contemporáneo relevante en la propia historia de la configuración moderna de la civilización cristiana que ha tenido siempre como referencia y fundamento una estructura intelectual, moral y social sustantiva que conforman toda una cosmovisión.

6. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y CITADA.

- ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*. Barcelona, Iberia, 1944.
- ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *Discurso sobre la Emperatriz Eugenia en la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona*. Curso 1946-47, Madrid, Diana Artes Gráficas, 1947.
- ALBA, JACOBO FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, DUQUE DE, *La Emperatriz Eugenia / el Duque de Alba: Conferencia pronunciada en «The Ark», Oxford, 15 de julio de 1941*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2012. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-emperatriz-eugenia/>
- ANCEAU, E., *Ils ont fait et défait le Second Empire*. París, Tallandier, 2019.
- ARONSON, T., *Queen Victoria and the Bonapartes*. Londres, Thistle Publishing, 2015.
- ARTEAGA, A., *Eugenia de Montijo*, Martínez Roca, Barcelona, 2000.
- BARKER, N., *Distaff Diplomacy. The Empress Eugénie and the Foreign Policy of the Second Empire*. Austin, University of Texas Press, 1967.
- CARETTE, M., *Souvenirs intimes de la Cours des Tuileries*. París, Éditeur Paul Ollendorff, 1889.
- CHAUVEL, G., *Eugenia de Montijo. Emperatriz de los franceses*, Planeta de Agostini, Barcelona, 2001.
- DARGENT, R., *L'impératrice Eugénie. L'obsession de l'honneur*. París, Beli, 2017.
- DESCARS, J., *Eugenia de Montijo. La última emperatriz*. Barcelona, Ariel, 2003.
- DUFF, D., *Eugenia de Montijo y Napoleón III*. Rialp, Madrid, 1981.

- ÉTÈVENAUX, J., *Napoléon III. Visionnaire de son temps*. Divonne-les-Bains, Cabédita, 2014.
- FERRER VALERO, S., “La última emperatriz francesa, Eugenia de Montijo (1826-1920)”. Blog: Mujeres en la historia, 17 de marzo de 2011. Disponible en <https://www.mujaeresenlahistoria.com/2011/03/la-ultima-emperatriz-francesa-eugenia.html>
- GRANGER, C., *L’empereur et les arts. La liste civile de Napoléon III*. París, École des Chartes, 2005.
- IMPÉRATRICE EUGÉNIE (DUKE OF ALBA & GABRIEL HANOTAUX, eds), *Lettres familières de l’impératrice Eugénie*, París, Plon, 1871 -1872.
- ITURRIAGA DE LA FUENTE, J.N., *Escritos mexicanos de Carlota de Bélgica*. México, Banco de México, 1992.
- KIRKPATRICK, *Archivo familiar: documentación y fuentes*, Madrid.
- LACHNITT, J.C., *Le Prince impérial, Napoléon IV*. París, Perrin, 1997.
- LEGGE, E., *The Empress Eugénie and her son*, New York, Dodd, Mead and company, 1916.
- LUIS, N., “Eugenia de Montijo, cien años de la influencer española más internacional del s. XIX”, Revista *VOGUE*, 11 de julio de 2020. Disponible en <https://www.vogue.es/moda/articulos/eugenia-montijo-emperatriz-francia-legado-moda-worth-alta-costura-louis-vuitton>
- MANEGLIER, H., *Paris Impérial. La vie quotidienne sous le Second Empire*. París, Editions Armand Colin, 1990.
- MARÍAS AGUILERA, J., *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.
- MARÍAS AGUILERA, J., *Génesis y realidad de Europa*, Curso en el Colegio Libre de Eméritos, Madrid, 1991. Disponible en <https://larealidadensuconexion.blogspot.com/2017/06/genesis-y-realidad-de-europa.html>
- MAUDUIT, X., *Le Ministère du faste*. París, Fayard, 2016.
- MCQUEEN, A., *Empress Eugénie and the Arts. Politics and Visual Culture in the Nineteenth Century*. Burlington, Ashgate Publishing, 2011.
- MÉRIMÉE, P., *Lettres de Prosper Mérimée a Madame de Montijo*. París, Mercure de France, 1995.
- MORATÓ, C., *Reinas malditas*, Barcelona, Plaza & Janés, 2014.
- MONTIJO E. DE, Les fiançailles de l’Impératrice: lettres a la duchesse d’Albe (SEN-COURT, ed.) *Revue des Deux Mondes* (1829-1971), Huitième Oériode, vol. 10, nº. 2 (15 juillet 1932), pp. 295-301.
- MUSEO DEL ROMANTICISMO, *Dossier de Prensa Eugenia de Montijo. La obra invitada: Eugenia de Montijo*, retrato de Franz Xaver Winterhalter. Del 25 de septiembre al 9 de diciembre. Disponible en <https://www.culturaydeporte.gob.es/mromanticismo/dam/jcr:fc0af878-a25e-46a2-9443-2cf2a10cc6bd/24-09-dossier-eugenia-montijo.pdf>

- PINCEMAILLE, C., *L'impératrice Eugénie. De Suez À Sedan*. París, Payot, 2000.
- PRADELLES, E., *Le Prince Imperial, Napoléon IV. Correspondance inédite, intime et politique*. París, Mémoire et Documents, 2009.
- RIDLEY, J.G., *Napoleon III and Eugenie*. Nueva York, Viking Press, 1979.
- SAGRERA, A., *La juventud de la emperatriz Eugenia*. Madrid, Compañía literaria, 1998.
- SAMPEDRO ESCOLAR, J.L., *La Casa de Alba. Mil años de Historia y de leyendas*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.
- SENCOURT, R., *The life of the Empress Eugénie*. (With a Foreword by His Grace The Duke of Berwick and Alba), Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1931.
- SENCOURT, R., *Napoleon III: The modern Emperor*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1933.
- SENCOURT, R., *T. S. Eliot, A Memoir*. Londres, Garnstone Limited, 1971.
- VV.AA., *Spectaculaire Second Empire*. París, Skira, 2016.
- WECKMAN, L., *Carlota de Bélgica. Correspondencia y escritos sobre México en los archivos europeos (1861-1867)*. México, Porrúa, 1989.
- WELLESLEY, V. & SENCOURT, R., *Conversations with Napoleon III* (a collection of documents, mostly unpublished and almost entirely diplomatic selected and arranged with introductions by Victor Wellesley and Robert Sencourt), Londres, E. Benn, 1934.



LA EMPERATRIZ EUGENIA ANTE LA GUERRA DE CRIMEA: LA POSIBLE INTERVENCIÓN ESPAÑOLA

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Universidad de Alcalá

RESUMEN

Durante la guerra de Crimea (1853-1856), el gobierno español fue invitado, en repetidas ocasiones, por las potencias aliadas -Francia y Gran Bretaña- a sumarse a su acuerdo militar y diplomático contra el Imperio ruso. En este contexto, la emperatriz Eugenia intentó que su cuñado, el duque de Alba, realizara una delicada y secreta misión no oficial: conocer la reacción del gobierno de Madrid si Francia le presentaba la oferta de organizar un cuerpo de voluntarios españoles con destino a Crimea. Ante el fracaso de esta gestión, algunos historiadores, como Jean des Cars, menospreciaron la capacidad de la elite política española del momento, a diferencia de la del reino de Piemonte-Cerdeña. Sin embargo, debe tenerse en cuenta otros factores -económicos, sociales y militares- que explican ese fracaso, al igual que la mayoría de las presiones que, antes y después, ejercieron los aliados sobre España.

Palabras clave: Siglo XIX, Guerra de Crimea, Emperatriz Eugenia, duque de Alba, neutralidad española, Leopoldo O'Donnell.

ABSTRACT

During the Crimean War (1853-1856), the Spanish government was repeatedly invited by the Allied powers - France and Britain - to join their



military and diplomatic alliance against the Russian Empire. In this context, Empress Eugenie tried to have her brother-in-law, the Duke of Alba, carry out a delicate and secret unofficial mission: to know the reaction of the Madrid government if France presented him with the offer to organize a brigade of Spanish volunteers bound for Crimea. Given the failure of this administration, some historians, such as Jean des Cars, belittled the ability of the Spanish political elite of this moment, unlike that of the kingdom of Piedmont-Sardinia. However, other factors must be taken into account - economic, social and military - that explain this failure, as well as most of the pressures that, before and after, the allies exerted on Spain.

Keywords: 19th century, Crimean War, Empress Eugenie, Duke of Alba, Spanish neutrality, Leopoldo O'Donnell.

LA GUERRA: UNA ESCUELA DE APRENDIZAJE DIPLOMÁTICO

Desde muy pronto, el emperador Napoleón III inició a su esposa en los asuntos de política exterior, mostrándole y comentando con ella los correos de los agentes diplomáticos, las notas de los embajadores, los informes del ministro de Relaciones Exteriores. En ciertas ocasiones, la invitó a los consejos de ministros centrados en este tipo de asuntos, ya que los propios de política interior le fueron vedados. La emperatriz, de esta manera, se convirtió en una leal colaboradora de su marido, siguiendo la evolución de los problemas y los ritmos de las relaciones internacionales, el abanico de sus posibles derivaciones y los intereses que convenía defender a Francia. Napoleón III tuvo fama de ser un experto en el manejo de la ambigüedad política, por lo que también inició a su esposa en el secreto, la metáfora, la prudencia y el uso de los silencios.

Eugenia tuvo que construir su identidad como emperatriz encajando varias piezas, para lograr un puzzle compacto y respetable. Debía asumir sus deberes como anfitriona de la vida cortesana -reflejo del poder y popularidad del Imperio¹-, proporcionar un heredero a la dinastía, acompañar públicamente a su

¹ Para Napoleón III, la corte debía ofrecer a los franceses, y al resto de naciones, un espectáculo brillante y abierto, que representara fielmente la grandeza y el prestigio de Francia. Además, debía acrecentar el mismo, haciendo de París el punto de mira de Europa e incluso del mundo. Resultaba por ello indispensable evitar la etiqueta clásica tradicional basada en la exclusión, donde el papel de la emperatriz, como anfitriona y organizadora, resultaba clave. William SMITH, *Eugenia de Montijo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990, p. 66. Sobre la corte francesa existe una interesante bibliografía entre la que destacan Jacques Olivier BOUDON (dir.), *La cour impériale sous le Premier et Second Empire*, Paris: SPM, 2016; Xavier MAUDUIT, *Le ministère du faste: la Maison de l'empereur Napoléon III*, Paris: Fayard, 2012; Charles Éloi VIAL, *Les deniers feux de la Monarchie. La cour au siècle des révolutions, 1789-1870*, Paris: Perrin, 2016.

marido como discreta consorte² y aprender a manejar el disimulo y la prudencia, necesarios para evitar mostrar sus verdaderos sentimientos y opinión.

Desde el principio de su régimen, Napoleón III concibió su política exterior como una herramienta decisiva para restaurar el prestigio francés en Europa, al mismo tiempo que intentaba destruir el orden europeo diseñado por el Congreso de Viena, liderado por los vencedores de su tío y antecesor en el trono imperial. Pero su plan no debía alarmar a Gran Bretaña, por lo cual siempre procuró un entendimiento con Londres, evitando el conflicto bélico con tan cercana potencia.

A mediados del siglo XIX, los Santos Lugares de Jerusalén se encontraban confiados a católicos latinos, bajo la protección de Francia, y a cristianos ortodoxos, bajo la del zar de todas las Rusias. Pero era el Imperio otomano quien realmente controlaba el territorio, cuyo sultán mostró su apoyo a los católicos en algunos conflictos derivados de esa custodia, lo que provocó los celos y protestas de Moscú. En esta política de conservación de los intereses católicos en Oriente, Napoleón III tuvo el apoyo de la emperatriz, ferviente creyente muy preocupada por el avance de los ortodoxos en Tierra Santa.

Por su parte, el zar Nicolás I deseaba aumentar la presencia rusa en el Mediterráneo, por lo que le resultaba clave el dominio del estrecho de los Dardanelos, donde se situaba Constantinopla, la capital de los Otomanos. La posición de la diplomacia británica y francesa se mostró contraria al crecimiento del comercio y de la influencia rusa en el Próximo Oriente, lo que aumentó la tensión internacional.

Rusia envió un ultimátum a Constantinopla exigiendo máxima capacidad de intervención, sin límite alguno, en defensa de los súbditos ortodoxos del Imperio otomano. Solicitud claramente desmedida que provocó la negativa diplomática y el comienzo de un posible enfrentamiento bélico, pero el zar creyó contar con suficientes fuerzas y con la colaboración del Imperio austríaco. El sultán intentó evitar la guerra, pero le resultó imposible, bien porque, con el acuerdo, su Imperio hubiera sido rebajado a la categoría de vasallo ruso, bien por las protestas y alzamientos musulmanes en todo su territorio, que exigieron la contestación de las armas al desafío ruso. De haberse negado a escuchar esa protesta social, el sultán posiblemente hubiese sido derrocado. El 30 de junio los rusos ocuparon el Danubio.

Días antes, el gobierno español analizó, por primera vez, la crisis de Oriente, ante la cual se mostró partidaria de una estricta neutralidad, aunque decidió en-

² Para aumentar sus lazos con la sociedad francesa, los emperadores emprendieron viajes y giras por las provincias, como anteriormente había realizado Luis Napoleón cuando era presidente. Esa presencia imperial, capaz de unir más estrechamente al pueblo con su soberano, implicaba a Eugenia y su perfil público. William SMITH, *Eugenia...*, p. 67.

viar a un militar de prestigio, al frente de una comisión que debía actuar como observadora en el Imperio Otomano, siendo elegido el general Juan Prim³. Asimismo, por cuestiones meramente de prestigio, el gobierno decidió que el pabellón nacional no podía quedar marginado en el asunto de los Santos Lugares, por lo que elevó a la reina Isabel II un decreto a su firma por el cual España se afirmaba como protectora de las fundaciones piadosas de Palestina⁴.

La guerra contra Rusia fue finalmente declarada, no iniciándose el período de hostilidades hasta el 19 de octubre de 1853. Los rusos ocuparon los principados rumanos de Valaquia y Moldavia, aunque una flota franco-inglesa comenzó a llegar a los Dardanelos, preparada para asumir la declaración de guerra de sus gobiernos. Sin embargo, Napoleón III intentó, inicialmente, localizar el conflicto, asumiendo el papel de mediador entre las potencias enfrentadas, calmando incluso los temores de Londres a una expansión rusa. De lograr acabar con la guerra, su prestigio como árbitro de las relaciones internacionales hubiera aumentado, pero su plan se deterioró el 30 de noviembre cuando la flota otomana fue hundida en la batalla de Sinopía, en el mar Negro. Finalmente, su proyecto de destruir el orden creado en 1814 sin necesidad de acción bélica alguna fracasó, por el hecho de que ninguna de las potencias implicadas se prestó a desempeñar el papel que el emperador francés había esperado de ellas: en vez de celebrar una conferencia que evitara la guerra, todo se precipitó hacia ella⁵.

Las noticias de las derrotas otomanas ya habían sido previstas por el gobierno español, que había manifestado su temor a que, como consecuencia de las mismas, Constantinopla obligara a los cristianos sometidos de su territorio a luchar, enviándoles al frente obligatoriamente. En ese caso, Madrid no podía

³ Sus impresiones fueron editadas en Juan PRIM, *Memoria sobre el viaje militar a Oriente presentada al gobierno de Su Majestad*, Madrid: Imprenta de Tejado, 1855. Sobre la actuación del general, que participó en acciones del ejército otomano, ver Alfredo REDONDO y Daniel PIÑOL, "El general Prim en la guerra de Crimea, 1853-1854" en Francisco José Corpas et al. (dirs.), *La era isabelina y la revolución, 1843-1875. Actas de las XII Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Madrid: Cátedra general Castaños, 2009, p. 120-137. Prim no sólo informó a sus superiores sino a otros personajes, como el duque de Riansares, marido de la reina madre María Cristina de Borbón. Ver su carta de 10 de octubre de 1853 en Archivo Histórico Nacional [AHN] Familias, 3545, leg. 9, exp. 48.

⁴ María Teresa MENCHÉN, "La neutralidad española ante la guerra de Crimea", *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4 (1983) p. 79-117 [87]. Sobre la posición de España existe un análisis anterior de Luis MARINÑAS OTERO, "España ante la guerra de Crimea", *Hispania*, vol. 26, n. 103 (1966), p. 410-446. Sobre el conflicto me remito a Orlando FIGES, *Crimea. La primera gran guerra*, Barcelona: Edhasa, 2018; Francisco Javier GONZÁLEZ MARTÍN, "La guerra de Crimea y la Paz de París (1852-1856)", *Historia 16*, 373 (2007) p. 78-97; Emilio DE DIEGO, "La guerra de Crimea: la segunda gran remodelación internacional del ochocientos" en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis (dirs.), *La guerra en el arte*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2017, p. 585-611.

⁵ Para Smith, la diplomacia napoleónica intentó lograr sus objetivos mediante el arbitraje y las reuniones internacionales, pero para Des Cars, la intención de Napoleón III fue lograr ese objetivo aunque fuera a costa de la declaración de guerra entre grandes potencias. William SMITH, *Eugenia...*, p. 82; Jean des Cars, *Eugenia de Montijo, la última emperatriz*, Barcelona: Ariel, 2003, p. 182-187.

mantenerse ajeno al proteger conventos en Palestina donde vivían religiosos españoles, que podrían verse envueltos en una horrible catástrofe y a los que no se podía abandonar sin incurrir en una grave responsabilidad por imprevisión o por impotencia. Se decidió el envío de un ministro plenipotenciario a Constantinopla, un cónsul a Jerusalén y tres buques, dirigidos uno al primer puerto y dos a Jaffa, con la misión de proteger la legación, consulados y religiosos españoles. Al mismo tiempo, para evitar una protesta diplomática con Francia -al considerarse la protectora de los Santos Lugares- se acordó informar detalladamente a su gobierno y al otomano del sentido de tales medidas y el propósito de España de mantener una estricta neutralidad en la guerra⁶.

Por otra parte, si bien Madrid realizó esfuerzos para aclarar su posición ante los gabinetes de Londres, París y Constantinopla, no quiso nunca encontrarse en una posición incómoda con San Petersburgo. Rusia era la principal proveedora de trigo de España y, si bien no existían oficialmente relaciones diplomáticas, se mantenía las comerciales a través de un consulado español en Odessa⁷.

En un último intento de conciliación, a finales del mes de enero de 1854, Napoleón III envió una carta personal al zar, que le contestó altivamente: “*Rusia se mostrará en 1854 como lo hizo en 1812*”. A partir de entonces, mientras la prensa británica divulgaba que la derrota naval otomana era considerada por el primer ministro Palmerston como propia, los preparativos para la guerra se consolidaron. Austria, contra las esperanzas rusas, se declaró neutral, exigiendo al zar la evacuación de las provincias danubianas que había invadido, mientras Prusia emite débiles quejas contra las ambiciones británicas. España comenzó a temer dificultades para conciliar su deseo de estar presente en la zona -justificada por la defensa de sus ciudadanos católicos- con su política de neutralidad, sin renunciar a los beneficios comerciales que de esta situación pudieran resultar. Neutralidad, no obstante, no declarada oficialmente, lo que

⁶ La importancia de la cuestión religiosa es clave para entender la guerra de Crimea, calificada como “la última cruzada” por Orlando Figes en su estudio anteriormente citado. Como ha señalado Jordi Canal, aunque con el paso de los meses tendiera a olvidarse, el conflicto comenzó con la disputa en Tierra Santa entre católicos y ortodoxos por el control de las iglesias del Santo Sepulcro de Jerusalén y de la Natividad de Belén. Y es que numerosas pasiones religiosas acumuladas se encontraban en la base de ciertos problemas del siglo XIX. Todos los países participantes llevaron en un momento u otro la religión a los campos de batalla. Para el zar Nicolás I se trataba, en concreto, de una guerra religiosa, de una guerra santa para liberar a los ortodoxos del dominio musulmán. El escritor Dostoievski calificó la guerra de Crimea, en este mismo sentido, como “la crucifixión del Cristo ruso”. En este marco internacional, la posición española no resultó anacrónica, como una lectura simplista y presentista la calificaría en nuestros días. Y es que el presentismo, desgraciadamente, ejerce una influencia todavía notable en nuestra Historia contemporánea como denuncia Guillermo GORTÁZAR (ed.), *Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la Historia*, Madrid: Unión Editorial, 2017.

⁷ Luis MARIÑAS OTERO, “España ante...”, p. 420.

lord Howden, ministro plenipotenciario británico en Madrid, recordó al gobierno español a comienzos del mes de marzo. Se le contestó asegurando que España mantendría la neutralidad escrupulosamente⁸.

En varias cartas que Eugenia escribió a su hermana, duquesa de Alba, se desveló que su marido había quedado tan absorbido por la llamada Cuestión de Oriente, que había decidido encerrarse en su gabinete con sus ministros, rodeado de notas y correos, sin tiempo siquiera para almorzar con la emperatriz⁹. No obstante, ella se encontraba cada vez más al corriente de las posiciones oficiales, de las últimas negociaciones secretas. Y en sus actividades sociales -como el baile de mascarás del 18 de febrero con más de seiscientos invitados-, en sus conversaciones con los diplomáticos y políticos, procuró desarrollar el disimulo, negándose a manifestar cualquier opinión personal, directa o efectiva, que constituyera una indiscreción, desde que había sido conocido su apoyo a los católicos de Oriente. Ningún agente extranjero debía acusarla de indiscreta por revelar secretos oficiales o de opinar sobre asuntos que no le eran propios como esposa del emperador¹⁰. Eugenia, en sus cartas a su hermana, se mostró muy inquieta por la inminencia de la guerra, la cual le preocupaba.

“Dentro de unos días salen las tropas. No te puedes figurar el efecto que hace de pensar que esos hombres robustos, llenos de vida, que marchan llenos de esperanza, no volverán, muchos de ellos, a ver su patria ni su familia.

Te aseguro [desde aquí en francés] que cuando considero la guerra bajo este punto de vista, me da horror y que siento cada soldado como si fuese mi propio hijo. Sin embargo, estoy contenta de la guerra, pues al punto a que habían llegado las cosas es un bien.¹¹”

⁸ María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española...”, p. 94-98.

⁹ “*Mi marido me encarga te dé también los días; pero, como te puedes figurar, no tiene tiempo ni para almorzar, con los asuntos de Oriente. Yo he tenido también mucho que hacer estos días y lo que te puedo asegurar es que no son cosas divertidas*”. Carta fechada el 25 de enero de 1854, en *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*. Prólogos del duque de Alba y de Gabriel Hanotoux. Guión biográfico, comentarios y notas de Félix de Llanos y Torriglia. Traducción de Fernando Paz. Barcelona: Iberia, 1944, p. 160.

¹⁰ La discreción política de Eugenia es tema debatido por varios historiadores, ya que su capacidad de discernir formó parte de su imagen pública y, para bien o para mal, de la pareja imperial. Smith, citando las memorias del embajador de Austria, señala que la emperatriz mantenía más fácilmente la prudencia en los actos oficiales y de etiqueta, pero cuando se relajaba el ambiente que la rodeaba, se hacía más íntimo y amistoso, era incapaz de mantener una actitud distante y altiva, puesto que no le parecía indispensable. Para Des Cars, en cambio, Eugenia manejó los tiempos, las distancias y las palabras en numerosas ocasiones, confundiendo al propio embajador austriaco por esos años. William SMITH, *Eugenia...*, p. 69-70, cita las memorias del conde HUBNER, *Neufs ans de souvenirs d'un ambassadeur d'Autriche à Paris*, París: Plon, 1904; Jean DES CARS, *Eugenia de Montijo...*, p. 183-191.

¹¹ Carta a la duquesa de Alba, 22 de febrero de 1854. *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 163.

Como se señala, estas últimas líneas las redactó en francés, aunque luego pidió perdón por mencionar esta atmósfera a su hermana, a quien le disgustaba la política¹². Mientras tanto, en Europa la tensión internacional aumentaba diariamente y el día 27, París y Londres enviaron un ultimátum a Moscú, en un momento en que las dificultades internas eran graves, ante la insuficiencia de la última cosecha de trigo.

El 12 de marzo, Francia y Gran Bretaña prometieron al sultán el envío de un ejército, pero, al mismo tiempo, Napoleón III anunció medidas de apoyo frente al desabastecimiento de trigo -como había escrito Eugenia a su hermana-, entre las cuales destacaron una subida de salarios y la creación de sociedades de crédito. El día 27, el ministro de Estado leyó ante el Cuerpo Legislativo la declaración de guerra a Rusia y, al día siguiente, Gran Bretaña hizo lo mismo. A principios del mes de abril, los emperadores recibieron en las Tullerías al duque de Cambridge, primo de la reina Victoria, y a lord Raglan, general en jefe del ejército británico, el cual estaba formado por 25.000 soldados que, junto a los 30.000 franceses, se dirigieron hacia los Dardanelos. Los principados rumanos fueron abandonados por el ejército del zar, lo que aprovecharon turcos y austriacos para ocuparlos. De esa manera, los objetivos oficiales de la guerra fueron alcanzados en poco tiempo: los principados volverían a dominio otomano y el Imperio ruso quedaba derrotado. Pero ni Londres ni París deseaban finalizar de esta manera el conflicto, ya que los británicos buscaban acabar con la influencia rusa y los franceses alcanzar una gran victoria con la que coronar la guerra, justificar el esfuerzo nacional y consolidar el régimen imperial. Ésta debía de continuar, aun con la disconformidad de Viena¹³.

El 4 de septiembre de 1854, las tropas francesas se embarcaron hacia la península de Crimea, el siguiente objetivo de los aliados, en el mar Negro. Días más tarde, se logró una gran victoria sobre los rusos en la batalla del río Alma que animó a las tropas franco-británicas a avanzar sobre la ciudad de Sebastopol, donde comenzaron a sitiarse. En Francia, Napoleón III presidió maniobras militares donde participaron más de 70.000 soldados. Eugenia tomó parte en los movi-

¹² En otra misiva también aludió a esa opinión de su hermana. “*Como no hablo más que de cosas serias, me he hecho seria también. Me dan tantos consejos, que yo, de rechazo, te los doy a ti, y puedes darte por satisfecha de que no te hable de la cuestión de Oriente!!!*”. Carta a la duquesa de Alba, fechada como “primavera de 1854”. *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 164.

¹³ El 4 de abril de 1854, Gran Bretaña, Austria, Prusia y Francia firmaron el protocolo de Viena por el que se comprometían a estudiar la forma de frenar el conflicto, manifestando su voluntad de lograrlo con el mantenimiento territorial del Imperio Otomano, la evacuación de los principados rumanos y la consolidación de los derechos religiosos y civiles de los súbditos cristianos del sultán. El 10 de abril Francia y Gran Bretaña firmaron otro por el que ambas potencias se obligaban a lograr las garantías para evitar la repetición de las complicaciones que habían ocasionado la presente crisis. María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española...”, p. 103.

mientos de caballería -en lo que llamó “pequeña guerra”- que llegaron a agotarla, como escribió a su hermana:

“La pequeña guerra ha sido soberbia; pero yo estaba medio muerta: he pasado casi siete horas a caballo, lo que era demasiado no habiendo montado desde hacía casi un año. Pero una vez principiado había que llegar al fin, y como veía las caras simpáticas de los soldados mirarme sonriendo, cuando pasaba, me sentía bien pagada por mi cansancio.¹⁴”

Tras la batalla de Balaclava, el frente de trincheras se consolidó sin avances, con la esperanza de Moscú de que, al igual que en 1812, el invierno ayudara a las tropas rusas en detrimento de los invasores. En París, la oposición al régimen anunció la disolución del mismo, pues “*el imperio era la derrota*”. El escritor Víctor Hugo comentó que el emperador comenzaba su reinado en 1812, cuando declinó el de su tío. Por su parte, la emperatriz decidió ayudar en tareas de intendencia, al igual que numerosas mujeres de la época, ya que era un espacio que el poder masculino cedía con facilidad en los casos de guerra. Eugenia se afanó, junto al ministro de la Guerra, en organizar el envío a los soldados franceses de 100.000 cinturones de franela, 60.000 capotes con capucha, 15.000 gabanes de piel de cordero, zapatillas y guantes de lana para el temido invierno.

El 3 de diciembre, Napoleón III recibió un telegrama, desde la embajada francesa en Viena, donde se aseguraba que el emperador de Austria estaba considerando seriamente la declaración de guerra a Rusia y su entrada en el conflicto bélico. El embajador austriaco mostró su contento y apoyo abrazando a Eugenia, lo que provocó su asombro. Sin embargo, el representante de Viena desconocía que la emperatriz iba a aumentar su implicación en la guerra de Crimea con una acción secreta y muy delicada: el proyecto de reunir una legión de voluntarios españoles que debía unirse a las tropas aliadas.

LA EMPERATRIZ Y SUS DESEOS DE POTENCIAR LA IMAGEN DE ESPAÑA

Eugenia se mostró muy preocupada, en sus cartas a los duques de Alba, por la situación española, sobre todo tras el movimiento revolucionario del verano de 1854. El mismo tuvo dos tiempos: una revuelta liberal-moderada, acaudillada por Leopoldo O'Donnell, con la intención de acabar con un gobierno del conde de San Luis, acusado de corrupción, y evitar la llegada al poder de los liberales progresistas. Ese proyecto giró en torno a un pronunciamiento -la Vicalvarada de 28 de junio- que fracasó y que concluyó con el Manifiesto de Manzanares el 7 de

¹⁴ Carta a la duquesa de Alba, Boulogne, 25 de septiembre de 1854. *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 169.

julio que, entre otras interpretaciones, constituyó una llamada a los progresistas. La segunda fase giró en torno, precisamente, al protagonismo de éstos últimos que recogieron el guante, sucediéndose en las siguientes semanas alzamientos provinciales y urbanos, que exigieron el nombramiento del general Espartero como presidente del gobierno. De esta manera, los acontecimientos que se habían desencadenado inicialmente para evitar una revolución progresista, acabaron por dirigir la desembocadura del poder hacia ese partido político. Para Eugenia, la situación era grave:

“No hay que hacerse demasiadas ilusiones; España pasa por un momento decisivo del que sólo puede resultar: o su salvación por la revolución, o su pérdida total por la división de todas las provincias, movida cada una por un partido diferente.

Lo que más me asusta de tu carta es el llamamiento a don Ramón¹⁵: están las cosas demasiado avanzadas para que, ni él mismo, las detenga. Se desgastará en esfuerzos impotentes.

Para salvar la situación habría que ir más deprisa que la misma revolución: ser más liberal que la Constitución, para alejar de todo el mundo la idea de absolutismo, que tanto ha espantado al país.¹⁶”

¿Eran ideas de Eugenia o los consejos de su marido? Lo cierto es que la carta no fue dirigida a su hermana sino a su cuñado, lo que resulta significativo. Jacobo Fitz-James Stuart (1821-1881), XV duque de Alba, había contraído matrimonio en Madrid, el 14 de febrero de 1848, con María Francisca Palafox Portocarrero y Kirk Patrick, XII duquesa de Peñaranda y hermana mayor de Eugenia de Montijo, con la que tuvo tres hijos. Al ser elegido diputado por el Partido Moderado, en varias ocasiones, su círculo de conocidos y amistades políticas resultaba apreciable para la emperatriz¹⁷. Incluso, tal vez deseaba que el duque comunicara esas ideas a la propia reina Isabel II y a su círculo cortesano, al que tenía acceso como Grande de España, puesto que había llegado hasta París el rumor de que los revolucionarios podían plantear un cambio de dinastía, aunque Eugenia se preguntaba de dónde provendría la nueva.

¹⁵ Alusión a Ramón María Narváez, general y líder del Partido Moderado, que había gobernado y sostenido el trono en los difíciles años 40. En esa misma carta, sugiere que Narváez podría volver al poder, pero más tarde, confiando en su comprensión de los hechos y prudencia, lo que efectivamente ocurriría después, el 12 de octubre de 1856. Su mejor biografía es la de Ramón SALCEDO OLID, *Ramón María Narváez (1799-1868)*, Madrid: Homolegens, 2012.

¹⁶ Carta al duque de Alba, 18 de julio de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 166.

¹⁷ Fue diputado en las elecciones de 1846 y 1850 por La Coruña, y en las de 1851, 1853 y 1857 por Madrid. Congreso de Diputados, índice histórico de diputados, www.congreso.es, consultado el 17 de febrero de 2020.

“Después de todo, más vale la reina; su situación, si la quiere comprender, es de permanecer reina constitucional, en toda la acepción de la palabra, sin la menor sombra de poder, y procurar gobernar el país con dos Cámaras, calçadas de Inglaterra, y un Ministerio responsable.¹⁸”

Un sabio consejo para la supervivencia de Isabel II en el trono. Crítica con la figura del presidente del gobierno, conde de San Luis y sus ministros, cuya actuación había llevado a la revolución, Eugenia aconsejó a su cuñado que, junto a otros miembros de su partido, se prepararan para competir en las elecciones que, inevitablemente, vendrían en algún momento. Su único consuelo era que España estaba geográficamente situada de tal manera que, a pesar de sus continuas revueltas políticas, no podía ser invadida ni repartida, como había ocurrido, según escribió en esa misma misiva, con Polonia. Aseguró al duque de Alba que su marido compartía su opinión y no deseaba mezclarse en los acontecimientos españoles.

Finalmente, si bien el papel de O'Donnell como sublevado no fue demasiado brillante, aún contaba con partidarios en la capital que podían esgrimir el hecho de ser el autor de la primera iniciativa de la revolución de 1854, y, sobre todo, dispuso de una baza que resultaba imposible ignorar: la fidelidad de la mayor parte de los mandos militares. Incluso los oficiales moderados tuvieron que aceptar su presencia en el gobierno, si no querían un monopolio absoluto de los progresistas. La ayuda que no tuvo O'Donnell en la Vicalvarada fue apreciada por Espartero y, en un gesto calculado, el día que volvió su compañero de armas a Madrid, le recibió efusivamente, saliendo ambos en un balcón de la Puerta del Sol, fundidos en un abrazo. A partir de entonces, acudieron a muchos actos juntos, dando la sensación de una diarquía, comenzando la prensa a tildarles como los “dos cónsules”.

Comenzó de esta manera el Bienio Progresista (1854-1856) que se asentó sobre una llamativa inestabilidad ministerial, que derrumbaba gobiernos y ministros con preocupante celeridad. Espartero volvió a cometer los mismos errores que caracterizaron su anterior regencia: se desembarazó de los principales líderes del progresismo y creó gabinetes de mediocridades fieles, aunque nombró ministro de la Guerra a Leopoldo O'Donnell. Le había ofrecido la capitánía general de Cuba en primer lugar, luego el ministerio de Estado y, tras su rechazo, el de Marina, pero finalmente, entendiendo mejor sus negativas, no tuvo más remedio que concederle lo que no deseaba entregarle: el control del Ejército¹⁹.

El 12 de diciembre de 1854, la emperatriz Eugenia escribió al duque de Alba

¹⁸ Carta al duque de Alba, 18 de julio de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 166.

¹⁹ Antonio Manuel MORAL RONCAL, *O'Donnell, en busca del centro político*, Madrid: Gota a gota, 2017, p. 69-71.

una carta donde se deduce que hacía semanas que le había encargado una misión cerca, precisamente, del ministro O'Donnell: conocer su disposición ante la posibilidad de enviar un cuerpo militar de voluntarios a la guerra de Crimea. Idea cuya autoría se adjudicó, aunque se enmarcaba en la alianza franco-británica. Napoleón III reveló a su esposa que el premier lord Palmerston, preocupado por el impasse del sitio de Sebastopol y por la necesidad de enviar refuerzos militares, había pensado en solicitar al reino de Piamonte-Cerdeña el envío de tropas, e incluso de voluntarios suizos, lo cual resultaba más improbable, teniendo en cuenta que sus contingentes eran pagados por Londres. Tanto para la reina Victoria como para el César francés, la guerra contra Rusia no era tan sólo un compromiso lejano para retrasar fronteras geográficas o ampliar el territorio: era un conflicto bélico europeo contra un imperio que mantenía bajo su tutela a unas poblaciones que deseaban librarse de la misma, facilitando su liberación, bajo nuevas ideas de generosidad y de justicia. Como señala Jean de Cars, el terreno favorito de Napoleón II era el de las ideas²⁰, por lo que en sus discursos no dejaba de insistir en la lucha en nombre del derecho de los pueblos, es decir, en la extensión del nacionalismo, que había nacido en Francia bajo la revolución de 1789. Eugenia, ante la propuesta británica, reaccionó preguntándose sobre la posibilidad de solicitar esa ayuda militar a su propia patria:

“Entonces se me ocurrió decir: ¿Y por qué no en España? Los soldados son allí sobrios y valientes y no dudo que harán su papel, al lado de los nuestros. La idea agradó al emperador; habló de ella a Lord Palmerston, que la aprobó (...).²¹”

Napoleón III encomendó a su esposa el sondeo del gobierno español, con la mayor discreción, para que la empresa conservase un carácter oficioso, pero no oficial, al menos hasta saber la acogida que tendría la idea. Una misión arriesgada porque, por una parte, España todavía se resarcía de la situación revolucionaria del verano, plena de pronunciamientos y sublevaciones pero, por otra parte, resultaba necesario actuar rápidamente, teniendo en cuenta que si bien los corresponsales de prensa franceses en Crimea estaban sometidos a censura por su gobierno, no lo eran los británicos, que no dejaban de denunciar las penosas condiciones de los soldados, atrincherados y estancados en un conflicto para el cual muchos no se encontraban preparados, ni la misma opinión pública inglesa.

Para contactar con algunos ministros, Eugenia actuó sin necesidad de viajar a Madrid, confiando en que su cuñado tantease sobre la disposición de ánimos de O'Donnell, ministro de la Guerra, en caso de presentarse la oferta de ayuda

²⁰ Jean DES CARS, *Eugenia de Montijo...*, p.186-190.

²¹ Carta al duque de Alba, 12 de diciembre de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 171.

de forma oficial. La misión no debía dejar ningún rastro documental, por eso le dijo al duque de Alba: “*Puedes leer mi carta a O’Donnell, pero a él solo, y luego puedes quemarla o guardarla, como quieras, pero no se la dejes; léesela tú*”¹. Además, Eugenia le pidió que el gobierno español no comunicara nada de esta propuesta a los embajadores británico y francés, pues no deseaba que pensaran que había ido más lejos de lo que debía.

Los principales motivos que la llevaron a obrar de esa manera, según sus propias palabras, fueron su profundo cariño hacia España y su sufrimiento al comprobar su caída a la posición de tercera potencia. No culpaba a nadie en especial, ni se sentía inclinada a favorecer partidos, pero se debía ser realista en esta cuestión. Hasta el más pequeño estado alemán se había manifestado públicamente ante la cuestión de Oriente, pero ningún gobierno europeo había reclamado la opinión española. Efectivamente, había sido así, pero ya el marqués de Viluma, embajador en París, había señalado, el año anterior, que ese desdén diplomático podía ser una baza interesante, pues permitía a España mantener una postura de alejamiento y neutralidad².

“¿Teméis una intervención? Debéis temer más bien el olvido profundo en que os deján. No tenéis voz ni voto: ya no estáis en la segunda categoría: habéis descendido a la tercera, porque en 1814 todavía representabais algo. Vuestro representante se ocupaba, como los demás, de las cuestiones de Europa³. Ahora, ya ves, ni os piden vuestra opinión; pero mientras tanto los periodistas españoles gritan contra una intervención imaginaria, en tanto que otros se regocijan de poder hacer el diablo a cuatro miembros mientras que Europa entera está ocupada en otras cosas.”⁴

Eugenia, a continuación, desveló a su cuñado que, realmente, lo que deseaba era que los soldados españoles lucharan al lado de la bandera de Francia, pues, en su opinión, el orgullo nacional se rebelaría ante la idea de convertirse en mercenarios a sueldo de los británicos. Por ello, había aconsejado a Napoleón III que invitara al gobierno español a firmar una alianza, en pie de igualdad con otras grandes potencias. Y apun-

¹ *Ibid.*, p. 173.

² Viluma, a pesar de su oposición a que España se viera implicada en el conflicto, reflexionó sobre la posibilidad de que tanto Napoleón III como lord Palmerston solicitaran la colaboración española. Sería entonces, si se considerase oportuno, el momento de acceder, en su opinión, pero no sin antes pedir una declaración de mutua garantía de todas las posesiones ultramarinas a las tres potencias aliadas. De esa manera se garantizaría la defensa de Cuba y merecería algún sacrificio la entrada en guerra. Archivo General de la Administración [AGA], fondos de AMAE, Turquía, Política, leg. 2692, informe del marqués de Viluma, 31 de octubre de 1853. Citado por María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española...”, p. 90.

³ Alusión al marqués de Labrador, representante diplomático de España en el Congreso de Viena (1814-1815).

⁴ Carta al duque de Alba, 12 de diciembre de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 172.

tó, “*si firma España, ya no será ella sola la que tendrá que defender a Cuba, sino todos nosotros, porque la firma nos compromete*”. Con ello, ganaría más de lo que expondría, aumentaría su influencia y crédito internacional, ya que se la tendría en cuenta en el concierto de las potencias. Con ello, la emperatriz ponía el dedo en la llaga: efectivamente, lo que más preocupaba a la diplomacia española, en materia exterior, era la defensa de los restos del imperio en el mar Caribe. Se conocía y se temía el expansionismo norteamericano sobre Cuba, que había mostrado sus intentos de anexión de la isla -o al menos de ayuda a la sublevación de los nativos- permitiendo acciones filibusteras desde los puertos del sur estadounidense. La mayoría se habían rechazado a costa de una fuerte represión, que había provocado la denuncia de la misma por la prensa europea. España intentaba defender Cuba y Puerto Rico manteniendo una diplomacia favorable con Gran Bretaña y Francia, de forma equilibrada, pues también eran conocidas las ambiciones británicas sobre esas islas. Tanto moderados como progresistas se mostraron de acuerdo en esta defensa de las Antillas. En este sentido, Eugenia aseguró a su cuñado que el gobierno español no debía temer una repetición de la guerra de la Independencia o la llegada al trono de San Fernando de la dinastía Bonaparte. Su marido deseaba -le aseguró- el bien de España, comprometiéndose sobre todo si su concurso podía arrastrar también el del gobierno británico.

“Pero ese es un sueño que tal vez no se realice: sois demasiado desconfiados: no podéis comprender que pasaron ya los tiempos de tener celos de España, y que se la tiene benevolencia porque ya no se la teme.”⁵”

Finalmente, la emperatriz aconsejó que, en caso de que el plan fuera aprobado, no se hiciera un mal papel en Crimea, por ello se debía cuidar el envío de soldados, y sobre todo de oficiales, que dejaran bien alto el pabellón nacional⁶. Lo que ella ignoraba era que, antes de su propia iniciativa, la idea había sido ya presentada, en el mes de noviembre de 1854, por el ministro de Relaciones Exteriores británico, lord Clarendon, al embajador español, Antonio González y González, marqués de Valdeterrazo, miembro del Partido Progresista. Clarendon le comunicó que, tras la batalla de Inkerman -victoria aliada lograda el día 5 de noviembre- el ejército británico había quedado bastante reducido y necesitaba, en consecuencia, realizar importantes reclutamientos⁷. Los refuerzos que salían de Gibraltar, Malta y las

⁵ Carta al duque de Alba, 12 de diciembre de 1854, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 172.

⁶ También recomendó a su cuñado que no la respondiera mediante un correo urgente cifrado, pues eso sólo conseguía llamar la atención de los descifradores y espías. *Ibidem*.

⁷ No era la primera vez en que se realizaba una petición británica, que rompía la rigidez de la neutralidad española. A mediados de 1854, lord Clarendon había solicitado autorización a Madrid para comprar un importante número de mulas con destino al ejército en Crimea. Por ese motivo llegó a España una comisión militar para realizar la adquisición de las mismas y su embarque. Como ello se quebraba, a ojos del capitán general de Cataluña, la postura oficial de neutralidad, por lo que consultó el asunto con el recién estrenado gobierno revolucionario progresista que ordenó

islas Jónicas resultaban insuficientes, por lo que se necesitaban más hombres. Por ello había pensado en buscar apoyo entre países amigos como España. Clarendon afirmó que, conociendo las dificultades por las que España atravesaba tras la revolución de julio, en caso de no poder participar directamente, sería de gran utilidad para el gobierno británico que se le permitiese reclutar 10.000 españoles, a los que dotaría de uniformes y armamento a su costa para enviarlos, con oficiales españoles, al frente de Crimea. El embajador español contestó negativamente a tal petición, aduciendo que España se había visto obligada a reducir su ejército y a concentrar sus esfuerzos en asuntos interiores que favorecieran la estabilidad, como posibles maniobras de alzamientos carlistas que, se sospechaba, pudieran tener apoyo ruso. La reducción de las fuerzas armadas era consecuencia de la victoria revolucionaria y de las promesas de ascensos y condecoraciones realizadas por O'Donnell a todos los oficiales que le habían apoyado, así como de la reducción a dos años del servicio a la tropa, lo que había sido aprobado por un decreto del mes de agosto. El resto de fuerzas militares resultaban vitales para la defensa de sus dominios, por lo que, debido a esta serie de circunstancias, España no podía participar en esa recluta, que rompía claramente su postura de imparcialidad, aunque fuera una neutralidad favorable a los aliados, cuya victoria sería apreciada por el gobierno español⁸.

El proyecto de la emperatriz fracasó como la presión británica. La prensa española, especialmente *La Época* y *La España*, lo difundieron en sus páginas, llegando a ser de conocimiento público, no por indiscreción del duque de Alba ni de Eugenia -como ella llegó a temer- sino del embajador francés, marqués de Turgot, que también trató del mismo con el ministro de Estado, el cual lo llevó al consejo de ministros⁹. El gabinete español concluyó que, si se solicitara oficialmente la autorización de la recluta, se contestase negativamente, alegando que ni la milicia nacional, ni los alistamientos para luchar contra los insurgentes americanos, ni la recluta realizada con motivo de la expedición a los Estado Pontificios en 1849 habían logrado nunca un considerable número de voluntarios. El 7 de enero

que se dieran a los comisionados ingleses todas las facilidades para cumplir su misión. Meses más tarde fueron caballos lo que el gobierno británico se propuso adquirir en España pero, esta vez, la petición no fue aceptada, ante la escasez de los mismos para abastecer al propio ejército español. Asimismo, Londres solicitó a Madrid que no permitiera la cotización del nuevo empréstito ruso, en unos momentos en que su economía atravesaba serias dificultades, en agosto de 1854. María Teresa MENCHÉN, "La neutralidad española...", pp. 108-109.

⁸ En el mes de julio de 1854, España había tomado una decisión que confirmaba su inclinación hacia los aliados. Invitada confidencialmente a firmar un tratado firmado por Estados Unidos y Rusia en relación con los derechos de los neutrales en torno al comercio internacional, Madrid renunció basándose en la ausencia de relaciones diplomáticas con una Rusia que no había aun reconocido oficialmente a Isabel II. *Ibid.*, p. 110.

⁹ No obstante, no existe ninguna anotación o conclusión en las actas del mismo entre noviembre de 1854 y junio de 1855. *Actas del Consejo de Ministros. Isabel II y la Primera República*, tomo X, Madrid: Ministerio de la Presidencia, 1996.

de 1855, la emperatriz escribió al duque de Alba agradeciéndole sus gestiones, aunque fueran finalmente infructuosas en España: “*las envidias rateras la hacen siempre perder los grandes medios de salvación del país*”¹⁰. Tal vez Eugenia hubiera deseado que en España hubiera habido un Cavour que se hubiera dado cuenta de la decisiva apuesta política que suponía, a nivel internacional, entrar en la coalición de los aliados.

Jean de Cars, William Smith y, más recientemente, Maxime Michelet han analizado las intervenciones de la emperatriz Eugenia enmarcándolas en su labor como consejera, promovida y aceptada por el propio Napoleón III, que no menospreció la posibilidad de lograr la intervención española mediante cualquier medio, incluso con aquellos al alcance de su esposa¹¹. Por el contrario, Nancy Nichols Barker menospreció la actuación de Eugenia, sugiriendo que su marido había aceptado que escribiera al duque de Alba simplemente para complacer a su esposa, como un capricho más que le concedía. De esa manera, consideró esta gestión como uno más de los fracasos personales de la emperatriz en política exterior y de sus esfuerzos por reforzar el régimen isabelino en España¹². Visiones que, no obstante, todas ellas tiene en común la falta de investigación profunda en los archivos diplomáticos españoles, que explican mejor la continua negativa de Madrid a romper la neutralidad ante las presiones tanto de Francia como de Gran Bretaña, independientemente de su origen¹³.

Por otra parte, cabe recordar que su fracaso no significó que no participaran españoles en las fuerzas militares aliadas, pues unos 900 se alistaron en el primer y segundo regimiento francés de extranjeros, que llegaron a sumar 4.500 soldados. La mayoría eran carlistas exiliados, con experiencia bélica, pero cuya situación de pobreza les llevó a aceptar su alistamiento. Participaron en las batallas de Alma y en el sitio de Sebastopol¹⁴.

¹⁰ Carta al duque de Alba, 7 de enero de 1855, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 174.

¹¹ Maxime MICHELET, *L'imperatrice Eugénie: un vie politique*, París: Cerf, 2020.

¹² Nancy Nichols BARKER, *Distaff diplomacy. The empress Eugénie and the Foreign Policy of the Second Empire*, Austin: University of Texas Press, 1967, p. 119-121. Agradezco a Alejandro Espejo su aviso sobre la existencia de este estudio.

¹³ Barker analizó la documentación de las relaciones diplomáticas franco-españolas durante la guerra de Crimea, existentes, en aquella época, en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid. Pero no investigó los conservados en la secciones de Turquía y Gran Bretaña, dentro del mismo archivo, que contienen numerosa documentación sobre la guerra de Crimea y la posición española, como si analizó María Teresa Menchén en su artículo.

¹⁴ Analizan este hecho José Enrique LÓPEZ JIMÉNEZ, “Españoles en la guerra de Crimea”, *Ejército*, 834 (2010), p. 104-109; Juan PANDO DESPIERTO, “Españoles en Oriente: campañas del Danubio y Crimea”, *Revista de Historia Militar*, 62 (1987) p. 93-148.

PRESIONAR HASTA EL FINAL

Como había deseado Lord Palmerston, el reino de Piamonte-Cerdeña se incorporó a los aliados contra el Imperio ruso, en pie de igualdad, en enero de 1855. Su alianza supuso el envío de 15.000 soldados al frente de Crimea. Turín esperó conseguir el apoyo de las otras potencias a sus deseos expansionistas en la península italiana, pues su incorporación a la alianza había servido de intimidación al Imperio austriaco. Sin embargo, Francia y Gran Bretaña, secretamente, aseguraron a Viena que si les apoyaba contra Rusia, se opondrían a los planes sardos sobre Italia. El 21 de noviembre sería Suecia quien declararía la guerra al zar.

El ministro de Relaciones Exteriores francés, aprovechando la incorporación sarda, intentó presionar al gobierno español para que entrara en la guerra, manifestando la buena voluntad de París a las peticiones de Madrid, frente a la falta de aspiraciones y decisión de la política exterior española. Se le respondió solicitando mayores garantías, con la firma de un tratado, sobre las posesiones ultramarinas. Tal vez como consecuencia de la entrada del Piamonte, el gobierno español, en el mes de febrero de 1855, se planteó el envío de 20.000 soldados a Oriente, al mando del general Zabala, como se desprende de la documentación diplomática. Pero, nuevamente, se mantuvo la neutralidad española, pues nada se apuntó en las actas del Consejo de Ministros.

Por aquel tiempo, Napoleón III y Eugenia planearon presentarse en Constantinopla y, desde allí, navegar hacia Crimea, para hacerse presentes ante los soldados que peleaban bajo pabellón francés. Un Napoleón debía ir, por tradición, al frente. Los ministros, sin embargo, no se mostraron en absoluto de acuerdo: el régimen imperial apenas tenía unos años, no se contaba con un heredero directo y la vida del emperador no podía arriesgarse ni dejar París sin su presencia, lo cual podía impulsar las conspiraciones revolucionarias. El senador Próspero Mérimée, amigo de la familia Guzmán, aconsejó a Eugenia y a su madre que no se hiciera realidad ese peligroso viaje. El 22 de marzo, la emperatriz escribía a su hermana esperanzada, pues pensaba que en el mes siguiente embarcaría hacia Oriente¹⁵. Sin embargo, Londres dificultó cuanto pudo ese viaje de los emperadores: si el soberano francés llegaba a Crimea, dirigía las tropas aliadas y vencía, confirmaría la criticada incompetencia de los generales británicos -denunciada por su propia prensa- y sería un Bonaparte el que aparecería a la cabeza de las fuerzas inglesas. Por ello, la reina Victoria invitó a los emperadores a Londres en el mes de abril, que tuvieron

¹⁵ Carta a la duquesa de Alba, 22 de marzo de 1855, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 175.

que corresponder en agosto con otra invitación, por lo que finalmente el viaje a Crimea no se realizó.

En el mes de julio, el ministro de la guerra, O'Donnell envió una segunda comisión de observadores cerca de los aliados -tras la dirigida por Prim- dos de los cuales, oficiales de ingenieros, capitán Tomás O'Ryan y teniente Andrés Villalón presentarían un informe a sus superiores titulado *Memoria sobre el viaje militar a la Crimea*¹⁶. A finales del mismo mes, con motivo de la estancia de Napoleón III en Biarritz, el gobierno español decidió enviar al general Juan Zabala de la Puente, ministro de Estado, para felicitarle. Al tratarse esta iniciativa en consejo de ministros, O'Donnell reveló a sus compañeros de gabinete que el embajador francés, nuevamente, le había presionado para que España interviniera en Crimea. Si bien eran "indicaciones confidenciales y amistosas, sin carácter oficial", los ministros volvieron a manifestarse contrarios al envío de un solo soldado, armas o dinero a esa guerra. Pero, como había que actuar con delicadeza, tanto O'Donnell como Alonso Martínez indicaron la necesidad de que Zabala actuara con sagacidad ante el emperador, si preguntaba sobre el mismo asunto. Dejaron muy claro su temor a que Francia y Gran Bretaña derribaran al actual gobierno, facilitando la formación de otro, al que creyeran capaz de prestarles la ayuda que el actual se negaba a conceder¹⁷.

Durante los meses de agosto y septiembre fue Gran Bretaña quien insistió de nuevo en la necesidad de la entrada de España en la alianza, pero las respuestas de Madrid fueron las mismas que en ocasiones anteriores. En esa época, la emperatriz Eugenia comentaba a su hermana:

"Hasta ahora, las noticias de Turquía son buenas: nada ha empezado, todo va muy despacio, pero es mejor así porque el primer golpe debe ser seguro. En fin, estamos en un momento bien decisivo, y yo querría verme ya en el año que viene, aunque esto me envejezca."¹⁸

En agosto, el ejército del zar sitiado en Sebastopol salió de la ciudad en busca de provisiones, pues los aliados habían destruido sus almacenes de reservas y

¹⁶ Tomás O'Ryan (1821-1902) fue agregado al cuartel general francés, asistiendo con otros compañeros, como el teniente coronel de artillería José López Domínguez, al sitio de Sebastopol, y concurrió a la batalla de Tchernáia (16 de agosto de 1855), al asalto a la torre de Malakoff (8 de septiembre) y a la toma de -Sebastopol, tras lo cual se le otorgó el rango de oficial de la Legión de Honor, caballero de tercera clase de la Orden Imperial de Medjidié, medalla de la reina de Gran Bretaña a los ejércitos de Crimea y el ascenso efectivo a coronel con fecha 11 de abril de 1856, tras un informe favorable del mariscal Pellissier al gobierno español. Su memoria fue editada en Madrid, en la imprenta del memorial de ingenieros en 1861, como se comprueba en AHN, Archivo de la Nobleza, Toledo, Mendigorria, CP 291, D 13.

¹⁷ Acta de 29 de julio de 1855, *Actas del Consejo de Ministros...*, p. 259-260.

¹⁸ Carta a la duquesa de Alba, julio de 1855, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 179.

el cañoneo de miles de proyectiles estaba destruyendo sus defensas y acabando con su moral. Sin embargo, no consiguieron su objetivo y fuerzas francesas derrotaron a 60.000 soldados rusos en el río Chernaya, cuyo objetivo era ayudar a los sitiados. El ánimo entre los aliados creció y aumentó optimistamente cuando se conoció que se había interceptado una carta del zar donde admitía la pérdida de la ciudad. Sebastopol fue abandonada por los rusos el 11 de septiembre. Se produjeron nuevas presiones británicas sobre la embajada española que no provocaron ningún cambio en la actitud del gobierno de Madrid, pese a que todas las potencias creyeron cercano el fin del conflicto. Sin embargo, el nuevo zar Alejandro II -Nicolás I había muerto el 2 de marzo- se negó a entablar negociaciones de paz hasta conseguir una ciudad que compensara la caída de Sebastopol, lográndolo con la toma de Kars en la Georgia otomana, el 22 de octubre. A comienzos de 1856 comenzaron las reuniones para acordar los términos de la paz entre las potencias, llegando al acuerdo y firma el 30 de marzo en París¹⁹.

Numerosos factores pueden explicar el mantenimiento de la posición defendida por España desde 1853. En primer lugar, las críticas de la prensa a la ruptura de la misma y al envío de tropas, teniendo en cuenta el deplorable estado de la Hacienda, la reducción de fuerzas militares, la posibilidad de enviar soldados bisoños mal entrenados al frente -siendo carne de cañón- que no podrían competir con los ejércitos extranjeros. En cuanto a material, la escasez era real, faltando una artillería moderna y medios adecuados de transporte. Todo ello, en tiempos de construcción de la Nación Liberal, dañaría la dignidad nacional, al tener que enviar soldados a expensas de otras potencias europeas, lo que convertiría -según la prensa de la época- a los soldados españoles en mercenarios, con una preparación tan deficiente que era motivo más que suficiente para no ser enviados. La prensa gubernamental -es decir, la progresista- observó con simpatía la causa de los aliados y su probable triunfo, pero manifestó su temor ante una posible intervención española. En todo caso, se podría enviar tropas que sustituyeran a las francesas que se encontraban protegiendo los Estados Pontificios, para que Napoleón III pudiera utilizar las propias en Crimea.

Además, los beneficios económicos también aconsejaron el mantenimiento de la neutralidad, punto en que coincidieron moderados y progresistas. No sólo

¹⁹ Durante esos meses, Eugenia tuvo que actuar como anfitriona de los plenipotenciarios reunidos en París para arreglar los términos de la paz, a pesar de faltarle sólo un mes para dar a luz al príncipe imperial. Como comentó a su hermana: “*temo que las comidas y los conciertos no me sienten muy bien, sobre todo faltándome sólo un mes para acabar. Es muy fastidioso estar siempre en público y no tener nunca derecho a estar enfermo*”. Carta a la duquesa de Alba, 14 de febrero de 1856, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 183.

la agricultura fue un sector beneficiado sino que también afectó a la inversión industrial y a la balanza comercial que fue favorable en el trienio 1853-1855. La guerra de Crimea provocó una gran exportación de cereales, dejando desabastecido el mercado interior. Por otra parte, la opinión pública española se mostró contraria a la entrada en guerra, ante la cruda descripción de la mala situación de los soldados aliados en el frente oriental que divulgó la prensa, copiando a la británica. En este sentido, el gobierno progresista decidió no jugarse su permanencia en el poder por una intervención bélica, aunque finalmente, según algunos historiadores lo hizo, al gestionar deficientemente la subida de precios del grano, la pérdida de poder adquisitivo de los grupos sociales humildes cuyos sueldos no crecieron al mismo ritmo, lo que provocó -entre otros factores- el final del Bienio Progresista²⁰.

El intento de la emperatriz Eugenia por impulsar a España al gran concierto de las potencias europeas, para ser considerada por el resto de cancillerías extranjeras como una nación que estaba resurgiendo de un periodo de crisis, le dejó el amargo sabor del fracaso. Sin embargo, tanto ella como su marido o los ministros británicos apenas comprendieron los motivos que llevaron al gobierno español a mantener hasta el final su neutralidad.

A partir de entonces, y tras la experiencia de la guerra de Crimea, Eugenia se mostró, en muchas ocasiones, a favor de la paz. Así ocurrió con ocasión de la crisis con Austria en 1859 y, durante la campaña franco-prusiana de 1870, durante la cual no dudó en escribir a sus sobrinos españoles “*¡Es espantosa la guerra!*”²¹.

BIBLIOGRAFÍA

- Actas del Consejo de Ministros. Isabel II y la Primera República*, tomo X, Madrid: Ministerio de la Presidencia, 1996.
- Nancy Nichols BARKER, *Distaff diplomacy. The empress Eugénie and the Foreign Policy of the Second Empire*, Austin: University of Texas Press, 1967.
- Jacques Olivier BOUDON (dir.), *La cour impériale sous le Premier et Second Empire*, Paris: SPM, 2016.

²⁰ María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española...”, pp. 115-117. Posteriormente, el eco de la cuestión de Oriente fue retomado ante el conflicto hispano-marroquí de 1859-1860, desde todos los puntos de vista, incluido el cultural como analiza María SALGUES, “Paseando por la dramaturgia de la guerra de Crimea: ¿un ensayo general de la guerra de África?”, *Historia y Política*, 29 (2013) p. 139-157.

²¹ En 1859, el conde Waleswski, ministro francés de Relaciones Extranjeras, en una conversación con el embajador austriaco, barón Hubner le reveló claramente que la emperatriz no era, en absoluto, partidaria de la guerra y que emplearía, en este sentido, toda su influencia sobre su marido para evitarla. Eugenia escribió a su hermana, el 8 de febrero de 1859, confirmando su posición pacifista ante la crisis con Viena por la cuestión de los territorios italianos. *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia...*, p. 216 y 281.

- Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*. Prólogos del duque de Alba y de Gabriel Hanotoux. Guión biográfico, comentarios y notas de Félix de Llanos y Torriglia. Traducción de Fernando Paz. Barcelona: Iberia, 1944.
- Jean DES CARS, *Eugenia de Montijo, la última emperatriz*, Barcelona: Ariel, 2003 .
- Emilio DE DIEGO, “La guerra de Crimea: la segunda gran remodelación internacional del ochocientos” en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis (dirs.), *La guerra en el arte*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2017, p. 585-611.
- Orlando FIGES, *Crimea. La primera gran guerra*, Barcelona: Edhasa, 2018.
- Francisco Javier GONZÁLEZ MARTÍN, “La guerra de Crimea y la Paz de París (1852-1856)”, *Historia* 16, 373 (2007) p. 78-97.
- Guillermo GORTÁZAR (ed.), *Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la Historia*, Madrid: Unión Editorial, 2017.
- conde HUBNER, *Neufs ans de souvenirs d’un ambassadeur d’Autriche à Paris*, París: Plon, 1904.
- José Enrique LÓPEZ JIMÉNEZ, “Españoles en la guerra de Crimea”, *Ejército*, 834 (2010), p. 104-109.
- Xavier MAUDUIT, *Le ministère du faste: la Maison de l’empereur Napoléon III*, Paris: Fayard, 2012.
- María Teresa MENCHÉN, “La neutralidad española ante la guerra de Crimea”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4 (1983) p. 79-117.
- Luis MARIÑAS OTERO, “España ante la guerra de Crimea”, *Hispania*, vol. 26, n. 103 (1966), p. 410-446.
- Maxime MICHELET, *L’imperatrice Eugénie: un vie politique*, París: Cerf, 2020.
- Antonio Manuel MORAL RONCAL, *O’Donnell, en busca del centro político*, Madrid: Gota a gota, 2017.
- Juan PANDO DESPIERTO, “Españoles en Oriente: campañas del Danubio y Crimea”, *Revista de Historia Militar*, 62 (1987) p. 93-148.
- Juan PRIM, *Memoria sobre el viaje militar a Oriente presentada al gobierno de Su Majestad*, Madrid: Imprenta de Tejado, 1855.
- Alfredo REDONDO y Daniel PIÑOL, “El general Prim en la guerra de Crimea, 1853-1854” en Francisco José Corpas et al. (dirs.), *La era isabelina y la revolución, 1843-1875. Actas de las XII Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Madrid: Cátedra general Castaños, 2009, p. 120-137.
- Ramón SALCEDO OLID, *Ramón María Narváez (1799-1868)*, Madrid: Homolegens, 2012.
- María SALGUES, “Paseando por la dramaturgia de la guerra de Crimea: ¿un ensayo general de la guerra de África?”, *Historia y Política*, 29 (2013) p. 139-157.
- Charles Éloi VIAL, *Les deniers feux de la Monarchie. La cour au siècle des révolutions, 1789-1870*, Paris: Perrin, 2016.
- William SMITH, *Eugenia de Montijo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990.



EUGENIA DE MONTIJO VISTA POR LA REALEZA DE SU TIEMPO. DE ARRIVISTA A EMPERATRIZ VENERADA

RICARDO MATEOS SÁINZ DE MEDRANO

EL 2 DE DICIEMBRE DE 1852 EL PRÍNCIPE Luis Napoleón Bonaparte, hasta entonces presidente de la Segunda República Francesa, proclamaba la creación del Segundo Imperio francés tras un golpe de estado que meses atrás ya había fortalecido los poderes del ejecutivo y disminuido los de las cámaras legislativas, generando con ello un sentimiento de perplejidad entre la vieja realeza europea algunos de cuyos miembros aún recordaban los años convulsos y revueltos en los que su tío, el gran Napoleón, había cambiado para siempre el mapa de Europa. Aquella dinastía de *parvenus*, los Bonaparte, volvía a jugar con fuerza en el gran tablero europeo y en breve el todo París de los influyentes y de los importantes iba a comenzar a especular sobre el necesario matrimonio del nuevo emperador, quien en sus años de juventud había manifestado su deseo de casarse con su prima hermana la princesa Matilde, hija de su viejo tío Jerónimo Bonaparte que décadas atrás había sido fugaz rey de Westfalia. Un temprano proyecto fallido en tiempos en los que el joven y aventurero príncipe aún intentaba avanzar en su carrera política y ahora, ya emperador y con Matilde ya casada y separada¹, buscar esposa entre la realeza en ejercicio era algo absolutamente necesario e indispensable para sentar dinastía y para legitimarles tanto a él como a su clan familiar, pues si sus primos Beauharnais habían sido muy bien aceptados en el mercado matrimonial europeo enlazando con los Romanov, los Braganza y la nueva dinastía real sueca, los Bonaparte habían llevado una política matrimonial más pobre en términos de rango

¹. La princesa Matilde Bonaparte estaba separada desde 1843 de su esposo el riquísimo príncipe ruso Anatole Demidoff di San Donato.



y más endogámica (varios matrimonios entre primos) que todavía les mantenía en una cierta periferia de las grandes e importantes redes de parentesco internacional. El *tout Paris* esperaba la elección de una princesa real.

Sin embargo, pocas casas reinantes se mostraban dispuestas a entregar sus hijas a un príncipe de rango cuestionable y de política autoritaria, y por tanto había que bajar un poco el listón. Así, la primera idea fue buscar candidata entre un puñado de familias de segundo orden, o bien venidas a menos o caídas en desgracia. La primera idea fue la princesa Carola Wasa, que aunque nieta del depuesto rey Gustavo IV Adolfo de Suecia contaba con la ventaja de ser nieta de una Beauharnais y, por tanto, sobrina en segundo grado del nuevo emperador². Carola, que era luterana y carecía de fortuna, se mostró inclinada a aceptar pero su padre el orgulloso príncipe Gustavo, a pesar de ser un príncipe sin tierra y con nulas esperanzas de recuperar el trono sueco³, dio una clara negativa a semejante propuesta por considerar a Bonaparte un mero *parvenu* y por preferir en su lugar al católico príncipe heredero Alberto de Sajonia.

Aquella negativa humilló a Napoleón III y le llevó a buscar un acercamiento político a la poderosa Inglaterra⁴, poniendo entonces sus ojos en la segundona princesa Adelaida de Hohenlohe-Langenburg cuyo principal atractivo era el ser sobrina de la reina Victoria de Gran Bretaña⁵. A ese efecto el conde Walewski⁶ fue enviado a Londres, donde recibió largas de la soberana británica quien por entonces consideraba a Napoleón un mero déspota y se mostraba muy renuente a emparentar con los Bonaparte. Londres quería evitar aquel matrimonio ganando tiempo en las negociaciones, a pesar de que desde Bruselas el rey Leopoldo I, tío tanto de Victoria como de Adelaida, contemplaba aquel matrimonio como una salvaguarda de los intereses de Bélgica frente al poderío francés. Por su parte el padre de la candidata, el príncipe Ernesto de Hohenlohe-Langenburg, se mostraba partidario de aquella unión siempre que a cambio pudiese llenar las vacías arcas de su casa principesca, muy arruinada desde la revolución de 1848⁷. Por

². El emperador era hijo de Hortensia de Beauharnais, y su prima segunda Estefanía de Beauharnais había casado en 1806 con el entonces gran duque heredero de Baden. Una de las hijas de Estefanía, la princesa Luisa de Baden, casó con el entonces príncipe heredero Gustavo de Suecia siendo madre de Carola.

³. Su padre el rey Gustavo IV Adolfo había sido obligado a abdicar en 1809 en favor de su tío el rey Carlos XIII, que al no tener hijos dio paso a que la corona sueca recayese en el general francés Jean Baptiste Bernadotte. Gustavo Wasa consiguió finalmente en 1829 el título de príncipe Wasa del emperador de Austria-Hungría.

⁴. Un acercamiento para el que contó con el apoyo del duque de Cambridge, primo de la reina Victoria, y del duque Ernesto II de Sajonia-Coburgo-Gotha, hermano del príncipe consorte Alberto.

⁵. Su madre, la princesa Feodora de Leiningen, era hermana de madre de la reina Victoria.

⁶. El conde Alejandro Florian Colonna-Walewski, hijo natural de Napoleón I y de la condesa María Walewska.

⁷. Los príncipes de Hohenlohe-Langenburg, en otro tiempo soberanos en sus pequeños territorios del sur de Alemania, habían sido mediatizados en 1806 cediendo su soberanía al reino de

tanto Walewski viajó desde Londres al castillo de Langenburg para entrevistarse con el príncipe Ernesto, pero a su regreso a Francia sin una respuesta claramente afirmativa el emperador dio por concluidas las tratativas⁸ y anunció, para desmayo de todos, su matrimonio con una bella aristócrata española afincada en Francia, Mademoiselle de Montijo, que desde tiempo atrás le tenía cautivado de forma completa.

Por entonces poco o nada sabían en las cortes europeas sobre Eugenia de Palafox y Portocarrero, condesa de Teba por derecho propio, cuya ambiciosa madre, la condesa viuda de Montijo, había conseguido entrar en los mejores circuitos y salones de la sociedad parisina tras haber conseguido casar a su hija mayor de la forma más conveniente con el duque de Alba. Por la capital francesa pasaba un sinfín de príncipes, duques y condes del Imperio y de aristócratas de toda suerte y toda procedencia, y en aquel caldo de títulos y de pretensiones Eugenia no era sino una mera condesa española en cuya ascendencia se reparaba poco, pues nadie debió siquiera saber que descendía del gran Hernán Cortés. París bullía de vida social y de posibilidades de promoción para jóvenes lanzadas al mercado matrimonial europeo, y fue en casa del príncipe Pablo de Wurtemberg, en la Place Vendôme de París, donde la sobrina de éste, la princesa Matilde Bonaparte⁹, reparó por primera vez en Eugenia invitándola a partir de entonces, y en varias ocasiones, a su gran mansión de la rue de Courcelles en cuyos salones había sido finalmente presentada en septiembre de 1845 a Luis Napoleón Bonaparte, por entonces príncipe presidente de la República Francesa. Y ahora, siete años después, el todopoderoso Napoleón iba a convertirla en emperatriz para desagradable sorpresa de los propios Bonaparte y de sus primos Beauharnais, Murat y Bacciochi, que anhelaban un nuevo entronque con alguna de las viejas familias reales del continente. Así la influyente duquesa de Hamilton, también nieta de una Beauharnais¹⁰, se mostró indignada; el viejo Jerónimo Bonaparte exclamó “*si, es bien natural y adecuado amar a Mademoiselle de Montijo pero por supuesto uno no puede casarse con ella*”¹¹; y su hermana la orgullosa Matilde escribía, según recogía su sobrino el conde Primoli¹²: “*No pensé que [el emperador] fuese capaz de*

Wurtemberg.

⁸ . La princesa Adelaida de Hohenlohe-Langenburg terminó casándose en 1856 con el duque Federico de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg.

⁹ . La princesa Matilde era hija del viejo Jerónimo Bonaparte, en otro tiempo rey de Westfalia, y de la princesa Catalina de Wurtemberg hermana del príncipe Pablo.

¹⁰ . La princesa María de Baden, que era hija de Estefanía de Beauharnais y que había contraído matrimonio en 1843 con William Douglas-Hamilton, XI duque de Hamilton.

¹¹ . Murat, princesa Caroline, *My Memoirs*, p. 109.

¹² . El conde José Napoleón Primoli (1851-1927), hijo de la princesa Carlota Primoli que era nieta del fugaz rey de España José Bonaparte.

*un acto imprudente que le pusiese en una falsa posición a los ojos de Europa. Al no casarse con una princesa estaba cometiendo un error*¹³. Matilde nunca personaría aquella afrenta, pues aún treinta años después su amigo el novelista Maxime du Camp recordaría de aquellos días: *“Uno podía sentir la “vendetta”, y el cotilleo corría caliente y con fuerza. La princesa se sintió ultrajada; aquel matrimonio la hacía sentir subordinada y la relegaba a un segundo puesto... Con la cara roja, encendida, salpicando sus palabras con italiano, lo cual era un signo de ira en ella, intentó bromear al describir la varias fases de la ceremonia de boda*¹⁴. Nadie parecía estar dispuesto a dar la bienvenida a Eugenia de Montijo.

Entre tanto en Londres se rumoreaba que Eugenia era hija de Lord Clarendon, que en sus años de ministro de Inglaterra en Madrid habría mantenido amores con la condesa de Montijo¹⁵, y aquellos dichos maledicentes eran recogidos con gusto en La Haya por la reina Sofía de Holanda, de quien se decía que era más bonapartista que los Bonaparte¹⁶. Sofía estaba muy unida a sus primos hermanos Matilde y Jerónimo Bonaparte, a su vez primos hermanos del emperador, y no estaba dispuesta a aceptar la idea de una Eugenia ambiciosa y frívola capaz de llevar al nuevo imperio a la ruina. Ideas muy extendidas en la corte francesa y que ella compartía con Matilde, que con la llegada de la nueva emperatriz perdía con desagrado su rango de primera dama del imperio. Así Lord Crowley reportaba a Londres desde París: *“Escuchar la forma en la que hombres y mujeres hablan de la futura emperatriz es asombroso. Se me han dicho y repetido cosas, que el emperador ha dicho de ella, y otras que le han dicho a él, que sería imposible que yo pusiese por escrito. De hecho ella ha jugado su juego con él tan bien, que él no puede conseguirla en modo alguno si no es a través del matrimonio, y se casa con ella para gratificar sus pasiones*¹⁷. Desde entonces las primas, Sofía y Matilde, liderarían el bando de los grandes detractores de Eugenia en aquella Europa regida por el rango y por la exclusión en base a principios de sangre. A sus ojos una condesa española no tenía rango suficiente para ser emperatriz de Francia.

* * *

¹³ . Richardson, Joanna, *Portrait of a Bonaparte*, p. 10.

¹⁴ . Richardson, Joanna, *Princess Mathilde*, p. 69.

¹⁵ . Rumores falsos pues Eugenia había nacido en 1826 y Clarendon había llegado a Madrid en agosto de 1833.

¹⁶ . La princesa Sofía de Wurtemberg, esposa del rey Guillermo III de Holanda, era hija del rey Guillermo I de Wurtemberg y sobrina de la princesa Catalina de Wurtemberg que fue esposa de Jerónimo Bonaparte rey de Westfalia.

¹⁷ . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, pp. 14-15.

Difícil le iba a ser a Eugenia poder hacerse un lugar digno entre la realeza y la alta nobleza de su tiempo, pero siendo poseedora de una gran tenacidad se iba a emplear a fondo en ello en momentos en los que todos sus detractores mostraban un gran interés por conocerla más a fondo y más de cerca. Los circuitos rumorológicos ya estaban en marcha, y a la espera de obtener información de primera mano sobre ella Lady Augusta Bruce, que pudo conocerla el día de la gran boda imperial en Notre Dame, la describía en los siguientes términos en carta a la duquesa de Kent, madre de la reina Victoria: “*Sus rasgos finamente labrados, su cutis de mármol, su cabeza noblemente asentada, su figura exquisitamente proporcionada, y sus gráciles movimientos eran de lo más llamativo, y el conjunto era como la visión de un poeta*”. Como vemos, la belleza y la elegancia fueron los primeros atributos de la nueva emperatriz que fueron conocidos por los miembros de la realeza europea, y esas mismas serían las cualidades que desde entonces incluso sus mayores enemigos le reconocerían abiertamente. Pero aún le faltaba mucho camino por recorrer, pues tenía que quebrar las fuertes reticencias de los poderosos frente a lo que consideraban como una mera recién llegada que no pertenecía a las familias de “la sangre”. No obstante, ella se había conseguido abrirse paso a lo más alto, allí donde otras damas pertenecientes como ella a la mejor la nobleza continental habían sido irremisiblemente arrojadas a la denostada tercera parte del Almanaque de Gotha al casar con miembros de familias soberanas.

De ahí que uno de sus mayores empeños fuese, desde el primer momento, recrear durante todo lo que vino en denominarse “el Segundo Imperio” una auténtica corte imperial que no tuviese nada que envidiar a las de Viena o San Petersburgo. Algo que a momentos no dejaría de ahorrarle ciertas críticas, como las de la un tanto amargada Sofía de Holanda que en años posteriores escribiría: “*La emperatriz es muy tonta con lo de María Antonieta. Vistiendo como ella, imitándola, hablando de ella como una santa. Aunque eso no hará daño a nadie, si bien últimamente ha urgido a tomar algunas medidas políticas muy desafortunadas*”¹⁸. Las acusaciones de ambición y de frivolidad lanzadas contra ella serían muchas a lo largo de los años del reinado de Napoleón, pero Eugenia gustaba de ser emperatriz y contaba con el apoyo de un esposo que con el pasar de los años la haría partícipe de ciertas cotas de poder, quizá como compensación por lo que muy pronto comenzarían a ser sus muchas aventuras galantes. Cuestión aparte iban a ser sus intentos de intervenir en el mercado matrimonial europeo, haciendo incursiones en posibles alianzas importantes aquí y allá en las que su mano se deja entrever. Así fue, por ejemplo, cuando en 1853 fomentó un matrimonio fallido entre la princesa Mary Adelaide de Inglaterra y el príncipe heredero

¹⁸. Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 278.

Oscar de Suecia, cuando en 1861 aspiro, también sin éxito, a casar a la princesa Ana Murat¹⁹ con el conde de Flandes, hijo del rey Leopoldo I de Bélgica, o cuando impidió la boda de esta misma princesa con el pretendiente carlista español don Carlos. Sin olvidar sus esfuerzos por mantener los vínculos familiares de los Bonaparte con la familia de los grandes duques de Baden, con los príncipes de Hohenzollern, con los ricos príncipes de Thurn und Taxis, o con los duques de Hamilton, todos los cuales estaban emparentados en grados diversos con miembros de las familias Murat, Beauharnais y Tascher de La Pagerie que formaban parte del grupo de clanes clientelares de los Bonaparte.

Sin embargo el gran espaldarazo a Eugenia por parte de la gran realeza iba a llegarle, de forma inesperada, del exclusivo núcleo de la corte británica. En noviembre de 1854 el duque de Cambridge²⁰ llegó a París donde quedó muy impresionado con Napoleón y no dejó de observar los encantos de la emperatriz de quien dijo “*es ciertamente muy bella*”²¹, y meses más tarde, en abril del año siguiente, la pareja imperial realizó una visita oficial a Inglaterra. Allí aunque la vieja duquesa de Cambridge, la princesa Augusta de Hesse-Kassel, declaró “*No es ni emperatriz ni princesa, sino solo una mujer con encanto y “comme il faut”*”²², ella gustó desde un primer momento tanto a la reina Victoria como a su esposo el príncipe Alberto, que quedó fascinado por sus toilettes. Victoria, que era mujer de opiniones firmes en sus afectos y sus antipatías, encontró en Napoleón a un hombre apuesto y su esposo valoró muy positivamente a la pareja imperial. Por tanto aquella visita fue rápidamente devuelta a París en agosto siguiente, con Victoria cada vez más entregada a los encantos de Eugenia a quien encontraba guapa, inteligente, muy coqueta, y apasionada y salvaje como así se lo transmitió a su tío el rey Leopoldo de Bélgica y a su consuegra la reina Augusta de Prusia. Un año después la emperatriz daba a luz a su único hijo, que recibió el nombre de Napoleón Eugenio, y cuyo nacimiento generó un fuerte ataque de rabia y de celos en el príncipe Napoleón Bonaparte hasta entonces primer en la línea sucesoria al trono imperial. El liberal y anticlerical “Plon-Plon”, como el príncipe era conocido en familia, era hijo del viejo rey de Westfalia y hermano de Matilde y siempre mantendría una actitud muy crítica hacia la católica y conservadora Eugenia.

La amistad de la familia real inglesa sería esencial para el futuro de la emperatriz, cuya otra gran valedora en todos los foros sería su vieja amiga de infancia, la reina Isabel II de España, residente en París desde su pérdida del trono español en

¹⁹ . Hija del príncipe Lucien Murat y de Carolina Fraser. Casada en 1865 con Antoine de Noailles, duque de Mouchy.

²⁰ . El príncipe George de Gran Bretaña, duque de Cambridge y primo hermano de la reina Victoria.

²¹ . Saint Aubyn, Giles, *The Royal George 1819-1904*, p. 63.

²² . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 32.

1868. Victoria e Isabel, dos mujeres que conocían bien las dificultades de su sexo en el mundo de los poderosos, serían siempre sus grandes apoyos en un proceso de paulatina aceptación de su persona por parte del selecto grupo de la realeza del momento que acabaría asimilándola como una más. Y todo ello a pesar de las críticas pertinaces de algunos como la reina de Holanda, que en 1860 escribía a su amiga Lady Malet: *“Ella [Eugenia] es frívola, infantil, sin rasgo alguno de dignidad regia. No es ni emperatriz soberana ni gran dama, y aunque ahora ocupa uno de los más grandes tronos de Europa desde hace ya más de diez años, nunca ha alcanzado a entender de los derechos y los deberes de su posición. Es una gran desgracia que se haya convertido en una astilla al lado de él, y no en una auténtica compañera a pesar de toda su gracia y su belleza”*²³.

Pero frente a las críticas Eugenia desplegaba su belleza, su incuestionable punto de coquetería, sus fabulosos trajes, y su deseo de no sentirse excluida encarnando lo mejor posible, y a su manera, su idea personal de lo que una emperatriz debía de ser. En esa línea ella y Napoleón, que buscaban un acercamiento político al pujante proyecto político de la nueva Italia del rey Víctor Manuel II, vieron con buenos ojos el matrimonio de Plon-Plon con la princesa Clotilde de Saboya, hija del soberano italiano. Sin embargo, a poco de su llegada al palacio de las Tullerías Clotilde recordó a Eugenia cuáles eran su posición y su rango pues cuando ésta, al llegar a una ceremonia de corte, le dijo “no te alarmes, pues pronto te habituarás a mi corte”, ella le respondió *“estoy habituada a la corte de mi padre desde el día en que nací”*²⁴. No obstante, nada podía minimizar la posición de Eugenia en aquel segundo imperio francés plagado de ambiciones como la aventura un tanto mesiánica de la creación de un imperio en Méjico auspiciado por Francia, a cuya cabeza se decidió colocar al archiduque Maximiliano de Austria, hermano del emperador Francisco José de Austria-Hungría. Un proyecto que acercaba a los Bonaparte a las cortes de Viena y de Bélgica²⁵, pero un más que torpe emprendimiento comenzado con la llegada del nuevo emperador a Veracruz en mayo de 1864 y que terminado en tragedia tan solo tres años después. Un severo revés que gravitaría siempre sobre las conciencias de Napoleón y de Eugenia, y que costó la vida al archiduque, fusilado en Querétaro en 1867, y la salud mental a su esposa la princesa Carlota de Bélgica tal y como dos años antes había vaticinado la reina Sofía de Holanda al escribir en 1865: *“Méjico pinta mal y me temo que los Estados Unidos se mostrarán más imprudentes y más arrogantes que nunca. La locura del emperador ha sido Méjico, y en política la emperatriz ha sido su genio demoníaco. Estoy segura de que el matrimonio no está en bue-*

²³ . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*.

²⁴ . Holt, Edgar, *Plon-Plon*, p. 141.

²⁵ . La nueva emperatriz de Méjico era la princesa Carlota de Bélgica, hija del rey Leopoldo I.

nos términos entre sí”²⁶. No obstante la condesa de Flandes²⁷, cuñada de Carlota y de Maximiliano, que viajó a París en aquellos aciagos días siendo recibida en el palacio de Saint Cloud, tuvo una buena impresión de la pareja imperial. “*Él [el príncipe imperial] – escribía – es seductor, guapo y simpático. Tiene muy buen aspecto pero es pequeño para su edad, aunque sus padres también son pequeños... En cuanto a la emperatriz, yo la hubiera creído más bella pero es muy amable... No he visto al emperador mas que el jueves en la cena en las Tullerías, porque se encontraba mal: me gustó mucho*”²⁸. Sin embargo el fin trágico de Maximiliano y Carlota fue un duro varapalo para la conciencia de Eugenia, que semanas más tarde marchaba de incognito a la isla de Wight, en Inglaterra para encontrarse con Victoria. “*La querida emperatriz – escribía la reina a su hija la princesa heredera de Prusia – sigue siendo lo que era diez años atrás y, aunque un poco avejentada, estuvo muy, muy amable y gentil*”²⁹.

El gran fracaso mejicano no fue el único de los imaginarios del imperio, pues al tiempo que la fallida epopeya mejicana se ponía en marcha en 1863 la pareja imperial había contemplado también la posibilidad de apoyar la creación de una nueva Polonia independiente a cuya cabeza colocar a aquel magnate polaco que era el príncipe Wladyslaw Czartoryski, cuya esposa, María del Amparo Muñoz y Borbón, era hermana de madre de la reina Isabel de España³⁰. Una veleidad más mientras en París la corte seguía girando al son de los bailes en los palacios de las Tullerías, de Saint Cloud y de Compiègne, y Eugenia ansiaba poder conocer a la otra gran dama bella y elegante de la gran realeza que era la emperatriz Isabel de Austria, con quien la prensa la hacía rivalizar. Pero pocas ganas tenía la muy esquivada Isabel de aquel encuentro que se fue posponiendo en el tiempo, si bien ambas pudieron finalmente conocerse durante un viaje de penitencia de Eugenia, tras el descalabro mejicano, a Salzburgo en el que, aunque ambas se cayeron bien, no llegaron a intimar por tener muy poco en común y pocas cosas que decirse. Caso distinto al del emperador Francisco José, que si quedó muy encantado con ella. Entre tanto, en 1867 era el zar Alejandro II quien llegaba a París para favorecer un acercamiento entre Rusia y Francia tras la guerra de Crimea. El zar no escatimó sus atenciones a Eugenia, tal y como recogía una vez más por carta la siempre crítica reina de Holanda a la marquesa de Salisbury: “*Me desagrada lo que está sucediendo en París. El “rapprochement” entre Rusia y Francia es una*

²⁶ . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 271.

²⁷ . La princesa María de Hohenzollern, esposa del príncipe Felipe de Bélgica, conde de Flandes, que era hija del príncipe Karl de Hohenzollern y de la princesa Antoinette Murat.

²⁸ . Paoli, Dominique, *Henriette Duchesse de Vendôme*, p. 165.

²⁹ . Fulford, Roger, *Your Dear Letter*, p. 143.

³⁰ . María del Amparo Muñoz y Borbón era hija del segundo matrimonio de la reina María Cristina de España con el duque de Riansares.

calamidad para Europa. Tristemente me temo que la emperatriz, que tiene tanta parcela de poder, quedará presa de los halagos y los regalos. Ella tiene una gran gracilidad, tiene aspiraciones nobles y altas, pero es muy frágil de mente e incapaz de toda reflexión si bien para sus propios intereses es aguda y ciega. El zar de Rusia ha sabido cómo ganársela, y ella servirá a sus planes. Es triste”³¹.

* * *

Durante aquellos años brillantes del Segundo Imperio la corte francesa fue un hervidero de príncipes, muchos de los cuales recibieron los favores de Eugenia y contribuyeron a su buen nombre. Sirva de ejemplo el afecto con el que ella distinguió siempre a aquel prestigioso consejero de la embajada de Prusia en París, el príncipe Heinrich VII (“Septi”) Reuss, que era esposo de la princesa María Alexandrina de Sajonia-Weimar-Eisenach a través de quien emparentaba con las cortes de Holanda y de Rusia. Sin olvidar el apoyo que brindó en todo momento a la destronada reina Isabel de España, cuyos hijos jugaban en el palacio de las Tullerías con el príncipe imperial, quien a su vez contribuyó al amento del buen nombre de la emperatriz entre sus primos los Borbones de las Dos Sicilias y entre algunos de sus grandes amigos como los archiduques Rainiero y María en la corte de Viena. Tanto es así que tras la caída del reino de las Dos Sicilias bajo las tropas de Garibaldi, fueron Eugenia y Napoleón quienes enviaron a la ciudad sitiada de Gaeta el barco *La Mouette* para conducir a los depuestos y baqueteados reyes Francisco II y María Sofía a su primer exilio en Roma. Pero el broche de oro de las ambiciones del imperio fue la inauguración del canal de Suez, ceremonia en la que Eugenia brilló coincidiendo con el emperador Francisco José de Austria que no dejó de mostrar su admiración por ella tal, y como le reprochaba su esposa la emperatriz Isabel al escribirle: “*O sea que ahora está felizmente junto a tu querida emperatriz Eugenia. También me pone celosa pensar que estás desplegando tus encantos en beneficio suyo, mientras que yo estoy aquí sentada y sola y no puedo ni siquiera vengarme*”³².

Con todo, las críticas a la emperatriz no faltaron en los últimos años del imperio encabezadas como era habitual por la princesa Matilde y por su prima la reina Sofía de Holanda, que una vez más en enero de 1870 escribía sobre la pareja imperial: “*Su espíritu de auto sacrificio [el del emperador] es raro y él debería de recoger los frutos. En cuanto a ella, es egoísta y alocada, no es mala y ciertamente es más odiada de lo que merece*”³³. Pero el gran descalabro del imperio francés llegó con la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, instada

³¹ . Salisbury, Lady, *A Great Lady's Friendships*, p. 130.

³² . Corti, Conde, *Elisabeth Empress of Austria*, p. 162.

³³ . Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 313

por el reino de Prusia, al trono de España vacante desde la revolución de 1868 que había expulsado a los Borbones. Como hemos visto, los príncipes de Hohenzollern-Sigmaringen formaban parte de la pequeña red de parentescos regios de los Bonaparte, pues Leopoldo era nieto de la citada princesa Estefanía de Beauharnais y de la princesa Antoinette Murat³⁴. En calidad de tales, y como escribía la bien informada Lady William Russell, en aquellos años tanto Leopoldo como sus hermanos Karl y Federico habían frecuentado tanto la corte de las Tullerías como las fiestas del palacio de Compiègne. Tanto es así que en 1866 el imperio francés no había puesto impedimentos alguno a que el trono del recién creado reino de Rumania fuese ofrecido a, y aceptado por, el segundo de los hermanos Hohenzollern llamado Karl³⁵. Y ahora que el trono de España se encontraba vacante y que el duque de Montpensier, hijo del depuesto rey de los Franceses Luis Felipe de Orleans, se postulaba para ocupar esa corona³⁶, Napoleón y Eugenia no vieron en principio mal la idea de proponer al primero o al tercero de los hermanos (Leopoldo y Federico) como candidatos al trono español pues, además, los Hohenzollern gozaban del parentesco y de la intimidad del poderoso rey Guillermo de Prusia con quien el imperio francés prefería no mantener una actitud hostil.

El padre de los jóvenes, el príncipe Karl Anton, estaba por la labor pero mostraba grandes reticencias en relación con el mayor, Leopoldo, por razones tanto políticas como familiares pues el príncipe estaba casado con la infanta Antonia de Portugal. *“Desde el punto de vista político – escribía Karl Anton al rey de Prusia - lo que tiene mayor relevancia es la reflexión según la cual es posible que el gobierno español pueda tener en mente poner en marcha una unión ibérica³⁷, o forzar las circunstancias en esa dirección. Para una infanta de Portugal³⁸, la idea de aceptar acceder al trono de España sería monstruosa. ¿Cómo podría silenciar su conciencia si tuviera que quedar como espectador mudo y pasivo de una ocurrencia que atentaría directamente contra su familia y contra la tierra en que nació? [...] En segundo lugar, consideraciones familiares dan lugar a la convicción de que la separación de una familia creciente y prometedor de hijos y nietos, supondría un dolor seguro y duradero para su madre³⁹ y supondría un golpe mortal a su delicada salud”⁴⁰*. Por ello el príncipe proponía a su hijo menor,

³⁴ . Una sobrina del general Joaquín Murat, esposo de Carolina Bonaparte y rey de las Dos Sicilias entre 1808 y 1815.

³⁵ . Por aquellas fechas Napoleón y Eugenia propiciaron el matrimonio de Karl con la princesa Ana Murat, que no se llevó a término por la negativa de él a tener que pasar la mitad del año en París.

³⁶ . El príncipe Antonio de Orleans, duque de Montpensier, apoyaba su candidatura a la corona de España en su matrimonio con la infanta Luisa Fernanda, única hermana de la depuesta reina Isabel.

³⁷ . La idea de una unión ibérica entre España y Portugal fue recurrente en aquellos años.

³⁸ . La esposa del príncipe Leopoldo era la infanta Antonia de Portugal, hija de la reina María II.

³⁹ . La madre del príncipe Leopoldo, la princesa Josefina de Baden, era de salud frágil.

⁴⁰ . Bonnín, Georges (editor), *Bismarck and the Hohenzollern candidature for the Spanish Throne*, p. 81.

Federico, aduciendo: “*Lo que le falta no es fortaleza de carácter ni natural inteligencia, sino únicamente la amplia experiencia que un príncipe heredero posee en cierto grado de forma innegable. Aunque no conozco las intenciones de mi hijo, estoy seguro de que mi influencia paternal será lo suficientemente fuerte como para inclinarle a aceptar la corona*”⁴¹.

Desde Portugal el suegro de Leopoldo, el rey viudo don Fernando⁴², se oponía a que su hija Antonia fuera reina de España, y otros hasta hablaban de casar a Federico incluso con una Borbón. Pero desde Berlín el rey de Prusia no forzaba las cosas dejando la decisión en manos de Federico. Entre tanto, en París la prensa se hacía eco de una información según la cual se pretendía casar a Federico con una de las hijas del duque de Alba, sobrinas de Eugenia. Algo que también recogía Lady William Russell⁴³ en carta a la marquesa de Salisbury⁴⁴, a su vez gran amiga de la reina Sofía de Holanda, al decir: “*el pretendiente español [Federico] está emparentado con “Napkins” [Napoleón] por línea femenina (una conexión de Estefanía de Beauharnais) y en consecuencia era un amigo querido en Compiègne donde se le propuso una alianza. Casarse con una de las sobrinas (Alba) de Eugenia⁴⁵ con la intención patriótica de convertirla en reina de España [...] él declinó y cayó en desgracia, y de ahí la subsiguiente repulsa a su persona por el lado francés. De todo esto estoy segura, pero no me cites cuando escribas a Holanda*”⁴⁶. ¿Filtración interesada a la prensa?, ¿proyecto real? Ciertamente, lo que muchos consideraban como las grandes ambiciones de Eugenia casaba con la peregrina idea de casar a un príncipe alemán con una de sus sobrinas para colocarlos en el trono de España. Pero cuesta creer que ella hubiera alentado un proyecto que atentaba contra los derechos legítimos al trono español de los Borbones, a quienes ella nunca dejó de apoyar en sus años de exilio y de dificultad. Pero lo que sí es cierto es que aquello llegó a oídos del canciller alemán Otto von Bismarck, en momentos en los que en Berlín se negaban aquellas noticias afirmando que Federico consideraba casarse con una princesa de Sajonia-Coburgo-Gotha, con una hija del duque de Montpensier, o con la hija del príncipe Leopoldo de Baviera⁴⁷.

En mayo de 1870 Federico renunció finalmente a toda posibilidad de aceptar la corona de España, mientras que la candidatura de su hermano Leopold continuaba resonando generando crecientes tensiones entre París y Berlín pues de

⁴¹ . Bonnin, Georges (editor), *Bismarck and the Hohenzollern candidature for the Spanish Throne*, p. 81

⁴² . El príncipe Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha, viudo de la reina María II de Portugal.

⁴³ . Elizabeth Rawdon, esposa de Lord George Sussell hijo del duque de Bedford.

⁴⁴ . Mary Sackville-West, hija del conde de La Warr y esposa de James Gascoyne-Cecil, II marqués de Salisbury.

⁴⁵ . María Asunción o María Luisa Fitz-James-Stuart y Portocarrero.

⁴⁶ . Salisbury, Lady, *A Great Lady's Friendships*, p. 272

⁴⁷ . La princesa Teresa de Baviera, que permanecería soltera.

pronto los Hohenzollern habían caído en desgracia en la corte imperial de París. Toda una larga y compleja sucesión de acontecimientos que sería muy prolijo relatar aquí, pero que a pesar de la negativa final de Leopoldo a la corona de España llevó inevitablemente a la guerra entre Francia y Prusia que como grandes potencias desconfiaban una de otra. Un espinoso asunto que, a la postre, daría al traste con el imperio francés por causa de una guerra de la que Eugenia fue directamente acusada por muchos de sus contemporáneos. Sin embargo, son numerosos los testimonios que años después salieron en defensa de la emperatriz como es el caso de la princesa Carolina Murat⁴⁸, o el de la veces un tanto maledicente princesa Catherine Radziwill, pariente de la familia real prusiana⁴⁹, que en su libro sobre la corte francesa de aquellos años escribe: *“Bien al contrario la emperatriz, que luego sería presentada como quien hizo todo lo que estaba en su poder para decidir a Napoleón a declarar la guerra a Prusia, estuvo lejos de animarle a ello [...] Parece que cuando se vio imposible resistir el clamor público que clamaba venganza contra la insolencia de Prusia (ese era el caso de los chauvinistas que tenían gran poder en aquel momento), como muchos calificaron la candidatura Hohenzollern, la emperatriz se sintió muy molesta [...] y dijo que se sentía muy ansiosa y estaba muy asustada por la responsabilidad que iba a recaer sobre ella cuando se quedase sola como regente en París”*⁵⁰. En cualquiera de los casos, estaba bastante claro que Eugenia ya comenzaba a percibirse incorporada de pleno derecho al complejo entramado de la realeza europea, que también empezaba a considerarla como uno de los suyos.

* * *

La guerra fue declarada en julio de 1870 y Napoleón centró la estructura del mando del ejército en su persona encarando mal el asedio de dos meses de la ciudad de Metz, que a fines de octubre cayó finalmente en manos del príncipe Federico Carlos de Prusia cuando ya el imperio francés se había hundido en la gran derrota de la batalla de Sedán, librada el 1 y 2 de septiembre, y en la que él mismo fue hecho preso por las tropas prusianas. El emperador fue enviado en residencia vigilada al palacio de Wilhelmshöhe⁵¹, cerca de Cassel, en compañía de su primo el príncipe Achille Murat, mientras la reina Sofía de Holanda clamaba contra la crueldad del rey Guillermo de Prusia de quien decía que se deleitaba

⁴⁸ . Hija del príncipe Lucien Murat y de la norteamericana Carolina Fraser. Casada en primeras nupcias con el barón Charles de Chassiron y en segundas con John Lewis Garden.

⁴⁹ . La condesa Ekaterina Rzewuska, esposa del príncipe Wilhelm Radziwill que era nieto del príncipe Antonin Radziwill y de la princesa Federica de Prusia.

⁵⁰ . Vassili, conde Paul, *France from Behind the Veil*, p. 60.

⁵¹ . En ese mismo palacio había sentado corte entre 1806 y 1813 su tío el rey Jerónimo de Westfalia.

en infligirle sufrimiento. Entre tanto Eugenia, sola en París, veía desmoronarse el imperio con las masas del pueblo ante el palacio de las Tullerías amenazando con invadirlo en cualquier momento. Sacada del palacio, y recorriendo los pasadizos que se extienden por debajo de las galerías del Louvre, alcanzó la casa de su dentista americano, el doctor Thomas Evans, que ordenó preparar un coche en el que finalmente salió camino del puerto de Deauville desde el que pudo llegar a Hastings ya en las costas de Inglaterra. Allí esperó la llegada de su hijo el príncipe imperial, que desde Namur había llegado a Ostende para marchar en barco también hasta Hastings.

Desde el primer momento la reina Victoria de Inglaterra mostró las mayores deferencias hacia Eugenia y su hijo, a quienes decidió proteger bajo sus alas. Como escribe el historiador Theo Aronson, “*para la reina la realeza era una raza aparte. Que Eugenia fuese una parvenue, la esposa del emperador elegido popularmente, es algo que decidió olvidar convenientemente*”⁵². La depuesta emperatriz había llegado a puerto seguro, y de inmediato tomó residencia en una gran casa propiedad de Mr. Strode, un magnate de la prensa, denominada Camden Place y situada en Chislehurst. Aunque él no quiso cobrarle renta alguna, ella insistió en pagarle en momentos en los que los dineros del emperador se estaban yendo en el pago de indemnizaciones de guerra y ella tendría que poner pronto a la venta algunas de sus propiedades en España. Pero nada más instalarse, en noviembre su primer movimiento fue marchar a Wilhelmshöhe para visitar al emperador prisionero, yendo después a la corte de la Haya donde fue recibida por su vieja enemiga la reina Sofía que días después escribía: “*con la emoción correspondiente de ver de nuevo y en el exilio, como una fugitiva, a aquella que yo había dejado tan orgullosa y tan vana, tan impertinente, no pude preguntar y escuchar todo cuanto hubiera querido. Pero pude decir, de forma clara, “Oh, pourquoi avez-vous fait cette guerre?”*”⁵³.

De regreso a Chislehurst Eugenia recibió la visita de lady Walburga Paget⁵⁴, persona del entorno íntimo de la reina Victoria, quien relata: “*Lloró mucho. Su cabello, que había sido dorado, estaba bastante gris. No había maquillaje en su rostro, estaba mucho más delgada, y parecía afectada y digna. En ese momento todo mi corazón fue hacia ella, pues había dejado en la puerta la gran parte que ella había tenido en traernos aquella terrible guerra que nos había causado, a mí y a tantos miles, derramar lágrimas tan amargas*”⁵⁵. Días más tarde fue la propia reina quien se desplazó a visitarla, encuentro que describía en carta a su hija la

⁵². Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 226

⁵³. Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 321.

⁵⁴. La condesa Walburga von Hohenthal, esposa de Sir Augustus Berkeley Paget y emparentada con los duques de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg.

⁵⁵. Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*, p. 332.

princesa heredera de Prusia: “*Mi visita fue muy tranquila y muy bien. Es una casa de campo que me recuerda a Orleans House⁵⁶, amueblada completamente como un hogar francés, y todo ello – damas y caballeros incluidos – nos recuerda nuestras visitas a Claremont y a Twickenham. La pobre emperatriz estaba muy pálida, triste y envejecida, pero se mostró dulce y amable, llena de tacto (me recordaba lo que ella era en 1855 en Windsor, pues pienso que cambió después) y sin la menor amargura. Habló de su terrible marcha de París, dijo que rezaba por la paz y preguntó por ti y por Alice. Vestía de negro y de la forma más sencilla posible, un traje de seda (sin ornamentos) y un pequeño velo sobre el pelo. El chico es un niño con encanto pero excesivamente pequeño, más pequeño que Beatriz que es un año más joven que él.*”

La desgracia hacía olvidar viejas amarguras y antiguos resentimientos, y la caída del imperio, el exilio, y la adversidad iban a comenzar a tejer un fuerte halo en torno a Eugenia que en breve iba a hacer relegar al olvido sus orígenes ajenos a la sangre real. Un proceso para el que el apoyo absolutamente fundamental e incuestionable de la familia real británica iba a ser la piedra angular. La reina Victoria era mujer de fuertes apegos emocionales, y Eugenia contó desde entonces con su inquebrantable amistad además de que, según decía la soberana inglesa, “*los Bonaparte son la única dinastía con verdadero arraigo en la imaginación francesa*”⁵⁷. De hecho los mayores detractores de Eugenia estarían siempre entre las filas de la familia de Napoleón, con su vieja enemiga la princesa Matilde a la cabeza. “*Probaré – escribía la princesa – lo que ha venido a ser mi profunda convicción de que ella fue la causa principal de todas nuestras desgracias. Le llevó dieciocho años destruir al emperador, y le agotó. Esta mujer, llamada virtuosa porque no ha tenido amantes, arruinó al mejor y más generoso de los hombres, y con él a nuestro propio país. Socavó nuestra sociedad con su lujo excesivo poniendo la coquetería ilimitada como ejemplo, y dando constantemente mayor importancia a la apariencia externa de los hombres y de las cosas, que a sus cualidades esenciales*”⁵⁸.

Tras 195 días de cautividad Napoleón abandonó Wilhelmshöhe y marchó a Inglaterra a reunirse con su esposa y con su hijo en Candem Place, también protegido bajo las anchas alas de la reina Victoria. Los fondos faltaban, pues durante su cautividad se había visto forzado a vender por 600.000 francos el llamado “palacio de los Césares”, de Roma, para poder hacer frente a los gastos del exilio, vendiéndose después los mejores diamantes de la emperatriz que fueron a

⁵⁶ . La mansión campestre del conde de París, jefe de la casa real de Francia, en el valle del Támesis.

⁵⁷ . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 207.

⁵⁸ . Richardson, Joanna, *op. cit.*, pp. 206-207.

parar a manos de príncipes de la India, como el maharajá de Patiala, que se preparaban para la visita del príncipe de Gales al subcontinente indio. Avejentado y derrotado, Napoleón daba signos de debilidad física mientras desde Holanda la reina Sofía seguía cargando las tintas sobre el mal papel de Eugenia. “*Creo que la emperatriz Eugenia – escribía – tiene ataques de desesperación pero en otros momentos, como por ejemplo cuando está en España, disfruta de su libertad. En conjunto es una mujer sin corazón y ha sido la ruina de él. Él tiene corazón pero es perezoso y débil, y para tener la fiesta en paz con ella siempre cedió. Su desgracia fue nombrarla regente en 1869. Eso la echó a perder, giró su cabeza vana, la hizo creer que era capaz, y desde el momento en que se mezcló en política todo fue mal*”⁵⁹.

Una visión totalmente distinta de la que transmiten los testimonios de la familia real británica, pues en aquellos momentos la propia reina Victoria comenzó a cambiar sus opiniones políticas restando al emperador la responsabilidad por la guerra franco-prusiana cuyas culpas colocaba ahora más sobre el gobierno de Berlín. Una opinión refrendada por su yerno el príncipe heredero Federico de Prusia, que tenía claras las responsabilidades del canciller Bismarck en la declaración de guerra. Por ello, y por un verdadero sentimiento de afecto y de solidaridad hacia correligionarios vencidos, Victoria colmó de pequeñas atenciones a los emperadores depuestos que eran recibidos como soberanos tanto en Windsor como en Buckingham. Pero a fines de 1872 la salud de Napoleón daba claros signos de deterioro teniendo que ser operado de piedras en la vejiga urinaria. Una intervención seguida de otra segunda tras la cual le sobrevino la muerte en la noche del 8 al 9 de enero de 1873. Un fuerte golpe para muchos de sus allegados como la reina de Holanda, que volvía a escribir: “*Tiemblo por el futuro de la emperatriz. Es tan impulsiva y tan ignorante, que puede dañarse a sí misma y dañar a su hijo de forma incesante. Carece de dignidad natural, aunque en las recepciones y en los círculos cortesanos sabía jugar su papel de forma maravillosa*”⁶⁰.

A pesar de los deseos del gobierno británico de no ofender a la república francesa, el príncipe de Gales no quiso faltar al entierro del emperador afirmando “*nadie puede equivocarse al mostrar respeto por la grandeza caída*”⁶¹, siendo acompañado en la ceremonia por su hermano el duque de Edimburgo y por su cuñado el príncipe Christian de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg⁶². Fue enterrado en la pequeña iglesia de St. Mary, en Chislehurst, en medio de una gran multitud siendo Victoria quien regaló el sarcófago. Plon-Plon, cuya relación

⁵⁹. Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague*.

⁶⁰. Salisbury, Lady, *A Great Lady's Friendships*, p. 364

⁶¹. Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 155

⁶². Esposo de la princesa Helena de Gran Bretaña.

con Eugenia no había mejorado mucho a pesar de todas las desgracias acaecidas, se convertía en el jefe del clan Bonaparte y llegó acompañado de su hijo Víctor, gran amigo del joven príncipe imperial, por quien la emperatriz siempre sentiría un afecto especial. Días más tarde Eugenia escribía a la reina: “*Si algo en el mundo pudiera mitigar mi dolor, serían las amables palabras de Vuestra Majestad, aunque mi corazón está roto por la pena*”⁶³. Desde entonces, y por voluntad expresa de Victoria que conocía muy bien las penas de la viudez, Eugenia pasaría a formar parte “*de facto*” de la por entonces extensa familia real británica pues siempre se referiría a ella como “*my dear sister the Empress*” (“*mi querida hermana, la emperatriz*”). Cada otoño sería su huésped en tierras escocesas, donde le cedía la propiedad de Abergeldie cercana a Balmoral, y a lo largo de los años los encuentros entre ambas serían muy frecuentes tanto en Windsor como Buckingham o en la isla de Wight donde el Osborne Cottage estaba siempre a su disposición. Una actitud por parte de Victoria que contribuiría a dar solidez a una nueva imagen de Eugenia ante la realeza europea, pues contra ella ya solo se alzaban de tanto en tanto las voces de la reina de Holanda, de la princesa Matilde, y de Plon-Plon que toleraba mal que se contase poco con él en la educación del príncipe imperial a quien ya se hablaba de casar con la infanta Pilar de España, hija de la reina Isabel, con la princesa Thyra de Dinamarca, hermana de la princesa de Gales, y con la princesa Beatriz, hija menor de Victoria.

En 1876 la peculiar emperatriz Isabel de Austria-Hungría no quiso dejar de visitar a Eugenia en Candem Place a su paso por Inglaterra, mientras crecían los rumores del posible matrimonio que nunca se llevaría a término entre el príncipe imperial y la princesa Beatriz. Amigas íntimas en la medida en la que dos soberanas de su tiempo podían serlo, Victoria y Eugenia se mantenían en contacto continuo y en noviembre de 1879 la primera escribía a su hija la princesa heredera Victoria de Alemania: “Por lo que se refiere a la emperatriz Eugenia, se dijo repetidamente que pertenece al partido clerical y ultramontano, algo que yo siempre negué pues pocas veces vi a alguien menos manejado por los curas que ella. Por tanto es totalmente incierto. Nunca va a misa más que los domingos, y los católicos romanos ingleses han sido muy incívicos con ella”⁶⁴. Pero la relación entre ambas damas aún se cimentó más con la trágica muerte del príncipe imperial acaecida en Zululandia el 1 de junio de 1879. Teniente del ejército británico, a petición de Eugenia la reina había concedido al príncipe permiso para ir a África, aunque siempre bajo la protección y la atenta mirada del barón de Chelmsford encargado de proveerle de una fuerte escolta. Sin embargo en una de sus escapadas aquel príncipe de disposición romántica acabó siendo lanceado por los zulúes

⁶³. Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 156

⁶⁴. Fulford, Roger, *Beloved Mama*, p. 57.

falleciendo por causa de esas heridas, lo cual generó una enorme consternación entre la familia real británica.

Victoria, que se encontraba en Balmoral en tierras de Escocia se apresuró a escribir: “*Estoy muy abrumada por las impresionantes noticias, y entregada a un enorme dolor por la querida emperatriz que lo ha perdido todo*”⁶⁵. Pronto todos se desplazaron a visitar a Eugenia en Chislehurst, y tras su encuentro con ella el duque de Cambridge escribía sobre la emperatriz: “*se comportó maravillosa y heroicamente en su terrible desgracia y en su dolor. Su destino es terrible de contemplar. Toda esperanza en la vida perdida para siempre con este querido y galante chico. Yo siento el corazón roto. Ni una palabra no generosa pasó por sus labios*”⁶⁶. Y su hermana la duquesa de Teck⁶⁷, que estaba muy apegada al difunto príncipe, se manifestaba escribiendo: “*¡Oh, qué terrible catástrofe es esto!. Y como sangra nuestro corazón por la pobre y desolada emperatriz, cuyo dolor es tan grande*”⁶⁸. El príncipe de Gales, por su parte, no quiso faltar al sepelio, afirmando: “*él habría sido un soberano admirable y, al igual que su padre, habría sido un auténtico gran aliado de este país*”⁶⁹. Aquella gran nueva tragedia en su vida sancionó para siempre el respeto y la devoción de todo el gran circuito regio por una Eugenia que treinta años antes había sido mirada con tan gran recelo. Tanto es así que aunque el príncipe imperial fue enterrado junto a su padre en la iglesia de St. Mary, en Chislehurst, la reina Victoria mandó erigir un monumento en su memoria que hizo colocar en la capilla real de St. George, en el corazón del castillo de Windsor, encarando para ello cierta oposición por tratarse de un príncipe católico.

* * *

Viuda y habiendo perdido a su hijo, en el otoño de 1880 Eugenia decidió abandonar Candem Place y, tras vender su *Villa Eugenia* de Biarritz a una sociedad financiera española por 14 millones de reales, se decidió a adquirir una propiedad en la campiña inglesa adquiriendo al editor Mr. Longman la casa y la propiedad denominadas Farnborough Hill por 1.250.000 francos. Una residencia en el condado de Hantshire ubicada a escasa distancia de Bagshot Park, la gran propiedad de la corona británica a la que en aquel mismo año se mudaron el duque de Connaught, hijo de Victoria, y su esposa la princesa Luisa Margarita de

⁶⁵ . St. Aubyn, Giles, *The Royal George 1819-1904*, p. 182.

⁶⁶ . St. Aubyn, Giles, *The Royal George 1819-1904*, p. 182.

⁶⁷ . La princesa María Adelaida de Gran Bretaña, prima hermana de la reina Victoria y esposa del duque Francisco de Teck.

⁶⁸ . Teck, Duquesa María Adelaida de, *A Memoirs of H.R.H. Princess Mary Adelaide Duchess of Teck*, p. 108.

⁶⁹ . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 163.

Prusia. Unos vecinos con los que desde entonces ella mantendría una relación cercana, si bien nunca podría olvidar que la duquesa era hija de aquel príncipe Federico Carlos de Prusia que había dirigido el sitio de la ciudad de Metz dando con ello un golpe de muerte al Segundo Imperio francés. En cualquier caso, desde entonces Farnborough Hill se convertiría en lugar de visita obligada tanto para los numerosos miembros de la extensa familia real británica como para todos los príncipes extranjeros de paso por Inglaterra, pues Eugenia ya se había convertido en un icono de la majestad de otros tiempos. A aquella casa llena de tesoros y de recuerdos del pasado fueron ese mismo año de 1880 la princesa Helena de Gran Bretaña, también hija de Victoria, y sus hijas María Luisa y Helena Victoria de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg. “*La emperatriz – escribe la princesa María Luisa – se mantendría verdaderamente bella hasta el final de sus días. Sus rasgos perfectos eran como los de un camafeo finamente labrado. Pero, oh, qué triste era su expresión en aquel bello rostro, y una se daba perfecta cuenta de estar en presencia de alguien que había pasado por el horror del sufrimiento hasta sus límites más extremos*”⁷⁰.

Otra de sus visitantes, cuando llegaba a Inglaterra, era la princesa heredera Victoria de Prusia, también hija de Victoria, que sentía adoración por ella y que escribía a su hija la princesa heredera Sofía de Grecia⁷¹: “*La anfitriona perfecta era la emperatriz Eugenia. Nadie pudo llegar a su nivel*”⁷². Sin embargo la mejor amiga de la emperatriz sería siempre la princesa Beatriz de Inglaterra, antigua su-puesta novia del príncipe imperial, que en 1885 contrajo finalmente matrimonio con el príncipe Enrique de Battenberg. Su amistad sería grande e imperecedera y por ello en 1887 Eugenia sería una de las madrinas de la única hija de Beatriz, Victoria Eugenia, que aunaba en su persona los nombres de la reina y de la emperatriz. Su proximidad era tal que, por influencia de Eugenia, Beatriz se acercó a los ritos propios la Alta Iglesia de Inglaterra, que en su aspecto formal y litúrgico se aproximaban a la iglesia de Roma. Una cercanía de la que en todo momento participaba la reina Victoria que siempre salía en defensa de Eugenia. Así cuando en aquellos años algunos príncipes de Orleans⁷³, pretendientes al trono de Francia y también residentes en Inglaterra, fueron a Windsor a visitarla mientras la emperatriz se encontraba invitada allí Victoria escribió a Beatriz, que le hacía las veces de secretaria, para decirle enfáticamente: “*No, en modo alguno pospongas la visita. Si alguien la pospone, han de ser ellos. Los Orleans son mis parientes,*

⁷⁰ . María Luisa, princesa, *My Memories of Six Reigns*.

⁷¹ . La princesa Sofía de Prusia, esposa del príncipe heredero Constantino de Grecia y abuela de la reina doña Sofía de España.

⁷² . Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 225.

⁷³ . El príncipe Felipe de Orleans, conde de París y esposo de la infanta Isabel de Orleans y Borbón, jefe de la casa real de Francia y residente en Inglaterra.

pero la emperatriz es mi amiga y eso es algo mucho más sagrado para mí"¹. Los Orleans, también muy cercanos a la familia real británica, coincidían en ocasiones con Eugenia que, por su parte, no se ahorró esfuerzos para impedir el matrimonio del duque de Orleans² con su sobrina la princesa María Letizia Bonaparte³, por entonces ya viuda del duque Amadeo de Aosta y a quien se sentía muy unida. Algo que no gustaba a orleanistas como el conde Alfred de Grammont, cuya opinión sobre ella era de lo más negativa. "*La emperatriz – escribía – nunca pensó más que si misma. Era celosa, rencorosa, hasta malvada, perseverante en sus antipatías o en sus odios. Como soberana estuvo por encima de todo, con una ligereza y una inconsecuencia inauditas*".

Entre tanto habían surgido grandes diferencias entre Plon-Plon y su hijo y heredero el príncipe Víctor sobre el futuro político del Bonapartismo, y la emperatriz no dudó en dar su apoyo al segundo a quien desde la muerte del príncipe imperial había acogido con gran frecuencia en Farnborough. Le llevaba consigo al castillo de Windsor en sus visitas a Victoria, y ahora le garantizó una renta de dos mil francos por mes. Según Lucien Daudet: "*La emperatriz se aplica a hacer hablar a su sobrino, entra en grandes gastos por él, y le trata como a un soberano. Él es respetuoso y cortés con ella. Una inmensa cortesía recíproca. ¿Ternura profunda?*"⁴. Pero la pérdida de su hijo también había impulsado a Eugenia a comenzar una larga serie de viajes tanto por Europa como por otros continentes, y para ello adquirió el yate *The Thistle*. Así en 1884 estaba en Roma en el palacio de la princesa Carlota Bonaparte, y a su paso por París nunca faltaban sus visitas a su otra gran amiga la reina Isabel de España en el palacio de Castilla, como fue el caso en junio de 1891. También comenzó a realizar viajes frecuentes a Francia instalándose tanto en París, donde contrató de forma permanente habitaciones propias en el Hotel Continental con vistas a los jardines de las Tullerías, como en la Costa Azul donde en 1892 se hizo construir una hermosa propiedad, la *Villa Cyrnos*, en Cap Martin. En otoño solía viajar a Escocia invitada por la reina Victoria, y en invierno ambas se veían en la Costa Azul pues la reina se instalaba en la localidad de Cimiez, cercana a Cap Martin. También se veían en la isla de Wight, a donde ella llegaba puntualmente todos los años a bordo del *Thistle* para no perderse las famosas regatas de Cowes que en el mes de agosto congregaban a toda una multitud de príncipes de Europa. Las muestras de afecto y de respeto nunca le faltaban por parte de la soberana inglesa quien, estando en Cimiez en 1898, dejó claro que aunque sí lo hacía con la emperatriz no estaba dispuesta a

¹. Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 202

². El príncipe Felipe de Orleans, duque de Orleans e hijo de los condes de París.

³. La princesa Maria Letizia Bonaparte, hija de Plon Plon y de la princesa Clotilde de Saboya y segunda esposa del duque Amadeo de Aosta, fugaz rey de España.

⁴. Paoli, Dominique, *Clémentine princesse Napoleon, 1872-1955*, p. 177

recibir al entonces presidente de la República Francesa, Félix Faure, como a un igual.

En 1894 la emperatriz recibió en Farnborough Hill la visita del emperador Guillermo II de Alemania que quedó fascinado por aquella figura del pasado, en verano de ese año recibió en *Villa Cyrnos* a la emperatriz Isabel de Austria, y en 1897 navegó hasta Grecia donde se encontró con la reina Olga y con la princesa heredera Sofía en Atenas. Le gustaban los viajes por el Mediterráneo, y en la isla griega de Corfú nunca dejaba de visitar a la emperatriz de Austria en su hermosa propiedad llamada *Achilleion*. Viajes que luego relataba a Victoria en sus habituales encuentros mientras que en París, a donde llegaba de incógnito como condesa de Pierrefonds, solía encontrarse con aquel gran amante de Francia que era el príncipe de Gales. Eugenia contaba con grandes amigos entre la gran sociedad francesa, tenía una influencia política reconocida, y su estrecha relación con la familia real británica la colocaba en una buena posición para fomentar lo que luego sería la *Entente Cordiale* entre Inglaterra y la República Francesa.

* * *

En el verano de 1900 Victoria ya daba signos de fragilidad y su hija la emperatriz viuda Victoria de Alemania estaba diagnosticada de cáncer. Eugenia ofreció a esta última la *Villa Cyrnos* para una estancia en la Costa Azul, y en verano se encontró por última vez con Victoria en la isla de Wight. Eugenia presentía que aquel sería su último encuentro, y así fue pues la reina falleció en enero de 1901 dejándola desolada. “*Es una pérdida inmensa para mí – escribía – pues era una amiga muy cercana a mi corazón, siempre buena y afectuosa; un apoyo en mi vida de tantas pruebas. Nunca me he sentido más extraña o más sola en este país. Me siento profundamente triste y desesperanzada*”⁵. No obstante con el Nuevo reinado siguió gozando de la amistad de los reyes Eduardo y Alejandra, que le mantuvieron todas las muestras de afecto de Victoria. Poco después fallecía también la emperatriz viuda Victoria de Alemania, y tres años más tarde era el turno de la reina Isabel de España. Eugenia la había visitado en febrero de 1904, y la reina, aunque resfriada, no quiso dejar de acompañarla al exterior para despedirse de ella agravándose entonces su dolencia que acabó con su vida en el mes de abril.

Se iba quedando sola, pero la importancia de su figura y el peso de su influencia en los circuitos regios iban a hacerse claramente manifiestos cuando en 1904 comenzó a hablarse de la necesidad de casar al joven rey Alfonso XIII de España, que pronto comenzaría a buscar a su futura reina entre las princesas de Europa.

⁵. Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, p. 229.

Todas las quinielas apuntaban a la princesa Patricia, hija de los duques de Connaught, que como hemos visto eran vecinos de Eugenia quien, sin embargo, estaba dispuesta a poner todos sus esfuerzos en convertir en reina de España a su ahijada Victoria Eugenia de Battenberg. Para ello no se ahorró energías influyendo sobre su amigo el marqués de Villalobar, adjunto a la embajada de España en Londres, desacreditando a la duquesa de Connaught y dejando saber su opinión en la corte de Madrid a través de su sobrino el influyente duque de Alba. Como Villalobar⁶ escribía al secretario de la reina María Cristina a Madrid: *[A la emperatriz] le gusta la familia de los Duques [de Connaught] mucho menos que la de la princesa Beatriz [de Gran Bretaña]. Ésta es su gran amiga. Los Duques, vienen mucho por ser vecinos, pero creo yo que no olvida nunca la pobre emperatriz, que la Duquesa es hija del vencedor de Metz. Cuando al leer periódicos sobre todo españoles (que aquí vienen todos) se ha dicho algo de lo de la boda Connaught Ella siempre dice: “La Reina [Cristina] hará lo mejor seguramente y Ella sabe mucho, pero es lástima que en Madrid no conozcan a la princesa Ena. Esa sí que se haría católica, pero yo en nada de este género me quiero meter” [...] veré ahora antes de irme de donde saco y como encuentro algún retrato de esta princesa Ena que es hija de la princesa Beatriz hermana también del Rey de Inglaterra, y el cariño tan entrañable de la emperatriz por ella viene de que se habló de casar al Príncipe Imperial con la Princesa Beatriz*⁷. Una influencia que no se le ocultó a la prensa española, pues el diario conservador *La Correspondencia de España* comentaba que un diplomático extranjero cuyo nombre no se desvelaba habría declarado: *“dicen otros que la futura reina de España será una princesa de Hesse, a quien patrocina la emperatriz Eugenia”*⁸.

A pesar de negarlo ella misma, su influencia en el matrimonio del rey de España fue capital pues, según escribe Melchor de Almagro San Martín: *“El gobierno español solicitó reservadamente de su embajador en Londres [...] informes sobre la princesa Ena de Battenberg. El documento que los contenía, verídicos e imparciales, relativos a su nacimiento, fortuna y posición en la Corte inglesa, no resultaba muy afecto a la proyectada unión. El marqués de Villalobar, que era entonces consejero de nuestra embajada cerca del rey de Inglaterra, tenía amistad particular con la emperatriz Eugenia, quien resueltamente apoyaba la boda”*⁹. Aquel compromiso matrimonial fue un éxito personal suyo, pues hasta se barajó que la ceremonia de conversión al catolicismo de la joven princesa tuviese lugar

⁶. Rodrigo de Saavedra y Vinent, marqués de Villalobar y notable diplomático su tiempo.

⁷. Carta del marqués de Villalobar a Alfonso de Aguilar, 12 de diciembre de 1904, AGP, Alfonso XIII, secretaria particular reina Cristina, caja 25.024, exp. 1.

⁸. *La Correspondencia de España*, 16 de febrero de 1905.

⁹. Almagro San Martín, Melchor de, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, p. 152.

en su villa de Cap Martin. Una deuda de afecto que los reyes de España siempre le reconocerían.

Ubicada en el centro de las redes de influencia de la gran realeza, la emperatriz se había convertido en una anciana venerable y venerada a quien ya no quedaban apenas críticos. Sus enemigas atávicas la reina Sofía de Holanda y la princesa Matilde Bonaparte habían fallecido años atrás, y aunque los Bonaparte nunca fueron grandes admiradores suyos (hasta la joven e inteligente princesa María¹⁰ decía de ella que su único atributo había sido la belleza), se sentía muy unida a la citada princesa Letizia viuda del duque de Aosta. Algo que nos da una idea de su apertura de mente pues era sabido de todos que Letizia era una dama muy criticada en la corte italiana por tener una mala reputación y un amante oficial¹¹. En todas partes se la trataba con deferencia, la prensa seguía sus pasos, y siempre era tenida en cuenta en la corte de Londres donde continuó gozando de la amistad y de los buenos gestos de los nuevos reyes Eduardo y Alejandra, y también de los príncipes de Gales, Jorge y Mary. En 1906 se desplazó a Estocolmo donde fue recibida por el rey Oscar y su familia, y comenzando el verano marchó en su yate a Corfú lugar de veraneo de la familia real griega, prosiguiendo luego hacia el principado de Montenegro donde fue recibida por el príncipe soberano Nicolás, y recalando finalmente en Venecia. En julio llegó a Viena, pues meses atrás había manifestado al emperador Francisco José su deseo de volver a verle, y éste envió un tren especial para recogerla mostrándole todo tipo de atenciones. Se rumoreó que aquella visita tenía como intención allanar el camino de la que próximamente haría el rey Eduardo de Inglaterra a Austria-Hungría, y el anciano emperador y la exiliada emperatriz se encontraron en la villa imperial de Bad Ischl en la que almorzaron juntos en dos ocasiones. Hubo excursión campestre y paseos por los jardines, filtrándose a la prensa que Eugenia devolvió a Francisco José una carta en la que éste había propuesto en 1870 a Napoleón III una alianza entre Francia y Austria contra el reino de Prusia.

Un año más tarde, en agosto de 1907, el *Thistle* se encontraba en aguas de los fiordos noruegos y el emperador de Alemania que navegaba por allí en su yate solicitó permiso para acercarse a visitarla. “*En dos ocasiones – escribía Guillermo II – visité a la emperatriz Eugenia. La primera cuando fui desde Aldershot a su castillo de Farnborough, y la segunda a bordo de su yate en las aguas de Noruega, cerca de Bergen. Fue un acto de cortesía que me pareció perfectamente natural dado que me encontraba cerca suyo*”. Eugenia no podía olvidar la caída de su imperio a manos del nuevo imperio alemán pero, como

¹⁰ . La princesa María Bonaparte, hija del príncipe Rolland Bonaparte y esposa del príncipe Jorge de Grecia.

¹¹ . La princesa Letizia heredaría de la emperatriz la *Villa Cynos* de Cap Martin.

confesó por entonces a la princesa María Luisa de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, nieta de la reina Victoria: *“Hija mía, nadie que haya experimentado una revolución podría desear, ni a su mayor enemigo, pasar por los horrores que ello supone. No, no deseo que Guillermo II pueda caer víctima de la ira y de la desilusión de su pueblo”*¹². Meses más tarde, en noviembre, los reyes de España, Alfonso y Victoria Eugenia, fueron a visitarla a Farnborough como siempre harían en sus numerosos viajes a Inglaterra en aquellos años. Muy española, Eugenia se sentía muy vinculada a los Borbones de España y siempre dispuesta a ayudar allí donde fuere necesario. Tal fue el caso en 1908 cuando, a petición del rey Alfonso, se sintió obligada a intervenir en las complejas tratativas del matrimonio entre el infante Alfonso de Orleans y la princesa Beatriz de Sajonia-Coburgo-Gotha según recuerda la madre de ésta, la duquesa viuda María. *“El otro día – escribía la duquesa – fuimos a casa de la emperatriz Eugenia tras el almuerzo. Ella envió a todos sus huéspedes al jardín porque quería hablar conmigo de los asuntos de Baby [su hija la princesa Beatriz], y tenía consigo a un diplomático español que es un antiguo amigo de Baby y quien, evidentemente, la había instruido de forma precisa sobre lo que debía de decirme. Y así la anciana dama me recitó su lección de memoria sin dejarme decir una palabra. Era confuso, molesto, y hasta cómico ver a esta vivaz aunque muy vieja dama hablar como un embajador. Fue casi hasta muy aburrido porque, por lo general, ella era muy divertida y muy natural y yo solía pasármelo muy bien con ella. También ella se sentía incómoda, pero una vez que hubo recitado su lección, todos sus huéspedes aparecieron de nuevo”*¹³.

Ese mismo verano decidió viajar a Ceilán pasando por Egipto y Port Said, lugares todos en los que fue recibida y atendida por los gobernadores generales locales por indicación expresa del rey de Inglaterra. Viajes en los que siempre iba acompañada por sus sobrinos españoles hijos de los duques de Tamames¹⁴ y por su dama la española y también prima Antonia Bejarano y Cabarrús casada con Monsieur Pierre Lescuyer d’Attainville¹⁵. Viajera impenitente, en 1910 se encontraba en Nápoles y ese mismo año marchó a París para asistir a la boda de su sobrino el conde de Mora, Fernando Mesía y Fitz-James-Stuart, con María Solange de Lesseps. En enero de 1912, y camino de la Costa Azul, visitó Bélgi-

¹² . María Luisa, princesa, *My Memoirs of Six Reigns*, p. 190.

¹³ . Carta de la duquesa viuda María de Sajonia-Coburgo-Gotha a su hija la princesa heredera María de Rumanía, escrita desde el Chateau de Fabron, de Cannes, el 11 de mayo de 1908. Papeles del legado John Wimbles en depósito en el Archivo Orleans-Borbón de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

¹⁴ . Ángela, María Luisa, José María y Fernando Mesía y Fitz-James-Stuart.

¹⁵ . Antonia Bejarano y Cabarrús casaría en terceras nupcias en con Félix Bacciochi-Adorno, secretario personal de la emperatriz.

ca donde fue muy bien recibida en las calles hospedándose en casa del príncipe Víctor Napoleón a donde fue a verla el rey Alberto I. Clementina, la esposa de Víctor, le pidió ser madrina de su hija María Clotilde y encontró que *“a pesar de su edad es impresionante, está llena de vivacidad. Estamos contentos de rodearla, de amarla”*¹⁶. Y en mayo de ese mismo año fue ella quien recibió en la Villa Cynnos a los reyes Federico VIII y Luisa de Dinamarca. Un encuentro del que su buen amigo Lucien Daudet recuerda: *“El almuerzo (que fue muy bueno) también fue – inesperadamente – muy agradable e incluso entretenido. La emperatriz estuvo brillante, Gegé [el conde Primoli] muy divertido, y el rey (que es ingenioso) pareció disfrutarlo como si no fuese realeza”*¹⁷.

A pesar de su avanzada edad su influencia política aún se hacía sentir, pues todavía tras caída de la monarquía portuguesa en 1910 el rey Alfonso XIII utilizó sus servicios de intermediación en momentos en los que el soberano se planteaba una posible invasión de Portugal con la idea de una hipotética unión ibérica. El rey pidió al citado marqués de Villalobar, ahora embajador de España en Lisboa, que marchase a Inglaterra para entrevistarse con el marqués de Lavradio, persona influyente en el entorno del depuesto rey Manuel de Portugal, y Villalobar eligió como lugar de encuentro la casa de la emperatriz en Farnborough Hill. Todo quedó en una mera quimera, pues el depuesto monarca luso nunca hubiera validado una intervención de aquella naturaleza en su país y Eugenia, que estuvo presente en el encuentro, afirmó rotunda: *“Si no cuentan con el ejército, no vale la pena intentar cosa alguna”*¹⁸. Y es que, aunque anciana, todavía conservaba mucha de su vivacidad y sus casas de Farnborough Hill y de Cap Martin continuaban siendo el epicentro de una intensa actividad social tanto en Inglaterra como en la Costa Azul. Para todos era *“la emperatriz”*, a secas, pero algunos particularmente puntillosos en cuestiones de rangos y de formas, como era el caso de la orgullosa duquesa viuda María de Sajonia-Coburgo-Gotha, gran duquesa de Rusia por nacimiento, no olvidaban, a pesar de su simpatía por ella, su no pertenencia por nacimiento al gran circuito regio. Así cuando en febrero de 1912 fue a visitarla a Villa Cynnos, no dejó de escribir a su hija la princesa heredera de Rumania para decirle: *“Esta destronada Majestad es siempre muy amable, aunque de algún modo una siempre percibe en ella a la “ex parvenue”. Aún es muy guapa, aunque ahora está muy vieja con la piel amarilla y arrugada... Se movió por todas partes para traernos unas sillas que colocar alrededor de una mesa muy incómoda. Insistió en que yo me sentase en un sillón muy bajo, y como protesté trajo un enorme cojín de aire inflado sobre el que me balanceé*

¹⁶ . Paoli, Dominique, *Clémentine princesse Napoleon, 1872-1955*, p. 150

¹⁷ . Richardson, Joanna, *Portrait of a Bonaparte* p. 283

¹⁸ . Lavradio, marqués de, *Memórias do sexto marquês de Lavradio*, p. 192.

con considerable incomodidad, pues nunca en mi vida encontré placentero un cojín de aire"¹⁹.

Pero el estallido de la Gran Guerra en 1914 vino a cambiar de forma completa tanto las viejas formas de funcionar de la realeza de tiempos de la *Belle Époque*, como los entramados de relaciones familiares en familias ahora divididas en bandos muchas veces trágicamente enfrentados. De la noche a la mañana la vida cambió para todos y así el príncipe Víctor Bonaparte, que no podía luchar en el ejército francés y no podía establecerse en una Bélgica ocupada de la que era originaria su esposa la princesa Clementina, se vio obligado a aceptar el hospedaje de Eugenia en Farnborough. Unos meses antes ella había adquirido por 300.000 francos el parque de la Malmaison, que había regalado al estado francés, y ahora transformó un ala de Farnborough Hill (que se cerró a toda vida social) en hospital para oficiales heridos y puso su yate, el *Thistle*, a disposición del almirantazgo británico. Instalaciones hospitalarias que los reyes Jorge V y Mary fueron a visitar en el mes de octubre antes de que ella marchase a pasar el invierno en Torquay, pues no era caso de viajar a la Costa Azul donde la villa de Cap Martin tuvo que cerrarse por unos años. Siempre activa y colaboradora con las tareas que implicó la guerra, en julio de 1915 fue a visitar el hospital fundado en Tottenham por el príncipe de Gales, y con el final de la guerra sus numerosas acciones en favor de los heridos le ganaron la Gran Cruz del Imperio Británico que el rey quiso entregarle en persona y en presencia de sus hijos el príncipe de Gales y el duque de York.

Sola y convertida en un auténtico icono, sus grandes contemporáneos ya habían fallecido dejándola como casi único testigo de tiempos más gloriosos. La emperatriz de Austria había sido asesinada, sus amigas Isabel II de España y Victoria de Inglaterra se habían ido casi con el cambio de siglo, y hasta el viejo emperador de Austria había fallecido en 1916. Su vida ya se iba apagando, pero sobre ella no faltan los testimonios de aquellos últimos años, pues con el fin de la guerra Farnborough Hill había vuelto a abrirse a la vida social. Testimonios siempre favorables y de personajes notables como la música y compositora Ethel Smyth, que describía sus movimientos como un poema lleno de gracia andaluza. Y del mismo modo en el invierno de 1919-1920 regresó a su *Villa Cynros* donde volvió a recibir a su amiga la princesa Daisy de Pless, a la duquesa Letizia de Aosta, al joven príncipe Luis Napoleón y al mismísimo Sha de Persia.

A fines de abril de 1920 decidió viajar a España instalándose primero en el palacio sevillano de las Dueñas, propiedad de su sobrino el duque de Alba, a

¹⁹ . Carta de la duquesa viuda María de Sajonia-Coburgo-Gotha a su hija la princesa heredera María de Rumanía, Cannes, 15 febrero 1912. Papeles del legado John Wimbles en depósito en el Archivo Orleans-Borbón de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

donde fueron a visitarla sus otros sobrinos la duquesa de Santoña y el duque de Peñaranda y también su ahijada la reina Victoria Eugenia y sus hermanos los marqueses de Carisbrooke²⁰. En mayo llegó a Madrid donde recibió el homenaje de toda la sociedad, y en junio pasó por una operación de cataratas llevada a cabo por el prestigioso doctor Barraquer falleciendo de un ataque agudo de uremia en el palacio de Liria el 11 de ese mes, cuando ya planeaba regresar de Inglaterra. La corte de Madrid decretó 21 días de luto oficial siendo el infante Fernando de Baviera quien presidió, junto al duque de Alba, el velatorio en nombre del rey Alfonso por ser el único miembro de la familia real que se encontraba en una ciudad que le rindió los honores propios de una soberana. Su féretro marchó por tren hacia París acompañado por un séquito de 70 personas, y allí fue recibido por los príncipes Luciano, Joaquín y Pablo Murat quienes junto al duque de Alba lo condujeron en barco hasta el puerto de Southampton. En Inglaterra se unieron al cortejo el príncipe Víctor Napoleón y su esposa la princesa Clementina de Bélgica, al tiempo que los reyes de España, de visita en el país, decidían retrasar su regreso a Madrid para presidir las exequias. En Londres el arzobispo católico de Westminster, Monseñor Bourne, ofició un solemne funeral en el que se vio a la reina de Inglaterra particularmente conmovida, y el entierro tuvo lugar en la abadía de Saint Michael, en Farnborough siendo Eugenia enterrada entre su esposo y su hijo en presencia de los reyes de España, de los exiliados reyes Manuel II y Amelia de Portugal, los príncipes Víctor y Clementina Napoleón, representantes de los reyes de Italia y de Suecia, y un gran contingente de la extensa familia real británica: el duque de Connaught, las princesas Luisa y Beatriz de Gran Bretaña, la princesa María Luisa de Schleswig-Holstein, el conde de Athlone, y la marquesa de Carisbrooke. Su vieja amiga la reina madre Alejandra se hizo representar por el conde de Hove y la duquesa de Albany por Lord Seymour. Un rey en ejercicio, un rey depuesto, y el jefe del Clan Napoleón para despedir a la vieja arribista de otros tiempos ahora devenida figura querida y venerada, y siempre bajo las alas de los herederos de la gran reina Victoria.

²⁰ . Lord Alexander Mountbatten y su esposa Lady Irene Denison.

BIBLIOGRAFÍA

- Almagro San Martin, Melchor de, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, Ediciones Atlas, 1946.
- Aronson, Theo, *Queen Victoria and the Bonapartes*, Londres, Cassell, 1972
- Aronson, Theo, *The Golden Bees. The Story of the Bonapartes*, New York, New York Graphic Society, 1964.
- Bertin, Celia, *La dernière Bonaparte*, Paris, Perrin, 1982.
- Bonnin, Georges (editor), *Bismarck and the Hohenzollern candidature for the Spanish Throne. The documents in the German diplomatic archives*, Londres, Chatto & Windus, 1957.
- Corti, Conde, *Elisabeth Empress of Austria*, London, Thornton Butterworth, 1936.
- Defrance, Olivier, *Léopold Ier et le clan Cobourg*, Paris, Les Racines de l'Histoire, 2004.
- Fulford, Roger (ed.), *Beloved Mama. The Private Correspondence of Queen Victoria and the German Crown Princess 1878-1885*, Londres, Evans Borthers, 1981.
- Fulford, Roger (ed.), *Your Dear Letter. Private Correspondence of Queen Victoria and the Crown Princess of Prussia 1865-1871*, Londres, Evans Brothers, 1971.
- Haasse, Hella, y Jackman, S.W., *A Stranger in The Hague. The Letters of Queen Sophie of The Netherlands to Lady Malet, 1842-1877*, Londres, Duke University Press, 1989.
- Holt, Edgar, *Plon-Plon. The Life of Prince Napoleon (1822-1891)*, London, Michael Joseph, 1973.
- Lavradio, marqués de, *Memórias do sexto marquês de Lavradio*, Lisboa, Editorial Nova Ática, 2004.
- María Luisa, princesa, *My Memoirs of Six Reigns*, Londres, Evans Brothers, 1957.
- Mateos Sáinz de Medrano, Ricardo, *Alfonso y Ena, la boda del siglo*; Madrid, La Esfera de los Libros, 2019.
- Mension-Rigau, Éric, *L'Ami du prince. Journal inédit d'Alfred de Gramont (1892-1915)*, Paris, Fayard, 2011.
- Murat, princesa Caroline, *My Memoirs*, London, Eveleigh Nash, 1910.
- Paget, Lady Walburga, *Embassies of Other Days and further recollections of Walburga, Lady Paget*, Londres, Hutchinson & Co., 1923.
- Paoli, Dominique, *Clémentine princesse Napoleon, 1872-1955*, Paris, Éditions Duculot, 1992.
- Paoli, Dominique, *Henriette Duchesse de Vendôme 1870-1948*, Paris, Racine, 2000.
- Richardson, Joanna, *Princess Mathilde*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1969.
- Richardson, Joanna, *Portrait of a Bonaparte. The Life and Times of Joseph-Napoleon Primoli 1851-1927*, Londres, Quartet Books, 1987.
- Saint Aubyn, Giles, *The Royal George 1819-1904*, Londres, Constable, 1963.
- Salisbury, Lady, *A Great Lady's Friendships. Letters to Mary, Marchioness of Salisbury countess of Derby (1862-1890)*, London, Macmillan and Co., 1933.



Teck, Duquesa María Adelaida de, *A Memoirs of H.R.H. Princess Mary Adelaide Duchess of Teck. Based on her private diaries and letters*, Londres, John Murray, 1900.
Vassili, conde Paul, *France from Behind the Veil: Fifty Years of Social and Political Life*, London, Cassell and Co., 1914.





EUGENIA DE MONTIJO: MUJER Y REGENTE. SU PAPEL POLÍTICO VISTO POR LA PRENSA ESPAÑOLA

CRISTINA BARREIRO

Universidad CEU-San Pablo

EN 1853 SE CONVIRTIÓ POR MATRIMONIO en Emperatriz de los Franceses. El ascenso social de la española provocó un aluvión de informaciones en la Prensa ensalzando las bondades de la elegida por Napoleón III. Sus vínculos con la aristocracia española –su madre había tratado de emparentarla con el Duque de Sesto- y el papel de su hermana Paca, Duquesa de Alba, hacían de Eugenia de Guzmán y Portocarrero una candidata diferente a cuantas “matrimoniales” pudiesen haberse sospechado. No poseía en Francia familia a quien colmar de honores y dignidades, como el propio Emperador puso de manifiesto cuando en 1853 presentó a su prometida a las corporaciones oficiales del Estado. *A priori* su posición podría parecer limitada al papel institucional conferido por su nuevo rango y reducido a tareas de corte social o asistencial, que también desempeñará con solvencia. Sin embargo las circunstancias estratégico-militares del III Imperio Francés, así como el propio carácter de la protagonista, llevarán a la Emperatriz Eugenia a ocupar puestos notables de responsabilidad política. Napoleón III había prometido un reinado de paz, pero durante su mandato tuvieron lugar alianzas bélicas, expediciones imperialistas y guerras coloniales. Su modelo ecléctico político ha sido definido como de una “democracia plebiscitaria” un tanto ensombrecido por el espíritu quimérico y soñador de su protagonista a quien se atribuye, quizá, la mejor descripción de su sistema de gobierno;



¿Qué clase de Gobierno es el mío? La emperatriz es legitimista. Napoleón Jerónimo (sobrino del emperador), republicano; Morny orleanista; yo mismo un socialista. ¡El único bonapartista es Persigny y está loco!

Durante su matrimonio Eugenia se convirtió en Regente en tres ocasiones y su papel superó las expectativas inicialmente depositadas en la atractiva noble española¹. Atención aparte merecería su particular empeño en la cuestión mexicana con la creación del Imperio del Archiduque Maximiliano, en lo que supondría uno de los mayores errores estratégicos de Francia y punto de inflexión en la popularidad de la pareja.

¿Cuál fue la reacción de los órganos periodísticos españoles ante tan inesperado desafío? Europa vivía todavía los momentos de cambio derivados de las olas revolucionarias que habían alterado no sólo los modelos políticos sino también la configuración geográfica y cultural del viejo continente. Desde una perspectiva distante –y hoy contemporánea– podrían entenderse los años 50 y 60 como unas décadas en las que mujeres, convertidas por herencias dinásticas en soberanas, tomaban el timón de sus Estados. Victoria de Inglaterra e Isabel II de Borbón llevaban sobre su cabezas la responsabilidad de naciones en transformación. Pero ¿hubo interacciones entre este nuevo marco contextual y la mano política de Eugenia de Montijo? ¿Supo la Prensa utilizar la nueva posición de la Emperatriz en una comparativa con la situación política isabelina previa al exilio de 1868? En agosto de 1870, cuando se adivinaba una próxima derrota francesa frente a Bismark, el periódico satírico, antimonárquico y anticlerical, *Gil Blas* publicará;

La misma doña Isabel de Borbón que un mes atrás se creía desgraciada comparando su suerte con la de su antigua servidora doña Eugenia, ha visto de pronto cambiada la suerte de la emperatriz como si por escotillón la hubiesen despojado de su manto, corona y prestigio²

El lenguaje de la época nos sigue hablando de las “debilidades propias de su sexo”, el de una mujer, la marquesa de Moya, a la que el matrimonio, en su caso,

¹ Existen buenas aproximaciones biográficas a la figura de Eugenia de Montijo aunque algunas con un carácter más divulgativo que científico. El trabajo de Almudena ARTEAGA, *Eugenia de Montijo*, Barcelona: ed. Martínez Roca, 2000 es una novela histórica y la de la periodista Pilar, EYRE, *Pasión Imperial. La vida secreta de la Emperatriz Eugenia de Montijo, la española que sedujo a Napoleón III y conquistó Francia*, Madrid: La Esfera, 2010, aunque documentada, puede acercarse al folletín histórico. El ensayo de Fernando, DÍAZ-PLAJA: *Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses*, Barcelona: Planeta, 1993, acerca al personaje a través de las cartas personales de Eugenia que se conservan en el Archivo de la Casa de Alba y presenta una visión cercana al lector. En una línea biográfica ya clásica, resultan de referencia las detalladas obras; D., DUFF, D. *Eugenia de Montijo y Napoleón III*, Madrid: Rial, 1981 e I. MARGARIT, *Eugenia de Montijo y Napoleón III. Madrid*, Barcelona: Plaza&Janés, 1999. También puede verse el trabajo de Octave AUBRY, *Eugenia de Montijo*, Barcelona: Joaquín Gil, 1943, actualmente difícil de encontrar. Copiosas referencias a la Emperatriz Eugenia encontramos en; Imbert SAINT-AMAND, *Napoleón III*, Barcelona: Montaner y Simon Editores, 1898.

² *Gil Blas* (18 agosto 1870)

iba a deparar altas decisiones de mando. El británico *Morning Post* abrirá incluso un debate sobre el papel de la mujer en el poder: ¿reinar y gobernar? recogido por gran parte de los diarios españoles. Todos estos aspectos, nos permitirán avanzar en el conocimiento no solo de una época de fuertes contradicciones en el papel de Francia en el plano internacional sino sobre todo, en la visión que se ofreció en España de la condesa granadina que se había convertido en Emperatriz de los Franceses. Porque entendemos que esta manera de mirar lo pequeño se convierte en un método para aproximarse a la historia.

La investigación se ha construido sobre la base de la Prensa española publicada en 1859, 1865 y 1870, periodos en los que Eugenia de Montijo asumía eventualmente la Regencia en nombre de su esposo. La campaña de Italia, el viaje de Napoleón III a Argelia y la Guerra Franco-Prusiana que terminará con el Imperio, llevarán a la española a dirigir temporalmente el destino de Francia. Para este trabajo se ha visto la Prensa digitalizada de estos años, disponible en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional así como en el Portal de Prensa Histórica y los fondos que se conservan en Memoria de Madrid, resultado de la digitalización de la Hemeroteca Municipal. Se ha tomado como referencia además el catálogo Hartzenbusch para identificar muchas de las publicaciones referidas³. Hay que constatar una clara diferencia entre los periódicos que se publicaban en España durante el periodo isabelino posterior a 1850 –etapa de depósitos previos, censura y sanciones donde la aparición de la llamada Prensa informativa o noticiera viene a desbancar a los tradicionales periódicos de partido- y la irrupción de un nuevo periodismo posterior a *La Gloriosa*, marcado por las libertades devenidas de la Constitución de 1869 y en el que abundan diarios de carácter progresista, republicano y federal. Los satíricos *Padre Cobos* y sobre todo *Gil Blas*, forman también parte del elenco analizado. La agencia Havas y el parisino *Le Moniteur*

³<https://archive.org/details/apuntesparaunca00hartgoog/page/n199/mode/2up?q=%22El+Estado%22>.

Una interpretación general de la Prensa en el periodo isabelino encontramos en PIZARROSO, Alejandro: *Historia de la Prensa*. “Entre moderantismo y progresismo”. Madrid, Ramón Areces, 1994. pp.275-280. Sobre la Prensa en el Sexenio Democrático continúa siendo un trabajo de referencia Antonio CHECA GODOY, *El ejercicio de la libertad. La Prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2006. Sobre la Prensa satírica y también del mismo autor; Antonio CHECA GODOY, “Auge y crisis de la prensa satírica española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)”, *El Argonauta español* [En ligne], 13 | 2016, mis en ligne le 30 janvier 2016, consulté le 24 juillet 2020.

<https://journals.openedition.org/argonauta/2335>.

Para cuestiones referidas a la situación de la Prensa en Francia durante el Imperio puede verse: R. BELLET, *Presse et journalisme sous le Second Empire*, París: Armand Colin, 1967. Según este trabajo los periódicos de mayor tirada en los años iniciales del Imperio eran *La Presse*, *Le Moniteur Universel* y *Le Constitutionnel*. Conforme avanzamos en la evolución del periodo e irrumpe en Francia el fenómeno de la prensa de masas se produce un vuelco en el panorama general de la Prensa que lleva a *Le Petit Journal* a ocupar la primera posición seguido de *Le Figaro* y ya muy por debajo *Le Siècle* y *Le Moniteur Universel*.

Universel monopolizaban gran parte de las informaciones del Imperio mientras que el telégrafo y el correo eran las vías principales de recepción de noticias. Las cartas que se recibían en las redacciones, de particulares, soldados o redactores-corresponsales, constituyen también una fuente principal de documentación. Todos estos materiales se han puesto en relación con las informaciones sustraídas de la revisión bibliográfica sobre el personaje, que nos ha permitido aproximarnos al escenario temporal en el que se desarrolla el punto de vista ofrecido sobre la protagonista.

EUGENIA, NAPOLEÓN Y LA CAMPAÑA DE ITALIA (MAYO-JULIO 1859)

Historiográficamente se ha debatido mucho sobre la diferencia de criterios que existía entre la Emperatriz y Napoleón III respecto a la cuestión italiana. Eugenia no compartía la causa de la unificación defendida entonces por su esposo, posiblemente influenciada por sus profundas convicciones católicas que adelantaban un posible enfrentamiento con los Estados Pontificios. Es probable también que en el ánimo de la española influyese el intento de asesinato de la pareja imperial a manos de un independentista italiano en enero de 1858. Pero lo cierto es que por esas fechas terminaba en Francia la etapa de gobierno autoritario, continuista de la política iniciada en diciembre de 1851⁴.

En el mes de abril de 1859, la Prensa española se hacía eco de un rumor por el que Napoleón III abandonaría París para participar en la campaña entre sardos y austriacos en la conocida como segunda guerra de independencia italiana que enfrentaba al Reino del Piamonte con el Imperio Austro-húngaro. En el Manifiesto de 3 de mayo, el Emperador decía: “Dejo en Francia a la Emperatriz y a mi hijo. Secundada por la experiencia y las luces del último hermano del Emperador, ella sabrá elevarse a la altura de su misión”. Por Decreto, la Emperatriz Eugenia asumía por primera vez la Regencia asesorada por los miembros que constituían su Consejo Privado integrado por el cardenal Morlot, el duque de Malakoff, M. Aquiles Fould, M. Tropong, el conde de Morny, M. Baroche y el conde de Preigny. Luego se unirían el mariscal Vaillant y el conde Waleswky⁵. Quedaba también asistida por el Príncipe Napoleón, cercano consejero de su primo. El día

⁴ Interesante síntesis sobre la posición del Emperador y del II Imperio Francés en la cuestión italiana encontramos en; J. CHAVES PALACIOS, y F. LÓPEZ MORA, *El Segundo Imperio Francés (1852-1870)*, Córdoba: Servicios de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2012. pp.102-105. Llama la atención sin embargo, cómo en este trabajo no se hace alusión a las intervenciones de la Emperatriz Eugenia en los asuntos políticos de la época. Para conocer los diferentes enfoques que se dan sobre la visión de la Emperatriz en la cuestión italiana puede verse Fernando DIAZ-PLAJA, F: *Eugenia de Montijo*, pp. 88-101. Como obras contextuales del periodo; F. PAEZ-CAMINO y P. LLORENTE HERRERO, *Francia: el Segundo Imperio y la Tercera República*, Madrid: Akal, 1986 y P. MIQUEL, P., *Le second Empire*. París: Perrin, 2008.

⁵ *Diario Oficial de México* (19 junio 1859).

10, el Emperador partía de París para ponerse al frente de los ejércitos aliados. Senado, cuerpo legislativo y Consejo de Estado, respaldaron la decisión de Napoleón III.

Hasta esa fecha, las informaciones que se han recogido en *La Época*, *El Clamor Público*, *La España*, *La Iberia* o *La Esperanza* apenas habían hecho referencia a una fiesta de sociedad ofrecida en los aristocráticos salones madrileños de la condesa-madre de Montijo, el proyectado viaje del matrimonio regio a Inglaterra para visitar a la Reina Victoria en Osborne o a la banda de la orden de María Luisa que lució la Emperatriz en una recepción diplomática en las Tullerías⁶. No se había resaltado un posible papel político en Eugenia que hasta ese momento, se limitaba a ser una belleza católica española, magnífica amazona y cazadora, que había puesto de moda el terciopelo en los trajes de corte y opuesta a los miriñaques. Es importante señalar, que en estos días gobernaba en España el general Leopoldo O'Donnell quien empezaba a poner en práctica su proyecto de la Unión Liberal en un momento en el que la Guerra de Marruecos iba a situarse como la principal preocupación de la monarquía isabelina. La Prensa, por entonces, dividía sus afectos entre moderados y progresistas –o ministeriales según la configuración del gabinete- aunque opciones de carácter más tradicional como *La Esperanza* o incluso próximas a cierto reformismo monárquico, encontraban también su espacio. Algunos como *El Clamor Público* se definían sencillamente como “Periódico Liberal”.

Fue una Regencia breve, que apenas llegó a los dos meses, durante la cual la Emperatriz Eugenia dio muestras de cierto sentido de deber político, prudencia y determinación, cualidades que han sido destacadas por todos su biógrafos como muestra del carácter de la española. En este tiempo, en el que se puso a prueba la compleja política exterior del Imperio en la cuestión derivada del inicial proceso unificador piemontés, Napoleón III terminará poniendo freno a sus apoyos turineses en Plombières, aun cuando su victorioso protagonismo en la Batalla de Magenta pudiese haber hecho pensar implicaciones mayores. El diario progresista *El Clamor Público* se refirió desde los primeros momentos al carácter enérgico de la Regente quien dio pruebas “de mucha presencia de espíritu y manifestó en sus palabras grande energía”⁷. Sin embargo, Eugenia no compartía la implicación

⁶ *El Clamor Público* (22 enero 1859) y *La España* (4 febrero 1859). *La Época* era un diario moderado de corte aristocrático, *El Clamor Público* se identificaba con el progresismo, *La España* ocupaba el ala derecha del Partido Moderado, *La Iberia* era progresista y *La Esperanza* era el periódico católico afín al tradicionalismo. De todos ellos sólo *La España* dejará de publicarse después de “La Gloriosa”. Han sido consultados en:

⁷ <http://hemerotecadigital.bne.es/results.vm?b=search-visible&t=%2Bcreation&l=600&l=700&s=0&y=1859&lang=es>

⁷ *El Clamor Público* (11 y 25 mayo 1859). Como prueba del influyente papel que desempeñaba la correspondencia recibida en las redacciones durante la Guerra, nos encontramos con la decisión

de su esposo en la política de los Saboya debido a su aferrada espiritualidad y la polémica “cuestión religiosa” que enfrentaría a Italia con el papado. Prueba de ello -años después y cuando Eugenia vuelva a asumir la Regencia con motivo del viaje de Napoleón III a Argel- leeremos en la Prensa la satisfacción de la Emperatriz al recibir en juramento a varios obispos, por la noticias de “reconciliación entre Italia y el Pontificado”⁸.

Especialmente polémico resultó el artículo de alabanza que *El Estado* –diario moderado de la noche aparecido y muerto en el mismo 1859 de la mano de Prudencio Naya- con el título “La Emperatriz Eugenia” publicó con motivo del regreso a París del Emperador y en el que aplaudía la eficaz gestión desempeñada por la condesa de Teba durante su ausencia. Todo un tributo de admiración a la española que “modelo de virtudes cristianas” había dedicado su actividad “al alivio de los enfermos y socorro de los pobres” antes de asumir su puesto en el Estado⁹. Desde el momento en el que asumió la Regencia, dirá *El Estado*;

Francia no ha tenido motivo para echar un momento de menos a su soberano en el régimen interior de sus pueblos. El despacho de los negocios públicos no ha sufrido la menor interrupción; el ejército ha sido puntualmente asistido, a pesar de las enormes exigencias de la situación, y el consejo de Ministros reunido periódicamente en las Tullerías o en Saint-Cloud, no ha tenido ocasión de notar que la silla de la presidencia estaba ocupada por una mujer¹⁰.

Estas líneas no pueden ser más elogiosas para la figura de Eugenia de Montijo. Pero este artículo de admiración hacia la granadina, no fue siempre bien entendido en los entornos liberales de la España Isabelina de ese verano de 1859 en la que gobernaba un gabinete O'Donnell. Los círculos austro-papistas, como los definió el progresista *La Iberia* –aunque subtítulo “diario liberal de mañana”- podían sentirse perjudicados por la conducta resuelta de la Emperatriz. La controversia parecía servida. Algunos diarios ministeriales quisieron convertir el artículo en un argumento anti-dinástico estableciendo innecesarias comparaciones¹¹. ¿No era quizá el momento para su publicación pues circulaban ru-

del Ministro de Guerra francés, de prohibir a los militares del ejército de Italia, dirigir cartas a los periódicos.

⁸ *La Correspondencia de España* (29 mayo 1965). En su segunda época comenzó a publicarse en 1860 y representa el éxito de un nuevo modelo de Prensa informativa, de empresa y noticiosa. Llegó a convertirse en el periódico de mayor tirada a finales del XIX. Su principal inspirador fue Manuel María de Santa Ana. La ficha completa del diario la encontramos en

<http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0000000000&lang=es>

⁹ *El Clamor Público* (16 julio 1859)

¹⁰ No se ha localizado el ejemplar original de *El Estado* en el que se publicó el sonado artículo. Sin embargo si hemos tenido acceso a las reproducciones del mismo que se hicieron en los diarios españoles durante esos días y que fueron foco de la polémica. De esa reproducción se han extraído los párrafos que se insertan en el texto.

¹¹ *La Iberia* (28 mayo 1859), *La España* y *El Día* (21 julio 1859)

mores por Madrid de la posible entrada en el Gobierno de Espartero y Olózaga apoyados por la influencia del Emperador de Francia? El periódico moderado *La España* quiso ver también un intento de interferencia extranjera en los asuntos españoles y no puso reparos a la hora de responder a *El Estado* en su panegírico a la Emperatriz. De nuevo, la política internacional parecía condicionar la visión española de la Regencia.

La Regente de Francia recibió también las críticas del periódico progresista-catalanista de Barcelona, *La Corona*, que aunque de limitada tirada, vio con recelo la opinión manifestada por Eugenia al sentir, en el discurso al cuerpo legislativo francés, su corazón “completamente francés”¹². Los rumores dirán, más adelante, que la Emperatriz de los franceses ya no dejó de asistir a los Consejos de Ministros presididos por Napoleón.

NAPOLEÓN III EN ARGELIA: REGENCIA Y ACCIÓN SOCIAL (MAYO-JUNIO 1865)

El domingo 30 de abril de 1865, leemos en los despachos telegráficos publicados en el moderado *El Contemporáneo*, que Napoleón III se disponía a marchar hacia Argel. Era su segunda visita en el breve espacio de tres años. La situación de la entonces colonia francesa, en plena fase de liberalización del régimen desde el punto de vista político y económico, pasaba por momentos internamente complejos y era “el deseo de enterarse por sí mismo de la situación” lo que le movía a emprender este viaje¹³. *El Contemporáneo* anunciaba también que su esposa asumiría la presidencia del Consejo Privado del Emperador, aunque no la Regencia “mientras éste no abandone territorio francés”¹⁴. Tres días después, por Decreto Imperial, Eugenia de Montijo volvía, por segunda vez durante su matrimonio, a ser proclamada Regente. Tenía treinta y nueve años.

El Imperio se encontraba en una etapa de reformas que si bien no alteraron sustancialmente el régimen, si denotaban deseos de cambio político: lo que al-

¹² *La Corona* dejó de publicarse tras el exilio de Isabel II.

¹³ La Argelia colonia ha merecido escasa atención de la historiografía francesa anterior a la descolonización. Apenas encontramos referencias en el ya clásico trabajo de P. GUIRAI y E. TEMIME, “L’Hisiorioarupliic dii Second Empire”. *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*. t. XXI. París, 1974, pp. 1-17. En España tenemos los trabajos del catedrático Juan Bautista Vilar Ramírez aunque más centrados en la emigración mediterránea a territorio argelino en el periodo. Puede verse, Juan B. VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa (1830-1914)*, Murcia: C.S.I.C. y Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1989.

¹⁴ *El Contemporáneo* (30 abril 1865) y *Revista Hispano-Americana* (13 mayo 1865). El *Contemporáneo* era un periódico afín al Partido Moderado y muy contrario a la Unión Liberal de O’Donnell que se publicaba por iniciativa del Marqués de Salamanca. Su último número es del 31 de octubre de 1865. Para su consulta;

<http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0003463474&lang=es>

gunos historiadores han llamado “el Imperio liberal”¹⁵. Sin embargo, también es cierto que había comenzado un periodo en el que el matrimonio imperial iba progresivamente perdiendo el aura de popularidad de los lustros iniciales del régimen, declive sólo maquillado por éxito propagandístico que había supuesto la visita de Eugenia a Suez en noviembre de 1869 con motivo de la inauguración del canal.

Resulta interesante comprobar como durante el periodo analizado, la Prensa española recoge muchas de sus informaciones del diario oficial *Le Moniteur Universel*. Sabemos así que Eugenia firmó el decreto por el que se promulgaban los tratados de comercio y de navegación entre Francia y Prusia o que recibió al Embajador de Turquía y al Ministro plenipotenciario de Estados Unidos, Bigelon, en un momento en el que acababa de producirse el asesinato del Presidente Lincoln¹⁶. Y también por esta vía nos enteramos de que durante su regencia, Eugenia firmó el Decreto por el que se nombraba a la pintora Rose Bonheur “caballero de la legión de honor”, primera mujer condecorada en Francia con esta distinción¹⁷. Pero la actividad de la Regente traspasó las obligaciones político-económicas inherentes al cargo ya que Eugenia mantuvo todas las responsabilidades de carácter asistencial en las que había implicado desde su matrimonio con Napoleón. En este sentido y a raíz de la polémica suscitada por la denuncia sobre la miserable situación de las prisiones del diputado republicano Jules Simon en el Cuerpo legislativo, Eugenia no dudó en encabezar una campaña de visitas a las cárceles más afectadas como eran la de La Roquette, Mazas o San Lazaro. “Gracias a la iniciativa de una extranjera” –leemos en *La Époque*- se pusieron en marcha diferentes iniciativas para la demolición de “celdas miserables” y corregir las insalubres condiciones de los establecimientos penitenciarios franceses¹⁸.

La actividad de la Emperatriz durante los meses que duró su Regencia fue recogida por la Prensa como asombrosa y frenética en su actividad. A Eugenia se le atribuyen cualidades políticas de perspicacia, seguridad de juicio y fina inteligencia. Se diría –léemos en el un suelto publicado en *El Contemporáneo* que recoge informaciones de *Gacette Autrichienne*- “que había olvidado todas las dulces ocupaciones de la mujer para no pensar más que en sus deberes de soberana que (...) llena a la vez con el alma tierna de la mujer y la mano firme del hombre”¹⁹.

Al regreso de Napoleón III de Argel a finales de junio de 1865, el Emperador recuperaba los poderes efectivos del Estado y Eugenia de Montijo volvía

¹⁵ Síntesis general del periodo liberalizador del Imperio encontramos en el trabajo; J. CHAVES PALACIOS y F. LÓPEZ MORA, *El Segundo Imperio Francés (1852-1870)*, pp 105-125.

¹⁶ *El Contemporáneo* (14 mayo 1865).

¹⁷ *La Corona* (14 junio 1865) y *La Époque* (23 junio 1865)

¹⁸ *La Époque* (28 junio 1865).

¹⁹ *El Contemporáneo* (4 junio 1865).

a desempeñar su rol como consorte. En esos días, se presentó en el Senado el proyecto de Ley sobre naturalización en Argelia por el cual se concedía la nacionalidad francesa a musulmanes y judíos, si bien el primero continuaba bajo el régimen de la ley musulmana y el segundo sometido a un estatuto personal. Esta decisión, provocó el enfado de los colonos franceses. Sin embargo resulta llamativo comprobar cómo, aún en ese contexto, la española fue propuesta para ocupar la vice-presidencia del Consejo de Estado en sustitución del Príncipe Napoleón. Algunos quisieron ver en esta decisión una “idea continuista” del Emperador: es decir, formar políticamente a su esposa para que si llegado el caso –su fallecimiento antes de que su único hijo alcanzase la mayoría de edad- y tuviese que ocuparse de los asuntos del Estado, estuviese suficientemente formada en los negocios públicos para regir los destinos de Francia. Esta información, dice el progresista *La Nación*, es recogida vía correspondencia recibida en la redacción del diario²⁰. La la mayor parte de las publicaciones españolas también aludieron al debate que se había abierto entre sus colegas franceses acerca de esta cuestión.

La Emperatriz volvió a desempeñar las labores inherentes a su rango como consorte aunque ya sin abandonar el gusto por la influencia política que había desarrollado y que la llevaría a ejercer una presión notable en la cuestión mexicana. A finales de agosto de 1865 la Familia Imperial se trasladó a su residencia de Biarritz con motivo del descanso estival. Como era costumbre desde su llegada al trono, la cercanía con España propiciaba encuentros afectuosos entre ambas casas reinantes. Eugenia mantenía además en Vizcaya su palacio de Arriaga. Los Borbones, en San Sebastián no dudaban en cruzar la frontera por Hendaya para visitar a su amiga española mientras que Eugenia, siempre apegada a su país de origen, manifestó a lo largo de su vida profundo afecto por Isabel II y su familia. Como no podía ser de otro modo, el monárquico *La Época* daba cumplida información de estos encuentros desplegando todos sus recursos técnicos para facilitar las más precisas noticias a los lectores²¹. La primera visita solía ser la de Napoleón y esposa a San Sebastián, celebrándose los protocolarios encuentros con los Borbones españoles encabezados por la Reina, el Rey Francisco, el Príncipe de Asturias, la Infanta Isabel y el Infante Don Enrique, aunque las recepciones en “villa Eugenia” eran también “brillantes y afectuosísimas”²².

²⁰ *La Nación* (30 junio 1865). Era un veterano periódico progresista que en estas fechas se encontraba bajo la inspiración de Pascual Madoz. Referencias hemerográficas al mismo encontramos en <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0026575960&lang=en>

²¹ *La Época* (9, 11 y 12 septiembre 1865). El tren era el medio de transporte que utilizaban la familia imperial y real para atravesar la frontera entre ambos países.

²² *El Pabellón Nacional* (13 septiembre 1865). Era un diario, de poca tirada, adscrito al liberalismo moderado. Puede consultarse en;

<https://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/registro.do?id=4016>

Eugenia, pese al reuma que le aquejaba, visitó en ese año muchos hospitales atestados de enfermos por la epidemia de cólera que afectaba al país. Era atenta y afectuosa y su presencia desencadenaba “frenético entusiasmo”²³. La Familia Imperial donó fondos económicos para tratar de paliar el impacto de la enfermedad. Eugenia de Montijo tomó bajo su protección todos los establecimientos de beneficencia que dependían de la corona con potestad para definir sobre la admisión de enfermos y pobres en esos centros, aun cuando siguiesen bajo la dependencia del Ministerio del Interior, según leemos en el católico *La Esperanza*²⁴. Eugenia siguió recabando fondos para obras diversas como el monumento al fallecido duque de Morny –hermanastro de Luis Napoleón y primer esposo de Sofía Troubetzkoy quien andado el tiempo se convertiría en Duquesa de Sesto- o las obras del Santo Sepulcro de Jerusalén en las que también se implicó directamente.

No podemos olvidar que en octubre de 1865 se celebraría la entrevista entre Bismarck y Napoleón III. Con ello se iniciaba una nueva etapa en historia del II Imperio Francés.

LA EMPERATRIZ EUGENIA Y LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA (JULIO-AGOSTO 1870)

De nuevo, volvería por seis semanas a ocupar Eugenia la Regencia con motivo de la Guerra Franco-Prusiana que tanto determinó el futuro de los Emperadores y de la que en ocasiones se ha responsabilizado a la española en sus ímpetus belicosos: falsamente se le ha atribuido la expresión “es mi guerra”²⁵. En 1870 el contexto europeo era complejo: en pleno asalto de las tropas de Garibaldi a los Estados Pontificios para concluir el proceso unificador era ahora Bismarck quien se lanzaba a la última fase de su política imperialista. Como leemos en el liberal *La Iberia*;

Prusia, mejor Bismarck, marcha a paso rápido a la unificación alemana para construir de una vez el imperio germánico, trabajo próximo a dar los resultados que con tanto afán como perseverancia ha previsto el gran ministro de Guillermo I²⁶

²³ *La España* (25 octubre 1865).

²⁴ *La Esperanza* (19 agosto 1865).

²⁵ Consideraciones sobre la posición de Eugenia en el conflicto franco-prusiano de 1870 encontramos en Fernando DIAZ-PLAJA, *Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses*, pp.116-120. Para comprender el auge de la prensa republicana francesa que tanto contribuyó a la caída del II Imperio francés resulta interesante la síntesis que encontramos en J. CHAVES PALACIOS y F. LÓPEZ MORA, *El Segundo Imperio Francés (1852-1870)*, pp. 105-125.

²⁶ *La Iberia* (9 marzo 1870)

En esta Europa cambiante y ante la coyuntura final de la creación del reino de Italia, Eugenia de Montijo ofrecía al Papa Pío IX el “apoyo moral de Francia” en el caso de nueva invasión en el territorio Pontificio por las tropas de Garibaldi²⁷. Pero este deseo personal de la “papista Eugenia” no se cumpliría. El II Imperio cada vez estaba más aislado en el contexto internacional.

Francia acogía además desde septiembre de 1868 a los Borbones exiliados a los que “La Gloriosa” había privado del Trono. En París, desde el Palacio del Castilla, trataba de articularse el proceso de una Restauración que devolviese la corona a Isabel, a su hijo Alfonso o incluso al Duque de Montpensier. Periódicos como *El Eco del Progreso*, que se definía como independiente, se oponían tajantemente a esta posibilidad al considerar estas opciones “incompatibles con la dignidad de España”²⁸. El progresista *La Iberia*, decía tener constancia de que desde las Tullerías podría haber simpatías manifiestas a los Borbones pero también de que el gobierno francés se mantenía leal al español, que en esos momentos pasaba por el general Prim²⁹. En España además, la regencia del General Serrano presionaba a los franceses en la cuestión de Leopoldo Hohenzollern: para los franceses la proclamación de un rey germánico en el sur de sus fronteras significaba el cerco de su país por sus enemigos tradicionales. La renuncia a la candidatura del trono de España del príncipe alemán desató el desenfreno de la Prensa y las habilidades de Bismark en la manipulación del famoso “telegrama de Ems”, aceleró el camino hacia la Guerra. En Francia se respiraba un ambiente belicista y sólo algunos miembros del Cuerpo Legislativo, se opusieron a los créditos de guerra. Mientras, los partidarios de la vuelta al autoritarismo presionaron a favor de la confrontación armada. Y Napoleón III, en la confianza de que una victoria ante Prusia consolidaría el régimen, optó por la guerra.

El 18 de julio, el periódico informativo *La Correspondencia Universal* confirmaba la salida inmediata del Emperador y su hijo, para la frontera del Rhin. “Los esfuerzos de la diplomacia han sido inútiles, y el cañón de Sadowa resonará pronto” leemos en el católico *La Esperanza*³⁰. Desde este momento, se impuso el silencio a los periódicos franceses sobre las operaciones de guerra. Eugenia quedaba de nuevo al frente del Consejo de Regencia. El Decreto lleva fecha de

²⁷ *La Correspondencia Universal* y *Diario Oficial de Avisos de Madrid* (29 julio 1870)

²⁸ *El Eco del Progreso* (1 enero 1870). Sobre la situación española en el periodo del Sexenio Democrático y las repercusiones en la política internacional en el contexto Francia/Alemania véase; José María JOVER, *La era isabelina y el Sexenio Democrático*, Barcelona: RBA, 2005.

²⁹ *La Iberia* (9 marzo 1870)

³⁰ *La Esperanza* (18 julio 1870). Una historia detallada de la guerra franco-prusiana encontramos en el clásico trabajo de M. HOWARD, *The Franco-Prussian war*, Londres: Methuen, 1981. Para una visión de conjunto, más actual, podemos ver en el monográfico “La Guerra Franco-Prusiana (I). El ocaso de Napoleón III”. *Desperta Ferro: Historia moderna*. nº13. 2014. Sobre la figura y personalidad de Bismark; J. STEINBERG, *Bismarck: A life*. Oxford: Oxford University Press, 2011 y ya clásico trabajo de Emil LUDWIG *Bismarck: Historia de un luchador*, Barcelona: Juventud, 1972.

23 de julio y se mismo día, desde el Palacio de Saint-Cloud, la Emperatriz se dirigió a los oficiales de la Marina para animarles a la victoria. Pero la agitación de París hizo que volviera de nuevo a las Tullerías. La Regente rezó en la parisina Iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, por el triunfo de las armas francesas. El diario *Liberté* atribuía entonces a Eugenia de Montijo esta profética afirmación: “La solución de la guerra debe ser la victoria de los ejércitos franceses. Una paz firmada después de una derrota sería la muerte de la dinastía napoleónica”³¹. No se equivocaba.

De nuevo la actividad de la Montijo volvía a ser intensa. La Prensa española no escatimó elogios hacia su ilustre compatriota aplaudiendo las “pruebas de su extraordinario ánimo” ante las difíciles circunstancias que atravesaba el Imperio francés³². Especialmente aplaudida fue la proclama de la Emperatriz-regente dada el 7 de agosto en las Tullerías, tras el desastre de la batalla de Wissemburgo, en la que a pesar de reconocer las derrotas que estaban sufriendo en la guerra, animaba a la unión del país en el camino a la victoria y en una sola bandera, que sería la del honor nacional: “fiel a mi misión y mi deber, me veréis siempre la primera en el peligro para defender siempre el pabellón de Francia”³³. Sin embargo, para el diario democrático *La Discusión*, ni las apelaciones de Napoleón al patriotismo de sus súbditos ni las proclamas de la Regente, servían ya para frenar la incuestionable victoria prusiana³⁴. Pero lo cierto es que la mayor parte de la Prensa madrileña aplaudió en esos días difíciles para la vecina Francia, la energía y presencia de ánimo de la Emperatriz Eugenia que “al fin es española”³⁵. *El Imparcial* llegó a escribir que Eugenia era la única que conservaba el dominio y la sangre fría necesaria ante la compleja situación³⁶.

Por otro lado, la retirada de tropas francesas de Roma a comienzos del mes

³¹ *La Discusión* (31 julio 1970). Diario portavoz del Partido Democrático y de José María Rívero. Posteriormente y ya en su segunda época defiende las posiciones del Partido Radical afin al republicanismo. En este periodo se presenta abiertamente como antimadeísta. Información más detallada sobre este periódico encontramos en

<http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0002126031&lang=es>

³² *La Correspondencia Universal* (8 agosto 1870). Era un periódico noticioso -subtitulado “independiente”- que se definía como “diario de la familia, órgano de la verdad y celoso defensor de los altos intereses morales y materiales del país”. Se publicó en 1870 y fue un claro opositor a Amadeo de Saboya. Comenzó titulándose sólo *La Correspondencia* lo cual generaba equivoco con el exitoso *La Correspondencia de España*. Puede verse;

<http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0029016657&lang=es>

³³ Proclama reproducida en el diario progresista *La Nación*, *La Regeneración* y en el *Diario Oficial de Avisos de Madrid* (8 agosto 1870)

³⁴ *La Discusión* (10 agosto 1870).

³⁵ *La Época* (10 agosto 1870).

³⁶ *El Imparcial* (9 agosto 1870). Comenzó a publicarse en 1867 y es el periodo más influyente durante el Sexenio Democrático. Era de carácter informativo aunque apoyó claramente a Amadeo I de Saboya. Puede verse; <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0000189234&lang=es>

de agosto para reforzar el frente alemán –tan contraria a la voluntad de la propia Eugenia- motivó el escrito que un grupo de diputados católicos hizo llegar a la Emperatriz en el que le animaban a reposicionar el papel que debía tener Francia “contra los encarnecidos enemigos del catolicismo”³⁷. La evacuación de Roma por las tropas francesa había causado una impresión dolorosa en los periódicos católicos que en España abanderaba *La Esperanza*. El periódico reproduce una carta fechada el 14 de agosto en la que incide en la influencia que el catolicismo de la Regente debía tener en lo que se consideraba una decisión equivocada del Emperador. Los católicos y sobre todo los españoles, abrigaban en ella una esperanza³⁸. Para Alejo Raseny, firmante de la carta, la derrota gala era obra de la providencia por haber coincidido con el abandono de Roma de sus tropas. El carácter español y católico de la Montijo, se convertía de nuevo en el signo distintivo de la visión que de ella se ofrecía.

Todo parecía perdido. *La Época* adelantó la noticia, recogida de correspondencia de París: Napoleón III había hecho llegar a Eugenia su abdicación en la idea de que obrase según lo dispuesto antes de su partida³⁹. *La Esperanza* también se hizo eco del rumor. Solo un día después, el *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, en informaciones recogidas desde el extranjero, publicaba que en Francia se había proclamado la República⁴⁰. En las fortificaciones de París trabajaba ya un ejército de obreros y desde el cuartel general de Metz, las noticias no eran buenas. En apenas cuatro semanas, las tropas prusianas se habían apoderado de la Alsacia y la Lorena. Pero aun así Eugenia mantenía, con su actitud “los ánimos de esperanza del triunfo”⁴¹. Según se contaba, Eugenia enviaba a los coches de palacio para recoger heridos en la estación de ferrocarril aunque el periódico satírico *Gil Blas* se mofó de esta iniciativa⁴². Pero en general la Prensa española seguía aplaudiendo la fortaleza de espíritu de su noble compatriota de la que destacaban su fortaleza incansable y el cumplimiento de sus altos deberes como soberana. El alfonsino *La Época*, *La Política* y *La Correspondencia Universal* fueron quizá los diarios que lideraron este apoyo incondicional a la Regente incidiendo en sus

³⁷ Reproducido en *La Nación* (10 agosto 1870)

³⁸ *La Regeneración* (22 agosto 1870)

³⁹ *La Época* (12 agosto 1870).

⁴⁰ *Diario Oficial de Avisos de Madrid* (17 agosto 1870). Es el periódico continuador del *Diario oficioso* de Nipho. <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0000192519&lang=es>

⁴¹ *La Época* (17 agosto 1870).

⁴² *La Correspondencia de España* (25 agosto 1870), *La Correspondencia Universal* (28 agosto 1870) y *Gil Blas* (28 agosto 1870). *La Correspondencia de España* era en esas fechas el diario de mayor tirada con cerca de 50.000 ejemplares. Había comenzado a publicarse en 1859 y representa todo un éxito en el nuevo modelo de prensa de empresa informativa. En estos años apoyaba claramente la opción montpensierista, entre otras causas debido a la amistad de su director, Manuel de Santa Ana con Antonio de Orleans.

<http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0000000000&lang=es>

raíces españolas. Para ellos la Emperatriz pertenecía al grupo de mujeres que sabía cumplir con su deber si bien algunos diarios afines al republicanismo-federal, como *La Igualdad*, no compartían la influencia que Eugenia ejercía en la política del Imperio. La prueba la encontramos cuando, a raíz de la sugerencia de Eugenia al general Trochu —encargado de la misión de asegurar París como gobernador hasta la llegada del Emperador— para que presentase su dimisión, *La Igualdad* acuñase la expresión de “tan necia conducta es propia de la Montijo”⁴³.

En esos días empezó a plantearse el futuro de Eugenia de Montijo si se confirmaban los desastres del ejército francés. Los rumores decían que había abandonado París. Los diarios españoles recogieron informaciones diversas, no siempre contrastadas, en las que se aludía a un futuro incierto para la Regente. En este sentido, España se presentó siempre como el destino indicado para nuestra compatriota. Su situación parecía angustiada. ¿Escribió Eugenia a la Emperatriz Victoria para que mediara en la paz entre Francia y Prusia? Fue una información publicada en el *Times* que todos los periódicos de París, empezando por el oficial, se apresuraron a desmentir igual que hizo en España el liberal *La Iberia*⁴⁴. Otro rumor en esos, días hizo referencia a la protección que el gobierno francés, por inspiración de Eugenia, había dado a la entrada en España de los carlistas implicados en los inicios de la Tercera Guerra⁴⁵. A este respecto *Gil Blas* volvía a cargar contra la Emperatriz al responsabilizarla de querer sembrar la Guerra Civil en el país que, según afirmaban, sería su refugio como exiliada. De nuevo catolicismo/religión/reacción/tradicionalismo se identificaban en la protagonista. Históricamente su apoyo a la causa del Duque de Madrid nunca se ha confirmado pero lo cierto es que la situación en España también se complicaba.

En los primeros días de septiembre de 1870 leemos las primeras informaciones de la derrota y “vergonzosa entrega” del ya ex-emperador Napoleón III. “El ejército ha sido derrotado y cautivo. Yo también estoy prisionero”, es el texto del telegrama que que Napoleón escribió a la Regente⁴⁶. Las últimas noticias de París confirmaban el nombramiento de un gobierno provisional compuesto por Thiers y Gambetta. Informaciones de la capital de Francia, apuntaban a que Eugenia conservaba “esa serenidad de ánimo que sólo se comprende en las almas de los héroes”. *La Correspondencia Universal* publicaba ese 4 de septiembre, que según les refería un corresponsal, era una lástima “que Francia

⁴³ *La Igualdad* (29 agosto 1870). Periódico federal subtítulo “democrático-republicano”. Había comenzado a publicarse en 1868 y lo hará hasta finales de 1874. Era el principal competidor de *La Discusión*. <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0028707199&lang=es>

⁴⁴ *La Iberia* (24 agosto 1870) y *La Esperanza* (26 agosto 1870)

⁴⁵ *La Correspondencia Universal*, *La Discusión* y *La Esperanza* (2 septiembre 1870).

⁴⁶ F. DIAZ-PLAJA, *Eugenia de Montijo*, p.129.

no confiase a la emperatriz el papel del hombre salvador de Francia ya que el emperador no era más que una vana mujerzuela⁴⁷. Con París sitiado y el cuerpo diplomático fuera de la capital ¿qué camino recorrería Eugenia? “Sola y abandonada en las Tullerías” —como leemos en el órgano del republicanismo-federal *La Igualdad*— “¿qué había de hacer sino resignarse con su suerte y emprender su marcha al extranjero?”⁴⁸. Los primeros rumores (las noticias tomadas de la Prensa de esos días son muy confusas) apuntaban a que había atravesado la frontera francesa en dirección a Bélgica. Así lo publicó *La Époque* el 5 de septiembre, al informar que la Emperatriz había telegrafiado a su madre, la condesa de Montijo, que todavía residía en Madrid. Sin embargo Eugenia había logrado salir de París en tren desde Serguiny hacia Deauville desde donde embarcó clandestinamente hacia la isla de Wright primero y a Portsmouth después. Al día siguiente se reunía con ella su hijo, que había salido del continente por Bélgica antes de la batalla de Sedám. El 11 de septiembre, *La Correspondencia Universal* había confirmado su partida⁴⁹. El viaje despertó el interés de la Prensa española que llenó sus páginas con cartas en las que se describía el itinerario seguido hasta su llegada a la isla; para muchos Eugenia no era menos grande en su ostracismo que sentada en el trono⁵⁰. Había comenzado el camino del exilio. El desastre militar y la “infame conducta de Napoleón” —según se reproduce en una carta publicada en *La Discusión* procedente de Burdeos— habían desencadenado la catástrofe. Solo Eugenia, único miembro español de la familia Bonaparte, se había comportado “varonilmente”⁵¹.

Como epitafio a su Regencia de 1870 podríamos acuñar la reflexión que fue publicada en el *Diario Oficial de Avisos de Madrid* y que recogía de un periódico de París;

Amigos y adversarios reconocen en la emperatriz Eugenia una fuerza de carácter y una elevación de sentimientos que honran sobremanera a la ilustre descendiente de los Guzmanes. ¡Que contraste con la conducta de su marido!⁵²

Era el final de un Imperio y el comienzo de la República Francesa. Terminaban las águilas, las estatuas y los emblemas imperiales. Napoleón III estaba en poder de los

⁴⁷ *La Correspondencia Universal* (4 septiembre 1870)

⁴⁸ *La Igualdad* (6 octubre 1870).

⁴⁹ El diario monárquico *La Époque* publicó el 17 de septiembre una carta en la que daba puntual información del viaje de la soberana, desde su salida del palacio de Tullerías en París a su llegada a Inglaterra. Detalles sobre el viaje y las muchas adversidades que pasó en su huida encontramos en Fernando DIAZ-PLAJA, *Eugenia de Montijo*, pp.128-135.

⁵⁰ Información detallada sobre el viaje de Eugenia a Inglaterra y sus primeros días de ostracismo en Hastings, encontramos en *La Époque* (26 septiembre 1870), *La Esperanza* (1 octubre 1870) y *La Époque* (7 octubre 1870).

⁵¹ *La Discusión* (8 septiembre 1870)

⁵² *Diario Oficial de Avisos de Madrid* (6 septiembre 1870).

prusianos y Eugenia de Montijo en Inglaterra. Durante diecisiete años había sido Emperatriz de los franceses. Todos los periódicos monárquicos exaltaron la fortaleza con la que Eugenia había sobrellevado las nuevas circunstancias resaltando, de nuevo, el gran carácter de la española. Incluso el londinense *Morning-Post* –tal como recoge *La Esperanza*– prodigó todo tipo de elogios a la ya exiliada Emperatriz de los franceses: recordaba no solo su gracia, belleza y “encanto de maneras” sino, sobre todo, las obras de caridad que había impulsado en Francia y su asistencia los enfermos de cólera en la epidemia que había asolado al país. Destacó también la energía que había demostrado en los difíciles momentos de la Regencia que la hacían, a sus ojos, merecedora del aprecio de toda Inglaterra⁵³.

Es quizá, la Prensa satírica la que sacó más punta a la nueva situación de la ya ex-emperatriz al ponerla en comparación con las circunstancias de la destronada Isabel II. Hemos visto ejemplos de *La Flaca* o *Gil Blas* pero es ahora, el periódico semanal satírico-burlesco, *Tirabeque*, que había comenzado a publicarse en Madrid e 1868, el que ridiculiza la situación de ambas mujeres publicando coplillas como la siguiente;

LA CASA DE TÓCAME-ROQUE

Muy buenos días Eugenia
 -Felices, ¿Cómo te va?
 -¡Cómo quieres que me vaya,
 Isabelita, muy mal...!
 -Vienes muy descolorida;
 Yo no hago más que engordar,
 Y eso que Paquito ahora
 Tiene un carácter fatal
 -¿Y Alfonsito?
 -Está en la escuela
 ¿Y tu chico?
 -Ahí fuera está
 Jugando al toro.
 -Y tu, ¿qué haces?
 -Isabel vengo a buscar
 un cuarto desalquilado.
 -Chica, me temo que vas
 a quedarte sin ninguno,
 Sino andas lista⁵⁴

⁵³ *La Esperanza* (8 octubre 1870).

⁵⁴ *Tirabeque* (11 septiembre 1870). Sobre la prensa satírica en este periodo resulta de interés; Marie-Angèle OROBON, “Una gloriosa revolución: Prensa satírica ilustrada e información mili-

CONCLUSIONES:

La mayor parte de las informaciones que leemos en la Prensa sobre Eugenia de Montijo están recogidas de publicaciones francesas. En esta investigación, las fuentes más citadas son *Le Moniteur Universel*, el diario gubernamental *Le Constitutionnel* y *Le Presse*. Aunque también se han visto noticias tomadas de *L'Indépendance Belge* y *Le Gaulois*. Diarios como los británicos *Times* y *Morning Herald* se utilizaron también como referencia. Indiscutiblemente, la línea editorial de estas publicaciones condicionará la percepción sobre nuestra protagonista. Los periódicos españoles reproducen, en muchos casos, los mismos textos de origen. También las cartas que se recibían desde el extranjero son una fuente principal para avanzar en la visión que se ofrecía en la Prensa sobre la condesa de Teba. En 1859 ya era habitual la información telegráfica y muchas noticias que llegaban a las redacciones, provenían de la agencia francesa Havas.

Pero ¿cuál es el balance que hacemos sobre la visión que se mostró de Eugenia de Montijo en las ocasiones en las que ocupó la Regencia del Imperio? Lo primero que tenemos que decir es que se trata de una perspectiva que cambia en función del momento histórico en el que se encuentra España. Durante sus breves regencias del 59 y del 65, la monarquía de Isabel II presentaba un escenario periodístico afín a la figura de la Emperatriz de los Franceses. Si bien es cierto que el régimen liberal español alternaba entre unionistas y moderados, las publicaciones analizadas presentan un punto de vista positivo de Eugenia de Montijo. De ella se valora –algo que se mantendrá en todo el periodo analizado– su fortaleza de espíritu e inagotable capacidad de trabajo. Diarios tan representativos del contexto isabelino como *La Época* o *La Esperanza* hacen hincapié en las dotes de gobierno de la Emperatriz: era una mujer intrépida y caritativa. Las fiestas de primavera, los bailes en Tullerías y banquetes políticos -aun teniendo en cuenta el atildado lenguaje decimonónico- quedaron relegados a mero acompañamiento de la obra social y política de Eugenia: sus iniciativas para la reforma de los establecimientos penitenciarios, donaciones económicas para socorros y sus incansables visitas a hospitales en la epidemia de cólera de 1865, fueron reconocidas por la Prensa en general. Con el triunfo de “La Gloriosa”, la implantación de un nuevo modelo político y la profusión de nuevas publicaciones de tinte republicano, se abre el abanico de opiniones respecto a Eugenia

El carácter católico de Eugenia es otro de los atributos que más destaca la Prensa española de su personalidad. Ese catolicismo se convirtió en baza mediadora en la compleja política internacional francesa puesta de manifiesto en la “cuestión

tante (1868-1870)”. *Actas del XIII congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2017.

romana”, derivada del proceso unificador italiano. Se presentó a Eugenia como un firme apoyo de los intereses temporales del catolicismo y en este punto tuvo el respaldo incondicional de periódicos como *El Tiempo* o *La Correspondencia Universal*. El periódico republicano-federal *La Igualdad* se mostró crítico con este posicionamiento de la Regente aunque fue el satírico barcelonés *La Flaca* el único que se atreverá a ridiculizar las convicciones íntimas de la Emperatriz.

Los diarios no escatimaron a la hora de elogiar a Eugenia como “ilustre compatriota”. A pesar de las divisiones ideológicas y enfrentamientos dialécticos que mantenían muchas publicaciones peninsulares, todos coincidían en cierta idea de “patriotismo” derivada de haber puesto en la cúspide imperial a una española descendiente de los Guzmanes. *La Época*, por ejemplo, se hizo eco en numerosísimas ocasiones de que Eugenia fuese granadina. Su dignidad de carácter era también una muestra de su españolidad en una percepción que quedaba reflejada en la valentía con la que había asumido el exilio de 1870 y que fue aplaudida por la Prensa política e informativa nacional liderada por *La Correspondencia de España* y *El Imparcial*, aun sabiendo que el Gobierno de Juan Prim apostaba por la opción amadeísta al trono de España. La Emperatriz de los franceses era nuestra “noble paisana”: la heroica Eugenia. Ella no era la culpable de la política incierta y vacilante de los últimos años del Imperio.

Sin embargo el contrapunto con esa visión mayoritariamente positiva que se ofreció de las cualidades políticas de Eugenia de Montijo, la encontramos en la Prensa satírica y en los diarios de corte republicano federal que proliferaron en España tras el éxito de “La Gloriosa” y al calor del nuevo régimen de libertades. En este sentido destacó el periódico político-satírico *Gil Blas* que se atrevió, incluso, a mencionar murmuraciones acerca de la vida personal de la pareja imperial. También *La Discusión* y *La Igualdad* optaron por esta vía crítica acorde con su identidad política. Se trata de una consecuencia derivada de la línea editorial de estas publicaciones contrarias a la vigencia del propio modelo imperial.

La lectura de las referencias encontradas en la Prensa española sobre los periodos de Regencia de Eugenia de Montijo nos ha llevado a una necesaria reformulación de la idea que se tenía de lo femenino en el periodo del II Imperio Francés. Ella era mujer; con gracia, encanto, belleza, elegancia y afición a las modas. Hasta aquí estaría la concepción tradicional que -aún en un tiempo de fuerte emergencia de mujeres coronadas- se ofrecía del carácter intrínseco de un género débil. Pero el mérito que hemos encontrado en Eugenia, es que se le atribuyen cualidades que, en esa época, eran exclusivamente reconocidas como valores masculinos. Estas facultades se ponen muy de manifiesto con la derrota de agosto de 1870 y la posterior rendición de Napoleón III: en un tiempo marcado por la figura preeminente de Victoria de Inglaterra, la idea de “una mujer en el

trono”, impregna de algún modo la perspectiva política de género que se ofrece de la protagonista. Esta relación de lo individual con lo colectivo sitúa a la mujer como objeto historiográfico: el hecho biológico, acompañado de la construcción socio-cultural de las décadas de 1850 y 1860, nos lleva a entender la microbio-gráfica, como método para hacer historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Almudena de ARTEAGA, *Eugenia de Montijo*, Barcelona: Ed. Martínez Roca, 2000.
- Octave AUBRY, *Eugenia de Montijo*, Barcelona: Joaquín Gil, 1943.
- R. BELLET, *Presse et journalisme sous le Second Empire*, París: Armand Colin, 1967.
- J. CHAVES PALACIOS y F. LÓPEZ MORA, *El Segundo Imperio Francés (1852-1870)*, Córdoba: Servicios de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2012.
- Antonio CHECA GODOY, *El ejercicio de la libertad. La Prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2006.
- Antonio CHECA GODOY, “Auge y crisis de la prensa satírica española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)”, *El Argonauta español* [En ligne], 13 | 2016, mis en ligne le 30 janvier 2016, consulté le 24 juillet 2020, <https://journals.openedition.org/argonauta/2335>.
- Fernando DÍAZ-PLAJA, *Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses*, Barcelona: Planeta, 1993.
- D. DUFF, *Eugenia de Montijo y Napoleón III*, Madrid: Rialp, 1981.
- Pilar EYRE, *Pasión Imperial. La vida secreta de la Emperatriz Eugenia de Montijo, la española que sedujo a Napoleón III y conquistó Francia*, Madrid: La Esfera, 2010.
- P. GUIRAI y E. TEMIME, “L’Historioarupliic dii Second Empire”. *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, t. XXI. París, 1974.
- Eugenio HARTZENBUSCH, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid: Rivadeneira, 1894, 421 p. [edición facsímil de 1993, Madrid, S.L. Ollero y Ramos]
- M. HOWARD, *The Franco-Prussian war*, Londres: Methuen, 1981.
- José María JOVER, *La era isabelina y el Sexenio Democrático*, Barcelona: RBA, 2005.
- Emil LUDWIG, *Bismark: Historia de un luchador*, Juventud: Barcelona, 1972.
- I.MARGARIT, *Eugenia de Montijo y Napoleón III*, Madrid: Plaza&Janés, 1999.
- Marie- Angèle OROBON, “Una gloriosa revolución: Prensa satírica ilustrada e información militante (1868-1870)”. *Actas del XIII congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2017.
- F. PAEZ-CAMINO y P. LLORENTE HERRERO, *Francia: el Segundo Imperio y la Tercera República*, Madrid: Akal, 1986.
- Alejandro PIZARROSO, *Historia de la Prensa*, Madrid: Ramón Areces, 1994.
- Imbert SAINT-AMAND, *Napoleón III*. Barcelona: Montaner y Simón Editores, 1898.

J. STEINBERG, *Bismarck: A life*, Oxford: Oxford University Press, 2011

Juan B. VILAR, *Los españoles en la Argelia francesa (1830-1914)*, Murcia: C.S.I.C. y

Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1989.

Gaceta de Madrid (timbre de periódicos): <http://www.boe.es>

Hemerotecas:

Hemeroteca Digital. Madrid: <http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm>

Archivo Prensa Histórica. Ministerio de Cultura, Madrid: <http://prensahistorica.mcu.es/>

Biblioteca Nacional de España. Hemeroteca digital. Madrid:

<http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm>

-Hemeroteca Municipal de Madrid:

http://www.memoriademadrid.es/buscador.php?accion=buscarAvanzado&pagina=&busqueda_libre_02_tipo=materia&busqueda_libre_02=Hemeroteca%20Municipal

PUNTOS DE SUSCRICION.

BARCELONA.—D. JUAN VAZQUEZ,
Rambla del Centro, núm. 31

MADRID.—LIBRERIA DE MOTA Y PLAZA,
Carrera, 8

IBIZA DE FERRELLINI,
Calle de Gracia, 8

RESTO DE ESPAÑA.—PRINCIPALES
LIBRERIAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid y Barcelona:
12 NÚMEROS, 12 RS.

En el resto de España:
14 REALES 12 NÚMEROS.

ULTRAMAR, FRANCIA O ITALIA:
10 REALES 24 NÚMEROS

—
NÚMEROS SUeltos:
SEVEN LOS CENTOS Y SEVEN LOS CUATRO



Se publica una vez á la semana.

NÚMERO 60.
28 de Agosto de 1870.

CORRESPONDENCIA:
A D. JUAN VAZQUEZ,
Rambla del Centro, 31, Barcelona.

¿QUÉ PASA?

Decididamente en este país pasa algo. Pero todo el mundo se desvive preguntando qué es lo que pasa en este país. ¿Es que pasa algo realmente?

D. Juan no ha tomado baños... Esto es un sintoma.

El Regente va y viene de la Granja, renunciando á las delicias de Capua para arrostrar el calor insoportable de la calle de Alcalá... Otro sintoma.

La guardia civil se concentra en las capitales y grandes localidades... Tercer sintoma...

Tres síntomas equivalentes aproximadamente á una afirmación absoluta.

Luego aquí pasa algo.

Vemos ahora el reverso de la medalla.

El presidente de las Constituyentes prescinde de las Constituyentes y de la presidencia. Primer sintoma negativo.

La Comisión permanente del Congreso no cree llegada la ocasión de que se reúnan los diputados. Segundo sintoma negativo.

El Directorio republicano dice á los suyos.—En su lugar... ¡descansen!—Sintoma negativo número tres.

Los síntomas se equilibran. De aquí que muchos ya no digan:—Aquí pasa algo—pero ninguno puede prescindir de preguntar á su vecino:—¿Qué pasa?

El país experimenta un malestar indolible: ningún miembro le duele especialmente, y sin embargo no puede valerse de ningún remedio... Es una de esas tardes de otoño en que no llueve, en que es posible que no llueva, pero en que nadie sale de casa por temor á la lluvia.

El mas optimista no puede menos de exclamar.—Aquí amenaza pasar algo.

El papel sube y el dinero baja, y tanto baja que se oculta debajo de siete suelas. Preguntad á los inteligentes qué tal se hallan los españoles de numerario, y os contestarán: hay abundancia de él, pocas veces el interés ha sido tan módico como al presente.

Sin embargo, pedid prestado sobre las mejores garantías, y no hallaréis quien os se dé mil reales á treinta días fecha. Esto indica el temor de que pueda pasar algo.

Todos los partidos protestan de sus pacíficas intenciones, y si alguno de ellos tuviera la audacia de provocar el combate, ahí está el ejército, en quien la autoridad tiene una fe ciega.

A pesar de lo cual, los gefes de familia se garantizan á sí mismos con armas de múltiples disparos, y las mujeres previsoras compran al por mayor arroz, y habalajo y legumbres secas.

Es un vago presentimiento de que probablemente sucederá algo.

Y bien, preguntamos á nuestra vez:—¿Qué pasa?

Pasa que hay moros en la costa, y moros quiere decir piratas.

Pasa que hay nubes en el horizonte, y nubes significan tempestad.

Pasa que el río suena, y cuando el río suena agua lleva.

Pasa... (lo decimos confidencialmente). Pasa que manda D. Juan Prim...

Esto es lo que no puede pasar... adelante.

CON UNA BASTA... Y SOBRA.

¿Podrían Vds. dar razon de cierto personaje que antes de ahora se llamaba Napoleon III?

Su aflijida esposa le busca con mucha necesidad, y no le encuentra.

Esta esposa no crean Vds. que sea D. Eugenia de Montijo, de la cual retiro la historia que fué emperatriz de cierto pueblo. La esposa á que aludimos es la pobre nacion francesa, con quien el sobrino de su llo caso morgánicamente. ¿Saben Vds. lo que es un exanimado en esta forma?

Es lo que se llama castre con la mano izquierda. Luis Napoleon Bonaparte se unió á Francia con la mano izquierda.

Este matrimonio incompleto ha dado sus frutos naturales. Luisito se olvidó de su mujer, y entró en una senda de aventuras de mal género, impropias de un hombre de edad provecta casado con dama jóven y bajo muchos conceptos apetecible.

¿Qué sucedió en este caso? Lo que habia de suceder. Que la casa saltó por la ventana.

La novia, mas prudente que canonizada, disimuló mientras pudo; mas cuando ya fué cuestión de vida ó muerte, se ha acordado de sus hijos. ¡Pobres hijos de semejante matrimonio!

Napoleon, como Saturno, se encargó de devorarlos.

Cuando ya fué cuestión de los últimos, la madre se apercebó de su error, aunque algo tardamente, y como al viejo Saturno, la nueva Juno le dió á comer una piedra.

El marido antropófago se echó la piedra al cuerpo y reventó. ¡Última de tiempo perdido!

© Biblioteca Nacional de España





EUGENIA DE MONTIJO Y LA CAÍDA DEL II IMPERIO FRANCÉS. LAS TRES MUERTES DE UNA EMPERATRIZ

FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN

Universidad de Alcalá

RESUMEN

Eugenia de Montijo es, en su centenario, una figura olvidada, una imagen romántica que participó, según sus oponentes desde Víctor Hugo a Zola, de un sistema o un régimen de opereta, el segundo imperio francés. La noble granadina quiso ganarse la amistad de los franceses impulsando la guerra al prusiano protestante. La amenaza latente y constante que se cernía sobre Francia. A partir de 1856, fecha en que nace el heredero imperial, Eugenia tuvo un cada vez mayor ascendente en la política de su nuevo país. A los pocos días de estallar la guerra franco-alemana, Eugenia es nombrada regente el 27 de julio, el 1 de setiembre Napoleón III capitulaba en Sedan. El dos Napoleón, prisionero de Bismarck abdicaba. El 4 se proclamaba la III República, Gambetta huía de París a Burdeos para seguir la resistencia. Eugenia se exiliaba a Inglaterra. El desastre traería consecuencias de enormes dimensiones no solo a Francia sino a toda Europa, en marzo estalló la Comuna y la guerra civil en París. Eugenia solo miraba hacia su hijo, Napoleón moría de una operación de vesícula al iniciarse 1873, ya viuda, en junio de 1879 moría el príncipe imperial, era el final de toda esperanza para la ex emperatriz.

Palabras clave: Napoleón III, autoritarismo, política romántica, bonapartismo, imperio liberal, Bismarck, guerra franco-alemana, regencia, Sedan, fin II imperio, exilio, Comuna, guerra zulú.



ABSTRACT

Eugenia de Montijo is, in her centenary, a forgotten figure, a romantic image who, according to her opponents from Victor Hugo to Zola, participated in an operetta system or regime, the second French empire. The noble grenadine wanted to win the friendship of the French by promoting war on the Protestant Prussian. The latent and constant threat that hung over France. From 1856, the date on which the imperial heir was born, Eugenia had a growing ascendancy in the politics of her new country. A few days after the Franco-German war broke out, Eugenia was named regent on July 27, on September 1 Napoleon III capitulated in Sedan. The two Napoleons, prisoner of Bismarck abdicated. On the 4th the Third Republic was proclaimed, Gambetta fled Paris to Bordeaux to continue the resistance. Eugenia was exiled to England. The disaster would bring consequences of enormous dimensions not only to France but to all of Europe, in March the Commune and civil war broke out in Paris. Eugenia only looked at her son, Napoleon died of a gallbladder operation at the beginning of 1873, and a widow, in June 1879 the imperial prince died, it was the end of all hope for the former empress.

Key Words: Napoleon III, authoritarianism, romantic politics, Bonapartism, liberal empire, Bismarck, Franco-German war, regency, Sedan, end of Empire II, exile, Commune, zulu war.

A MODO DE PRESENTACIÓN

EN LA ACTUALIDAD, SE CELEBRAN VARIOS ANIVERSARIOS en torno a la historia de Francia y de la España contemporáneas, por razones diversas; de un lado es el ciento cincuenta aniversario de la caída del segundo imperio en la guerra franco-prusiana (1870-1871), referido a lo ocurrido en Sedan y sus significados como exponía en los años 80, José Maria Jover Zamora, cuando recibíamos sus clases en la Universidad Complutense de Madrid; de otro es el centenario de la muerte de la última emperatriz de Francia (1853-1870), la española Eugenia de Montijo, con lo que ambos asuntos tienden a asimilarse, pero es también el ciento cincuenta aniversario de la muerte de Alejandro Dumas (padre) y el centenario del fallecimiento de Pérez Galdós en España. Ambos aparecen como referentes nacionales -en cada caso- de una historia literaria, que ofrece nuevos planteamientos, si

contemplamos la literatura como fuente histórica y sus diversas influencias¹. Sin duda una cuestión metodológica que abriría otra serie de análisis, al margen de lo aquí expuesto. Así podríamos seguir en un acercamiento o un paralelo entre la cultura histórica francesa y la española más allá de los estudios que en su momento hicieran Jean Descola, Albert Derozier, Bartolomé Bennassar o Jean René Aymes entre otros, para superar las diferencias históricas entre ambos países y muy especialmente tras la impronta napoleónica o bonapartista, que duró más de un siglo sobre todo en España. Antes de hablar de la imagen popular de Eugenia de Montijo en Francia, cabría reflexionar sobre una historia de mutuos recelos entre ambos países, si queremos rescatar del olvido a la que fuese última emperatriz de Francia, para analizar el hecho de cómo ella no solo no pudo ganarse la confianza del pueblo francés, sino que además la quisieron responsabilizar de los fracasos de la política internacional francesa. Se trata de prejuicios anteriores, que nos llevarían a contemplar el desarrollo de la opinión pública, de la evolución de la mentalidad, de las suspicacias seculares en ambos países, desde la guerra de Independencia hasta más allá del franquismo; ya que quizá, nadie recuerda cuando -en plena democracia española- los agricultores franceses tumbaban e incendiaban nuestros camiones de frutas y verduras camino de aquel Mercado Común en los años 80 casi de una forma sistemática. Tal rivalidad histórica ha supuesto un deseo de revisión más allá del nacionalismo y del *chauvinisme*².

Por ambas partes ha existido un recelo y cierto afán de superioridad del vecino del norte respecto del español, mientras éste estaba sumido a su vez en un complejo de inferioridad, en una incomprensión mutua. Un sentimiento que ha ido a soslayar el enfrentamiento entre el europeísmo y el anti europeísmo. que hoy queda diluido en una sociedad pretendidamente global. De manera que ha dejado de tener en cuenta el enfrentamiento vecinal. Tanto es así que, en España, para no herir los sentimientos del país galo, el 2 de mayo que era una fiesta nacional, pasó a ser una fiesta comunitaria desde 1983 para Madrid en exclusiva, como si el resto de España no tuviese que ver con el levantamiento y guerra de independencia³, rebajando su importancia histórica y no como en Alemania, por ejemplo, donde celebran los días 16 al 19 de octubre conmemorativos de la batalla de Leipzig o de la liberación nacional.

Se trata de sentimientos que han quedado un tanto estigmatizados en la cultura

¹Me refiero a la cultura histórica y no de historia o desarrollo histórico para determinar la imagen, la mentalidad, el parecer mutuo entre ambos países, los “por qué” de una rivalidad llena de suspicacias no tanto a nivel oficial como popular.

²Sentimiento nacionalista francés pero circunscrito a los parisienses.

³A nivel personal, cuando he visitado algunas provincias como León, Soria, La Rioja, en todas desde el valle del Tietar a Astorga, desde Haro en Burgos o Agreda en Soria existe una historia oral de los saqueos y represalias francesas en cada localidad, transmitidas generacionalmente hasta el presente.

popular española, a modo de arquetipos nacionales; como exponer por qué el ancho ferroviario ibérico era distinto del *standard* europeo en 1856, cuando se dieron los primeros impulsos para una red ferroviaria nacional. Así, se llegó a comentar que si era distinto nuestro ancho era para evitar una nueva invasión francesa de España, aunque no fuese verdad sin tener en cuenta las razones orográficas.⁴ Lo expuesto puede sonar irrelevante hasta cierto punto hoy, pero no tanto si se suma al nacionalismo imperante en aquel momento, el concepto romántico de honor y dignidad nacional de aquel momento. Hay una historia enfrentada que ha llegado a calar en la opinión pública, desaparecidos en la actualidad, por dos factores psicológicos al menos:

A) De un lado, por los falseados presentismos y buenismos, que hacen olvidar un tanto artificialmente esos elementos seculares de incomprensión mutua, a pesar de los intentos de acercamiento de los hispanistas franceses y la colaboración política.

B) Luego, tales diferencias se han ido superando no solo por el deseo de superar políticamente los inconvenientes de la vecindad histórico-geográfica, sino por el conocimiento mutuo. De esa forma se han ido superando los tópicos y las generalizaciones gracias a una mayor cultura, a la oportunidad de visitarnos.

También ha contribuido al acercamiento entre ambas naciones, una necesaria voluntad de convivencia y búsqueda de intereses comunes. Sin duda, la época de Eugenia de Montijo se encuentra en ese pleno desconocimiento popular entre ambos países, una distancia mental a pesar de nuestra proximidad geográfica y la alianza política, pero dentro de un retorno a los ideales bonapartistas. Así, a pesar de la estampa pintoresca de España, atractiva, desenfadada e incluso, a veces, de admiración sobre la presunta bravura e indomabilidad de sus habitantes que había proporcionado la literatura de viajes tan en boga entonces, existe por otra parte esa idea de superioridad como expresaba Sarrailh un tanto condescendiente o paternalista en su *España Ilustrada de la última mitad del siglo XVIII* exponiendo que al fin y al cabo la ilustración era un instrumento francés de regeneración para España, ya que la ilustración española era deudora de la francesa, en la medida en que aquella estaba debajo de esta.

⁴Una anécdota podría ilustrar esta rivalidad histórica franco-española, posiblemente de vecindad, al igual que nos ha ocurrido con Portugal, si bien al revés. Me refiero a los abucheos de los franceses contra Alfonso XII en 1883 a su paso por París, tras declarar su apoyo a Alemania, en una gira europea... insultos que hicieron que el ayuntamiento de Lijar declarase por su cuenta la guerra a Francia, naturalmente sin consecuencias. Pero el malestar en España era general, si bien en distinto grado como podemos suponer.

El testimonio de los ilustrados no siendo el mismo que el de los viajeros dejó un marcado interés, más allá de lo folclórico desde Víctor Hugo y Alexander Dumas a Prospero Mérimée. Éste, que frecuentaba la amistad de Eugenia, encontró un cierto parentesco entre su *Carmen*, y la propia emperatriz, una imagen mundialmente famosa por la opera de Bizet. España daba una imagen controvertida: de país salvaje, exótico, pobre, mal administrado, con una historia llena de grandeza, respecto de un país que por el contrario era rico, parecía alcanzar la cima de su influencia y protagonismo en Europa; algo que el mismo bonapartismo quería proporcionar como en sus mejores tiempos. De ahí, que la granadina Eugenia de un lado parecía proceder de aquella España romántica y un tanto salvaje. Era difícil que fuese asimilada e incluso querida por el pueblo francés. Eugenia procedía de los más altos linajes de la nobleza española, al estar emparentada con la casa de Alba y por tanto con la grandeza de España. Pero ella era en Francia una extranjera, conocida con el sobrenombre despreciativo de “*la Bandiguette*” o la aventurera. Era un pseudónimo usado sobre todo por los opositores republicanos y los sectores revolucionarios tradicionales, que se hizo popular para hablar del ex carbonario, conspirador, intrigante, mujeriego Luis Napoleón, en honor al masón que proporcionó la ropa de albañil con la que huyó Luis Napoleón del fuerte de Ham, tras una fallida intentona golpista, en mayo de 1846.

El propio Emil Ludwig pone en boca del canciller von Bismarck los mayores elogios hacia la emperatriz, a modo de *gentleman*. El canciller elogiaba su inteligencia y hermosura, pero sus virtudes “no se correspondían con el pueblo francés”⁵ que Bismarck a su vez despreciaba y concretamente al parisino. Sabía que había un amor no correspondido. Lo que no quita para que el prusiano defendiese sus intereses en el momento preciso. Otros como von Moltke en sus *Memorias* sobre la guerra franco-alemana, ni la nombra siquiera. De esa manera también aparecía como una aventurera que alcanzaba el trono de Francia. Para ellos representaba una ultramontana, una católica radical⁶, cuya vehemencia condicionaría en exceso la política del ambicioso pero titubeante y contradictorio Luis Napoleón. Un hombre de una psicología compleja: autoritario en apariencia, culto, socialista utópico, proclive a las necesidades sociales, voluble, erotómano, amante

⁵LUDWIG, Emil (1979) *Bismarck. Historia de un luchador*. Barcelona. Juventud, p. 113.

⁶Eugenia fue uno de los primeros avales de Bernadette Soubirous, la pastora de los milagros de Lourdes. De hecho, en cierta ocasión en que su hijo cayó enfermo, Eugenia rezó a la Virgen de Lourdes y el príncipe curó. La vida de Eugenia esta llena de profecías y pasajes de naturaleza parapsicológica en este sentido. Sus biógrafos mezclan tanto admiración como crítica a lo largo de los dos últimos siglos como MAUGET, Irénée (1909), *L'imperatrice Eugénie* Paris. Librairie Ooldendorff; AUBRY, Octave (1931) *L'Imperatrice Eugénie*. Paris. Flammarion; BRETON, Guy (1972) *Eugenia y sus sucesoras*. Barcelona, Bruguera; SMITH, William (1990), *Eugenia de Montijo*. Madrid. Espasa Calpe; CHAUVEL, Genèvieve (2001) *Eugenia de Montijo*. Barcelona. Planeta-DeAgostini; DES CARS, Jean (2003) *Eugenia de Montijo. la última emperatriz*. Barcelona. Ariel; MICHELET, Máxime (2020) *L'Imperatrice Eugenie. Une vie politique*. Paris. CERF.

del lujo, de las grandes fiestas cortesanas, con un singular afán de protagonismo. Natacha Molina, expone como el propio hijo de la emperatriz, Eugenio-Luis Napoleón con siete años, tras una pequeña regañina e influido por el boato y la cultura cortesana de aquella corte de opereta replicaba a su madre, reprochándola su españolidad: “¿Por qué no sois más francesa?”⁷.

Su imagen iba a ser paradójica. Fue una mujer que ambicionaba protagonismo político, que amaba Francia sinceramente y a sus dos Napoleones, sin ser correspondida ni por uno ni por otro, como se merecía, al menos. En cierto modo para el pueblo francés era mezcla entre una nueva Ana de Austria y una María Antonieta, solo que aquella española era en la realidad más sosa e intrigante y menos agraciada, mientras que Eugenia poseía por su belleza una presencia o un porte de mayor majestad y una personalidad más preclara, destacando por ser una mujer culta, inteligente, mecenas y protectora de las artes. No en vano desde su llegada a París de manos de su ambiciosa madre Manuela, ya conocía a Stendhal y Merimée desde 1850.

Estas relaciones la ayudaran a alcanzar la corte. Eugenia no era Ana de Austria, pero tampoco la sensual y lisonjera Teresa Cabarrus de padre afrancesado como Eugenia⁸ ni una María Antonieta. Esta última, “la austriaca”, representaban aquella mujer, que no servía para reina, cuando se dispuso a serlo era tarde, pues hablaba más de la cuenta y dio una imagen que no se correspondía con la realidad de su vida cortesana y privada; lo que, sin duda, como pensaba su hermano el káiser Leopoldo, ayudó sin querer a su propio fin, según expuso Stefan Zweig en su biografía. Eugenia quería gobernar, su destino era ese. El temperamento de Eugenia no se correspondía con ninguna de ellas. Desde el principio, apoyó las empresas de su marido de manera firme, haciéndolas suyas para mayor gloria de Francia, a la que juró servir, sin olvidar su primera patria, consciente de su responsabilidad como emperatriz, aunque fuese consorte. Ella buscó el prestigio de Francia desde la Guerra de Crimea (1853-1856) y la aventura de la Conchinchina (1858-62) hasta el mismo conflicto franco-prusiano. Estas empresas alternaron victorias y fracasos como la expedición a Méjico (1862-67), intentando conjugar los intereses de Francia con el imperio católico de Francisco José. Si bien, unos años antes

⁷MOLINA, Natacha. (1978) *Eugenia de Montijo*. Madrid. Circulo de amigos de la Historia, p. 136.

⁸Su padre era Cipriano de Palafox y Portocarrero e Idiaquez, conde de Montijo y Teba duque de Peñaranda, hermano del famoso “tío Pedro” del motín de Aranjuez al lado de Fernando VII, con grandeza de España, que luchó junto a José I Bonaparte, afrancesado y masón. El apellido Palafox no debe confundirnos, no tiene que ver con el héroe de la resistencia de Zaragoza, José de Palafox y Melci. Citado por James FITZ-STWARD y FALCÓ, duque de Alba, el 15 de julio de 1941 en *The Ark*, siendo embajador español. Véase file:///C:/Users/Javier/Downloads/la-emperatriz-eugenia%20(1).pdf

ese viejo deseo de la política napoleónica de emancipación de las nacionalidades había impulsado a Napoleón al enfrentamiento bélico (1859) con el imperio Habsburgo, en defensa de la unidad italiana e incluso después llevó a otro extraño acuerdo con Bismarck, en octubre de 1865, para arrancar el Veneto a Austria y darla a la emergente Italia, en tanto resultado de la guerra austro-prusiana de 1866. Además de Italia, Prusia saldría beneficiada por ser el país victorioso y el donante de esta región, pero Francia no iba a sacar nada, por lo menos de forma inmediata.

Eugenia se opuso, en la certeza de que defender la unidad de Italia significaba abandonar al Papa, además de alimentar el distanciamiento con la católica Austria, que tuvo que combatir en dos frentes en la guerra de las siete semanas. Cabría expresar que el miedo al desacierto en ella servía de estímulo a la duda en él; quizá en la creencia de que en el riesgo estaba el éxito, siguiendo el viejo adagio latino *Audaces fortuna iuvat*, para mantener vivo ese protagonismo... La idea de que Francia y él estaban unidas a un destino glorioso, una herencia sin duda de su imperial tío, Napoleón el Grande, cuya época trataron de resucitar.

Eugenia fue regente en varias ocasiones 1859, 1865 y 1870, pero no dominó el peso de las circunstancias ni pudo sacar una experiencia de gobierno que la avalase lo suficiente, al menos, para soportar la peor crisis de la historia de la Francia contemporánea. Su cultura política es difícil de determinar, borrando el tópico de que una mujer bella no puede ser inteligente, y viceversa. En la complicidad de aquel matrimonio, que no lo fue por interés, sino por amor. En él, ella representaba la voluntad, el motor de toda acción. Eugenia era culta e inteligente, pero no pudo contener la avalancha de sucesos que se le vino encima. Sin duda una crisis de tales consecuencias tenía una culpa compartida; sus experiencias como regente fueron cortas, en medio de unas circunstancias muy diferentes. Magenta no fue Sedan. Además, cada una de las veces que se puso al frente del Consejo, no llegaron a mes y medio⁹ y no supo frenar el fin de un régimen deteriorado y contradictorio, al que le fallaban sus fundamentos. La derrota de Sedan desnudó las deficiencias del sistema e hizo estallar sus contradicciones, semejante a lo que ocurriría con el 98 español.

El giro de la historia no la favoreció como mujer de Estado. En ese sentido era comparable la relación entre el débil Nicolás II y la fuerte personalidad de Alejan-

⁹La primera de ellas fue con motivo de la intervención militar de Francia en Italia, pero Napoleón no se pondría al frente del ejército hasta las vísperas de Magenta el 4 de junio. El 23 día de Solferino todo había acabado, ya que el tratado de Villafranca se firmó pocos días después. La regencia se limitó a disfrutar las mieles del triunfo. La segunda fue con motivo del viaje de Napoleón III a Argelia entre mayo y junio de 1865, solo unas semanas y no había problemas de envergadura a cubrir. Quizá ninguna de ellas aportó una experiencia para contener lo que acontecería entre el 27 de julio y el 4 de setiembre de 1870. SMITH, William (1990), *Eugenia de Montijo*, Madrid, España, pp. 100-105.

dra; salvando las distancias. Si no fuese por que Nicolás era fiel a su esposa y un buen padre para sus hijos mientras Napoleón era un adúltero compulsivo. Ambas parejas regias tuvieron un final trágico, pero si en el de Nicolás y Alejandra las consecuencias de su reinado no se hicieron esperar, para Eugenia y Napoleón, fue un destino distinto, algo mas inesperado. Ciertamente, en ambos casos la fallida política exterior se tradujo a malestar en el interior, al igual que aconteció en otros sitios como en la Italia de Crispi en 1896. tras Adua. Eugenia se vio influida por esta dualidad que alcanzaría su vida privada.:

1) En tanto emperatriz, desde su estatus o su condición política, es decir desde sus obligaciones y deberes, pero en tanto consorte entre un estado autoritario y un deseo de democratización, de liberalización, del que parece enemigo, en defensa de su patriotismo.

De aquí, derivan críticas a su exceso de celo, extralimitación de funciones o simple contraste entre dos caracteres uno abierto, espontáneo, vehemente y otro taciturno, débil y contradictorio y hedonista en exceso.

2) Como mujer en un mundo de hombres¹⁰, donde convivieran Ollivier, Gramont, Gambetta, Benedetti o el propio Otto von Bismarck, aunque pueda sonar tópico, sobre todo desde la óptica presente, al margen de toda ideología de genero naturalmente¹¹. Algo que yo no puedo compartir, dado que no debemos exportar nuestra visión actual sobre aquella sociedad y sus valores. Cabe situar el papel de una mujer -no francesa- en la política nacional

3) Por último, ella fue testigo del final de la dinastía Bonaparte en Francia; pues, tras la prisión de su marido en Alemania, habría de sumarse la muerte del propio Luis Napoleón en su post-operatorio en Londres, a escaso año y medio de la derrota de Sedan. Luego, vendría la muerte del propio heredero, Luis Napoleón Eugenio, no en la batalla de Isandlwana que se produzco el 22 de enero de 1879, sino en una emboscada posterior, el primero de junio de 1879, en la llamada segunda guerra anglo-zulú. Una guerra que beneficiaría a otros sin duda.

El príncipe estaba deseoso de resucitar las hazañas de su tío abuelo. Pero participó en un conflicto, en el que la Gran Bretaña tenía gran interés por situarse

¹⁰Similar a la suerte de Isabel II de España, que tampoco pudo gobernar, y paso a ser objeto de chanzas y burlas despiadadas, caricaturizándola de ninfómana, igualmente en un mundo de hombres y espadones.

¹¹Cfr. por ejemplo Aula de Verano (2010). *Isabel II y la mujer en el siglo XIX*, Madrid. Ministerio de educación, ejemplo de una mujer que no pudo reinar, en este sentido el discurso de Prim del 11 de junio de 1870 fue considerad un poco injusto.

en el *hinterland* de su expansión natural hacia el sur, para unir el ferrocarril y el telégrafo entre el Cairo y el Cabo. De manera que quedaba todo su territorio entre el Nilo, el Mar Rojo y la India. Aquí, trataré de exponer y analizar, si cabe las distintas muertes que tuvo que padecer la española convertida en emperatriz consorte de Francia Sin duda Eugenia no tuvo un solo un final como persona, ella vio desaparecer o morir en su rededor no solo su imperio y sus seres queridos, sino el final irreversible de una época. Un momento que hacia recordar esa idea calderoniana de que la *Vida es sueño*. A partir de la muerte de su único hijo, del que hubiera sido Napoleón IV, Eugenia tuvo que limitarse a contemplar la vida y los sucesos como si estos constituyeran parte de una película en la que ella solo podía mirar, su participación en la historia había pasado ya. En su *Diario* íntimo llega a escribir un año antes de fallecer:

“Tengo más de noventa y tres años y estoy cansada de este largo errar por un mundo que se vacía. Solo vislumbro sombras, y yo misma me estoy convirtiendo en una sombra más”¹².

Atrás quedaba el boato y esplendor de la inauguración del Canal de Suez en 1869, al son de las trompetas de la Marcha triunfal de la *Aida* de Verdi. Su muerte casi centenaria supuso una liberación, un fenómeno parecido al de otra mujer desgraciada: Isabel de Baviera, la legendaria Sisi, al ser apuñalada en Ginebra en 1898. No llegó a ser su caso el de la bávara, pues, Eugenia no fue presa de ninguna maldición conocida sobre su familia; a pesar de que su destino fuera pronosticado por alguna vidente; Cristina Morató la incluye en su libro *Reinas malditas* (2015).

Eugenia además de su marido y su hijo, tuvo que padecer la muerte por tuberculosis en 1860. de su muy querida hermana Paca. Es decir, María Francisca, consorte de Jacobo Fitz Stuart, duque de Alba y que hubiera sido duquesa de Alba de haber sobrevivido a su esposo, lo que no ocurrió. Tras la desaparición de sus seres queridos, Eugenia pasó cuarenta años de luto riguroso contemplando el paso del tiempo sin interferir en la política de Francia. El mundo que llegó a conocer se derrumbó. No había vuelta atrás. Pocas semanas después de salir de Francia para el exilio estalló la rebelión de la Comuna, el 18 de marzo, bautizada como *Guerra civil* por Marx y Engels, en plena primera Internacional obrera. El hecho obligó a clausurar sus asambleas de forma precipitada, aunque los hechos se limitaron a París¹³, el efecto fue tremendo con más de 100.000 víctimas. Su recuerdo permanecería años. La Commune supuso el broche de oro a la catástrofe

¹²Citado por CHAUVEL, Genèvieve (2001) *Eugenia de Montijo* Barcelona. Planeta-DeAgostini, p. 14, si bien no se ha encontrado el citado *Diario íntimo*.

¹³Oficialmente París es el epicentro del movimiento *communard*, pero Louis FIAUX, *Guerre civile de 1871*, G Charpentier ed, Paris. 1879, añadió alteraciones en otros puntos como Lyon, Burdeos, Marsella, pp. 245 y ss. Sobre la sociedad francesa en vísperas de la Comuna ver los últimos

de la guerra con Prusia, y el renacer de los terrores revolucionarios. El aparente bálsamo de *La belle époque* y la filosofía de ese mal de “*fin de siècle*” combinaron el espíritu de decadencia con el auto-análisis de la culpa; ambos vinieron a esconderse entre los sonos estrepitosos del *Can Can* de Jacques Offenbach, dentro de los cambios gigantescos de una sociedad llena de contradicciones, de manos de la segunda revolución industrial. El triunfo de la sociedad burguesa quedó patente en la consolidación de la III^o República.

El hecho de que el conservadurismo de Thiers o McMahon, los artífices de este nuevo régimen, parecía haber proporcionado esperanzas a los monárquicos, quizá por que ellos eran conservadores y habían sido prohombres del imperio, pero no era más que un espejismo¹⁴. En 1881 las elecciones dieron el triunfo a los republicanos radicales, la división del país sería una realidad. Los principios de la ilustración y de la revolución exaltaron a aquellos nuevos burgueses a favor de un estado laico, arremetiendo contra el resurgir de la vieja Francia, la católica, conservadora y tradicional. Como fue al tomar como pretexto el comienzo de la construcción de *el Sagrado Corazón*, para conmemorar a los caídos en la guerra franco-alemana y las víctimas de la comuna. Divisiones que parecían invitarla a volver y encabezar a la Francia católica, pero sin fuerza moral ya ni apoyo. En 1902 ganaría la coalición republicano-socialista, recrudeciendo la pugna entre clericalismo y anticlericalismo provocadas por Clemenceau, Combes o Waldeck-Rousseau. Ya no cabría ninguna posibilidad de volver a un régimen monárquico.

Aunque legitimistas y bonapartistas convivieran y fueran hasta numerosos, la república fue encorsetando a toda Francia en una única razón de ser, mal que bien. La separación Iglesia y Estado marcó un difícil equilibrio dentro de un espíritu laico, un estado unitario, heredero del espíritu jacobino de la revolución. Una unidad un tanto artificial, como luego se mostraría con el affaire Dreyfus (1894-1906) y los escándalos económicos que jalonaron su desarrollo, dividiendo a la clase intelectual y la opinión pública como denunciara Julien Benda años después en su *Trahison des clercs* (1927). Una división no superada hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y la presidencia de la V república con el general De Gaulle. Como aconteciera en los Estados Unidos tras la guerra de secesión (1861-65) al imponerse el Norte industrial sobre el sur agrario el país cambiaría sustancialmente, se reimpulsaba la unidad territorial con la expansión hacia el Oeste, por medio del ferrocarril. Eugenia veía estos avances que salpicaban a todo occidente. En otros países se producirían cambios sustanciales, como

capítulos de CHAVES PALACIOS, Julián; LÓPEZ MORA, Fernando (2013), *El Segundo Imperio francés (1852-1870)*, Córdoba, Universidad de Córdoba..

¹⁴MAYEUR, Jean Marie (1989) *La troisième république*. Paris. Pont Du Seuil, p. 17.

expondría Lampedusa acerca de las transformaciones ocurridas en Italia en su obra cumbre, el *Gatopardo*, con la unificación se pondría de manifiesto, algo más que un cambio generacional; especialmente patente en la nostalgia del príncipe Fabricio Salina que contemplaba como su viejo mundo aristocrático va siendo reemplazado por otros valores, otra forma de ser emergente.

Así tanto fuera como dentro de Francia el mundo pasaba a una nueva dimensión, a otra y muy distinta realidad política, el final del romanticismo y la aplicación de una política pragmática. La Alemania de Bismarck era el nuevo árbitro dentro de la llamada *realpolitik*, una edad de paz y de prudencia, si bien también de equilibrio precario, basado en un nuevo derecho internacional dentro de una era materialista basada en la fuerza, en desigualdades, pero cuyo auténtico perfil sería diluido por los colores del Moulin Rouge o le Folie Bergère hasta el estallido del *Gross Bertha* y de nuevo el eco rítmico de las botas germanas sobre París, que como sabemos, no sería la última vez.

II. ANTECEDENTES DEL DESASTRE DE 1870. SADOWA Y SUS CONSECUENCIAS.

Antes de que estallase la cuestión sucesoria en relación con la candidatura al trono de España de Leopoldo de Hohenzollern y el telegrama de Ems, como *leit motiv* o *casus belli* del conflicto franco-alemana de 1870, cabe exponer que el marco general de las tensiones franco-prusianas se remitía a 1866, es decir al impacto que tuvo la derrota austriaca frente a los prusianos en Sadowa-Konigratz, el 3 de julio en la guerra austro-prusiana, un suceso que abre la influencia prusiana a toda centro-Europa, .

Un viejo imperio que parecía reposar en los laureles gloriosos del pasado, una potencia de reconocido prestigio de no ser por su derrota en Solferino, era batida y humillada por completo por un país, relativamente nuevo. El significado de esta batalla es tan importante como el que después alcanzaría, para Francia, el trágico nombre de Sedan. El tradicional imperio austro-húngaro pasaba definitivamente a un segundo plano y abandonaba el arbitraje sobre los estados germanos de la Confederación del Rin y necesariamente el de centro-Europa, si no fuera porque Bismarck recuperaría la amistad en una futura “alianza nibelunga” en la creación de la Liga de los tres emperadores (1872) inicio de sus sistemas de control de la paz. Un compromiso para restablecer el status quo en el corazón de Europa, germen de su sistema diplomático posterior. Pero, lo cierto es que el descenso de Austria viene dado por el ascenso de Prusia. Podemos asegurar casi que la decadencia de Viena vendría dada por la derrota, del mismo modo que la *belle époque*, nace del desastre de 1870, como fenómeno genérico es consustancial a

la decadencia de Francia, estableciéndose una especie de reclusión, de repliegue sobre si mismo. Así pues, 1866 es un año clave para:

a) Las relaciones internacionales y especialmente para las relaciones entre Prusia, Francia y Austria.

En *Les origines diplomatiques de la guerre de 1870-71*, se parte por ejemplo de octubre de 1867¹⁵. Guy Breton expone algo similar en el tomo X dedicado a Eugenia de Montijo de su *Historias de amor de la Historia de Francia*. Tomo X¹⁶, asimismo Javier Rubio en su memorable *España y la Guerra de 1870*¹⁷ igual. La derrota de Sadowa ponía en jaque la futura conducta de los estados alemanes en general y los del sur en particular, católicos e históricamente influidos por Francia desde época napoleónica. Baviera, Baden, Wurtemberg en el antigua Palatinado y Hesse que por conciencia o conveniencia vieron la necesidad de ser alemanes sobre todo y abandonar las viejas veleidades francófilas.

b) La emperatriz que quiere desquitarse de la fallida empresa mexicana¹⁸, por la que había perdido reputación y veía el momento de recobrarla; al tiempo que, dolida por haber dejado a la católica Austria a su suerte frente al prusiano; buscaba a su vez, el momento de redimirse por un lado ante ella... ¿Si lo hacia, también iba a recuperar el amor de su pueblo, cuando la nación francesa nunca la había aceptado del todo?

Ponerse del lado de su fe católica parecía oponerse al prusiano protestante y de paso ganarse a todos los demás: al pueblo francés en primer lugar, a su marido, a los austriacos y a los italianos. Difícil cuestión, porque ganarse a los italianos no era ganarse al Papa, que se consideraba preso en el nuevo estado y viceversa. Para ser emperatriz consorte, sus responsabilidades parecían quedar en unos límites que no le daban demasiado margen de maniobra, y si los rompía, parecía excederse de sus funciones. La cuestión estribaba en si necesitaba mas poder o una mejor consideración por sus allegados para alcanzar sus objetivos.

¹⁵En concreto el tomo I va del 16 de octubre al 9 de diciembre. Se trata de una gran colección de 29 volúmenes que culmina el 14 de agosto de 1870. Ministerio de Asuntos Exteriores. *Origines diplomatiques de la guerre de 1860-71*. Paris. 1913-1932, 29 volúmenes.

¹⁶BRETON, Guy (1972) *Eugenia y sus sucesoras*. Barcelona. Bruguera. Tomo X.

¹⁷RUBIO, Javier (1989) *España y la guerra de 1870*. Madrid. Biblioteca Diplomática española. 3 vols.

¹⁸ Todavía resulta un sugestivo acercamiento al Imperio mexicano y la ayuda francesa la obra de LUCA DE TENA, Torcuato (1990), *Ciudad de México en tiempos de Maximiliano*, Barcelona, Planeta.

c) A Prusia se la tenía miedo, era el enemigo secular desde la derrota de Rossbach en época de Federico el Grande, y otro eco del odio heredado de la época napoleónica; a partir de 1866 su influencia, poder y capacidad de expansión volvían a poner en peligro las fronteras del Rhin.

Por lo que Napoleón buscó el apoyo y alianza de los países francófonos Bélgica y Luxemburgo¹⁹. Es muy posible que, en Francia se pensara que, tras lo ocurrido en Sadowa, sería necesaria hacer algo, pues de lo contrario, ellos serían los siguientes²⁰.

El *status quo* quedaba amenazado por la potencia emergente, porque cabe entender qué si “el imperio era la paz” para un Napoleón III, que no estaba en sus plenas facultades, según sus contemporáneos, ésta se debía fundamentar en la hegemonía francesa sobre Europa y tal supremacía estaba en juego. Ahí coincidían Napoleón y su esposa Eugenia, si bien en distinto grado o desde distintas posiciones: para la consorte si la seguridad se basaba en la hegemonía de Francia, esta a su vez descansaba en la unidad católica, en la confesionalidad como ideología de unión de intereses. La cesión del Veneto a Italia, pactada por Napoleón y Bismarck en Biarritz era sobre todo un pretexto del segundo para ganarse la neutralidad del primero, mientras Napoleón aplicaba el principio, la defensa de las nacionalidades, según sus acuerdos entre el 4 al 12 de octubre de 1865, completando la unidad italiana, en caso de victoria prusiana en la guerra austro-prusiana hizo realidad el acercamiento italo-prusiano mas que el franco-italiano. El vencedor era Prusia e Italia parecía sentirse más segura con el nuevo arbitro, un país sino joven en vías de renovación como la propia Italia.

Con lo que ambos arbitrajes el francés y el prusiano tendían a enfrentarse. Se hacia patente de igual modo, que la amenaza sobre Francia ya no procedía del oeste, como expusieran Alfred de Musset y Lamartine, el enemigo estaba situado en el este. El propio Alejandro Dumas padre, escribía *La terreur prussienne* (1869) pocos meses antes de morir, y de comprobar como entraban en Francia y concretamente en su localidad natal. Napoleón y la generación de políticos en su rededor Benedetti, Thiers, Gramont entre otros muchos, acusaban la alteración del equilibrio europeo ante una Prusia emergente. ¿Por qué, si resulta que estamos en pleno auge de las nacionalidades, de cambios de fronteras?

¹⁹RENOUVIN, Pierre (1989) *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid. Akal, p. 280, y WAWRO, Geoffrey. “La senda de la guerra. Bismarck, Napoleón III y los orígenes de la guerra franco-prusiana”. Zaragoza. Asimismo, VV. AA. *La Guerra franco-prusiana*. (I) *El ocaso de Napoleón III*, Desperta Ferro, nº 13 (2014), pp. 12-13

²⁰WELSCHINGER, Henry (1891) cita en este sentido una conversación entre el ex cónsul americano, Mr. Schulz en Madrid con Bismarck en un encuentro en Berlón, donde el canciller le expone que “llegara el turno a Francia, si tendremos una guerra, pero nos la proporcionara el mismo Napoleón”, en *La guerre franco-allemande. Causes et responsabilités* Tome I, p.1.

Aquel temor a que una potencia pusiera en peligro la paz o el equilibrio europeos era en parte una falacia, porque -al fin y al cabo- era el signo de la época. La misma unidad italiana era una alteración del equilibrio, pero naturalmente era una creación italo-francesa. Lo ocurrido en los Balcanes entre 1848 hasta la guerra de Crimea incluida era otra alteración. Creer que Prusia era un obstáculo para la paz era una aprehensión que iban a experimentar los estados germanos inicialmente respecto de Francia. La crisis del Rhin acaecida en 1840 se recrudecía. Los años 60 iban a ser especialmente conflictivos en el ámbito de nuevas tensiones. El caso italiano era uno de estos fenómenos, como señaló Adolph Thiers en un discurso ante el Cuerpo Legislativo en 1867 al “Haber ayudado a crear al otro lado de los Alpes una poderosa nación de 23 millones de habitantes potencialmente era un error”²¹. El mismo Napoleón en la primavera de 1870 reconoció ante el ministro Malmesbury que había cometido un gran error político, contribuyendo a la fundación de un importante reino mediterráneo²². Italia constituía en verdad, en los años anteriores a la guerra de 1870, un apreciable foco de potencial inestabilidad en Europa, y concretamente para Francia, quizá más aún por su proximidad geográfica, su vecindad. La nueva potencia era una importante fuente de preocupaciones, especialmente entre Eugenia y Napoleón, ya que se había hecho a expensas de la llamada cautividad babilónica de la Iglesia, desde el momento en que las tropas piemontesas entraron por la Porta Pia el 20 de setiembre de 1870, ya que los soldados franceses evacuaron Roma cuando estalló el conflicto franco-alemán.

A continuación, tuvo lugar el apartamiento y el *ralliement catolitique*, y presentando el tema de la unidad como un conflicto entre el mundo laico sobrepuesto al católico, al margen de la catolicidad de los italianos, máxime cuando eran los días del gran Concilio. Al solicitar Napoleón a Bismarck la devolución del Veneto a Italia en octubre de 1865, parecía que el francés buscaba compensar los errores del pasado, pero lo que hizo fue abrir la vía diplomática prusiana hacia el sur. Poco más tarde sería Bismarck el que trató de controlar el emerger del estado italiano, creando una alianza que llevaría a ampliar el *status quo* de centro-Europa al Mediterráneo, creando el tratado de reaseguro más tarde.

La temática de estos comportamientos era paradójica: si la ayuda a Italia había producido la anexión de Saboya y la Provenza a Francia, era porque Napoleón no

²¹”*Memoirs of the empress Eugénie. Compiled from statements, private documents, and personal letters of the empress Eugénie. From conversations from the emperor Napoleon III and From family letters and papers of general Fleury. M Franceschini Pietri, prince Victor Napoleon and other members of the court of the Seconde Emprrie*, Vols. I y II. D. Appleton and Company. New York. London 1920 Javier Rubio, *España y la guerra de 1870*. Madrid. Biblioteca Diplomática, Tomo II, p. 164. Cfr también RUBIO, Javier (1989), *Op cit.*, p. 609.

²²GUÉRARD, Albert (1943) *Napoleon III.*. Harvard Press University. Massachussets, p. 372.

deseaba un estado demasiado poderoso al Sur de su frontera, y sin embargo sobre el principio de las nacionalidades para completar la unidad concedía el Veneto a Victorio Emanuel II, si ganaba Prusia a Austria. ¿De haberse producido lo contrario, el Veneto hubiera quedado en el seno de Austria, violando el principio de las nacionalidades que decía defender el emperador francés o hubiese habido otro conflicto? ¿Hubiese ido otra vez a la guerra contra la católica Austria, y conseguido la neutralidad de Prusia en consecuencia? Quizá Prusia se hubiese negado. El caso es que, en plena crisis de México, negativa para las relaciones austro-francesas, Napoleón solicita de Bismarck, completar la unidad italiana en detrimento de Austria. Y si esta política era para recabar prestigio, fomentar la hegemonía de Francia, sobre una paz duradera, estaba claro que, crearse enemigos no era el camino. Si Italia había puesto de manifiesto la vulnerabilidad del equilibrio, el conflicto austro-prusiano iba a acentuarlo.

Prusia y Austria tenían asuntos pendientes de 1848-1850 por su rivalidad para dirigir la Confederación Germánica, asunto que se recrudece en la década de los sesenta, especialmente tras el acceso de Bismarck a la cancillería prusiana. Aunque actúen de común acuerdo, si Austria interviene en este asunto es porque no desea que Prusia sea la única beneficiaria, Viena aún se cree la potencia de mayor peso e influencia en los estados germanos y pretendía aprovecharlo. La iniciativa prusiana debía ser vigilada, especialmente al querer prolongar el espíritu de Olmutz (1850) por el que se había obligado a Prusia a retirarse en un conflicto en el seno de la Confederación²³.

La retirada de las fuerzas prusianas fue considerada una humillación, pero entonces Austria tenía la fuerza y el prestigio, nada se podía hacer. Derrotada Dinamarca en el conflicto de los ducados de 1864, aun hubo un convenio en Gastein el 14 de agosto de 1865, de carácter provisional, por el que ambas potencias se repartirían Schleswig-Holstein y Launemburgo. Así que, las ambiciones de Dinamarca sobre Schleswig-Holstein entre 1850 al 1864 también suponían otra violación del citado equilibrio o paz europeos. Tanto Bismarck como Francisco José se ampararon en los acuerdos de Londres para intervenir en la guerra de los ducados (1864) defendiendo el *estatus quo* en centro-Europa. Al mismo tiempo ambos monarcas, inicialmente, aseguraron o pretextaron la autonomía de los ducados respecto del rey de Dinamarca, así como la defensa de los principios de la Dieta de Franckfut, los protocolos de Londres y los mencionados acuerdos de

²³La llamada afrenta de Olmutz, por la que Austria en 1849, entonces más fuerte que Prusia invitó a su futura rival a abandonar la Unión de Erfut y dejar a la Confederación del Rin bajo la influencia de Viena, los conflictos internos dentro de la renacida Confederación como el surgido entre Hesse y Baviera, serían resueltos por Austria no por Prusia, a la que se invitó a replegar sus fuerzas desplegadas. RENOUVIN, Pierre (1989) *Historia de las relaciones internacionales*, Op cit., p. 280.

Olmütz (1850); cuestión que se convertiría en la razón del enfrentamiento austro-prusiano de 1866.

Bismarck había maniobrado hábilmente y calibrado el peso real de la dieta de Franckfurt o lo que es lo mismo de la Confederación del Rin, después Prusia se apropió de los ducados, pero no importaba, ellos habían proporcionado la razón de ser del equilibrio. Bismarck llevó a cabo una doble tarea: De un lado, inducir a la opinión pública en los ducados contra la ocupación austriaca, usando la prensa, al tiempo que proponía en la primavera de 1866 a la Dieta de Franckfurt la reforma del pacto Confederal de 1815, intentando relegar la influencia austriaca. Austria, al verse postergada y humillada, declaró la guerra el 14 de junio a Berlín, produciéndose la guerra de las siete semanas. En la semana del 3 al 6 de julio es totalmente derrotada en Sadowa-Königgratz, Bismarck se apresuró a una paz rápida, cumplidos sus objetivos, en Praga el 23 de agosto. El ejército prusiano se mostró muy superior en armamento gracias al fusil de retrocarga y aguja Dreyse frente al mosquete de avancarga que aún usaban los austriacos, sin contar con la superioridad del armamento medio y pesado Krupp o capacidad de maniobra, movilización y coordinación entre los distintos puntos de guarnición. Se trataba de demostrar quien mandaba, pero sin aplastar al rival, mantener una línea suficiente de entendimiento, que Bismarck utilizaría a su favor, a la par que llevaría a cabo una política de condescendencia para su nuevo aliado, desde 1872. Sadowa significaba muchas cosas:

- 1) El dominio diplomático e influencia política prusianos no solo sobre la Confederación sino en toda centro-Europa;
- 2) Relegar a Viena en un segundo lugar, derrotada dos veces en el espacio de una década apenas, siendo objeto de su propia decadencia. Una situación similar a la que le ocurriría a Francia tras Sedan en 1870, sin embargo
- 3) Bismarck actuaría de forma que el deseo de desquite de su rival no tendría lugar, al no abandonarlo no le dejaría recluirse aislado para que se lamiera sus heridas, sino que haría una política de atracción de cara a una futura alianza, otorgando un trato de favor...
- 4) La aparición de una potencia militar en el norte, cuya influencia llegaría al Rhin, al Po, y a las fronteras del Vístula es un hecho incuestionable.
- 5) Olmütz quedaba ampliamente superado o zanjado y
- 6) Si hasta 1866 la Francia de Napoleón III había tenido alguna influencia en el centro de Europa, a partir de este momento, desaparecerían y pasaría a Prusia.

7) Quedaba claro para todos los alemanes que la otra potencia en litigio, que disputaba el eje germano-prusiano en el Rin era Francia. De hecho, los estados germanos se veían amenazados por la política imperial de Napoleón. Pero también era una Francia que en el exterior había fracasado en México y buscaba un golpe efectista para satisfacer su hegemonía o mantener su imagen.

Un país que estaba pasando por un principio de liberalización política y de pérdida de prestigio. Que no podía disimular sus debilidades a pesar de sus apariencias, tanto por la creciente oposición en el interior como por su clara postergación en el exterior. Tanto Napoleón III como Bismarck parecían ser garantes del equilibrio en 1865 pero sería por poco tiempo, ya que el choque no se haría de esperar. Lo cierto es que Napoleón quiso revisar a su favor el tema de las fronteras y el estado de Europa de la Restauración, para retornar a la política de grandeza de antaño, un tema acerca del que el estadista prusiano estaba al tanto y trató de impedirlo. Quizá la única garantía real y legítima de ese *status quo* europeo, por la que ambos estadistas pugnaban entre el Rhin y el Po era precisamente la influencia del tradicional Imperio austro-húngaro. Pues, una vez puesto fuera de combate, pasaba a ser la imagen de lo antiguo frente al moderno estado de cosas. Es decir, una potencia débil que tomaría el aspecto romántico, envuelto en los melódicos vales de los Strauss, la imagen de esa decadencia, disfrazada de idílica ensoñación, cosmopolita.

Un imaginario que un joven Hitler observaría como una mezcla de miseria, grandeza y mestizaje²⁴; un camino paralelo por el que la seguiría la Francia posterior al II imperio tras el desastre en Sedan. Las ambigüedades francesas de la política napoleónica adelantarían ese fin, al margen de los intereses de Bismarck, que más que provocar, aprovecharía los errores de su vecino del oeste. El segundo imperio francés, de hecho, se encontraba en plena efervescencia política... Quizá tanto, que hizo temer a Eugenia lo peor, según Guy Breton²⁵, con una opinión pública dividida, una oposición creciente en el paso del imperio liberal al parlamentario. La ausencia de una política uniforme y enérgica en el exterior redundaba en el interior, Napoleón, después de todo, había hecho el juego a Bismarck, al contribuir de forma decisiva a la victoria de su rival, inconscientemente. A fin de cuentas, Napoleón había hecho surgir el Imperio desde un golpe de Estado, una prueba de fuerza, imitando el famoso 18 de brumario de su tío.

Una circunstancia que motivaría la publicación en 1852 de *El 18 de Brumario*

²⁴HITLER, Adolf (2016), *Mein Kampf*, Madrid. Real del Catorce, p. 17 y también recientemente en KUBIZEK, August (2010) *El joven Hitler que conocí*. Barcelona. Tempus.

²⁵BRETON (1972), Op cit., p. 160.

de Napoleón Bonaparte de Marx y Engels, las críticas de Víctor Hugo y de la clase intelectual comprometida. Pero no era posible otro golpe para autoafirmarse²⁶. El bonapartismo no era una monarquía tradicional, legitimada por una historia secular, arraigada, que pudiera soportar como la austriaca derrotas y pérdidas de prestigio, que afectasen sus raíces institucionales, a su propia legitimidad. El bonapartismo siempre había alcanzado el poder tras una situación revolucionaria y luego tenía que mantenerse a través de una agresiva y prestigiosa política exterior. Para el emperador francés una pérdida de prestigio podía redundar negativamente en el plano político interno, en esto estaba acertado, lo que terminó por ocurrir en otros países especialmente en el fracaso de sus políticas coloniales más adelante, en el paso del siglo XIX al XX. Lo que impulsaría a reactivar su política exterior, la consecución de la gloria era indispensable para su supervivencia, y resarcirse de los reveses que ha ido sufriendo, también lo entendía así Eugenia, además de tener en cuenta otras cuestiones personales. según expone Guy Breton²⁷. La competencia por el arbitraje tuvo una primera prueba en el affaire de Luxemburgo y el fracaso de la política de compensaciones que quiso practicar Napoleón, y que trató de obtener precisamente de Prusia.

El primer y más ambicioso objetivo francés era alcanzar la frontera del Rin de 1814. Prusia inicialmente no parecía reacia a que Francia se anexionase el Gran Ducado de Luxemburgo, una especie de garantía prusiana, que hubiera concedido a su rival crear un cinturón defensivo, pero cuando las negociaciones estaban a punto de culminar, Bismarck reaccionó en contra. Pensó probablemente que tal acto de anexión supusiese 1) una amenaza más frente a los estados germanos fronterizos; 2) Veía además con su negativa estudiar la respuesta de su adversario ¿la guerra? en una posición de tanteo; 3) Se convertía en defensor de dichos estados germanos; 4) Evitaba crear una punta de lanza francesa en caso de proyección al Este y 5) desarticulaba la idea de un cinturón defensivo en caso de conflicto, además de imponer su criterio pero no de una forma abierta y escandalosa, sino tácita o lacónica. El caso es que se produjo una situación enojosa para Francia y un estado de tensión, de tal manera que se llegó a creer un conflicto armado²⁸. El compromiso alcanzado en la conferencia de Londres supuso la retirada de la guarnición prusiana de Luxemburgo, pero también la neutralización del Gran Ducado.

²⁶En este sentido Eugenia desde el Nielo habría escrito a su esposo, en noviembre de 1869, que no era partidaria de dos golpes de estado en un mismo reinado. Carta del 12 de noviembre, una semana después inauguraba el canal de Suez. Citado por BRETON (1972) *Op. cit.*, p. 148.

²⁷BRETON (1972), *Eugenia*, *Op. cit.*, p. 150.

²⁸DURIEUX, Joseph (1929) *Le ministre Pierre Magne (1806-1879), d'Après ses lettres et souvenirs*. Vol. II Paris. Librairie ancienne. Honoré Champion, en Javier RUBIO (1989) mencionado en el tomo II. *Op. cit.*, p. 177.

Desaparecían así las oportunidades francesas de retorno a las fronteras de 1814. La crisis se resolvió pacíficamente, pero se crea un precedente, y comienza desde Francia un deseo de desquite en la opinión pública, en la prensa y en el propio Napoleón. También se comprueba que Prusia no va a admitir compensación alguna por la actitud francesa de 1865-1866. Además, Bismarck antes de la crisis ya había hecho publicar los acuerdos defensivos entre Prusia y los distintos estados alemanes del Sur del Mein. Sin duda una garantía para ellos y algo que sonaba a advertencia velada para sus rivales del otro lado del Rin. Por su parte Napoleón sabe qué si se repitiese una cuestión como la de Luxemburgo, no debería verse solo, además de poder contar con un ejército adecuado, moderno y preparado. Por ello toma una serie de decisiones:

1. Encarga a Niel, ministro de la guerra las reformas necesarias para modernizar el ejército y fortalecerlo, con la prolongación a dos años del servicio militar.
2. En el terreno internacional, Napoleón busca afanosamente la alianza con otras potencias, concretamente con Austria e Italia.

De esa forma buscaba compensar el acercamiento de Prusia a la España revolucionaria de 1868.

Napoleón no consigue la suscripción de la triple alianza, pero si existe una puesta en común de puntos de vista, ante el avance prusiano. Una especie de prevención ante la proximidad de un conflicto. Para mayo de 1869 ya había un ambiente favorable para suscribir una alianza ofensiva-defensiva, en el caso de producirse síntomas de una guerra en Europa. Se estipula un protocolo por parte de Italia, de movilizar 200.000 hombres y por parte de Austria y de la misma Italia exponen actuar de mutuo acuerdo con Francia si Prusia iniciaba las hostilidades. No obstante, todo se queda en el aire, porque no se firma nada que suponga un compromiso real que obligue. De hecho, en el verano de 1869, el rey de Italia Víctor Emanuel II rechazó la ratificación de los compromisos al exigir a Francia la inmediata evacuación de las tropas francesas de Roma, Francia se vería obligada a hacerlo, cuando estalló la guerra franco-prusiana, así que el espíritu de colaboración desapareció. No obstante, Francisco José escribió a Napoleón, ofreciendo un pacto de ayuda mutua, de naturaleza militar, en caso de que alguna de las dos naciones fuese atacada por un tercero. Entre abril y mayo de 1870, existe un intercambio fluido de representantes austriaco y franceses entre París y Viena, incluso en julio de 1870 el gobierno de Viena invitaría al italiano a considerar la creación de una triple alianza y actuar como si

entrarse en vigor, actitud que es refrendada por Víctor Manuel II, pero sin firmar solo quedaba la intención.

Quizá, el mismo miedo e interés respecto de Prusia provocaba esta actitud de si pero no. El panorama de julio era un tanto desalentador: por un lado, existe una Francia que teme al vecino en ascenso al otro lado del Rhin; una Austria resentida y humillada contra Prusia y un estado que tiene como objetivo su unificación territorial, bajo un solo eje político. Por último, una Francia que amenazaba los intereses germanos en la orilla derecha del Rhin. En este estado de tensión parecía que un conflicto armado era inevitable. Un intento de desarme sugerido por Napoleón al gobierno británico, para que actuase como intermediario, produjo una negativa rotunda de Bismarck. Sin embargo, Javier Rubio desmiente la inevitabilidad de la guerra. El fracaso de las tres candidaturas al trono de España, provocaría el acercamiento hacia la cuarta: la del príncipe Hohenzollern. Una crisis añadida al estado de cosas existente. La creación de la guerra vendría alimentada de otras cuestiones combinadas y que no se tendrían en cuenta por los gobernantes²⁹.

III. EUGENIA Y EL CONFLICTO FRANCO-PRUSIANO.

A) La imagen del Emperador en los 60. El estado de Napoleón III en los años precedentes a la guerra franco-prusiana es lamentable, enfermo y envejecido. Pierre de Lano expone las relaciones de la familia imperial, un marco del que el propio imperio en tanto sistema parecía ser su eco. Napoleón se mostraba como un “erotómano senil”, su vida estaba condicionada por el sexo, perseguía a las camareras en las roperías, reclamaba jóvenes vírgenes o se hacía llevar por Bacciochi prostitutas, cuya ciencia amorosa se había enriquecido con “con el contacto de todas las depravaciones de todos los vicios”... Parecía un nuevo Luis XV, alboreando los 60 años, no solo los de aquella época sino de un hombre decrepito que intentaba disimular. Lo cual hizo decir a Henry de Rochefort. “Ahora tiene los ojos más grandes que el bajo vientre”. Pero el “bajo vientre” no era el único en dar disgustos al soberano, enfermo de cálculos vesiculares. Sus facultades intelectuales disminuían día a día. A veces se queda fumando cigarro tras cigarro en un estado de torpeza muy alarmante. Naturalmente, este debilitamiento se conoció muy pronto, primero se habló veladamente en los salones, luego, de forma mas abierta en algunas reuniones políticas. Emile Ollivier se atrevió incluso a hacerse eco de esos chismes ante el emperador³⁰.

²⁹RUBIO (1989) Op cit, Tomo II, pp. 626-41.

³⁰DE LANO, Pierre (1891) *Le secret d'm Empire. L'impeatrice Eugénie*. Paris Victor Havard, pp. 98-99 Guy Breton expone “En cierta ocasión pidió a Ollivier que se sincerara como si él no fuese el emperador... “quisiera saber que es lo que se dice de mi en Paris. Respondedme francamente.

Según Breton; “los soberanos de Europa no tardaron en saber a su vez, que Napoleón, agotado por la lujuria, no era ya capaz de dirigir a Francia. La mayor parte se alegraba de ello. El rey de Prusia, entre otros, que soñaba con hacer cristalizar toda Alemania en torno a su reino, (tal como el Piamonte había hecho con Italia en torno a él) y que ya codiciaba Alsacia y Lorena se frotaba las manos... El otro hombre, satisfecho por la decrepitud de Napoleón, era “un halcón prusiano, inteligente y fino diplomático; a quien el rey Guillermo había nombrado presidente del Consejo en Berlín. Se llamaba Otto von Bismarck-Schönhausen. Bismarck conocía perfectamente a Napoleón III. En 1862 siendo ministro de Prusia en Paris, fue invitado a Fointenebleau, a Saint-Cloud y a Compiègne; se había dado cuanta rápidamente de que el emperador de los franceses llegaba ya a la senilidad. De regreso a la corte de Prusia, resumió su opinión con palabras llenas de cruel sarcasmo:

–”*¡En Francia he encontrado dos mujeres muy divertidas, pero ni un solo hombre!*” Ya en Biarritz el canciller se sorprendió de la ligereza que se manifestaban los soberanos, sin reparar en las amenazas de conflicto en el este... El primero de abril de 1867, Napoleón III y Eugenia cuya despreocupación, asombraba a todo el mundo inauguraron la exposición universal en Paris. Acudieron el rey de Prusia, el zar, los soberanos de Bélgica, el vicerrey de Egipto³¹, el sultán de Turquía, el rey de Suecia, el rey de Portugal, el emperador de Austria, Luis I y Luis II de Baviera, fueron recibidos en Paris con una pompa extraordinaria³².

“Bismarck, que acompañaba al rey Guillermo una vez mas y a la reina Augusta, se encontró con Napoleón III. Con una satisfacción, que ni tan sólo intentó disimular, comprobó que el emperador, completamente acabado, no era capaz de tener una opinión, se limitaba ha obedecer pasivamente a la emperatriz. Una noche, durante un baile, Eugenia que conversaba con la reina Augusta, declaró alegremente “-Ya veréis... Ya veréis. ¡Os vamos a hacer la guerra!”. Una hora después, la reina de Prusia extrañada explicaba estas extravagantes palabras a Bismarck ... que no pudo contener una sonrisa... Francia estaba madura para cualquier aventura”³³.

Breton trata a Eugenia como una mujer sometida a muchas presiones, rayando la paranoia. Pero había algo más, pues circulaba que su autoritarismo se haría patente en su deseo de provocar la abdicación de Napoleón III en su hijo, menor

Ollivier dudo un momento y respondió: Alteza (sic), parece que vuestras facultades bajan. Napoleón III se mantuvo impassible. Eso está de acuerdo con todas mis informaciones -dijo simplemente- y cayó de nuevo en la somnolencia” en *Eugenia y sus sucesoras*, Op cit, p. 137.

³¹En la obra de Guy Breton hay algunas imprecisiones, es el jedive o gobernador de Egipto, aunque tuviese la autonomía de un soberano casi independiente.

³²MERIMÉE, Prosper (1874) *Letres a une inconnue..* Paris, Michel Levy Frères Editeurs. Avec un étude de Hipolito Taine.

³³Citado Por Guy BRETON (1972) Op cit, p. 140 .

de edad, con doce años en 1868, estableciendo así una regencia prolongada. Ese año además se llevaban amplias negociaciones para devolver al Parlamento sus poderes, la construcción del Imperio parlamentario era la manera de arrebatarse a Eugenia su participación en los asuntos de Estado. Quizá el rumor de intentar sustituir al propio emperador era algo impensable, no por la imagen de decadencia física y política sino motivada en buena parte por los celos producidos por los sinsabores de un Napoleón III, en manos de las maquinaciones de alguna rival sexual de su esposa como la condesa de Mercy-Argenta. Esta era una artista de teatro llamada Louise de Caraman-Chimay, casada con el conde de Mercy-Argenta, que en connivencia con el duque de Percigny, consejero de Napoleón y enemigo de Eugenia, aprovechó para influir en Napoleón acerca de las excesivas atribuciones que tomaba la emperatriz.

Tanto, que incluso habían debilitado la autoridad del Napoleón según refiere Octave Aubry³⁴. En la citada carta del 11 de noviembre de 1867 se denunciaba al partido que se había formado en torno a Eugenia. El Estado tenía en el presente dos gobernantes, dualidad que facilitaba las intrigas, falseaba el control y animando a la oposición llevaba al imperio al abismo. El duque no veía más que una solución. Napoleón debía volver a tomar el control en sus manos mientras que la emperatriz debía contentarse con lucir en las fiestas de la corte. La emperatriz tomó la carta e iba enrojeciendo de ira hasta estrujarla y tirarla al suelo. Napoleón oía impasible la lectura de su esposa. Por fin estalló Eugenia: “¡Nunca más pondré los pies en el Consejo! ¡No, nunca más! No quiero exponerme a semejante afrentas; es demasiado humillante”, incluso pataleaba resultado de su acaloramiento en aumento. Napoleón intentó razonar diciendo que era una tontería de Percigny y que carecía de toda importancia. Por fin comentó: “Yo creo que tu lugar está en el Consejo y no vas a dejar ir. El emperador soy yo”. Luego contestaría a Percigny recriminando punto por punto sus críticas.

La condesa fracasó ante Eugenia, pero maquinó otras estrategias para herirla en lo que pudiese y sedujo a Ollivier, para convencer a Napoleón de consolidar el imperio parlamentario. En estos momentos es cuando Eugenia recibía la invitación el 30 de setiembre de 1869 para inaugurar el Canal de Suez, obra de Fernando de Lesseps, primo segundo de la emperatriz. La despedida de Eugenia a Napoleón en Saint Cloud fue la más gélida, tras amenazar con dejarle por tercera vez si no dejaba a Mme de Mercy-Argenta. En su recorrido por el Nilo, hacia Port Said, Eugenia escribió a su esposo. No había perdido noticia de París, de las acciones de Monsiuer Thiers o Jules Favre y tras elogiar la utilidad del telégrafo dice:

³⁴AUBRY, Octave (1931) *L'Impeatrice Eugène* Paris, citado por Breton, p. 146. Asimismo, SMITH (1990). Op. cit. pp.126-131.

“... Estaba muy atormentada todo el día de ayer por saberte en París sin mi, pero todo ha ido bien, según veo por tu despacho. Ceo que es necesario no desanimarse. Estoy muy lejos y soy muy ignorante de las cosas para hablar de esta manera, pero estoy íntimamente convenida de que la fuerza es la perseverancia en las mismas ideas. No me gustan los “a golpes” y estoy persuadida que en un mismo reinado no se pueden dar dos golpes de Estado. Es preciso rehacer la moral, como se rehace una constitución debilitada, y una idea constante acaba por agotar el cerebro mejor organizado. He tenido ya la experiencia, y de todo lo que, durante mi vida, ha dorado los bellos colores de mis ilusiones no quiero ni guardar el recuerdo... Mi vida está ya acabada, pero vivo de nuevo en mi hijo y creo que las verdaderas alegrías son las que pasarán por su corazón para llegar al mío. Te abraza, Eugenia”³⁵.

Escasos días antes de la inauguración del Canal, que aconteció el día 17 de noviembre, Eugenia exponía un estado de ánimo como si una premonición sobre el fin se anticipara. En las Tullerías, a su vuelta, quedó sorprendida; el emperador enfermo y preocupado, parecía haber envejecido diez años. Pasaba horas enteras sin decir nada, jugando a las cartas o moviendo los leños de la chimenea con unas pinzas para hacer salta las chispas. Después de los días de fiesta, tras la apoteosis de Port-Said, Eugenia tuvo una impresión de vértigo. En el palacio muerto y lúgubre, donde un monarca permanecía senil por los excesos del libertinaje, dedicándose a ir extendiendo las cartas, “flotaba un perfume de muerte”³⁶. En la calle, en las plazas, la oposición liberal-republicana anunciaba la caída próxima del imperio, Henri de Rochefort en su diario *Lanterne*, pronosticaba desde Bruselas, la fecha de la creación de una tercera República, Eugenia entonces resolvió retomar las riendas. Napoleón se había dejado engatusar por Emile Ollivier y el 2 de enero de 1870 fue nombrado presidente del Consejo de Estado, con el inicio del imperio liberal Eugenia no podía desempeñar ninguna función activa.

Furiosa se dirigió a su esposo al que profetizó toda clase de catástrofes, pero Napoleón impasible seguía con sus solitarios. A finales de mes de mayo los resultados del plebiscito dieron 7.336.000 votos favorables contra 1.560.000, y otros 1.894.000 de abstenciones; lo que reconfortó ligeramente a la emperatriz. Eugenia tuvo momentos de aprehensión al recordar el destino de María Antonieta. Un nuevo personaje aparecía en aras del fin era la una espía pro-prusiana, la Païva., amante del conde Henckel de Donnersmack, ambos enemigos de Francia, que colaborarían en los antecedentes del conflicto., invitaban a periodistas, gente influyente a sus cenas y fiestas, aunque no frecuentaban la corte, para sacar sus informaciones.

³⁵Citado por BRETON (1972). Op. cit., p. 149.

³⁶Ibidem.

B) Eugenia y la posibilidad de la guerra. El telegrama de Ems. Las responsabilidades generales de la guerra han sido, lógicamente, exoneradas por la historiografía nacional de cada país. Naturalmente los franceses acusan indistintamente a Bismarck, pero también a Eugenia por distintos motivos. Los alemanes excusan a Bismarck, mientras los franceses le culpan, hay quien apunta a las debilidades del gobierno francés, incluso a Napoleón y a Eugenia. Todo indica que hubo una búsqueda de culpables en definitiva.

Pero hay voces que, desde la neutralidad como Michael Howard, apuntan a una mayor imparcialidad; según él: “Francia fue a la guerra sin razón suficiente, sin aliados y sin un ejército preparado contra el mayor poder militar en ese momento”³⁷. *Howard expone la existencia de un torpe manejo de la crisis por parte del gobierno francés, Bismarck no es ningún diablo que elaborase minuciosamente el conflicto, ni desea la guerra tampoco, como tampoco la deseaba Napoleón, pues ninguno es un genocida.*

Por supuesto, las resoluciones bonapartistas no eran unilaterales, la emperatriz tenía su influencia, quizá no tanto por dar cuenta de su responsabilidad y posición que la hacían creer en su legitimidad para decidir cuestiones políticas, sino por la propia condescendencia de un individuo como Luis Napoleón que así compensaba sus infidelidades como esposo. Hay una serie de errores de apreciación, unas podríamos decir que relacionadas con la mentalidad de la época y aireada por la prensa patrioterica aparecen el tema del honor nacional, la dignidad que convierten cualquier temática en un asunto de bandos. Pero, sobre todo, son ideas utilizadas por políticos subalternos, individuos de segunda fila que actúan ciega y mecánicamente por interés personal, que sumidos en una inconsciencia general, si querían un conflicto. Bismarck no haría otra cosa que aprovecharse de una situación que le venía dada; incluso el usó la candidatura Hohenzollern como un tema que el planificara de antemano no era cierto.

Cuando modifica el telegrama de Ems, no mas que un tanteo, un “a ver como responde la arrogante y prepotente Francia” ante la insistencia exigencia de garantías... Tal reiteración por parte francesa, fue un tema que se suma a otros dos errores de bulto; la actitud del embajador francés en Madrid, Monsieur Mercier, daba por hecho una alianza hispano-prusiana, ante la posible admisión de la candidatura Hohenzollern, cuando no es así, sin tener en cuenta el discurso del Presidente del Gobierno, general Prim, el 11 de junio de 1870 ante el Congreso. En su declaración, el conde Reus no daba nada por sentado, era un discurso de posibilidades, donde incluso honestamente Prim confesaba su incapacidad de encontrar un rey adecuado a las necesidades de la patria. Sin embargo, algo tenía claro, al

³⁷HOWARD, Michael (1991) *The Franco-Prussian War: The German Invasion of France, 1870–1871*. New York: Macmillan Company. 1961, p. 23.

exponer que “*los Borbones jamás, jamás, jamás habrían de volver al trono de España*”. Quizá un tanto injustamente, porque a Isabel II nunca se la dejó reinar rodeada de espadones y civiles con pretensiones dictatoriales, así, buscar un candidato era una tarea ardua y difícil, según planteaba con bastante acierto.

El candidato habría que educarlo, adaptarlo, en definitiva, un rey había que construirlo, pero consideraba después de todo, que era más razonable que construir una república, donde había que educar a la clase política, a los partidos, a la nación. Un rey era uno solo, al fin y al cabo. Había sido rechazada la opción Montpensier, igualmente por Prim y por Eugenia por distintos motivos, tampoco prosperó la del portugués príncipe de Coburgo y una tercera, la de Tomás de Saboya, duque de Génova. La candidatura Hohenzollern sería la cuarta en la lista, pero aun no había sido aceptada, era una posibilidad tan solo y estaba en fase de estudio. No se podía saber si Leopoldo de Hohenzollern era el idóneo, ni siquiera se había enviado la comisión a Berlín a este efecto, entre otras cosas por que ni él ni su familia estaban entusiasmados precisamente con la idea; un protestante en un trono y un país católicos, que debía españolizarse en caso afirmativo por ambas partes.

El proyecto estaba en las Cortes. Pero Mercier dió todo por sentado sin analizar el discurso y actuó por su cuenta de forma precipitada. Por último la otra equivocación mayúscula fue el discurso del conde de Gramont, ministro de Relaciones Exteriores, el 6 de julio, totalmente agresivo y provocador. Un discurso apoyado presuntamente por el partido en torno a la emperatriz, cuestión que matiza Javier Rubio en su obra, suponía una provocación cuando no una doble responsabilidad ¿La guerra podía subsanar la imagen o atmósfera de decadencia con las que se había encontrado a su retorno de Port Said? En estas circunstancias cabe analizar las responsabilidades de la emperatriz, a la que se acusó de querer la guerra de una forma activa, y de tener un grupo cortesano que la respaldaba. Guy Breton expone que si Eugenia quería la guerra no era por inclinación a la matanza y al sufrimiento del pueblo, tampoco era una genocida. Para ella un rápido triunfo militar supondría conseguir varios objetivos:

- 1) El afianzamiento del Imperio frente a todas las tribulaciones en ese momento existentes,
- 2) Una guerra victoriosa se entiende en todo caso, no se ponía en lo contrario naturalmente, podría unir a la nación, silenciar a la oposición...
- 3) Buscaba relegar a un segundo plano a Emilie Ollivier y a los republicanos o responsables de un imperio liberal
- 4) Un posible retorno al imperio autoritario le daría a ella mayor capacidad de maniobra. De esa manera podía alcanzar o recuperar la autoridad que se la había negado e incluso...
- 5) la podría legitimar institucionalmente no solo en la presidencia del Consejo sino en la toma de decisiones de Estado
- 6) Francia podría recobrar su prestigio y su hegemonía en el

concierto europeo. Sin embargo ¿no pensaba acaso que esto, no sería más que un arreglo provisional, de ser posible?

¿No alcanzaba a ver que el signo de los tiempos era otro, que su reinado tenía los días contados y que ella iba a querer agarrarse a una baza demasiado endeble y costosa? Además, la guerra debía ser corta, económica, bien planificada no solo victoriosa. Una mujer inteligente como Eugenia no podía dejarse llevar por sus arrebatos. La guerra era no solo algo muy serio sino complejo y debía tener en cuenta muchos imponderables. La debilidad de los políticos y la anticipación de la prensa, a primeros de julio hizo cada vez más imposible un arreglo. El 2 de julio de 1870 la reina Isabel II abdicaba y el Gobierno español enviaba una comisión a Alemania para ofrecer la corona al cuarto candidato, el príncipe de Hohenzollern.

Napoleón no podía soportar que un príncipe alemán reinase en España, como si de un segundo frente se tratase. Pidió a Leopoldo de Hohenzollern que retirase su candidatura, lo que no gustó a Bismarck, que “dio un puñetazo sobre la mesa del rey Guillermo que hizo temblar a Europa”³⁸. La guerra tan deseada, era ya inminente. Benedetti embajador en Berlín quiso convencer a Leopoldo de la necesidad de renunciar a la candidatura. La prensa en París estaba sobreexcitada, el 10 de julio Gramont ministro de asuntos exteriores reclamaba la guerra, haciéndose eco de una opinión pública inconsciente. y telegrafió a Benedetti:

“No podemos esperar más si el rey no quiere aconsejar al Príncipe de Hohenzollern que renuncie, ¡pues bien! la guerra será un hecho En unos días, nos presentaremos en el Rin. No podéis imaginar hasta qué punto la opinión pública se está exaltando; ¡nos desborda por todas partes, ya estamos contando las horas!”³⁹

En efecto, en París la excitación era extrema. De repente, todos los partidos se encontraban de acuerdo para reclamar una marcha armada sobre Berlín. Cada día los cortejos recorrían los bulevares cantando *La Marsellesa* y gritando:

-¡La guerra!, ¡La guerra! ¡Queremos la guerra!... ¡A Berlín!”... La prensa dejaba ver una violencia inaudita. Cassagnac, en *Le Pays*, escribía:

“Prusia se encuentra entre la amenaza y la vergüenza; ¡que escoja! ¡O lucha o cede!”

Emile de Girardin, en *la Liberté*, decía “Prusia es una nación de presa; tratémosla como tal”⁴⁰... No perdamos más tiempo, buscando los aliados... No nos preocupemos más que de localizar la guerra entre Francia y Prusia, los obligaremos a

³⁸BRETON (1972) Op cit, p, 163.

³⁹ROUX, George (1980) *Napoleón III*. Madrid, Espasa Calpe, p. 230.

⁴⁰Ibidem.

pasar el Rin y a desalojar la orilla izquierda a culatazos”.... Todos los periódicos utilizaban el mismo tono. Algunos, es verdad, estaban inspirados por los amigos de la emperatriz, siempre sedienta de gloria; otros recibían las órdenes de la Païva y de su amante el conde Henckel, amigos de Bismarck quien, también más que nunca deseaba un conflicto”... Esto lo refleja Guy Breton, pero es una visión muy nacionalista y excluyente, como si los extranjeros: el alemán y la española fuesen los malos de esta película, con especiales dotes para la intriga. Dice: “aunque parezca paradójico solamente Napoleón III y el rey de Prusia, no querían hacer la guerra”⁴¹.

Mientras el día 11, en París, el Consejo de ministros decidía llamar a sus soldados, en Berlín, Benedetti, bajo la orden expresa del emperador, buscaba una solución del rey Guillermo; éste, aunque irritado por la movilización francesa prometió presionar sobre Leopoldo de Hohenzollern quien apoyado por su mujer y Bismarck no se había decidido aún. Al fin se decidió, y el 12 fue enviado un comunicado por el que devolvía a España la iniciativa de buscar otro candidato, firmemente resuelto a no promover una guerra (...) El rey Guillermo se mostró muy satisfecho, al quedar zanjado el “incidente español”. Al poco tiempo, recibió un enviado de Bismarck, encargado decía de presentar su dimisión, furioso porque se le escapaba la ocasión del conflicto, pero no era sino una cuestión de tanteo. En Francia Napoleón al enterarse de la renuncia suspiró aliviado.... Es un gran descanso para mi- dijo a sus oficiales-... Estoy contento de que todo se acabe así, pero temo que el país haya quedado frustrado. Luego, quedó un momento pensativo y añadió:

“Se positivamente que la opinión pública hubiese preferido la guerra”⁴².

C) La guerra. La candidatura al trono de España era una auténtica bomba, porque en el caso de Eugenia, para su patria, hubiera sido positivo quizá que un príncipe prusiano fuese rey de España, pero su doble condición de emperatriz de los franceses y de católica se lo impedían, un tema que en ningún caso le agradecerían, además de una actitud que suponía un prejuicio.

“-¡Será difícil, hacerla admitir la paz! El callaba en silencio el dolor que le iba

⁴¹BRETON (1972). Op cit, p. 164. Sobre la gestión de la política alemana de la época me remito a CLARCK, Christopher (2016), *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia, 1600-1917*, Madrid, Esfera de los libros; FEUCHTWANGER, Edgar, (2014) *Bismarck, a political history*, Londres, Routledge y MASSOT, Vicente G. (1994), *Un mundo en equilibrio. La Realpolitik en la Europa de Bismarck*, Buenos Aires, GEL. Todavía mantiene su calidad la biografía del canciller prusiano de VOLTES, Pedro (2004), *Bismarck*, Madrid, Palabra.

⁴²BRETON (1972), Op. cit., p. 165. Sobre la guerra de 1870 existen modernas aproximaciones como las de GOUTTMAN, Alain, (2015) *La grande défaite, 1870-1871*, Paris, Éditions Perrin y WAWRO, Geoffrey (2005), *The franco-russian war. The German conquest of France in 1870-1871*, Cambridge, T.M.C. Asser Press.

creciendo en la vejiga donde tenía una piedra, abandonó las Tullerías y se dirigió a su calesa.

En Saint-Cloud. En la sala de billar encontró a la emperatriz, al príncipe imperial y a algunos familiares... - ¡La paz! gritó alegremente... La emperatriz palió, exclamando: - ¿Qué?

Eugenia tras leer el despacho de la renuncia del candidato, se enfureció, arrugó el papel y lo tiró al suelo, exclamando: ¡Esta guerra era la única ocasión de asegurar el trono a vuestro hijo, y no la habéis querido aprovechar... ¡Es una vergüenza!” ... “El imperio va a caer de un momento a otro”.

En este momento, Gramont pensando en las reacciones del cuerpo legislativo, sugirió que se considerase el comunicado prusiano como insuficiente y se continuase insistiendo al rey de Prusia para asegurar que en un futuro no se repitiese algo así. Eugenia sugirió lo mismo, una garantía irrefutable por la que Guillermo nunca autorizaría la candidatura... Y si se niega le hacemos la guerra. Napoleón quiso intervenir y defender la paz, pero la emperatriz estaba visiblemente excitada y al final su marido tuvo que replegarse. Y esta última exigencia es lo que tornó la suerte, al dar a Bismarck la oportunidad de falsear el telegrama”. Breton se basa en las *Memorias* del general Du Barrail, por el que denuncia el comportamiento de la emperatriz: “Me veo forzado a reconocer que la emperatriz ha sido, si no el único, al menos el principal autor de la guerra de 1870. Comprendió el error que había cometido en 1866, no permitiendo que el emperador aceptase por una iniciativa atrevida los ofrecimientos que monsieur Bismarck viniera a presentarle a Biarritz.

Y quería reparar esta falta. así, pues, impulsó desesperadamente la guerra y su influencia fue considerable. Sobre el emperador tenía un poder casi sin límites”⁴³.

Lo dominaba menos por sus encantos que por el recuerdo de las circunstancias demasiado numerosas en que se habían desconocido”⁴⁴ El 19 de julio Francia declaraba la guerra a Prusia. El 22 se confería la regencia a la emperatriz que debía ejercer sus funciones “a partir del día en que el emperador abandonase París para tomar el mando de sus ejércitos”. Eugenia vivió desde entonces en un estado tal de exaltación que sus palabras corrían más que sus pensamientos. Hasta el punto que, algunos aseguran que se había permitido decir: “Esta guerra será “mi” guerra...” palabras que habrían de perseguirla hasta su muerte, pero de las que se defendería siempre de haber pronunciado. En 1906, en cabo Martín, en su Villa Cynnos que domina el mar dirá en efecto, a Maurice Paléologue que había venido a hablar con ella:

⁴³Ibidem .

⁴⁴DU BARRIL (1898) *Memoires et Souvenirs*. Paris. Librairie Plon, p. 13.

“Monsiuer Thiers es quien detenta la paternidad de esta odiosa leyenda, se permitió afirmar que el 23 de junio de 1870 cuando recibí en Saint-Cloud al primer secretario de nuestra Embajada en Berlín, M Lesourd, que acaba de notificar a Bismarck la declaración de guerra, yo le había dicho: “Soy yo quien ha querido esta guerra, es mi guerra”. ¡Pero jamás, entendedme bien, jamás oiréis esas palabras sacrílegas ni otras parecidas que hayan podido salir de mi boca! Por otra parte, más tarde he hecho interrogar a Lesourd. ¡Ha reconocido lealmente, en una carta cuyo original poseo, que jamás me he vanagloriado ante él de haber desencadenado la guerra”⁴⁵..

Para Breton “sea como fuere, esta guerra satisfacía todos sus deseos. El 27 Eugenia era nombrada Regente, el 28 de julio a las 10 de la mañana, Napoleón III abandonó Saint-Cloud para marchar a su cuartel general en Metz. Iba acompañado del príncipe imperial. En el momento en que los dos subían al vagón, Eugenia fue a besarlos.

- Adiós, Luis -dijo a su hijo- ¡Cumple con tu deber! El emperador torturado por su dolor en la vesícula se había tenido que maquillar para disimular su tez demasiado lívida y se esforzó en sonreír.

- Todos cumpliremos con nuestro deber! respondió Napoleón.

El tren salió bajo los vivas. solamente entonces Eugenia comprendió lo que había hecho⁴⁶.. “

“La emperatriz -nos dice Albert Verly- se cubrió el rostro con sus dos manos, y de vuelta al castillo, se arrodilló en su oratorio y rogó largamente por Francia, por su hijo y por el emperador”...

Un emperador que solamente había de volver a ver vencido, caído y exiliado⁴⁷. Tras una breve maniobra de diversión, un avance en Saackbrücken, en el Sarre, el 2 de agosto, donde el joven príncipe mostró su sangre fría con catorce años, las tropas francesas se vieron superadas de inmediato. Hubo errores de planificación desde el primer día. Ya en la distribución de efectivos los franceses pusieron en línea de batalla unos 288.000 efectivos, los prusianos medio millón de hombres en tres días, sin contar con los cuerpos de reserva y más de un cuarto de millón en la frontera sur por si a Austria se le ocurría apoyar a Napoleón.

Pero Viena se mantuvo neutral, ello valió que Bismarck la diese después un trato de favor. La eficacia germana se mostró en el uso de infraestructuras adecuadas y en concreto del ferrocarril que dio habilidad y rapidez en los desplaza-

⁴⁵PALÉOLOGUE. Maurice (1928), *Les entretiens de l'imperatrice Eugénie*. Paris. Librairie Plon, p. 3. véase *Le Figaro*, Mardi 10 de junio de 1928.

⁴⁶BRETON (1972) Op cit., p. 168.

⁴⁷VERLY, Jacques Albert (1898) *Souvenirs du Seconde Empire. De Nôtre Dame a Zululandia*. Paris, Oldendorf Editeurs, p. 322.

mientos y puntos de concentración. Los fracasos franceses se multiplicaron en Worth, Schpichern, Wissembourg... Eugenia no se lo podía creer, los alemanes avanzaban por todas partes... El día 6 se enteró de la derrota de Wissembourg... El 7 a las once de la noche, su camarera, Pepa hizo pasar a monsieur de Piennes, el chambelán que llevaba un despacho para Eugenia. En pocas líneas se anunciaba la derrota del general Frossard en Forbach y la del mariscal Mc Mahon en Froeschwiller, la retirada de los franceses, la invasión de Alsacia y la amenaza sobre París desde ese momento eran inminentes. Ante lo cual Eugenia se irguió y expuso a Piennes con suma dignidad: “La dinastía está condenada, señor, ya no debéis pensar más que en Francia”.

Abandonó Saint-Cloud y marchó a las Tullerías para convocar el consejo a las tres de la mañana y convocar a las Cámaras frente a la oposición de Emile Ollivier que criticaba no tener derecho para reunir al Parlamento. Tras una breve alocución patriótica en la que invocaba a la nación exponía que ella no necesitaba tropas para que la defendiesen, y pidió que los batallones parisienses se movilizaran, a las cinco fue a acostarse, pero a las ocho un extraño ruido la despertó... “La muchedumbre sita en los alrededores del Palacio gritaba ¡Fuera!, ¡Fuera! Su sangre fría en ese momento se tradujo a tranquilizar a la masa y dárla ánimos, colocando carteles en todas las calles en los que se exponía que habían recibido un revés, pero si se mantenían firmes, se podían reparar las faltas. “*¡Qué entre nosotros no haya más que un partido, el de Francia, una sola bandera, la del honor nacional!*”⁴⁸ Pero la realidad era otra, Napoleón que quiso alcanzar Metz para establecer contacto entre sus fuerzas y Bazaine, se sentía incapaz de dar ordenes y estar a la altura de las circunstancias, era un viejo enfermo de sesenta y dos años que orinaba sangre, y Eugene Rouher, presidente del senado, que pasó por el cuartel general expuso a Eugenia que el emperador pensaba volver a las Tullerías, ante lo cual, la emperatriz clamó: ¡si vuelve a París es la revolución!”.

IV. LA MUERTE DE LOS DOS NAPOLEONES.

a) *Del fin del imperio a la muerte de Napoleón.* En estas circunstancias, el tres de setiembre vino la noticia del desastre en Sedan.

En la batalla, ocurrida el 1, el emperador al verse copado se rendía con 125.000 hombres, para evitar una matanza inútil. El despacho proveniente del Cuartel general, exponía que el ejército y el propio Napoleón estaban prisioneros, la derrota había sido total. Eugenia no podía creer lo que leía, llamó a sus consejeros Conti y Filon, todos lívidos, sin saber que decir, escucharon las lamentaciones de Eugenia... que llegó a gritar: -¡No, el emperador no ha capitulado, un Napoleón no se rinde..! Está

⁴⁸BRETON (1972), Op. cit., p. 167-168.

muerto... ¿Me oís? Os digo que está muerto y que me lo quieren ocultar”. Paléologue nos refiere en sus *Entretiens* que fue el mismo Conti quien le explicó el estado en el que se encontraba Eugenia al recibir la noticia de la derrota... Ella llegó a exclamar “¿Por qué no se ha hecho matar? ¿por qué no se ha hecho enterrar bajo los muros de Sedan? ¿No ha notado que de esta forma se deshonra? ¿Qué nombre va a dejar a su hijo? Luego se calmó, se echó a llorar y cayó de rodillas en el suelo invocando al emperador. ¡Perdóname, ¡Perdóname.....”⁴⁹.

Todo esto en medio de un ambiente subversivo, pues en la calle todo indicaba que la insurrección era inminente según el ministro Chevreau... Varias bandas gritaban ¡Viva la República!... pero la soberana se mantuvo serena y expuso: “Pase lo que pase, los soldados no deben disparar sobre el pueblo”⁵⁰. El 4 Gambetta, Jules Favre y Aldoph Thies, entre otros. proclamaban la república y Eugenia se aprestó a marchar de Francia en medio de los abucheos de “¿Abajo la española!” En todo el trayecto desde Saint-Cloud hasta alcanzar el navío que la llevaba a Inglaterra.

En torno suyo la muchedumbre cantaba *La Marsellesa* o se incitaba a la República. La calle era un hervidero, mientras los alemanes se acercaban a París. Gambetta había abandonado París en globo para galvanizar a la resistencia a ultranza, desde Burdeos. Era un gesto propagandístico. Eugenia no entendía de temas militares y no existía conexión entre política y ejército, una coordinación necesaria como exponía von Clausewitz o como hizo Napoleón I para la obtención de objetivos desde una planificación bien concebida con antelación suficiente, y el emperador mostraba su incompetencia, como el mismo da a entender en carta del 2 de septiembre:

“Mi querida Eugenia: Me resulta imposible decirte lo que he sufrido y lo que estoy sufriendo. Hemos dado un paso contrario a todos los principios y al sentido común; esto debía llevarnos a una catástrofe.

Y ha sido completa. Hubiera preferido la muerte a ser testigo de una capitulación tan desastrosa y no obstante, en las presentes circunstancias, era la única forma de evitar una matanza de sesenta mil personas. Y, ¡ojalá mis tormentos queden en esto! Pienso en ti, en nuestro hijo, en nuestro desgraciado país, que Dios lo proteja! ¿Qué va a pasar en París? Acabo de ver al rey (Guillermo de Prusia). Se le han llenado los ojos de lágrimas hablándome del dolor que yo debía sufrir. Pone a mi disposición uno de sus castillos cerca de Hesse-Cassel. Pero ¡Qué me importa dónde vaya! ¡Estoy desesperado! Adiós, te abrazo tiernamente. Napoleón”⁵¹.

⁴⁹PALEOLOGUE, Maurice (1928) Op. cit. p. 7.

⁵⁰Ibidem.

⁵¹Carta al Cuartel general del 2 de setiembre de 1870. AGAF.

Eugenia tras oír misa convocó al Consejo de Ministros, escribe André Castelot y les expuso con serenidad y firmeza:

“El futuro de nuestra dinastía no cuenta para mí; no pienso más que en el futuro de Francia. Mi única preocupación personal es la de cumplir en toda su amplitud, con los deberes que mi rango y mi función me imponen, y el más claro de estos deberes es el de no desertar mi puesto. En cuanto a las representantes del país, su deber me parece tan evidente como el mío. Deben aplazar todas sus querellas de partido y unirse en torno a mí para oponerse a la invasión. Tienen la guerra entre sus manos”⁵²..

Pero en París se los sucesos se precipitaban, el pueblo había arrancado las águilas del Palais Bourbon, la violencia iconoclasta es siempre un preludio a de revolución violenta. Desde la plaza de la Concordia una muchedumbre rugiente avanzaba hacia las Tullerías. Los soldados preparaban sus armas en espera de órdenes. A las 15.30 El prefecto de policía apareció, resoplando y expuso con gravedad “¡Señora, las rejas va a ser forzadas!

En ese momento von Metternich y Nigra embajadores de Austria e Italia, entraron a la vez. Señora, debéis partir -dijo Metternich-. No podéis continuar aquí un instante más.

-No, -respondió la emperatriz golpeando con el pie. Fuera, la muchedumbre gritaba -¡Abajo la española... Conti advirtió que si no abdicaba en ese momento, “las turbas la obligarían por la fuerza... y habréis sacrificado los derechos de que sois depositaria! Si consentís en marchar, allí donde vayáis os llevaréis vuestros derechos” Ésta última frase sacudió a Eugenia. -¿Lo creéis así? No oyó ninguna respuesta. Un clamor ensordecedor se elevaba en las Tullerías. La reja de la plaza de Concordia acababa de ceder..

Mdme Carette escribió como la emperatriz se despidió y besó a sus damas⁵³. La salida del palacio de las Tullerías es una huida según narra Breton, utilizando los relatos de Carette y del almirante Jurien; por su parte, éste intentó parlamentar con las turbas que ya estaban en los alrededores de las dependencias, mientras Eugenia y su pequeño séquito salían por otra puerta. Después de atravesar París gracias a la pericia del médico Thomas Evans, al alborar el día 5 estaba ya camino de la costa en un simón que tuvo que abandonar cerca de Riviere-Thibouville para tomar un tren que los dejó en Serquigny, donde tomó otro hasta Liseeux, allí cogieron un coche hasta Deauville, un viaje muy similar al que hicieron Luis Felipe de Orleans y su esposa la reina Amelia en 1848, según recordaba Eugenia;

⁵²Referido por BRETON (1972), Op. cit., p. 176.

⁵³CARETTE, Mdme de, née Bouvet (1889) *Souvenirs intimes de la cour des Tuileries* Paris. Paul Ollendorf Editerus. III. vol. p. 93.

gracias a un contacto encontraron un pequeño yate de recreo, de un ingles simpaticante, *La gazelle* que al final la llevaría a Inglaterra, allí desembarco en Ryde y pocas horas después se encontró con el príncipe heredero en Hastings, procedente de Bélgica. Napoleón fue recluido como prisionero en Wilhelmshohe, una de las residencias del rey Guillermo, tratado con la máxima cortesía. Eugenia escribió a Bismarck con idea de convivir con su esposo en su prisión, pero el canciller se negó. El 27 de octubre Metz se rindió con más de ciento treinta mil hombres, los prusianos emprendieron el sitio de Paris. Napoleón no dejó de ser visitado por sus amantes. El 30 Eugenia visitaba a Napoleón en su prisión. Allí estaría hasta mediados de marzo, en que se firmó un alto el fuego, a mediados del mes de marzo. El 18 se proclamó la Commune en el Hôtel de Ville y estalló la guerra civil. Thiers necesitaba con urgencia el ejército francés preso de los alemanes para aplastarla.

Lo que consiguió de un Bismarck que en principio dudaba entre las razones del Estado Mayor prusiano que se negaba y de esa manera garantizaba la ocupación, tomando como un tema interno la Commune y que, por tanto, no les incumbía; pero también lo contrario: como tampoco les eran simpáticos los comunistas se podía aplastar el movimiento obrero para que no se extendiera. Sobre todo, habida cuenta que son los años de la primera Internacional, que abogo por clausurarse de forma precipitada, era un guiño a favor del vencido, una concesión al conservadurismo de Thiers, escarmentado para un tratado de paz mas o menos duradero, desde una óptica común, si se podía llamar así. Al final prevaleció esta segunda alternativa y la Comuna fue aplastada.

Para junio todo había acabado, mientras se había firmado el tratado de Frankfurt, el 19 de mayo de 1871, que, si bien ponía fin definitivo a las hostilidades, no fue precisamente generoso. Tres meses antes, el 19 de marzo Bismarck dio la libertad a Napoleón, tras unos seis meses de reclusión. Napoleón tuvo una recuperación lenta y, en momentos de optimismo se planteo de nuevo volver a Francia “desembarcar en Flandes, acudir a Châlons, donde había oficiales adictos a su causa e ir a Paris, a recuperar el trono”, empezó así una tarea conspirativa corta, sobre al base de la confusión de los primeros días de la III república, el conservadurismo de Thiers, el crecimiento de los partidos monárquicos, la doble conflagración había dejado al país y concretamente a la capital en el caos, tal y como observaba él mismo desde Camden-House. Napoleón. Según George Roux fue de proyectos que no pasaron de ahí, Eugenia dudaba y no apoyaba a su marido, al que trató de convencer para que abdicara en su hijo. El Dr Conneau le advirtió que él “ya no tenía 20 años ni el organismo para la preparación de un golpe de Estado. A lo que replicó, mi querido amigo, no soy tan viejo como decís, ya que las mujeres me aman todavía”. Y era verdad, pesar de estar acabado fisi-

camente, seguía recibiendo cartas de amantes, a pesar de sus sesenta y cinco años. Pero en el otoño de 1872 Napoleón empeoró. Los médicos ingleses procedieron el 1 de enero de 1873 a la trituration del cálculo, la operación salió bien, pero a la semana fue requerida una segunda operación, y en el postoperatorio, el día 9, Napoleón no sobrevivió. Algunos historiadores aseguran según una carta del médico Corvisart, que no murió a causa de la operación, sino del exceso de cloral, un calmante que le proporciono Eugenia, la noche anterior. La muerte causó de estupor a una Francia donde el bonapartismo era un partido numeroso⁵⁴.

b) La última esperanza. La muerte del príncipe imperial. Ni en la historiografía francesa ni en la inglesa se refieren la existencia de fines políticos, ajenos a convencer al príncipe Napoleón, de que no marchase a África; sino que fue algo personal. No se trataba solo de experimentar algo más que una aventura militar. Es decir, la responsabilidad última de su expedición fue suya, no intervino nadie en su voluntad. Fue su decisión buscar no solo una aventura romántica sino una experiencia militar donde blandir la espada de su tío abuelo, Napoleón el grande, dado que su padre no pudo lucirse en Sedán, pero emular las conquistas y hazañas de Marengo o Austerlitz era un tema que pertenecía a otra época.

Además, olvidan que después de todo el famoso Napoleón fue derrotado y murió en el exilio. No caían en la cuenta, que toda esa ensoñación era solo vanidad y un vano deseo en una sociedad que ya mantenía el concepto de honor como algo anticuado, pero era verdad que no se trataba de una idea genérica. Aun se mantenía esa mentalidad, hay quien pensaba que la época exigía una historia de sangre y honor y no solo colectiva tal y como acontecería en parte hasta la Gran Guerra. Aquella época imperial era sinónimo de dignidad histórica, para el joven príncipe era exigencia de su dinastía y lo que significaba, con él, en definitiva. Napoleón-Eugenio buscaba ponerse a prueba o destacar como un héroe moderno, al protagonizar el esbozo de una aventura romántica. No recibió ninguna invitación; más bien fue a petición suya, y no recibió una negativa rotunda. El príncipe era consciente de que vivía demasiado bajo a las faldas de su madre, que no le dejaba ni a sol ni a sombra ni le daba ni dinero para tener una vida propia a sus veintiséis años. Fue una razón personal añadida para buscar aventuras y considerarse libre⁵⁵. Ya, anteriormente buscó una experiencia similar, una quiso acudir a Tomkin a partir de 1873 con motivo de la crisis, pero el gobierno de la III república se lo negó, luego quiso participar en la guerra Balcánica de 1875-78 e ir a Bosnia-Herzegovina, pero Francisco José

⁵⁴MAUGET, Irénée (1909), *L'imperatrice Eugénie*, Paris. Librairie Oldendorff, p. 179.

⁵⁵Ibíd., p. 193.

de Austria tampoco lo permitió. El príncipe se había licenciado como oficial en la escuela de artillería de Woolwich en marzo del año anterior, el equivalente a Sandhurst en infantería. Por su parte los ingleses parecían mucho más activos en la consecución de aventuras bélicas, en su plan de adentrarse en África para consolidar la línea telegráfica y el ferrocarril entre El Cairo y El Cabo, su interés era consolidar toda la vertical próxima al Mar Rojo y por tanto a las líneas de comunicación tanto terrestres como marítimas de protección a la India.

Es decir, el príncipe iba a participar en una empresa que no era la suya; con una logística defectuosa, los ingleses en buena parte parece que iban de excursión, sin conocer la región, ni mapas precisos⁵⁶, ni supieron prever las sorpresas que pudieran producirse. En esta apariencia de descuido, tampoco recibió ningún consejo o advertencia sobre el peligro inminente que podía correr su persona, confiados en su armamento, en su fuerza no esperaban ser derrotados por los zulúes. Pues, a pesar de ser consideradas salvajes, tenían un sentido de la táctica en el combate. El propio Cetiwayo, el último monarca zulú, era un rey inteligente al que se profesaba cierta admiración.

El 22 de enero de 1879 tuvo lugar la batalla de Isandlwana, con al que se abría la segunda guerra anglo-zulú⁵⁷, donde las fuerzas inglesas fueron masacradas. El príncipe Napoleón Eugenio Luis Juan José, había hecho testamento antes de ir a África en marzo, nombrando como sucesor suyo en la dinastía a Victor Bonaparte, primo suyo y nieto de Jérôme, rey de Westfalia. El 27 de febrero embarcaba en Southampton, y el dos de abril, en Durban, era adscrito al Estado Mayor de Lord Chelmsford comandante en jefe de la expedición británica en Sudáfrica, en calidad de ayudante de campo, uniéndose -por tanto- a las fuerzas británicas del Natal en las proximidades de Isandlwana. Fue muerto con 23 años, en una embocada zulú el 1 junio de 1879, mientras hacía un reconocimiento cerca de Ulundi. Tras defenderse con coraje fue desmontado recibió 18 lanzadas de azagayas, todas por delante; ya muerto fue abierto en canal según era costumbre entre los zulúes para liberar el espíritu.

Apenas se le nombra en las fuentes inglesas⁵⁸. Eugenia, según recoge su ayudante de cámara en su residencia de Chirlehurst en el condado de Kent, dice qué, pensando en él, tuvo una corazonada, recibió una punzada tremenda en su pecho,

⁵⁶KNIGHT, Ian and CASTLE. Ian (1991) *La guerra zulu de 1879. El crepúsculo de una nación guerrera*. Madrid. Ediciones del Prado/Osprey Militar, p. 11.

⁵⁷La primera guerra zulu tuvo lugar entre el 11 de enero al 2 de abril de 1879 hasta las acciones de Eshowe y Tinta's Krag, pero más que dos guerras zulúes podemos hablar de una primera fase y una segunda, en la segunda es donde tendría lugar la muerte del príncipe, la segunda se extendería desde primeras de abril hasta julio de 1879 y culminaría con la batalla de Ulundi, sometiendo a las tribus zulúes el 4 de julio, Cetyswayo sería hecho prisionero y llevado a Londres.

⁵⁸ROCA, Carlos, (2009) *El último Napoleón*. Madrid. Inédita.

“¡Mi hijo ha muerto!”⁵⁹ exclamó, y efectivamente, unas horas después recibía por telégrafo la muerte del príncipe heredero. Hubo dos hipotéticos proyectos de matrimonio que fracasaron necesariamente, uno venía de la mano de la infanta Matilde, hija de Isabel II, el otro enlace más hipotético hubiese sido con Beatriz, hija de reina emperatriz Victoria, pero no fueron más que esbozos.

De hecho, no hubo proyecto concreto alguno, como si el destino se encargara de borrar toda vinculación de futuro con la vida mundana. Era una derrota, que, aunque se considerase una afrenta a lavar por el ejército inglés, nunca quedaba bien que un ejército moderno, británico, fuese derrotado por unos cuantos negros. Si no habían protegido a un individuo que era todo un símbolo. ¿Fue por descuido? a no ser que no considerasen que tenerle entre sus filas fuese una responsabilidad. Podemos pensar que su muerte, la de un Bonaparte supusiese por el contrario un alivio tanto en el gobierno de su Graciosa Majestad británica como en la presidencia de la III República. La única persona que había presentido su muerte y en la que supuso un gran vacío fue su madre.

Pero, no solo por serlo -se rumoreaba incluso que estaba enamorada de su hijo- sino por lo que representaba.

V. CONCLUSIÓN

Eugenia pasó por estos tres momentos irreparables: la caída del Imperio, la muerte de su hermana, de su marido y de su hijo. En cierta ocasión durante la Gran Guerra, unos zepelines pasaron cerca de su residencia Chislehurst en 1915 y una bomba cayó no muy lejos; ella expuso a su dama de compañía: “Ojalá hubiera caído más cerca y me hubiese matado”. Del mismo modo que Galdós llamó a Isabel II, *La de los tristes destinos* para hablar de su derrocamiento en la revolución de setiembre de 1868, cabe aplicar el mismo apelativo a Eugenia, condesa de Teba, a partir del verano de 1870. Curiosamente, los destinos de ambas monarcas estarían ligados a otro asunto, la cuestión sucesoria a la corona de España, dado que el presidente del gobierno provisional, el general Prim no se decidió, a pesar de su progresismo a proclamar la república y en consecuencia había que renovar la monarquía en una nueva dinasta, sangre más clara y fresca. Esta circunstancia sería de vital trascendencia para el final del imperio francés, por las circunstancias que acarrearían la que llama Javier Rubio, “bomba española”, es decir, al candidatura Hohenzollern para el trono de España.

En este asunto Eugenia tendría una notable participación, al no querer un protestante en el trono de su primera patria ni que se vieran amenazados los intere-

⁵⁹VERLY, Albert (1898) *Souvenirs du Seconde empire. de Notre dame a Zululand*. Paris Libreria Editeur. Oledendorf, p. 280.

ses de la segunda, por razones similares, además de otras circunstancias. Quizá Eugenia fuese el chivo expiatorio que señala Javier Rubio o fue la unión de una realidad existente tergiversada, exagerada por los naturales prejuicios nacionalistas y los resultados negativos. Puede que Eugenia utilizara un poco su condición de conversa, no de renegada, pero sí celosa del nuevo papel a asumir, fruto de sus obligaciones.

Un resultado, en definitiva, de su asunción del papel de emperatriz de Francia, que naturalmente combinaba su deber como persona responsable y su rango. ¿Se tomó muy en serio sus funciones o tendió a extralimitarse? Tenía razones muy personales para aspirar al mando: un marido infiel y senil; no era un canalla o un perverso sino un enfermo de escasa voluntad, cuya debilidad hacía que su esposa hechara de menos la energía debida de un líder, de un auténtico Napoleón. Aun cuando se habla del partido en torno suyo favorable a la guerra no se prueban fehacientemente nombres asociados a él. Además nadie, en el gobierno, conoció exactamente el potencial industrial y militar de Prusia.

De manera que, aunque el canciller Bismarck demostrara en 1866 su capacidad de vencer a los austriacos, se encontraba muy arraigada la creencia de que eso no podía ocurrir con Francia, sobre todo porque los franceses ya habían derrotado a los austriacos anteriormente. Sin embargo, Napoleón III no tenía aliados firmes porque tampoco eran naturales, salvo Italia. Eugenia, además, tuvo otro lugar donde proyectar sus anhelos: su hijo. De hecho, pensaba en él como el gran líder que debía tener Francia en defecto de su padre. En el fondo tanto ella como su marido e hijo deseaban resucitar las glorias del viejo I° imperio, era el sueño de muchos ya no solo dentro de su familia, sino en el seno de un ejército, que era napoleónico de corazón, y aun patrimonio de toda una generación de políticos, además de una población deseosa de gloria romántica, de la *grandeur*, que por lo general derivaba de los grandes hechos militares, pero que no tendrían lugar finalmente.

¿Actuó Eugenia por patriotismo más que por defender su prestigio personal o eran indisolubles éste y aquel, vistos desde la alta perspectiva de una Corona? Ninguna observación resulta excluyente en este caso, donde se unen todos los factores. Pero sin duda sus fracasos en la política entre 1859 y 1866 son claros, bien porque fracasara bien por que no pudo participar de una forma plena e incidir como ella hubiera querido en la voluntad de su marido. Quizá su orgullo no la permitió abandonarse a las habladurías de la corte, a la que quería ganarse y sobre todo al pueblo. ¿Permitió por ello que su egregio marido fuese enfermo al campo de batalla con su hijo, escondiendo el informe del docto Sée, con objeto de que la causa de la guerra fuese defendida por su marido, convertido en paladín o no había más remedio? Se diría, que todo forma parte de un cuadro romántico,

de una imagen novelesca, como representó a fin de cuentas la propia imagen del II Imperio con la firme conciencia en el destino. ¿Hasta qué punto contó, además, las firmes creencias católicas de Eugenia y de muchos franceses que les llevaron a pensar que Dios no les abandonaría en los campos de batalla?

Las explicaciones de Javier Rubio en defensa de nuestra compatriota y sobre un sin fin de fuentes intentando explicar la conversión de Eugenia en un chivo expiatorio de las circunstancias no parece del todo exacta, porque la emperatriz aspiró a tener cierta participación política y por tanto cabe un porcentaje alto de responsabilidades, sobre todo cuando Eugenia tuvo que saber que su marido no tenía capacidad de mando por los dolores que tenía, montando a caballo y ejercitando como soldado en primera línea, cuando no tenía capacidad para ello a sus sesenta y dos años.

Sin embargo, no se puede atribuir a Eugenia toda la responsabilidad de la guerra de 1870 ni aun una parte esencial cuando se combinan todo un cúmulo de errores que se sumaron en torno suyo, pero sin que ella mediara tampoco, y que corresponden a los subalternos como Gramont, Benedetti, Ollivier y por supuesto a los editores que airearon una prensa inconsciente y sensacionalista pero sin fundamento. Otra cuestión es que, desde el punto de vista historiográfico, se exagera su participación, sus gestos dentro de una literatura política como hace Guy Breton, que sin embargo admite o reconoce sus distintas conversiones en una auténtica princesa, serena en los momentos difíciles, no en los personales donde pudo llegar a perder los papeles, sino en aquellas escenas en las que ella fue consciente como personaje público, en el Consejo, en el Parlamento, como si dominara una situación que tendió a escaparse de sus manos. Luego, existe un buen porcentaje de autores que hablan de sus recuerdos, sus memorias. Maxime Du Camp, Octave Aubry, Du Barril, Albert Berry y en la gente más allegada de su auténtica confianza como Madame Carette o el doctor Thomas Evans ... y donde podemos incluir al futuro jefe de gobierno Paléologue.

BIBLIOGRAFIA.

- AA. VV. *El ocaso del II Imperio. La caída de Napoleón III*. Desperta Ferro. Revista de Historia moderna y contemporánea. n 13, Diciembre (2014).
- AA. VV. *Bismarck contra la III República (II)* Desperta Ferro. Revista de Historia moderna y contemporánea, nº 28 (junio 2017)
- AUBRY, Octave (1931) *L'Imperatrice Eugénie*. Paris. Flammarion.
- BOUDON, Jacques. Olivier (Dir) (2016) *La cour impériale sous le Première et le Second Empire*. Paris. SPM.

- BRETON, Guy (1972) *Eugenia y sus sucesoras*. Historias de amor de la Historia de Francia. Barcelona. Ed Bruguera. Tomo X.
- CARETTE, Mdme de, née Bouvet (1889) *Souvenirs intimes de la cour des Tuileries Paris*. Paul Ollendorf Editerus.
- CARTERET, Alian (2013) *La france du second empire*. Paris Napoleón Ier Ed.
- CHAUVEL, Genèvieve (2001) *Eugenia de Montijo*. Barcelona. Planeta-DeAgostini.
- CLARCK, Christopher (2016), *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia, 1600-1917*, Madrid, Esfera de los libros.
- DE LANO, Pierre (1891) *Le secret d'm Empire. L'impeatrice Eugénie*. Paris Victor Harvard.
- DU BARRIL (1898) *Mes souvenirs*. Paris. Librairie Plon. 3 Vols.
- DES CARS, Jean (2003) *Eugenia de Montijo. la última emperatriz*. Barcelona. Ariel.
- DU CAMP, Maxime (1949) *La chute du second empire Souvenirs d'un demi siècle et la IIIème republique*. en Souvenirs d'un demi siècle. Tome II. Paris. Hachette.
- DUQUE DE ALBA, *Eugenia de Montijo*. Conferencia dada en la sociedad "The Ark", siendo embajador en Londres. London. 15 de junio de 1941.
- DURIEUX, Joseph (1929) *Le ministre Pierre Magne (1806-1879), d'Après ses lettres et souvenirs*. Vol II Paris. Librairie ancienne Honoré Champion.
- ÉMERIT MARCEL. "L'opinion de Napoléon III sur la question du trône d'Espagne en 1869". *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, tome 16 N°3, Juillet-septembre 1969. pp. 431-438.
- EVANS, Th. Souvenirs. *La fin du second empire. Avec l'Emperue et l'Imperatrice*. Bibliothèque Historique Plon. Paris. s. d.
- FEUCHTWANGER, Edgar (2014). *Bismarck, a political history*, Londres, Routledge.
- FIAUX; Louis (1879) *Guerre civile de 1871. Le gouvernement, l'Assamblée de Versailles, la commune*. Pairs. G Charpentier ed.
- GALLO, Max (2012) *Napoleón III. L'emperur mal-aimée (Ils son fait La France)*. Paris. Le Figaro.
- GOUTTMAN, Alain (2015), *La grande défaite, 1870-1871*, Paris, Éditions Perrin.
- GUÉRARD, Albert (1943) *Napoleon III*. Harvard Press University. Massachussets.
- HOWARD, Michael (1991) *The Franco-Prussian War: The German Invasion of France, 1870-1871*. New York. Macmillan Company.
- KNIGHT, Ian and CASTLE. Ian (1991) *La guerra zulu de 1879. El crepúsculo de una nación guerrera*. Madrid. Ediciones del Prado/Osprey Militar.
- LÉRTHIER, Michel Lhéritier Michel. *Les documents diplomatiques austro-allemands sur les origines de la guerre de 1870-1871*. [Die Rhein politik Kaiser Napoléons III von 1863 bis 1870 und der Ursprung des Krieges von 1870-71] . In: *Revue d'histoire moderne*, tome 2 N°12,1927. pp. 422-448.
- LOLIÉE, Federick, *La vie d'une imperatrice. Eugénie de Montijo*. Paris Librairie Felix Juvent. S. d.
- LUDWIG, Emil (1980). *Bismarck. Historia de un luchador*. Barcelona, Juventud.

- MARTÍNEZ DE OLMEDILLA, Augusto (1958) *Historia anecdótica de la emperatriz Eugenia de Montijo*. Madrid. Aguilar.
- MAUGET, Irénée (1909), *L'imperatrice Eugénie*. Paris. Librairie Oldendorff.
- MERIMÉE; Prosper (1874) *Letres a une inconnue..*. Paris, Michel Levy Frères Editeurs.
Avec un étude de Hipolito Taine.
- MICHELET, Máxime (2020) *L'Imperatrice Eugenie. Une vie politique*. Paris. CERF.
- MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (1932) *Origines diplomatiques de la guerre de 1860-71*. Paris. 29 Vols.
- MIQUEL, Pierre (2015). *Le seconde empire*. Paris. Tempus.
- MOLINA, Natacha (1974) *Eugenia de Montijo*. Madrid. Círculo de amigos de la Historia.
- MONTIJO, condesa de TEBA, M^a, Eugenia, *Correspondencia*. Archivo Casa de Alba.
Madrid. Palacio de Liria.
- PALÉOLOGUE. Maurice (1928), *Les entretiens de l'imperatrice Eugénie*. Paris. Librairie Plon, p 3. véase Le Figaro, Mardi 10 de junio de 1928.
- RENOUVIN, Pierre (1990) *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid. Akal.
- ROCA, Carlos (2009). *El último Napoleón*. Madrid. Inedita.
- ROTH, François (2000) *La guerre de 1870*. Paris. Fayard.
- ROUX, George (1977) *Napoleón III*. Madrid. Espasa Calpe.
- RUBIO, Javier (1989) *España y la guerra de 1870*. Madrid. Biblioteca Diplomática.
Tomos II y III.
- SMITH, William (1990), *Eugenia de Montijo*. Madrid. Espasa Calpe.
- UNGER, Gérard (2019) *Histoire du second empire*. Paris. Ed Perrin.
- VERLY, Albert (1898), *Souvenirs du seconde empire. De Notre Dame a Zululand*. Paris.
Oldendorff, Editeurs.
- WAWRO, Geoffrey (2005) *The franco-russian war. The German conquest of France in 1870-1871*, Cambridge, T.M.C. Asser Press.
- WEBER, George (1878). *Historia de Europa 1830-1872*. Madrid. Góngora y Compañía
Tomo II.
- WERSCHINGER, Henry *Causes et responsabilités de la guerra franco-allemande 1870-1871*. Paris. Tomo I.



LA EMPERATRIZ EUGENIA, LA INTERVENCIÓN FRANCESA EN MÉXICO Y OTROS CASOS DE POLÍTICA EXTERIOR

JOSÉ LUIS SAMPEDRO ESCOLAR

*Numerario de la Real Academia Matritense
de Heráldica y Genealogía*

LA CONMEMORACIÓN DEL I CENTENARIO del fallecimiento de la Emperatriz Eugenia nos parece disculpa suficiente para reconsiderar la visión política acerca de este personaje en la historiografía.

Es lugar común, y muy generalmente aceptado como verdadero, que fue mujer ambiciosa, ávida de poder y riquezas, interesada e intrigante. Y también se acepta generalmente que fue mayor su influencia en aspectos de política internacional que en asuntos interiores del II Imperio. Y, en ese campo, se suelen resaltar dos asuntos de gran importancia en su época: la intervención francesa en México en los años 60 del siglo XIX y la Guerra Franco-Prusiana, cuyo resultado fue letal para el reinado de Napoleón III.

En este trabajo vamos a centrar nuestra atención en el primero de ellos, la intervención en México, con algunas consideraciones acerca de la posición de la Emperatriz respecto a los hechos contemporáneos referentes a lo que se llamaba la cuestión polaca y, como apéndice, nos referiremos a ciertas alianzas matrimoniales en las que Eugenia tuvo influencia más o menos determinante, en alguno de los casos, mucho después de haber perecido el II Imperio. Obviaremos entrar en la Guerra Franco Prusiana, pues excedería con creces los límites de que disponemos en esta ocasión.



Cuando se recuerda como una tragedia lo que ha dado en denominarse *la loca aventura mexicana*, la intervención militar de la Francia de Napoleón III en México entre 1861 y 1867, el gran público no pasa de tener en su memoria el fusilamiento de Maximiliano I (para unos, *asesinato*, para otros, *ajusticiamiento*) y la demencia de su esposa, Carlota, pero olvidamos a los centenares de combatientes y afectados, tanto mexicanos como europeos, muertos (muchos torturados) en aquél conflicto, muy polifacético, pero de escaso sentido para sus víctimas.

Es otro lugar común afirmar que esta intervención de Napoleón III en México fue un capricho de su esposa, la Emperatriz Eugenia, que se habría tomado así una especie de revancha por no haber obtenido éxito en sus esfuerzos para salvar la soberanía del Papa en los estados pontificios, en un intento de devolver al Catolicismo un bastión importantísimo, cual era la sociedad mexicana de la década de 1860¹, pero, como hemos señalado, al cumplirse el centenario del fallecimiento de Eugenia de Guzmán², Emperatriz de los franceses³, parece oportuno analizar detenidamente estos juicios acerca de su responsabilidad en tales acontecimientos a la luz de las fuentes y los testimonios que se han dado a conocer y de los estudios serios realizados en los últimos decenios.

CRONOLOGÍA

Recordemos someramente la cronología de los hechos. En 1858 ocupa la presidencia de la III República Federal de México un masón radicalmente anticlerical, Benito Juárez, contra el que actúan en su patria los conservadores, quienes, amparándose en la declaración de que se suspende el pago de la deuda externa mexicana, inician una campaña en los estados afectados por esta medida (principalmente, la Francia del II Imperio, la España de Isabel II, en la que Prim es el hombre fuerte, y el Reino Unido victoriano), los cuales, para forzar a Juárez a hacer frente al pago eludido, firman un tratado (de escasa vigencia) en virtud del

¹ Pierre de Lano, *L'Impératrice Eugénie*, París, 1891, pág. 128.

² Era por su propio derecho dos veces Grande de España, condesa de Teba, de Mora, de Baños, de Santa Cruz de la Sierra, y de Ablitas, marquesa de Ardales, de Moya, y de Osera, y vizcondesa de la Calzada. Conocida como *Eugenia de Montijo* por ser hija del VIII titular de ese condado, recibiendo como alcuña el título de su padre, uso común en la aristocracia española. El actual régimen de apellidos no llegaría hasta 1870 (Ley del Registro Civil), y padre e hijas usaron sucesivamente diversas fórmulas, pasando Eugenia, en 1839, de llamarse Palafox a Guzmán, como XIV condesa de Teba. Su padre, Cipriano, usó el apellido paterno, Palafox, hasta que sucedió en el condado de Teba, concedido a los Guzmán, y llamándose Portocarrero desde que, en 1834, lo hizo en el de Montijo (que algunos, erróneamente, denominan *del Montijo*), el cual, pasó, en 1839, a su hija mayor, *Paca*. Aunque el título de Teba no procedía de la rama de los Guzmán duques de Medina Sidonia, Eugenia era, por otras líneas, retataranieta de Gaspar de Guzmán y Sandoval, IX duque de Medina Sidonia (implicado en la sublevación de Andalucía contra Felipe IV en 1641), hermano de Luisa de Guzmán, Reina de Portugal en 1640, por estar casada con Juan IV, duque de Braganza, traidor al mismo Felipe IV, lejano antecedente en la familia de una soberana consorte, gracias a la rebelión portuguesa.

³ En su sepulcro dice únicamente: EUGENIE / R.I.P.

cual, entre diciembre de 1861 y enero de 1862, desembarcan en México varios contingentes de tropas: 6.320 españoles con Prim a la cabeza, 800 británicos y 2.610 franceses pero, al poco tiempo, en abril, británicos y españoles se retiran por diferentes motivos que abarcan desde las presiones del Presidente Lincoln (aún maniatado por la Guerra de Secesión – de 1861 a 1865-) a la visible toma de protagonismo de Napoleón III que, lógicamente, no es secundada por sus aliados⁴, sin olvidar que tanto el marido de la Reina Victoria, Alberto de Sajonia-Coburgo y Gotha, como el General Prim, son abiertamente simpatizantes de la causa nortea estadounidense.

William H. Seward, Secretario de Estado con el Presidente Lincoln, le remite el 1 de abril de 1861 un memorándum en el que se aboga por generar *a vigorous continental spirit of independence* exigiendo a España y Francia explicaciones acerca de sus respectivas intervenciones en Santo Domingo y en México, conitarias a la Doctrina Monroe, y señalando expresamente que una declaración de guerra a estas naciones podría servir como argumento de reunificación del Norte y el Sur de los Estados Unidos frente a enemigos exteriores comunes.

A la retirada de británicos y españoles del proyecto napoleónico sigue inmediatamente, en mayo, la victoria juarista en Puebla, el 5 de mayo de 1862 y, en agosto, la promulgación de nuevas leyes anticlericales. Ante estos acontecimientos, los conservadores mexicanos exiliados redoblan su campaña en Francia para que Napoleón avale la instalación de una monarquía católica que frene la expansión territorial e ideológica de los Estados Unidos, algo en lo que ya pensaba Luis Napoleón Bonaparte mientras estuvo encerrado en la fortaleza de Ham, entre 1840 y 1846. En mayo de 1863, 22.000 franceses toman Puebla, obligando a Juárez a huir al Norte, y, en junio, entran en la capital, derogando las leyes de Reforma y estableciendo una Junta de Regencia y una Asamblea de Notables de 215 miembros la cual, el 10 de julio, vota a favor de la monarquía, cuya corona se ofrece al Archiduque Fernando Maximiliano de Austria⁵, elección acerca de la que entraremos en detalle más adelante.

Bazaine es nombrado comandante en Jefe y el 3 de octubre de 1863 Maximiliano se compromete a aceptar la corona imponiendo la celebración de un refe-

⁴ Acerca de Prim y su cercanía a los nordistas en la Guerra de Secesión, Josep M. Fradera, “Juan Prim y Prats (1814-1870): Prim conspirador o la pedagogía del sable” en *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, coord. Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma, Madrid, 2000, pp. 239-266.

⁵ Fernando Maximiliano (Viena, 6-VII-1832- Querétaro, 19-VI-1867), hijo del Archiduque Francisco Carlos y de Sofía de Baviera, hermano de Francisco José, Emperador de Austria. Apuesto, educado y amante de los viajes y lo exótico, en 1852 se comprometió matrimonialmente con Amalia, hija de Pedro I de Brasil, muerta en 1853. En 1857 casó con Carlota de Bélgica, cuyo padre, Leopoldo I, presionó para que lo designasen Gobernador General de Lombardía y Venecia, virreinato efímero que cesaría a raíz de la derrota de Solferino, tras de la cual el matrimonio se retiró a Trieste. Del resto de su existencia se trata en estas páginas.

réndum que ratifique este ofrecimiento. Poco antes de hacerse público el compromiso condicionado del Archiduque, y ante sus reticencias, dado que los franceses no querían comprometerse en demasía con sus apoyos al nuevo trono, Gutiérrez Estrada⁶ llegó a ofrecerlo al duque de Morny⁷, hermano de Napoleón III, Presidente de la Cámara Legislativa en ese momento, y el ambicioso bastardo lo aceptó, aunque condicionaba esta aceptación a que Maximiliano decidiese finalmente no ceñir la corona. El monarca francés manifestó su enérgica repulsa a esta opción, en la que Francia quedaba descaradamente en entredicho al intentar sentar en ese trono a una persona tan cercana a su soberano, pero Morny persistía en su anuencia y la Emperatriz encargó al Ministro Walewski que le disuadiese⁸.

La verdad es que la actitud de Morny en este asunto fue muy vidriosa, pues, aparte de haber concebido esperanzas de ocupar él mismo el trono mexicano, como hemos reseñado, estaba en tratos estrechos con el banquero suizo Jecker, al que, por su influencia, se concedió la nacionalidad francesa en 1862, con inusitada rapidez, con lo que se conseguía que sus intereses financieros para cobrar los discutibles créditos negociados con las administraciones mexicanas anteriores a Juárez adquiriesen la naturaleza de intereses de Francia y de sus ciudadanos. De todo ello parecía ser prueba una carta del banquero dirigida al secretario de Napoleón III, Conti, que se dio a conocer como encontrada en las Tullerías después de la caída del Imperio pero de cuya autenticidad se duda⁹. Por otra parte, también se dijo que el suizo había prestado cuantiosas sumas a Eugenia para la construcción del palacio que ocupara en París su hermana, la duquesa de Alba, hasta su fallecimiento en 1860, y que fue derribado inmediatamente, por orden de la soberana.

En marzo de 1864 Maximiliano y Carlota visitan París, subscribiéndose un empréstito que hipoteca financieramente con Francia la suerte del Imperio mexicano. Se producen serias dificultades para culminar la renuncia del Archiduque a sus derechos dinásticos austriacos y, finalmente, el 9 de abril se firma el Tratado de Miramar y, al día siguiente, se efectúa la Proclamación del nuevo Emperador, que abandona Trieste el 14 de marzo; el 18 visita a Pío IX en Roma y el 28 de mayo arriba a Veracruz.

Durante 1865 Maximiliano se aleja de los conservadores mexicanos y de los franceses, con medidas como la confirmación de las leyes de Reforma de Juárez o la

⁶ A quien Frédéric Loliée denomina *Don Gutierrez de Estrada* o, simplemente, *Don Gutierrez*.

⁷ Hijo extramatrimonial de la Reina Hortensia, madre, también, de Napoleón III. Según había publicado *La Gaceta de Colonia* años antes, en otoño de 1857, Morny tenía posibilidades de ser proclamado Rey de Rumanía, aunque él lo desmintió oficialmente en el número del 28 de octubre de esa publicación.

⁸ Frédéric Loliée, *Le duc de Morny et la société du Second Empire*, París, 1928, pág. 306.

⁹ Pierre de Lano, pp. 162 y ss., lo cita, pero manifestando dudas acerca de la autenticidad de la carta, dudas que no refleja Frédéric Loliée.

prohibición de difundir en su imperio la Encíclica *Quanta cura*, del 8 de diciembre de 1864, en la que el Sumo Pontífice condena el liberalismo y la libertad de cultos. En ese año de 1865 finaliza la Guerra de Secesión estadounidense, con la victoria del Norte, lo que permite a esta potencia actuar sin freno en apoyo de Benito Juárez, y, en enero de 1866, Napoleón III anuncia la retirada de sus tropas para febrero de 1867, a lo más tarde. El 14 de febrero se asalta la Comisión belga y, en junio, Austria anuncia también su retirada, presionada por E.E.UU. En julio, Carlota emprende un agónico viaje a Europa para tratar de conseguir ayuda de Napoleón III y de Pío IX, y comienza a dar señales evidentes de demencia. En diciembre, los belgas y los austriacos abandonan México, mientras Maximiliano se obstina en no abdicar, decisión en la que se escudan Napoleón III para defender su irresponsabilidad en el trágico desenlace de los acontecimientos, culpando del mismo al propio Archiduque por su obstinación suicida.

El final se precipita: el 5 de febrero de 1867 Bazaine parte con sus tropas y Maximiliano se dirige a Querétaro con las fuerzas que le son fieles, siendo hecho prisionero el 15 de marzo y, tras un juicio discutible, es fusilado el 19 de junio, con sus fieles Mejía y Miramón. Ciudad de México capitula al día siguiente y los extranjeros consiguen salvoconducto para abandonar su territorio.

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

La bibliografía acerca de la Emperatriz Eugenia y Napoleón III, Maximiliano y Carlota, la intervención del II Imperio francés en México y sus distintos protagonistas es oceánica y no siempre útil, pues son asuntos teñidos de altas dosis de ideología y resulta, a veces, difícil, discernir la crónica documentada fehacientemente de la propaganda de uno u otro signo y hasta de la narrativa novelesca romántica. Carece por ello de sentido intentar hacer una enumeración exhaustiva de los cientos de títulos publicados referentes a los personajes indicados en los que se formule alguna mención a los hechos de referencia y por ello nos remitimos a las citas que puntualmente formulamos a lo largo de nuestro texto. No obstante lo dicho, vamos a señalar y comentar algunos trabajos que creemos de verdadero interés por su documentación y solvencia.

Entre 1888 y 1895¹⁰, vieron la luz, en México, los tres volúmenes de la *Historia de la Intervención y del Imperio de Maximiliano*, de Manuel Rivera Cambas¹¹, que aporta gran cantidad de documentos de muy distintas procedencias, abandonando la hagiografía o el denuesto gratuitos hacia unos y otros de los protagonistas. Leonardo Pasquel prologa la reedición de la *Historia de la Intervención* en

¹⁰ Hay ediciones de 1961 y 1987.

¹¹ Manuel Rivera Cambas, Ingeniero de minas e historiador (Jalapa, 1840-México, D. F., 1917).

seis volúmenes, hecha en 1961, un siglo después de los acontecimientos, por la Academia Literaria, sumándose a gran cantidad de publicaciones y reediciones producidas con motivo del Centenario.

Por el lado francés, es notable y útil *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México*, escrita por Emilio Ollivier¹². Este autor es un curioso personaje que, republicano confeso y hostil a Napoleón, terminó colaborando con su régimen a partir de 1865, en gran medida por su amistad con el duque de Morny, siendo el último Presidente del Gobierno del II Imperio. Si los dieciocho volúmenes de *L'Empire Libéral* los escribió en parte como autodefensa de su actuación política, la lectura de esta obra puede completarse con su *Diario* (1846- 1869) y su extensa correspondencia, donde se reflejan sus opiniones políticas. Según el historiador Quirarte¹³, Ollivier escribió sobre la intervención francesa y el gobierno de Maximiliano, desde una perspectiva más alejada de los acontecimientos, que le permitió lograr una mayor objetividad. Poseyó una documentación muy vigorosa para poder valorar la ingerencia de Francia en México, pero no ahondó en el estudio de la historia mexicana anterior al año de 1861. Sus juicios sobre el clero y los caudillos del conservadurismo pecan de superficiales. En cierta manera Ollivier fue víctima de la historiografía francesa, que al juzgar la conducta del clero mexicano exageró sus defectos y no pudo ponderar algunas de sus virtudes. Cuando se examinan los juicios de Ollivier sobre la condición del clero francés de su tiempo, sus apreciaciones sobre el Concilio Vaticano y las relaciones de la Santa Sede con los países europeos, se pone de manifiesto la poderosa documentación en la que descansan sus lucubraciones y así se explica la profundidad de algunos de sus juicios. Por contraste, al juzgar la Iglesia en México no conociéndola a fondo, le será imposible alcanzar el sentido de la equidad.

En 1890, aún cercanos los acontecimientos analizados, Paul Gaulot (1852-1937), abogado y escritor, publica *Rêve d'Empire : la vérité sur l'expédition du Mexique, d'après les documents inédits de Ernest Louet, payeur en chef du Corps expéditionnaire (1861-1867)* (Ollendorf) obra con notable aparato documental y ponderada en sus juicios, que se reeditó en 1906 y posteriormente en numerosas ocasiones. Es obra que hemos utilizado en este trabajo en varios puntos. Paul Gaulot pudo disponer del archivo de Ernest Louet (1830-1888), tesorero y paga-

¹² Reeditada en México en 1963, con motivo del centenario de los hechos tratados, con traducción y notas del poeta e historiador Manuel Puga y Acal (1860-1930), Numerario de la Academia Mexicana de la Lengua.

¹³ "Emilio Ollivier el historiador de dos imperios", en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, n.º. 2, 1967, pp. 129-137. Martín Quirarte (1923-1980) es uno de los grandes especialistas en la Intervención y en el II Imperio francés, autor de *El problema religioso en México* (1967) e *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano* (1970).

dor mayor del ejército francés en México durante el periodo de la Intervención, porque éste fue el primer marido de su hermana, Blanche Gaultot.

El centenario de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano reavivó, como hemos señalado, el interés en México y Estados Unidos sobre la materia, y de ello es prueba la aparición, en 1967, del libro de Nancy Nichols Barker¹⁴ *Distaff Diplomacy: The Empress Eugénie and the Foreign Policy of the Second Empire*¹⁵, obra inexcusable para la particular investigación que nos ocupa, el papel desempeñado en estos asuntos por Eugenia, que arrojó nueva luz en esta materia y sentó la teoría de que la influencia de la Emperatriz en asuntos de política exterior fue indudable entre 1861 y 1863, cuando se efectuó el comienzo de la intervención en México y cuando se dieron esperanzas de ayuda a los polacos sublevados contra Rusia, pero, en los años posteriores, su papel no resultó tan activo en estos campos. Se han producido en los años posteriores reediciones de esta obra que han sido moderadamente criticadas por la ausencia de revisiones.

Otro título de gran interés es el de José Hidalgo y Esnaurrizar (personaje del que hablaremos cumplidamente en este trabajo) *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en México, desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del emperador Maximiliano*, publicada por los hermanos Garnier en París en 1868, al año siguiente del fusilamiento de Maximiliano, que en varios puntos capitales está teñida de tintes autobiográficos, pero es necesaria para conocer los remotos antecedentes de este extraordinario experimento político y matizar su ejecución entre 1864 y 1867¹⁶.

En cuanto a las fuentes documentales, en primer lugar, es necesario discriminar cuales nos pueden servir a este efecto de entre la infinita cantidad de documentos y obras que se refieren a este capítulo de la Historia. Está claro que no parece lógico que los documentos oficiales reflejen las actitudes personales de la cónyuge de Napoleón III, que era, meramente, Emperatriz consorte, aunque, en diferentes ocasiones, ejerciese la Regencia del II Imperio, pero encontramos rastros ilustrativos en los informes diplomáticos, en la correspondencia y en las memorias de los protagonistas de aquellos acontecimientos. Es por ello de gran interés la obra compilatoria de Lilia Díaz *Versión francesa de México. Informes diplomáticos 1853-1867*, publicada en tres volúmenes aparecidos en México entre 1963 y 1967, y ha de tenerse en cuenta una recopilación documental que cita

¹⁴ Nancy Nichols Barker (1925-1994), doctora en Historia por la Universidad de Pensilvania, profesora en la de Texas, especializada en Historia de Francia, es también autora de *The French Experience in Mexico, 1821-1861: A History of Constant Misunderstanding* (1979).

¹⁵ Particularmente el capítulo IV: "The Grand Design: Italy, Mexico, and Poland, 1861—1863", pp. 80-113) University of Texas Press, Austin.

¹⁶ Hay edición en inglés, de 2019, por Wentworth Press.

Patricia Galeana de Valadés, otra especialista en el estudio de estos acontecimientos, en sus interesantes trabajos¹⁷, bajo la denominación de *Correspondencia sostenida entre el Emperador Napoleón III, La Emperatriz Eugenia, el Archiduque Maximiliano y la Archiduquesa Carlota, de octubre de 1861 al 8 de noviembre de 1866, copias tomadas del Archivo de Viena en traducción al español*. Archivo José C. Valadés.

Es de reseñar que no hay prácticamente nada que se refiera a estos episodios en la correspondencia de la Emperatriz con su familia española, conservada en los archivos de la Casa de Alba y publicada en francés en 1935¹⁸ pero que habría de esperar hasta 1944 para ver la luz en español, bajo el título *Cartas familiares de la Emperatriz Eugenia*, en traducción del francés de Fernando Paz¹⁹, con prólogos del XVII duque de Alba (sobrino nieto de la interesada) y de Gabriel Hanotaux²⁰ y con guión biográfico y notas aclaratorias de Félix Llanos y Torriglia. Llama la atención que siendo el mencionado duque de Alba cercano deudo de la Emperatriz, con la que tuvo frecuentísimo trato personal y epistolarmente, no fuera él quien hiciese las notas que confió al Sr. Llanos Torriglia, pese a que éste fuera Numerario de la Real Academia de la Historia desde 1923²¹, ya que el duque lo era igualmente desde 1918, además de ocupar la dirección de la corporación en 1927.

Entre los recuerdos personales es igualmente imprescindible citar los que la propia Emperatriz narró al Embajador Maurice Paléologue²². Es esta obra seguida y copiada en gran medida por los autores que posteriormente se han acercado al personaje de Eugenia de Teba, y sólo hemos encontrado una crítica expresa en la biografía de William Smith²³.

¹⁷ *Las relaciones iglesia-estado durante el Segundo Imperio*, México, (1991), y *La disputa por la soberanía*, en el tomo III de *México y el Mundo, Historia de sus relaciones exteriores*, pp. 155 y ss. (2010).

¹⁸ *Lettres familières de l'Imperatrice Eugénie* (en dos vols.), París, 1935.

¹⁹ Secretario durante muchos años del XVII duque de Alba.

²⁰ Gabriel Hanotaux (1853-1944), diplomático, diputado, Ministro de Asuntos Exteriores entre 1894 y 1898). Delegado de Francia en la Sociedad de Naciones, fue miembro de la Academia francesa.

²¹ Igualmente lo sería de la Española (desde 1945) y de la de Jurisprudencia.

²² *Conversaciones con la Emperatriz Eugenia*, San Sebastián, 1946.

²³ *Eugénie, impératrice et femme (1826-1920)*, París, 1989, publicada en español al año siguiente con el título de *Eugenia de Montijo ¡qué pena, pena!*, cuyo estrambótico subtítulo se debe a Jesús Aguirre, duque consorte de Alba, autor del prólogo de esa edición. William Herbert Cecil (*Liam*) Smith (*26-IX-1925-†14-IX-2017) se graduó en Historia de Europa en la Queen's University, en Belfast (1950), se doctoró en el King's College de London (1965), docente en la Ecole Pratique des Hautes Etudes de París (1979-80). Aparte otros títulos (*Anglo-Portuguese Relations in the mid-19th century, Nicholas II – The Last Tsar*), es autor de *Napoléon III* (1973, editado en francés, corregido y aumentado, en 1983), *Second Empire and Commune, France, 1848-1871* (1985) y de un estudio sobre los Bonaparte (2005). En 1989 publicó en francés esta biografía de la Emperatriz, por la que recibió el Prix Napoléon de ese año. Caballero de la Orden de las Palmas Académicas (1991) y Oficial de la de las Artes y las Letras (2001) y patrono de Farnborough Abbey, actuó como asesor

Paléologue, diplomático francés supuestamente descendiente de Emperadores bizantinos, muy conocido por haber ocupado la Embajada de Francia en Rusia en el reinado de Nicolás II y miembro de la Academia francesa, señala en la introducción de su libro que sus conversaciones con la egregia dama se iniciaron, a invitación de ella, transmitida por la Princesa Matilde, en 1901. Alabando la fiabilidad de la protagonista, Matilde dice al Embajador que puede tener plena confianza en lo que le diga, pues conservaba una memoria prodigiosa y era totalmente sincera.

Un autor de gran éxito en Europa, el conde Egon de Corti, sigue a Paleologue en sus trabajos tocantes a este asunto, y a ambos se remite la investigadora austro-germana Brigitte Hamann (1940-2016) en su libro *Con Maximiliano en México*, en el que glosa el diario del príncipe Carl de Khevenhüller entre 1864 y 1867, compañero de Maximiliano en su reinado²⁴.

Como era de esperar, esta ocasión del centenario de su fallecimiento ha servido de excusa para poner al día ciertos planteamientos acerca de su figura, lo que se intenta en el grueso volumen *L'impératrice Eugénie. Une vie politique*, obra de Maxime Michelet publicada por Editions du Cerf en mayo de 2020. Es obra meritoria, útil para actualizar la historiografía acerca de la soberana, pero que trata muy escasamente el episodio que aquí estudiamos de la intervención francesa en México.

Al margen dejamos decenas de títulos inútiles, novelas pseudo históricas y meros remedos sin aportaciones que solamente por algún motivo justificado reseñaremos si resultare necesario a lo largo de esta exposición.

ATRIBUCIÓN DE RESPONSABILIDADES A LA EMPERATRIZ

No es tarea de los historiadores juzgar moralmente las actuaciones de los personajes protagonistas de sus estudios y crónicas, pero, en este caso, precisamente, tratamos de dilucidar si es correcta la opinión, generalmente aceptada, de responsabilizar a la Emperatriz de impulsar la decisión tomada por Napoleón III para intervenir militarmente en México. En la conversación mantenida con Paléologue el 10 de enero de 1904, al hilo de un comentario del General Pendérec referente al enfrentamiento ruso-japonés, la propia Eugenia manifestaba que *el Gobierno ruso hará bien en recordar la expedición a México que tan fuertemente pesó en el destino del II Imperio*, y, más adelante, la Emperatriz declara: *No me avergüenza lo de Méjico: lo deploro, pero no me sonrojo... Es más, siempre estoy dispuesta a*

de la Dinastía Imperial francesa. Este autor nació en Coleraine, Irlanda del Norte, y tuvo pasaporte irlandés, lo que subrayamos porque Michelet lo califica de *inglés* en la pág. 43 de su libro.

²⁴ Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

hablar de ello, pues es uno de los temas que la injusticia y la calumnia ha explotado más en contra nuestra. Puedo afirmarle que durante la génesis de la empresa, ni las especulaciones financieras, ni el cobro de los créditos, ni los bonos Jeker, ni las minas de la Sonora y del Sinaloa, se tuvieron en cuenta para nada: ni siquiera pensamos en ello. Fue mucho más tarde cuando los agiotistas y los bribones trataron de aprovecharse de las circunstancias añadiendo, seguidamente, que, ya en su reclusión de Ham, Luis Napoleón soñaba con un Imperio en la América Central que hubiera cortado el camino a las ambiciones de los Estados Unidos, así como veía la posibilidad de construir un canal interoceánico en Nicaragua (antecedente del Canal de Panamá).

Preguntada acerca del momento en que cristalizó la idea de instaurar un imperio *latino* en México en la mente de Napoleón III y de dónde vino el estímulo final y decisivo para ello, Eugenia manifiesta: *Fue en 1861, en Biarritz, por instigación mía*. Es pues la Emperatriz la que dice, si damos credibilidad al Embajador, *por instigación mía*. Pero no podemos pasar por alto lo contradictorio de su discurso, pues ella misma reconoce en ese momento que el sueño de frenar la Doctrina Monroe, que se resume en la frase *América para los americanos*, anidaba en Napoleón desde que estuvo prisionero en la fortaleza de Ham. Concebida la doctrina aludida por el Secretario de Estado John Adams²⁵, la mantuvo el Presidente James Monroe en su discurso del Estado de la Unión de 1823, señalando que cualquier intervención europea en América sería vista como un acto de agresión que supondría la reacción de los Estados Unidos como respuesta a posibles intervenciones de la Santa Alianza para restaurar las Monarquías absolutas en el Nuevo Mundo.

Pero la evolución histórica del sentido de la frase *América, para los americanos*²⁶, parece justificar que la aplicación de esta doctrina defiende que *por los americanos* ha de entenderse a los que se denominan con el acrónimo *WASP* (White, Anglo-Saxon y Protestant)²⁷. Frente a la racista y sectaria doctrina Monroe como justificación del imperialismo estadounidense en el resto del continente, avasallando a quienes no fueran protestantes de raza blanca, el II Imperio francés intentó, con muy escaso éxito, sembrar la doctrina pan-latinista, expuesta con rigor por John Leddy Phelan²⁸, desafortunada de-

²⁵ John Quincy Adams (1767-1848), VI Presidente de EE.UU en 1825 e hijo del II, John Adams. Adelantó que, en caso de guerra civil, el Presidente podría abolir la esclavitud aplicando sus poderes de guerra, lo que hizo Lincoln en 1863.

²⁶ Siendo muy lamentable que por *americanos* Monroe se refiriera a los Estados Unidos y que el resto de los americanos denominen de manera habitual *americanos* a los estadounidenses, como si ellos no lo fuesen.

²⁷ Greenblatt, A., "The end of WASP-Dominated Politics", en *The NPR Politics Newsletter*, 19-IX-2012.

²⁸ "Pan-latinism, French intervention in México (1861-1867) and the genesis of the idea of Latin America" p. 279-298, en *Conciencia y autenticidad históricas Escritos en homenaje a Edmundo*

nominación de lo que pretendía aunar el catolicismo (frente al protestantismo de los WASP) y un concepto racial confuso, por indeterminado, en el que se mezclaban heterogéneamente indios, negros y criollos, pero cuidando mucho de no usar el término que sería más correcto de *iberoamericanos*, que aunaría la herencia portuguesa y la española en esta visión encontrada del continente americano.

Tras el fracaso de la intervención en México, con el fusilamiento de Maximiliano, en 1867, Maxime du Camp publicó un artículo en la *Revue de Deux Mondes* en el que, tratando de responder a las críticas generalizadas de los motivos que habían llevado a esa situación, afirma que la política de Napoleón III no perseguía más que un resultado: *la grandeur et la sécurité de la race latine*²⁹. Y más adelante, añade: *Au Mexique, Napoleon III cherche à rétablir l'empire latin que l'Espagne a perdu et que pourra servir de contrepoids à l'agglomération anglosaxonne de l'Amerique du Nord*.

Recordemos, para centrar cronológica y emocionalmente el asunto, que Eugenia, tras la muerte de su hermana Francisca³⁰, acaecida en París el 16 de septiembre de 1860³¹ (no pudiéndose precisar si de tuberculosis o de leucemia), realizó un viaje a Escocia, con la disculpa oficial de visitar a la duquesa de Hamilton³²; al regreso visitó, en Londres, a Victoria I, a la que explicó que su visita a Edimburgo había tenido como fin que la reconociese un médico, pues tenía gran aprensión de estar enferma, quizás de tuberculosis³³, aunque no hay que descartar una mo-

O' Gorman, edición a cargo de Juan Antonio Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas Facultad de Filosofía y Letras, 1968.

²⁹ Fleuy, C. & Louis Sonolet, *La société du Second Empire (1863-1867)*, Volumen 3, 1917, pp. 36 y ss.

³⁰ María Francisca (*Paca*) Portocarrero (Granada, 1825 - París, 1860), Grande de España, duquesa de Peñaranda de Duero, condesa de Miranda de Castañar, de Montijo y de Baños, etc. Casó en 1848 con Jacobo Fitz-James Stuart, XV duque de Alba. Algún autor equivocado la menciona como dama de la Orden de María Luisa desde 1845, pero quien recibió la banda fue su madre, María Manuela Kirckpatrick, conocida hasta su muerte como condesa de Montijo, pese a ser condesa viuda, ya que la titular era Paca desde 1839.

³¹ Para Eugenia resultó muy doloroso que, de visita en Argelia, su esposo le ocultara este fallecimiento para evitar alteraciones protocolarias. Ello motivó que, a la vuelta célerica a Francia, los monarcas no se encontraran con Isabel II, que estaba en las Baleares.

³² Su Alteza Gran Ducal la Princesa María de Baden (1817-1888) hija del Gran Duque Carlos de Baden y de Estefanía Beauharnais, era prima lejana de Hortensia, la madre de Napoleón III. Casó en 1843 con William Hamilton, marqués de Douglas, luego XI duque de Hamilton, y tuvo tres hijos: Guillermo, XII Duque de Hamilton, Carlos y María Victoria, casada con el Príncipe Alberto de Mónaco y, en segundas, con Tassilo Festetics de Tolna. En 1855 se convirtió al catolicismo.

³³ En carta al duque de Alba (St.-Cloud, 13-XI-1860) dice: *Me voy mañana a Londres. Mi salud, cada día más débil, me obliga a salir. A mamá le he dicho que me sentía algo mal; pero a ti te confieso que me siento muy débil, a veces muy mal*. Desde Escocia, escribe nuevamente a su cuñado: *Estoy mejor desde que estoy aquí: desgraciadamente tendré que dejar Escocia para ir a Inglaterra, y lo siento mucho*. Un mes después (22-XI), la Reina Victoria escribe a su tío, Leopoldo I, Rey de los belgas: *El viaje de Eugenia es de lo más asombroso. Ella tose mucho y nunca oí recomendar Escocia para excursiones de invierno (...) Parece que tiene diferencias de opinión con su*

mentánea separación de su marido, cuyos adulterios eran públicos ante toda Europa. Tranquilizada por el diagnóstico favorable que recibió, la Emperatriz cobró fuerzas con las que acometer nuevas empresas, como la de dar digna sepultura a Francisca (asunto enturbiado por el desacuerdo entre la condesa viuda de Montijo y el duque de Alba) o, desde el otoño de 1861 hasta 1864, su labor en pro de la instauración en México de una monarquía católica, que simultánea con la invitación a Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen³⁴ (que en 1866 sería proclamado Príncipe soberano de Rumanía) a una de sus selectas *séries* de Compiègne, entre el 26 de noviembre y el 15 de diciembre de 1863, tratando de que se formalizase un noviazgo con Anna Murat³⁵ (que finalmente no se logra), y con sus trabajos en pro de la entronización en una Polonia independizada de Rusia de Wladislaw Czartoryski³⁶, casado con una hermana de Isabel II de España, Amparo Muñoz y Borbón³⁷, I condesa de Vista Alegre. En mayo de 1863 se quiso que España participase en un congreso para estudiar el caso polaco, ofreciéndole un puesto entre las potencias participantes junto con Suecia, según el plan presentado por el embajador belga en Viena, O'Sullivan. Lógicamente, Rusia no aceptó la propuesta. En el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español no se han encontrado testimonios de este proyecto³⁸. El dolor de Eugenia meses después, en 1864, ante el fallecimiento de la princesa Czartoryska, se reflejó en su correspondencia familiar³⁹. Estos sueños quiméricos de revolucionar el equilibrio de potencias en Europa no pasaban de ser conversaciones de salón con el Embajador austriaco en París en febrero de 1863, Richard Metternich⁴⁰, pero, por una vez, quizás la

marido en lo referente al Papa. La soberana británica se queda corta en su análisis de las diferencias coyugales, pues la condesa de Castiglione llevaba semanas en París antes de la partida de Eugenia. En otra carta a Leopoldo (Windsor, 4-XII), Victoria comenta, tras compartir hora y media con Eugenia, que estaba guapísima y que parecía que su viaje le había sentado muy bien.

³⁴ Bisnieto de Estefanía de Beauharnais (prima de la Emperatriz Josefina) y sobrino lejano de Napoleón III. Terminará casando en 1869 con Isabel de Wied, escritora con el pseudónimo de *Carmen Sylva*.

³⁵ También pariente del Emperador como nieta de Carolina Bonaparte. *Napoléon III et les principautés roumaines*, catálogo de la exposición, Musée National du Château de Compiègne (21-III/29-VI-2009). Anna casó, en 1865, con Antoine de Noailles (1841-1909), IX príncipe de Poix, VI duque español y V duque francés de Mouchy y duque de Poix.

³⁶ Władysław (Ladislaus) Czartoryski, 1828 - 1894.

³⁷ Hermana uterina de Isabel II como hija de la Reina Gobernadora y del duque de Riánsares.

³⁸ Jan Kieniewicz "La cuestión polaca en la política del gabinete de Miraflores en el año 1863", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, UCM, nº 11, 1989 pp. 45-72.

³⁹ Carta a la condesa de Montijo (21-VIII-1864). El deceso coincide con la visita a Francia del Rey Francisco de Asís para inaugurar la línea férrea Madrid-París; la Emperatriz acudió al velatorio en el Hotel Lambert, residencia de los Czartoryski, cumpliendo la promesa de visitarla formulada el día anterior, depositó flores, oró y marchó a vestirse para el baile en honor del marido de Isabel II. La misiva no alude al proyecto de sentarla en el trono de Polonia junto al que se convertía en su viudo.

⁴⁰ Prusia perdía Posenia y Silesia a cambio de Sajonia y Hannover; Austria perdía Galitzia y cedía Venecia al reino de Italia, pero se anexionaría Silesia y los Estados alemanes del sur; Rusia sería compensada en Turquía, pero no obtendría Constantimopla, que se daría a Grecia; Francia adquiriría los territorios de la orilla izquierda del Rhin y quizá repartiese Bélgica con Inglaterra. No

única, ponían de acuerdo a Eugenia y al ex Ministro de Exteriores, y entonces senador, Walewski⁴¹ con el Príncipe Napoleón, quien, creyéndose maquiavélico, aconsejaba a su primo el Emperador que lo enviase como Embajador a Suecia y, desde allí, provocar que el Zar atacase al reino nórdico, que tendría así excusa para pedir ayuda a Francia contra Rusia.

El apoyo a un reino de Polonia independiente de Rusia no se concretaría porque Napoleón III, influenciado por su hermano, Morny (rusófilo notorio, casado con una hermana bastarda de Alejandro II), no se vió capaz de enturbiar aún más el escenario al enfrentarse con el Zar y desistió de ayudar a los sublevados polacos en la primavera de 1864, como había prometido poco antes, asunto tratado en profundidad por Emil Ollivier⁴².

Pero volvamos a la conversación mantenida por Eugenia con Paléologue en 1904; en ese momento se aborda un asunto clave para el conocimiento de estos acontecimientos pero, lamentablemente, Paléologue lo hace en estilo indirecto, sin reflejar literalmente las palabras de su interlocutora: *Me refiere [la Emperatriz] luego las conversaciones que tuvo en Biarritz durante el otoño de 1861 con un emigrado mejicano, Don José Hidalgo, a quien desde unos años antes recibía en el círculo íntimo de sus amistades*. En esas conversaciones Hidalgo presentó su plan, que Napoleón III validó con el concurso de otros emigrados mejicanos conservadores: Almonte, Gutiérrez, Iglesias, Monseñor Labastida y el Padre Miranda; pese a lo dicho, Mérimée, que conocía desde niña a la condesa de Teba, escribe una carta a Panizzi⁴³, con fecha 2 de julio de 1862, en la que dice: *On est assez sévère, ce me samble, pour l'Impératrice, à qui l'on attribue l'expédition du Mexique*.⁴⁴

Vamos a centrarnos *in extenso* a lo largo de las siguientes páginas en averiguar quién era ese personaje, Hidalgo, mencionado por la Emperatriz a Paleologue, y de dónde nacía su ascendiente sobre la soberana.

José María Manuel Celso Hidalgo y Esnaurrizar (ó Eznaurrizar) nació en Ciudad de México el 6 de abril de 1826⁴⁵, según su partida de bautismo, del siguiente

era un plan verdadero; la Emperatriz declaró que eran *consideraciones a vuelo de pájaro y que iba mucho más lejos que el Emperador*. Pero Metternich, aun criticando aquellos sueños políticos, veía indicios de la dirección en que se orientaba Napoleón III. Pierre Renouvin, *Historia de las relaciones internacionales (siglos XIX y XX)*. Akal Textos, 1990. p. 292-293.

⁴¹ Alexandre Florian Joseph, Conde Colonna-Walewski, hijo de Napoleón I y de la polaca María Waleska y casado en segundas nupcias con la también polaca princesa Isabel Poniatowska.

⁴² *La Pologne ; les élections de 1863, la loi des coalitions (1902)*, vol. VI de *L'Empire libéral*.

⁴³ Sir Antonio Genesio Maria Panizzi (1797 – 1879), conocido como Anthony Panizzi, italiano nacionalizado británico, fue un reconocido librero y bibliófilo.

⁴⁴ Marcel Boulenger, *Le Duc de Morny*, París 1925, pág. 128.

⁴⁵ Seguimos los datos aportados por Javier Eusebio Sanchiz Ruiz (exhaustivo investigador de la ascendencia del personaje), y Víctor Alberto Villavicencio Navarro, autor de “José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, un monarquista semiolvidado” (en *El Imperio napoleónico y la monarquía en México*, Patricia Galeana, coordinadora. México: Siglo XXI Editores, Senado de la República, 2012, pp. 63-

día, inscrita en los libros del Sagrario Metropolitano, siendo el tercer hijo⁴⁶ del legítimo matrimonio *de los señores don Francisco Manuel Hidalgo Zeutres, coronel del segundo batallón de línea*⁴⁷, *natural de la Isla de León, en el Obispado de Cádiz, en la península de España, y doña Mercedes Esnaurrizar Ávila, de esta corte* (Ciudad de México). Era nieto por línea paterna de don Francisco Pedro Hidalgo y de doña Ángela Zeutres, y, por la materna, de don José Estanislao Esnaurrizar Godarte y doña Mariana Margarita Ávila Moreno⁴⁸. Lo apadrinó Miguel de Jesús Irisarri (*Irizarri* en el original) Peralta.

Los padres habían contraído matrimonio el 23 de julio de 1818, en San Miguel Arcángel (Ciudad de México), siendo la desposada doña Mercedes Esnaurrizar Ávila, respecto a la cual es curioso el comentario que leemos en carta de la Emperatriz Carlota a Eugenia, en junio de 1864: *La madre de Hidalgo, que debió de ser bastante bella en otros tiempos, cenó con nosotros la otra noche y nos habló mucho de su hijo. Es una mujer d'esprit, y me gustó mucho*⁴⁹.

Uno de los mayores errores genealógicos referidos a este personaje es considerarlo nada menos que descendiente del famoso cura Hidalgo, uno de los padres de la Independencia de México⁵⁰, siendo lo cierto y probado que José Manuel era descendiente de familia hidalga pero sin gran fortuna económica por el linaje paterno, aunque nuestro personaje no carecía de aspiraciones nobiliarias, favorecidas por su familia materna, a cuya sombra medró Pepe, como le llamaban sus allegados. Luz América Viveros⁵¹, en “Recuerdos de juventud de un imperialista exiliado: José Manuel Hidalgo”⁵², reproduce el siguiente párra-

86), actualizados en su ponencia “La salvación viene de Francia: los problemas mexicanos desde la visión de un monarquista en la corte de Las Tullerías, 1857-1896” (*Coloquio Internacional Miradas mexicanas sobre Francia y Estados Unidos (1821-1950)*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 3 de junio de 2019, Ciudad de México). También hemos consultado “Imperialista desengañado”, de Ricardo Lancaster-Jones (en *Historia Mexicana, El Colegio de México*, Vol. 69, N.º. 3). Igualmente, del propio José M. Hidalgo, *Recuerdos de juventud. Memorias íntimas de don José Hidalgo, antiguo ministro de México en diversas cortes de Europa, publicado en 1887 y reeditado por Seminario de Edición Crítica de Textos*, México, 2019, comentado ampliamente por Luz América Viveros Anaya en su reseña “Recuerdos de juventud de un imperialista exiliado: José Manuel Hidalgo” (en *Decires, Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros*, vol. 17, n.º. 21, primer semestre, 2017, pp. 69-84).

⁴⁶ Antes habían nacido Juan (1820) y María de los Ángeles (1822).

⁴⁷ En 1816 aún se mantenía fiel a Fernando VII, y posteriormente fue seguidor de Iturbide. Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana*, México, 1817, vol. V, pág. 11.

⁴⁸ Agradecemos los datos de la partida de Bautismo al investigador y amigo don Miguel Ángel Fernandez.

⁴⁹ Reproducida íntegra en el apéndice documental del vol. II de Egon de Corti, *Maximiliano y Carlota*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

⁵⁰ Carmen Moreno, *Carlota de Méjico*, Ediciones Atlas, Madrid, 1944, pág. 36.

⁵¹ Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas y Maestra en Letras Mexicanas, Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México y experta en el género autobiográfico.

⁵² *Decires, Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros*, vol. 17, n.º. 21, primer semestre, 2017, p. 76.

fo, citándolo como de Guillermo Prieto, aunque no hayamos encontrado rastro del mismo en la edición virtual de esta obra publicada por el Instituto Cervantes⁵³: *Uno de los compañeros de oficina, con quien trabé más estrecha amistad, fue don José Hidalgo y Esnaurrizar, joven de finas maneras y bien aceptado entre la gente de buen tono. El mérito especial de Pepe Hidalgo, como le llamaban generalmente, era ser sobrino de don Antonio María Esnaurrizar, Tesorero General de la Nación.... La familia del señor Esnaurrizar era muy estimada por su posición y virtudes; Hidalgo, huérfano de padre, era considerado como hijo de la familia, y esto le abrió las puertas de los empleos y excelentes relaciones. Alto, delgado, barbilampiño, de ojos negros y algo de infantil en la expresión, Pepe era estimable; pero su instrucción en todas las líneas era muy mediana, y su talento (si es permitido hacer esos valúos a quien no conoce el género) no pasaba del trabajo de munición con que la naturaleza obra en la gran mayoría de los hijos de Adán. Las pretensiones de Hidalquito a la nobleza y a los títulos de sangre azul, no tenían límite, no obstante ser empleadillo con una dotación mezquina,*⁵⁴ ... (Prieto, 1906: 159-160).

Nuestro personaje hizo carrera a partir de 1847, tras haber participado en la batalla de Churubusco, una derrota ante los Estados Unidos que le valió ser encarcelado junto a Manuel María de Gorostiza y Cepeda, quien, entre otros cargos, había sido Ministro de Exteriores y, por su influencia, es enviado por el Presidente Peña y Peña a Londres como agregado a la Embajada, pasando, tan sólo dos meses después⁵⁵, a Roma, bajo las órdenes de Ignacio Valdivieso⁵⁶, donde conoció a Pío IX, a quien siguió al sitio de Gaeta. En 1853 fue nuevamente a Londres y, en 1854, se cambian los planes de enviarlo a Washington, pues fue, como Primer Secretario de la Embajada, a Madrid, donde Gutiérrez Estrada pretendía que el Presidente del Consejo, conde de San Luis, le ayudase para conseguir que algún personaje vinculado a la Realeza española aceptase la corona de México, pensando Gutiérrez de Estrada en esos momentos, muy particularmente, en el carlista Don Juan de Borbón⁵⁷, conocido por sus seguidores

⁵³http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/memorias-de-mis-tiempos-tomo-i-1828-a-1840--0/html/00b08888-82b2-11df-acc7-002185ce6064_163.htm.

⁵⁴ Enlazaba con los Sáenz de Santa María, de Veracruz, por una tatarabuela, Manuela Monterde y Antillón Lazo de Nacarino, hermana de Clara Monterde, bisabuela materna de Manuel Joaquín Sáenz de Santa María, I marqués de Valdeñigo en 1778, a cuya muerte pasó el título al Padre José Sáenz de Santa María, mecenas del oratorio de la Santa Cueva en Cádiz. Hidalgo descendía también de los Montero de Espinosa de San Juan de Ulúe (vid. Guillermo Lohmann Villena, *Los Americanos en las órdenes nobiliarias*, vol. II, Madrid, 1993, pág. 375, y el trabajo de Javier Sanchiz y José Ignacio Conde Díaz Rubín, "La familia Monterde y Antillón en Nueva España, reconstrucción genealógica", en *Estudios de Historia Novohispana*, números 32, 33 y 34).

⁵⁵ Por lo que no cabe pensar que llegase a intimar en la capital del Tamésis con la condesa viuda de Montijo, asidua a esa urbe en diferentes ocasiones. El encuentro se produciría en Madrid, en 1854.

⁵⁶ Ministro plenipotenciario en Roma entre 1848 y 1849.

⁵⁷ Juan Carlos María Isidro de Borbón (1822-1887), Conde de Montizón, segundo hijo de Car-

como Juan III⁵⁸, quien terminó por desentenderse de la causa legitimista de su rama dinástica.

En ese momento, 1854, Hidalgo, al margen de sus labores diplomáticas, traduce una obra que puede parecer frívola, *Manuel du bon ton et de la politesse française*, de Louis Verardi, pero que indica su interés por las apariencias en campos de innegable importancia en la vida diplomática, desde la conversación al vestir, pasando por la gastronomía⁵⁹.

Aquí entramos en un asunto de interés. Varios autores se equivocan afirmando que Hidalgo había conocido a Eugenia, aún soltera, durante esta etapa acreditado en Madrid, a partir del mencionado año de 1854, lo que le dio ocasión de frecuentar (y algunos dicen que cortejar) a la condesa viuda de Montijo y a su hija segunda, Paca, ya duquesa de Alba, lo cual es cierto, pero no a Eugenia, quien desde enero de 1853 compartía el trono de Francia con Napoleón III.

Pese a lo argumentado, en su colaboración biográfica dentro del volumen de la correspondencia familiar de la Emperatriz⁶⁰, Llanos Torriglia califica a José Hidalgo como *amigo de juventud* de Eugenia de Teba, y, por ser esta obra de común referencia en trabajos posteriores, así lo recogen algunos. Igualmente, Patricia Galeana de Valadés, en su obra *Las relaciones iglesia-estado durante el Segundo Imperio*⁶¹, extremadamente útil para nuestra investigación, sufre este error al señalar que la amistad de Hidalgo con la Emperatriz había nacido en España, quizás siguiendo lo dicho por la *Enciclopedia de México*⁶², que informa, en su entrada biográfica: ... [Hidalgo] en Madrid fue amigo de la duquesa de Alba y de Eugenia de Montijo, que habría de ser la emperatriz de los franceses.

Egón Corti une a su habitual buen uso de la documentación alguna licencia novelesca, y, por ello, ofrece una versión bastante alejada de la realidad al hacer la crónica de cómo logró Hidalgo ganar su ascendiente sobre la Emperatriz,

los María Isidro (Carlos V para sus partidarios). En 1847 casó con la Archiduquesa María Beatriz de Austria-Este, de la que se separó al no compartir ella sus ideas liberales, quedando sus hijos bajo la potestad de su esposa y de la princesa de Beira. En 1860, tras la renuncia de su hermano, el Conde de Montemolín (Carlos VI), reclamó sus derechos al Trono de España, pero terminó renunciando en su hijo, Carlos VII. En 1883, a la muerte del Conde de Chambord, se proclamó Jefe de la Dinastía de Borbón, como primogénito de los Capeto.

⁵⁸ Desde 1941 su pariente Don Juan de Borbón y Battenberg, Conde de Barcelona, heredero de Alfonso XIII, fue conocido bajo esa denominación de Juan III por umerosos seguidores, con notable incoherencia, ya que este Príncipe se proclamó oficialmente en Estoril en 1957 (ratificándolo en Lourdes en 1958) legítimo heredero de los carlistas, que ya contaban en sus elencos regios con un Juan III.

⁵⁹ De sus afanes son testimonio estas palabras: *En Roma aprendí figuras muy bonitas, que introduje luego en Madrid y aún en París en los cotillones que dirigía yo con un ardor que ahora me parece imposible*, para culminar informando de que su último cotillón, en 1864, fue en un baile de los lunes de la Emperatriz.

⁶⁰ Pág. 260 de la edición española de 1944, nota 3.

⁶¹ México, 1991, pág. 42.

⁶² *Enciclopedia de México*. Tomo VI. Méxco, 1977. p. 478.

afirmando⁶³ que, al llegar destinado a Francia, *se propuso remozar su amistad con la condesa de Teba y Montijo⁶⁴ de otros tiempos*. El párrafo siguiente es transcripción de su versión, de la que no cita fuente: *Cuando Hidalgo, en su viaje de Madrid a París, cruzaba la frontera y descendía de la diligencia en Bayona, pasó ante el hotel el carruaje de la Emperatriz Eugenia, que de su playa preferida, Biarritz, se dirigía a Bayona para ver una corrida de toros que se celebraría uno de aquellos días. Cuando la Emperatriz distinguió en la calle al caballero mejicano que la saludaba respetuosamente, acordóse de su antigua amistad con él, en la casa paterna; mandó parar el coche y llamóle para invitarle a una excursión marítima, con numeroso séquito, proyectada para el día siguiente⁶⁵*. Esta misma versión, a veces más adulterada aún, dan Gene Smith⁶⁶, Suzanne Desternes y Henriette Chandet⁶⁷ y Patricia Galeana de Valadés⁶⁸.

El Príncipe Miguel de Grecia, en *La Emperatriz del adiós*, calificada expresamente por los editores de *novela histórica*, llega a señalar que Eugenia e Hidalgo se hubieran conocido en España años antes de que ella subiese al trono francés, pues *ambos estaban emparentados con grandes familias castellanas⁶⁹*. Ignoramos a qué entronques pudiera referirse el Príncipe heleno.

Por el contrario, Ana de Sagrera se limita a referenciarlo como *un antiguo amigo de las Montijo⁷⁰* o *como emigrado mexicano que estaba en Europa⁷¹*, sin citar encuentros con Eugenia anteriores a la llegada a Francia del mexicano. Tampoco señala nada de interés al respecto Llanos Torriglia en su biografía de la condesa de Montijo⁷².

Una versión que puede acercarse a la realidad es la de que da Ana Rosa Suárez Argüello⁷³: Cuando menos lo esperaba, frente a su hotel en Bayona, el carruaje

⁶³ *La tragedia de Maximiliano y Carlota*, Barcelona, 1941, pág. 48.

⁶⁴ Error de Corti, pues la hermana mayor de Eugenia sucedió a su padre en el condado de Montijo.

⁶⁵ Esta versión de la corrida de toros la recoge también el novelista Abel Hermant en *Eugénie: Imperatrice des Français, 1826-1920*, Hachette, París, 1942, y en la edición extractada española de 1958 (pag. 65 y ss.).

⁶⁶ *Maximiliano y Carlota, la tragedia de los Habburgo en Méjico*, Barcelona, 1977, pp. 88 y ss.

⁶⁷ Coautoras de *Maximiliano y Carlota* (Editorial Diana, México, 1967, pág. 107) llegan a decir: *con gran escándalo del cochero y de su dama de honor, hizo detener el coche e invitó al joven a subir*.

⁶⁸ *Las relaciones iglesia-estado durante el Segundo Imperio*, México, 1991, pág. 42.

⁶⁹ Edición en castellano de Plaza y Janés, Barcelona, 2000, pág. 93. El original francés, *L'Impératrice des adieux*, en Plon, París, 1998.

⁷⁰ *Una rusa en España*, Madrid, 1990, pág. 177. Obsérvese que, en pureza, las Montijo son María Manuela (condesa viuda) y su hija Paca (condesa titular de Montijo), lo que no incluye necesariamente a Eugenia.

⁷¹ *La juventud de la Emperatriz Eugenia*, pág. 173.

⁷² *María Manuela Kirkpatrick, la Condesa de Montijo*. Espasa, Madrid, 1932.

⁷³ Ana Rosa Suárez Argüello "José Manuel Hidalgo" p. 223-240, *Historiografía mexicana*. Vol. IV. *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general) Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del vol. IV). Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas, 1996.

de la soberana francesa se detuvo ante él. La condesa de Montijo y la duquesa de Alba, que acompañaban a aquélla, lo habían reconocido. Se hicieron las presentaciones; Hidalgo conoció así a Eugenia, quien tendría un papel decisivo en la fragua del Segundo Imperio mexicano. Como se ve, sea cierta o no la teatral escena del carruaje, son la madre y la hermana de la Emperatriz las que presentan al mexicano a Eugenia en 1857, en Francia, o quienes, quizás, le escriben recomendándolo, cuando la Emperatriz llevaba cuatro años en el trono, y Pepe Hidalgo servía como miembro de la embajada de su patria ante las Tullerías, y, aunque destituido coyunturalmente por no acatar al gobierno liberal, al tomar el poder Almonte lo repuso en su cargo, y entonces comienza su trato con ella, interviniendo en asuntos privados, como la consecución de acuerdo entre la madre de la Emperatriz y el duque de Alba en relación con el lugar de sepultura de la duquesa Paca, fallecida en 1860. Precisamente de estas gestiones y de que acompañase el cadáver a España, en diciembre de ese año de 1860, es de lo único que queda rastro referente a Hidalgo en la correspondencia familiar de Eugenia publicada en 1935, donde se alude a su presencia en el cortejo que trasladó a España los restos mortales de la duquesa, junto al conde Lerzay-Marmesia, chambelán de la Emperatriz⁷⁴, lo que demuestra que el mexicano se encontraba en una posición privilegiada de confianza con la soberana un año antes de la fecha recurrente de otoño de 1861 en la que, basándonos en el testimonio de la protagonista a Palèologue, se fija la eclosión del plan de intervención en México. En carta de Eugenia a su cuñado de 14 de abril de 1861 (meses antes del otoño), Eugenia se hace eco de que Hidalgo le ha entregado una nota del duque de Alba acerca del enterramiento de Paca.

Egon de Corti⁷⁵, señala que, todavía en mayo de 1860, Hidalgo y Eugenia comentan la posibilidad de que el general carlista Joaquín Elío y Ezpeleta⁷⁶, tras su fracasada intentona de San Carlos de la Rápita⁷⁷ marchase a América con tropas de apoyo a los monárquicos, quienes en esos momentos pensaban como futuro monarca en el destronado Duque de Módena, cuya hermana estaba casada con

⁷⁴ Carta de la Emperatriz a su cuñado del 29 de diciembre de 1860.

⁷⁵ Egon de Corti, *Maximiliano y Carlota*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971, p. 79. Versión en español que publica íntegra la voluminosa original, en alemán, mientras que hay otra versión, también en español, notablemente resumida, la de Iberia (Barcelona, 1941), que no recoge este episodio.

⁷⁶ Joaquín Elío y Ezpeleta, I Duque (carlista) de Elío, sobrino del General Francisco Elío y Olondriz (Pamplona, 1806 – Pau, 1876). En el momento que nos ocupa, tras intervenir el 2 de abril de 1860 en la acción de San Carlos de la Rápita, fue condenado a muerte e, indultado por Isabel II, se obligó a no hacer armas contra la Reina y, en septiembre de 1868, le ofreció su espada frente a la revolución. Exiliada a su vez Isabel II, le liberó de su compromiso, sirviendo a Don Carlos VII.

⁷⁷ Melchor Ferrer, *Historia del Tradicionalismo español*, tomo XXI, Sevilla, pág. 96, da interesantes detalles de la posible implicación, desde 1859, de la Emperatriz, su madre, Prim y el marqués de Salamanca en este asunto. En los apéndices se recoge la carta que escribió a Isabel II en Pau el 5 de julio de 1860.

Don Juan de Borbón y Braganza, quien acababa de expresar su negativa a ser entronizado en México. Francisco Fernando (1819-1875), Archiduque de Austria-Este, fue Duque soberano de Módena desde 1846 hasta que, en 1859, Víctor Manuel II de Saboya invadió sus estados, retirándose a Viena el resto de su vida. Es decir, en mayo de 1860 no se consideraba aún a Maximiliano como candidato a Emperador de México.

Para probar la vehemencia que ponía Eugenia en sus iniciativas reproducimos el telegrama que envió a Isabel II en abril de 1860 para solicitar el indulto de dos implicados en la intentona de San Carlos de la Rápita, Cavero⁷⁸ y el mencionado Elío: *Sé por telégrafo que mis primos Paco Cavero y Elío están prisioneros. Suplico a V.M. salvarles la vida. Con confianza me dirijo al corazón de V.M. Telegrafío para no perder tiempo. Eugenia*⁷⁹. Sin conocer la respuesta aún, el 8 de abril escribe a su hermana Paquita recabando su apoyo para conseguir la gracia real: *He sabido, casi al mismo tiempo, la insurrección y el apresamiento de esos pobres locos: nuestros primos Cabero y Elío, están, tal vez, a punto de ser fusilados. He escrito a la Reina pidiendo su indulto, “como parientes”. No sé si lo podré obtener y estoy en un estado terrible porque la pobre Rosa Fuentes⁸⁰ está como loca y nada la puede calmar. La hermana de Elío también da lástima, y yo me encuentro en medio de estas lágrimas, sin poderlas dar una esperanza que no tengo.*

Y sin embargo, es una ocasión bien bonita para la Reina de ser clemente: el acto resonaría en todos los corazones leales y honrados, porque la grandeza de alma atrae más partidarios que millares de bayonetas. Espero mucho del corazón de la Reina, porque es buena y la (sic.) dictará una hermosa resolución. Me parece que si todos los parientes fueseis juntos, haría buen efecto, Acordáos, una vez en la vida, que la unión hace la fuerza en las familias y que, por más que os queráis, hay que acordarse, el día del peligro, de que corre por vuestras venas la misma sangre.

La de Sobradiel (madre de Cavero)⁸¹ va a Madrid: id todos con ella, lo que se niega a una persona no se puede rehusar a veinte familias, de las primeras del país; hazlo, te lo ruego. Adiós, te besa tiernamente, Eugenia. Y añade como coda: Haz el favor de escribirme. Sobre todo, id todos “juntos”.

⁷⁸ Francisco Cavero y Álvarez de Toledo, ayudante del General Ortega (cabecilla de la intentona, que fue fusilado), era primo en segundo grado de la Emperatriz, ya que su madre, María Teresa Álvarez de Toledo y Palafox, era hija de M^a. Teresa Palafox, hermana del abuelo de Eugenia. Los Elío y los Guzmán tenían un parentesco mucho más lejano, como descendientes del linaje de los condes de Ablitas.

⁷⁹ Ferrer reproduce el telegrama en la pág. 216 del tomo XXI de *Historia del Tradicionalismo español*.

⁸⁰ Hermana de Francisco Cavero, Rosa era condesa de Fuentes por su matrimonio.

⁸¹ M^a. Teresa Álvarez de Toledo, casada con Joaquín Florencio Cavero, VI conde de Sobradiel.

Elío fue indultado por Isabel II⁸², como deseaba Eugenia, que telegrafía de nuevo a Isabel II agradeciéndoselo⁸³.

Una prueba de la obsesión que embargaba a la Emperatriz en esas fechas en lo concerniente a la política exterior mantenida por su marido, es lo acontecido en mayo de 1861, en una comida en casa de la Princesa Matilde, en la que los comentarios de su esposa hicieron exclamar al Emperador: *En vérité, Eugénie, vous oubliez deux choses, c'est que vous êtes Française, et que vous avez épousé un Bonaparte!* Pero debe tenerse en cuenta que el autor de la reseña, el conde Horace de Viel-Castel (1798-1864)⁸⁴ era enemigo de la Emperatriz, haciendo alarde de que su hermano Louis⁸⁵, secretario en la Embajada de Francia en Madrid en 1823, había sido amante de la condesa viuda de Montijo.

Pierre de Lano⁸⁶, comenta una carta del 23 de diciembre de 1861 del Embajador de Austria en París, Richard Klemens de Metternich⁸⁷ en la que, aparte de manifestarse muy escéptico ante lo que califica de sueño californiano, nos ratifica lo dicho por autores posteriores respecto a que la propia Eugenia, ataviada con dominó negro y velada, acudió a varias reuniones nocturnas y secretas en las cercanías de París⁸⁸ con Pepe Hidalgo, Morny, Madame d'Arcos (una de las damas de honor de la soberana), los Metternich y dos o tres personas más (que Lano dice en 1891 mantener incógnitas por prudencia) para concretar los planes que habrían surgido en Biarritz de sus conversaciones con Hidalgo.

En estas reuniones de romanticismo novelesco debió de concretarse la idea de ofrecer la corona al Archiduque Maximiliano que unos atribuyen a Napoleón III y otros a los políticos mexicanos implicados en la operación. Según Patricia

⁸² Ferrer reproduce su carta a la Reina (Pau, 5-VII-1860) en la p. 223 del tomo XXI de la *Historia del Tradicionalismo español*. Muchos años después, el 31 de julio de 1900, Eugenia escribe a su sobrina política, Rosario: *Los Elío sólo se acuerdan de mí cuando se trata de sus interés: el General Elío me debía la vida, pero ni los acontecimientos de 1870, ni la muerte del Emperador; ni la de mi hijo, han despertado nunca en su familia un sentimiento de simpatía hacia mí* (*Cartas familiares* 1944,, pág. 443). Un completo estudio genealógico sobre los Elío en "El Marquesado de las Hormazas", de Lucio R. Pérez Calvo, en *Hidalguía*, año LXI, 2014. núms. 364-365., pp.. 473-498.

⁸³ *Encantada de la noticia que me anuncia V.M., y no dudo del reconocimiento de mis primos hacia ella. Creed en el mío, profundamente sincero, Eugenia*. Ferrer reproduce el telegrama en la pág. 217 del tomo XXI de *Historia del Tradicionalismo español*.

⁸⁴ *Mémoires*, París, 1942, vol. II, pág. 182. Escritor, crítico de arte y dibujante, fue íntimo de la Princesa Matilde, enemiga de la Emperatriz, y de su amante, el conde Alfred Émilien O'Hara van Nieuwerkerke.

⁸⁵ Charles-Louis-Gaspard-Gabriel de Salviac, barón de Viel-Castel (1800- 1887) , historiador y diplomático.

⁸⁶ *L'imperatrice Eugénie*, París, 1891, p. 130. Pierre de Lano (1859- 1904), escritor y novelista, aparte de reproducir ciertos documentos de interés, deja mucho a la imaginación y a las suposiciones gratuitas, como el decir que Eugenia se mantuvo siempre muy española y despreciaba a los mexicanos de sangre española por considerarlos unos traidores.

⁸⁷ Hijo del célebre Canciller austriaco. Él y su mujer Paulina se mantuvieron estrechamente unidos a Eugenia.

⁸⁸ Según Juan B. Enseñat, *La Emperatriz Eugenia íntima*, Barcelona, 1909, pág. 291) en una propiedad de la condesa Walewska en Etiolles, pequeño pueblo a 50 km. al Sur de París.

Galeana de Valadés⁸⁹, José Hidalgo sería el inductor amparado en que los otros posibles candidatos habían rechazado la oferta y que Napoleón III encontraba al Archiduque muy adecuado al caso.

Algo decepcionante para el investigador: en 1933 se publicó un extracto de las memorias de la embajadora de Austria bajo el título *Souvenirs de la princesse Pauline de Metternich 1859-1871*⁹⁰, pequeño volumen en cuarto, de 252 páginas, en el que no se mencionan de ninguna manera los proyectos referentes al Imperio de México ni las figuras de Maximiliano y Carlota, pese a que las fechas mencionadas en el subtítulo de la obra son determinantes en la preparación de estos acontecimientos. Es verdad que el editor aclara que la familia de la autora no permitió cotejar el original, que en esas fechas (anteriores a la II Guerra Mundial) se custodiaba en una propiedad de la familia en Hungría.

El conde Horace de Viel-Castel escribe el 16 de octubre de 1862: *Marie-Antoinette a socombé sous l'impopularité de son surnom d'Autrichienne!... que l'Espagnole prenne garde à elle!* No nos engañemos pensando que este es un autor imparcial, pues era amigo y protegido de la Princesa Matilde, una de las mayores enemigas de la Emperatriz.

*Por quelques jours, cette malheureuse Impératrice es capable de tout!...on dit q'eele désire la mort de son mari por être régente!...Nous remontons plus haut que Marie-Antoinette, nous voci à Marie de Médicis!*⁹¹

En febrero de 1863 el Gobierno británico, a través del Rey Leopoldo I de los belgas, ofrece la corona de Grecia⁹² a Maximiliano, que la rechazó alegando los compromisos adquiridos con los representantes mexicanos, además de que no estuviese dispuesto a abrazar la fe ortodoxa para sentarse en el trono ateniense. También se dice que no quiso aceptar sabiendo que otros príncipes habían rechazado antes el ofrecimiento, pero esto no es del todo exacto, ya que Alfredo de Edimburgo⁹³ (hijo de Victoria I) y el Príncipe de Leuchtenberg (nieto de Eugenio Beauharnais, pero emparentado con los Románov) habían sido vetados, con buena lógica, por el Reino Unido y por Rusia, respectivamente.

Una diputación de notables mexicanos acude a Trieste el 3 de octubre de 1863 para ofrecer oficialmente la corona de su país al Archiduque, que impone varias condiciones para aceptarla, sobre todo, la celebración de un referéndum, como le había aconsejado su suegro, el Rey de los belgas. Se conserva en castillo de

⁸⁹ *Las relaciones iglesia-estado durante el Segundo Imperio*, pp. 40 y ss.

⁹⁰ París, Liberia Plon, con prefacio y notas de Marcel Duman.

⁹¹ *Mémoires*, París, 1942, vol. II, pág. 182.

⁹² Vacante por el destronamiento de Otón I.

⁹³ La candidatura de Alfredo, subsiguiente a la renuncia de su tío Ernesto, Duque de Sajonia-Coburgo, llegó a aprobarse en la Cámara de representantes helena, pero Gran Bretaña desistió para no ofender al Zar.

Miramar la pintura ejecutada por Cesare Del'Acqua en la que se retrata a a José Hidalgo entre los integrantes de la misión⁹⁴.

EL VIAJE DE LA EMPERATRIZ A ESPAÑA EN 1863

En octubre de 1863, cuando el Archiduque aún no se había comprometido totalmente con la oferta de reinar en México, Eugenia viaja a una España en la que, tras la caída de O'Donnell, se habían celebrado inmediatamente antes unas elecciones que corroboraban las crisis política que reinaba en Madrid.

El viaje de Eugenia debía cumplir varias misiones; la primera, restañar la herida producida por el abandono de Prim /es decir, de España) de la campaña tripartita en México, que provocó serios desencuentros parlamentarios en las Cortes a principios de ese año de 1863. La estancia de *Doña Eugenia*, como se la llamaba con sorna en su patria natal, se inició en San Sebastián, a donde llegó acompañada por su esposo, lo que acalla la idea de que el motivo de este desplazamiento fueran las aventuras extramatrimoniales de Napoleón, embarcando rumbo a Lisboa, a cuyo puerto arribó el día 7, para partir inmediatamente a Sevilla, atracando el día 9. Al día siguiente se dirige al Coto de Doñana, siguiendo en tren hasta Cádiz. El 15 rinde homenaje a su antepasado Guzmán el Bueno en Tarifa⁹⁵ y marcha a Valencia, desde donde el viaje cobra carácter oficial, desplazándose a Madrid en el tren de Isabel II, en un viaje que duró más de catorce horas, celebrándose la recepción oficial el domingo 18, en la estación del Mediodía, por el Rey Francisco de Asís, con quien fue a Palacio, su alojamiento en esos días, en el rellano de cuya escalera principal esperaba Isabel II, con paseo en coche abierto por la Villa y función de gala en el Real; en las siguientes jornadas, recepción con el Embajador de Francia, Adolphe Barrot, tras visitar la finca familiar de Carabanchel y el Monasterio de El Escorial y baile en Palacio y, el 23, inicia el regreso por ferrocarril, con parada en Aranjuez y noche en Toledo, donde pasó el día 24, y de vuelta en Valencia, donde embarcó para Francia. No tenemos información acerca de si trató con Isabel II el asunto mexicano, aún indeciso, aunque parece hartamente probable que no fuera así, teniendo en cuenta el incidente diplomático debido a la actitud de Prim, meses antes. Algún autor hagiográfico escribió: *Esta visita se atribuyó a manejos para poner al Archiduque Maximiliano en el trono de México, pero todos los indicios parecen probar que el viaje fue simplemente uno de sus muchos caprichos*⁹⁶. Antes bien, Napoleón

⁹⁴ Identificación en: Condesa H. de Reinach Fousse-magne, *Charlotte de Belgique*, París, 1925, pág. 135.

⁹⁵ Precisamente en Tarifa tenía importantes propiedades la mujer de Manuel Pando y Fernández de Pinedo, a la sazón Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado.

⁹⁶ Juan B. Enseñat, *La Emperatriz Eugenia íntima*, Barcelona, 1909, pág. 248. Equivocadamente, fecha el viaje en 1862. Pese a ser correspondiente de la Academia de la Historia, el autor no aporta datos de interés.

estaba profundamente preocupado por la carta que le había escrito Prim desde México el 17 de marzo de 1862, en la que señala que no duda que el poderío de Francia pueda levantar un trono en México y que le sería fácil llevar a Maximiliano a su nuevo imperio y coronarlo rey, pero ese rey no encontrará otro apoyo que el de los conservadores mexicanos el día que le falte el del Emperador de los franceses⁹⁷.

Aunque Isabel Burdiel no lo mencione en su detallada biografía de la Reina de España, para la que consultó el informe del Embajador Barrot en los Archivos del Ministerio de Exteriores francés⁹⁸, otro asunto grave que debió de tratar principalmente Eugenia⁹⁹ era el interés que tenía Napoleón III en que España se personase en el Congreso que auspiciaba en París, tratando de dar una solución al problema polaco sin ser él quien se enfrentase en solitario con Rusia, asunto en el que España se había limitado a mandar una nota diplomática al Zar, pues, sumida en sus problemas domésticos, no quería comprometerse, como años antes, en 1854, no había atendido la invitación anglofrancesa de participar en la Guerra de Crimea. Manuel Pando y Fernández de Pinedo, Presidente del Consejo de Ministros y titular de la cartera de Estado desde el 2 de marzo de 1863, en su obra *Vida política del marqués de Miraflores, escrita por él mismo*¹⁰⁰, se limita a unas palabras reseñando la brillantez del recibimiento que se hizo a Eugenia, pero reproduce la carta de 4 de noviembre de 1863 en la que Napoleón III invita a Isabel II al antes mencionado congreso de soberanos, que frustró la negativa británica a sumarse a él.

PROCLAMACIÓN DE MAXIMILIANO COMO EMPERADOR Y DISTANCIAMIENTO DE JOSÉ HIDALGO Y NAPOLEÓN III

El 3 de abril de 1864, Hidalgo acompaña a Carlota a la Corte de Viena para culminar las negociaciones, difícilísimas, referentes a la renuncia de Maximiliano a sus derechos dinásticos austriacos que, una vez solventadas permiten la proclamación imperial en Trieste, el día 10, fecha en que se designa a Hidalgo como enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario en la Corte de las Tullerías, siéndolo igualmente ante la de Bruselas, presentando sus cartas credenciales el 17 de abril.

Hidalgo gestionó diversos empréstitos para la intervención en México, pero no aceptó las comisiones que usualmente se perciben en esas circunstancias, lo que parece demostrar cierta altura moral en sus planteamientos políticos, confir-

⁹⁷ Condesa H. de Reinach Foussemagne, *Charlotte de Belgique*, París, 1925, pág. 126.

⁹⁸ *Isabel II, una biografía (1830-1904)*, Taurus, Madrid, 2020, pág. 726.

⁹⁹ Ya hemos señalado en otro punto que una propuesta apoyada por Eugenia era proclamar Rey de Polonia a Czartoryski, casado con una medio hermana de Isabel II.

¹⁰⁰ Vol. II, capítulo XV.

mándose esta idea por el hecho de que pasó apuros económicos notables desde que, el 20 de mayo de 1866, se le aceptara una renuncia inevitable a su cargo diplomático, enemistado con el Emperador Maximiliano tras una audiencia en México en la que se expusieron puntos de vista inconciliables, cese que, al parecer, había pedido a Maximiliano el propio Napoleón III¹⁰¹, para tratar de lavar su imagen ante la opinión francesa, dada su pública amistad con Eugenia. Hidalgo rechazó el puesto honorífico de Consejero del Emperador¹⁰² de México. Sabemos que el 14 de mayo de 1868 (a punto de cumplirse el aniversario del fusilamiento de Querétaro) la Emperatriz Carlota escribió a José Hidalgo una carta, fechada en el Palacio de Laeken, en contestación a otra previa suya: *Monsieur Hidalgo, Ce n'est qu'aujourd'hui que j'ai reçu votre lettre si sentie du 26 février. Je suis reconnaissante des sentiments qu'elle me témoigne avec tant de vérité. Il est impossible que tous les cœurs ne soient pas émus, et plus encore ceux qui ont été près de lui, par la noble et héroïque fin de l'Empereur, unique par son abnégation comme par la grandeur du sacrifice et l'esprit avec lequel il fut consommé. Je vous envoie une petite image qui est fin portrait de l'Empereur, le drapeau de l'honneur à la main. De l'autre côté, il y a des morceaux choisis par moi¹⁰³, parce que j'y trouve la plus grande ressemblance avec la vie et le caractère incomparable de l'Empereur. Je reste avec une sincère estime, Votre affectionnée, CARLOTA*¹⁰⁴.

Desde esos momentos, Hidalgo se vio en la necesidad de ayudarse para su mantenimiento con su producción literaria y periodística, que firmaba con el curioso pseudónimo de *Alceste*, una princesa de la mitología griega. En 1892 publicó *Víctimas del chic*, una novela de costumbres con ligera crítica social y mucho de apariencias vacías, que retrata los ideales del autor, libro que *dedicado A SU ALTEZA REAL LA PRINCESA LUIS FERNANDO DE BAVIERA, MARÍA DE LA PAZ, INFANTA DE ESPAÑA*, es decir, la Infanta Doña Paz, tía de Alfonso XIII¹⁰⁵.

¹⁰¹ Una carta (8-II-1866) del ingeniero belga Félix Eloin al barón Saillard, secretario de la Embajada francesa en México, señala que la posición de Hidalgo en París es muy mala y que el cuerpo diplomático no puede tomarlo en serio, y que defiende mal, cuando no los critica, los actos de su soberano. (Condesa H. de Reinach Fousse-magne, *Charlotte de Belgique*, París, 1925, pág. 270).

¹⁰² Paul Gaulot, en el apéndice documental del vol. II de la edición de 1906 de su obra *La vérité sur l'expédition du Mexique (1861-1867), d'après les documents et souvenirs de Ernest Louet*, cita una carta, al parecer incoherente, de la Emperatriz Carlota a Hidalgo, con fecha 14 de mayo de 1868, posterior a que se le diera la noticia de la muerte de Maximiliano.

¹⁰³ Estas son las citas que se mencionan en el texto: « *El buen pastor dá espontáneamente la vida por sus ovejas.* » S. Juan, cap. X, v. 2. « *La memoria del justo vivirá eternamente; no temerá las malas palabras de los hombres* » Salmos III, v. 6.

¹⁰⁴ Gaulot Paul, *L'expédition du Mexique (1861-1867) d'après les documents et souvenirs de Ernest Louet*, Albin Michel, París, 1906, apéndice vol. II.

¹⁰⁵ El resto de sus obras, editadas en París por los Garnier, son: *Al cielo por el sufrimiento* (1889) *La sed de oro* (1891), *Las dos condesas* (1891), *Lelia y Marina* (1894) y *La confesión de una mundana* (1896).

El fracasado político mexicano murió en la indigencia, al extremo de que las deudas de su madre y su hermano, de las que él se había responsabilizado, hubo de pagarlas un mexicano pudiente exiliado, mientras que su entierro y sepultura (alquilada por cinco años) fueron sufragados por el I marqués de Casa Riera¹⁰⁶. Al ser apátrida, el juez de paz del barrio donde residía dispuso la entrega de sus escasas pertenencias al gobierno francés, constituyendo un fondo archivístico que podría ser de gran interés para los investigadores, caso de ser localizado: documentos familiares, fotografías, correspondencia,...

No tenemos más remedio que detenernos en desmentir parte de la información que sobre Hidalgo se dá, el miércoles 9 de octubre de 2013, en una página de internet, denominada “El Bable”, bajo el título *El otro Hidalgo, el que fuera pieza clave en la llegada de Maximiliano*, texto que, además de la antes mencionada *Enciclopedia de México*, cita como fuente (poco rigurosa, a la vista del contenido) a Armando Ayala Anguiano en la primera parte de su obra *Maximiliano de carne y hueso*, donde leemos: *Hidalgo siguió viviendo en París, seguramente protegido por Eugenia I (sic.)*.

VALORACIÓN DE LA RESPONSABILIDAD DE NAPOLEÓN III

Las diferencias insalvables que se produjeron entre Maximiliano y gran parte de los que le habían aupado al trono, tanto mexicanos como franceses, y su empecinamiento suicida en resistir sin los apoyos necesarios, sirven de excusa a Napoleón III para no responsabilizarse de su tragedia personal.

Pese a todo lo dicho, cabe preguntarse si efectivamente la pareja Eugenia-Hidalgo pudo ser determinante para que Napoleón III se decidiese a acometer la intervención en México, por mucho que se dijera que la Emperatriz consideraba casi compatriotas a los mexicanos y gustase de hablar con ellos en su lengua materna. Ya en octubre de 1861, días después del encuentro en Biarritz de la Emperatriz e Hidalgo, Napoleón III escribe al conde de Flahaut explicando sus motivos para ofrecer la exótica corona al Archiduque de Austria. Esta carta, transcrita *in extenso* (aunque no íntegramente) por Patricia Galeana de Valadés¹⁰⁷, conservada en el Archivo José C. Valadés¹⁰⁸, es de gran importancia por la personalidad del recipiendario y por su contenido.

¹⁰⁶ Tomás Felipe Riera y Rosés (1790-1881), I marqués de Casa Riera en 1834.

¹⁰⁷ *La disputa por la soberanía*, en el tomo III de *México y el Mundo, Historia de sus relaciones exteriores*, pp. 155 y ss. (2010). También la dá Egon de Corti en los apéndices de la versión en alemán de *Maximilian und Charlotte* (1924), y se reproducen largos párrafos, en francés, en *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique*, de la condesa H. de Reinach Foussemagne (Plon, París, 1925, pp.122 y ss.).

¹⁰⁸ Número 1 en los fondos signados como *Correspondencia sostenida entre el Emperador Napoleón III, La Emperatriz Eugenia, el Archiduque Maximiliano y la Archiduquesa Carlota, de octubre*

Como se ha señalado, la carta iba dirigida por Napoleón III a Auguste Charles Joseph, primero barón y luego conde de Flahaut de La Billarderie¹⁰⁹ y Par de Francia, Gran Cruz y Canciller de la Legión de Honor, Senador, etc., quien nació en 1785, oficialmente hijo de Charles-François de Flahaut de La Billarderie (1728-1794), mariscal de campo guillotinado durante la Revolución, y de Adelaida Filleul (1761-1836)¹¹⁰, pero se le tiene por hijo adulterio del célebre Talleyrand¹¹¹, con quien mantuvo estrecha relación toda su vida. Falleció durante la noche del 1 al 2 de septiembre de 1870, la jornada de la batalla de Sedán, que marcará la pérdida de la corona por Napoleón III. La novelesca existencia de su madre es determinante para él, pues actuó como encubridora para que Auguste, de veintiseis años, engendrara un fruto en sus relaciones, también adúlteras, con la hijastra de Napoleón, Hortensia de Beauharnais¹¹², hijo, Charles Demorny, que será conocido años después por el nombre paterno, Augusto, duque de Morny¹¹³,

de 1861 al 8 de noviembre de 1866, copias tomadas del Archivo de Viena en traducción al español.

¹⁰⁹ Vid. Françoise de Bernardy, *Flahaut : 1785-1870, fils de Talleyrand, père de Morny*, París, Perrin, 1974., y Jean-Philippe Chaumont, *Archives du Général Charles de Flahaut et de sa famille*, París, Centre historique des Archives nationales, La documentation française, 2005.

¹¹⁰ Adélaïde-Emilie Filleul, marquesa de Souza-Botelho por su matrimonio (1761 – 1836)

¹¹¹ Charles Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838), príncipe de Benevento y de Talleyrand, duque de Dino, conde de Périgord, duque de Talleyrand y Périgord, caballero del Toisón, etc. De obispo de Autun en 1789 pasó a ser presidente de la Asamblea Constituyente, apoyó la Constitución Civil del Clero de 1790, excomulgándolo por ello Pío VI. Ministro de Exteriores con el Directorio, el Consulado, el I Imperio y con Luis XVIII, del que fue también Primer Ministro, embajador en Londres con Luis Felipe I, se retiró de la política en 1834. Se le considera el principal inductor del asesinato del Duque de Enghien.

¹¹² Hija de la Emperatriz Josefina en su primer matrimonio, Reina ilegítima de Holanda como consorte de Luis Bonaparte, hermano de su padrastro, Napoleón I.

¹¹³ Nunca se reconoció oficialmente esta paternidad que se deduce de la concesión de armas heráldicas al duque de Morny, en 1862, cuando le dan las de la familia Flahaut (tres mirlos de sable bien ordenados sobre plata, brisado por una bordura componada con el águila imperial de oro sobre azur y un delfín de azur y gules sobre oro, que representan a Auvernia, su feudo político (Marcel Boulenger, *Le Duc de Morny*, París 1925, p. 140, y Frédéric Loliée, *Le duc de Morny et la société du Second Empire*, París, 1928, p. 301). Antes usó un emblema parlante: una hortensia con el lema *Tace sed memento -Calla pero recuerda-* (Boulenger, p. 68). Casado con la Princesa Sofía Trubetskoy, supuesta hija adulterina de Nicolás I de Rusia, Morny pudo decir: *Soy hijo de Reina, nieto de un obispo y de una Emperatriz, hermano de un Emperador y yerno de otro, y todo es "natural"*. Con su amante adúltera durante un cuarto de siglo, Françoise Zoé Mathilde (*Fanny*) Mosselman (1808-1880) -hija de François-Dominique Mosselman y de Louise Tacqué-, tuvo hija natural, Luise Le Hon (o Lehon) (1838-1931), prima del Príncipe Imperial, la cual casó con Stanislas Poniatowski. Esta rama de los Poniatowski también aporta ascendencia extramatrimonial pues viene de Casimir (hermano mayor de Stanislas II, último Rey de Polonia), padre de otro Stanislas quien, con su amante, Cassandra Luci, tuvo un hijo, Giuseppe Luci (1814-1873), que estuvo al servicio de Toscana y fue reconocido príncipe Poniatowski por Francisco José I de Austria en 1850; nacionalizado francés en 1854, ocupó escaño de senador bajo el nombre de Michel Joseph Poniatowski; fue, además, compositor y cantante. Su hijo, el príncipe Stanislas Poniatowski (1835-1908), casó en 1856 con la antes aludida Louise Le Hon. Hijo de ambos fue André Poniatowski (1864-1954), y el hijo de éste, el príncipe Casimir Poniatowski (1897-1980), fue padre de Michel Poniatowski (1922-2002), Ministro de Salud (1973-1974) y Ministro del Interior con Giscard (1974-1977). De una hermana de Fanny Mosselman, Lise (1800-1862), esposa del banquero Denis-François-Paul Sauvage (1800-1870), descienden los Sauvage de Brantes, antepasados de Anne-Aymone Giscard d'Estaing, mientras que Laure Mosselman du Chenoy es la abuela paterna de Paola, madre de Al-

hermano uterino reconocido de Napoleón III, eminencia gris del II Imperio, Embajador en San Petersburgo, Presidente del Senado, Ministro de Exteriores y estrechamente ligado por sus intereses económicos al inicio de la intervención militar en México. En el momento de recibir esta carta del monarca francés, Flahaut lo representaba como Embajador en la Corte de San Jaime, por lo que el texto de esta misiva es verdaderamente importante en lo que nos ocupa. En ella, el soberano se explaya manifestando a su Embajador ante Victoria I que desde hace años los mexicanos le piden que intervenga en su patria, pero que él alegaba no tener ningún pretexto para hacerlo, temer indisponerse con los Estados Unidos (cuya Guerra Civil favorece sus planes) y que, en su caso, necesitaría el acuerdo de las potencias implicadas, España y Reino Unido. Señala que no tenía candidato prefijado pero, en las circunstancias presentes, considera que un Príncipe de una Dinastía que no sea potencia marítima, como Austria, sería una solución y, dice textualmente, *propuse el nombre del Archiduque Maximiliano ... idea aceptada con gusto por el pequeño comité residente en Francia.*

Dado que el destinatario era su Embajador en Londres, es de suponer que Napoleón pretendía hacer llegar al Gobierno británico su planteamiento del acuerdo al que pretendía llegar con el Reino Unido y con España para intervenir en México, señalando ya que su candidato era el Archiduque Maximiliano quien, no hay que pasarlo por alto, estaba casado con Carlota de Bélgica, hija de Leopoldo I, Rey de los belgas. Leopoldo, a su vez, era tío del Príncipe Alberto, marido de la Reina Victoria; y Leopoldo también era viudo, en primeras nupcias, de la difunta Princesa Carlota de la Gran Bretaña, frustrada heredera de aquella monarquía, en homenaje a la cual recibió su nombre de pila su hijastra póstuma, la que iba a convertirse en Emperatriz consorte de México.

En su misiva a Flahaut, Napoleón se ratifica en su antigua opinión de que se imponía una intervención en México, pero, hasta ese momento, temía acertadamente la reacción de los Estados Unidos, que jugaban con ventaja por ser vecinos del escenario de operaciones, lo cual, en 1861, quedaba mediatizado por el hecho de encontrarse sumidos en la Guerra de Secesión. Por otra parte, seguía explicando el monarca, no había encontrado excusa suficiente para efectuar la Intervención, excusas que él consideraba suficientes en los agravios cometidos contra el Reino Unido, España y Francia, no sólo por el impago de la deuda aceptada por Miramón durante su corto e inestable mandato, sino por otros muchos daños soportados por ciudadanos de las tres naciones. Además, el acuerdo alcanzado con estos otros gobiernos le permitía aparecer como una parte más de lo que era, en realidad, una antigua iniciativa suya. La prueba es que tanto Gran Bretaña como

bert II, Rey de los belgas (Baron Roland D' Anethan & Vicomte de Jonhhe D'Ardoye, *La famille Mosselman à Bruxelles*, Bruselas, 1998).

España se apartaron rápidamente de la empresa, máxime cuando, evaluados los datos presentados por Francia, calificaron de usurarios los préstamos efectuados por Jecker.

En esos días de finales de 1861 la pareja imperial francesa se volcó en su actividad para hacer realidad el *sueño mexicano*. En carta de Maximiliano a Napoleón III, del 2 de enero de 1862, el Archiduque dice: *Un informe del Príncipe de Metternich que me acaba de comunicar el conde de Rechberg y que se refiere a una entrevista que Vuestra Majestad y la Emperatriz se habían dignado concederle últimamente, me hace saber que Vuestra Majestad sigue dedicado a la prosecución del proyecto concebido por Ella con respecto de México, el mismo bondadoso interés que os ha movido, Señor, a proponer mi nombre en tan importante asunto...*¹¹⁴ Parece que el Archiduque, de lo comunicado por Rechberg, atribuye a la Emperatriz la concepción del proyecto y a Napoleón III su ejecución. Como ratificando este argumento, unos meses después, el 22 de junio de 1862 es la Archiduquesa Carlota quien escribe a la Emperatriz Eugenia en términos muy parecidos: *Señora, ... expreso a V.M. el reconocimiento que nos invade por el interés que habéis tomado en la causa de un país desdichado. V.M., que siempre favorece el bien, parece designada visiblemente por la Providencia para iniciar una obra que se podría llamar Santa... La bondad de V.M. no le ha permitido olvidar que los mexicanos son de raza española...*¹¹⁵.

En abril de 1864 Juárez destaca a José de Jesús Terán, un hombre de su confianza¹¹⁶, para que se entrevistase personalmente con el Archiduque, y Terán informa por carta, desde Londres, el día 16¹¹⁷, que ha informado con realismo a Maximiliano de las dificultades que se presentan para adecuar México a un régimen similar a los europeos. Fracasado en su misión de hacer desistir al candidato, Terán continuó haciendo propaganda republicana en Europa tras la proclamación del Emperador.

Como es sabido, y pese a las advertencias de Terán, Maximiliano aceptó la corona mexicana y fue proclamado Emperador en Miramar el 10 de abril. La víspera había firmado, tras un agónico proceso, la renuncia a sus derechos dinásticos en Austria pero, ante las dudas que manifestó, que estuvieron a punto de frustrar la operación, Napoleón III y sus enviados le hicieron tal cantidad de reproches

¹¹⁴ P. Galeana de Valadés, *Las relaciones iglesia-estado durante el Segundo Imperio*. México, 1991, p. 40.

¹¹⁵ Citado por la condesa H. de Reinach Foussemagne (*Charlotte de Belgique*, París, 1925, pág. 134), que la toma de la edición original de Egon de Corti (vol. I, pág. 171).

¹¹⁶ Habiendo sido anteriormente Gobernador y Ministro, desde el 3 de noviembre de 1863 desempeñaba el cargo de enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Juárez en Londres.

¹¹⁷ Patricia Galeana, *La disputa por la soberanía (1821-1876)*, Colegio de México, 2010, pp. 161 y 162.

que se vió forzado a aceptar las condiciones que le imponía su hermano y seguir adelante con el funesto proyecto.

LA INQUINA CONTRA LA EMPERATRIZ

Las críticas contra Eugenia en diferentes medios de la sociedad francesa son anteriores a la toma de importancia de los proyectos de intervención en México y se pueden cifrar desde el momento en que la condesa de Montijo y su hija comenzaron a tener protagonismo en la Corte. No es necesario entrar en profundidad en ello, pues hay abundante literatura al respecto.

El anteriormente mencionado Horace de Viel-Castel fecha el 24 de abril de 1860 este comentario que no requiere glosa: *L'Impératrice, je le dis avec chagrin, ne songe qu'a elle à se feire donner par l'Empereur diamants, bijoux, argent, etc..., elle ne conçoit pas qu'on donne aux Musées. L'Imperatrice touche cent mille francs par mois et elle est déffrayée de tout. Le Musée touche 7.000 francs par an ses acquisitions, et le trésor impérial s'enrichit du produit des livrets, de la calcographie et du moulage*¹¹⁸. En la misma línea, el General François Charles Du Barail la describe así: *Todopoderosa sobre la mente del Emperador; la Emperatriz ejercía también una influencia considerable sobre el Consejo de Ministros*¹¹⁹.

Los primos de Napoleón III, Matilde y Napoleón, hijos de Jerónimo, Rey de Westfalia, manifestaron sin ambages su animadversión a la Emperatriz y, lógicamente, no favorecieron su imagen ante la opinión pública.

Respecto a la Princesa, sirva este testimonio escrito por ella misma, conservado en los archivos Primoli y publicado por Marguerite Castillon du Perron, referido a Eugenia: *Elle déposa le masque après la naissance du prince impérial, alors qu'elle se vit mère de l'héritier de l'empereur et régente présomptive.. Sa vanité ne connut plus de bornes. Elle prit le ton haut, les manières brusques, affecta de n'avoir plus de déférence por personne, encore moins pour l'emperur. Dans son absurde orgueil nobiliaire, elle le regardait comme un parvenu auprès d'elle. A vrai dire, la flagornerie se donnant carrière sur l'esplendeur de son origine était faite pour l'entretenir dans cette ridicule prétension.*¹²⁰

¹¹⁸ Conde Horace de Viel-Castel, *Mémoires*, París, 1942, vol. II, pág. 167.

¹¹⁹ *Mémoires*, París, Plon, 1896, vol. III, pág. 145. François Charles Du Barail (1820-1902), luchó en México en 1862 con dos escuadrones del III regimiento de cazadores y fue Ministro de la Guerra con Mac Mahon.

¹²⁰ *La Princesse Mathilde*, París, 1953, p. 135. La Emperatriz recibió numerosas distinciones, pero ninguna francesa: la banda de la Orden de Damas de la Reina María Luisa, de España, con motivo de su boda (1853); la Rosa de Oro pontifica, remitida por San Pío IX (1856) con ocasión del bautismo del Príncipe Imperial, al que apadrinó; Gran Cruz de la Orden de San Carlos Borromeo, de México (1866) al instituirse esta distinción, en honor de la Emperatriz Carlota; dama de I Clase de la Orden de la Cruz Estrellada, de Austria, en 1867, coincidiendo

Aunque nadie niega el orgullo que tenía la condesa de Teba por su linaje, se cuenta que en una ocasión asistía a un enfermo en el hospital de Beaujon que la tomó por una monja y le dijo: *gracias, hermana*; la religiosa que la acompañaba señaló: *no soy yo, en nuestra buena Emperatriz la que os habla*, a lo que Eugenia repuso: *dejad, hermana, no puede darme mejor título*¹²¹.

Matilde fue quien presentó a la condesa de Teba a su primo el Príncipe Presidente, pero fue con el fin exclusivo de que éste abandonase a la que entonces era su amante titular, Harriet Howard¹²², y la sustituyese por Eugenia, a la que la Princesa menospreciaba y consideraba incapaz de retenerlo, despejando así el camino para una alianza más brillante dinásticamente y, en esa especie de sorteo, Matilde pensaba que tenía opciones para convertirse en Emperatriz consorte, pese a que estuviese separada del industrial ruso Anatoly Demidov, ya que en 1835¹²³ había estado prácticamente comprometida con él.

Matilde, que popularizó como mote de la condesa de Teba *la española* (evocando que a María Antonieta se la denominó *la austriaca*), acusaba públicamente a Eugenia (según ella, empeñada en salvaguardar los derechos de los católicos en los Santos Lugares frente a los ataques de los turcos y de ortodoxos y armenios patrocinados por el Zar) de ser la instigadora de la Guerra de Crimea, a la que Matilde y Morny se oponían por ser rusófilos y amigos de la Dinastía rusa, hasta el extremo de que la Princesa guardó luto por Nicolás I cuando supo la noticia de su muerte, pese a que aún no había finalizado la guerra, lo que produjo un notable disgusto a la Emperatriz. La verdad es que Matilde, cercanamente emparentada con el autócrata ruso¹²⁴, tenía razones para mostrar agradecimiento a Nicolás I, que, en octubre de 1846, dictó la separación de su marido, Demidov, obligado a pagarle una generosa pensión¹²⁵ y dejando en posesión de la Princesa las joyas que el Rey Jerónimo, su padre, había vendido al cónyuge burlado y que, empeñadas, sirvieron para financiar el golpe de estado que llevó al poder a Luis Napoleón.

con el fin del Imperio mexicano; y Gran Cruz Honoraria de la Orden del Imperio Británico, que le concedió Jorge V (su creador en 1917) por sus trabajos durante la I Guerra Mundial. En 1853, con motivo de su boda, quiso fundar una Orden para damas, pero el proyecto no se logró, aunque siendo Regente, en 1856, concedió la primera cruz de la Legión de Honor a una mujer, la pintora Rosa Bonheur.

¹²¹ Juan B. Enseñat, *La Emperatriz Eugenia íntima*, Barcelona, 1909, pág. 300.

¹²² Nacida Elizabeth Ann Haryett (1823 – 1865). Aunque Napoleón se apartó de ella al casarse, reincidió seis meses después de la boda, le concedió el título de condesa Beauregard, y a su hijo Martin lo hizo conde de Béchevêt (Simone Andre Maurois, *Miss Howard and the Emperor*. Knopf, 1958).

¹²³ Louis Girard, *Napoléon III*, Hachette, 1986, p. 31.

¹²⁴ La madre de Matilde, Catalina de Wurtemberg, era nieta del Duque Federico II Eugenio de Wurtemberg, abuelo materno de Nicolás I, tío, por tanto, en segundo grado, de la Princesa.

¹²⁵ Jérôme Picon, *Mathilde Princesse Bonaparte*, París, 2005, pág. 161. Este autor, especialista en Bellas Artes, no aporta en esta biografía nada relevante respecto a la intervención en México.

Por otra parte, la Princesa no era recibida en la intimidad de Eugenia, entre otras causas, por su relación adúltera con el conde Émilien de Nieuwerkerke, y esa ausencia de afecto entre ambas mujeres alcanzó su punto más cruel cuando, a raíz de la muerte del Príncipe Imperial, Matilde escribió a Primoli¹²⁶, el 4 de julio de 1879, refiriéndose a la madre desgarrada: *Elle l'a tué comme elle a tué le père*. En las mismas fechas Edmond de Goncourt, uno de los protegidos de Matilde, escribió¹²⁷ con sevicia similar que, si se encontrase en presencia de la Emperatriz, le diría: *Eh bien, Madame, vous n'avez plus personne à faire tuer, c'est le moment de retourner en Espagne danser le cachucha*. La cachucha es un baile popular de Andalucía, en compás ternario y con castañuelas.

Un ejemplo notable de la creencia de que Eugenia fuera motriz de la intervención en México partía de Eugenia lo tenemos en la actitud del hermano de Matilde, primo homónimo de Napoleón III. Es un hecho históricamente probado que este Príncipe (llamado *Plon Plon*)¹²⁸ y Eugenia se profesaban una antipatía rayana con el odio¹²⁹, pues la aparición de ella en la vida del Emperador no favorecía los planes dinásticos de su primo, ya que, de haber permanecido soltero el monarca, *Plon Plon* hubiese sido su heredero y, en su caso, hubiera podido ostentar la Regencia, como la ejerció Eugenia en diferentes momentos. Otras posibilidades matrimoniales del Emperador hubiesen sido más gratas al Príncipe, por ser dinásticamente más brillantes o por haber favorecido, en última instancia, a su propia hermana, la Princesa Matilde, quien, como hemos dicho, estuvo prometida a Luis Napoleón en su juventud, lo cual también hubiese reforzado el papel de *Plon-Plon* en la Dinastía.

William Smith reproduce parte de la correspondencia entre el Príncipe Napoleón y su primo, el Emperador, en la que el primero se queja de la enemiga que le profesa la soberana, que su marido desmiente expresamente al interesado y que la propia Em-

¹²⁶ Los archivos Primoli, en Roma, conservan gran cantidad de documentos de la Princesa Matilde, incluyendo su correspondencia con este pariente.

¹²⁷ *Journal*, vol. II, Robert Laffont, París, 1989, pág. 833. No debe extrañarnos pues el mismo autor, en la pág. siguiente, llama a Eugenia *bougresse*, es decir, *perra*. Aunque la obra se tiene como conjunta por los célebres hermanos, a la muerte de Jules, en 1870, fue continuada por el superviviente.

¹²⁸ Napoleón José Bonaparte, Príncipe Napoleón (1822-1891), hermano de Matilde y primo de Napoleón III por ser hijo de Jerónimo, el hermano de Napoleón I creado Rey de Westafalia por el dedo del Corso. De su militancia masónica da testimonio Horace de Viel-Castel (p. 181), lo que explica su apoyo a los Saboya excomulgados contra el Papa Pío IX y el enfrentamiento añadido con la Emperatriz por esta cuestión.

¹²⁹ *Vid.* las alusiones de Ferdinand Bac, en su obra *Le Prince Napoléon* (París, 1932) a la correspondencia de Mérimée con la condesa viuda de Montijo, a la que *Plon Plon* conoció siendo Embajador en Madrid, teniéndose acusada antipatía. Ferdinand Bac es autor favorable al Príncipe, quizá por ser nieto por línea ilegítima del Rey Jerónimo, es decir, era sobrino del biografiado (Gonzague Saint Bris, *Les Aiglons dispersés*, París, 1993, pp. 145 y ss.), aunque también tuvo buen trato con la Emperatriz. Fue artista muy notable.

peratriz niega de manera clara¹³⁰. Es importante recalcar que este intercambio epistolar se produce en la primavera de 1861, es decir, en los momentos en que empieza a tomar cuerpo el plan de intervención militar en México.

El 15 de noviembre de 1863, festividad de San Eugenio¹³¹, al día siguiente de que Napoleón escribiese a Isabel II para invitarla al Congreso que quería celebrar en París para tratar de la cuestión polaca (inmediatamente después del regreso de Eugenia desde Madrid), y en plena efervescencia de las negociaciones para que el Archiduque Maximiliano aceptase el ofrecimiento de la corona mexicana, se celebró la correspondiente cena palatina festejando la onomástica de la Emperatriz. Una carta de 18 de noviembre, de Mérimée a la condesa viuda de Montijo¹³² informa de lo siguiente: *El Príncipe Napoleón estaba al lado de la Emperatriz. El Emperador le dijo que brindara por la Emperatriz y que hiciese un discurso. Él hacía gestos, por lo que la Emperatriz le dijo: “Tengo un poco de miedo a sus discursos, aunque reconozco que sois elocuente”.*

El calificativo le puso de mal humor. Ante una nueva interpelación del Emperador, él dijo: “Yo no sé hablar en público”. Continúa el autor de *Carmen: Las palabras dicen algo, mas el tono indicaba mucho más. Nos habíamos levantado. La sorpresa era grande, y no sabíamos qué decir ni qué hacer.* Napoleón III insistió a su primo: *“Napoleón ¿tú no quieres brindar a la salud de la Emperatriz?”* A lo que el Príncipe repuso: *“Si Vuestra Majestad lo permite, me dispensaré de hacerlo”.* Finaliza refiriendo Merimée que *el joven Príncipe Murat¹³³ se levantó y, con voz muy emocionada por la indignación, hizo su brindis. Sus Majestades han conservado la sangre fría. Todo el mundo estaba muy irritado y nadie quería hablar al Príncipe descortés.*

Días después, tras una charla con el Emperador, el Príncipe se excusó ante Eugenia que, según el conde de Viele-Castel, ya sabía qué esperar de *Plon Plon* si quedaba viuda¹³⁴, y, por estar de acuerdo en el tema polaco, eran momentos en que las opiniones de Eugenia y el primo del Emperador resultaban, en parte, coincidentes.

En la primavera de 1865 se produjo otro incidente similar. Durante una visita del Emperador a Argel, el Príncipe pronunció un discurso en Ajaccio tan crítico

¹³⁰ Eugenia de Montijo, 1990, pág. 109.

¹³¹ Robert Burnand, en su obra *Napoléon III et les seins* (Hachette, París, 1948, pág. 233) dice que era la fiesta de *Santa Eugenia* (sic.). Santa Eugenia, mártir del s. III, tiene por fiesta el 24 de diciembre en la ortodoxia y el 25 en el catolicismo; otras santas homónimas celebran sus respectivas festividades los días 26 de marzo, 13 de abril, 7 de junio, 16 y 26 de septiembre y 22 de noviembre, pero la del 15 de noviembre se refiere a San Eugenio, obispo de Toledo, fallecido en 657, al que se consideró mártir por falsificación apócrifa del s. IX. De él recibió el nombre la Infanta Isabel Clara Eugenia.

¹³² Ana de Sagrera, *Una rusa en España*, Madrid, 1990, pág. 176 y 177.

¹³³ Los Murat eran rivales del Príncipe en la Masonería francesa.

¹³⁴ Conde Horace de Viel-Castel, *Mémoires*, París, 1942, vol. II, pág. 242.

con la situación que la Emperatriz, actuando de Regente, prohibió su difusión en Francia, ante lo que el autor imprimió medio millón de ejemplares para distribuirlos. Eugenia telegrafió a Napoleón III, que escribió a su primo, el cual hizo caso omiso de la misiva, por lo que ésta, durísima, se publicó en la prensa, por lo que el Príncipe dimitió de sus cargos oficiales.

Centrándonos en la atribución de responsabilidades a la Emperatriz en lo concerniente a la intervención mexicana, Loliée¹³⁵ recoge un caso, más allá de lo anecdótico, igualmente reseñado en otros trabajos biográficos: en 1866, cuando el Imperio mexicano ya estaba desmoronándose, Eugenia pregunta, con mala intención, a su primo político por su opinión acerca de un discurso que acaba de pronunciar el suegro de éste, Victor Manuel II de Piamonte, ante su Cámara de Diputados, palabras que ella califica de presuntuosas. Particulariza el caso refiriéndose, irónicamente, a la batalla de Custozza y, aunque el Príncipe contesta evasivamente, argumentando que no es responsable de las palabras de su suegro, ante la insistencia de la soberana, le responde: *Prefiero una derrota como Custozza, que supone ganar una provincia, a victorias como las de México, que cuestan un imperio*, a lo que la de Teba, por una vez, no encuentra contestación adecuada.

CONCLUSIONES

Los autores más favorables a Eugenia pasan de puntillas sobre el asunto mexicano; así el XVII duque de Alba se limita a decir¹³⁶: *Mientras se desenvolvían así los asuntos de Europa en contra de Francia, la aventura mejicana ocasionó al segundo Imperio gran pérdida de prestigio, que alcanzó a la Emperatriz Eugenia, patrocinadora de esta empresa. Todavía acrecentó la dureza de esos golpes la suerte fatal de la Emperatriz Carlota, conocida ya por el nombre de la Emperatriz loca, a causa del fusilamiento del Emperador Maximiliano*. El que fuera su yerno muchos años después, Jesús Aguirre, ni siquiera menciona la intervención americana en el rebuscado prólogo que redactó para la versión española de la biografía de la Emperatriz de William Smith.

En la interpretación contraria, hay frases categóricas que, por su simpleza, no se sostienen con lógica. David Duff en su obra *Eugenia de Montijo y Napoleón III*¹³⁷, dice: *Eugenia tenía el sueño romántico de construir un imperio católico en el mundo occidental y así ganar la aprobación del Papa. De esta manera, comenzó el fracaso de construir un imperio a miles de kilómetros sobre los frágiles cimientos de un pueblo dividido, cuyos problemas eran poco conocidos*.

¹³⁵ *La vie d'une impératrice*, París, 1918, pp. 188/189

¹³⁶ *Conferencia pronunciada el 15 de julio de 1941, por el Excmo. Señor Duque de Alba, Embajador de España*. Boletín de la Real Academia de la Historia.

¹³⁷ Rialp, 1981.

Juan B. Enseñat escribe: *En vano se mostró indeciso el Emperador...La Emperatriz y su amiga, la Princesa de Metternich estaban empeñadas en su novela y sólo esperaban un pretexto para producirla. Así es que de la imaginación de dos mujeres salió el drama histórico más lugubre de los tiempos modernos*¹³⁸.

Así expresada la idea, resulta que el proyecto de establecer una monarquía en México encabezada por un Príncipe católico no hubiese sido original de los políticos conservadores de aquellas tierras desde 1840, sino única y exclusivamente *del sueño romántico* de la Emperatriz, y que Napoleón *el chico* se hubiese dejado arrastrar a ella contra su voluntad, anulada por la de su mujer. Algo más centrado, pero excesivamente simple también, nos parece el comentario de Pierre Lano, cuando señala que la intervención en México fue montada de buena fe por la Emperatriz y la Embajadora de Austria en París para resarcir a Austria de los malos resultados de la campaña de Italia¹³⁹.

Tendiendo a la moderación, Hanotaux señala en 1935 en el prólogo a la edición francesa de las cartas de Eugenia: *... la imaginación de la Emperatriz la ha perdido con gran detrimento del Imperio y de Francia: su ardor católico y latino y la tradición de las grandes expansiones españolas en el Nuevo Mundo la indujeron a desear la participación de Francia en la aventura de Méjico...* Observemos que el autor citado dice *a desear*, no *a forzar* o *a conseguir*. No tenemos la menor duda de que Eugenia lo desease, pero ese deseo era absolutamente coincidente con las propuestas que le presentaron los monárquicos mexicanos en 1861 y que, ciertamente, ella amadrinó ante Napoleón III, quien no tuvo renuencia alguna porque coincidía plenamente tanto con su esposa como con los políticos mexicanos padres del proyecto.

Que la Emperatriz se movió por sentimentalismos católicos e hispanófilos teñidos de quijotismo lo evidencia la conversación, muchas veces citada, entre ella y el Ministro norteamericano en París, William Dyton¹⁴⁰. Ante las advertencias del diplomático, la Emperatriz manifiesta que le hubiera gustado que su hijo tuviera edad suficiente para haber luchado en cruzada tan gloriosa, a lo que el diplomático le repuso que tendría que dar gracias a Dios porque el Príncipe aún fuese un niño y no participase en esa loca aventura¹⁴¹.

¹³⁸ *La Emperatriz Eugenia íntima*, Barcelona, 1909, pág. 292.

¹³⁹ Pierre de Lano, *L'Impératrice Eugénie*, París, 1891, pág. 128.

¹⁴⁰ Claude Dufresne, *Eugenia de Montijo*, Javier Vergara, 1988, pág. 233.

¹⁴¹ Paradójicamente, un hijo natural de Napoleón III, Louis-Alexander-Enest Bure (1845-1882),-engendrado en Eléonore Vergeot, conde de Labenne en 1870 por su padre- luchó en México y se rumoreó que trató de asesinar a Maximiliano *para vengar la muerte del Rey de Roma* (Napoleón II) *en la Corte de Viena*.y que, a su vez, su madrastra, Eugenia, habría intentado envenenarlo (Henri Ramé, "Les demi-frères du Prince Impérial", en *Historia*, n.º. 486, junio de 1987, y Eddie de Tassigny, *La descendance de Napoléon III, dernier souverain de France*, Edición del autor, *Quévrille la Poterie*, 2011).

Lilia Díaz¹⁴² nos da noticia de una carta una carta del gran instigador de la fórmula monárquica para México, José María Gutiérrez Estrada, al Presidente Bustamante, en 1840, veinte años antes de que Eugenia e Hidalgo lucubrasen acerca del futuro de México, en la que aboga, como solución para los males de su patria, por la instauración de una monarquía con un príncipe extranjero a la cabeza.

Durante su reclusión en Ham (agosto 1840-mayo 1846), Luis Napoleón redactó un estudio de ochenta páginas titulado *Le Canal de Nicaragua, ou project de jonction des Océans Atlantique et Pacifique au moyen d'un canal*, que se publicaría en Inglaterra después de su fuga, en 1847¹⁴³, que pretendía adelantarse a la construcción del canal de Suez, desplazando la ruta comercial marítima a Centroamérica, donde Francia aspiraba a ser hegemónica basándose en el panlatinismo que ya trataba de oponerse a la Doctrina Monroe. La idea no era nueva, remontándose al reinado de Felipe II, en el siglo XVII, y se revitalizó a principios del siglo XIX, después de las expediciones de Humboldt, interesando a Guillermo I de Holanda, soberano de la Guyana holandesa, quien en 1830 está actuando seriamente en ello, paralizándose su plan por los problemas derivados de la secesión belga. Por no hacer interminable este trabajo, sólo mencionaremos que en 1834, el aventurero Charles Philippe de Thierry, autoproclamado Rey de Nuka Hiva, en las Islas Marquesas, se interesó en la posibilidad de construir un canal en Panamá.¹⁴⁴

Estas actuaciones de Bonaparte estaban movidas en gran medida por un personaje poliédrico, Francisco Castellón¹⁴⁵. En la bibliografía que se ha ocupado del caso, Imbert de Saint-Amant¹⁴⁶ lo llama, repetidamente, *Castelar*, mientras que Bernard Marrey, en *Un capitalisme idéal*, le da por apellido *Castellou*. En 1844, según el citado Saint-Amant, Castellón es autorizado a entrevistarse con Luis Napoleón en la fortaleza de Ham y el 6 de diciembre de 1845 le escribe desde la localidad nicaragüense de León una carta en la que el gobierno de su país le ofrece patrocinar la empresa, lo que ratifica por escrito el Ministro de Exteriores,

¹⁴² Díaz, Lilia “Los embajadores de Francia en el periodo de la intervención”, en *Historia mexicana*, n.º. 149, vol. 38, n.º. 1, julio-septiembre 1988.

¹⁴³ Patrick Boman, *Boulevard de la fibuste: Nicaragua 1850-1860*, París, 2007, pp. 67 y ss.

¹⁴⁴ Escribió una obra autobiográfica (*Historical Narrative of an Attempt to Form a Settlement in New Zealand*), y falleció en Auckland en 1864, aproximadamente a los setenta y un años de edad. Su hijo mayor, Charles Thomas, se hizo llamar, como su padre, barón, y de su segundo matrimonio, con Marata Te Moananui, queda numerosa descendencia Thierry entreverada de maorí. “Thierry, Charles Philip Hippolytus, Baron de”, en *An Encyclopaedia of New Zealand*, editada por A. H. McLintock, 1966.

¹⁴⁵ Francisco Antonio Castellón Sanabria (1815-1855), político liberal representante diplomático de Nicaragua, Honduras y El Salvador ante Luis Felipe I, Rey de los franceses en la década de 1840, que culminó su carrera política como Supremo Director en la guerra civil contra el conservador Frutos Chamorro Pérez desde 1854 hasta su fallecimiento prematuro por el cólera, antes de dirimirse la contienda.

¹⁴⁶ *Le règne de Napoléon III*, 1861, París, sin fecha, pág. 178 y ss.

José Francisco Montenegro, en 1846, que le confiere todos los poderes necesarios para constituir una Compañía en Europa, manifestándole que la obra de ingeniería habría de llamarse *Canal Napoleón de Nicaragua*.

El 1 de julio de 1854 (todavía años antes de que la Emperatriz entre en contacto con Hidalgo), el General Santa Anna escribe al mencionado Gutiérrez Estrada para que negocie en las cortes europeas con objeto de entronizar en México una dinastía católica, siendo en esos momentos el candidato preferido Don Juan de Borbón.

En 1856, Tomás Murpuy, ex ministro de México en Londres, escribe un memorial al Emperador de los franceses pidiéndole que apoye la entronización en México de un Príncipe católico, lo mismo que hace al año siguiente Aimé Louis-Victor du Bosc, marqués de Radepont, un oficial retirado que, tras servir en África estaba vinculado con el banquero Jecker como administrador de un ingenio azucarero de éste en México, insistiendo en 1858 a Napoleón en un proyecto, acerca del que ya le había escrito el año anterior, para establecer en México una Monarquía satélite de Francia y, en otoño de ese mismo año, nos informa Egon de Corti de que el monarca francés hace un aparte con Hidalgo en Compiègne para tratar de la cuestión, ocasión en la que el mexicano le señala que aún consideran con favor la candidatura del carlista Don Juan de Borbón, a lo que Napoleón responde que él hubiera preferido al Duque de Aumale, pero que éste había rechazado la sugerencia. La verdad es que no deja de ser chocante que un Bonaparte fuese proclive a entronizar en América a un Orleáns, por muy francés que lo considerase... El 29 de agosto de 1859, el Ministro francés en México, De Gabriac, informa a París que ha recibido al marqués de Rayas¹⁴⁷, dirigente de los monárquicos mexicanos, que califica a Napoleón III de *Jefe de la raza latina en Europa*.

Como avanzábamos al principio de nuestra exposición, citando el estudio de John Leddy Phelan, a lo largo de todo el proceso estuvo muy presente en el pensamiento de Napoleón III la idea pan-latinista, como ya estaban presentes las ideas pan-eslavistas, frente al supuesto carácter superior de los anglosajones y los nórdicos y, en suma, el deseo de frenar el imperialismo estadounidense derivado de la doctrina Monroe, y no se dejó impresionar fácilmente por los absentistas mexicanos clericales a través de Eugenia.

Napoleón III, aparte de sus ambiciones hegemónicas, presentaba sus inter-

¹⁴⁷ El marquesado de San Juan de Rayas se otorgó, con el vizcondado previo de Sardaneta, en 1774, a Vicente Sardaneta y Legazpi, hacendado minero en Guanajato, descendiente de vascos llegados a México en el siglo XVI. El II marqués luchó por la independencia y el que aquí tratamos, José María de Sardaneta y Bustos, III marqués, caballero de la Orden de Guadalupe, casó con Ignacia Rubio y, en segundas, con María de Jesús Mosqueira, naciendo de este matrimonio María Guadalupe de Sardaneta y Mosqueira, que falleció soltera.

venciones en el exterior como regeneradoras, fuera en Siria, en los Balcanes, en Argelia o en Cochinchina, y, aprovechando la contingencia de la Guerra Civil en Estados Unidos, pensó que aquellos sueños de 1847 podrían realizarse a partir de 1861 y, asentado el Imperio de México, acometer la obra del canal centroamericano. Pero no es sólo que se instase al monarca francés en esa dirección, es que él estaba convencido. El 3 de julio de 1862 escribe al General Forey¹⁴⁸ al nombrarle comandante en jefe con todos los poderes en México, que no faltaría quien se preguntase por qué gastar hombres y dinero para dotar a ese país de un gobierno estable, pero había que evitar que los Estados Unidos se apoderaran del golfo de México (en esas fechas era público el proyecto de Estados Unidos de hacerse con Cuba) y fueran la única dispensadora de productos al Nuevo Mundo: *si le Mexique conserve son indépendance et maintient l'intégrité de son terroire, si un governemont stable s'y constitue avec l'assistance de la France, nous aurons rendu a la race latine, de l'autre côté de l'Océan, sa force et son prestige, nous aurons garanti leur sécurité à nous colonies d'Antilles et à celles de l'Espagne; nous aurons rétabli notre influence bienfaisante au centre de l'Amérique, et cette influence en créant de débouchés immenses à notre commerce, nous procurera les matières indispensables à notre industrie*¹⁴⁹.

Estos argumentos no se podían proclamar oficialmente por Francia sin comprometer sus relaciones con los Estados Unidos, por lo que se extendió entre la opinión pública la tesis de que esta política obedecía a un capricho de alguien que se sabía descendiente de Hernán Cortés¹⁵⁰ y se sentía muy orgullosa de ello, la española Eugenia de Teba, que añoraba el desaparecido Imperio español en América y que, de esta manera, pretendía favorecer a la Iglesia Católica, tan gravemente quebrantada por Francia por su apoyo reciente a la unificación italiana bajo los Saboya excomulgados por Pío IX.

Según Martín Quirarte¹⁵¹ *Si algunas apreciaciones de Ollivier sobre la emperatriz Eugenia, deben ser rectificadas, es preciso reconocer que es justa su observación sobre Napoleón III, cuando dice que nunca resistió ciegamente la influencia de nadie. Si aceptó la empresa mexicana fue no solamente bajo el*

¹⁴⁸ Elie-Frederic Forey (1804 -1872). General de División (1852) tras el golpe de Estado a favor de Napoleón III. Participó el sitio de Sebastopol y en las batallas de Montebello y Solferino y fue senador.

¹⁴⁹ Fleury, C. & Louis Sonolet, *La société du Second Empire (1863-1867)*, Volumen 3, 1917, pp. 36 y ss.

¹⁵⁰ En la ceremonia de su boda, Napoleón III ostentó el collar del Toisón de Oro que se le había otorgado en 1850, siendo todavía Príncipe Presidente. Se ha dicho que era el correspondiente a Hernán Cortés, aunque esta versión es imposible ya que Hernán Cortés no ingresó en dicha Orden. (Debussy, p. 32). Más verosímil parece que fuera el collar cuyo número correspondió a Carlos V, como señala Octave Aubry (*Napoleón III*, Barcelona, 1931, pág. 170). Para ver en detalle del entronco de Eugenia de Guzmán con Hernán Cortés vid. Anejo genealógico.

¹⁵¹ Op. citada.

influjo de los intervencionistas protegidos por Eugenia, sino cediendo a una profunda convicción, que le hacía pensar que era necesario frenar el avance de los Estados Unidos oponiendo un muro de contención latino.

Como opinión de William Smith, biógrafo de Eugenia, recogemos su apreciación de que el Emperador adoptaba una decisión, fuera propia o ajena y, según la conveniencia política, podría utilizar a su esposa como agente oficiosa, y pone un ejemplo ilustrativo: durante la Guerra de Crimea, Eugenia propuso tantear a O'Donnell para que enviase tropas españolas junto a los franceses y los británicos pero que hiciese meros sondeos *para quitarle todo carácter oficial*, lo que se tradujo en varias cartas en ese sentido a su cuñado el duque de Alba, siendo particularmente interesante la del 12 de diciembre de 1854. Y es muy señalable que en esa fecha de 1854 Eugenia trata de conseguir que España adquiriera una posición en Europa que permita, llegado el caso, que otras potencias colaboren con ella en la defensa de Cuba, asunto que, aunque no se mencione explícitamente, está presente en su posterior interés por la intervención en México, que rebajaría, de haber resultado favorablemente, la presión estadounidense sobre las islas caribeñas. Es curiosa la última recomendación de esa carta: le dice a su cuñado que puede leérsela a O'Donnell, *pero a él sólo, y luego puedes quemarla o guardarla, pero no se la dejes, léésela tú.*

En esa dirección de que las opiniones de Eugenia serían tomadas en cuenta siempre y cuando coincidiesen con las de su esposo ha de hacerse la valoración de su responsabilidad en la toma de decisiones referentes a la intervención en México. Ella misma se lo dijo a Palèologue, pero también fue ella quien dio su particular visión de sus motivos: ella lo hacía para defender el Catolicismo en México y, así, frenar a los Estados Unidos, pero sus motivos no tenían que ver con los bonos Jecker¹⁵² o las especulaciones mercantiles. Napoleón III estaba perfectamente de acuerdo con esa segunda parte del planteamiento y, además, sobre todo por influencia de su hermano, Morny¹⁵³, también valoraba a favor de la intervención varios factores económicos: en un plan general, la consecución de un emporio comercial influenciado por Francia (máxime desde que se llegase a construir el canal que uniese el Atlántico y el Pacífico); además, la recuperación de los empréstitos hechos a las administraciones anteriores a Juárez y cuyo pago éste había anulado (con los beneficios que se seguirían al banquero Jecker e, indirectamente, al propio Morny). Por último, se hablaba de inversiones parti-

¹⁵² Una clara exposición del asunto de estos bonos en Marcel Boulenger, *Le Duc de Morny*, París 1925, pág. 128 y ss. También en Paul Guériot, *Napoleón III*, Madrid, 1944, pp.329 y ss. Guériot, Paul (1860--1949) es un autor poco conocido pero especialista del II Imperio laureado académicamente.

¹⁵³ Maurice Parturier, *Morny et son temps*, Hachette, París, 1969, pág. 231.

culares que Napoleón pensaba haber realizado en las minas de Sonora y en otras empresas similares.

Es aceptable la siguiente frase de Christian Schefer: *los consejos de Morny no fueron más determinantes que las increpaciones de la Emperatriz, pero el Emperador decidía por su propio criterio*¹⁵⁴, y esa misma opinión había expresado cuatro décadas antes Paul Gaulot¹⁵⁵, y lo que decidió al Emperador de los franceses a finales del año 61, siguiendo los consejos del conde de Morny las vehementes indicaciones de Eugenia y de Hidalgo, fue la situación de guerra civil que presentaban los Estados Unidos, lo que favorecía enormemente la realización de los planes. Años después, en 1906, el mismo autor dice que al lado del Emperador, dominado por su proyecto y seducido por su grandeza indiscutible, la Emperatriz se guiaba por otros móviles apoyando con todas sus fuerzas la expedición. Ella recibía a menudo en las Tullerías a los mexicanos exiliados que se quejaban, en la dulce lengua de su infancia, de sus tristezas y de las desgracias de su patria. Los miembros del partido clerical aunaban a su causa las de la religión y el clero y explicaban con detalle a las Emperatrices las persecuciones de las que eran objeto los católicos. Su fe y su compasión se dejaron seducir por las lamentaciones de los proscritos, que encontraron en ella una aliada convencida, que creía que sería glorioso para Francia, que ella se obstinaba en ver como la fille aînée de l'Eglise, restablecer el orden en México. Eugenia insistió al Emperador para que se lanzase con mayor rapidez a esta noble empresa. Los consejeros, prudentes de ordinario, escépticos y bien informados, que no faltaban en Las Tullerías, no opusieron nada en esta ocasión a estos sueños del Emperador y a estos deseos de la Emperatriz¹⁵⁶.

Parece evidente que confluyeron las opiniones y las actuaciones de ambos cónyuges en esta operación. Ante los éxitos militares obtenidos en México por Bazaine en agosto de 1864, Eugenia, que estaba en el balneario alemán de Schwalbach, telegrafió a Napoleón III: *Voulez-vous envoyer à Bazaine la dépêche suivante : Je vous félicite de tout cœur de la bonne nouvelle que vous porte ce courrier. Étant en Allemagne, je ne peux vous écrire à temps.* EUGÉNIE .

El Emperador añadió su autógrafo a la copia del despacho: *Mon cher Maréchal, En vous envoyant la dépêche télégraphique que j'ai reçue de l'Impératrice pour vous, je vous exprime tout le plaisir que me font éprouver les heureux engagements de nos troupes; je regrette bien cependant la mort de tant de braves.*

¹⁵⁴ *La Grande Pensée de Napoléon III. Les origines de l'Expédition de México*, París, 1939

¹⁵⁵ *La Verité sur l'Expédition du México*, París, 1889.

¹⁵⁶ Seguidamente (pp. 228 y ss. del volumen I de *L'expédition du Mexique*, París, 1906) hace un documentado resumen de los intereses de Jecker y de Morny y las explotaciones mineras en Sinaloa y la Baja California.

*Il faudrait, je crois, que l'Empereur montrât plus de résolution. Croyez à ma sincère amitié. NAPOLÉON.*¹⁵⁷

La incoherencia supuesta de una Eugenia Emperatriz consorte, por una parte, del Bonaparte Napoleón III y legitimista partidaria de la línea mayor de los Capeto y, además, de indemnizar a los Orleáns cuyas propiedades se habían confiscado en 1848, admiradora de María Antonieta y partidaria del poder temporal del Papado, de mantener en su trono a los Borbones de Nápoles y de Parma y a los Habsburgo de Toscana. Según cuenta Ghislain de Diesbach en *Los secretos del Gotha*, llegó a concebir el plan de que el Conde de Chambord, que carecía de hijos, adoptase al Príncipe Imperial para aunar las fuerzas monárquicas francesas.

Napoleón III repetía a sus visitantes que la Emperatriz era legitimista, Morny, orleanista y él, socialista.

Concluimos con unas palabras autógrafas de la propia Eugenia para que el lector calibre acerca de lo apropiado de acusarla de incoherente. El 29 de marzo de 1876, durante el proceso de debate de la inminente Constitución alfonsina, habiéndose planteado la posibilidad de dar derecho al sufragio activo a la mujer¹⁵⁸, escribe a su madre: *Compadezco a España si las mujeres se figuran que tiene algún derecho a intervenir en política, porque ahí, más que en ninguna parte, les falta la instrucción necesaria para tratar de asuntos que no son de su incumbencia. Estas señoras parlamentarias son, a mi modo de ver, de lo más ridículo.* Queda claro que la coherencia no era la virtud principal de la que fuera Regente del II Imperio francés.

APÉNDICE

Participación de la Emperatriz en otras iniciativas dinásticas

Desde su asunción de la Presidencia de la República en 1852, el Príncipe Luis Napoleón Bonaparte fue tramando planes de alianzas matrimoniales que pudieran favorecer sus proyectos políticos. En esos momentos calibró las posibilidades de contraer matrimonio con una de las hijas del Infante Francisco de Paula, la Infanta Cristina (lo que le hubiera convertido en concuñado de Isabel II), para lo que usó como intermediario al segundo marido de la ex Reina Gobernadora, el duque de Riánsares. La corta edad de la candidata (diecisiete años), su escasa

¹⁵⁷ Gaulot Paul, *L'expédition du Mexique (1861-1867) d'après les documents et souvenirs de Ernest Louet*, Albin Michel, París, 1906, vol. I, pág. 401.

¹⁵⁸ Apoyado por damas alfonsinas que tanto habían trabajado para conseguir la Restauración.

dote y sus pocos atractivos personales hicieron que el futuro Emperador de los franceses desistiese de este himeneo en el inicio de las negociaciones¹⁵⁹.

Eugenia no tuvo participación alguna en la preparación del matrimonio del primo del Emperador, Napoleón, con Clotilde Saboya, ya que esta fue una medida decidida por Napoleón III para afianzar sus lazos con el monarca de Cerdeña antes de lanzarse a la guerra contra Austria para defender los avances de la en no poca medida quimérica *unificación* italiana bajo la dinastía encabezada por Víctor Manuel II. La boda se celebró en Turín en 1859 y era pública la nula afinidad entre la Emperatriz, tan elegante y sofisticada, y esta Princesa, de escasa belleza y sin afición a las modas. Por el contrario, la Emperatriz de los franceses no fue ajena a los prolegómenos para casar a la Princesa Florestina de Mónaco con Guillermo, Duque de Urach, descendiente morganático de la Dinastía de Württemberg¹⁶⁰, que se había convertido al catolicismo tras quedar viudo de una prima de Napoleón III, Teodolinda de Beauharnais. La boda de Florestina y Guillermo se celebró en el palacio de Mónaco el 15 de febrero de 1863, y dejó una prole pintoresca, ya que su hijo primogénito, Guillermo Carlos Florestán (1864–1928), Conde de Württemberg, II duque de Urach, fue nominal y efímeramente Rey de Lituania entre junio y noviembre de 1918 bajo el nombre de Mindaugas II¹⁶¹, tras habersele hecho similares ofrecimientos de ser monarca de Albania¹⁶² y Duque soberano de Lorena.

La boda Murat-Mingrelia

Pero la fiebre casamentera de Eugenia no se paró aquí. El sábado 23 de mayo de 1868 tuvieron lugar las ceremonias que acompañaron la unión matrimonial entre el príncipe Achille Murat, cercano pariente de la Familia Imperial como descendiente de Carolina, hermana de Napoleón I, y la princesa Salome Dadiani de Mingrelia, en cuya preparación fueron muñidoras la Emperatriz Eugenia y la madre de la novia, la princesa Ekateriné que se dejaba llamar Reina sin serlo. Esta Princesa es una de las amistades más pintorescas de la Emperatriz. Nacida en 1816 Ekateriné Alexándrova Chavchavadze, había casado en 1838 con David Dadiani,

¹⁵⁹ Entre otros autores, Loliée, F.: *Les femmes du Second Empire*, París, 1906, pág. 257. También hubo sondeos hacia Adelaida de Hohenloe y hacia la hija del Príncipe Vasa.

¹⁶⁰ Dinastía que debía a Napoleón I su ascenso a la Realeza. Guillermo era primo de Catalina de Wurtemberg, la segunda esposa de Jerónimo Bonaparte.

¹⁶¹ Sergej von Cube, "Jahrbuch über Litauen und deutsch-litauische Beziehungen Ein württembergischer Prinz auf dem Thron von Litauen, 1918", en *Annaberger Annalen*, n.º. 8 agosto de 2000.

¹⁶² En 1913 también se ofreció la corona de Albania al abogado estadounidense Jérôme Napoléon Bonaparte-Patterson (1878-1945), hijo de otro Jérôme-Napoléon Patterson, nacido, a su vez, del primer matrimonio del Rey de Westfalia (Gonzague Saint Bris, *Les aiglons dispersés*, París, 1993, pp.76 y 77.)

Príncipe Heredero de Mingrelia, que sucedió a su padre, Levan V, y falleció en 1853, asumiendo la regencia en nombre de su hijo primogénito, Niko, asignándole Nicolás I de Rusia un Consejo con los hermanos del difunto, Gigol y Konstanti. Durante la Guerra de Crimea alcanzó algunas victorias frente a los turcos y, al finalizar este conflicto, por el Tratado de París de 1856, se mantuvo como Regente y fue invitada a la coronación de Alejandro II. Se mudó a San Petersburgo, permitiendo establecer un gobierno provisional ruso en Mingrelia, y, ante lo inseguro de la situación, terminó instalándose en París junto a su hija Salomé, mientras que su hijo Niko, presionado por Alejandro II, renunció a sus derechos en enero de 1867, incorporándose a la nobleza rusa¹⁶³. Quizás su madre esperaba conseguir apoyo de Napoleón III, trabando buena amistad con la Emperatriz, que la alojó en la Tullerías con un séquito de casi un centenar de personas. Tras la derrota de Sedan, Ekateriné volvió a Mingrelia, ya anexionada oficialmente al Imperio ruso, habiendo renunciado a sus derechos su hijo Niko en 1867. A su fallecimiento, en 1882, sus restos fueron sepultados en el monasterio de Martvil. Extinguida su prole por línea de varón, sus descendientes son los de su hija Salomé¹⁶⁴.

Eugenia y Ekateriné anduvieron empeñadas en esa tarea durante el invierno anterior, es decir, inmediatamente después de conocerse la noticia del fusilamiento de Maximiliano. Al parecer, con media docena de encuentros entre los jóvenes quedó concertado el matrimonio.

El contrayente, hijo de Lucien Murat y de una norteamericana de la que heredó el tipo anglosajón, era, además, ahijado de Napoleón III, que le dotó con una renta de cincuenta mil francos anuales, que resultaron muy oportunos para saldar las deudas contraídas, entre otras causas, para regalar joyas a Hortense Schneider, la actriz con visos de cortesana de lujo que llamara la atención poco antes de Alejandro II de Rusia.

Nos hacemos idea del fasto de estas nupcias por las memorias de la que des-

¹⁶³ Niko hizo una boda brillante en 1874 con María Alderberg, hija del Ministro de Exteriores del Zar; entre 1877 y 1878 luchó en el ejército ruso contra Turquía en la independencia de Bulgaria y en su honor compuso Johann Strauss su *Niko-Polka* (op. 228) por lo que no es de extrañar que en 1886, al deponer Alejandro III de Rusia al Príncipe soberano de los búlgaros, Alejandro de Battenberg, se pensase en él para ocupar ese trono, pero las otras potencias no estaban dispuestas a tolerar un candidato ruso en Sofía, consensuándose proclamar Príncipe (más tarde Zar) a Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha. Niko murió en 1903 en San Petersburgo.

¹⁶⁴ Reseñamos parte de la extensa prole de los Murat: Joachim Murat, rey ilegítimo de Nápoles, etc. (1767-1815), casó con Carolina Bonaparte (1782-1839), hermana de Napoleón I. Su tercer hijo, Lucien Murat (1803-1878), III príncipe Murat (el II fue su hermano mayor, muerto sin descendencia), casó con Caroline Fraser (1810-1879), de New Jersey. Su cuarto hijo, Charles, llamado Achille (1847-1895), casó en 1868 con Salomé Dadiani (1848-1913). Su hijo mayor, Lucien (1870-1933) casó en 1897 con Marie de Rohan-Chabot (1876-1951); su hijo único, Achille (1898-1987), casó en 1923 Magdelaine de Chasseloup-Laubat (1901-1945) y tuvieron nueve hijos, entre los cuales, la mayor, Salomé (1926-2016) casó con el Ministro Albin Chalandon. El menor es el Príncipe Alain Murat (nacido en 1943), casado en 1982 con Véronique de Chabot-Tramecourt, con la que se estableció en Mingrelia en mayo de 2019. Tienen una hija, Mathilde, nacida en 1985.

pués se convertiría, por matrimonio, en la baronesa von Suttner¹⁶⁵, que actuó, por parte de la novia (por ser amiga de su madre), como esa especie de madrina que, en ocasiones, sostiene las coronas sobre los contrayentes ortodoxos en el baile de San Isaías, pues, como en ocasiones similares, se hicieron necesarias varias ceremonias, ya que el novio era católico y la prometida, ortodoxa, aparte del matrimonio civil. El novio vestía uniforme de húsares; el velo de encaje de la novia, confeccionado expresamente en Bruselas, reproducía, entre otros motivos heráldicos de los Dadiani, el vellocino de oro, y se sujetaba con una diadema, regalo de Eugenia, y así podríamos seguir enumerando otras mil frivolidades.

Mientras que la boda civil tuvo lugar en dependencias municipales, el matrimonio católico se celebró en la capilla de las Tullerías, a la una de la tarde, a presencia de los Emperadores y su hijo, las Princesas Clotilde y Matilde, las familias Murat y Dadiani, la Princesa Charlotte Bonaparte y su marido, el conde Primoli, junto a los altos cargos de la Corte, firmando como testigos del contrayente el mariscal Canrobert y el conde Joachim Murat, mientras que por la desposada lo hicieron el duque de Mouchy (marido de Ana Murat) y el conde de Kergorlay. A las nueve de la noche se efectuó el ritual ortodoxo en la iglesia rusa, muy pequeña para acoger a los numerosos asistentes, que aguantaron de pie casi una hora, todos en traje de baile, porque la jornada culminó con uno en la residencia de los Daduiani.

El lunes, gran cena en las Tullerías para festejar el matrimonio¹⁶⁶, seguida de un baile íntimo, que inauguraba ese año la serie de *los lunes de la Emperatriz*, que hasta entonces se habían celebrado en los apartamentos de Sus Majestades pero en esta ocasión, debido a la gran cantidad de invitados, que sobrepasaban el millar, tuvo lugar en la Sala de los Mariscales. La orquesta, dirigida por Johann Strauss II, se instaló en la galería de Tribunas, como en los bailes de ceremonia. Tras la cena, que se sirvió a la una de la madrugada en la Sala de Diana, Sus Majestades se retiraron a sus aposentos, y dio comienzo el cotillón, finalizando el festejo a las tres.

¹⁶⁵ *Memoiren von Bertha von Suttner*, Stuttgart y Leipzig, 1909. Bertha Felicitas Sophie von Suttner (1843-1914), nacida condesa Kinsky, autora de la famosa novela *Die Waffen nieder!* (*¡Abajo las armas!*). Convencida pacifista, recibió el Premio Nobel de la Paz en 1905.

¹⁶⁶ Según las notas de la prensa parisina del momento, que mantenemos en su redacción original, se sentaron a la mesa imperial los siguientes personajes: LL. MM. *l'Empereur et l'Impératrice*, S. A. I. *Mgr le Prince Impérial*, S. A. I. *le prince Napoléon*; S. A. *le prince Lucien Murat*, S. A. *le prince Joachim Murât*, S. A. *Mgr le prince Achille Murat*, S. A. S. *le prince Nicolas de Mingrèlie*, *le prince André Dadiani de Mingrèlie*; Mme *la comtesse Primoli, née Charlotte Bonaparte*; Mme *la marquise de Roccagiovine, née Julie Bonaparte*; MM. *le duc de Mouchy*, *le général Chauchard*, *le maréchal Canrobert*; *le comte de Kergorlay*, *le comte Joachim Murat*; *le prince Georges Schirvachède*, *le prince Orbellani, témoins des mariés*; LL. AA. II. *la princesse Mathilde*, *la princesse Clotilde*, S. A. S. *la princesse de Mingrèlie*; LL. AA. *la princesse Achille Murat*, *la princesse Lucien Murat*, *la princesse Joachim Murat*; Mme *la duchesse de Mouchy*, M. *le marquis de Roccagiovine*, M. *le comte Primoli*.

La boda de Alberto I de Mónaco con Lady Mary Victoria Douglas-Hamilton

Entre 1868 y 1869, ya en las postrimerías del II Imperio, Eugenia tuvo ocasión de participar en los preparativos políticos de otro matrimonio dinástico. Anne Edwards¹⁶⁷ afirma que Carolina, Princesa viuda de Mónaco¹⁶⁸, pidió ayuda años antes a la Emperatriz para que ésta introdujese en la Corte de Londres a su nieto, el Príncipe Heredero Alberto de Mónaco¹⁶⁹, con objeto de casarlo con la Princesa María Adelaida de Cambridge¹⁷⁰, prima de la Reina Victoria. No es fácil aclarar si se manifestó desinterés al respecto por los británicos, o si la pareja imperial decidió que Lady Mary Victoria Douglas-Hamilton sería una candidata más adecuada a sus intereses para convertirse Princesa de Mónaco. Lady Mary (1850-1922) era hija de unos personajes que ya hemos mencionado en este trabajo, el XI duque de Hamilton y su esposa, la Princesa María de Baden, prima lejana del Emperador de los franceses y, desde luego, infinitamente más atractiva, a sus diecinueve años, para un Príncipe que aún estaba en sus veintidos años, que la Princesa de Cambridge, que había sobrepasado la treintena y carecía de encanto, conociéndosela como *Fat Mary*. La principal mentora de este arreglo era la abuela paterna del novio, pero Napoleón III, según P. Christiaan Klieger¹⁷¹, argumentó que la soberana británica no consentiría esta unión y torció el rumbo del proyecto para hacer Princesa de Mónaco a su sobrina Hamilton.

Alberto, se había educado en el Colegio Stanislas, en París, entre 1862 y 1864, y amplió estudios en la universidad católica de Mesmin, y, tras volver a Mónaco, fue convocado por su abuela, en julio de 1869, a una reunión con el duque de Bassano, representante de Napoleón III, quien le informó de que Lady María aportaría 800.000 francos de dote. Días después, en agosto de 1869, Eugenia organizó uno de sus bailes de disfraces, al que acudió vestida de María Antonieta; Alberto compareció como Lord Nelson (sin olvidar el parche en el ojo) y María Victoria Douglas-Hamilton eligió un disfraz de Julieta. El contrato matrimonial se firmó inmediatamente en París.

¹⁶⁷ *The Grimaldis of Monaco: Centuries of Scandal, Years of Grace*, Lyons Paperback, pág. 132 y ss.

¹⁶⁸ María Carolina Gibert de Lametz (1793-1879) casó en 1816 con Florestan de Mónaco (1785-1856).

¹⁶⁹ Alberto I de Mónaco (1848-1922), hijo de Carlos III, a quien sucedió en 1889. Además de ser primo hermano de la Reina María Victoria, esposa de Amadeo I, Alberto tiene varias connotaciones españolas, pues durante cuatro años se formó en nuestra Escuela Naval, titulándose como capitán de navío y siendo condecorado con el collar de la Orden de Carlos III y con la Gran Cruz del Mérito Naval. Por sus servicios en la Guerra Franco-Prusiana de 1870 recibió la Legión de Honor.

¹⁷⁰ María Adelaida de Cambridge (1833-1897), nieta de Jorge III, casó en 1866 con un segundón morganático de la Casa de Wurtemberg, Francisco de Teck, y fueron padres, entre otros, de la Reina Mary, casada con Jorge V del Reino Unido.

¹⁷¹ *The Microstates of Europe: Designer Nations in a Post-Modern World*. Lexington Books, 2013, pág. 165

La boda se celebró en el castillo de Marchais al mes siguiente, el 21 de septiembre, estando previsto que asistieran los Emperadores, pero una indisposición de Napoleón III hizo que el duque de Bassano lo representase e hiciese entrega de los regalos imperiales, un brazalete de brillantes y esmeraldas, un medio aderezo de zafiros y un broche de diamantes en forma de cardo¹⁷², aludiendo a la Escocia natal de la nueva Princesa.

El matrimonio fue declarado nulo por la Iglesia en 1880, salvaguardando por rescripto papal la legitimidad del único fruto, el Príncipe Luis de Mónaco y el Príncipe Carlos III lo anuló civilmente en virtud de la previa decisión eclesiástica¹⁷³.

Los proyectos matrimoniales para el Príncipe Imperial

Ya en el destierro, la Emperatriz hubiera visto con mucha alegría que su unigénito Luis conocido en familia como *Loulou*, hubiese tomado por mujer a la menor de las hijas de la Reina Victoria, la Princesa Beatriz, con lo cual la soberana británica habría cumplido su deseo de mantenerla a su lado pues, exiliado el heredero de Napoleón III, no cabía la posibilidad de que se instalase en Francia.

Se hubiera podido presentar un problema de difícil solución, pues el Príncipe era católico y la normativa dinástica británica veta el matrimonio de un llamado a la corona con un *papista*. La renuncia de la Princesa Beatriz a sus derechos al trono británico podría haberse dado sin problema, pues era la menor de los hijos de Victoria I y la sucesión estaba asegurada. Por otra parte, si ella no hubiera abandonado la fe anglicana, podría aceptarse la solución de educar en el catolicismo a los hijos que hubiesen nacido de esa unión¹⁷⁴.

Las dificultades derivadas de tal situación podrían haber favorecido el que, al contrario de este proyecto, Luis hubiese casado con la hermana de Alfonso XII, la Infanta Pilar¹⁷⁵, de la que se dijo que estaba tan enamorada de él que habría

¹⁷² *Thistle* (el cardo) se llamaba el yate que Eugenia compró, precisamente, al duque de Hamilton, en 1899, cuando finalizó las obras del panteón en Farnborough. Este nombre le recordaría el origen escocés de los Kirkpatrick, y era homónimo del cañonero *HMS Thistle*, botado en 1899 y desguazado en 1926.

¹⁷³ María Victoria tomó por segundo marido al conde (luego príncipe) Tasziló Festécs de Tolna (1850–1933), al que dió cuatro hijos, hermanos uterinos de Luis II de Monaco, por cuya descendencia los Grimaldi emparentan con los Fürstenberg, los Windisch-Grätz y los Hohenlohe-Waldenburg-Schillingssfürst.

¹⁷⁴ La muerte del Príncipe frustró trágicamente los proyectos nupciales tejidos a su alrededor. Victoria I se hizo acompañar por Beatriz cuando acudió a la residencia de Eugenia para apoyarla en el momento en que el cadáver de su hijo abandonaba su casa, el 12 de julio de 1879, tributándosele honores excepcionales, a cuya finalización se encontró brevemente con la madre destrozada. Algunos ven en esta tragedia una secuela de la maldición que, dicen, profiriera la Emperatriz Carlota al verse sin ayuda en 1867.

¹⁷⁵ María del Pilar Berenguela Isabel Francisca de Asís Cristina Sebastiana Gabriela Francisca Caracciolo Saturnina (Madrid, 4-VI-1861-Escoriaza, 5-VIII-1879). Infanta de España hija de Isabel

muerto de un derrame cerebral¹⁷⁶ provocado por la noticia de la trágica muerte del heredero de Napoleón III. Aunque el Príncipe fue muerto el día 1 de junio, a la Emperatriz no le comunicaron la noticia hasta el 21 siguiente, terrible misión que le cupo al duque de Bassano¹⁷⁷, fiel chambelán de la Corte imperial. Es decir, la Infanta, fallecida el día 5 de agosto, sólo sobrevivió dos semanas tras recibirse la terrible nueva.

Cuando murió la infanta Pilar, María Manuela, que residía en Carabanchel, fue quien escribió a su hija Eugenia dándole la triste noticia. Eugenia tardó muy poco en contestar a su madre, el 9 de agosto, desde Cadem Place: *He recibido un verdadero golpe al saber la muerte de la joven Infanta, tan próxima a la de mi hijo ¿Habrá destinado Dios, verdaderamente, estas dos almas, la una a la otra? Podría creerse, al ver qué de cerca se han seguido.* Eugenia escogió la guirnalda de violetas del sepulcro de su hijo para ornar el de Pilar en El Escorial y María Manuela sobrevivió poco tiempo: murió el 22 de noviembre de aquel luctuoso año de 1879.

Al menos por parte española, no se hubiera visto con desagrado esta unión; la Infanta Doña Paz dejó escrito, refiriéndose a su hermana: *¡Cuántos castillos en el aire hacíamos juntas! El hijo de Napoleón III era el personaje principal. Desde que volvimos a España [Pilar] estaba deseando que Alfonso lo convidase. Rezaba siempre por él, cuando se fue a la guerra contra los zulúes, y, más aún, la madre de la Infanta, La propia Isabel II, escribió una carta a su hija, la supuesta enamorada, fechada en París el 26 de abril del fatídico año de 1879: Sé que el príncipe imperial, de vuelta de su expedición, si Alfonso le convida, irá a Madrid, pues lo desea mucho, y yo me alegraré infinito de ello.* Archivo del Palacio Real de Madrid. Real Biblioteca:II/4566, fol.19-20 (1).

Las opciones de Pilar como candidata tenían en su contra varios factores, como la animadversión que se presuponía en la opinión pública francesa contra una española (dando por sentada la impopularidad de Eugenia de Teba) y los rumores acerca de que Isabel II no la había concebido con el Rey Francisco de Asís pues es una anécdota sin confirmar, pero extendida, que la Princesa Matilde le pregunto a la Reina española por la salud de su hija y que ella habría contestado: *el padre de esta tuvo siempre muy buena salud.*

Además de los rumores de inicio de romance con la Princesa Beatriz, se dice que Eduardo VII, aún Príncipe de Gales, no viendo con buenos ojos esta unión,

II. Poco antes de su fallecimiento se rumoreó acerca de su matrimonio con el Archiduque Rodolfo de Austria, heredero de Francisco- José I.

¹⁷⁶ Acerca de las causas de la muerte de esta Infanta hay varias teorías, pero ninguna contrastada.

¹⁷⁷ Napoléon Hugues Maret de Bassano (1803-1898). Su título de duque de Bassano se presta a confusión con el de príncipe de la misma denominación, concedido por Pío VII a Manuel Godoy.

procuró que el Príncipe tomase interés en la Princesa Thyra de Dinamarca¹⁷⁸, hermana no sólo de la Princesa de Gales sino del Rey Jorge I de los helenos, de la que después sería Emperatriz María Fiodorvna de Rusia y, lógicamente, del futuro Christian IX de Dinamarca. Pero este plan que proponía el Príncipe de Gales no era muy apropiado, ya que Thyra era algo mayor que Loulou, pues había nacido en 1853 y Loulou en 1856, y, sobre todo, tenía el gran defecto de que en 1871, años antes de su encuentro con el Príncipe, había dado a luz una niña ilegítima, Maria Catharina Johanssine Regine Jensen, fruto de su relación con un oficial danés, Vilhelm Frimann Marcher, que se suicidó en 1872. Thyra casó posteriormente con el Duque de Cumberland y en su descendencia se cuentan gran número de los dinastas europeos¹⁷⁹. En cualquier caso, la misma Eugenia lo niega en carta a su madre, del 9 de abril de 1878, ya cercano el inicio del viaje a las capitales nórdicas, que se inició en julio, y el propio Príncipe había escrito a Agustín Filon, secretario de la soberana¹⁸⁰: *Me habla usted de proyectos de casamiento. El objeto de mi viaje no es casarme; si lo hubiera sido, lo hubiera usted sabido de los primeros.*¹⁸¹

Como colofón, desmentiremos las pretensiones de cierta muchacha de costumbres ligeras, Charlotte Watkins, que habría mantenido relaciones durante un tiempo con el Príncipe y que, tres años después de la tragedia de Zululandia, intentó que la Emperatriz se responsabilizase de un niño que presentaba como fruto del supuesto idilio, asegurando que la identidad de su amante le fue desconocida hasta que vio sus retratos en la prensa¹⁸². La investigación realizada por el capellán de la Emperatriz y director espiritual del Príncipe, Monseñor Goddard, determinó que la criatura había nacido dieciseis meses después de la partida del Príncipe para África, y trece meses después de la muerte de *Napoleón IV*¹⁸³. Aún cabría hablar de otras supercherías, pero sin relación con la política exterior vista desde el prisma de la Emperatriz Eugenia, al margen de que Henriette Chandet y Suzanne Desternes den visos de credibilidad a las informaciones que les pro-

¹⁷⁸ Clément Vautel, *Le Prince Impérial*, París, 1946, pp.224 y ss. Vid. también Henriette Chandet, Suzanne Desternes, *Louis, prince impérial: 1856-1879*. París, 1957.

¹⁷⁹ Entre ellos, Federica, Reina de los griegos, su hija, Sofía y nuestro actual Rey, Felipe VI.

¹⁸⁰ Autor de *Le Prince Impérial: Souvenirs et Documents* (1912) y de *Souvenirs sur l'Impératrice Eugénie* (1920). Para el asunto mexicano no es importante, pues fue presentado a la Emperatriz ya en 1867.

¹⁸¹ Nota de Llanos Torriglia en la p. 352 de *Cartas familiares de la Emperatriz Eugenia* (1944)..

¹⁸² El marqués de Villaurrutia da algunos detalles acerca de este asunto en *Eugenia de Guzmán, Emperatriz de los franceses*, Madrid, 1930, pp. 243 y ss. El libro, siguiendo la trayectoria propia de este autor, no aporta nada extraordinario y sí algunos errores.

¹⁸³ Quizás este episodio sirviera de inspiración a parte de la trama de la célebre novela *Little Lord Fauntleroy* (conocida en España como *El pequeño lord*), de Frances Hodgson Burnett, publicada por entregas en la revista infantil *St. Nicholas Magazine* entre noviembre de 1885 y octubre de 1886, casi inmediatamente después de sucedidos los hechos, y posteriormente editada, como libro, por Charles Scribner's Sons.

porcionó en persona, en los años cincuenta del siglo XX, un personaje llamado Alphonse Haab, hijo, sin padre conocido, de una institutriz alsaciana, Josephine Haab, nacido en 1873¹⁸⁴, y al que alguien con recursos económicos abundantes habría mantenido.

La boda de Alfonso XIII y Ena de Battenberg

El último gran proyecto dinástico de la Emperatriz fue el de casar a Alfonso XIII con la Princesa Ena de Battenberg, la que podría haber sido su nieta si *Lulú* se hubiese casado con la Princesa Beatriz de la Gran Bretaña, como ella había deseado, según comentamos anteriormente. Alba Aunque una multitud de autores dan en afirmar que Eugenia fue *la* madrina de Bautismo de esta Princesa, lo cierto es que solamente era *uno* de los padrinos, ya que actuaron como tales, además de la Emperatriz Eugenia (representada por la Princesa Federica de Hannover), la Emperatriz Federico de Alemania, representada por la duquesa de Roxburghe, la abuela paterna, la Princesa de Battenberg (por la marquesa de Ely¹⁸⁵), la Princesa Christian de Schleswig-Holstein (por la condesa de Erroll), el Príncipe Luis de Battenberg (por el conde de Hopetoun) y el Duque de Sajonia-Cobruro-Gotha (por sir Henry Ponsomby)¹⁸⁶ y su abuela materna, la Reina Victoria, la sostuvo en la pila bautismal instalada sencillamente en la Sala de Dibujos del Castillo de Balmoral¹⁸⁷, Como es sabido, en la recepción del sacramento católico, en 1906, la prometida del Rey fue amadrinada por la Reina María Cristina. Siguiendo en lo básico lo que ya dijimos anteriormente¹⁸⁸, Eugenia programó su estrategia para cumplir su propósito a través de la influencia que le proporcionaba en Palacio, más que su condición d ex soberana, su parentesco con la Casa de . Sáinz Rodríguez dice al respecto: *...el duque de Alba me contó muchos detalles de la intervención que tuvo la Emperatriz porque, cuando el Rey fue a Londres, los políticos liberales querían que el Rey se casase con una Princesa inglesa, precisamente por el prestigio de Inglaterra...* Afirma a continuación el mismo autor que Victoria Eugenia actuaba con arreglo a las indicaciones de la Emperatriz que,

¹⁸⁴ Es difícil que el Príncipe, con sólo diecisiete años, tuviese autonomía para aventuras similares.

¹⁸⁵ Jane Loftus (1821 – 1890) hija de James Hope-Vere y de Lady Elizabeth Hay, casó con John Loftus, III marqués de Ely. Entre 1851 y 1889 fue Dama (*Lady of de Bedchamber*) de la Reina Victoria, manteniendo amistad con la Emperatriz Eugenia y con la Reina Sofía de los Países Bajos. Representó a la Reina en el bautismo del Príncipe Imperial en 1856 y, lo que es más llamativo, anteriormente en el parto.

¹⁸⁶ *Queen Victoria's Journals* – Entrada correspondiente al miércoles 23 de noviembre de 1887.

¹⁸⁷ Vid. acuarela por Robert Taylor Prithett titulada *Christening of Princess Victoria Eugénie of Battenberg at Balmoral, 23 November 1887*, en el Royal Collection Trust, cuya versión ampliada se publicó en el *Graphic magazine*.

¹⁸⁸ Sampedro Escolar, J.L., *La Casa de Alba, mil años de Historia y de leyendas*, Madrid, 2008 pp. 295 y ss.

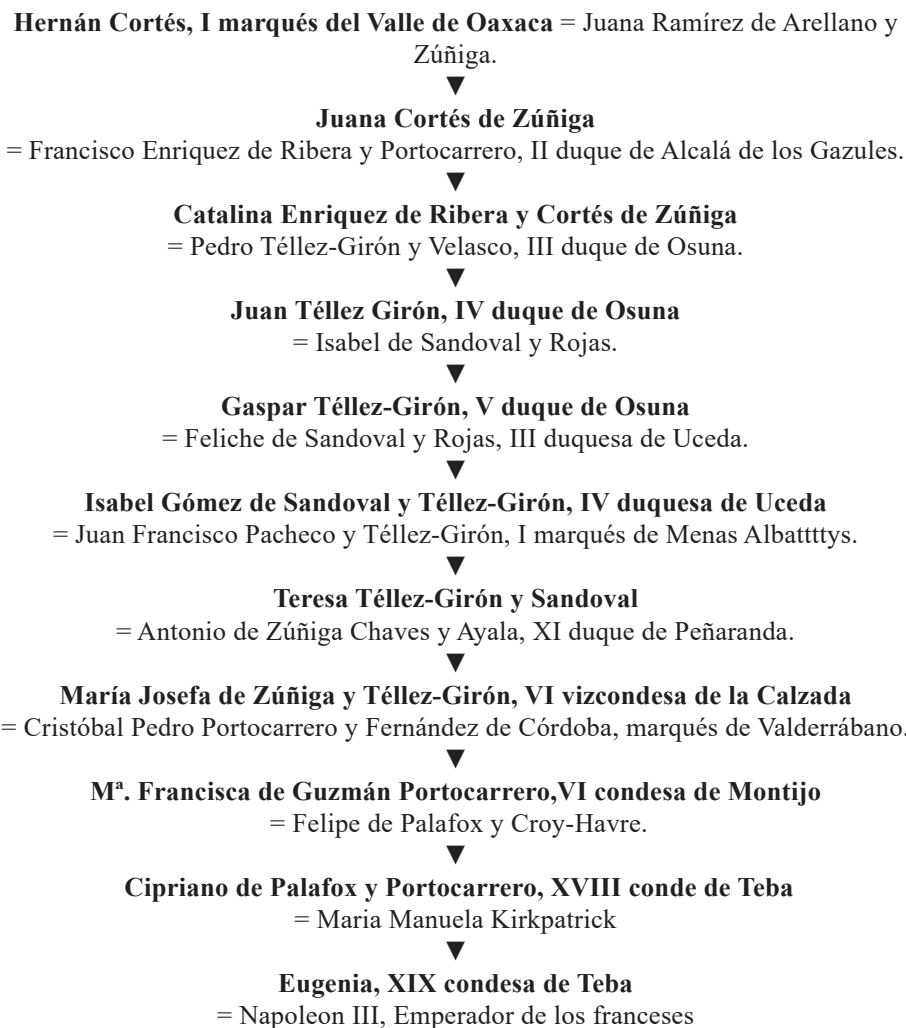
como española, conocía a los españoles; sabía que lo que no tenía que hacer era permanecer impasible sino acercarse al monarca y demostrarle simpatía: llamar su atención. *Claro, como era guapa, no le costó mucho captarse al muchacho que era entonces Alfonso XIII, que se enamoró de ella.* En Londres la Emperatriz contaría con un protegido suyo, Rodrigo Saavedra, marqués de Villalobar, quien, desde su puesto en la Embajada de España, jugó a favor de Ena. Con motivo de la visita de Alfonso XIII a Londres en 1905, Eugenia fue invitada a comer en Buckingham con Eduardo VII, la Reina Alejandra y el propio Alfonso XIII, a quien tuvo ocasión de ensalzar las virtudes que adornaban a su candidata. Melchor Fernández Almagro, comentando el primer encuentro de los jóvenes, señala: *Don Alfonso recordó al momento que la Emperatriz le había hablado ahincadamente de cierta ahijada suya, guapa como un sol: Ena de Battenberg.* De que la Emperatriz puso todo su interés en este casamiento es prueba una carta, fechada el 6 de diciembre de 1905, conservada en el palacio de Liria, que, traducida del francés, dice: *Mi querido Jacobo, si tienes que encontrarte con el Rex VII en Welbeck, es absolutamente necesario que pueda hablar contigo antes... Las cosas han avanzado mucho desde nuestra última conversación y quiero que estés al corriente, por si el Rex te habla de ello.*

No queda duda, pues, del trabajo que realizó la anciana condesa de Teba para que se llevase a efecto este proyecto matrimonial, que habría de ayudar a consolidar aún más la ya egregia posición de los Alba en la Corte de España, pero no vamos a entrar en más detalles ya que este asunto se aparta llamativamente de nuestra investigación y fue tratado de manera rigurosa por Ricardo Mateos Sáinz de Medrano en su libro *Alfonso y Ena. La boda del siglo. Génesis y apoteosis de un gran amor fracasado*¹⁸⁹, al cual remitimos a los interesados en él.

¹⁸⁹ La Esfera de los libros, 2019.

ANEJO GENEALÓGICO

Detalle del entronque genealógico de Eugenia de Guzmán con el conquistador Hernán Cortés facilitado por nuestro amigo el historiador D. Ricardo Mateos Sainz de Medrano.



Más detalles, en *Ascendientes y descendientes de Hernán Cortés : línea de Medina Sidonia y otras*, de Dalmiro de la Válgoma, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1951, y en *La Reina doña Fabiola XIV nieta de Hernán Cortés conquistador de Méjico*. Tabla Genealógica compuesta en obsequio de Su Majestad, Santander, Talleres Gráficos Hermanos Badía, 1960. La Emperatriz de los franceses y la Reina de los belgas compartían otro parentesco, lejanísimo, como descendientes ambas de los señores (luego condes) de Ablitas.



LOS SALONES DE LA CONDESA DE MONTIJO: *EL PRADO CON TECHO*

CRISTINA DEL PRADO HIGUERA

Universidad Rey Juan Carlos

EN ESTE AÑO SE HAN CUMPLIDO CIEN AÑOS del fallecimiento de la Emperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo, el día 11 de julio de 1920, en el Palacio de Liria de Madrid. María Eugenia Ignacia Agustina, fue la segunda hija de don Cipriano Palafox y Portocarrero y de doña María Manuela Kirkpatrick de Glosburn y de Grivegree, condes de Teba, marqueses de Ardales...nace en Granada en la calle de Gracia número 12, un 5 de mayo de 1826 (quinto aniversario de la muerte de Napoleón), vivió noventa y cuatro años en los que España y el mundo cambiaron, siendo protagonista en primera persona de algunos de los acontecimientos políticos que transformaron la historia.

Muchas han sido las biografías y artículos que se han escrito sobre ella, tanto en vida como desde que falleció, ha sido un personaje que siempre ha despertado una gran fascinación. La biografía como indica la historiadora Isabel Burdiel es un método para obtener respuestas que no logran alcanzarse desde esquemas más estructurales¹, abordando a través de ella, acontecimientos históricos iluminados con una luz nueva y aprendiendo de su vida. Posiblemente, sea uno de los motivos por los que se ha escrito tanto sobre la Emperatriz de los franceses, para Virginia Woolf “el biógrafo tiene que ser un pionero, ir delante del resto de nosotros como el canario en la mina, comprobando la atmósfera, detectando la falsedad, la irrealidad y la presencia de convenciones obsoletas, por eso hay algunas historias que tienen que ser contadas por cada generación”².

¹ Burdiel, I.: *Historia política y biografía: más allá de las fronteras*, Ayer 93/201, Madrid, p.54.

² *Ibidem*, p.83.



Una fuente histórica muy interesante para llegar a conocerla, reconstruir su vida familiar y adentrarnos en sus ideas políticas, religiosas...ha sido su correspondencia, o esas denominadas, “escrituras del yo”. Se encuentran en el Archivo de la Fundación Casa de Alba y, algunas de ellas están recogidas en la obra *Cartas familiares de la Emperatriz Eugenia*³, los destinatarios eran: sus padres, su hermana la duquesa de Alba que se convirtió en su alter ego, su cuñado el duque de Alba y a algunos de sus sobrinos. Redactadas en castellano las que iban dirigidas a su hermana y el resto escritas en su mayoría en francés, “un francés donosamente arbitrario”. Un idioma que hablaba desde muy pequeña y en el que se había educado, ya que vivió en París desde muy temprana edad, (en una carta que manda a su padre el 11 de noviembre de 1838, le comenta que ya empieza a leer español)⁴.

MARÍA MANUELA KIRKPATRICK DE PORTOCARRERO: APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA

Doña María Manuela Kirkpatrick y Grivegne, más conocida entre la buena sociedad del momento como *Mariquita*. Nace en Málaga, el 15 de enero de 1793, seis días antes de ser guillotinado Luis XVI. Hija del cónsul de los Estados Unidos en Málaga, don William Kirkpatrick y Wilson (1764-1837) y de doña Francisca Grivegne y Gallegos (1769-1822).

El periódico *La Época*⁵ la definía como “una mujer con una gran firmeza de carácter, una actividad incansable y una memoria prodigiosa, de la que se servía admirablemente para dar a su siempre amena conversación mayor encanto, hablaba cinco idiomas, cantaba, pintaba con destreza”. Fue amiga y admirada por los más destacados escritores del momento, en 1818 conocerá al historiador e hispanista estadounidense George Ticknor (1791-1871) en su viaje por España, quien realizará una semblanza muy apasionada de ella. Diez años más tarde pasará por la Alhambra con Washington Irving; en 1830 en su casa de la calle del Sordo recibirá a Próspero Mérimée (1803-1870) quien había conocido su marido en una diligencia camino de París y con el que mantendrá una íntima amistad a lo largo de toda su vida, se piensa que su gran obra *Carmen* estuvo inspirada en ella.

Doña María Manuela, también mantendrá una interesante correspondencia con Mérimée, recogida en la obra *Lettres de Prosper Mérimée à Madame de Montijo*, que comienza en 1839 y terminará en 1870. El género epistolar se ha convertido en una fuente de gran interés para los historiadores, aunque a veces

³ Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944.

⁴ Carta de 11 de noviembre de 1838 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944.

⁵ *La Época*, 23 de noviembre de 1879.

haya ocupado un espacio marginal dentro del estudio de los géneros autobiográficos. Nos ayuda a adentrarnos en la vida del emisor y el receptor como ninguna otra fuente puede hacerlo⁶, convirtiéndose en el espejo de una época. La socióloga Liz Stanley afirma que las cartas quiebran los límites entre la escritura y la oralidad, la presencia y la ausencia, lo privado y lo público⁷. Éstas han sido una fuente primordial para comprender y estudiar la personalidad de madre e hija y conocer de primera mano sus ideas sobre los acontecimientos políticos y sociales más destacados de la época que las tocó vivir.

Por desgracia las cartas de respuesta desaparecieron en un incendio en la casa del escritor, su relación con él daría para otro estudio, ya que sus conversaciones debían ser muy enriquecedoras. Charlaban sobre literatura, política pero también don Próspero se ofrecerá para ocuparse de temas más frívolos, como hacer compras en París para ella y sus hijas: “semillas para plantar árboles y flores en la quinta de Carabanchel, telas, zapatos... también él acude a ella, para obtener por su mediación copias del Museo Arqueológico o descripciones del Disco de Teodosio, ya que en este momento desempeñaba el puesto de Inspector de Monumentos”⁸.

La Emperatriz Eugenia de Montijo definía a su madre en una de sus cartas, como una mujer de espíritu ardiente y activo que nada ni nadie pudo con ella, a pesar que se quedó viuda muy joven y falleció a temprana edad su hija Paca, duquesa de Alba. Fue una viajera incansable a lo largo de toda su vida estuvo en Francia, Gran Bretaña, Irlanda... en una de sus estancias en París conocerá a Stendhal, a quien sus hijas le llamaban siempre por el apellido, *monsieur* Beyle, “venía por la noche y nos sentaba a cada una en una de sus rodillas para contar-nos las campañas de Napoleón. Los días que nos visitaba eran para nosotros días de fiesta, y, cuando se iba, no nos podían convencer para que nos fuéramos a la cama”⁹. La relación con la familia fue tan estrecha que en su obra *La Cartuja de Parma* incluyó un mensaje en clave destinado a las dos niñas, permaneciendo en las ediciones hasta principio del siglo XX, se trata de una llamada a pie de página donde cuenta la jornada de Fabrice en Waterloo. El escritor Félix de Llanos, recoge una anécdota del siempre mal pensado Stendhal sobre la relación entre Merimée y doña María Manuela en la que el escritor le comentaba, “es una excelente señora, que os agrada por su talento y por su natural: una admirable amiga. Pero no ha habido jamás *question de chair* entre nosotros”¹⁰.

⁶ González Allende I.: *Epistolario de Pilar de Zubiaurre (1906-1970)*, Nueva York, 2014, p.14.

⁷ Stanley, L.: *The Epistolarium: On Theorizing Letters and Correspondence*, Autobiography, 12, 2004, p.209, cfr. González Allende, p.11.

⁸ De Llanos, F.: *María Manuela Kirkpatrick. Condesa de Montijo. La Gran Dama*, Espasa Calpe, Madrid, 1932, p.60.

⁹ Smith, W.: *Eugenia de Montijo*, Espasa Calpe, Madrid, 1991, p.30.

¹⁰ De Llanos, F.: *op.cit.* p.52.

También se relacionará en sus diversas estancias en París con artistas e intelectuales como: Viollet-le Duc; Delacroix; Delécluse, David d'Angers; Viel Castel; Lagrané o el británico Clarendon... En nuestro país mantendrá una estrecha amistad también con la reina Isabel II; su madre la reina María Cristina; con toda la nobleza de viejo cuño y con miembros del gobierno como Narváez, Serrano... La condesa de Montijo ocupaba una situación excepcional en el gran mundo de su tiempo, no sólo en Madrid también en París, Londres y donde viviese.

La Emperatriz de los franceses también decía de ella que solía magnificar todo lo que la rodeaba, "lo que pertenecía a mi madre, personas y bienes, estaba por encima de todo, y en primer lugar sus hijas, a las que elogiaba de tal modo en presencia de ellas, que el elogio resultaba molesto. Hasta sus árboles esmirriados de la quinta de Carabanchel le parecían más grandes que los castaños de las Tullerías"¹¹.

El XVII duque de Alba recogió en una conferencia que impartió sobre Eugenia de Montijo algunos rasgos de su ingenio, "poco después de casar su hija con el Emperador de los franceses, acontecimiento que era a la sazón tema de actualidad, se le acercó una princesa de la Casa de Borbón y le espetó esta inconveniencia: he oído decir que una hija de usted se ha casado hace poco, a lo que contestó con aguda rapidez: sí señora, está viviendo en las habitaciones que ocupó últimamente la madre de V. A."¹².

Los padres de María Manuela fueron determinantes en su educación y futuro, su padre William Kirkpatrick y Wilson de origen escocés, fue un hombre ilustrado, tuvo una educación liberal, emprendedor en los negocios y un gran apasionado de la música. Eran famosos sus conciertos en su casa de Málaga, como en su hacienda de Churriana, interpretados en algunas ocasiones por el guitarrista y compositor español Fernando Sor¹³. Tenemos noticia de que también compró instrumentos musicales para sus hijas en Londres en 1814. María Manuela desde muy jovencita destacaba en estos conciertos por su destreza en el canto.

Su nombramiento como cónsul para los Estados Unidos en Málaga fue propuesto ante el Senado y aprobado por el segundo presidente de los Estados Unidos John Adams (1797-1801). En la carta de recomendación figuraba, que se le otorgaba este cargo por su situación y sus talentos, estando en condiciones de desempeñar dicho cargo de manera satisfactoria. Tomó posesión del mismo, el 8 de enero de 1800 y, estuvo en él hasta el 11 de diciembre de 1817, siendo un pionero del comercio internacional y un emprendedor en su labor

¹¹ Carta de 6 de abril de 1856, en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944.

¹² Duque de Alba. *La Emperatriz Eugenia*, en Boletín de la Real Academia de la Historia, Madrid, CXX, 71-101, 1947.

¹³ Smith, W.: *op.cit.* p.100.

consular para sus empresas comerciales¹⁴. Algunos le tacharon de ser afrancesado, pero las estrategias que conducían sus negocios estaban basadas más en el pragmatismo que en la ideología, fue un progresista convencido que vio en la llegada de los franceses a España una oportunidad de cambio. Sus empresas prosperaron con la ocupación francesa a través de contratos para la provisión de suministros a sus ejércitos, aunque posteriormente le trajo pérdidas importantes para sus negocios.

Málaga era una de las ciudades más prosperas y cosmopolitas del siglo XIX, competía con la Barcelona de aquellos años, en la que surgía una burguesía incipiente. La topografía de la ciudad marcaba la ubicación de las diferentes clases sociales, en el interior se asentaba las familias de estirpe malagueña y en la zona cercana al puerto solían vivir los comerciantes, especialmente ingleses, holandeses, italianos, franceses y alemanes, “no había de quedarse ellos sin apodo y tomando pie de ciertos barrilitos mantequeros hamburgueses que fueron durante algunos lustros lucrativos comercio de los importadores, los hidalgos se vengaron de sus convecinos de junto al mar llamándoles con picaresco retintín los de la *manteca*”¹⁵, la mayoría de ellos eran cónsules que venían a nuestro país impulsados por los negocios.

Don William Kirkpatrick comienza a relacionarse con la sociedad burguesa de la ciudad y conoce a doña Francisca Grivegnee y Gallegos, más conocida por Fanny, hija de belga y de andaluza. Se casan el 2 de noviembre de 1791 en la iglesia de San Juan en Málaga, tres años después de su llegada a la ciudad. El matrimonio tendrá cuatro hijas y un hijo que morirá prematuramente. Desde muy pequeña doña Francisca recibió una educación muy exquisita para la época que transmitió a sus hijas¹⁶. Fallece muy joven, en febrero de 1822, por los efectos fatales del arsénico, tomado por equivocación y confundido con una salsa de comida¹⁷. Doña María Manuela nunca superará la pérdida de su madre tan pronto.

Málaga se quedaba pequeña para la formación de estas niñas y fueron desde muy jóvenes a París y Londres para completar su educación, en sus estancias en París se quedaban también al cuidado de su tía Catalina Grivegnee. Su salón fue centro de reuniones de un importante grupo de españoles, entre los que participaban estaba don Cipriano Palafox y Portocarrero. Residió primero en un piso en la plaza de los pequeños Campos nº36 y posteriormente en la plaza Vendôme nº 24. En una de estas reuniones, en el año 1813, fue donde conoció a María Manuela Kirkpatrick.

¹⁴ *Revista Semana*, cedido por don Enrique Kirkpatrick Mendaro, marqués de Placetos.

¹⁵ Del Llano, F.: Felix, *op.cit.* p.13.

¹⁶ Carlin, C.: *William Kirkpatrick de Málaga*, The Grimsay Press, Escocia, p.38.

¹⁷ *Ibidem*, p.33.

Don Cipriano Palafox Portocarrero (1784-1839), sexto y último hijo de doña Francisca de Sales Portocarrero y Zúñiga, sexta condesa de Montijo¹⁸ y de don Felipe Palafox y Croy, nace en Madrid el 15 de septiembre de 1784, en la plazuela de los Afligidos. Fue bautizado en la iglesia de San Martín, tuvo una educación muy esmerada de manos de su madre una mujer muy culta, aprendió francés desde la infancia, hereda el condado de Teba a la muerte de su madre, condesa de Montijo. En 1801 ingresa en la Academia Militar de Segovia en calidad de Cadete¹⁹, combatió en Gibraltar y en Trafalgar, la invasión francesa de 1808 le sorprende en Cádiz en donde para no tener que tomar partido se retira de la vida militar, aunque el 14 de junio de 1809 vuelve para defender al rey Carlos IV, participando en las batallas de Bailén, Medellín, Eslavera y Puente del Arzobispo, en total ocho campañas en toda su carrera militar.

El 2 de febrero de 1809, en el probadero de la Manufactura de Armas de Sevilla, un reventón de un fusil le saltó el ojo derecho y quedó inutilizado para la milicia, a partir de este acontecimiento Fernando VII le concede el grado de coronel de Infantería y el retiro del Ejército. En el año 1810, da un cambio radical en sus ideas y apoya al rey José I. El historiador Félix del Llano, le retrata como “un hombre gallardo, esbelto, cojo, tuerto y hasta manco, su hoja de servicio refleja, con su brío, su mala sombra, en Trafalgar, contusiones serias; en el Puerto de Santa María frente a los ingleses se fractura una pierna; en el probadero de la Maestranza de Sevilla por el reventón de un fusil, pérdida del ojo derecho quedando inútil para la milicia”²⁰, el pintor Vicente López hará un retrato muy fiel del personaje.

El 12 de agosto de 1815 se retira de la guerra de Francia, instalándose en París, son años de aislamiento y de exilio, anhela volver a su tierra, pero su compromiso con Francia se lo impedía. Distanciado de su familia especialmente de su hermano don Eugenio Palafox y Portocarrero, será la madre de doña María Manuela la que interceda para que se produzca una reconciliación entre los hermanos. En 1816 solicitará don Eugenio a Fernando VII que deje entrar a su hermano a España durante un mes, pasará unos días en la finca de Churriana de William Kirkpatrick, volviendo a París hasta 1817, en que Fernando VII le permite volver a España definitivamente.

Años más tarde comenzará con doña María Manuela uno de los noviazgos más sonados de la sociedad malagueña, la llevaba casi diez años y formaban parte de dos familias de carácter social totalmente diferentes, se unen la nobleza

¹⁸ Demerson, P.: *La condesa de Montijo una mujer al servicio de las Luces*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1976.

¹⁹ Demerson, P.: La vida azarosa de Cipriano Palafox Portocarrero, padre de la Emperatriz Eugenia de Montijo (1784-1839), *Revista de Estudios Extremeños*, T.II, nº1, abril, 1995.

²⁰ *Ibidem*, p.187.

de viejo cuño, rica e ilustrada y la burguesía del dinero, no podemos olvidar que don Cipriano es el segundón, de una familia de gran linaje en España. Para contraer matrimonio con doña Manuela tuvo que pedir permiso a su hermano mayor el conde de Montijo y al rey Fernando VII. El padre de doña María Manuela, se oponía a esa boda, por considerar que el marido no disponía de suficientes medios económicos para que el matrimonio pudiese llevar una vida acorde con su status social. Don William Kirkpatrick no asistió a la misma, aunque dio el oportuno consentimiento.

Después de las pertinentes autorizaciones, la boda se celebrará el 15 de diciembre de 1817 en la iglesia del Sagrario de Málaga. “Las capitulaciones matrimoniales se firmaron en Málaga el 6 de noviembre de 1817, ante el escribano público don Juan de Sierra. En la escritura, don Cipriano ofreció a su novia 200.000 reales de vellón en arras y donación *propter nupcias*, especificando que dicha cantidad se sacaría de la décima parte de sus bienes”²¹. La situación económica en la que se encontraba el condado de Teba era muy precaria, por lo que el matrimonio durante bastantes años atravesó auténticas penurias económicas, a pesar del dinero que reiteradamente don Cipriano reclamaba a su hermano don Eugenio Palafox y Portocarrero, VII conde de Montijo. Esta situación sólo fue paliada por la herencia que deja al fallecer en 1822, doña Francisca Grivegnee a su hija doña María Manuela, de 57.243 reales de vellón y tras el fallecimiento sin herederos de don Eugenio en 1833.

Todas sus hermanas también realizaron matrimonios notables, Catalina se casa con Mateo de Lesseps; su otra hermana Enriqueta se casará con un hijo de Teresa Cabarrús; María Juana se casa con el comerciante Michael Power; su cuarta hija María Josefa de Grivegnee con Henry Newman, cónsul polaco en la ciudad. Todos estos matrimonios son un ejemplo de integración de las prominentes familias burguesas con las familias españolas más consolidadas socialmente.

Estuvieron casados durante veintidós años, de 1817 a 1839, en los que se forjó la personalidad de María Manuela. La vida no le fue fácil desde el principio de su matrimonio, a las dificultades económicas se unió la inestabilidad política en España y su complicada relación personal con su marido. Años más tarde, su hija Eugenia, conocedora de esta situación en una carta que manda a su madre el 19 de noviembre de 1876, le comenta, “ya sabrás que has ganado tu pleito”, se refería al pleito que la condesa de Montijo impuso a varios periódicos franceses, por escribir que la Emperatriz había nacido tres años después de la muerte del conde y por haber cuestionado su legitimidad. El *Gran Diccionario de Larousse*, que había recogido la información, fue obligado a reimprimir la hoja correspon-

²¹ *Ibidem*, p.194.

diente²², comentaba la Emperatriz, a mi modo de ver las costas e indemnización señaladas por el Tribunal son ilusorias.

Para este proceso eligió como abogado al señor Grand-Perret, quien había sido Fiscal del Tribunal Supremo bajo el Imperio y consiguió ganar el juicio. María Manuela escribía al darle las gracias, “su tarea, fácil desde el punto de vista de la justicia de la causa que defendía, se hubiera vuelto difícil para cualquier otro que no fuera usted, a consecuencia de la maldad y de los excesos del lenguaje de nuestros adversarios, así como de la prevención y de la falta de benevolencia de un tribunal integrado por jueces antiimperialistas”²³.

Después de unos años muy complicados de convivencia en Málaga, se trasladan a vivir a Granada donde nacerán sus dos hijas. El 29 de enero de 1825 Francisca y al año siguiente su segunda hija Eugenia, el 5 de mayo de 1826, como muy bien cuentan las crónicas un nacimiento que se produjo en el jardín de su casa, ya que tuvo lugar un terremoto en Granada por esos días. Según los datos del Catálogo Sísmico, aunque si hubo algún movimiento del 21 de abril al 17 de julio de 1826 en esa zona, en Granada se produjo dicho terremoto el día 15 de mayo, por lo que no podemos dar veracidad a este hecho.

También cuenta la leyenda que cuando su cuñado, el VII conde de Montijo, cae enfermo, doña María Manuela se presenta en el palacio de la Plaza del Ángel. Ya que una mujer intentaba demostrar que esperaba un hijo de don Eugenio. “Estando allí, en habitaciones próximas la futura madre, al llegar la condesa de Teba, se avivaron los gritos del inmediato alumbramiento, en una estancia contigua se escuchó llorar a un niño que había sido traído anteriormente de la inclusa, de tal forma que destapando la estafa arrojó a la madre a la calle. Pero allí quedó el recién nacido y, la condesa de Teba se hizo cargo de él, se lo llevó a su casa de la calle del Sordo y lo educó junto con sus hijas. A este acontecimiento también se refiere la Emperatriz Eugenia, en una carta que envía a su sobrina Rosario, el 11 de marzo de 1902²⁴, en ella la explica como este niño fue criado por la familia, se le ayudó en su carrera ingresando en la escuela de Ingenieros Militares, tuvo dos hijas, y las dos llevaban el apellido de Palafox.

A partir de 1828 se instala la familia en Madrid, la situación mejora al heredar el título de conde de Miranda del Castañar y en 1830 obtiene el retiro de Teniente Coronel de Infantería. Un hecho inesperado sucederá el 16 de julio de 1834, al fallecer sin descendencia su hermano don Eugenio, el VII conde Montijo, de tal

²² Recogido en el folleto *L'Imperatrice notes et documents* publicado anónimamente en 1877, atribuido a Federico Masson.

²³ William, S.: *op.cit.*, p.238.

²⁴ Carta de 11 de marzo de 1902 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.454.

forma que la suerte y la vida le cambia de forma radical, de ser el segundón sin prácticamente fortuna se convierte en el VIII conde Montijo, duque de Peñaranda de Duero, conde Baños y de Miranda del Castañar, conde de Ablitas y de Moya, marqués de Ardales... la fortuna es cuantiosa tanto en dinero como en propiedades.

Doña María Manuela en estos años comienza a entablar una serie de relaciones sociales que jamás dejará de cultivar. Conocerá al hispanista e historiador Ticknor, trabando con él una sincera amistad. Había realizado diversos viajes de estudio a España y Europa en 1818 y entre 1835 y 1838, adquiriendo una gran biblioteca de literatura clásica española, entre sus obras más destacadas destaca *Diarios de viaje por España*²⁵. Los condes de Teba le invitan a su casa en diversas ocasiones, asistirá a la representación de la tragedia *Pelayo*, sobre el héroe de la Reconquista, del poeta José Quintana y Lorenzo (1772-1857), todo ello le apasionará al joven bostoniano, sintiéndose fascinado por la interpretación que hace María Manuela del personaje de Corinne en la obra representada. El recuerdo que tiene de ella es muy interesante para conocer a la auténtica María Manuela Kirkpatrick de Glosburn y de Grivegnee.

“Conocí a la señora de Teba en Madrid, cuando estuve de visita el verano pasado. Y según lo que vi de ella entonces y aquí donde la he visto todos, los días, no hay duda de que es la mujer más culta e interesante de España. Joven y bella, educada estricta y atentamente por su madre, la llevó a Londres y París, lugares donde la mantuvo entre seis y siete años. Posee talentos extraordinarios y le da un aire de originalidad a todo lo que dice y hace. Reúne, de modo más fascinante, la gracia y franqueza andaluza, una sencillez francesa en sus modales y un genuino rigor inglés, en sus conocimientos y habilidades. Conoce bien las cinco lenguas modernas principales, y comprende sus diferentes caracteres y aprecia sus literaturas notablemente. Posee los talentos extranjeros de cantar, actuar, pintar, etcétera y el nacional de bailar, y todos ellos con maestría. Conversando es brillante y original. Y, aun así, con todo esto es una verdadera española, y está tan llena de sentimientos españoles como lo está de talento y cultura”²⁶.

Además en una de las cartas que manda a don Pascual de Gayangos el 20 de agosto de 1834, describe a la condesa de Montijo como una mujer de un gran talento, y con una gran cultura. Tanto él, como el historiador Adolphe-Louis de Puibusque (1801-1863) llegaron a la misma conclusión sobre esta gran mujer, aunque cada uno al utilizar un título diferente pensaban que estaban hablando de

²⁵ Ticknor, G.: *Diarios de Viaje por España*, Une, Zaragoza, 2012.

²⁶ *Ibidem*, p.180.

dos mujeres distintas, aunque Puibusque le comenta que se estaban refiriendo a la misma persona ²⁷.

Al comenzar en Madrid una epidemia de cólera, aprovecha María Manuela la oportunidad para llevarse a las niñas a París, el 18 de junio de 1834 empiezan un largo viaje, hubo de hacerse con gran rodeo, porque el camino normal a través de la frontera vasca estaba ocupado por los carlistas²⁸. Salió con las niñas desde Madrid con dirección a Barcelona haciendo escala en Perpiñán, donde tenemos el testimonio del conde de Castellane en sus *Recuerdos, con estancien Toulouse y en Pau*, el 11 de julio de 1835. Una vez que llegaron a París escribió, Merimée a don Carlos de Aragón, anunciándole que la condesa se encontraba en la ciudad, con el propósito de presentarle al duque de Decazes. Allí se vuelve a encontrar con parte de su familia, con su tía Catalina Grevignée y su hermana Enriqueta casada con el conde de Cabarrús, y también pudo relacionarse con personas de su ideología, medio liberales medio bonapartistas, como Gabriel Delessert.

Sus dos hijas fueron educadas en Tolosa en el colegio de la calle Espinasse y en París en el colegio del Sagrado Corazón, donde hicieron la comunión, el 25 de marzo de 1837. Siguieron la estela de su madre en cuanto a formación se refiere, siendo un referente para la sociedad del momento. Además de sus clases en el colegio, completaron su educación con clases de equitación en el picadero de Arnichan de Tolosa, y de educación física en el Gimnasio que había fundado el coronel valenciano Francisco Amorós y Ondeano, bonapartista célebre y autor del *Manual de educación física, gimnástica y moral*. En este gimnasio se realizó un certificado, el 18 de octubre de 1838, en el que se hace una descripción física de Eugenia: “media a la sazón 4 pies, 5 pulgadas y 8 líneas de estatura (1 metros y 45 cm) y pesaba 35 kilos, temperamento sanguíneo nervioso...²⁹ también conocemos que Paca había ganado un premio en salto y “Merimée me ha prometido que me hará tirar con pistola con pólvora”³⁰.

Pasaron largas temporadas en Inglaterra, en un internado para señoritas en Clifton, cerca de Bristol, comenzando a trabajar en la casa al cuidado de su educación la institutriz Miss Cole. Eugenia le cuenta a su padre en una carta³¹, “nos ha regalado dos muñecas inglesas”, además en esta carta expresa el anhelo que tiene por volver a encontrarse con él, “¿cuándo te veré querido papá? Mi corazón suspira por ti. Estoy deseando que llegue el mes de septiembre”. Pero fue la ins-

²⁷ *Ibidem*, p.186.

²⁸ Duque de Alba, *La Emperatriz Eugenia*, en Boletín de la Real Academia de la Historia, Madrid, CXX, 71-101, 1947.

²⁹ *Ibidem*, p.84.

³⁰ Hanotaux, G.: *Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.345.

³¹ Carta 6 de agosto de 1838 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.87.

titutriz Miss Flowers, la que permaneció en la familia hasta el final de sus días. Cuidó a las niñas de pequeñas y con posterioridad se quedó como señorita de compañía de Eugenia hasta su matrimonio, viviendo en la casa de Montijo hasta su fallecimiento. Por parte de su padre recibieron una educación muy austera, no les permitía ni coches ni paraguas, por estimarlos refinamientos de niñas ricas³².

Su madre también las llevaba a visitar museos para que se aficionaran al arte, en una carta que envía Eugenia a su padre en abril de 1837, le relata cómo han ido a visitar el Museo egipcio: “he visto tres momias una grande y dos pequeñas; hemos estado en el Salón de Pintura, pero no hay nada como nuestros cuadros...”³³. También en una carta de 15 de septiembre de 1838³⁴, le describe todo lo que han aprendido: “hemos acabado la Historia Sagrada, la Historia Griega, la Historia de Inglaterra y la Mitología, espero que estarás contento”³⁵.

Doña María Manuela las inculcará desde pequeñas el respeto y admiración por la figura de Napoleón, las leía las hazañas de él y de Robinsón, sin saber que cuando las escuchaban una de sus hijas, se casaría con Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del gran Emperador. A su vuelta a España tras el fallecimiento de su padre, su madre se dedicaba a darles algunas lecciones y Eugenia escribía a su gran amigo Stendhal, nosotras procuramos no olvidar cuanto aprendimos en París.

Mientras que don Cipriano va abandonando las ideas carlistas y a las personas que las apoyaban, María Manuela seguirá fomentado este tipo de relaciones. El marqués de Miraflores informaba a don Cipriano en una carta “la casa de tu mujer es el centro de los carlistas. Cuantos vienen del cuartel general de don Carlos le vienen recomendados. Sigue asidua correspondencia con el obispo de León”³⁶. Don Cipriano le contesta el 15 de diciembre, “tras darle las gracias por su aviso, confiesa que sus opiniones y las de su mujer son muy diferentes, éstas nos han separado”³⁷.

Al final de su vida como consecuencia de la posesión de títulos, grandezas y mayorazgos tendrá todo tipo de reconocimiento social y gran relieve en la Corte. En 1838, es elegido Senador por la provincia de Badajoz e Isabel II le nombra gentilhombre de Cámara. Mientras la familia se encuentra en París, don Cipriano empeora y María Manuela volverá a España para acompañarle en sus últimos momentos. El viernes 15 de marzo de 1839 fallece, tenía cincuenta y cinco años

³² Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.28.

³³ Carta de abril de 1837 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p. 88.

³⁴ Carta de 15 de septiembre de 1837 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.86.

³⁵ Carta de 15 de septiembre de 1838 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.93.

³⁶ Del Llano, F.: *op.cit.*, p.46.

³⁷ Demerson, P.: *op.cit.*, p.213.

y su viuda cuarenta y cinco, fue enterrado en la Sacramental de San Lorenzo y San José de Madrid.

Había dictado testamento junto con su esposa, el 15 de julio de 1834³⁸, quedando recogido de común acuerdo que no querían ser enterrados en ninguna iglesia, sino en un cementerio y destinaban tres mil reales para la ceremonia, además cada uno pide que se ofrezcan cincuenta misas por sus almas. Dejaba huérfanas a sus hijas con catorce y trece años, dividiendo entre ellas todos sus vínculos patrimoniales y nobiliarios de la Casa. La mayor doña Francisca de Sales, heredó la mayor parte de los títulos de la Casa de Montijo entre los que se encontraban: los títulos de condesa de Montijo, de Miranda, de Fuentidueñas, de San Esteban de Gormaz... y doña Eugenia tomó los títulos de conde Baños, de Teba, de Mora, de Ablites y de Santa Cruz de la Sierra, Ardales, Osera, Mora y el vizcondado de Calzada entre otros, al fallecimiento de Eugenia sin sucesión todos los títulos pasaron a la familia Alba.

Tras el fallecimiento de su marido, la condesa viuda de Montijo tuvo varios objetivos, el primero vigilar la educación de sus hijas, pero, sobre todo, darlas a conocer en las diversas cortes europeas para propiciar atractivas bodas. Los cronistas de sociedad del momento escribían: “la madre, dotada de un talento superlativo, viéndolas crecer tan lindas, con corazón tan sano, con ideas amplias y con espíritu de seducción, adivinó sus destinos, las inclinó hacia ellos y ciertamente no se equivocó”³⁹. La vida social cada vez se hace más prolija en estos años y tras superar el luto irán a fiestecillas íntimas, como los tés a la inglesa que daba la señora de Alvear a sus amistades, pero los divertimentos más notables de aquellos años eran: pasear por el paseo del Prado, los teatros y las corridas de toros.

La relación que tuvo con sus hijas fue muy estrecha a lo largo de su vida, con un objetivo primordial que hicieran bodas propias de su estatus, con Paca la futura duquesa de Alba tenía una unión especial: “mi hermana era su ídolo, la alegría de su corazón y su orgullo”⁴⁰, mientras que con Eugenia la relación fue más distante, a pesar que estuvo con ella en París hasta que se casó con Napoleón III, “a mamá le daré unas cosas para ti. Se piensa marchar en marzo. Creo que a pesar de la triste situación en que vivimos, motivada por la incompatibilidad de nuestros genios, estaré ahora muy sola y triste”⁴¹. En París se rumoreaba que la diferencia de carácter tan dispar entre ellas había motivado que nada más casarse

³⁸ Testamento codicilo, 30 de marzo de 1858. Cedido por Don Enrique Kirkpatrick Mendaro, marqués de Placetos.

³⁹ *La España Moderna*, p.102.

⁴⁰ Carta de 28 de octubre de 1860 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.250.

⁴¹ Carta de 22 de febrero de 1853 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944.

se marchara, pero no fue así, ya que permaneció en París hasta finales del mes de marzo, Merimée la acompañó hasta Poitiers. El periódico *Las Novedades* comentaba por esos días, una posible boda de la condesa de Montijo con el príncipe Hesse, pero ella nunca volvió a contraer matrimonio.

Podemos afirmar que vivió por y para sus hijas, este texto es prueba de ello, “ya sabéis que cuanto tengo es vuestro, no sólo mis caballos, sino también todo lo que me pertenece y podéis a toda satisfacción disponer de ello. Siempre que algo te haga falta tómallo, sin previo aviso. Tuyo es, pues es de tu madre y jamás tu madre está más contenta que cuando puede seros útil en algo. Yo que nos soy nada sin vosotras, que vivo y respiro por vosotras, que mi existencia entera está cifrada en vosotras dos ya hace tanto tiempo que no tengo otra idea que vosotras dos”⁴².

A pesar de la estrecha relación que mantiene con sus hijas, Eugenia la define en algunos momentos como una persona fría y pragmática. Así queda recogido en una carta que envía a su hermana Paca tras sufrir el atentado, el 14 de enero de 1854. Días más tarde, el 24 de enero de 1858, la escribe poniendo de manifiesto la desilusión que ha tenido al ver cómo ha reaccionado su madre ante este acontecimiento, “cinco días después, recibía vuestras cartas: la tuya tan tierna como esperaba; la de mamá como la habría escrito en un momento normal: dos palabras sobre nuestro peligro y tres páginas acerca del Ministerio Armero-Mon. Te confieso que eso me hizo daño y no contesté en seguida...me quedé asombrada al ver, por una carta suya recibida ayer, que su dolor había necesitado de un público testimonio, que se había preocupado de detalles de invitaciones”⁴³.

El interés de María Manuela por la política, estuvo muy presente a lo largo de toda su vida como lo demuestra este acontecimiento, ya que las Cortes se habían reunido el 19 de enero de 1858 y el candidato del gobierno para la presidencia había sido derrocado. También planteó por su afán de protagonismo, un conflicto diplomático, al organizar en Madrid un *Tedéum* en acción de gracias por haber salido ilesos sus SS.MM del atentado. Asistió al mismo todo el cuerpo diplomático acreditado en Madrid, menos el embajador de Francia, a lo que la Emperatriz comenta en una carta que envía a su hermana, “¡era tan natural volver la vista a Dios; pero en su propia capilla; darle gracias en silencio y dejar para el embajador de Francia los detalles que repugnan al corazón de una madre...¿qué necesidad tenía de ponerse en franca hostilidad con él, con esos escándalos me perjudicáis todos...”⁴⁴Tras el fallecimiento de su hija la duquesa de Alba, el 16 de septiembre de 1860, se queda totalmente sola y aislada de su familia, “sepa-

⁴² Del Llano, F.: *op.cit.*, p.100.

⁴³ Carta de 24 de enero de 1858 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.207.

⁴⁴ Carta de 24 de enero de 1858 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 194, p.208.

rada por la muerte de su hija querida; de sus nietos por las conveniencias; de mí por la distancia”⁴⁵.

SEMBLANZA POLÍTICA Y SU PAPEL EN LA CORTE

A pesar de sus ideas carlistas en su juventud, y de la carta que manda el marqués de Miraflores a su marido, su relación con la reina Isabel II se va estrechando a lo largo de los años. La unía una gran relación con don Ramón Narváez, duque de Valencia, de los tiempos que residía en Granada, cimentándose una gran amistad entre ambos que durará toda una vida. Fue él quien propició que la reina la otorgara tan altas dignidades, cuando doña María Manuela fue nombrada Camarera Mayor en 1847, él se encontraba como presidente del Consejo de Ministros, cargo que desempeñó del 4 de octubre de 1847 hasta enero de 1851. Mantuvieron una prolija correspondencia, entre la que destaca algunas misivas entre ellos: “Queridísima condesa: mil y mil gracias por la siempre fiel amistad de usted. No han triunfado mis enemigos. No triunfarán. Viva usted bien segura. Dios me concedió cabeza y corazón. Y la fortuna de ser amigo de usted, Suyo, R.M. Narváez”⁴⁶.

Este cargo la situó muy cerca del trono y de la vida de la Corte, fue reconocida también con la banda de María Luisa, llevando la misma insignia que había conseguido su suegra. Años más tarde, la soberana concedió el privilegio y el derecho a Eugenia de llevar el primero de los títulos de su padre; a partir de entonces fue también condesa de Teba.

La reina firmó un decreto que recogía: “hallándose vacante el cargo de Camarera Mayor, vengo en nombrar a la condesa viuda de Montijo, duquesa de Peñaranda, en consideración a sus distinguidas circunstancias y sumisa adhesión a mi persona”, el cargo de Camarera Mayor. Este cargo lo habían desempeñado mujeres tan relevantes como la marquesa de Santa Cruz; la marquesa de Bélgida hermana de su marido; la condesa de Espoz y Mina que además desempeñó el cargo de Aya de la reina Isabel II entre otros. Fue uno de los cargos de más relieve en la sociedad y en la política

Después de varios encontronazos con el marqués de Miraflores y del poco afecto que se profesaban mutuamente, decidió renunciar al cargo. La relación entre ellos había sido muy complicada desde su estancia en París, Merimée la dice en una carta, “madame Xifré me ha enviado la carta de Miraflores, que tiene estilo de lacayo y ortografía de cocinera”⁴⁷.

Aunque la vieja nobleza española del siglo XIX fue una de las más abiertas

⁴⁵ Carta de 14 de abril de 1861 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944.p.265.

⁴⁶ Llano, F.: *op.cit.*, p.117.

⁴⁷ *Ibidem*, p.124.

de toda Europa. Fruto de esto, apenas ofrecía resistencia a la creación de títulos nobiliarios, la nobleza de viejo cuño no estaba muy de acuerdo con los nombramientos que estaba realizando la reina últimamente. El 27 de noviembre de 1857, designó como Dama a la condesa María Ignacia Gutiérrez, viuda de José de Gaviria y Muñoz, conde de Buena Esperanza y marqués de Gaviria, rico banquero, que daba fiestas magníficas que rivalizaban con las de la reina María Cristina y la condesa de Montijo. La Emperatriz Eugenia se refiere a ello en una de sus cartas, “desgraciadamente todo el mundo se deja atropellar en España. Si todas las damas hubiesen presentado su dimisión al ser nombrada la Gaviria, las cosas no habrían llegado a estos extremos y se respetaría algo más la dignidad de la gente”⁴⁸.

Su relación con la reina Isabel II era tan estrecha, que el periódico *La España*⁴⁹, recoge en el acta de nacimiento del príncipe de Asturias, don Alfonso, la firma de la condesa de Montijo, “Excma. señora doña Manuela Kirkpatrick, condesa viuda del Montijo, grande de España de primera clase, de la orden de damas nobles de María Luisa, con honores y consideraciones de camarera mayor de palacio”.

El conde de Casa Valencia detalla el encuentro que tuvo en la calle Mayor con la condesa de Montijo. “Me dice que si Isabel II reina y ha de reinar lo debe al Emperador Napoleón III casado con su hija Eugenia. Esto es exagerar demasiado el cariño de suegra, tanto más extraño que el yerno poco la quiere”⁵⁰.

La Emperatriz Eugenia reconoce el gran interés que tuvo por la política a lo largo de su vida tal y como destacaba el diplomático Maurice Paléologue, “desde muy joven tomé gusto por la política, es un gusto que heredé de mi madre en cuya casa, desde la mañana a la noche, oía yo perorar a hombres de Estado, diplomáticos, generales, publicitas... A mí la cocina interior de los partidos me dejaba completamente indiferente. Lo que me apasionaba eran las grandes cuestiones de interés nacional, el prestigio nacional estaba en juego”⁵¹. A través de la correspondencia que mantiene con su madre, durante todos estos años, abordan y debaten temas de máxima actualidad que definen los intereses de estas dos mujeres. En una carta que escribe desde Camden Place con fecha 29 de marzo de 1876, analiza un tema de máxima actualidad política en España, ya que el 27 de marzo de ese mes, se había presentado a las Cortes el proyecto de Constitución, en él se abordaban por una parte el movimiento a favor del voto femenino y el tema de la libertad de culto planteado en el artículo 11 del proyecto.

⁴⁸ Carta de 2 de enero de 1858 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.201.

⁴⁹ *La España*, 1 de diciembre de 1857.

⁵⁰ Conde Casa Valencia. *Recuerdos Políticos e Históricos de España y del Extranjero desde enero de 1862 a 31 de enero de 1869*. Madrid, Imprenta de Fortanet, 1906, p.6.

⁵¹ Paléologue, M.: *Les entretiens de l'imperatrice Eugénie*, Librairie Plon.

En la carta que envía a su madre, el 6 de abril de 1876, reconoce la diferencia de opinión sobre este tema, “veo por tu carta la inmensa distancia que nos separa en nuestras apreciaciones sobre la libertad de culto”⁵². A pesar de esa distancia también generacional que existe entre madre e hija, es muy interesante analizar las razones que da la Emperatriz para no estar de acuerdo con el voto femenino. Un argumento y debate que algunas mujeres siguieron manteniendo hasta la II República y es la falta de instrucción necesaria por parte de las mujeres, lo que las impide que puedan tratar asuntos de interés político. Por otra parte, considera que la libertad de culto es fundamental en nuestro país, “no se puede medir con doble rasero. Reclamar en Irlanda, en China, en el Japón, en Oriente... en nombre de la religión católica y negarla en España, es ilógico y poco político, hay que luchar contra el descreimiento no contra la diversidad de creencias”⁵³.

También en otra carta que dirige a su madre el 31 de julio de 1877, está muy pendiente de la política internacional, ya que en ese año se producen en Estados Unidos grandes conflictos entre los obreros, “la huelga de los obreros ferroviarios, seguida de resistencia, es cosa grave, pero que no me sorprende, cuanto más avanza la civilización más superficial es, y más fácil de destruir... las cuestiones que se plantean hoy son más sociales que políticas, por eso es una locura no hacerse cargo de ellas”⁵⁴. También seguía muy de cerca los acontecimientos políticos de nuestro país tras la revolución de 1854, ella se pregunta, “hay qué cambiar la dinastía, ¿pero de dónde sacar la nueva? Después de todo más vale la Reina; su situación si la quiere comprender es de permanecer reina constitucional, en toda la acepción de la palabra, sin la menor sombra de poder...”⁵⁵.

También entre madre e hija se intercambiaban artículos de periódicos en los que aparecen noticias que tienen interés para ellas, como el recorte del periódico *La Iberia*, abordando las noticias que han llegado por telégrafo sobre la independencia de Cuba y Puerto Rico y en otra carta de 5 de noviembre de 1877, hace mención al periódico *Times* sobre la muerte del príncipe Sergio de Leuchtenberg, ayudante de Campo del Zar, fallecido en Roustchouk, el 24 de octubre.

En la carta de 24 de junio de 1866, que escribe a su madre, aborda uno de los temas que más preocupaban en España en ese momento, las revueltas en contra de la reina auspiciadas por el general Prim. Las críticas al conde Reus no se hacen esperar, “me gustaría que me mandarás el discurso que pronunció cuando se cu-

⁵² Carta de 6 de abril de 1876 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.339.

⁵³ Carta de 29 de marzo de 1876 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.338.

⁵⁴ Carta de 31 de julio de 1877 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.344.

⁵⁵ Carta primavera de 1854 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.166.

brió como Grande. Me parece si no recuerdo mal, que se conminaba con todas las desgracias si desenvainase su espada por otra causa que no fuese la de la Reina. ¿Qué ha hecho de su juramento?”⁵⁶ y termina esta carta con una reflexión muy interesante políticamente, “decididamente el respeto se pierde y las monarquías perecen por falta de prestigio”.

LA VIDA SOCIAL EN EL MADRID DE LA CONDESA DE MONTIJO

En España la vida social hasta el siglo XVIII era muy reducida, los palacios permanecían cerrados salvo para las grandes fiestas conmemorativas, algunas damas habían intentado a principio de siglo emular los salones franceses, entre ellos destacó a mediados de siglo la llamada “*Academia del Buen Gusto*”, presidida por la marquesa de Sarriá, doña Josefa de Zúñiga y Castro en la que la conversación alternaba con la lectura y la creación poética. A finales del siglo XVIII, sobresalían los salones ilustrados de la condesa-duquesa de Benavente, la duquesa de Osuna, doña María Josefa Alonso de Pimentel que reunía a literatos y artistas, el de la VI condesa de Montijo de signo neojansenista al que acudían eclesiásticos reformadores como los obispos Palafox y Tavira y políticos como Jovellanos, Cabarrús, Meléndez Valdés, la duquesa de Alba, doña María Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo...”⁵⁷ El salón aparece por sus contenidos y sus prácticas intelectuales como una institución central de la Ilustración francesa, algunos historiadores afirman que el salón fue una invención francesa de la marquesa de Rambouillet, Catherine de Vivonne, entre 1613 y 1618, fue en su hotel de la Rue Saint-Thomas de Louvre donde se inicia una nueva cultura mundana y dónde se fraguó un estilo de vida que serviría de modelo a la élite francesa. A ella, le corresponde el honor de haber inaugurado la vida de sociedad en Francia y haber presidido durante cuarenta años el primer centro mundano del siglo XVII⁵⁸.

Desde el reinado de Carlos IV, en el que la reina María Luisa de Parma, había impuesto a la alta sociedad de Madrid, el trato íntimo de una elegancia suprema, hasta la regencia de María Cristina de Nápoles y los veinte primeros años del reinado de Isabel II, no se había vuelto a reproducir este tipo de costumbres. La sociedad aristocrática mantenía abiertos sus salones donde un día a la semana se reunían contertulios. Madrid tenía en este momento abiertos tres salones: los de la condesa de Montijo; los de María Buschental y los de la condesa de Campo Alan-

⁵⁶ Carta de 24 de junio de 1866 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.272.

⁵⁷ Bolufer, M.: *Del Salón a la Asamblea: Sociabilidad, Espacio Público y Ámbito Privado (siglos XVII-XVIII). Trabajo desarrollado en el marco del proyecto de investigación. Mujeres y modernización estrategias intelectuales y prácticas sociales, siglos XVIII-XIX (CICYT-Instituto de la Mujer, I+D 2004/171)*, pp.122-125.

⁵⁸ Benetta C.: *La cultura de la conversación*, Madrid, Siruela, 2007, p.53.

ge. En el año 1850, entre enero y marzo, tuvieron lugar cuarenta y nueve grandes bailes, de los que sólo dos o tres fueron de trajes o máscaras y uno de niños.

Esta vida social tan activa chocaba con la vida en el Palacio Real, Fernando VII había impuesto una vida social triste y sosa. Tras la muerte de la reina Isabel de Braganza, los salones de Palacio se cierran no amenizados por la reina Josefa Amalia. La condesa de Montijo se encuentra con un Madrid que intenta impulsar a través de las tertulias y los saraos. En aquellos años tampoco el gobierno apoyaba las artes, se echaba de menos en una ciudad tan cosmopolita como Madrid, que se pudiera escuchar a barítonos como Ronconi... George Ticknor relata en su viaje por España, “de hecho, nadie va a Palacio, ningún noble, ningún ministro extranjero, nadie, excepto aquellos cuya ocupación es estar allí, y son tan burdos y vulgares que nadie más acude”⁵⁹. Define a Fernando VII, como un vulgar desvergonzado, obsceno en su conversación y de rudeza en sus formas.

El periódico *El Imparcial*, destacaba un día después del fallecimiento de doña María Manuela, lo que significó su salón para el Madrid de la época, “su ilustre nombre va unido, al de toda una generación que ya va desapareciendo, dejando al morir gloriosos e inextinguibles recuerdos. Ventura de la Vega, el Duque de Rivas, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Joaquín María López, Juan Nicasio Gallego, el duque de Frías, toda aquella brillantez de poetas, oradores, y artistas que en el salón de la condesa de Montijo encontraron un hogar de inteligencia y del buen gusto, bajaron a la tumba hace tiempo. Sólo ella quedaba como recuerdo de aquella época en que tanto brilló el ingenio. Siempre tuvo abiertas las puertas de su casa al mérito y al talento; nunca faltó su caritativo socorro al desgraciado. Los hombres que más se han distinguido en la política, las letras, las artes, y las armas de España, han pasado por sus salones, que tanta influencia ejercieron en la vida social de nuestro país, extendiendo entre las clases elevadas el culto por las bellas artes”⁶⁰.

Durante el reinado de Isabel II, la vida social madrileña va cobrando fuerza día tras día. La aristocracia y la nueva burguesía tienen la necesidad de exhibir sus grandezas y riquezas por lo cual abren sus salones noche tras noche, pudiendo establecer una jerarquía entre ellos. No todos tenían la misma influencia dentro de la vida social madrileña, el poder de los mismos era proporcional a la cercanía y presencia que algunas de estas damas tuviesen en palacio y a los cargos palatinos que desempeñaban.

En España el salón cumplía un oficio más civilizador, al igual que los palcos del Real eran los únicos lugares en los que durante el invierno conversaba una buena parte de la sociedad. A medida que avanzamos en el siglo, los

⁵⁹ Ticknor G.: *op. cit.* p.108.

⁶⁰ *El Imparcial*, 23 de noviembre de 1879.

salones van cobrando cada vez más protagonismo en la sociedad madrileña. En ellos se debaten los problemas económicos y políticos del momento, era frecuente la presencia de embajadores, políticos, intelectuales y artistas. Todo esto también influye en el entramado mundo de las relaciones sociales. El buen humor madrileño dio por poner mote a las reuniones más notorias, a las de la duquesa de Benavente en la Puerta de la Vega le llamaron la Puerta Otomana; a las reuniones exquisitas y limitadas de Santa Cruz el salón de Embajadores; a la de la condesa de Campo Alange el Matadero; a la del banquero hebreo Weisweiller, la Sinagoga y a la de la condesa de Montijo, el Prado con techo.

Durante el reinado de Isabel II, estos salones empezaron abrir sus puertas a la burguesía que quería llegar a ser noble y un ejemplo magnífico lo tenemos con don José Salamanca (1811-1883), burgués malagueño, viene a Madrid en 1836 como diputado por Málaga. Consiguiendo en estos años un vertiginoso ascenso social, político y económico, a través de los negocios en el ferrocarril, la banca, la inversión bursátil y la construcción del barrio de Salamanca. La reina Isabel II, le concedió su ansiado título nobiliario, el 30 de octubre de 1866, lo que le da el espaldarazo social que tanto necesitaba.

Empieza a frecuentar el salón de doña María Buchental, casada con don José Buchental, en su salón se reunían los hombres de finanzas y los capitalistas más importantes de aquella burguesía madrileña, formada por banqueros, agentes de bolsa y comisionistas, “belleza célebre, más entregada hoy a la política que asuntos más femeninos. Es todavía muy bonita y tiene muy buena figura y agradables maneras. La noche que estuve en su casa, la tertulia era solo de hombres y ninguno llegó antes de la una. No hay idea de libertad como la de allí se gozaba. Se entra y salía sin saludar, se fumaba, se charlaba, se callaba, se paseaba...hasta había quien se echaba a dormir. Hacía cada cual lo que le daba la gana, en la más extensión de la palabra. Lo menos extraordinario de aquella reunión es que la señora de la casa comience a recibir después de la media noche. La independencia con que se habla en la reunión como aquella, en que había hombres de todos los partidos políticos, le daba un carácter no menos original que divertido. Nadie se recataba de manifestar claramente sus opiniones, aunque estuviese presente un ministro. Al contrario, contribuía esa circunstancia a hacer la conversación más picante”⁶¹.

Las mujeres adquieren cada vez más protagonismo en la vida social madrileña de estos años, tenían auténticas aptitudes para destacar en el arte mundano. Ellas eran las que abrían los palacios, a través del cual el carácter simbólico del mismo se trasladaba a su interior, cuya relevancia sería muestra e instrumento de status,

⁶¹ Calderón de la Barca, F.: *Un diplomático en Madrid. Impresiones sobre la Corte de Isabel II y la revolución de 1854*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017, pp.46-47.

símbolo máximo, en función del carácter y preeminencia de los invitados, de la posición que alcanza⁶²

LA VIDA SOCIAL EN EL PALACIO DE ARIZA: *EL PRADO CON TECHO*

Uno de los salones más destacados del momento fue el de la condesa de Montijo, doña María Manuela Kirkpatrick de Portocarrero, que desde el año 1850 había creado en su casa una segunda corte diplomática-aristocrática, desde el casamiento de su hija Eugenia con el emperador Napoleón III. Su residencia era el centro de la alta política y de la representación diplomática extranjera acreditada en España, el periódico *The Times* decía que entrar en el salón de la condesa de Montijo era como sacar un pasaporte para circular entre la mejor sociedad de Madrid⁶³.

La condesa de Montijo tenía la costumbre de organizar cada año un gran baile el día del cumpleaños de su hija la duquesa de Alba; también todos los domingos tenía recepciones generales, que duraban hasta primavera, para luego reproducir en la quinta de Carabanchel la vida social que durante el invierno tenía en el palacio de Ariza.

La Ilustración Española recoge una semblanza de ella muy interesante, “la condesa viuda de Montijo, mujer de gran entendimiento, fue pronto una figura de primer orden en la sociedad madrileña, y por aquellos días del regreso a España de la madre de Isabel II, la que rivalizaba con María Cristina en sus fiestas y sus bailes, tan emulados los de una como los de la otra, que más de una vez, al día siguiente de celebrar la Montijo una fiesta en la calle del Sordo, o luego en su palacio de la plaza del Ángel, se realizaba otro en el palacio de la calle de las Rejas. Siendo justo decir que en los festejos de casa de la Montijo, como en sus famosas reuniones dominicales, había tanta elegancia por lo menos como en los de la duquesa de Riánsares, y desde luego mayor triunfo del ingenio y del talento”⁶⁴.

Se puede decir, que fue la dama, que con mayor ahínco sostuvo el espíritu de la sociedad del momento en su palacio de Ariza ubicado en “la plazuela del Ángel, número diez y nueve moderno de la manzana doscientas catorce, como la casa Antigua de la Plazuela de Santa Ana, hoy del Príncipe don Alfonso número cuatro moderno de la misma manzana⁶⁵”. Fue diseñado por el arquitecto Villanueva y ejecutado por Silvestre López, se atribuye el encargo de palacio a don Felipe Antonio de Palafox y de Croix, séptimo marqués de Ariza y heredado por

⁶² Craveri, B.: *op.cit.*, pp.54-55.

⁶³ Del Llano, F.: *op.cit.*, p.90.

⁶⁴ *La Ilustración Española y Americana*, 15 de julio 1920.

⁶⁵ Codicilo del Testamento de la condesa de Montijo, con fecha 30 de marzo de 1858. Cedido por don Enrique Kirkpatrick Mendaro, marqués de Placetas.

su hijo Vicente de Palafox y Melzzi que fue el octavo marqués de Ariza, casado con María Francisca de Sales Portocarrero y López de Zúñiga, sexta condesa de Montijo una de las mujeres más avanzadas del Madrid ilustrado.

Realmente este palacio cobró protagonismo tras la muerte de don Cipriano de Palafox, el luto y la cautela de la condesa que no quería entremeterse de golpe en la sociedad madrileña, unido a sus apasionamientos políticos, fue lo que provocó que a su llegada a Madrid redujera su círculo a un número muy reducido de amigos, entre los que se encontraban don José Alcañices, don Mariano Osuna y don Jacobo Alba entre otros.

En la temporada del año 1854, el antiguo palacio de Ariza presenta toda una serie de cambios en su arquitectura y decoración, lo primero que hace doña María Manuela es transformar las habitaciones principales: “la antigua sala amarilla había sido estucada de blanco con infinitas molduras doradas, que hacían revestir un aspecto mágico con sus colosales espejos, sus espléndidas colgaduras, sus soberbios candelabros de cien luces cada uno. El pavimento, había sido cambiado por madera, siendo el primero que se construyó en Madrid. El gabinete ovalado se revistió de damascada seda azul; y la escalera con sus lámparas de gas, sus estatuas de alabastro y sus jarrones colosales de mayólicas italianas o de porcelanas de Japón y China... los revisteros del momento, dijeron que aquello era imposible de describir y más imposible de imaginar, se decía que aquella ostentación había creado rivalidad con el de la reina Madre, en su palacio de la calle de las Rejas”⁶⁶.

Tenemos que esperar al año 1843, para que el palacio de Ariza vuelva a abrir sus puertas, después del luto mantenido por el fallecimiento de don Cipriano Palafox. El periódico *El Heraldo*⁶⁷, el 16 de febrero de 1843, anuncia el gran baile de disfraces que tendrá lugar en casa de la condesa de Montijo, “entre los bailes de temporada destaca el que debe darse el domingo de carnaval en casa de la señora C. del M. Grandes son los preparativos que se hacen para esta solemne función; ricos muchos de los trajes que se están haciendo; brillantes las diferentes comparsas, cuyos individuos se encuentran en estos momento afanados en los ensayos, á fin de alcanzar algo de la ciencia de las Ceritosh, Essler y Grissi”.

La familia Montijo marcaba el calendario de la vida social madrileña, las fiestas se sucedían y especialmente las de disfraces, fue ella la que introdujo este tipo de diversiones en España. En 1843 a su íntimo amigo Merimée, le había encargado los disfraces para este baile, “he recorrido todo París para comprar vestidos y el miércoles tengo cita para encargar un traje de pastora

⁶⁶ *España Moderna*, p.103.

⁶⁷ *El Heraldo*, 16 de febrero de 1843.

rococó. Todo esto, para las hijas de la señora de Montijo. Aconséjeme, ¿Qué traje tienen que llevar para un baile de disfraces? Un traje de escocesa y otro de cracoviana están ya encargados. Tengo un disfraz de pastora; necesito otro más”⁶⁸.

El 29 de enero de 1859, para el cumpleaños de la duquesa de Alba, se celebró una gran fiesta en el palacio de Ariza en el que “se inauguró la galería árabe o salón de invierno que se había construido en recuerdo de la Alhambra. El salón dorado ostentaba una sillería tallada, de tan exquisito gusto como riqueza, y una sala del buffet que había sido restaurada con un precioso artesonado. Todos los salones parecían una continuada estufa de plantas en flor, de camelias, azaleas y rododendros con elevadas y airosas palmeras de todos los países, pasaban de mil doscientas el número de personas allí reunidas”⁶⁹.

Un cronista francés recogía en un periódico parisino, “los salones del palacio de Ariza están lujosamente puestos; unos tapizados de sederías, otros pintados al fresco y dorados. Tiene la casa una moderna galería morisca, cuyos arcos y paredes siguiendo el estilo de la Alhambra, están incrustados de arabescos. También tiene un buen salón para el buffet, y otros donde se ven suspendidos los retratos de cuerpo entero de los Emperadores de Francia y de los duques de Alba”⁷⁰.

También don Pedro de Alarcón recoge en su obra *Cosas que fueron*⁷¹, el concierto que se celebró en casa de la condesa de Montijo y la decoración de algunas de sus estancias, “describa usted el aspecto fantástico de aquella galería en el instante supremo en que la señora de Prendergast cantaba el aria de *Norma*... las paredes cubiertas de enredaderas, las columnas árabes, los ajimeces, las lámparas morunas, las flores, la brillante concurrencia, la hermosura y la elegancia de las coristas, la afinación y el gusto con que cantaron el coro de la *Casta diva*...”.

Los acontecimientos históricos, cambiaron el discurrir de la vida de los salones especialmente en el invierno de 1854, en el que los salones de la condesa de Montijo y la reina Madre quedaron frente a frente. El periódico *La España*⁷² recoge las últimas recepciones que organizó la reina María Cristina, los días 21, 24 y 27 de febrero, al del día 24 asistió la reina doña Isabel.

Las recepciones de la casa de Montijo, no fueron interrumpidas nunca por ninguna causa ni suceso político, aunque algunos de ellos podemos afirmar que se gestaron en sus salones. Después de la revolución de julio, volvieron abrirse a la sociedad, todos los domingos se bailaba en ellos. De 1854 hasta 1859, los acon-

⁶⁸ William, S.: *op.cit.* p.37.

⁶⁹ *La España Moderna*, p11.

⁷⁰ *La España Moderna*, p.12.

⁷¹ De Alarcón, P.: *Cosas que fueron. Cuadros de Costumbres*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1943, p.262.

⁷² *La España*, 24 de enero de 1854.

tecimientos políticos discurrieron alrededor de la denominada Guerra de África y la vida social se siguió manteniendo: los domingos había reunión en casa de la condesa de Montijo; los lunes en la delegación de los Estados Unidos; los martes en casa de los marqueses de Turgot embajadores de Francia; los miércoles había bailes en casa de los señores de Osma...

Son años en los que los denominados cronistas de sociedad cobran cada vez un mayor protagonismo como: Girón en *La España*; Navarrete y Alarcón en *La Época*; Carolina Coronado en *La Discursión*; Eusebio Asquerino, Amós Escalante...

El 29 de enero de 1860, se celebró el último baile por el cumpleaños de la duquesa de Alba y la conmemoración de San Francisco de Sales, ya se encontraba muy enferma la duquesa. Los periódicos se hicieron eco de la noticia, hasta que no desapareciera la indisposición de la duquesa de Alba, la condesa de Montijo no recibiría los domingos, de tal forma que los marqueses de Regalía empezaron a recibir este día.

La duquesa de Alba fallecía en París, el 16 de septiembre de 1860, con treinta y cinco años *Le Monde Illustré* publicó este elogio sobre ella: “La duquesa de Alba ha sido una mujer idolatrada desde su casamiento, aunque muy joven todavía, pues se casó antes de cumplir los veinte años, se colocó al frente de la alta sociedad de Madrid, del que era la reina. Nadie ha podido hasta su muerte arrancarle, ni aun disputarle su cetro, habiendo sido una de las mujeres más admiradas que han atravesado sobre la tierra”.

Tuvieron que pasar varios años para que doña María Manuela restableciera la vida social en su palacio de Ariza. Hasta la primavera de 1866, no se volvieron a restituir las fiestas en casa de la condesa de Montijo. La pena y el luto por la muerte de su hija la impedían abrir sus salones, en estos años tendrán lugar, conciertos sacros y representaciones de teatro en su quinta de Carabanchel. Fueron muy famosos también sus bailes de niños, el primero que ofreció después del luto fue en honor de su nieta, la duquesa de Galisteo. Un año complejo ya que el 22 de junio de 1866, se produjo la insurrección de los sargentos de artillería en el cuartel de San Gil.

También en estos meses, se ponen muy de moda los teatros caseros en la quinta de Carabanchel hasta el mes de noviembre, posteriormente la condesa de Montijo se trasladará a su palacio de la plaza del Ángel, para celebrar una gran fiesta, el día 15 de noviembre. La primera que se realizaba tras el fallecimiento de la duquesa de Alba, el cronista de sociedad Amós Escalante que usaba el pseudónimo de Juan García escribía en su crónica, “lo único que no ha cambiado, que no ha alterado, que subsiste como entonces, decía es la bondad, es la amabilidad, el buen tono, la exquisita galantería de la condesa de Montijo. Y es que

hay en ella algo que sobrevive a lo demás: lo que se ha llamado por un poeta la juventud eterna⁷³.

Fue un baile con carácter político, pues asistió la reina Isabel II; el duque de Valencia; todo el cuerpo diplomático acreditado en Madrid, la duquesa de la Torre, la marquesa de la Puente y Sotomayor...A partir de este momento, comienzan las denominadas fiestas político-diplomáticas en casa de la condesa de Montijo, que durarán hasta la primavera de 1868, en ellas reunía desde ministros y altas autoridades, el cuerpo diplomático y familiares de clase y condición, los domingos siguió celebrando bailes pequeños en sus salones.

El 13 de septiembre de 1868, pocos días antes que la Revolución estallase, se celebró una gran fiesta en sus salones y la duquesa de Castiglione, ofreció un banquete para treinta personas con baile y música. Unos días más tarde se produce la revolución de Cádiz, teniendo que marcharse fuera de España la reina Isabel II, dos años más tarde tuvo que ver como su hija también era despojada del trono. Tras los acontecimientos que estaban sucediendo en nuestro país, decide en noviembre trasladarse a su quinta de Carabanchel, sus nietas, las hijas de los duques de Alba, se había marchado con su tía Eugenia a Biarritz.

La condesa de Cabarrús y sus hijos los condes de Nava del Tajo, mantienen la neutralidad más absoluta en sus salones, el año que fue derrocado el Imperio y la familia imperial tiene que salir de Francia. Es el comienzo del reinado de Amadeo I y los domingos de la condesa de Montijo, se convierte en una manifestación contra la monarquía del rey italiano. Aunque la condesa de Montijo acompañó a la reina María Victoria a visitar a algunos establecimientos de beneficencia ya que era presidenta de algunos de ellos, su apoyo era incondicional a la reina Isabel II que se encontraba en París en el exilio.

En el año 1872, la condesa de Montijo se convierte en la restauradora del trono de los borbones, ofreciendo diecisiete grandes bailes; ocho Lady Layard; cuatro el marqués de Bedmar; tres los duques de Fernán Núñez; dos los marqueses de Molins...⁷⁴, hubo además tres representaciones dramáticas en el palacio de Montijo; dos en el de la condesa de Vilches y uno en casa de los duques de Medinaceli y cuatro bailes de niños en casa de los marqueses de Alcañices...uno de los bailes que tuvo más concurrencia fue el celebrado el domingo de carnaval, 11 de febrero, donde asistieron ochocientas personas.

Tras el fallecimiento de la condesa viuda de Cabarrús, hermana de doña Manuela, el 27 de octubre de 1872 y del emperador Napoleón III, el 9 de enero de 1873, su salón permanecerá cerrado durante todo el año 1873.

El 15 de febrero de 1874, la condesa de Montijo inauguró por última vez sus

⁷³ *La España Moderna*, p.94.

⁷⁴ *La España Moderna*, mayo de 1896.

domingos tradicionales acompañada de su nieta la duquesa de Galisteo y de Tamames. En diciembre la condesa celebró una representación teatral, después de la misma las damas de repente reaparecieron con mantillas blancas y negras. La condesa estrechó un fino papel entre las manos, era el manifiesto de Sandhurst, seis días después había sido proclamado solemnemente don Alfonso rey de España.

LA VIDA SOCIAL EN EL PARÍS DE NAPOLEÓN III

En el año 1849 la condesa de Montijo se encuentra en París con su hija Eugenia, en una carta que envía a su hermana Paca el 27 de marzo de 1849, le informa que esa tarde irá a casa de la princesa Matilde. Era uno de los salones más frecuentados por la sociedad del momento, “vuelvo ahora de la velada; mi presentimiento es exacto nadie absolutamente nadie me ha dirigido la palabra para lo cual había dos razones: ser soltera y ser extranjera, pero me era igual, mi cuerpo estaba allí pero mi imaginación estaba muy lejos...”⁷⁵

A la hora de buscar piso en París, María Manuela deseaba que sea grande para poder ofrecer reuniones en él, aunque finalmente el que alquilaron en el número 12 de la plaza Vendôme, no cabían más de diez personas de pie, daba sobre un patio...no se oye ningún ruido y parece que estamos en el campo...⁷⁶. La noche del 31 de diciembre de 1852, tuvo lugar una de esas reuniones íntimas en el palacio de la princesa Matilde, a la que acudieron la condesa de Montijo y su hija, el emperador también era asiduo a ellas.

Eugenia de Montijo volverá repetir en sus salones lo que había aprendido de su madre en los años de esplendor en el palacio de Ariza, así se lo hace saber en una carta de 27 de abril de 1870, “deseo vivamente casar a María. Si tienes alguna idea buena acerca de ello, dímela. En mayo voy a dar, los lunes, pequeños bailes, expresamente para que pueda ver gente. Si hay ahí alguien que pueda convenir, podría venir, con un pretexto cualquiera, y se verían en el baile”⁷⁷.

La vida social que llevaba la Emperatriz era muy parecida a la que acontecía en la Corte en Madrid. En una carta que escribe a su hermana, el 15 de abril de 1859, hacía los planes de cómo sería el verano, “la condesa de Montijo se quedará en Carabanchel y dará fiestas, mientras que Eugenia irá a Fontainebleau en el mes de mayo, después a Saint-Cloud y a partir del 17 de agosto a Saint-Sauveur y en septiembre a Biarritz. Tenía una gran afición por el teatro heredada de su madre

⁷⁵ Carta de 27 de marzo de 1849 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.103.

⁷⁶ Carta de 10 de mayo de 1851 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.114.

⁷⁷ Carta de 27 de abril de 1870 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.275.

y comenta como M. Octave Feuillet acaba de escribir una obrita para el teatro de Fontaineblau⁷⁸, el 4 de agosto de 1860⁷⁹, invita a comer a Ventura de la Vega y en esa comida hablan de sus recuerdos del teatrillo de Carabanchel y de la pieza *Llueven bofetones*, que fue un auténtico fracaso. Durante la Cuaresma la condesa de Montijo sustituía sus bailes por las veladas musicales en cuyos coros formaba parte la duquesa de Alba.

A Eugenia le encantaba disfrazarse, en su estancia en París, conoce a la actriz Raquel quien se convierte en amiga de la familia, “en aquella época, Rachel le parecía a Eugenia de Montijo un ser extraordinario de verdad, situado por encima de los defectos y de las debilidades de la humanidad. Una noche en Farnborough en 1885, recitó la tirada de Fedra que conservaba en la memoria...”⁸⁰.

Los salones eran uno de los pocos lugares donde se relacionaban, a un mismo lugar de igualdad, hombres y mujeres, y donde la mujer podía llegar a ser famosa por sí misma, desarrollando su propio talento. En una carta que escribe la Emperatriz Eugenia a su hermana la duquesa de Alba, el 2 de enero de 1858, pone de manifiesto la importancia de mantener la vida social, “en el momento de las recepciones hay que hablar, de buena o mala gana a todo el mundo y como no estoy lo bastante mala para que sea imposible hay que llegar hasta el fin. ¿Qué dirían el comercio, las señoras y las chicas jóvenes si me encerrase sin dar bailes? Y cuando se dan hay que asistir a ellos; pálida o de buen color; es igual”⁸¹.

A María Manuela le gustaba invitar a su casa a los actores y actrices, Filon confirmaba su gusto por el mismo, “*Norma* se representó en la quinta de Carabanchel y cuenta Eugenia, que como no podía ni actuar ni cantar me habían encargado la representación en *Norma* de una mujer que sostiene en brazos a algún pequeño cuya presencia era necesaria para la acción.

El 17 de abril de 1860, la Emperatriz anuncia un baile de trajes en el palacio de la duquesa de Alba en los Campos Eliseos, “prometiéndole que la dueña de aquella residencia iría de Madrid a hacer a la alta sociedad francesa los honores de su casa”⁸², a pesar que la duquesa de Alba no pudo asistir por su estado de salud, el baile, no se suspendió y los duques de Tascher de la Payerie, mayordomos mayores de la Casa Imperial, hicieron de anfitriones, el emperador y la emperatriz acudieron, ella vestida de Diana cazadora...

⁷⁸ Carta de 15 de abril de 1859 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.217.

⁷⁹ Carta de 4 de agosto de 1860 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.229.

⁸⁰ William, S.: *op.cit.*, p.38.

⁸¹ Carta de 2 de enero de 1858 en Hanotaux, G.: *Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia*, Iberia, Barcelona, 1944, p.200.

⁸² *La España Moderna*, p.23.

AÑOS FINALES Y SUS ÚLTIMAS VOLUNTADES

Los años finales de su vida estuvieron marcados por la desgracia, el 9 de febrero de 1876, fallecía su nieta más querida María Luisa Eugenia, duquesa de Montoro, tras haber contraído matrimonio el 2 de octubre de 1875 con el duque de Medinaceli. Al fallecer su nieto hijo de la Emperatriz de los franceses, el 1 de junio de 1879, se retiró definitivamente a su quinta de Carabanchel, que sólo abandonó cuando supo de las desgracias que habían sucedido en Murcia, para reunir en Madrid a la Junta de las Damas de Honor, a fin de enviar a las víctimas de la inundación auxilios⁸³.

El 22 de noviembre de 1879 a las siete de la tarde, fallecía tras varios días de enfermedad en su palacio de Ariza donde fue tan feliz y brilló en tantas fiestas, “murió con expresión serena, como en un sueño, sin alteración de las facciones. Parecía dormida en su lecho mortuario, así la retrato Laurent y así, la dejaron hasta que llegó la condesa de Teba”⁸⁴. Todos los periódicos recogían la noticia de la enfermedad, el periódico *La Época* informaba a sus lectores, “anoche se agravó la enfermedad que padece la señora condesa de Montijo, no habiendo experimentado hasta las cinco de la tarde ningún alivio, la Emperatriz Eugenia llegará esta noche o mañana, deseamos que tenga el consuelo de encontrar a su querida madre en un estado más satisfactorio”⁸⁵.

El periódico *El Imparcial* recogía en una crónica, “en el mismo tren salieron ayer para Burdeos, la futura reina de España y la que fue Emperatriz de los franceses, nuestra respetable compatriota. Diferentes objetos las traen, afectos distintos las mueven, la Archiduquesa de Austria viene a ceñir la corona de España, la Ex-emperatriz de Francia a recoger el último beso de su madre, la noble condesa del Montijo. Esposa y madre infortunada, la ilustre dama ha visto morir entre sus brazos a su esposo querido y han llegado a sus oídos del cruel asesinato de su hijo. Saludamos a la afligida señora y en su dolorosa soledad sírvale de consuelo el convencimiento de la participación que multitud de personas toman en las penas que la atormentan”⁸⁶.

El 23 de noviembre llegaba Eugenia de Montijo, en la estación del Norte la esperaban el rey Alfonso XII y sus parientes más cercanos, fue uno de los entierros más multitudinarios que se celebraron en Madrid, recogido por toda la prensa de la época. En la esquela que se realizó para su funeral⁸⁷, se recoge: “su hija la condesa de Teba, marquesa de Moya y otros títulos, Grande España de 1ª Clase; su hijo político el Excmo. Sr. Duque de Alba, Grande de España de 1ª Clase; sus nietos y nietos políticos los Excmos Señores, Duques de Huescar, Condes del

⁸³ *El Imparcial*, 23 de noviembre de 1879.

⁸⁴ Llano, F.: op.cit. p.236.

⁸⁵ *La Época*, 22 de noviembre de 1879.

⁸⁶ *El Imparcial*, 22 de noviembre de 1879.

⁸⁷ Documento cedido del Archivo de don Enrique Kirkpatrick Mendaro, marqués de Placetas.

Montijo y Duques de Tamames y de Galisteo, Grandes de España de 1ª Clase; sus biznietos sus sobrinos...ruegan asistir al funeral que se celebrará en la Colegiata de San Isidro el viernes 28 del corriente a las 10 de la mañana. El duelo se despide en la Iglesia”. La ceremonia fue oficiada por el Nuncio de Su Santidad, presidiendo las honras el Cardenal Arzobispo de Toledo, asistiendo el Patriarca de las Indias y demás preladados residentes en Madrid⁸⁸.

Aunque había otorgado testamento con su esposo, el 15 de julio de 1834, decide realizar un codicilo con fecha 30 de marzo de 1858⁸⁹, “debido a que las circunstancias personales y familiares habían cambiado a lo largo de todos estos años, en él sigue manteniendo la mejora del tercio que ambos esposos hicieron en favor de su hija menor la Emperatriz de los franceses y el resto debería dividirse entre ambas hijas; el palacio de la Plazuela del Ángel fue en otro tiempo del conde de Baños, pase a la Emperatriz de los franceses; para la condesa de Montijo, duquesa de Alba le deja las joyas y alhajas del tocador, las vajillas y plata labrada de mesa y bienes adquiridos en los Estados de Cárdenas y Zapata de Salamanca y Miranda de Castañar.

En relación a las joyas y alhaja, “se consulte a su amada hija la Emperatriz que elija y se le permita la que sea de su agrado; para la duquesa de Alba que retire uno de los collares de perlas con destino a su segunda hija, Luisa a su sobrina doña Enriqueta Cabarrús y Kirkpatrick, condesa de Nava del Tajo, se le entregue el aderezo de aguas marinas y diamantes si existiera a su fallecimiento, en su defecto cualquier otro análogo, como recuerdo del particular aprecio y cariño que le ha demostrado; solicita también a sus hijas que atiendan a la decorosa subsistencia de su tía doña Enriqueta Kirkpatrick, condesa viuda de Cabarrús, con la pensión de doce mil reales anuales que actualmente la tiene señalados, además de respetarla el cuarto principal que ocupa en la casa número cuatro de la Plazuela de Santa Ana.

Es interesante resaltar, como se preocupa del personal de servicio que había estado con ella durante estos años entre ellos: deja una pensión de doce mil reales a su Aya por los años que ha estado a su servicio y tres mil reales a su mayordomo don Ramón Fernández de Murias; a su apoderado don Lucas de Gracia y Gutiérrez por el celo y honradez durante los diecinueve años que ha estado a su servicio, y confía que sus hijas nunca le abandonarán; que sus empleadas y administradores, que hasta aquí la han servido con lealtad y honradez los continúen en sus destinos; del mismo modo se ocupa de su doncella doña Basilea, la socorran con una pensión vitalicia de cuatro reales diarios.

⁸⁸ *El Imparcial*, 28 de noviembre de 1879.

⁸⁹ Codicilo del Testamento de la condesa de Montijo con fecha 30 de marzo de 1858. Cedido del Archivo de don Enrique Kirkpatrick Mendaro, marqués de Placetos.

Deja como albaceas testamentarios a su hijo político el duque de Berwick y de Alba; a don Fernando Calderón Collantes ministro del Tribunal Supremo de Justicia y a don Leoncio Coronado, contador de las casas de sus hijas. Fue enterrada en el cementerio de San Lorenzo y San José junto con su esposo don Cipriano Palafox y Portocarrero tal y como era su voluntad y en el mismo cementerio, también se encuentra enterrada su amada hermana Enriqueta Kirkpatrick.

Al abrir su testamento ya no quedaban muchas personas que se beneficiaran del mismo. Fue muy generosa con todos aquellos que la quisieron y estuvieron cerca de ella a lo largo de su vida. Tras su fallecimiento se cerraron sus salones del palacio de Ariza.

Marc Bloch decía que siempre había creído que el primer deber de un historiador, siguiendo a su maestro Henri Pirenne, era “interesarse por la vida”. Los salones de doña María Manuela Kirkpatrick, condesa de Montijo, estuvieron llenos de ella. De una vida dedicada a su familia, a la política, al teatro, a la música, a la literatura, a las bellas artes...

BIBLIOGRAFÍA

- ALBA, D.: *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*. Barcelona, Iberia, 1944.
- ANCEAU, E.: *Ils ont fait et défait le Second Empire*. París, Tallandier, 2019.
- ARONSON, T.: *Queen Victoria and the Bonapartes*. Londres, Thistle Publishing, 2015.
- ARTEAGA, A.: *Eugenia de Montijo*. Barcelona, Martínez Roca, 2000.
- BARKER, N.: *Distaff Diplomacy. The Empress Eugénie and the Foreign Policy of the Second Empire*. Austin, University of Texas Press, 1967.
- CARETTE, M.: *Souvenirs intimes de la Cours des Tuileries*. París, Éditeur Paul Ollendorff, 1889.
- DARGENT, R.: *L'impératrice Eugénie. L'obsession de l'honneur*. París, Beli, 2017.
- DES CARS, J.: *Eugenia de Montijo. La última emperatriz*. Barcelona, Ariel, 2003.
- DUFF, D.: *Eugenia de Montijo y Napoleón III*. Madrid, Rialp, 1981.
- ÉTÈVENAUX, J.: *Napoléon III. Visionnaire de son temps*. Divonne-les-Bains, Cabédita, 2014.
- GRANGER, C.: *L'empereur et les arts. La liste civile de Napoléon III*. París, École des Chartes, 2005.
- ITURRIAGA DE LA FUENTE, J.N.: *Escritos mexicanos de Carlota de Bélgica*. México, Banco de México, 1992.
- LACHNITT, J.C.: *Le Prince impérial, Napoléon IV*. París, Perrin, 1997.
- MANEGLIER, H.: *Paris Impérial. La vie quotidienne sous le Second Empire*. París, Editions Armand Colin, 1990.

- MAUDUIT, X.: *Le Ministère du faste*. París, Fayard, 2016.
- MCQUEEN, A.: *Empress Eugénie and the Arts. Politics and Visual Culture in the Nineteenth Century*. Burlington, Ashgate Publishing, 2011.
- MÉRIMÉE, P.: *Lettres de Prosper Mérimée a Madame de Montijo*. París, Mercure de France, 1995.
- PINCEMAILLE, C.: *L'impératrice Eugénie. De Suez À Sedan*. París, Payot, 2000.
- PRADELLES, E.: *Le Prince Imperial, Napoléon IV. Correspondance inédite, intime et politique*. París, Mémoire et Documents, 2009.
- RIDLEY, J.G.: *Napoleon III and Eugenie*. Nueva York, Viking Press, 1979.
- SAGRERA, A.: *La juventud de la emperatriz Eugenia*. Madrid, Compañía literaria, 1998.
- SAMPEDRO ESCOLAR, J.L.: *La Casa de Alba. Mil años de Historia y de leyendas*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.
- VV.AA.: *Spectaculaire Second Empire*. París, Skira, 2016.
- WECKMAN, L.: *Carlota de Bélgica. Correspondencia y escritos sobre México en los archivos europeos (1861-1867)*. México, Porrúa, 1989.



EL ESTILO NAPOLEÓN III: EL ESTILO DE LA OPULENCIA.

MIGUEL MÚÑOZ-YUSTA DEL ÁLAMO

Director de la Fundación Fernando de Castro

LA IDENTIDAD DEL ESTILO.

EL ESTILO DESARROLLADO BAJO el reinado del Emperador Napoleón III, tanto en las Artes Decorativas, mobiliario cómo en la ornamentación de espacios, no obedece a un concepto de diseño creado específicamente para el Segundo Imperio, se trata de una recuperación de diferentes estilos generados en Francia en siglos anteriores. No es por tanto una estética nacida paralelamente al Imperio de Napoleón y Eugenia; es una recopilación de los grandes estilos franceses que en el pasado consiguieron crear fuertes tendencias decorativas tanto en Francia como en las cortes europeas.

Por tanto, el estilo Napoleón III recuperaba prototipos, técnicas o elementos decorativos propios de los estilos Luis XIV y Luis XV, Barroco y Rococó respectivamente. Según fue evolucionando la estética del Imperio se incorporó con fuerza el estilo Luis XVI, de base clasicista. Estos estilos decorativos en el pasado habían posicionado a Francia a la cabeza de las tendencias del interiorismo y mobiliario europeo tanto por su calidad o belleza como por la originalidad de sus diseños o prototipos. Estéticamente, el Segundo Imperio se construía sobre la consolidada gloria de los estilos franceses, cosechada durante los siglos XVII y XVIII en los que la supremacía de Francia en este sector era un reconocido hecho.

La naturaleza y el propio origen del estilo Napoleón III también llamado Segundo Imperio, nació directamente en el eclecticismo estético. De esta forma, en



un mismo espacio o pieza de mobiliario se incorporaban elementos propios del Barroco al Neoclásico pasando por el insinuante Rococó.

Los interiores representativos del periodo Napoleón III combinaban en gabinetes y salones, todos estos estilos del pasado suntuosamente reproducidos o interpretados. El mismo criterio decorativo se aplicaba a todo el conjunto, desde las boiseries o tremaux empleados en el recubrimiento de los paramentos verticales del salón, a los muebles de distintos estilos y formatos que invadían exageradamente el espacio. A todo éste ecléctico conjunto se sumaban las tipologías propias de la época que principalmente consistían en pequeñas butacas o “puff”. El conjunto lo completaban las ricas tapicerías empleadas en el tapizado del mobiliario de asiento al igual que los importantes pabellones de cortinajes cargados de drapeados, borlas y pasamanerías, muy característicos de este periodo.



Apartamentos de Napoleón III en el Louvre.

Al gusto de la época, habría que añadir una cierta tendencia a la opulencia propia de un periodo social de desarrollo económico e industrial, por lo que el resultado era grandioso pero recargado. Los diseños basados en distintos elementos propios de tendencias o estilos del siglo XVIII tenían un resultado ecléctico, suntuoso pero exagerado. Este era el objetivo del estilo Napoleón III.

La difusión internacional que se hacía del fastuoso Imperio Francés pronto posicionó a sus Artes Decorativas y el estilo Napoleón III como icono a seguir por medio mundo. Las grandiosas exposiciones internacionales celebradas en París, así como el eco de la atractiva y brillante vida social de la Corte Imperial consiguió que, a nivel internacional se considerase esta opulenta estética como imagen del éxito y la modernidad que, tenía en su eje central a Napoleón y Eugenia.

Desde la época de Luis XIV, Francia tenía claro el objetivo de imponer sus tendencias decorativas al resto de Europa. Esta política comercial, originaria de la época de Jean-Baptiste Colbert (1619–1683) intentaba, no sólo no depender de la importación de mobiliario y piezas suntuarias de otros países, sino exportar la propia producción francesa. Y para comercializar estos productos primero tenían que difundirlos y ponerlos de moda. Sus valores estaban en la exclusividad de las piezas, así como su novedoso diseño y la indiscutible alta calidad con que estaban realizadas. Este planteamiento comercial consiguió posicionar a Francia como cabeza de las tendencias de interiorismo y Artes Decorativas. El mismo concepto es el adoptado por la política imperial de Napoleón III a mediados del siglo XIX que apoyándose en los medios industriales de la época, consigue mantener el gusto francés como indiscutible referente estético internacional.

El estilo Napoleón III escenificaba sin pudor la opulencia de su identidad. Ese era su objetivo, reflejando con ello la prosperidad económica, social e industrial que Francia vivía y quería proyectar a mediados del siglo XIX. El Napoleón III o Segundo Imperio era el estilo del desarrollo económico e industrial francés, de las exposiciones internacionales, del gusto opulento de una sociedad pujante y cosmopolita, del desarrollo de la banca, del ferrocarril, de la nueva burguesía; en resumen: el estilo del éxito.

En pleno apogeo de la era industrial en Europa y con el objetivo de mostrar al Mundo el poder de la industria francesa, la imagen pública del Segundo Imperio era fundamental para posicionarse al frente de las demás potencias europeas y ostentar ser la cabeza visible de la industrialización. Con este objetivo, la potente imagen estética del Imperio Francés estaba minuciosamente medida para simbolizar el poder social y económico en un modo brillante, atractivo y aparatoso; lo que convirtió una vez más a París en el centro de modas y tendencias, volviendo a colocar a Francia como el eje de la vida social europea. La Emperatriz Eugenia, a pesar del recelo que generaba en el seno de familia Bonaparte y los bonapartistas, fue elegida por el Emperador para que fuese el epicentro estético y escénico del Imperio.

PARIS Y LA SOCIEDAD IMPERIAL.

El plan de transformación urbanística de París ideado por el Emperador Napoleón III y el barón Georges-Eugène Haussmann (1809–1891) tenía como objetivo la transformación del corazón de la ciudad para convertirla en el centro socio económico de Francia y de Europa. Esta centralización de la actividad financiera y empresarial requería una imagen urbanística poderosa, de grandes escalas y riqueza estética que reflejara el poder del Imperio en la carrera europea por el liderazgo industrial. El objetivo era convertir París en la fastuosa imagen del todopoderoso Segundo Imperio Francés.

Estas reformas urbanísticas llevadas a cabo entre 1852 y 1870, también conocidas como “trabajos haussmanianos”, llevaron a la construcción de lujosos hoteles y hotelitos, así como importantes edificios de viviendas destinados a ser residencia de la nueva y económicamente pujante burguesía francesa. Igualmente, el proyecto contemplaba la creación de espacios públicos suntuosos destinados a ubicar la brillante vida de la sociedad parisina. Todo este desarrollo urbanístico y constructivo aumentó la demanda de interioristas, decoradores, tapiceros y ebanistas para crear espacios al nivel de tan importante arquitectura y que estuviese igualmente, a la altura de las necesidades estéticas de la nueva aristocracia.

Se vivía una fase de prosperidad nacional favorecida por el desarrollo de la industria y un periodo de fuerte especulación financiera que trajo como consecuencia el nacimiento de una nueva aristocracia, divergente y cosmopolita cargada con importantes fortunas que, desarrolló una gran tendencia al gusto por el lujo y la vida social. El desarrollo económico y social se había iniciado durante el reinado de Luis Felipe, llamado el rey burgués, entre 1830 y 1848, abriéndose un



“Recepción en el Palacio de las Tullerías con motivo de la Exposición Internacional de 1867” obra de Henri Baron. Museo de Compiègne.

ciclo expansivo que poco a poco empezó a convertir a Francia en el eje del mundo y que culminaría en el Segundo Imperio.

El desarrollo industrial de mediados del siglo XIX, potenció el auge de la burguesía francesa tanto en lo económico como en lo social, provocando una pérdida progresiva del poder de la nobleza tradicional. La naciente y poderosa burguesía que, en el fondo deseaba equipararse con la antigua nobleza, tenía cierto empeño en conseguir un título, bien por concesión o por matrimonio, lo que daría paso a la aparición de una nueva aristocracia. Para situarse socialmente, había una gran necesidad de enriquecerse y eso llevaba a un comportamiento especulativo y visualmente ostentoso. La nueva aristocracia era una complicada mezcla social compuesta por industriales, nuevas fortunas, nobleza napoleónica, títulos recién nacidos, banqueros, funcionarios, intelectuales, grandes bellezas, damas que sentenciaban moda y formas sociales... todos ellos con un objetivo: el de brillar. Y esta disposición al lujo fastuoso fue generando la estética atractiva y brillante del Estilo Napoleón III que, no sólo era una forma de ornamento sino, también de vida. Una noche de baile en las Tullerías nos recordaría más al brindis de “La Traviata” de Verdi en su primer acto que a una corte imperial con rigor político. Como dijo el conde Emile Fleury tras la caída del Imperio: ...”no fue un imperio como debe ser, ¡pero cómo nos divertimos!” ...

Los hábitos sociales del nuevo París evolucionaban según las necesidades de sus habitantes y del cada vez mayor número de visitantes que frecuentaba la ciudad. Proliferaba la suntuosa vida social y con ella los teatros, restaurantes o cafés, todos ellos decorados con esmero. Surgieron grandes tiendas y elegantes establecimientos destinados a satisfacer las necesidades de una rica y delirante burguesía con la íntima necesidad de ir siempre a la moda, ser distinguidos y



Salón de la Princesa Matilde Bonaparte”, acuarela realizada en 1867 por Charles Giraud.

sobre todo hacer muestra pública de su poderosa posición. La demanda social multiplicó la aparición de casas de moda, sastres o joyeros y, de la misma forma también proliferaron los talleres de ebanistas, tapiceros y estudios de decoración. El auge social y los “trabajos Haussmanianos” llenaron París de nuevas y lujosas viviendas que, junto a la pujante industria francesa, marcaron un momento importante en los proyectos de interiorismo, la decoración y del mueble.

ESTILO DEL ANTI ESTILO.

El Estilo Napoleón III desarrollado entre 1852 y 1870, tuvo una gran proyección internacional dada la buena difusión que se hizo de las Artes Decorativas francesas generadas en este periodo. El interés de la política imperial por conseguir liderar la industria europea favoreció y potenció la industrialización de las Artes Decorativas. Francia, ya había sido cabeza en este ámbito durante el siglo XVIII, por ello en los objetivos económicos del Segundo Imperio estaba seguir liderando el sector. Entre las circunstancias que indiscutiblemente universalizan al Napoleón III destaca la exportación masiva de mobiliario, textiles, bronce o porcelanas facilitada por la industrialización de los medios de transporte marítimos o el ferrocarril, todo ello acentuado por el reclamo mundial que suponían las exposiciones internacionales de París celebradas con gran fasto en los años 1855, 1861 y 1867. De la misma forma, la elegante imagen social proyectada por el Imperio, consiguió posicionar el gusto por lo francés como indiscutible modelo estético en el mundo occidental de mediados del siglo XIX.

El estilo Napoleón III, definido como “el estilo del anti estilo” por ser una tendencia decorativa sin apenas diseño específico propio y construirse sobre la interpretación de estéticas desarrolladas en siglos anteriores. El estilo Napoleón III tenía además una gran tendencia a deformar o exagerar las piezas reproducidas para conseguir con ello un efecto de mayor suntuosidad. No sólo recuperaban estilos del siglo XVIII, sino que además, mezclaban sus elementos entre sí a capricho, creando verdaderos híbridos sin un estilo determinado. Por ello es “el estilo del anti estilo”. Ciertamente es también que todas estas mezclas desproporcionadas de técnicas o elementos dieciochescos consiguieron darle una entidad propia al Napoleón III. En realidad, el objetivo estaba en demostrar la capacidad de la industria para la fabricación o reproducción de muebles por encima de una finalidad exclusivamente estética o creativa. Industrializar el pasado era la intención incluso, masificar la producción consiguiendo hacer socialmente accesible algo que hasta el momento había sido para uso exclusivo de unos pocos. El Napoleón III es el estilo de la Revolución Industrial.



“Grand buffet”. Apartamentos de Napoleón III. Museo del Louvre. Paris.

La recuperación de “glorias del pasado” se puede entender dentro del sentimiento nacionalista o romántico tan propio de la época y no exento de objetivos concretos dentro de la política del Segundo imperio. La recuperación del pasado estético es una característica propia del Romanticismo que intentaba ensalzar periodos brillantes del interiorismo y las Artes Decorativas francesas desarrollados siglos atrás y que, habían conseguido la admiración de cortes y príncipes europeos. Este sentimiento romántico y nacionalista, empezó a evolucionar paralelamente al principio del proceso de industrialización de las Artes Decorativas francesas iniciado durante el reinado de Luis Felipe de Orleans, de 1830 a 1848. En este periodo comenzaron a interpretarse estilos y tipologías de mobiliario propias del Renacimiento Francés, concretamente del estilo Enrique II o del Gótico. La



*“Comedor de la Princesa Matilde en su hotel de la calle Courcelles”.
Obra de Charles Giraud en 1867. Museo de Artes Decorativas de Paris.*

restauración de emblemáticos edificios parisinos como era el palacio del Louvre o la Catedral de Notre Dame, concurso ganado por Viollet-le-Duc (1814–1879) en 1845, acentuó la moda a recuperar tendencias artísticas del pasado. La influencia del arquitecto Viollet-le-Duc, puso de moda el mobiliario de inspiración gótica. En la acuarela firmada por Charles Giraud, realizada en 1867 que reproduce la “salle à manger de la princesse Mathilde, rue de Courcelles” (Musée des Arts



“Eugenia” 1855. François Xavier Winterhalter (1805–1873.)

décoratifs. Paris) podemos apreciar dentro del eclecticismo historicista propio de la época, un aparador o “bufé” de gran formato estilo Renacimiento francés.

De este sentimiento nostálgico propio del Romanticismo y del reinado de Luis Felipe se evolucionó al periodo de Napoleón III. Siguiendo con este mismo criterio se “resucitaron” estéticas características de los siglos XVII y XVIII, el mejor momento de las Artes Decorativas francesas. Con ello, resurgen con fuerza los estilos Luis XIV, Regencia, Luis XV o Luis XVI que van a convivir con los ya “resucitados” estilos Gótico o Enrique II. Se recuperan tipologías propias del Barroco, del Rococó o del Neoclasicismo así como, trabajos característicos de grandes ebanistas del pasado como André Charles Boulle (1642–1732) o Jean-Henri Riesner (1734–1806).

LOS GUSTOS DE EUGENIA.

El estilo Luis XVI, como todo lo relacionado con la época en la que reinaba María Antonieta (1755–1793) despertaba gran atracción en la emperatriz Eugenia, que siempre demostró un singular interés por este estilo. Sin duda, es el gusto de la Emperatriz el que volvió a poner de moda al estilo Luis XVI, caído en el olvido desde la época de la Revolución Francesa.

Mucho se ha escrito sobre la atracción que María Antonieta ejercía en la Emperatriz Eugenia y, aparte de posibles comparaciones en sus respectivos papeles políticos, si es verdad que Eugenia sentía desde niña mucho interés por la figura



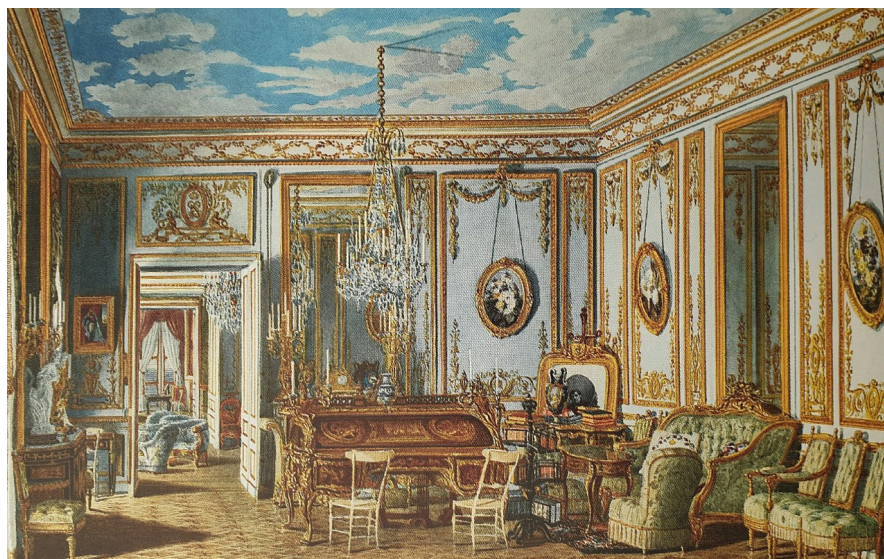
*“Gran salón del castillo de Saint Cloud”. Apartamentos de la Emperatriz.
Obra de Fortuné de Fournier realizada en 1860.
Museo Castillo de Campiègne.*

de la guillotizada reina de Francia y posiblemente esta circunstancia la llevase a sentir predilección por la estética de su reinado, el estilo Luis XVI.

La propia Eugenia en la vejez recordaba su primer encuentro con María Antonieta y la fascinación que en ella le causó siendo niña. En una mañana de septiembre de 1838 con su madre la condesa de Montijo y acompañadas de la institutriz británica Miss Flowers, fueron a pasear por el parque Versalles y al “Petit Trianón”. En este entorno fue dónde le hablaron por primera vez de la malograda Reina de Francia, lo que despertó en la joven Eugenia una verdadera atracción por la romántica figura de María Antonieta que le acompañará toda su vida.

Si analizamos las acuarelas que en 1860 realizó Fortuné de Fournier (1798–1894), del “cabinet de travail de l’Impératrice Eugénie à Saint-Cloud “ y “Grand salón du château de Sanit-Cloud” (musée national du château de Comiégne) podemos observar además de la tendencia ecléctica a la mezcla de estilos de mobiliario, una supremacía decorativa en elementos, molduras y boiseries inspiradas en el Luis XVI. Igual pasa con muchas de las piezas de mobiliario que se encargaron para Villa Eugénie, tales como silleras, cómodas o armarios bajos “d’entre-deux” tan característicos del Napoleón III, todo ello inspirado en el estilo propio del reinado de María Antonieta.

En base a ello, y sobre el análisis de la posible existencia de un estilo “Empératrice Eugénie” según defienden algunos autores, sí podríamos atribuir a los gustos personales de la Emperatriz la fuerte presencia del estilo Luis XVI en los



“Despacho de trabajo de la Emperatriz Eugenia en Saint Cloud. Obra de Fournier en 1860. Museo Castillo de Compiègne.

espacios decorados bajo su supervisión. En realidad, la Emperatriz Eugenia, realizaba encargos de piezas inspiradas o que reproducían prototipos característicos del siglo XVIII, a diferencia de otras soberanas francesas como la propia María Antonieta, para la que sí se creó un estilo con identidad propia. Hablar de un estilo “Eugénie” sería un poco inexacto dado que no se crea un estilo específico para ella. Independientemente, si hay que reconocer el papel fundamental de la Emperatriz Eugenia creando modas y tendencias que serán la base estética del estilo Napoleón III generado durante su reinado.

La Emperatriz tenía cierto gusto por las antigüedades incorporándolas en los espacios que de forma cotidiana habitaba. Atraída por el romanticismo que encierra la historia propia de cada mueble y objeto, recuperó para su uso personal piezas guardadas en los guardamuebles de Versalles y en el Petit Trianon que habían pertenecido entre otros monarcas a la Reina María Antonieta. Si estudiamos la acuarela realizada por Fournier del “cabinet de travail” de la Emperatriz reproduciendo sus apartamentos de Saint Cloud, encontramos en ella representado el gran bureau que perteneció al Rey Luis XV de Francia, obra de los ebanistas dieciochescos Oeben y Riesener, dispuesto para uso personal y cotidiano de la Emperatriz. Igualmente, en este conjunto de acuarelas realizadas por Fournier en 1860, concretamente la que recrea el dormitorio de la Emperatriz, aparece el conocido “cabinet de travail” que había pertenecido a María Antonieta.



“Gran bureau de Luis XV”. Museo Castillo de Versalles

Esta tendencia a la recuperación y uso de antigüedades caló en la sociedad parisina del Segundo Imperio favoreciendo con ello, la proliferación de anticuarios y marchantes que empezaron a abrir sus puertas en París a mediados del siglo XIX. La comercialización de mobiliario y piezas realizadas en siglos anteriores, cargadas de pátina e historia, generó el llamado gusto “de lo antiguo” que tuvo gran aceptación en el seno de una nueva aristocracia sedienta de lujos del pasado.

Eugenia, era el indiscutible epicentro estético del Segundo Imperio y como tal, sus gustos o encargos pronto se convertían en tendencias que todo París imitaba.

CARRERA POR EL DOMINIO DE LA INDUSTRIA: MOBILIARIO E INDUSTRIA.

La gran demanda decorativa que provocó el nuevo plan urbanístico de París junto al crecimiento de la burguesía francesa, generó un importante auge en el sector de la Artes Decorativas. La necesidad de amueblar y decorar ricamente las casas siguiendo los cánones estéticos de la época era fundamental en la sociedad del Segundo Imperio. Todo ello creó una gran demanda de todo tipo de oficios, mobiliario y elementos; desde papeles pintados, doradores o pintores decorativos, a carpinteros y tallistas, tapiceros o ebanistas todo un pequeño regimiento de oficios para conseguir suntuosos espacios que habitar.

La creciente demanda ornamental surgida durante el Segundo Imperio se desarrolló atendiendo a las necesidades de las diferentes escalas sociales. Esta circunstancia dio lugar a que la oferta en Artes Decorativas y suntuarias estuviese realizada en calidades muy diferentes adaptables a los distintos presupuestos. Por lo cual, podemos clasificar la oferta de Artes Decorativas y mobiliario en tres escalas diferentes según su calidad: la primera escala acogería a las piezas del más alto nivel de ejecución, tanto en calidad como en exclusividad, realizadas siguiendo los sistemas tradicionales de los talleres de ebanistería y ejecutadas por artistas de gran prestigio. Estas piezas estaban destinadas a la Casa Imperial, las exposiciones internacionales o la alta aristocracia. Las dos siguientes escalas, trabajaban dentro de un proceso industrializado diferenciándose igualmente por su calidad: alta o media, destinados respectivamente a la alta o media burguesía, todo era cuestión de presupuestos. Podría incluirse también en esta clasificación un cuarto grupo de producción de Artes Decorativas, igualmente industrializadas, pero de nivel mucho más bajo que reproducía las piezas en escasa calidad destinadas a grupos sociales más modestos.

La industrialización y la demanda social masificó la producción de muebles y elementos decorativos en el periodo Napoleón III que, además se exportaron en grandes cantidades a medio mundo. Aún hoy en día, es sencillo encontrar

muebles o porcelanas de esta época a muy buen precio en anticuarios o casas de subasta.

Dentro del mobiliario Napoleón III, se tendía a reproducir fielmente tipologías dieciochescas o, igualmente se interpretaban mezclando en ellas elementos ornamentales de diferentes estilos. También se crearon algunas tipologías propias del periodo, aunque se diseñaron siguiendo cánones de otras épocas mezclando libremente y con poco rigor estético, técnicas o elementos decorativos. En ocasiones el resultado, aunque pudiese recordar conceptos de los estilos luises, era francamente ecléctico. Había igualmente una gran tendencia a la opulencia por lo que, en ocasiones muchos de los ejemplares de mobiliario, rompían las escalas originales de las piezas.

En el Segundo Imperio, en plena era de la industrialización, lo importante era demostrar el valor de la pujante industria frente a los sistemas tradicionales de producción. Se tenía el objetivo de crear un arte industrializado que pudiera demostrar el poder creativo de la máquina, y con ello la posibilidad de industrializar las Artes Decorativas. Por eso, se le daba más valor al resultado de la industrialización sobre un objeto o mueble que a la estética de la pieza, la individualidad o el diseño en sí.

EBANISTAS Y TALLERES DE EBANISTERÍA.

Las circunstancias hicieron que a mediados del siglo XIX los talleres de ebanistería, más o menos industrializados, proliferaran en París poniendo a la venta mobiliario para todos los gustos. Al igual, florecieron de forma significativa comercios especializados que ofrecían desde papeles pintados franceses o de importación a las últimas novedades en telas y pasamanerías o barrocas porcelanas decoradas por Jacob Petit (1796–1865).

De este periodo destacan grandes ebanistas que trabajaron directamente para la decoración de las residencias imperiales bajo la supervisión de la Emperatriz Eugenia.

Alexandre-Louis Bellangué (1799–1863) miembro de una destacada dinastía de ebanistas franceses, heredó el taller de su padre Pierre-Antoine Bellengué (1758–1837) que había sido proveedor de mobiliario del emperador Napoleón I. Al ponerse al frente de la empresa familiar, con una visión comercial moderna y diferente a la de su padre, modernizó los sistemas de trabajo consiguiendo con ello una extraordinaria producción. Se especializó principalmente en la reproducción de mobiliario de diferentes estilos franceses del siglo XVIII destacando sobre todo por sus piezas de inspiración en los estilos Luis XIV y Luis XV. Aunque se retiró en 1855 su taller continuó prolíferamente activo durante el reinado de

Napoleón y Eugenia. Alexandre Bellangué se especializó en trabajos basados en el estilo y la marquetería de Boulle que era muy del gusto de la Emperatriz por lo que se le hicieron importantes encargos de mobiliario destinados a los palacios Imperiales y la Villa Eugenia en Biarritz. Ballangué realizó “cabinets d’entre-deux” en estilo Luis XVI con marqueterías metálicas de “parte y contraparte” estilo Boulle que tuvieron gran repercusión en la época.

Otro de los grandes proveedores imperiales de piezas de mobiliario basadas en estilos del siglo XVIII, fue Guillaume Grohé (1808–1885) de origen alemán. Junto con su hermano comenzaron haciendo mobiliario de estilo Neogótico y Neogipcio que presentaron en la Exposición Internacional de 1834 bajo el reinado de Luis Felipe. Ya durante el Segundo Imperio en la Exposición de las Artes Industriales Francesas de 1861, expusieron obras basadas en los estilos luis franceses que fueron muy aclamadas por su alta calidad de ejecución. En el taller de los hermanos Grohé trabajaban artistas muy distinguidos de la época: marqueteros de la categoría de Liénard o el afamado bronceista Fannières que contribuían con su arte a dar exclusividad a las piezas diseñadas. Guillaume Grohé, especializado en la reproducción de mobiliario inspirado en el estilo Boulle o en la obra de Riesener, fue proveedor de la Corte Imperial y especialmente reproducía piezas de estilo Luis XVI para la Emperatriz Eugenia desde el año 1862. Muchos de los encargos que la Emperatriz hizo a Grohé, se guardan hoy en Compiègne, el castillo de Fontainebleau y en parisino museo de Carnavalet.

Entre los ebanistas que trabajaban para la Casa Imperial, no sólo como proveedores de mobiliario sino ejecutando proyectos completos de interiorismo, está la saga de los Jeanselme. Joseph Pierre Francois Jeanselme (m. 1860), adquirió la importante firma “Jacob-Desmalter” en 1847 modernizando e industrializando sus sistemas de producción de mobiliario, llegando a crear uno de los talleres de ebanistería más importantes y productivos de París. Su crecimiento fue tan grande que en 1855 contaban con más de 300 operarios en activo. Realizaba importantes piezas inspiradas en el estilo Boulle, especializándose en este tipo de marquetería al igual que, en piezas de estilo Luis XVI siguiendo los gustos de la época. Con la incorporación en 1863 de Charles Joseph Marie Jeanselme (1827–1871) como cabeza de la empresa familiar se constituye una de las sagas más importantes de ebanistas e interioristas de la época que continuó su actividad hasta 1893, siguiendo siempre los patrones estéticos del Napoleón III. Entre los años 1856 y 1857 recibió importantes encargos de mobiliario y sillerías por parte de la Emperatriz Eugenia destinados al castillo de San Cloud y Fontainebleau. Así mismo tras el éxito obtenido con los primeros trabajos realizados para la Corte Imperial, la firma de los Jeanselme recibió en 1859 el encargo de decorar y amueblar el castillo de Compiègne. En la Exposición Internacional de París

celebrada en 1867 la ya afamada casa de los Jeanselme presentó un conjunto de piezas de mobiliario que cosechó un importante éxito comercial, siendo su alta calidad de ejecución ensalzada por parte de la crítica especializada. La firma de los Jeanselme realizó destacados encargos para los hoteles o casas de la alta aristocracia parisina instalada en torno a los Champs-Élysées, el boulevard Voltaire o la avenue de L'Opera. Entre su distinguida clientela figuran otros miembros de la familia del Emperador como el Príncipe Napoleón Bonaparte que encargó piezas



*“Apartamentos de Napoleón III”
Museo del Louvre. Paris.*

destinadas a sus estancias del Palais Royal o de la Princesa Mathilde Bonaparte para su hotel en la rue de Courcelles donde estuvo ubicado uno de los más destacados salones culturales y artísticos del Segundo Imperio.

La expansión social que se vivía en París a mediados del siglo XIX favorecía con mucha fuerza el trabajo de diseñadores, ebanistas o tapiceros fomentando que sus talleres proliferaran por toda Francia. Trabajando en París destacan muchos y distinguidos profesionales del diseño o interiorismo: Pierre Manguín (1815–1869) que realizó grandes proyectos en los hoteles de los Champs-Élysées como el de la Marquesa de Paiva. Trabajando para el Príncipe Napoleón Bonaparte,

Charles Rossigneux (1818–1907) para quién realizó su afamada villa Pompeyana en 1860. Julien Nicolás Rivart, fallecido en 1867, diseñaba maravillosas piezas inspiradas en muebles del siglo XVIII que chapeaba en maderas claras, preferentemente el palisandro o el “bois de Rose” utilizando bronce y placas de porcelana, aunque en ocasiones, sobrepasando en ornamentos la esencia de los muebles dieciochescos en que se inspiraba.

Prestigioso tallista fue Alexandre- Georges Fourdinois (1799–1871), especializado en reproducir modelos propios del Renacimiento francés realizados en madera de roble o nogal. También destacable el trabajo del tallista y dorador Michael-Victor Cruchet (1815–1899) que contó con el reconocimiento de la Casa Imperial y la aristocracia parisina. Realizó gran cantidad de sillerías y



“indiscret” 1859. Museo de Compiègne.

mente en la rue Saint-Honoré, destaca Luis-Auguste Beurdeley (1808–1882) igualmente especializado en reproducción de prototipos de mobiliario característicos del siglo XVIII.

Tanto los hermanos Charón como Julies Fossey, hicieron piezas concretas para la Emperatriz: un joyero con apliques de porcelana sobre las puertas realizadas en “bois de violette” ejecutado por los primeros y, Julies Fossey que realizó una “toilette”



Butacas Napoleón III.

consolas destinadas al castillo de Saint Cloud, así como para Fontainebleau, ejecutadas en madera tallada y dorada siguiendo modelos Luis XIV, Luis XV y especialmente Luis XVI bajo encargos concretos de la Emperatriz Eugenia. Instalado en París en torno al año 1836 fue uno de los más afamados talleres del Segundo Imperio proyectándose la demanda de su obra a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

Entre los talleres más industrializados establecidos en París durante el Segundo Imperio y concreta-

siguiendo modelos del estilo Luis XVI con placas de porcelana sobre estructuras de madera tallada y dorada.

Destaca el ebanista Alexandre Roux (1837–1881) por la difusión internacional que hizo del mobiliario Napoleón III ya que, en 1837 se instaló en Nueva York asociándose con su hermano Frederic Roux bajo el nombre de “Roux & Company” (1857–1881) montando importantes talleres que situaron en Broadway. Realizaban desde la década de 1850 muebles inspirados en el estilo Luis XVI siguiendo los gustos de la Emperatriz Eugenia. Desde 1860 incorporaron en sus muebles placas

de porcelana realizadas siguiendo modelos de la manufactura de Sevrés diseñados para la Reina María Antonieta en el siglo XVIII. Este mobiliario, de gran calidad y muy del gusto de la época, cosechó un importante éxito dentro de la sociedad newyorkina comercializándose por el resto de los Estados Unidos y universalizando con ello el estilo Napoleón III. Igualmente, la “Roux & Company” importaba mobiliario realizado en Francia para ser comercializado en Nueva York.

TAPIZADOS Y TAPICERÍAS.

Una de las características más destacables de los interiores realizados durante el Segundo Imperio fue el uso prominente de entelados, tapicerías así como de grandes pabellones de cortinajes cargados de pasamanerías, drapeados o “bandeaux”. Esta tendencia ornamental de la que en ocasiones se abusaba, terminó por ser un punto de identidad en los interiores de Napoleón III.

La Revolución Industrial, desde sus inicios había evolucionado de forma radical el sector textil circunstancia que aumentó la oferta de telas en el mercado y como consecuencia, abarató su costo. Los talleres textiles proliferaron en Europa de forma significativa, por lo que el mercado evoluciono mucho pasando a ofrecer gran variedad de tejidos de calidad con diseños diversos y ricos estampados, destinados a embellecer el interior de las opulentas casas de la aristocracia francesa. Los textiles y tapicerías empezaron a tomar un gran protagonismo en los proyectos de espacio interior realizados en este periodo.

Desde el siglo XVI habían florecido en ciudades como Aubusson o Felletin distintos grupos de telares de alto y bajo lizo que, durante el periodo Napoleón III se dedicaron a reproducir diseños del siglo XVII y XVIII. Estos tejidos estaban destinados a caídas de cortina y en gran parte a tapicerías para mobiliario de asiento. La afamada fábrica de Beauvais se dedicó igualmente a la reproducción de cartones dieciochescos destinados a la decoración de interiores. Las grandes manufacturas como Gobelinos mantuvieron sus sistemas de producción tradicional, aunque en 1825 se fusionó con la fábrica de alfombras de Savonneire que había sido fundada por Luis XIII en 1627, dedicándose a producir durante el Segundo Imperio gran cantidad de alfombras de nudo en alta calidad.

Destaca la figura de Henry Penon (1830–1908) quién gozó de gran prestigio como diseñador de conjuntos textiles, pabellones de cortinas cargados de ricas pasamanerías. Participó con sus hábiles y complicados diseños de cortinajes en los más importantes proyectos de interiores del Segundo Imperio. La riqueza de sus conjuntos se acercaba a la teatralidad contribuyendo de forma definitiva con la opulencia del estilo Napoleón III.

En este sentido y paralelamente al desarrollo del textil, empezó a proliferar el

mueble de asiento totalmente tapizado. La presencia de pequeñas butacas, “bornes”, “mileu”, “confident et indiscret” o “poff” empezó a multiplicarse en los salones del Segundo Imperio como mueble confortable destinado a la tertulia. Se trata de asientos con el respaldo bajo o incluso sin él, como es el caso de los “poff” o los “bornes”, destinados a facilitar el asiento de las damas vestidas con las aparatosas crinolinas típicas de la época. Las pequeñas butacas totalmente acolchadas con sus respaldos en “capitoné” y rematadas en ricas pasamanerías, flecos o borlas constituyen un mueble nacido y característico del estilo Napoleón III.

EPILOGO.

La extremada calidad y belleza de muchas de las piezas de mobiliario del periodo Napoleón III es indudable, pero también es una realidad que se fabricaron grandes cantidades de muebles en calidades media y baja. Esta circunstancia afecta en general a las Artes Decorativas generadas en este periodo. Es una consecuencia de la industrialización y de la gran demanda social habida en la segunda mitad del siglo XIX.

Durante años, el estilo Napoleón III ha carecido de reconocimiento póstumo por parte de expertos, anticuarios y coleccionistas. El motivo que hay para que las piezas del Segundo Imperio tengan tan escasa valoración es principalmente, la carencia de originalidad en sus diseños por tratarse en su mayoría de reproducciones o inspiraciones surgidas a partir de muebles de otros periodos. En ocasiones el resultado era demasiado ecléctico o exageradamente pomposo. También reducía su interés el proceso industrial por el que habían pasado la mayoría de estas piezas. La abundancia de muebles y objetos industrializados procedentes del periodo Napoleón III ha saturado igualmente el mercado de las antigüedades.

Estas circunstancias han otorgado un papel “segundón” a muchas de estas tipologías en la Historia del Diseño. Por otro lado, la línea más “comercial” del Napoleón III, excesivamente reproducida e industrializada vulgarizó muchos de los prototipos del periodo contribuyendo con la comprometida fama del estilo. Esta circunstancia se repite con los opulentos espacios interiores realizados durante el Segundo Imperio, cargados en exceso de elementos ornamentales de diferentes estilos, mezclados con barroquismo teatral y sin criterio histórico, consiguiendo unos interiores excesivos, pero a su vez, representativos de la era de la industrialización.

Hoy en día, la valoración que se hace por parte de expertos y coleccionistas de muchas de las piezas y mobiliario nacido durante el periodo Napoleón III es más justa, otorgándoles una consideración superior atendiendo a sus propios valores y circunstancias.

LA EMPERATRIZ DECORADORA.

Claramente la Emperatriz Eugenia era el eje estético del Imperio. Tenía “asignado” este papel desde que subió al trono en 1853 tras su boda con Napoleón III, quién desde un principio dotó a Eugenia con el imperial protagonismo que le llevó a ser el centro de la vida social de París y de toda Francia. Con un papel perfectamente medido desde el principio, Eugenia fue el origen de las modas y tendencias, así como elemento difusor de todas ellas. Considerado icono del estilo, del buen criterio, elegancia y centro de la brillante sociedad parisina, Eugenia era la imagen más palpitante del Segundo Imperio. Con una impecable labor de difusión mediante la prensa, grabados y folletos, gracias al pujante ferrocarril París era una ciudad atractiva y visitada; las obras de Winterhalter, las exposiciones internacionales, los bailes de las Tullerías, las noches de ópera o las acuarelas de Eugene Lami, Henri Baron o Fournier captando la belleza de la vida de la corte, divulgaron la imagen fastuosa del Imperio con Eugenia sentada en su trono. Francia pronto fue admirada e imitada por medio mundo.

La Emperatriz intervino activamente en la decoración de las residencias que habitó, así como en la selección de su mobiliario, llegando por ello algunos autores a insinuar la posible existencia de un “Estilo Eugenia”. Se involucró en los trabajos de decoración realizados en los castillos de Compiègne, Saint Cloud o su particular Villa Eugenia en Biarritz, lugares donde se sentía muy feliz según sus propios recuerdos. Tras la caída del Segundo Imperio, Eugenia dirigió personalmente las obras de rehabilitación y decoración de las casas en que pasaba su vida. Sin haber llegado a tener un estilo especialmente diseñado para ella, sin embargo, sus gustos y criterio forjaron muchas de las modas seguidas durante el Imperio. Las preferencias personales de Eugenia tanto en mobiliario como en decoración terminaron por ser imitadas en medio Mundo y forjando la base estética del Estilo Napoleón III.

Siendo anciana la Emperatriz, le gustaba recordar sus primeras “hazañas” como decoradora de interiores, así como el gusto que esto le aportaba. Aún soltera, instalada en París con su madre la condesa de Montijo en mayo de 1851, escribe a su hermana Paca: ...” Tenemos un piso delicioso, en el número doce de la plaza de Vendôme que da sobre un gran patio. No se oye el menor ruido y parece que estamos en el campo” ... La propia Eugenia se decidió a arreglar la casa cambiando almohadones, cortinas y tapetes para conseguir hacerla más acogedora. Al no gustarle los cuadros existentes decide cambiarlos, sustituyéndolos por acuarelas pintadas por ella misma. Se sentía orgullosa del resultado hasta que una de las innumerables visitas que su madre recibía les preguntó: “Están ustedes de alquiler, ¿verdad?”, “¿por qué lo dice?” preguntó Eugenia con curiosidad. A

lo que el visitante respondió: “¡Por los horribles cuadros que penden de las paredes!”. La Emperatriz, solía reír contando esta historia.

LAS CASAS DE LA EMPERATRIZ.

La pareja imperial desde su matrimonio mantuvo los tradicionales traslados de la corte a los emplazamientos designados según la temporada, siguiendo con ello las regias costumbres de la Corona Francesa. Aunque su residencia considerada “oficial” era el castillo de Compiègne, el calendario político marcaba un recorrido por distintos palacios y reales sitios. El conjunto de edificios fue nuevamente decorado para adaptarlo a la imagen y gustos del Segundo Imperio. Dada la universalidad estética y en parte “historicista” del estilo Napoleón III, la adaptación de salones y dependencias usadas en los edificios de la Corona, consiguió con facilidad la imagen deseada. Atendiendo a estas necesidades de la Casa Imperial se multiplicaron los encargos de mobiliario tanto a ebanistas como a marcas comerciales, adquiriéndose igualmente alfombras o cortinajes, así como todos los elementos necesarios para componer los suntuosos interiores requeridos por la vida de la Corte Imperial. Igualmente, se recuperaron piezas pertenecientes a etapas del pasado que venían de anteriores reyes y reinados, para incorporarlas en la vida cotidiana. Todo este ambiguo conjunto de estilos y épocas se dispuso en las antiguas dependencias palatinas que en otras épocas habían sido ocupadas por los depuestos borbones, recuperando con ello espacios barrocos o neoclásicos, adaptándolos al opulento y brillante estilo Napoleón III. Todo ello, todos estos trabajos se desarrollaron bajo la supervisión de la Emperatriz.

Como expone el biógrafo de Eugenia, William Smith, se seguía “una especie de ritmo” ...

...” Se instalaban a finales de diciembre en la Tullerías para un periodo de bailes y grandes fiestas. Por año nuevo, recibían a todos los embajadores, luego, en las fechas establecidas, los cuerpos constituidos acudían a felicitar al Emperador o a recibir sus mensajes. En el mes de mayo, la corte se trasladaba a Saint Cloud, una de las residencias preferidas por la emperatriz, a la que guardó mucho apego. Desde allí, a veces iban a pasar unas semanas a Fontainebleau. A partir del año 1856, aconsejados por los médicos, el emperador que padecía reuma y después de 1861, la piedra (lo que era mucho más grave) iba a tomar aguas a Vichy o a Plombières” ...

Era en este momento de tratamientos y toma de aguas termales de Napoleón, cuando la Emperatriz se desplazaba a su particular villa Eugenia en Biarritz, para

tomar sus baños de mar compartiendo días de intimidad familiar con parientes y amigos.

Concluido este periodo de vida privada de los emperadores, la Corte Imperial recuperaba su agenda.

Continuando con la narrativa de Smith:

...” A principios de octubre regresaban a Saint Cloud, pero sólo para unos días, antes de instalarse en Compiègne. La temporada de caza reunía a toda la corte, y las formalidades de la etiqueta recuperaban su lugar. De hecho, Compiègne se convirtió en el palacio oficial de la corte de Napoleón III, y allí es dónde se suele enmarcar aquella vida brillante que contrasta tanto con el ambiente en la corte de Luis Felipe. En Compiègne se podía recibir a un centenar de huéspedes, pero raras veces se acogía a más de setenta. El ferrocarril facilitó el trayecto: Trenes especiales traían a los invitados en menos de dos horas. La emperatriz era la encargada de organizar aquellas recepciones” ...

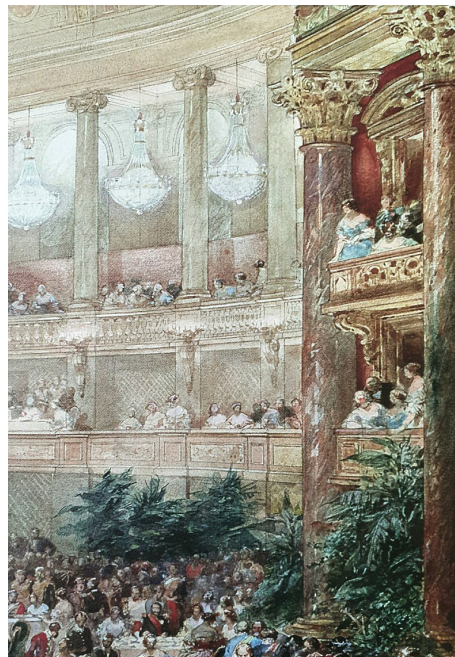


“Eugenia y sus damas en Compiègne”. Olympe Aguado.

Por tanto, las residencias de la Corte Imperial se repartían entre Compiègne, Saint Cloud, las Tullerías en París y el castillo de Fontainebleau. En el castillo de Saint Cloud, la Emperatriz ocupaba por decisión propia las mismas habitaciones que en su día pertenecieron a la Reina María Antonieta, donde vivía rodeada de sus recuerdos y obsesionada por que el destino no le llevase al mismo final que a la malograda soberana de Francia. En la correspondencia personal de la Emperatriz se recogen contadas por ella misma, algunas de las practicas de espiritismo que

Eugenia realizó en esas habitaciones al igual que lo había hecho anteriormente la propia María Antonieta.

Algunas las fastuosas celebraciones organizadas durante el Segundo Imperio se festejaron en otros entornos palatinos como el Louvre ó en Versalles. La brillante recepción organizada en honor de la reina Victoria de Inglaterra en 1855 tuvo lugar en la ópera de Versalles, momento que se recoge en la acuarela realizada por Eugène Lami. Los apartamentos privados de Napoleón III en el Louvre son un excelente ejemplo de la opulencia ornamental de este periodo. Construidos entre 1852 y 1857 por el arquitecto Louis Visconti (1791–1853) a quien sustituyó Héctor Martín Lefuel (1810–1882) en 1853, están situados en el ala del edificio que habitara Richelieu en el siglo XVII y, guardan en su interior un grandioso proyecto espacial compuesto por una rica decoración y un amplio conjunto de mobiliario característico de la época.



“Recepción ofrecida en honor de la Reina Victoria en la ópera de Versalles en 1855. Obra de Eugène Lami.

Desgraciadamente, tanto el castillo de Saint Cloud como las Tullerías sufrieron la suerte de la barbarie humana siendo totalmente destruidos con la caída del Segundo Imperio. Las Tullerías, incendiado por la Comuna de París el 24 de mayo de 1871 quedó prácticamente arrasado. Afortunadamente antes del incendio el personal de palacio consiguió retirar de salones y estancias oficiales, las piezas de mobiliario y obras de arte más valiosas logrando ponerlas a salvo en el vecino palacio del



Emperatriz Eugenia en Biarritz. Retratada por E. Defonds en 1858. Fundación casa de Alba, Madrid.

Louvre. El propio Louvre se salvó milagrosamente de correr la misma suerte que las Tullerías. En 1883, el régimen republicano francés decidió demoler las ruinas que quedaban de lo que en su día había sido el flamante palacio de las Tullerías. El castillo de Saint Cloud fue víctima de la Guerra Franco Prusiana, accidentalmente alcanzado por los bombardeos de 1871 que terminara él. Los restos que subsistieron a los incendios y bombardeos del palacio fueron pasto de saqueos y pillaje. En 1892 el Gobierno de la República Francesa ordenó la demolición definitiva de las ruinas.

Ya anciana la ex emperatriz de los franceses escribía:

“... Tengo muchas ganas de volver a ver Fontainebleau y Compiègne, que según dicen están como cuando vivíamos allí. Las Tullerías y Saint Cloud no son más que ruinas ya, pero allí también quisiera buscar huellas de todo un pasado enterrado bajo escombros.”

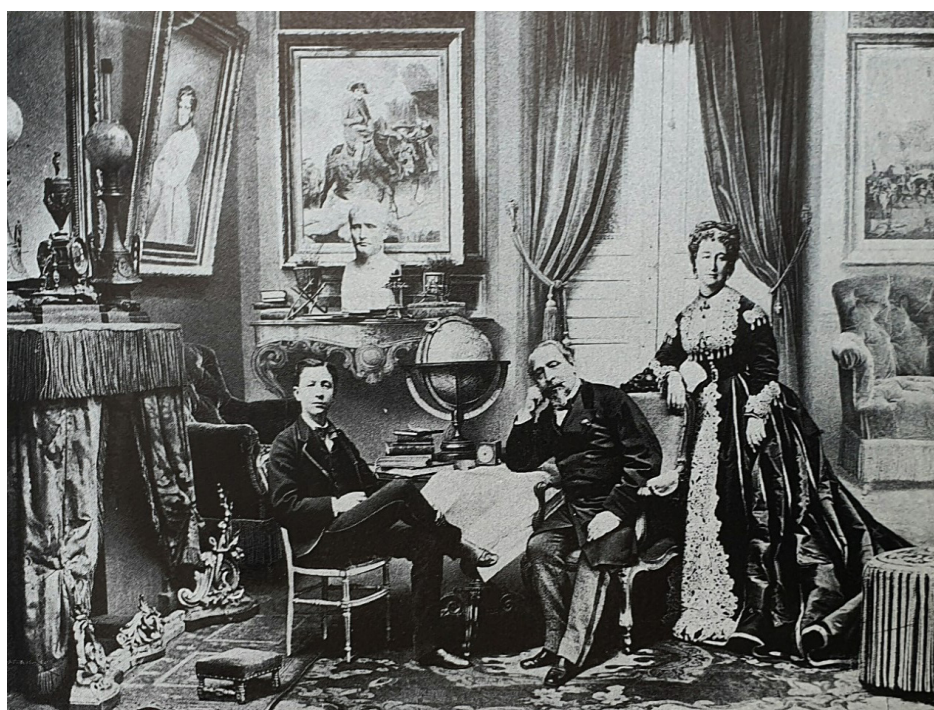
La Villa Eugénie es sin duda uno de los caprichos de la Emperatriz. Desde pequeña había tomado baños de mar en Biarritz lo que le unió íntimamente a esta

De este destacado e imprescindible conjunto de acuarelas destacan las realizadas por Charles Giraud (1819–1892) en 1867, que reproducen “Le salón de la princesse Mathilde” ó “Salle à manger de la princesse Mathilde, rue de Courcelles”, “La vérenda de la princesse Mathilde”, pintada por Giraud en 1870. Otras pinturas de Giraud, reproducen el atelier de la princesa realizadas en 1857 o 1863, incluso en alguna de éstas obras aparece la propia Matilde trabajando en su taller.



Quizá la más conocida de estas pinturas, también obra de Giraud (óleo sobre lienzo), realizada en 1859 es: “El Salón de la princesse Mathilde” que a diferencia de la obra anteriormente mencionada bajo éste mismo título y realizada en 1867, la de 1859 reproduce el salón de recibir de la Princesa con su concurrencia en una velada nocturna en la que aparece Matilde en el centro de la reunión, iluminada por la cálida luz de los quinqués. Igualmente ocurre con otra interesante obra del mismo autor: “Salle à manger de la princesse Mathilde rue de Courcelles” que, a diferencia de la pintada en 1870 bajo el mismo título, reproduce un espacio ataviado elegantemente para recibir a una serie de comensales para la cena. Estas dos últimas pinturas se guardan en el Museo Compiègne. Igualmente señalar que se trata de comedores y salones diferentes, aunque las obras tengan el mismo título.

costa. En 1854 comenzó la construcción de la villa encomendada en primer lugar al arquitecto Hippolyte Durand quien terminó las obras en tan solo diez meses, siendo inaugurada en 1855. Posteriormente Auguste Lafolye hizo una serie de reformas para ampliar el edificio. La Emperatriz, se involucró mucho en el proyecto siguiendo los cánones del estilo Napoleón III en su versión más simple y cercana al estilo Luis XVI. Sin apenas protocolos, esta villa fue uno de los lugares donde más feliz se sintió Eugenia durante los años del Imperio. Con la muerte del emperador en 1873, la villa pasó a ser propiedad exclusiva de Eugenia quién, en 1880 la vendió al Banco de la Unión de Paris. Desde 1893 el edificio alberga el elegante Hôtel du Palais, lugar donde el recuerdo de Eugenia aún habita...



La familia de Napoleón III en Camden Place, 1871

LAS CASAS DE EUGENIA

Camden Place

Con la caída del Segundo Imperio en 1870, Napoleón y Eugenia junto con el Príncipe Imperial se reunieron en Inglaterra donde instalaron su residencia en el exilio, bajo el amparo de su querida amiga la Reina Victoria. Se establecieron en una pequeña casa de campo llamada Camden Place en Chislehurst cerca de Bath, donde Eugenia llegó a vivir durante quince años. La casa era amplia, estaba divi-

dida en dos plantas, pero como describen los que la visitaron, estaba lejos de ser la residencia de un príncipe siendo más apropiada para "...un pequeño hidalgo inglés..."

Según descripción escrita del dramaturgo Octave Feuillet (1821–1890):

"...Un pequeñísimo vestíbulo; luego una galería con muebles confortables con un hueco que parece una capillita. A mano derecha, la escalera, muy sencilla; a mano izquierda, la puerta del salón, que ofrece un lujo común. La chimenea es de mayólica con figuras en relieve. Una mesa redonda delante de la chimenea con periódicos diseminados por doquier. ¡Ya nada más! En cuanto al comedor, es de una sencillez provinciana: los periodistas que describen esta casa como un palacio son unos mentirosos o gente que nunca vió un palacio y ni siquiera un salón."

En esta casa vivió la ex Emperatriz hasta 1885.

Son escasas las imágenes que de los interiores de Candem Place se conservan y que muestran los espacios tal y como los habitaban el ex Emperador y su familia. En la imagen que representa a la Familia Imperial en 1871 en su salón de Candem, observamos que la dependencia estaba arreglada y vestida al gusto francés, con importantes cortinajes, pasamanerías, alfombras y pequeñas butacas tapizadas que llenan el espacio siguiendo un orden destartalado. Sobre las paredes enteladas cuelgan pinturas y retratos de los Bonaparte, especialmente del Emperador Napoleón I que constituían parte de la herencia que el ex Emperador recibiese de su madre, la Reina Hortensia.

Farnborough Hill

Quizá el proyecto en que más cariño y entrega puso la ex Emperatriz de los Franceses fue en su nueva y definitiva casa: Farnborough Hill, en Hampshire, la que empezó a habitar en torno a 1881.

Una vez fallecidos el Emperador y el Príncipe Imperial, los recuerdos torturaban a la solitaria ex Emperatriz lo que le hizo insoportable la vida en Candem Place y le llevó a buscar una nueva residencia.

Eugenia, con gran motivación se puso al frente de las reformas del edificio supervisando personalmente su ampliación, estando pendiente de los más mínimos detalles como se desprende de la correspondencia mantenida con la Reina Victoria. Pero las obras no avanzaban al ritmo esperado lo que supuso la desesperación de Eugenia obligándole a alquilar una pequeña casa vecina a Farnborough Hill,

Coombe Cottage, donde residir mientras terminaban las obras y poder vigilar directamente el ritmo de los trabajos.

Con el paso del tiempo, Eugenia había recuperado muchas de sus propiedades personales y objetos dejados en Francia tras su precipitada huida de las Tullerías en 1870.

En palabras de John Bierman, biógrafo de Napoleón III:

“... A medida que pasaron los años y cicatrizaron las heridas dejadas por el Segundo Imperio, el Gobierno Francés gradualmente permitió que Eugenia recobrase gran parte de su propiedad personal, lo que permitió mejorar la lujosa residencia de Farnborough, así llegaron a sus manos retratos de familia de Winterhalter y otros pintores de la corte, un conjunto de paneles de Gobelin, sillas Luis XVI, vasos de Sèvres y otras cosas por el estilo. A su vez, Eugenia donó al Museo Nacional de la Malmaison una importante colección de recuerdos del Primer Imperio, legados por Hortense a Luis Napoleón”

Con respecto a sus muebles y el retraso de las reformas acometidas en Farnborough Eugenia escribe a la reina Victoria:

“... La casa está en un espantoso desorden; mis pobres muebles están desgastados lo mismo que si se hubieran utilizado todo el tiempo. Aparte de los recuerdos, creo, en verdad, que ¡no fuese un buen negocio mandarlos traer desde tan lejos! Pero si se pudieran arreglar creo que me sentiría menos extraña en medio de mis muebles que si todo, la casa y lo demás, fuera nuevo para mí”

Muchos de estos muebles, servicios de mesa, porcelanas, pinturas familiares y en general objetos personales y domésticos recuperados por la ex Emperatriz, los había hecho traer directamente a Farnborough procedentes de la recién vendida Villa Eugénie en Biarritz. Con todo ello, Eugenia consiguió un nuevo hogar cargado de recuerdos de su propia historia. Tal como ella misma organizó los interiores de Farnborough permanecieron intactos hasta su muerte en 1920.

Pero, dejemos que la propia reina Victoria nos describa Farnborough con sus propias palabras tras su visita a la casa en 1884, según se recoge en la obra de William Smith sobre la Emperatriz Eugenia:

“... Se llega por un pabellón de entrada que la emperatriz mandó construir y se recorre un bonito parque hasta la casa, que tiene un aspecto imponente, con una torrecilla. Es un edificio de ladrillos blancos, con vigas y un desván encima de aguilonas, en el antiguo estilo inglés. Tras cruzar el hall donde se encuentra el famoso cuadro de Winterhalter (que representa a la emperatriz con sus damas de honor, nos llevó a un pequeño salón acondicionado como cuarto de aseo, pero que es gabinete. Da a una encantadora salita de estar, que mandó añadir, con un gran ventanal que forma un hueco, y delante del cual plantó hierbas y otras plantas que

trajo de Zululandía, al lado de violetas procedentes de Santa Elena. En medio se encuentra una estatua del querido Príncipe Imperial, de niño. Colgados de la pared hay: un retrato en pie muy hermoso del Emperador, un retrato con un magnífico parecido, y otros cuadros y retratos muy valiosos. La habitación da a otro saloncito con (palabra ilegible) y su retrato por Winterhalter. Hay un pequeño sofá tapizado de satén de color malva adornado con flores rosas (tela, me dijo la emperatriz), del último vestido que llevó en las Tullerías. Comimos en un hermoso comedor, al final del pasillo que mandó construir por completo; este comedor tiene unos cuantos cuadros hermosos, entre los que destaca el retrato de su hermana la duquesa de Alba, y la duquesa de Mouchy por Winterhalter, así como varios bustos de la familia Bonaparte. El comedor es amplio, con tapicerías, revestimiento de madera y un hermoso parqué. Después de la comida, la emperatriz nos hizo visitar las demás habitaciones de la planta baja. El gran salón con un retrato en pie de la reina Hortensia, así como, de los del rey Luis, de la emperatriz Josefina, de la emperatriz María Luisa etc. Y varios vestigios del pasado que salvaron por fortuna. Entonces, penetramos en la habitación que la emperatriz ha añadido y, que reproduce exactamente la forma y dimensiones de la del príncipe en Chislehurst, donde se guardan todos los objetos de su infancia, incluida una cuna muy bonita dada por la ciudad de París, su ropa, su espada y todo lo que utilizaba en Chislehurst.”



“La Emperatriz Eugenia y sus Damas”. François Xavier Winterhalter (1805–1873).

La Emperatriz había dedicado todas sus energías a las obras y decoración de su nueva casa lo que indiscutiblemente hizo con brillantez y buenos resultados culminando así su afición por el interiorismo. Recordaba entonces con humor,

cómo en el lejano año de 1851 ella misma se había aventurado a decorar la casa alquilada por su madre, la condesa de Montijo, en el número 12 de la parisina Plaza Vendôme organizando muebles, cortinas y tapetes.

En 1908, siempre atraída por las novedades y la modernidad, Eugenia mandó instalar luz eléctrica en Farnborough teniendo que realizar nuevamente importantes obras. No en vano siendo Emperatriz de los Franceses, Eugenia había sido uno de los pilares visibles de la Revolución Industrial, mostrando siempre un gran interés por las últimas novedades tecnológicas como la fotografía o el teléfono.

Parece que la ex Emperatriz rodeada de su pasado consiguió cierta paz personal en Farnborough Hill, según refleja en su activa correspondencia con la Reina Victoria. Aunque pronto la energía característica de su persona llevo a Eugenia a emprender un nuevo proyecto: Villa Cynos.

Villa Cynos

Cynos, era el nombre griego que recibía la isla de Córcega. Llamando así a su nueva villa, Eugenia dedicaba un pequeño recuerdo a los Bonaparte. La ex Emperatriz decidió buscar un lugar con un clima más soleado y amable que el de Farnborough para pasar largas y confortables temporadas. Por ello y tras mucho deliberar, adquirió los terrenos que consideró más apropiados para su objetivo situados en la Costa Azul, en Roquebrune, Cap Martín, entre Mentón y Montecarlo en un bellissimo paraje mediterráneo. Comenzó a edificar la villa en 1892. En-



“Villa Cynos, Cap Martín”

cargó el diseño al arquitecto danés Hans Georg Tersling (1857–1920) que trabajaba habitualmente en la Costa Azul teniendo un estilo muy característico de la

Belle Époque. Nuevamente, Eugenia se entregó de lleno al proyecto participando directamente en las obras y la decoración. Pero el ritmo de los trabajos no era el esperado por lo que la Emperatriz, se instaló en la casa en el invierno de 1894, aunque el edificio seguía en obras y lleno de operarios. Villa Cynos estuvo definitivamente terminada en la primavera de 1895.

Como describía John Bierman:

“... Tanto en Farnborough como en su segunda residencia, la Villa Cynos, (...) Eugenia vivió con gran estilo. Dijo un visitante frecuente: “Sus criados, la comida, todo el entorno recuerda una corte”. Pero Eugenia solía retirarse del lujo de sus residencias en tierra firme y pasaba gran parte del tiempo en el mar, navegando en el Thistle, el pequeño yate de vapor, bastante incómodo y no demasiado estable”.

Con el tiempo la ex Emperatriz se decidió ampliar la Villa Cynos con la construcción, dentro del entorno de su parque, de un nuevo pabellón destinado a alojar a sus numerosos invitados. Nuevamente Eugenia supervisó hasta el último detalle de la obra y no descanso hasta verla concluida. La nueva construcción fue bautizada con el nombre de “Teba” en recuerdo al condado de Teba, título usado por Eugenia hasta su matrimonio con Napoleón III.



La Emperatriz Eugenia en la Villa Cynos

Desde entonces y hasta su fallecimiento, la cálida luz de la Costa Azul acompañó a la Emperatriz que disfrutaba pasando largas temporadas en la Villa Cyrenos. Al igual que había hecho en Farnborough, decoró la villa con sus muebles, pinturas y recuerdos, todos ellos opulentos testigos del estilo Napoleón III. Convirtió esta pequeña villa en un lugar de reunión al que acudían sus familiares y fieles, rodeada de una pequeña corte en la que no faltaban sus amigas, la reina Victoria o la Emperatriz “Sisi” de Austria con las que había compartido vida e Historia.



La Emperatriz Eugenia en la Villa Cyrenos

LIRIA

El Palacio de Liria se empezó a construir en Madrid en el año 1767 por encargo del Duque de Berwick al arquitecto francés Louis Guilbert, quién en 1771 fue sustituido por Ventura Rodríguez con la misión de concluir las obras. El cambio de arquitecto fue debido a ciertas irregularidades en la construcción y en las cuentas, lo que llevó al Duque a pedir al afamado Rodríguez que pusiera orden y concluyese el edificio. En el siglo XIX este bonito palacio de estilo neoclásico era habitado por los Duques de Alba y Berwick que habían unido sus linajes mediante alianzas matrimoniales. Paca, la querida hermana de la Emperatriz Eugenia se había casado en febrero de 1844 con el XV Duque de Alba de Tormes, lo que le llevó a habitar en el Palacio de Liria.

Quiso el destino que esta incansable mujer que era la Emperatriz Eugenia, con una vida romántica llena de recorrido y paradojas, terminara sus días en el Palacio de Liria de Madrid en la madrugada del 11 de julio de 1920, rodeada de su propia sangre, en la que había sido habitación de su hermana Paca.

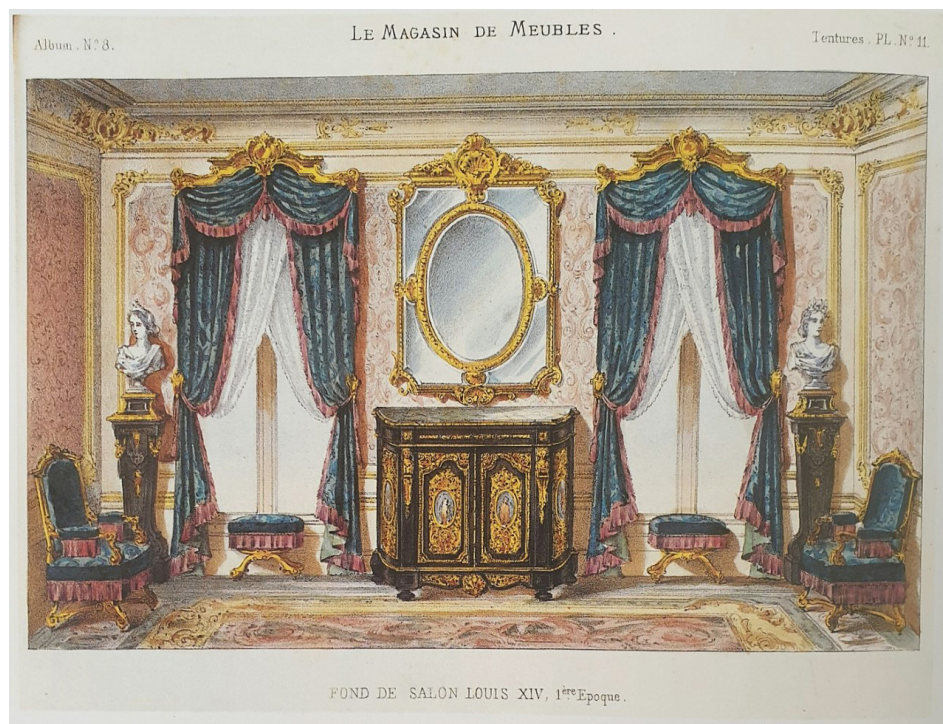
DOCUMENTACIÓN.

La política seguida por el gobierno de Napoleón III de difundir la fastuosa y brillante imagen del Segundo Imperio nos ha legado importantes conjuntos de óleos, dibujos, acuarelas y obra gráfica que recogen momentos concretos del periodo y nos permiten analizar los espacios interiores tal y como fueron usados en la época.

Igualmente, la ampliación de París dentro de la reforma de Haussmann llevó a la realización de muchos proyectos de interiorismo, dibujos y planos destinados a hoteles o elegantes casas de viviendas en la avenue de l'Opera ó los Camps-Elysées y que igualmente hoy en día se conservan en colecciones o museos como el Museo de Artes decorativas de Paris ó Compiègne principalmente.

Los catálogos de los talleres de ebanistería o de las exposiciones internacionales aportan también, gran cantidad de datos sobre los espacios y mobiliario del periodo Napoleón III. Indiscutiblemente, es una época en el que la sociedad gustaba de tener buenos muebles y de vivir siguiendo los cánones estéticos de las modas de la época.

De estos proyectos de interiores que muchas veces se editaban, se guarda una buena colección en la biblioteca del Museo de Artes Decorativas de París, como las realizadas por Victor Quétin en 1860 para "le Magasin de meubles, Album de tentures n° 9, Paris"



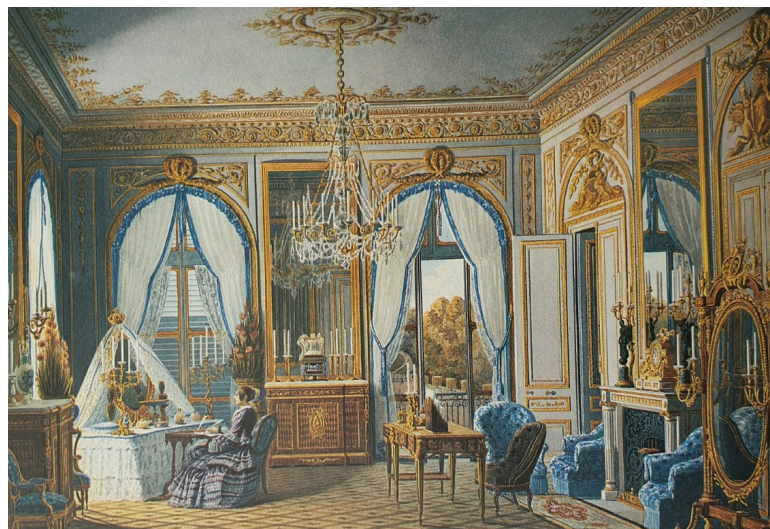
Muy destacable es el conjunto de obras realizadas para plasmar la brillantez con que se desarrolló en la visita de la Reina Victoria de Inglaterra acompañada del Príncipe Alberto a París en 1855 y que recogen diferentes momentos de las recepciones organizadas en el Hotel de la Villa de París o en la ópera de Versalles en honor de Victoria.

Igualmente, siguiendo la política de proyección internacional de la imagen del Imperio, son interesantes los trabajos de Henri Baron recogiendo los fastos organizados en las Tullerías con motivo de la Exposición Internacional de 1867 guardados en el castillo de Compiègne.

Quizá uno de los conjuntos más interesantes que se conserva es el grupo de pinturas que reproduce vistas interiores de las habitaciones de la Emperatriz Eugenia en Saint Cloud, pintadas por Fortuné de Fournier (1798–1864). Realizadas en 1860 recogen varios encuadres de los apartamentos usados por la Emperatriz. Su estudio es fundamental para analizar los gustos de Eugenia y reconstruir el estilo Napoleón III. El conjunto se conserva en el Museo Nacional de Compiègne.

También de los interiores de Saint Cloud, guardados en la biblioteca del Castillo de Windsor un conjunto de acuarelas, igualmente obra de Fortuné de Fournier realizadas en 1855 y que, representan a la Reina Victoria en el interior de las habitaciones que usó en el Castillo de Saint Cloud durante su visita a París en éste mencionado año.





Un conjunto de gran interés es el que reproduce los interiores y salones del hotel situado en la rue de Courcelles en Saint Gratien, propiedad de la Princesa

Matilde Bonaparte, y que se conservan el Museo de Artes Decorativas de París. Matilde Bonaparte (1820–1904) prima de Napoleón III, era hija de Jerónimo Bonaparte que fuera rey de Westfalia durante el Primer Imperio. Muy interesada por las artes y gran coleccionista, mantuvo una importante actividad cultural en sus salones, reuniendo en las “soirée” que organizaba a los artistas y autores más destacados del Segundo Imperio. Ella misma tenía talento para la pintura. Su relación con la Emperatriz Eugenia era tirante, aunque curiosamente, fue en los salones de Matilde donde Napoleón conoció a la Condesa de Teba, futura Emperatriz de los Franceses.



Del tristemente desaparecido Palacio de las Tullerías se conservan, guardadas en el Museo de Compiègne, unas acuarelas realizadas por Jean Baptiste Fortuné de Fournier en 1862, que representan “Le cabinet de travail de l’empereur Napoléon III aux Tuileries”, “La salle du Conseil des ministres aux Tuileries” también realizada en 1862, aparece presidida por el maravilloso retrato de la Emperatriz de los Franceses obra de François Xaver Winterhalter (1805–1873).

En la colección de los Duques de Alba y Berwick, se conserva en el palacio de Liria de Madrid, un oleo sobre lienzo realizado por Giuseppe Castiglione: “L’empératrice Eugénie dans son boudoir” que, en un espacio muy propio de mediados del siglo XIX, representa a Eugenia en su salón en las Tullerías.



La Emperatriz Eugenia y el príncipe Imperial

BIBLIOGRAFIA

- Bierman, John: "Napoleón III y su alegre Imperio" Edt. Vergara. Buenos Aires, 1991.
- Sagrera, Ana de: "La Juventud de la Emperatriz Eugenia" Edt. Compañía Literaria. Madrid, 1997.
- Smith, William: "Eugenia de Montijo". Edt. Espasa Calpe, Madrid 1991.
- AA.VV.: "Un soir chez la Princesse Mathilde. Une Bonaparte et les Arts". Silvana Editoriale & Palais Fesch, Musée des Beaux-Arts. Paris, 2019.
- Gere, Charlotte: "Nineteenth Century Decoration. The Art of the Interior". Edt. Weidenfeld & Nicolson. London, 1989.
- Nouvel-Kammerer, Odile: "Napoleon III. Années 1880". Le Mobilier Français" Edt. Massin. Paris, 1996.
- VV/AA: "El mueble del siglo XIX". Editorial Planeta-Agostini/Sotheby's. Barcelona, 1989.
- Kjellberg, Pierre: "Le Meuble Français et Européen". Les Éditions de l'Amateur. Paris 2011.
- Fleming, John: "Diccionario de las Artes Decorativas" Alianza Editorial, Madrid 1977.
- Kjellberg, Pierre: "Le Meuble Français et européen. Du Moyen Âge à nos jours". Edt. Les Éditions de L'Amateur, Paris 2011.
- Fonkenell, Guillaume: "Le Palais des Tuileries". Edt. Honoré Clair. Arles, 2010.



L'HÔTEL LAURISTON: UNA RESIDENCIA EN PARÍS PARA LA DUQUESA DE ALBA

ALEJANDRO ESPEJO FERNÁNDEZ

Oui, j'ai pleuré en apprenant l'incendie de ma chère villa de Biarritz. Avez-vous remarqué? Toutes les demeures où j'ai vécu mon existence de souveraine, où j'ai connu l'orgueil et la séduction du pouvoir, ont péri dans les flammes: Les Tuileries, Saint-Cloud, Biarritz!¹

CON ESTAS PALABRAS EXPRESABA la emperatriz Eugenia, pocos días después de conocer las noticias sobre el incendio que en 1903 arrasó la antigua villa de recreo que poseyó en Biarritz, su tristeza ante la desaparición del que fue uno de los edificios más emblemáticos de su reinado. Como ella misma indicaba, con anterioridad al fuego de la villa de Biarritz habían sucumbido ante las llamas los palacios de las Tullerías y de Saint-Cloud -a pesar de que dos palacios tan significativos del reinado del último Bonaparte como son los de Fontainebleau y Compiègne permanecen a día de hoy intactos-. Se olvidó la emperatriz de un tercer edificio desaparecido, el conocido como *hôtel d'Albe* -hotel de Alba en español-, adquirido por ella misma con la intención de destinarlo a las estancias de su familia en la capital francesa.

Esta última mansión, el hotel de Alba, si bien desapareció años antes que las Tullerías y Saint-Cloud, casi no ha dejado rastro en los estudios dedicados al Segundo Imperio. Ya sea por falta de interés en los historiadores, por la insuficiente documentación o simplemente por considerar anecdótica su existencia -pues es cierto que fue ocupado durante apenas poco más de un lustro-, la realidad es que la existencia de este edificio ha pasado inadvertida para la mayoría. Únicamente podríamos señalar como excepción los trabajos de Catherine Granger² y de Alison McQueen³, quienes estudiaron respectivamente la faceta como coleccionistas de Napoleón III y Eugenia.

¹ Maurice PALÉOLOGUE, *Les entretiens de l'Impératrice Eugénie*, París: Plon, 1928, p. 25-26.

² Catherine GRANGER, *L'Empereur et les arts. La liste civile de Napoléon III*, París: École de Chartres, 2005.

³ Alison MCQUEEN, *Empress Eugénie and the Arts*, Surrey: Ashgate Publishing, 2011.



Sin embargo, los datos aportados por ambas autoras únicamente dan una ligera idea de cómo fue este edificio que tanto simbolismo tuvo para Eugenia, ya que pretendió materializar en él el inmenso afecto que nunca dejó de sentir por sus parientes españoles.

La ausencia de referencias en las biografías y monografías dedicadas a la emperatriz contrastan con la abundancia de alusiones que podemos encontrar en la prensa de la época, lo que da buena cuenta del interés que generó esta residencia entre sus contemporáneos.

Por ello, en este artículo se ha pretendido reconstruir en la medida de lo posible la historia del hotel de Alba y de los acontecimientos que en él tuvieron lugar, recuperando así un edificio tan relevante para el París de mediados del siglo XIX.

1. DOS HERMANAS SEPARADAS POR UN TRONO

Las circunstancias que moldearon la infancia y juventud tanto de Eugenia como de su hermana Francisca -conocida familiarmente como Paca- hicieron que ambas se profesaran un gran cariño, lo cual se refleja en la numerosa correspondencia que las dos mantuvieron a lo largo de su vida.

El matrimonio de Eugenia con Napoleón III hizo que, por razones obvias, ésta se estableciera de forma definitiva en Francia, separándose de su hermana Paca. La añoranza de España y, sobre todo, de Paca aparecen recurrentemente en las cartas que Eugenia le enviaba a su hermana. En esta correspondencia también son constantes las invitaciones a que ella y su marido, el duque de Alba, fueran a Francia a visitarla.

Así, por ejemplo, en una misiva fechada a 22 de febrero de 1853 -menos de un mes después de su boda con el emperador-, Eugenia le escribía a Paca: “No te puedes figurar las ganas que tengo de verte. Bien podrías arreglarte de modo de poder estar aquí para marzo para cazar en Fontainebleau. Luis [Napoleón III] me ha encargado de convidarte y a James también”⁴.

En mayo de ese mismo año, ante el anuncio de la próxima visita de Paca, Eugenia escribía lo siguiente: “En fin, estoy loca de contento cuando pienso que te voy a abrazar tan pronto y casi me hace olvidar esta idea los días tan fastidiosos que llevo en la cama y con la perspectiva de quedarme en ella todo el día de mayo; pero como no sueño más que en junio, todo es llevadero. Por Dios, acuérdate de lo mucho que deseo verte y que sería una crueldad de retardar tu viaje”⁵.

En junio, cerca ya de la visita de la duquesa de Alba, la emperatriz no podía

⁴ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, Barcelona: Iberia, 1944, p. 139.

⁵ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 148.

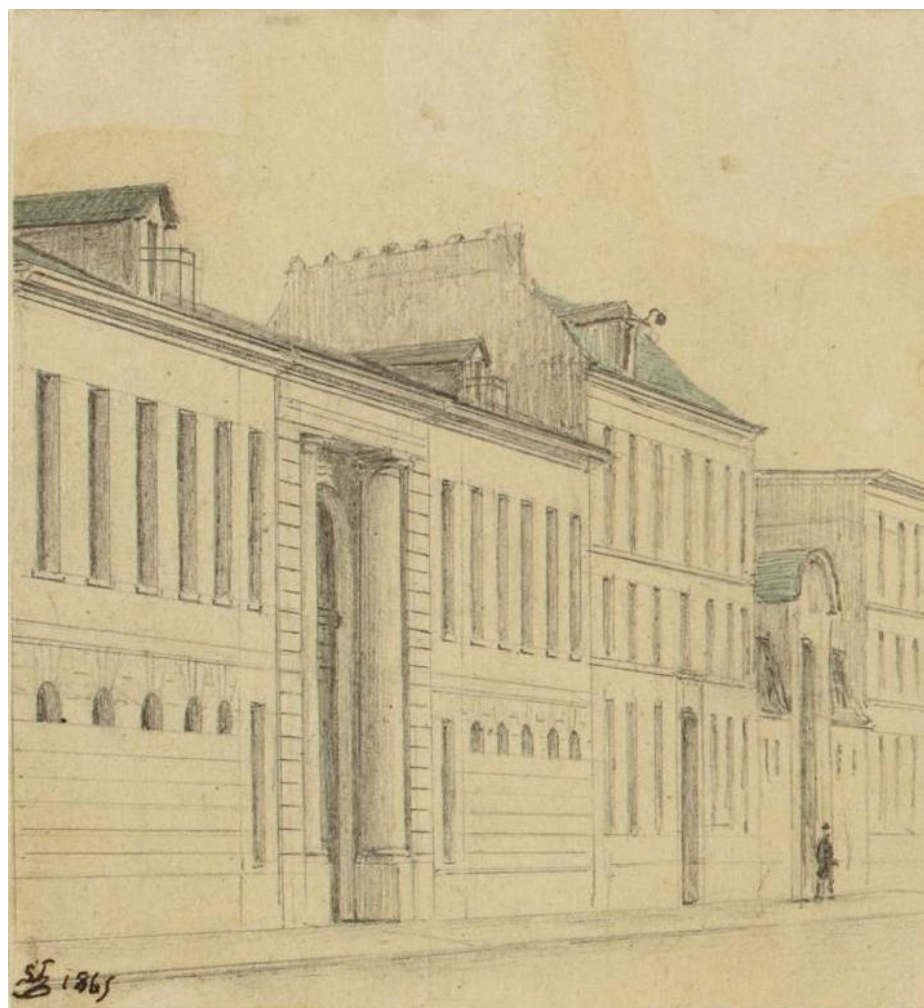


Ilustración 1. El hotel Soult (Musée Carnavalet)

dejar de mostrar su entusiasmo ante el próximo reencuentro: “Ya sé que estás a punto de venir; que está tu casa tomada, y sin embargo creo que es un sueño”⁶. En sentido contrario, el 30 de septiembre Eugenia escribía a Paca visiblemente afectada por el hecho de que hubiera regresado ya a España: “He encontrado esto muy triste desde que te has marchado. Pero, ¡cómo ha de ser! Nuestro destino es tan distinto que no podemos ya estar juntas por mucho tiempo. Todo te llama en España, y a mí todo me detiene aquí”⁷.

No es por ello de extrañar que apenas unos pocos meses después Eugenia se lanzase a la búsqueda de una residencia en París a fin de que su hermana tuviera

⁶ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 151.

⁷ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 152-153.

más fácil el prolongar sus estancias en la capital francesa. Para febrero de 1854 los planes de la emperatriz habían chocado con las dificultades propias del momento, como se deduce de la siguiente carta enviada a su hermana: “Mucho me alegraría haber comprado ya la casa; pero me temo sea imposible, pues me queda muy poco tiempo y muy poco dinero a causa de la miseria de este año; pero gracias a Dios ya salimos adelante”.

2. EN BUSCA DE CASA EN PARÍS

A finales de 1854 Eugenia había encontrado dos inmuebles posibles, cada uno situado a una orilla del Sena: el hotel Lauriston -en plenos Campos Elíseos- y el del mariscal Soult -entre la rue Saint-Dominique y la rue de l'Université-.

Por el primero pedían a la emperatriz “de un millón a un millón cien mil francos, sin los terrenos que tiene el diorama; por consiguiente, subirá todavía más”, mientras que por el segundo la cifra ascendía a “cerca de un millón”⁸.

El hotel Soult era una construcción de finales del siglo XVIII, obra de Jean-Baptiste-Louis-Élisabeth Le Boursier para Hélié-Charles de Talleyrand-Périgord, duque de Périgord y príncipe de Chalais. Durante el periodo inmediatamente posterior a la Revolución fueron célebres los bailes que en él organizó Madame de Caseaux, como recuerda en sus memorias la duquesa de Abrantes⁹. En 1803 el edificio pasó a ser propiedad del mariscal Soult, quien hizo instalar en él su importante colección de pintura -compuesta principalmente por cuadros robados durante su estancia en España al frente de las tropas napoleónicas-¹⁰.

Por su parte, el hotel Lauriston era de construcción más reciente, levantado en 1845 para el marqués de Lauriston según los planos de Louis Visconti. Situado en el número 77 de los Campos Elíseos a la altura de la actual rue Lincoln, su aspecto exterior era de estilo italiano, con pilastras dóricas decorando la fachada de la planta baja y corintias la del piso principal. El cuerpo central y los dos cuerpos laterales sobresalían ligeramente del resto de la fachada y el tejado, salpicado de mansardas, estaba recubierto de zinc.

La fachada trasera guardaba una apariencia más sencilla que la principal, con apenas unas pocas esculturas a modo de decoración. Los dos cuerpos laterales de la mansión se extendían ampliamente dejando entre medias una extensa terraza sobre la que se instaló un invernadero, que comunicaba con los salones de la

⁸ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 170.

⁹ Duquesa de ABRANTES, *Memoirs of Napoleon, His Court and Family*, Nueva York: Appleton, 1867, p. 188.

¹⁰ Jean-Pierre WILLESME, “Hôtel de Talleyrand-Périgord, puis Soult” en Françoise MAGNY (coord.), *Le Faubourg Saint-Germain. Rue de l'Université*, París: Institut Néerlandais, 1987, p. 106-122.

planta baja a través de las ventanas de los mismos. Esta terraza-invernadero daba acceso a los jardines mediante una monumental escalinata doble. En cuanto a los interiores, éstos rompían con la estética exterior, pues eran de estilo rococó, con suntuosas *boiseries* forrando sus paredes. Las cocinas se encontraban en el sótano, debajo del piso bajo, y en el tercer nivel se encontraban seis cuartos de criados¹¹.

En opinión de Eugenia, el hotel Lauriston era “mucho más bonito”, aunque no tan cómodo y amplio como el de Sault, que contaba con cuatro “*appartements*”. La decisión final la dejaba en manos de su hermana, a quien estaba destinada la casa. Por ello, y para que Paca pudiera elegir con criterio, Eugenia le hizo llegar un permiso escrito que le permitiera acceder a la casa de Lauriston. Para visitar el hotel Sault, del que no contaba con la autorización pertinente, Eugenia sugirió a su hermana darle 20 francos al portero para que le dejara entrar al edificio. Una última recomendación que le hacía era que no dijera en ningún caso su nombre real, sino que se presentara únicamente como una compradora interesada en la propiedad¹².

3. DE *HÔTEL LAURISTON* A *HÔTEL D'ALBE*

El 7 de enero de 1855 la emperatriz escribió a su cuñado el duque de Alba comunicándole la adquisición de la antigua residencia del marqués de Lauriston: “Por fin tenemos el hotel Lauriston, con muebles y terrenos, y por primera vez estaréis convenientemente alojados”.

Le invitaba a que llevara a París “objetos de arte que no sepáis dónde colocar en Madrid”, como por ejemplo “tu colección de estampas [...] aquí la apreciarían más que en Madrid, que nadie habla de ella”.

La emperatriz se había encargado también de comprar los muebles, que aunque “no son muy nuevos, creo que se pueden recubrir”, confiando en que “Paca se ocupará de ello con coquetería”¹³. En una carta a su hermana, Eugenia le explicaba que el estilo era “a la inglesa porque es mucho más cómodo, aunque menos rico”, ya que “como no recibes mucha gente de cumplido, es más bonito así”¹⁴.

La toma de posesión de la casa por parte de Eugenia y los Alba no fue inmediata debido a que una de las condiciones para la venta era que hasta abril los propietarios no la abandonarían. Asimismo, y con el objeto de ampliar los jardines de

¹¹ “Champs-Élysées. Hôtels de Madame Lehon et M. Le Marquis de Lauriston”, *Revue de l'Architecture et des travaux publics* (1845), p. 138-140 y Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 183-184.

¹² Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 170.

¹³ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 173-174.

¹⁴ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 177.

la mansión, Eugenia adquirió varios solares contiguos, propiedad de entre otros el periodista Émile de Girardin. En octubre de 1855 los periódicos de la capital se empezaron a hacer eco de los trabajos de demolición de los antiguos edificios existentes en los terrenos comprados por la emperatriz¹⁵.

Sin embargo, las obras de acondicionamiento fueron acumulando sucesivos retrasos y a la altura de febrero de 1856 Eugenia se lamentaba de que “el hotel es una verdadera ruina [...] y no hay nada listo”¹⁶.



Ilustración 3. Estatua de Napoleón originalmente colocada en los jardines del hotel de Alba (Château de Compiègne).

¹⁵ *La Presse* (21 de febrero de 1855), p. 3 y *La Presse* (28 de octubre de 1855), p. 2.

¹⁶ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 183.

Una vez terminaron las obras el resultado fue, según la princesa de Metternich, “una exquisita casa”¹⁷. Por desgracia no disponemos de excesivos detalles de los interiores, más allá de haber podido identificar algunas pocas pinturas que colgaban en sus paredes. Así, gracias a los inventarios de la época, sabemos que por las distintas estancias de la mansión se repartían varias vistas de Venecia; un bandido italiano obra de Jean Claude Bonnefond; un par de escenas de caza pintadas por Henry Auguste d’Ainecy de Montpezat; *Le premier pas* de Augustue Toulmouche; cuatro paneles pintados por Jules André para la antecámara; y una marina de François Pierre Bernard Barry¹⁸.



Ilustración 2. Vista del hotel de Alba desde los Campos Elíseos (*Le Monde illustré*)

Si bien la mayoría de los gastos fueron asumidos por Eugenia, también su marido aportó parte de los mismos. Así, en enero de 1857 por orden del emperador fueron puestos a disposición del arquitecto Hector-Martin Lefuel 57.250 francos en pago por los trabajos realizados en el hotel Lauriston. Además, Napoleón III cedió una estatua de Napoleón I vestido como emperador romano proveniente de su colección particular para que fuera colocada en el jardín delantero de la casa¹⁹.

¹⁷ Pauline METTERNICH, *My Years in Paris*, Londres: Eveleigh Nash & Grayson, 1922, p. 136.

¹⁸ Catherine GRANGER, *L'Empereur et les arts. La liste civile de Napoléon III*, op. cit., p. 463-464.

¹⁹ Catherine GRANGER, *L'Empereur et les arts. La liste civile de Napoléon III*, op. cit., p. 227 y 723.

4. ESPLENDORES FINALES DEL HOTEL DE ALBA

Si hubo una ocasión en que el hotel de Alba brilló en la escena mundana fue con motivo del baile de disfraces que la emperatriz organizó en él el 24 de abril de 1860. Los ecos de la celebración resonaron incluso fuera de Francia, como atestigua la siguiente carta enviada por la reina Sofía de Holanda a Lady Malet:

*“Nothing was talked of for a time at Paris than the fête at the Hôtel d’Albe, which was a most beautiful and foolish ball. Among others, the bedrooms upstairs were also thrown open; many couples went upstairs, bolted doors and acted scenes of the bal de l’opera. The Emperor heard it and declared there should be no second ball. An article from the Times prevented the Empress from wearing the dress of Diane which was quite ready and had cost 60.000 francs”*²⁰

Más allá de los rumores y maledicencias de la época, lo que es innegable es la magnificencia del baile dado por Eugenia, quien utilizó al duque Tascher de La Pagerie -primer chambelán de la emperatriz- y a su esposa como anfitriones interpuestos para, según algunas voces, evitar las críticas por los gastos de la celebración.

Para alojar al gran número de invitados se levantaron dos anexos al hotel de Alba que hicieran las funciones de salón de baile y comedor. Los espacios fueron concebidos como si de los escenarios de una ópera se trataran, para lo cual fueron contratados los pintores Joseph Nolau y Auguste-Alfred Rubé -especialistas en crear decorados para el teatro-, que trabajaron bajo las órdenes del arquitecto Victor Rupricht-Robert²¹.

El gran salón de baile, descrito por uno de los invitados como “un sueño de indescriptible esplendor”, se instaló junto a la fachada delantera y fue decorado en tonos dorados y con suelo de parqué. La orquesta, dirigida por Johann Strauss II, se situaba al final de la sala, tras unos macetones de lirios y narcisos²².

Sobre la medianoche el duque de Tascher de La Pagerie anunció la entrada de las 16 mujeres que representarían una cuadrilla ambientada en los cuatro elementos. A cada una de las cuatro cuadrillas se le había asignado uno y sus integrantes portaban joyas acordes al elemento que representarían: las del grupo de tierra llevaban únicamente esmeraldas y diamantes; las de agua perlas y diamantes; las de aire turquesas y diamantes; y por último las de fuego rubíes y diamantes²³.

En cuanto al comedor donde se sirvió la cena, éste era una gran sala rodeada

²⁰ Sydney W. JACKMAN y Hella HAASSE, *A Stranger in The Hague*: Duke University Press, 1989, p. 210.

²¹ *L’Illustration. Journal Universel* (5 de mayo de 1860), p. 287–290.

²² *Figaro* (26 de abril de 1860), p. 2; “Le bal de l’hôtel d’Albe”, *Figaro* (29 de abril de 1860), p. 1–2; *L’Abeille impériale. Journal de la Cour* (1 de mayo de 1860), p. 7–8; *Le Monde Illustré* (5 de mayo de 1860), p. 291; “An Imperial Marquerade”, *Harper’s Bazaar* (25 de enero de 1868), p. 202–203.

²³ Pauline METTERNICH, *My Years in Paris*, op. cit., p. 136.

de balcones y balaustradas construido junto a la fachada trasera. En el extremo opuesto a dicha fachada se instalaron paneles pintados, un estanque y una fuente, lo que gracias a los juegos de luces generados por la iluminación creaba la sensación de que el comedor estuviera abierto a un parque iluminado por la luna. En mitad de este gran salón se distribuían las mesas en las que en torno a las dos de la mañana se sirvió la cena. La grandiosidad de este efímero comedor era tal que fue comparado con la representación que hizo Paolo Veronese de las bodas de Caná en la monumental obra que se exhibe en el Museo del Louvre.

Fue tal la fascinación que generó este baile que incluso uno de los asistentes, Alexandre Bardenet, compuso un poema elogiando el esplendor del evento²⁴.



Ilustración 4. Las bodas de Caná por Paolo Veronese (Museo del Louvre)



Ilustración 5. Grabado realizado por Jules Gaildrau del comedor construido para el baile de disfraces celebrado el 24 de abril de 1860 en el hotel de Alba (L'Illustration, Journal Universel).

²⁴ Alexandre BARDENET, *Souvenirs de la soirée du 24 avril 1860 à l'hôtel d'Alba, avenue des Champs-Élysées*, Paris: Renou et Malde, 1860.

5. DE LOS FASTOS AL LUTO

El gran baile de abril de 1860 fue la última gran ocasión en que el hotel de Alba se abrió a la alta sociedad. Unos días antes de la velada, la emperatriz recibió por conducto de su madre noticias de la frágil salud de la duquesa de Alba. Ante esta situación, Eugenia se apresuró a pedirle a su hermana que fuera a París, pretendiendo con ello someterla a los cuidados de los médicos franceses y que se alejara de las agitaciones políticas de Madrid.

Para mediados de mayo la duquesa de Alba continuaba en Madrid con un pronóstico nada halagüeño. En carta del día 16 Eugenia volvió a insistirle a su hermana para que se trasladara a la capital francesa “lo antes posible porque solamente en París se cura esa clase de enfermedades sin destruir la salud”.

El empecinamiento de Eugenia finalmente surtió efecto y para finales de julio su hermana ya estaba instalada en el hotel de Alba bajo los cuidados de su madre, la condesa de Montijo. La duquesa viajó desde Alicante hasta Marsella en el yate de la emperatriz y, una vez en suelo francés, llegó a París por la ruta de Lyon²⁵.

A últimos de agosto las dos hermanas volvieron a separarse, esta vez de forma definitiva, pues no volverían a reencontrarse nunca más. En esas fechas la emperatriz inició junto a Napoleón III una gira oficial que incluía los recientemente incorporados territorios de Saboya y Niza y, además, Argel.

Durante las tres semanas que duró el viaje Eugenia continuó carteándose con su hermana, cuyo estado empeoraba con el paso de los días. Así, el 30 de agosto le escribía en los siguientes términos: “Hoy voy a visitar las reliquias del Santo del país; todas mis oraciones quedarán reducidas a una: tu salud [...] Mi corazón siente cien veces tu mal, porque te tengo una ternura infinita. Por eso mi sentimiento por no estar a tu lado es ahora bien vivo, cuando podría servirte de algo”²⁶.

El 9 de septiembre la emperatriz dirigió las siguientes líneas a su madre: “¿Cuándo me podrás decir que está [Paca] bien del todo? Encuentro el tiempo muy largo cuando pienso en ella [...] Durante mi viaje no he hecho más que promesas a todas las Vírgenes que visitaba y [...] a medida que me alejo prometo cada vez más”²⁷.

Apenas una semana más tarde, mientras los emperadores se aproximaban a la costa argelina, la duquesa de Alba falleció a causa de una afección pulmonar. Un telegrama anunció el fatal desenlace a Napoleón III, quien decidió ocultarle la noticia a Eugenia hasta que hubieran tenido lugar los festejos organizados en

²⁵ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 227–228.

²⁶ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 233.

²⁷ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 237.

Argel en honor de la pareja imperial. Una vez conoció la noticia, la emperatriz “fue presa de un dolor feroz”²⁸.



Ilustración 6. *Fête donnée à l'empereur Napoléon III et à l'impératrice Eugénie à Alger, le 18 septembre 1860*, pintura de Isidore Alexandre Auguste Pils (Château de Compiègne).

Pedro Antonio de Alarcón dejó testimonio de los últimos momentos de vida de la duquesa de Alba, de los que fue testigo indirecto. En *De Madrid a Nápoles* podemos leer:

“Al pasar yo por los Campos Elíseos, de vuelta de paseo, me detuve como todos los días delante de su palacio, a fin de saber de ella. Pero los melodiosos acordes del Concierto Musard, que se hallaba establecido al aire libre, a pocos pasos de la morada de la enferma, me distrajeron un instante de mi propósito. La orquesta tocaba un potpourri de los más apasionados y tiernos aires de Donizetti [...] La joven duquesa estaría escuchando desde su lecho de agonía aquellos mismos ecos de sus pasadas agitaciones, aquellos suaves cánticos que compendiaban la existencia que iba a perder, aquellas voces de amor que le recordarían su largo reinado sobre las almas de cuantos la conocieron y a quienes ya no volvería a enajenar su hermosura [...] Pensando de esta manera, me aparté del concierto, y penetré en el Hôtel de Alba. Hacía dos minutos que la duquesa había expirado. Su muerte había sido envidiable por la resignación cristiana con que aquella mujer sublime la vio llegar. Y todavía, todavía en aquel momento, escuchaba yo desde

²⁸ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 239–241.

*el interior del palacio los postreros acordes de aquel aria final de Luchia que empezaron a tocar cuando el alma de la duquesa se hallaba aún en este mundo*²⁹

El cuerpo de la duquesa fue enterrado en la iglesia de Rueil, donde reposaban los restos de la emperatriz Josefina y de la reina Hortesia, abuela y madre respectivamente de Napoleón III.

Con el pasar de las semanas, la ausencia de Paca se fue haciendo más pesada para la Eugenia, dando lugar a que el *hôtel d'Albe* se terminara convirtiéndose en un incómodo recordatorio de la enfermedad y muerte de su hermana. Al mes del fallecimiento escribió en los siguientes términos a su cuñado:

*“Encuentro París tan triste desde que no esta mi pobre hermana, que casi no me atrevo a pasar por aquella casa donde la dejé para no verla más. Creo que el sentimiento de no haber estado allí, a su lado, hace mayor aún mi pena. Por eso me parece que por muy triste que esté tu casa no te recuerda, por lo menos, más que la vida, mientras ésta de aquí representa todos sus últimos recuerdos y, por fin, su muerte”*³⁰

A causa de ello la emperatriz tomó la decisión de demoler por completo la casa -pues afirmaba que “jamás, nadie debe habitar el cuarto de mi hermana”- y vender los terrenos. Con el producto de esta venta se cancelarían las deudas contraídas con Péreire y el Crédit Foncier y además Eugenia podría comprar una nueva residencia para su familia española. En un último intento por preservar junta a ella el recuerdo de su hermana, decidió “transportar, no solamente los muebles, sino todo lo que sea transportable: la cama y la chaise-longue las hago poner en una habitación mía en las Tullerías”³¹.

Una vez tomada la decisión, fueron varios los interesados en adquirir los terrenos, entre ellos un Rothschild y el ya citado Péreire³². Finalmente, en marzo de 1861 fue el Consejo Municipal de París el que se hizo con la propiedad tras pagar 5.027.000 francos³³. Apenas un mes más comenzaron los trabajos de demolición y en septiembre se aprobó la apertura de una nueva vía que atravesara el solar del antiguo hotel de Alba, bautizada como rue d'Albe -actual rue Lincoln³⁴, con el objetivo de facilitar la parcelación y posterior venta por lotes de los terrenos.

²⁹ Pedro A. DE ALARCÓN, *De Madrid a Nápoles*, Madrid. Imprenta y librería de Gaspar, 1878, p. 55-56.

³⁰ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 248-249.

³¹ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 252-253.

³² Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 255.

³³ *L'Industrie du Nord et du Pas-de-Calais* (17 de marzo de 1861), p. 1.

³⁴ *Le Constitutionnel* (14 de abril de 1861), p. 2 y *Recueil des actes administratifs de la Préfecture du département de la Seine* (1861), p. 272.

Algunos elementos de la antigua residencia fueron preservados y trasladados, como las verjas que rodeaban la propiedad, reinstaladas en el jardín de Diana en Fontainebleau³⁵.

La demolición y subsiguiente parcelación del hotel de Alba tuvo como inesperada consecuencia la interposición por parte del diplomático Jules Le Roux de un pleito contra la emperatriz Eugenia. Le Roux era uno de los propietarios a los que Eugenia había adquirido una de las parcelas colindantes al originario hotel Lauriston —concretamente, la residencia de Le Roux se encontraba en el número 96 de la rue de Chaillot— bajo la condición de que no se construiría sobre ella y que, por tanto, se respetaría la vista de los Campos Elíseos de la que el diplomático gozaba desde su casa.

Una vez demolido el *hôtel d'Albe* y vendido el solar, Le Roux elevó una reclamación ante los tribunales porque entendía que la destrucción de su antiguo jardín y la edificación del mismo contravenía el contrato de compraventa firmado años antes. Finalmente, el juez encargado del caso falló a favor de los abogados de la emperatriz³⁶.

6. EL HÔTEL GABRIEL: UNA SEGUNDA RESIDENCIA PARA LOS ALBA

La idea de la emperatriz de adquirir una nueva residencia en París para su madre y sus sobrinos fue, como se ha señalado con anterioridad, prácticamente inmediata a la muerte de Paca. No parece, sin embargo, que en un primer momento su cuñado estuviera del todo de acuerdo en alojarse en una casa propiedad de Eugenia, como se deduce de una carta enviada por ésta a finales de noviembre de 1860 al duque de Alba:

*“Tu carta me ha causado pena, porque al decirme que no vendrás nunca a vivir en una casa mía, parece que consideras todo terminado, y que ya somos extraños uno a otro. Yo no puedo ir a veros. Si me dejáis, tendré que quedarme sola, sin poder ir a veros. Espero, pues, que no pensarás lo que me has escrito, y que te veré todos los años, como a tus chicos, a los que tan tiernamente quiero, más aún ahora que su pobre madre no está aquí para quererlos”*³⁷

La necesidad de tener a sus parientes cerca y mantener el contacto con ellos, como podemos ver en la anterior misiva, era para Eugenia una necesidad real. Por ello, mandó construir un nuevo hotel en la confluencia entre la rue de l'Elysée y la ave-

³⁵ *Le Pays. Journal de l'Empire* (19 de julio de 1861), p. 3.

³⁶ *L'Illustration. Journal Universel* (28 de diciembre de 1861), p. 415 y *Le Monde Illustré* (4 de enero de 1862), p. 14.

³⁷ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 256–257.



Ilustración 7. La emperatriz Eugenia retratada por Franz Xaver Winterhalter en 1862 (Fundación Casa de Alba).

nue Gabriel -por ello es referido en algunas fuentes como *hôtel Gabriel*-, no muy lejos del desaparecido *hôtel d'Albe*. El proyecto corrió a cargo de Hector-Martin Lefuel, quien ya trabajó anteriormente para Eugenia en la remodelación del hotel Lauriston. Para finales de 1861 aún no habían terminado las obras, como le comunicaba Eugenia no sin cierto fastidio a su madre en una de sus cartas: “Tu hotelito adelante poco a poco: cuando no se está allí para vigilarle todos se pasean y casi no se trabaja. Sé, sin embargo, que la capilla está muy adelantada, y que todo estará terminado este verano”³⁸.

La planta baja del hotel contaba con un invernadero y al menos cuatro salones, uno de ellos de estilo chinesco -muy acorde con los gustos de Eugenia, impulsora del *musée chinois* de Fontainebleau- y otro en el que instaló las *boiseries* que adquirió en la subasta celebrada previamente a la demolición del *château* de Bercy -construido en el siglo XVII por el arquitecto François Le Vau-.

Precisamente uno de los salones de la planta principal estaba asignado específicamente al duque de Alba, lo que da buena cuenta del uso familiar que Eugenia tenía previsto darle a esta nueva residencia. La estancia fue decorada en tonos rojizos y sus dimensiones eran menores que las de los demás salones. Por ello debió de ser un espacio íntimo destinado a que el cuñado de Eugenia pudiera recibir a sus visitas. En sus paredes colgaban varias pinturas de temática paisajística y orientalista, así como dos vistas del estudio de la emperatriz en el palacio de las Tullerías³⁹.

Entre las numerosas pinturas que decoraban el hotel Gabriel se encontraban dos retratos de Eugenia, ambos con una fuerte carga simbólica. El primero de ellos, obra de Gustave Boulanger, presentaba a la emperatriz ataviada con ropas orientales, lo cual es una manifestación clara del gusto de Eugenia por Oriente y su afición a los disfraces -con los que se hizo retratar y fotografiar en numerosas ocasiones-.

El segundo de los retratos, pintado por Franz Xaver Winterhalter en 1862 por encargo de la emperatriz, tenía una índole más familiar, puesto que en él Eugenia está sentada en un sillón en cuyo respaldo aparece el escudo de los Álvarez de Toledo -linaje originario de los Alba- rematado con una corona ducal. Pintado en el margen izquierdo superior pueden verse los escudos correspondientes a los Bonaparte y a los Guzmán bajo la corona imperial y la inscripción “MARIA EUGENIA GUZMAN / COMITISSA TEBAE / GALLORUM / IMPERATRIX / MDCCCLXIII”⁴⁰.

³⁸ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 266–267.

³⁹ Alison MCQUEEN, *Empress Eugénie and the Arts*, op. cit., p. 187–188.

⁴⁰ Leticia AZCUE BREA, “Empress Eugenia de Montijo: Art of the Second Empire and the Alba Family” en Fernando CHECA (coord.), *Treasures from the House of Alba. 500 Years of Art*

Este segundo retrato fue regalado por Eugenia a su cuñado y su presencia en el hotel pretendería remarcar ante todo el vínculo existente entre la emperatriz -que en la inscripción del margen izquierdo prefirió anteponer su condición de condesa de Teba a su dignidad imperial- y los Alba, pues como expresó con ocasión de la muerte de su hermana “nuestra familia está extinguida. Hasta yo misma Dios sabe dónde me llevarán los azares de la vida”⁴¹. El que no hubiera ningún retrato de Napoleón III en la mansión y la presencia de varias pinturas de temática española no vienen sino a confirmar esta idea de que el *hôtel Gabriel* era un espacio íntimo de Eugenia, una suerte de refugio alejado de la corte imperial, mediante el que pretendía mantener el vínculo con sus parientes españoles y con la propia España⁴².

Tras la caída de la monarquía en 1870 y el consiguiente exilio de la Familia Imperial en Inglaterra, mantener una propiedad semejante perdió todo sentido para la emperatriz, quien decidió vendérselo al financiero bávaro Maurice de Hirsch, barón Hirsch de Gereuth. A diferencia del *hôtel d’Albe*, el hotel Gabriel se ha conservado hasta nuestros días y en la actualidad es propiedad de la Presidencia de la República francesa, que ha instalado en el edificio parte de sus oficinas.

7. COMENTARIOS FINALES

Los escasos 15 años transcurridos desde la construcción del hotel de Alba -por entonces hotel Lauriston- hasta su demolición son un excelente reflejo de su época y de los personajes que lo habitaron. Así, en él se reflejan la decadencia de algunas de las grandes familias de la nobleza napoleónica, obligadas a desprenderse de sus propiedades -caso de los descendientes de Soult y de Lauriston-; los esplendores festivos del Segundo Imperio -la denominada *fête impériale*- y su utilización como forma de transmitir una imagen de Francia como nación próspera; la forma de sociabilidad de las élites imperiales, en especial su gusto por los bailes de disfraces, tan en boga durante este periodo; el ascenso de una nueva élite formada por financieros e industriales -los Péreire, los Rothschild, el barón Hirsch- que se hizo con los espacios anteriormente ocupados por la aristocracia; el reflejo del ascenso de esta nueva élite y su reflejo en el urbanismo, simbolizado por la sustitución de grandes propiedades como el hotel de Alba por otras más pequeñas y fáciles de vender a la burguesía ascendente.

En cuanto a Eugenia, el *hôtel d’Albe* nos habla de su apego por España y la permanente unión que siempre mantuvo con ella, materializada en la necesidad

and Collectig, Madrid: Ediciones El Viso, 2015, p. 280–307.

⁴¹ Félix LLANOS Y TORRIGLIA, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, op. cit., p. 261–262.

⁴² Alison MCQUEEN, *Empress Eugénie and the Arts*, op. cit., p. 186–189.



de tener a su familia cerca. También de sus gustos artísticos, tan influidos en parte por la política exterior del Segundo Imperio -volcado en Indochina, Argelia y Suez-.

Por último, de su faceta más personal y familiar, en especial del desconsuelo por la muerte de su hermana -una de las tantas pérdidas que sufrió a lo largo de su vida-, las complicaciones financieras derivadas de la caída de la Monarquía -que le obligaron a vender el hotel Gabriel- y la obligación que sintió siempre de estar cerca de sus sobrinos -algo que se hizo más patente con la muerte de su único hijo en 1879-.

En definitiva, con este artículo hemos pretendido recuperar la historia de un edificio que a pesar de su breve existencia fue testigo de significativos episodios de la vida de Eugenia e incluso del Segundo Imperio. Quién sabe si la historia del hotel de Alba, con su paso del esplendor a la tragedia sin solución de continuidad, no fue sino una metáfora de la vida de Eugenia, la española que fue la última mujer en sentarse en el trono de Francia.







EUGÉNIE ET LA JOAILLERIE AVANT ET APRÈS L'EMPIRE: UNE HISTOIRE DE SENTIMENTS

KARINE HUGUENAUD

A L'IMAGE DES FASTES DE LA FRANCE impériale, l'impératrice Eugénie n'eut de cesse d'éblouir ses contemporains en portant de splendides parures et de somptueux bijoux. Elle les choisissait parmi les Joyaux de la Couronne pour les cérémonies, les réceptions et les bals officiels, ou dans son écrin personnel pour les autres occasions. Sa collection est ainsi considérée comme l'une des plus fabuleuses du XIX^e siècle. Ce goût des bijoux, Eugénie le possédait dès avant son accession au trône par son mariage avec Napoléon III en 1853. Il persistera après la chute du Second Empire, recentré autour des cadeaux dynastiques et familiaux.



ill.1. *Bracelet serpent, vers 1850 Pierre-Jules Chaise (1807-1870). Vente Christie's Londres 16 novembre 1999*

La comtesse de Montijo, mère de la future impératrice Eugénie, était elle aussi éprise de bijoux et notamment des créations du joaillier parisien Jean-Baptiste Fossin. La comtesse était une cliente fidèle de cette maison de joaillerie créée en 1780 par Marie-Etienne Nitot qui, avec son fils François-Regnault Nitot, s'était imposé comme le fournisseur attitré de l'empereur Napoléon I^{er} et des impératrices Joséphine et Marie-Louise. A la chute de l'Empire en 1815, c'est le premier chef d'atelier des Nitot, Jean-Baptiste Fossin, qui reprit la direction de la Maison, bientôt secondé par son fils Jules. Les Fossin devinrent les joailliers officiels de Louis-Philippe, le dernier roi de France. Ils séduisaient une clientèle de plus en plus diversifiée et cosmopolite, celle du monde des affaires et de la finance comme



les Rothschild, des artistes et des écrivains comme Balzac ou Mérimée. Grand ami de la comtesse de Montijo, qu'il avait rencontrée en Espagne en 1830, Prosper Mérimée se rendait en personne dans la boutique des Fossin, alors sise rue de Richelieu, pour le compte de son amie. Leurs échanges épistoliers, qui se poursuivront pendant plus de 30 ans et qui témoignent de leur sincère amitié, évoquent parfois ces déplacements : " J'exécuterai demain votre commission auprès de *Fossin* " lui écrit-il ainsi le 4 novembre 1843¹. Quelques années plus tard, décrivant une admirable agrafe antique rapportée de Naples par sa cousine, l'écrivain s'exclame : " *Croyez qu'il n'y a pas de bijou chez Fossin qui vaille celui-là* " !². C'est encore Fossin qui fournit les bijoux de la corbeille de mariage de sa fille ainée, Maria-Francesca de Sales dite Paca, lorsqu'elle se maria avec le duc d'Albe en 1842³. Il semble donc naturel que la comtesse de Montijo ait entraîné sa cadette Eugénie chez son joaillier lors de leurs séjours à Paris.

Les archives de l'actuelle maison Chaumet – Chaumet est alors dirigée par Fossin -, nous renseignent fort utilement sur leurs commandes. Le livre de factures de Fossin pour 1851 et 1852 rappelle les adresses de résidence des deux femmes : au 12 place Vendôme en 1851 puis, au 20 de la même place en 1852. Les choix de la mère et de la fille durant ces deux années illustrent bien les différents courants de la joaillerie à cette époque. Pour la comtesse de Montijo, ce sont des ornements de cheveux telle une couronne de neuf fleurs de jasmi en diamants dont chaque fleur se détache ou une broche en branche de lierre qui se divise en deux pour être portée en " épingles de tête " ⁴. Très en vogue, ces compositions naturalistes à connotations sentimentales perpétuent l'esprit du romantisme. Pour Eugénie, qui apparaît dans le livre de factures sous le nom de Mlle de Montijo, ce sont des créations influencées par l'antique comme une monture pour un bandeau grec en or poli orné de camées en corail avec devant de corsage et bracelet du " même genre ", ou encore un bracelet serpent qui mêle inspiration gréco-romaine



iii.2. Edouard-Louis Dubufe (1819-1883), *Portrait de l'impératrice Eugénie*, 1853, huile sur toile Musée national du palais de Compiègne

¹ Lettre à la comtesse de Montijo, 4 novembre 1843, *Lettres de Prosper Mérimée à Madame de Montijo* Collection Le Temps retrouvé, Mercure de France, 1995, Tome 1, p. 126.

² Lettre du 19 juin 1847, op. cit, p. 330.

³ Diana SCARISBRICK, *Chaumet joaillier depuis 1780*, Paris, Alain de Gourcuff, 1995, p. 64.

⁴ Archives Chaumet, commandes des 6 et 12 novembre 1851, Livre de factures G Janvier 1851- mai 1853, p. 246.



ill.3. Georges Diébolt (1816- 1861), *L'Impératrice Eugénie*, 1853, marbre Musée national du palais de Compiègne

et symbolique animalière⁵. Ce bracelet est décrit comme suit : “ bracelet serpent à ressorts en or mat, tête brillants, écailles tâchées d'émail rouge, demi perle au milieu de chaque tâche “. Une analogie peut être établie avec un bijou qui aurait été offert par Napoléon III à l'Impératrice Eugénie, passé en vente chez Christie's à Londres le 16 novembre 1999 (lot 101) (**ILL.1**). Il s'agit d'un bracelet serpent signé Pierre-Jules Chaise, un bijoutier joaillier parisien connu à l'époque pour ses créations pleines de fantaisie conjuguant souplesse et élégance. Le combat de deux serpents entrelacés donne ici prétexte à un jeu de lignes sinueuses où le mouvement le dispute au volume. Tout comme dans le descriptif du bracelet fourni par Fossin, le bijou est en or et en émail de couleur pour les écailles tandis que les têtes des reptiles sont serties de diamants. Avec ce type de bracelet, Eugénie montre là un goût certain pour des bijoux-sculptures caractéristiques de leur époque.

La passion pour les perles de la future Impératrice transparait aussi dans ses commandes. Il faut dire que la réputation de la Maison Fossin en ce domaine n'était plus à faire. Sous le Premier Empire, les Nitot avaient considérablement contribué à l'enrichissement des perles de la Couronne, notamment avec la grande parure de Marie-Louise pour le diadème de laquelle ils fournirent la célèbre *Régente* ou *Napoléon*, la plus grosse perle alors connue en Europe. C'est donc chez Fossin que la future impératrice Eugénie fait transformer un collier de perles à six rangs. En octobre 1851, elle lui confie 282 perles à renfiler auxquelles s'ajoutent la fourniture de 175 perles nouvelles et la réalisation d'une agrafe de diamants⁶.

Mais de toutes les commandes qui précèdent le mariage, la plus émouvante est celle qui apparaît en date du 6 janvier 1853. Commande modeste certes par la fabrication et le coût, mais ô combien symbolique puisqu'il s'agit de “ deux anneaux de mariage jonc, or uni poli dans l'un Eugénie Louis Napoléon dans l'autre Louis Napoléon Eugénie “⁷. Alors que d'autres splendides commandes apparaissent à la même date, deux broches d'épaules en diamants et perles ou un bracelet à cinq tours en rubis, diamants et perles, c'est



ill.4. F.X. Winterhalter (atelier de), *L'Impératrice Eugénie*, 1855, huile sur toile Châteaux de Versailles et de Trianon

⁵ Archives Chaumet, commandes du 25 septembre 1851 et du 14 septembre 1852, *ibid.*, p. 247.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

bien cette mention des anneaux de mariage avec les noms gravés de Napoléon III et d'Eugénie qui retient l'attention. Sur l'un des premiers tableaux officiels représentant la nouvelle souveraine, le superbe portrait peint par Edouard Dubufe en 1853 et conservé au Palais de Compiègne, on peut deviner un anneau d'or à l'annulaire gauche (ILL.2). Parmi les splendides bijoux portés sur ce portrait par Eugénie (à signaler notamment l'ordre des Dames Nobles espagnoles de Marie-Louise d'Espagne), c'est un autre bijou qui attire le regard, celui porté en devant de corsage au milieu des longs rangs de perles, le fameux trèfle d'émeraudes et de diamants offert par Napoléon III, qui fut le bijou fétiche de l'Impératrice et dont histoire romanesque mérite que l'on s'y attarde.

L'épisode lié à ce présent eut lieu en décembre 1852 au palais de Compiègne où étaient invitées Eugénie et sa mère. Le préfet de Maupas, témoin direct de la scène, se souvient dans ses *Mémoires* que l'«on se racontait à l'oreille l'anecdote suivante»: «*Par une belle matinée d'automne, l'Empereur, accompagné seulement de quelques personnes, parmi lesquelles se trouvaient Mme et Mlle de Montijo, se promenait dans le parc de Compiègne. Les pelouses étaient couvertes d'une rosée abondante et les rayons du soleil donnaient à toutes les gouttelettes, qui chargeaient encore les herbes, des reflets et des transparences diamantées. Mlle Eugénie de Montijo, dont la nature était pleine de poésie, se plaisait à admirer les effets capricieux et magiques de la lumière. Elle avait fait remarquer, en particulier, une feuille de trèfle si gracieusement chargée de gouttes de rosée qu'on eût dit un vrai bijou tombé de quelque parure. La promenade finie, l'Empereur prenait à part le comte Baciocchi, qui, quelques instants après, partait pour Paris. Il rapportait, le lendemain, un délicieux bijou qui n'était autre qu'un trèfle dont chacune des feuilles portait un superbe diamant imitant des gouttes de rosée. Le comte, dont on connaissait le goût délicat, avait fait imiter, avec une rare perfection, la feuille admirée la veille par sa future souveraine, et, peu après son retour, le petit trèfle, qui avait toutes les apparences d'une bague de fiançailles, figurait sur l'élégant corsage de la belle étrangère « (...) et on peut dire que c'est de ce jour que les conjectures relatives au mariage prirent, pour l'entourage du Souverain, un caractère tout à fait affirmatif. »⁸.*

⁸ Charlemagne Émile DE MAUPAS, *Mémoires sur le Second Empire*, E. Dentu, 1885, Volume 2, p. 16-17.

C'est très exactement lors de la loterie de Noël tirée au palais de Compiègne qu'Eugénie gagne par ce concours de circonstances très "arrangées" un petit bijou imitant un trèfle, en émeraudes et en diamants, que le comte Bacciochi est allé quérir chez Fossin. Le geste est en effet perçu comme l'annonce des fiançailles. Depuis plus de trois ans que la jeune espagnole réside régulièrement à Paris, l'Empereur lui fait une cour assidue et multiplie les signes de la passion amoureuse. Le trèfle est le premier joyau qu'il lui offre. Parfaite incarnation du bijou de sentiment, il apparaît comme une déclaration publique. En dépit de l'hostilité de son entourage politique et de la famille impériale qui lui suggèrent une union avec une maison souveraine, Napoléon III suit son cœur et impose Eugénie. Il demande sa main le 15 janvier 1853 à la comtesse de Montijo et, contrevenant aux usages des cours européennes qui s'unissent entre elles, le souverain annonce son mariage le 22 janvier suivant dans un discours fameux prononcé aux Tuileries devant les corps de l'Etat réunis : "*J'ai préféré une femme que j'aime et que je respecte à une femme inconnue dont l'alliance eût eu des avantages mêlés de sacrifices*" déclare-t-il. Le mariage civil est célébré le 29 janvier dans la salle du Trône des Tuileries et le mariage religieux le lendemain, 30 janvier, dans la cathédrale Notre-Dame de Paris.

Très attachée à ce délicat bijou témoin de sa romance avec l'Empereur et annonciateur de leur union, Eugénie le portait très régulièrement, au centre du corsage, comme dans le portrait d'apparat de Dubufe. Le trèfle figure aussi sur d'autres représentations officielles de l'Impératrice comme un buste sculpté par Georges Diébolt (Compiègne) (**ILL.3**) ou le célèbre portrait en pied de la souveraine par Winterhalter, si souvent répété (**ILL.4**). Alors qu'Eugénie resplendit en arborant les bijoux du trésor de la Couronne, c'est bien le petit trèfle que l'on aperçoit au centre du corsage. Chargés de créer, de codifier, les premières représentations officielles de la souveraine, ces artistes l'ont légitimement figurée avec les attributs du pouvoir et le trèfle d'émeraudes et de diamants prend ici toute sa dimension de cadeau pré-nuptial ayant valeur d'engagement.

Le motif du trèfle trilobé est à la mode à cette époque. La symbolique du trèfle à trois feuilles renvoie à la trinité chrétienne. Très pieuse, l'impératrice Eugénie fut sans doute sensible à cette allusion mais c'est bien la dimension sentimentale qui lui fit chérir cette petite broche. Madame Carette, dame du

Palais de l'Impératrice, rapporte cet attachement si particulier d'Eugénie à ce bijou : « *Tous les soirs l'Impératrice était décolletée pour le dîner, et l'hiver elle mettait de préférence, lorsqu'elle était en petit comité, une longue robe de velours sombre ou de satin blanc uni, avec quelques bijoux, parmi lesquels se trouvait toujours le trèfle d'émeraudes et de diamants, premier présent de l'Empereur. Elle aimait cette simplicité, qui du reste lui seyait mieux que tout* »⁹.

Mais l'histoire du trèfle d'émeraudes ne s'arrête pas là. Conservée dans une collection privée, une broche trèfle en émail et diamants est parfois présentée comme le fameux trèfle d'Eugénie en dépit de l'absence des émeraudes attestées par tous les contemporains (ILL.2). C'est par la comtesse Antonia d'Atainville que le bijou est parvenu jusqu'à nous. Nièce de l'Impératrice, elle fut la compagne des dernières années de la souveraine déchu. Eugénie lui offrit une broche trèfle à la fin de sa vie, peut-être au moment du mariage d'Antonia le 7 juin 1900 avec Pierre Lescuyer d'Atainville. Après le décès de son époux en 1921, Antonia unit son destin à Félix de Baciocchi-Adorno, le secrétaire particulier de l'Impératrice de 1915 à 1920. Hasard singulier de l'histoire, Félix était le cousin du comte Baciocchi, celui-là même qui s'était rendu chez Fossin en décembre 1852 pour trouver le bijou porteur des sentiments de Napoléon III. La broche trèfle en émail appartient toujours à leurs descendants.

Il semble plutôt qu'il s'agisse d'une seconde version commandée par Eugénie elle-même. Le 21 février 1853, l'Impératrice commande en effet chez Fossin pour la somme de 1150 francs « Une broche portrait entourée d'un cercle et de rayons en diamants quatre émeraudes surmontées d'un trèfle en émail vert entouré de diamants »¹⁰. Les bijoux à portraits, c'est à dire ornés d'une miniature ou d'un camée à l'effigie de la personne désirée, connaissent alors une grande popularité. Malheureusement, on ne sait pas qui est figuré sur le portrait de cette commande. Eugénie, Napoléon III ? On peut en revanche supposer que le trèfle d'émail vert et de diamants qui le surmonte est bien celui qui est parvenu jusqu'à nous. Hypothèse renforcée par le fait qu'en janvier et



ill.5. Jules Fossin (1808- 1869), Missel du mariage de l'impératrice Eugénie offert par la princesse Mathilde 1853, or, argent, émail, émeraudes, rubis, diamants Collection privée



ill.6. Jules Fossin (1808- 1869), Montre châtelaine au chiffre de l'impératrice Eugénie 1853, or, argent, émail, perle, diamants Musée national du château de Malmaison

⁹ Madame Henri CARETTE née BOUVET (1839–1926), *Souvenirs intimes de la Cour des Tuileries*, Paris, Paul Ollendorf, 1889–1891, 3 tomes, t. 1, p. 171.

¹⁰ Archives Chaumet, Livre de facture H février 1853- mai 1861, p. 35–36.



ill.7. Joseph Chaumet (1852-1928), Diadème de la princesse Henckel von Donnersmarck, fin du XIXe siècle, or, émeraudes, diamants Musée du Qatar



ill.8. Diadème aux 19 émeraudes poires, vente Christie's Genève 16 novembre 1989.



ill.9. Bracelet articulé, diamants et émeraude de 7, 25 carats.



ill.10. Collier d'émeraudes Cartier de la reine Victoria- Eugénie

septembre 1853, l'Impératrice remet à Fossin sa " broche trèfle émeraudes et brillants " pour de petites soudures à la queue et à l'épingle ¹¹.

Et puis, l'histoire du trèfle d'émeraudes est connue, elle a été narrée par Madame Carette qui raconte qu'en fuyant Paris et la France en septembre 1870, l'Impératrice n'emporta qu'un simple anneau d'or au doigt (est-ce l'anneau du mariage ?) et une « épingle qui figurait un gros trèfle d'émeraudes entourées de brillants » dont elle précise que « jusqu'à la mort de l'Empereur elle la portait tous les soirs parmi ses autres bijoux, qu'elle que fût sa parure »¹². Après la mort de l'Empereur en 1873, Eugénie renonça à porter des bijoux, tout au moins quand le deuil réglementaire fut passé, des bijoux de couleur. Le départ de son fils tant aimé pour le Zululand en 1879 lui fit reprendre le trèfle symbolique : « ayant considéré ce premier présent de l'Empereur comme le gage de tous les bonheurs de sa vie, elle ne pouvait se défendre d'y attacher une illusion superstitieuse. Le jour du départ du Prince Impérial pour le Zululand, l'Impératrice reprit le trèfle d'émeraudes et, jusqu'au 19 juin, elle eut soin de le porter », nous dit encore Madame Carette ¹³. Après la mort tragique du Prince impérial, Eugénie renonça à ce qu'elle avait longtemps considéré comme un " talisman heureux " et sa " plus chère relique ". Elle l'offrit à la fidèle duchesse de Mouchy, dame d'honneur qui l'avait suivie en exil en Angleterre, comme un gage de bonheur et de tendre amitié, lui enjoignant de le porter chaque soir.

L'histoire du trèfle connaîtra un épilogue émouvant. Quand Eugénie commandera chez Chaumet en 1906 le diadème qu'elle souhaite offrir pour le mariage de sa filleule, Victoria-Eugénie de Battenberg, avec le roi d'Espagne Alphonse XIII, son choix se portera sur un modèle très en vogue à la Belle Epoque, deux ailes en diamants, sur lequel elle fera ajouter un motif central pouvant se détacher pour être porté en devant de corsage, un motif qu'elle chérissait tout particulièrement : un trèfle, composé de trois gros diamants¹⁴.

¹¹ Ibid. 19 janvier 1853 : « Soudé la queue d'une broche trèfle émeraudes et brillants » ; 14 septembre 1853 : « Soudé une épingle à une broche trèfle émeraudes et brillants ».

¹² CARETTE, op. cit, t.I p. 56.

¹³ Ibid. p. 56-57.

¹⁴ Archives Chaumet, commande du 2 janvier 1906, Livre de facture 1905- 1906, folio 78 ; négatif sur plaque de verre n°2906 daté du 24 février 1906.

Parmi les autres commandes joaillières connues passées par l'Impératrice avant le mariage, on peut citer un éventail en émail rouge et or chez Mellerio ou une monture d'ombrelle en émail vert enrichie de diamants provenant de chez Fossin¹⁵. Et c'est encore Fossin qui livre le missel de mariage offert à Eugénie par la princesse Mathilde, cousine de l'Empereur. (ILL.5) Contenant le texte enluminé de la messe du mariage ainsi que des textes édifiants sur le bon comportement d'une épouse et d'une mère, ce missel est protégé par une reliure ciselée en argent dont les plats portent une aigle couronnée d'un côté et la double initiale d'Eugénie serties de diamants sous couronne de l'autre. C'est une merveille que l'Impératrice conservera toute sa vie.

En dépit de ses relations privilégiées et anciennes avec Eugénie, Fossin, fidèle à la famille d'Orléans, refusa semble-t-il le titre de joaillier de l'Impératrice, laissant notamment la place à Lemonnier, à Kramer ou à Mellerio dont la souveraine prisait particulièrement les créations. Napoléon III en revanche continua à se fournir chez Fossin pour acheter des montres, des bagues et des bracelets, souvent ornés de son chiffre ou de celui de l'Impératrice, et destinés à être offerts en cadeaux. L'un de ces plus célèbres bijoux encore existants est conservé au musée national de Malmaison (ILL.6). Il s'agit d'une montre châtelaine au boîtier en émail bleu orné du chiffre E sous couronne en diamants, un présent de Napoléon III offert à Eugénie au tout début de leur mariage en 1853, et qu'à son tour Eugénie offrit à la comtesse de la Bédoyère, l'une de ses dame du Palais.

Qu'en est-il de la relation d'Eugénie à la joaillerie après la chute de l'Empire ? Le jour de la défaite, le 4 septembre, l'Impératrice quitta le palais des Tuileries avec un simple anneau d'or et son trèfle d'émeraudes, tandis que les Joyaux de la Couronne étaient déposés à la Banque de France. Eugénie avait auparavant pu faire parvenir ses bijoux personnels à la princesse Pauline de Metternich par l'intermédiaire de la duchesse de Malakoff et de Madame Pollet. Dans ses *Souvenirs*, Pauline de Metternich se remémore avoir caché "ces remarquables diadèmes, ces parures, ces devants de corsage, ces perles, ces bracelets et ces broches, ces boucles d'oreilles, ces ran-



ill.11.
L'impératrice Eugénie, photographie vers 1865



ill.12. Diadème des ducs d'Albe



ill.13. Pendentif et médaillon de l'impératrice Eugénie, deuxième moitié du XIXe siècle, or, argent, perles, diamants, camée saphir Albion Art collection

¹⁵ AN O5 2301, dossier du mariage de l'Empereur, cité par Catherine Granger, *L'Empereur et les arts. La liste civile de Napoléon III*, Paris, Ecole des Chartes, 2005, p. 134.



ill.14.
Médaillon Amitié



ill.15.
Médaillon Coeur

*gées de solitaires, ces ferrets de diamants, ces aigrettes et ces pier-
reries de toutes sortes* »¹⁶. Grâce au comte Rodolphe de Montgelas,
secrétaire de l'Ambassade d'Autriche, cet écrin personnel put tra-
verser la Manche et fut déposé à la Banque d'Angleterre à Londres.
Même si les banques lui accordèrent des prêts importants, Eugénie
se vit alors contrainte de vendre ses propriétés en Espagne et de
céder ses bijoux pour assurer le train de vie de la famille impériale
dans l'exil. Cette vente fut orchestrée par Christie's à Londres le
24 juin 1872. La vacation comportait 114 lots de joaillerie ou de
pierres précieuses et 9 lots d'éventails et ombrelles. Elle rapporta
45.000 livres-or ou 1.125.000 francs-or de l'époque. Les principaux
acheteurs furent les joailliers Phillips et Garrard et Monsieur Ro-
thschild¹⁷. Outre la splendeur des diamants et des perles, la vente
révéla de nombreuses et magnifiques émeraudes, gemmes adorées
par l'Impératrice et assez peu représentées dans les Joyaux de la
Couronne. Certaines peuvent être identifiées dans des bijoux pos-
térieurs comme dans le sublime diadème réalisé par Chaumet à la
toute fin du XIXe siècle pour la princesse Henckel von Donners-
marck (**ILL.7**). Les 11 émeraudes taille poires polies proviennent
très certainement de la vente de 1872 tout comme celles passées
en vente chez Christie's le 16 novembre 1989 à Genève provenant
des collections Rothschild¹⁸ (**ILL.8**). D'autres bijoux peuvent aus-
si prétendre venir de la collection de l'Impératrice tel un bracelet
articulé en diamants avec une émeraude de 7, 25 carats, vendu à
un membre de l'establishment anglais¹⁹ (**ILL.9**) ou de splendides
colliers d'émeraudes dont celui porté par la reine Victoria-Eugénie
et réalisé par Cartier à partir des émeraudes qui avaient été offertes
par l'Impératrice à sa filleule (**ILL.10**). On peut encore signaler une
croix taillée dans une seule émeraude ayant appartenu à la reine
Isabelle II d'Espagne, donnée à Eugénie, qui l'offrit ensuite à Béa-
trice, la plus jeune fille de la reine Victoria (**ILL.11**). Passé à sa fille
Victoria-Eugénie, cette croix aurait été vendue par Alphonse XIII
durant l'exil.

¹⁶ Cité par Catherine GRANGER, op. cit., p. 377.

¹⁷ Bernard MOREL, *Les Joyaux de la Couronne*, Fonds Mercator, 1988, p. 354.

¹⁸ *Ensemble important de bijoux en diamants et émeraudes vendus au profit de l'une des Fondations de bienfaisance de feu Madame James A. de Rothschild*, Christie's Genève, 16 novembre 1989, lots 660, 661, 666.

¹⁹ Diana SCARISBRICK (dir.), *Parures de pouvoir, bijoux des cours européennes*, Bruxelles, Fonds Mercator, 2007, p. 241.

En 1871, 1872, et 1873, on sait aussi que le comte Clary traita au nom d'Eugénie pour des ventes importantes avec le joaillier Kramer et qu'il négocia avec Rothschild qui fit vendre certaines pièces aux Etats Unis. Madame Carette elle-même évoque la vente du collier de perles porté par la souveraine le jour de son mariage. Après 1874, la République française leva par arrêté parlementaire le séquestre mis sur les biens de la famille impériale et Eugénie put recouvrer une grande partie de ses revenus, suffisamment pour entretenir la propriété de Farnborough Hill et poursuivre ses œuvres de charité. Désormais, l'Impératrice n'usera de la joaillerie que pour des présents destinés à des fidèles, des proches, ou à l'occasion des mariages dynastiques. On peut noter par exemple une plume en diamants offerte à la future reine Mary pour ses noces en 1893, un grand saphir au prince Murat, une broche en rubis pour une petite-fille de Victoria à l'occasion de son union avec le prince héritier de Suède ou encore le fameux diadème des ducs d'Albe (**ILL.12**). Et c'est ainsi que 47 ans après sa dernière commande chez Fossin, Eugénie renoue avec le joaillier devenu depuis Chaumet (qui d'ailleurs s'installera en 1907, étonnante coïncidence, au 12 de la place Vendôme, là où elle résidait avec sa mère en 1851 !). Elle y fait l'acquisition d'un diadème demi soleil en diamants avec en son centre un saphir (la facture est acquittée en date du 23 décembre 1905 pour 3000 francs) et surtout du diadème ailes au trèfle pour le mariage de sa filleule Victoria-Eugénie, qui sera payé comptant le 3 novembre 1906 pour 13 050 francs ²⁰. En juillet 1906, elle commande trois épingles à son chiffre sous couronne, l'une en diamants et les deux autres en émail, épingles très probablement destinées à des cadeaux comme sous l'Empire (**ILL.18**) ²¹.

Les bijoux continuent en effet d'être pour Eugénie un moyen de remercier ceux qui l'ont aidée dans cet exil marqué par tant de drames et de souffrance. C'est ainsi qu'elle se séparera d'un merveilleux bijou pour dire son infinie reconnaissance à sir et lady Burgoyne, ce couple britannique qui accepta le 6 septembre 1870, alors qu'elle tentait de fuir la France à la chute de l'Empire, de la faire passer en Angleterre à bord de leur goélette la *Gazelle* (**ILL.13**). Ce pendentif et sa chaîne en or devaient être particulièrement précieux pour la souveraine puisque le couvercle du médaillon surmonté du double chiffre E sous couronne impériale est serti d'un camée de saphir représentant la reine Hortense en muse jouant de la lyre, magnifié par la bordure de diamants et la couronne de lauriers en perles et diamants. Bijou familial—le camée a certainement été légué par Hortense à son fils Napoléon III, le pendentif est aussi un bijou sentimental qui contient la photo d'Eugénie à l'intérieur du médaillon. Témoig-

²⁰ Archives Chaumet, Livre de factures A Londres p. 78 et 110. Commande du 2 janvier 1906 « Sa Majesté l'Impératrice Eugénie, Farnborough Hill »: « Un diadème ailes diamants centre trèfle diamants pouvant se porter en devant de corsage à volonté. Prix indiqué de 10 050 francs ».

²¹ Archives Chaumet, Livre de factures O septembre 1905 - octobre 1911, p. 592.



ner de ses sentiments au-delà de la reconnaissance devient bien l'une des fonctions que l'Impératrice en exil assigne à la joaillerie. Loin de la représentation mondaine et de la magnificence des cérémonies officielles d'antan, les bijoux sont devenus des porteurs de messages. Offert par la reine Victoria à l'impératrice Eugénie le 10 août 1857 et contenant une mèche de cheveux, un médaillon *Amitié* en or et turquoise passe ainsi à sa chère Victoria-Eugénie qui elle-même en fit don à sa filleule Cayetana, duchesse d'Albe, à l'occasion de la naissance de sa fille cadette Eugénie, duchesse de Montoro, en 1968 (ILL.14).

C'est avec le célèbre pendentif cœur que nous concluons cette évocation de la relation très sentimentale d'Eugénie à la joaillerie (ILL.15). Passé en vente le 27 novembre 2019 chez Christie's à Londres, en même temps qu'une paire de boucles d'oreilles en perles de l'Impératrice, ce charmant et délicat bijou, pavé de rubis et de diamants, conserve une mèche de cheveux de Napoléon III visible au revers. Si les sources nous manquent pour raconter les origines de ce petit joyau, sa symbolique suffit à rappeler la femme de cœur que fut Eugénie.





L'ÉCRIN DE L'IMPÉRATRICE EUGÉNIE

CHRISTOPHE VACHAUDEZ

DEPUIS QUELQUE TEMPS, NAPOLÉON III cherchait à contracter un mariage afin de pérenniser la dynastie. Le 29 janvier 1853, il épouse Eugénie-Marie de Montijo, comtesse de Teba, une aristocrate espagnole parfaitement intégrée à la bonne société parisienne. À cette occasion, l'empereur souhaite, comme son parent Napoléon Bonaparte, entourer la fonction impériale d'un certain lustre. Dans cette optique mais aussi parce qu'il s'agit d'un mariage d'amour, il se révèle particulièrement généreux. Ainsi, grâce aux fonds extraordinaires qui lui sont accordés par le gouvernement, il commande de somptueux ensembles à Gabriel Lemon-



*La reine Hortense
par Félix Cotrau - Château d'Arenenberg*



*Le talisman de Charlemagne
Palais du Rau, Reims*

nier, l'un des joailliers les plus en vue de l'époque. Ce dernier livre une parure de rubis et perles fines, une parure de saphirs et diamants, une rare parure de perles grises ou encore une parure d'émeraudes et de perles fines¹. Ces bijoux



Le devant de corsage et les broches de la parure de perles



L'impératrice portant la Régente en pendentif

comme beaucoup d'autres feront partie de la cassette privée d'Eugénie qui les emportera en exil, à la chute de l'empire. De sa mère, Napoléon III n'a hérité que peu de choses si ce n'est, notamment, une suite d'épis en diamants. Confrontée à des problèmes d'argent, Hortense, la fille de Joséphine, a vendu la plupart de ses parures. Il est pourtant une pièce qu'Eugénie reçoit avec beaucoup d'émotion, il s'agit d'un reliquaire qui aurait été retrouvé sur le corps de Charlemagne lors de son exhumation en 1166 par Frédéric Barberousse. En or filigrané serti de 150 pierres précieuses, d'un saphir de 190 carats et d'un cabochon en verre contenant une relique de la vraie croix, le bijou serait un cadeau du calife Haroun ar-Rachid. Il sera offert à Napoléon Bonaparte et à Joséphine par l'évêque français d'Aix-la-Chapelle lors de leur venue en 1804. Ce talisman, aussi dénommé encolpion, fut légué à Hortense qui le porte sur un portrait de Félix Cottrau conservé dans sa résidence d'exil, le château d'Arenenberg, sur les bords du lac de Constance. Eugénie le conservera jusqu'en 1919. Elle décide alors de confier ce bijou historique au trésor de la cathédrale de Reims où il est toujours exposé².

¹ Bernard. MOREL, *Les Joyaux de la Couronne de France*, Anvers, 1988, p. 339

² *Brillante Europe*, Cat. Exp., ING, Bruxelles, 2007, pp.39-40



Une des broches et le diadème de la parure de perles, tous deux rachetés par le Musée du Louvre

Au mariage célébré à la cathédrale Notre-Dame de Paris, les invités découvrent leur nouvelle impératrice parée comme une châsse. Une revue de l'époque décrit la tenue comme suit : « En velours épinglé blanc, constellé de pierreries. Le cor-



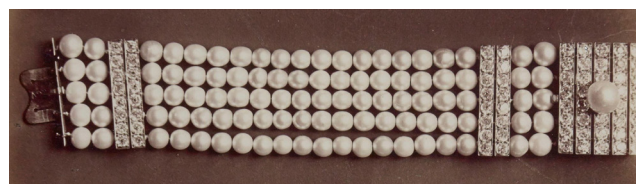
L'impératrice Eugénie portant le diadème et les colliers de la parure de perles, par Franz Xaver Winterhalter

sage montant avait de grandes basques rondes garnies de volants d'Angleterre et de deux rangées de diamants. Le devant de corsage, orné également de point d'Angleterre, coquillé droit, était énuché, depuis le haut jusqu'en bas d'épis de



La princesse Marguerite de Tour et Taxis arborant le diadème de la parure de perles

diamants formant brandebourgs, au centre desquels brillait une étoile en guise de bouton. Les larges manches 'pagodes' étaient décorées de quatre rangées de point d'Angleterre et, entre chaque rangée, scintillaient des diamants. Une ceinture de diamants et de saphirs marquait la finesse d'une taille de nymphe. La jupe de la robe était en demi-queue traînante, toute recouverte de point d'Angleterre. Entre les brandebourgs de diamants du corsage, se détachait une broche en diamants, présentant au centre une admirable miniature du portrait de l'empereur. Sur la tête, un diadème et un tour de peigne avec des saphirs merveilleux, et au cou un splendide collier de perles complétaient l'ensemble »³. Cette recension nous enseigne que l'impératrice nourrit déjà un amour immodéré pour



L'un des bracelets de la parure de perles. L'impératrice porte la paire sur ce portrait par Franz Xaver Winterhalter – Casa de Alba



La princesse Gloria de Tour et Taxis jour le de son mariage



³ Bernard MOREL, *Les Joyaux de la Couronne de France*, Anvers, 1988, p. 353



*Le diadème de la parure de diamants avec
le Régent*

la mise et la parure et que son surnom de *Falbalà première* ne sera pas usurpé. Eugénie n'a pas choisi les bijoux au hasard. Elle arbore des épis de blé qui lui viennent d'Hortense, emblème de fertilité mais aussi rappel du Premier Empire, et une miniature de l'empereur, voilà pour le côté sentimental et symbolique. Pour le côté officiel, elle a choisi les saphirs et le collier de perles des

Joyaux de la Couronne de France, désormais à sa disposition. Si certaines ont été laissées en l'état comme les parures de rubis, de saphirs et de turquoises ou le diadème d'émeraudes, remis au goût du jour pour la duchesse d'Angoulême, d'autres ont été remodelées à l'occasion du mariage. Ainsi, on confie celle de perles à Gabriel Lemonnier, l'un des joailliers qui recevra le brevet de fournisseur officiel de la cour. Ses ateliers, situés sur la Place Vendôme, livrent un impressionnant devant de corsage incorporant la perle Napoléon de 346,27 grains, également connue sous le nom de *Régente*. Livrée par Nitot en 1805 à Bonaparte, fraîchement couronné empereur, elle peut aussi se porter en pendentif et Eugénie ne s'en prive pas, fixant le culot endiamanté à un broche en rubis.

Le joaillier réalise deux broches d'épaules et deux broches de corsage dont une, achetée à la vente des Joyaux de la Couronne en 1887 par la princesse Clémentine, fille du roi Louis-Philippe, a été vendue récemment par sa descendance au Musée du Louvre.

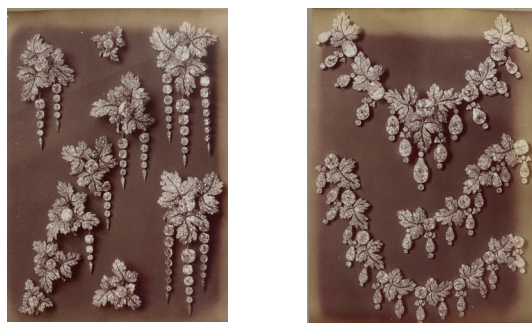


*Le nœud de la première
ceinture de diamants*



*Le grand bouquet de la
parure de diamants*

Enfin, Lemonnier exécute une couronnette de tête et un remarquable diadème de rinceaux feuillagés que le prince de Tour et Taxis acquiert lors de cette même



Des portions de la grande guirlande de feuilles de groseilliers de la parure de diamants

vente. Il survivra ainsi aux aléas du temps et intégrera les collections du Musée du Louvre en 1981.

Le diadème fera partie des bijoux favoris de l'impératrice qui choisit de le porter sur son portrait officiel peint par Franz Xaver Winterhalter. Il sera largement



La plume de paon et la branche de lilas

reproduit et diffusé dans toutes les mairies de l'empire. Elle le coiffe aussi quand Napoléon III reçoit l'ordre de la Jarretière de la reine Victoria. Plus tard, c'est la princesse Marguerite de Tour et Taxis qui l'arbore lors des grands événements familiaux. La princesse Gloria le portera pour son mariage le 31 mai 1980. La parure de perles des Joyaux de la Couronne sera complétée, plus tard, par un collier à quatre rangs de 366 perles et un collier à 8 rangs de 542 perles. Deux bracelets attribués à Mellerio, un autre joaillier important de l'empire enrichissent encore l'ensemble. L'impératrice les arbore sur un autre portrait réalisé lui aussi par le portraitiste Franz Xaver Winterhalter.

C'est à un autre joaillier, répondant au nom de Viète, installé rue Vivienne, qu'échoit la commande d'un nouveau diadème pour la parure de diamants. Le bijou qui sera adapté à plusieurs reprises ne plaira jamais vraiment à l'impératri-



La couronne de l'impératrice Eugénie réalisée en 1855 par le joaillier Lemonnier – Musée du Louvre



Le diadème à la grecque de la parure de diamants



*L'impératrice Eugénie portant
le diadème à la grecque*



*L'impératrice et son bandeau
d'or serti de camées roses*

ce qui dit avoir l'impression d'être devenue Lucifer en personne avec ses éclairs enflammés qui fusent de sa chevelure⁴. Il sera démonté en 1856 au profit de la grecque en diamants dessinée par la maison Bapst. Quant au joaillier Kramer, il se charge de créer une grande ceinture dont un nœud à pampilles sert d'ornement central. Cette partie sera la seule à survivre quand, en 1855, on redessine le bijou. En effet, la fièvre s'empare des ateliers des joailliers parisiens à l'approche de l'Exposition universelle où ils vont pouvoir présenter au monde entier qui défile à Paris leurs créations les plus significatives. L'un des plus impressionnants bi-



*Le grand peigne de la
parure de diamants,
les étoiles et les
trois roses de haie*

joux qui soient naît chez Théodore Fester. Ce dernier qui adoube le retour en force du naturalisme imagine un bouquet d'une beauté et d'une légèreté à couper le souffle. Les fleurs sur ressort captent la lumière au moindre mouvement et offrent un scintillement renouvelé.

Cet engouement pour la botanique trouve un prolongement dans la création de la grande ceinture de feuilles de groseilliers signée Alfred Bapst. Entièrement modulable, elle souligne la taille des crinolines. Elle s'assortit d'un imposant devant de corsage et d'un tour de décolleté, lui aussi entièrement ajustable.

D'autres achats privés illustrent ce goût devenu très populaire comme une fleur de lilas aux fleurs d'émail de Léon Rouvenat, proche de cet exemple ouvert par Mellerio, ou d'une discrète plume de paon, elle aussi sortie des ateliers du joaillier Mellerio qui fournira également de précieux éventails endiamantés à l'impératrice⁵.

L'année 1855 s'avère faste puisque la maison Bapst, autre fournisseur officiel de la cour impériale, assemble une partie des plus beaux diamants roses du tré-

⁴ Bernard MOREL, *Les Joyaux de la Couronne*, Anvers, 1988, p. 339

⁵ Mellerio. *Le joaillier du Second Empire*, Paris, 2016, pp. 34-35 et pp. 70-74



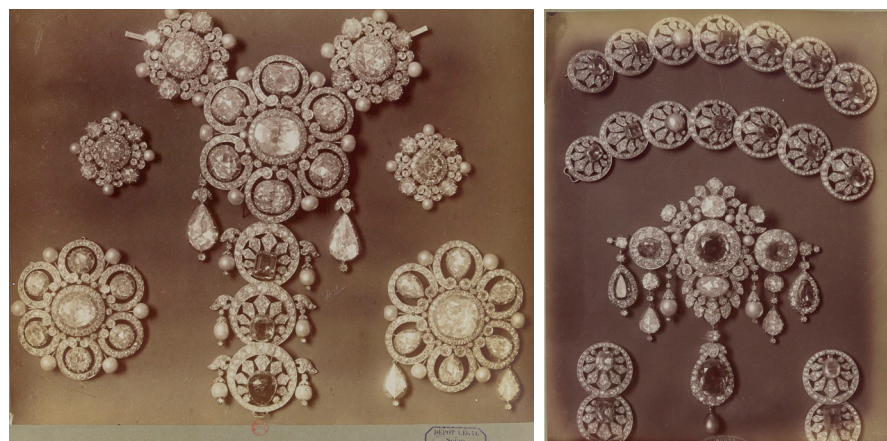
*L'impératrice Eugénie
travestie en odalisque*



*L'éventail offert par les
femmes juives du royaume*



Le diadème aux aiguilles et les nœuds de corsage de la parure de diamants



Des portions de la grande ceinture de pierreries créée par Bapst en 1864

royal dans une longue broche au tombé époustouffant, alors qu'une deuxième broche pendentif voit le jour avec d'autres pierres significatives des Joyaux de la Couronne. La première existe toujours et est exposée au Louvre. Quant à Lemonnier, il est sollicité pour la couronne de tête destinée à l'impératrice. De dimensions modestes, elle est réalisée en or, s'orne d'émeraudes et de diamants, et montre une alternance d'aigles éployées et de palmettes sommées de lauriers endiamantés. Financée par la cassette privée de Napoléon III, elle sera rendue à Eugénie après son départ de France. Incluse dans l'héritage de Marie-Clotilde, comtesse de Witt, fille du prince Victor Napoléon et de la princesse Clémentine de Belgique, elle sera vendue au Musée du Louvre, toujours préservée dans son écrin d'origine.

Si l'Exposition universelle de 1855 ferme ses portes, les joailliers continuent sur leur lancée. Les nombreuses réceptions qui émaillent le calendrier officiel poussent les élégantes et les dames de la noblesse à acquérir des quantités invraisemblables de bijoux... sorte de compétition tacite. La princesse Mathilde ne s'en laisse pas conter et essaie de surpasser cette rivale et maintenant cousine qui lui a ravi le cœur de Napoléon III. Les joailliers n'hésitent pas à explorer d'autres courants stylistiques comme le retour à l'Antiquité qui passe par une réinterprétation du style Louis XVI, très en vogue auprès de l'impératrice d'autant qu'Eugénie voue un culte à la reine Marie-Antoinette. L'intérêt pour l'antique prendra une autre tournure quand l'état français se portera acquéreur de la collection Campana, installée dès 1862 à Paris. Pour l'heure, Alfred et Frédéric Bapst livre le diadème Grec au puissant dessin de méandres que rehausse le Régent, un diamant de 140 carats, qui tire son nom de l'un des premiers acquéreurs Philippe d'Orléans, le frère de Louis XIV. L'impératrice le coiffa pour la venue de l'ambassade du Siam en 1864.

On trouvera aussi dans les bijoux privés de l'impératrice un peigne étrusque, un diadème de feuilles de lauriers ciselées ou encore un bandeau haussé de 8 camées en corail rose qu'elle coiffe sur un joli portrait photographique⁶. L'année 1856 voit la collection s'enrichir d'un somptueux peigne créé spécialement pour le baptême du prince impérial. Il regroupe nombre d'importants diamants du trésor dont l'Hortensia, le Huitième Mazarin ou le Roi de Sardaigne. Il s'accroche à l'arrière du chignon couvrant les cheveux, les franges se perdant dans la nuque. Pour la fête de Noël de cette même année, Eugénie reçoit en outre sept étoiles de diamants qu'elle peut piquer dans sa chevelure, comme le fait déjà Élisabeth, l'impératrice d'Autriche, elle aussi immortalisée par le pinceau de Winterhalter⁷.

Suivent trois roses de haie, deux sphères piquetées de diamants montées sur des épingles de coiffure et un croissant commandé pour un déguisement de Diane car les bals costumés se succèdent à vive allure ponctuant une vie de cour, particulièrement animée au Second Empire. Eugénie le détournera ensuite, l'utilisant pour servir son goût pour l'exotisme quand elle pose en grande odalisque retenant le riche éventail que les femmes israélites d'Alger lui ont sans doute offert en 1865. Elle l'arborera aussi pour honorer le sultan de Turquie quand il visite Paris en 1867, ou assister à l'inauguration du Canal de Suez le 17 novembre 1869⁸.

Le trésor s'enrichit encore en 1863 d'un grand diadème d'aiguilles en diamants qui rappelle celui de l'impératrice de Russie, et de deux nœuds d'épaule retenant des rivières de brillants.

L'une des ultimes grandes commandes de l'impératrice avant la chute du Second empire en matière de joaillerie échoit une fois encore de la Maison Bapst. Il s'agit d'utiliser les pierres précieuses de couleur du trésor qui dorment dans les écrins du trésor. Une autre grande ceinture voit ainsi le jour en 1864, regroupant notamment 63 perles, dix améthystes, huit émeraudes, quatre saphirs, quatre topazes roses, six topazes jaunes, un spinelle et un rubis. Spectaculaire, l'ensemble s'assortit bientôt d'une berthe en résille qui couvre la gorge et les épaules et scintillent d'émeraudes, de saphirs, de rubis, de grenats, de hyacinthes, de chrysoptères et de turquoises, un véritable plastron d'un luxe inouï⁹.

Le Second empire connaît ses derniers feux et la splendeur des Tuileries s'estompée au point de n'être plus qu'un vague souvenir. Alors que Napoléon III est fait prisonnier à Sedan par les troupes allemandes, l'impératrice, toujours à Paris,

⁶ Catalogue de la vente, Christie's, London, 24 June 1872

⁷ Bernard MOREL, *Les Joyaux de la Couronne*, Anvers, 1988, p. 342

⁸ *L'art en France sous le Second Empire*, Cat. d'Exp., Grand Palais, 1979

⁹ Bernard MOREL, *Les Joyaux de la Couronne*, Anvers, 1988, p. 345

est obligée de fuir afin d'échapper à la vindicte populaire. Si le départ s'avère précipité et assez rocambolesque puisqu'Eugénie transite par le demeure de son dentiste, les dames d'honneur ont la présence d'esprit d'emporter tous les bijoux privés de l'impératrice. Emballés hâtivement, ils remplissent sacs et paquets que transportent la duchesse de Malakoff et Madame Pollet, dite Pepa, trésorière d'Eugénie. Ils terminent leur course sur le lit de la princesse de Metternich dont la résidence bénéficie encore de l'immunité diplomatique. Caché dans une commode avec les souliers et bottines de la princesse, le précieux chargement fut confié au comte de Montgelas qui l'achemine à la banque d'Angleterre à Londres où l'impératrice peut les récupérer après son installation Outre-Manche¹⁰. Nous sommes en 1870. Très vite, les finances de l'impératrice connaissent quelques soubressauts et elle confie à la vente un lot de bijoux à la maison Christie's. La vacation comprend 123 lots et a lieu le 24 juin 1872. L'identité de la mystérieuse dame de qualité est un secret de polichinelle et les bijoux attirent nombre de grands noms. L'ex-impératrice garde toutefois de nombreux bijoux pour son usage personnel et continue à en acheter.

De nos jours, certains ressurgissent en salles des ventes mais, souvent, il est malaisé de prouver leur provenance. On peut ainsi retenir un joli pendentif orné d'une perle comme les affectionnait l'impératrice, un rameau fleuri serti de rubis et diamants ou une parure naturaliste ornée de marguerites en diamants mais rien n'est moins sûr ! Un inventaire après décès des biens de la souveraine permettrait d'écarter les doutes mais pareil document n'a pas encore été localisé. Une seule certitude, l'écrin de l'impératrice Eugénie fut l'un des plus riches de son siècle et assurément de l'histoire de France, représentatif des courants stylistiques d'une époque foisonnante. Les Joyaux de la Couronne furent honteusement dispersés en 1887, comme symboles d'un pouvoir dont on veut définitivement effacer l'empreinte.

¹⁰ Princesse de METTERNICH, *Souvenirs 1859-1871*, « *Je ne suis pas jolie, je suis pire* », Paris, 2012, pp. 184-185



*Pendentif qui aurait appartenu
à l'impératrice Eugénie*



*L'impératrice Eugénie.
Collection de l'auteur*

